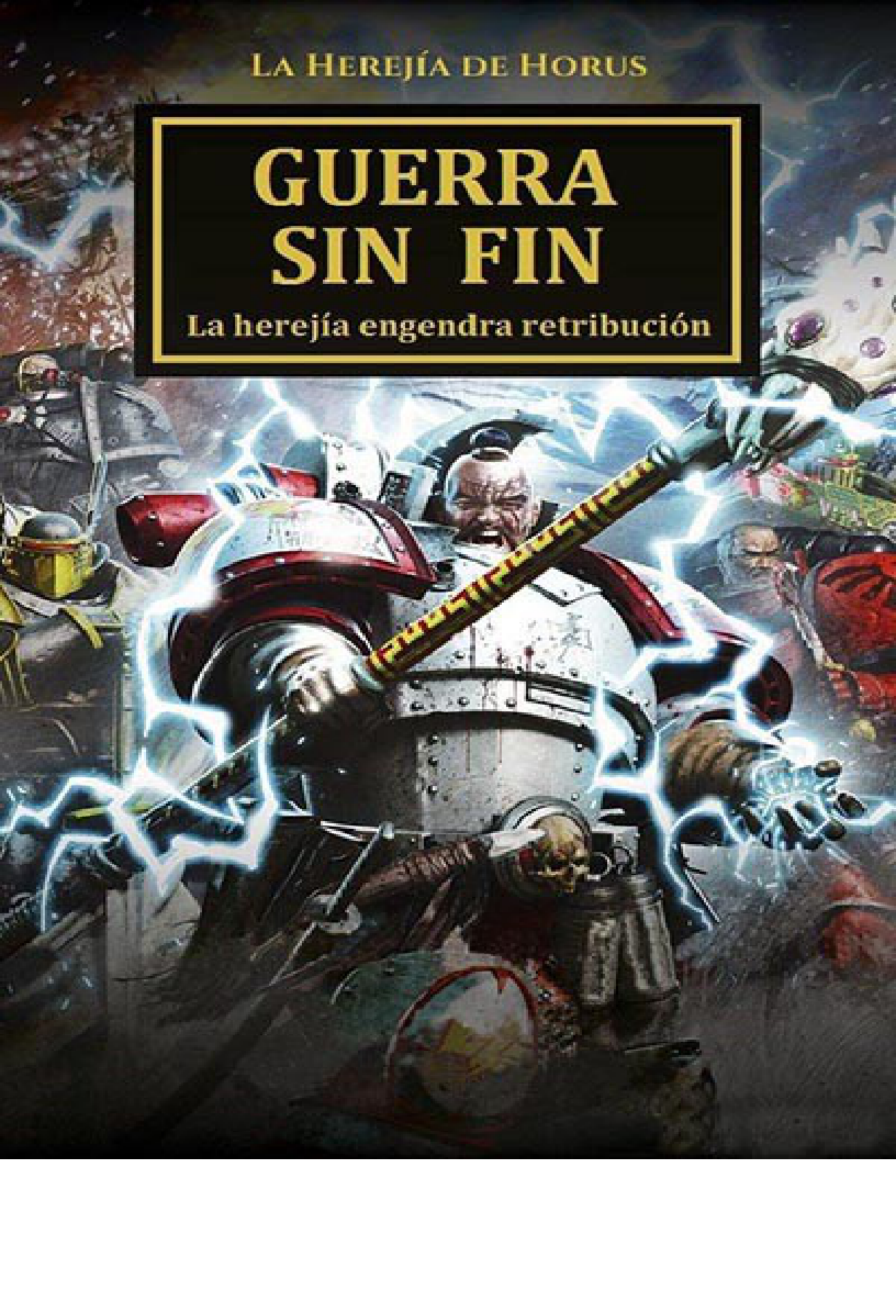

La Herejía de Horus
GUERRA SIN FIN
La herejía engendra retribución

Índice

LA HEREJÍA DE HORUS

GUERRA SIN FIN

LA HEREJÍA ENGENDRA RETRIBUCIÓN

ORIGINAL WAR WITHOUT END

RECOPILACIÓN Y EDICIÓN

ADEPTUS VALNCAR

Es un tiempo de leyenda.

La galaxia está en llamas. La gloriosa visión del Emperador de la Humanidad yace en ruinas. Su hijo predilecto, Horus, se ha apartado de la luz de su padre y abrazado el Caos.

Sus ejércitos, los poderosos y temibles Marines Espaciales, están enfrascados en una brutal guerra civil. Hace tiempo, estos guerreros definitivos lucharon codo con codo como hermanos, protegiendo la galaxia y devolviendo a la humanidad a la luz del Emperador. Ahora están divididos.

Algunos permanecen leales al Emperador, mientras otros se han puesto del lado del Señor de la Guerra. Por encima de ellos, los líderes de esas legiones de miles de hombres son los Primarcas. Magníficos, sobrehumanos, es el mayor logro de la ciencia genética del emperador. Avanzan a la batalla para enfrentarse unos contra otros, la victoria es incierta para ambos bandos.

Mundos enteros arden. En Isstvan V, Horus asestó un golpe atroz y tres legiones leales quedaron casi destruidas. La guerra ha empezado. Un conflicto que envolverá a toda la humanidad en sus llamas. Mentiras y traiciones han usurpado el lugar del honor y la nobleza. Asesinos acechan en cada sombra. Se reúnen los ejércitos. Todos deben elegir un bando o morir.

Horus reúne sus fuerzas, Terra el objetivo de su ira. Sentado en el Trono Dorado, el Emperador espera la vuelta de su hijo rebelde. Pero su verdadero enemigo es el caos, una fuerza primordial que busca esclavizar a la humanidad a sus caprichosos antojos.

Los gritos de los inocentes, las súplicas de los justos resuenan junto a las carcajadas de los Dioses Oscuros. Sufrimiento y desolación aguardan si el Emperador fracasa y la guerra se pierde.

La era del conocimiento y la iluminación ha terminado. La edad de las tinieblas ha comenzado.

LA ADORATRIZ DE LA CASA DEVINE

(The Devine Adoratrice)

GRAHAM MCNEILL
TRADUCCION RODINA
CORRECCIÓN ICEMAN



UNO

Finos zarcillos de fragante humo flotaban desde los incensarios con bocas en forma de finos colmillos, llenando la alcoba con una deliciosa mezcla de canela y madreselva. Una fina capa de sudor aceitado y el aliento perfumado completaba la indulgente atmósfera. Estaba amaneciendo, la luz brilló en vetas de oro a través de las celosías de madera de las ventanas, derramándose lánguidamente sobre la agotada pareja que yacía en la suntuosa cama, con sus miradas perdidas, sus extremidades entrelazadas y sus mentes felizmente absortas en sus propios pensamientos.

Junto a la cama, sobre una mesilla hecha a mano, había tres botellas de exquisito vino Caeban. Las manchas rojizas por toda la cama eran testimonio de la generosidad de su consumo. Raeven deslizó el brazo por los hombros de Lyx y paso un dedo sobre la espiral tatuada detrás de su oreja, normalmente oculta por su cabello castaño rojizo.

-¿Sabes la cantidad de problemas en los que te meterías si alguien viera esto?- preguntó.

-Tú lo has visto- le respondió la mujer.

-Sí, pero yo no te denunciare por tener el tatuaje de un culto.

-Entonces, ¿por qué debería preocuparme?- dijo con una sonrisa. **-Tú eres el único que puede verlo.**

-¿Ni siquiera Albard?

-Especialmente Albard, - rió ella, pero él no se dejó engañar por su burla.

-¿Tú no estarás metida de verdad en todo eso del culto a la serpiente?

Lyx negó con la cabeza y lo beso. **-¿Puedes imaginarme a mí, bailando desnuda en medio del bosque?**

-Ahora lo estoy haciendo. ¿Eso es lo que hacen?

-Eso es lo que dicen- dijo Lyx**. -Eso y que sacrifican vírgenes, así como que se aparean con los nagas.**

Raeven hizo una mueca de disgusto. Como la mayoría de la gente, había oído los rumores acerca de las viles prácticas del culto de la serpiente, su falsa creencia en los dioses antiguos y su rechazó a toda forma de autoridad. Y él, como la mayoría de la gente, los había dejado pasar como simples rumores.

-¿Queda algo de beber?- preguntó Lyx**.**

Él pasó sobre ella para examinar las botellas. Estaban todas vacías y se dejo caer sobre la cama con un suspiro.

-No, hemos acabado con todas.

-¿Nos bebimos todo esto?- pregunto Lyx mientras se giraba sobre su costado. Ella le dedicó una sonrisa con sus gruesos labios cuando su movimiento descubrió su cuerpo bajo las sabanas. Raeven se tomó un instante para saborear el color avellana de piel de su amante y la forma en la que reaccionó ante el aire frío de la alcoba.

-Me temo que sí- dijo él.

-Eso explica porque siento mi cabeza como si uno de los nagas mascota de tu padre la estuviera apretando.

Raeven se frotó los ojos y se pasó la lengua por el interior de su boca. Como Lyx, su piel era del color del roble joven, su cuerpo surcado por las líneas de una musculatura bien definida. Raeven era alto y delgado allí donde su hermano Albard solo podría ser definido generosamente como achaparrado y "robusto"

Sin nada cerca para beber, Raeven estiró una mano y alcanzó un serpentín de correosa piel de azhdarchid (predador de Molech, ave no voladora de gran tamaño, nt) y chupó de la pieza final de latón hasta que las brasas de la cazoleta comenzaron a brillar. Exhaló una bocanada de aromático humo y volvió a recostarse.

-Dudo mucho que los viejos Oruboros o Shesha puedan siquiera romper una cascara de huevo vacía- dijo finalmente. **-Eso que has dicho es una comparación estúpida.**

-Ya sabes lo que quiero decir- haciendo un mohín.

-Lo sé, pero eres más guapa cuando estás triste.

-Debe ser por eso por lo que eres tan cruel conmigo.

-Una de las muchas razones- subrayó Raeven, dejando que los efectos calmantes del humo aliviarán en él la inquietud que siempre sentía cuando se despertaba en la misma cama que Lyx. Pese a todos sus atractivos naturales y a sus habilidades amorosas, no podía librarse de la sensación de que había algo antinatural en su… ¿Su qué?, ¿Acto amoroso? Difícilmente, porque había poco amor entre ellos.

Fornicar con ella era algo salvaje, en el cual ambos encajaban en un frenético acoplamiento, pero eso no acababa de expresar el escalofrío que sentía por la naturaleza tabú del acto. Raeven miró al anillo en el dedo de Lyx y casi se echo a reír cuando sus ojos mejorados genéticamente leyeron la inscripción de esponsales grabada con láser en su superficie de platino.

-¿Qué es lo gracioso?- preguntó Lyx.

-Nada- respondió él. **-Es sólo que visto el voto de fidelidad de Albard inscrito en tu anillo.**

Ella metió la mano debajo de las sabanas y su rostro se sonrojó. Se encogió de hombros.

-Es un anillo bonito e insistió en que lo guardara.

-Sí- dijo Raeven, dejando la boquilla de la pipa nuevamente en su base. **-Me gusta saber lo que estoy profanando.**

Ella sonrió y extendió la mano para atraerle hacia ella. Sus dedos rozaron los bordes de acero de las conexiones perforadas en la carne de su cuello y la columna vertebral. Él vio como ella se estremecía ante la presencia fría y metálica en su piel y se tomó un segundo para saborear la mirada de disgusto que brilló en sus ojos.

-¿No te gustan?

-No, son fríos.

-Pues ya deberías estar acostumbrada- dijo Raeven, abrazándola en la cama. Se inclinó para besarla, pero ella giró la cabeza hacia un lado.

-¿Te dolió?- pregunto. **-¿Cuándo los Sacristanes te hicieron los cortes?**

Raeven asintió mientras seguía apoyado sobre sus codos. **-Sí, los Sacristanes nos inmovilizaron con inhibidores musculares, pero padre decidió que debíamos someternos a la cirugía sin el beneficio de bloqueantes del dolor,**

al igual que lo hizo él en su día. Estábamos paralizados, pero conscientes.

Ella se estremeció ante la idea de ser cortada y abierta por los sacerdotes con mascaras de hierro de Marte y sus serviles Sacristanes. Raeven sintió como se le tensaba mandíbula con el recuerdo de la operación, atado en una camilla de bronce, en las profundidades del Santuario, mientras que Albard y él se miraban frente a frente a través de la habitación forrada de cerámica verde botella y de acero quirúrgico. (Sacristán, artífice de los Mundos de Caballeros, incluido en el Culto Mechanicus, entrenados por el Adeptus Mechanicus para el mantenimiento y reparaciones de los trajes de los Caballeros Imperiales, nt)

-**Sospecho que padre esperaba que yo gritara, pero que me aspen si le di tal satisfacción.**

-¿Cómo los siente ahora?- preguntó ella, mientras acariciaba los bordes de las conexiones y metía sus dedos en el interior, pese a su declarada aversión. Esa era su manera de ser, un momento expresaba su disgusto y al siguiente se convertía en curiosidad no disimulada. Así había sido la primera vez que la había llevado a su cama, con ella suplicándole que no lo hiciera, que lo que estaban haciendo estaba mal, pero volviendo a él noche tras noche.

-Las siento como si fueran parte mí- dijo encogiéndose de hombros. **-Ya las considero como si siempre hubieran estado ahí.**

-Las de Albard se le infectan- dijo Lyx, frotando la piel alrededor del conector neuronal, Raeven noto como su respiración se aceleraba. **-Me hace frotárselas con cataplasmas desinfectantes varias veces al día.**

-¿Y a él le gusta?

Lyx negó con la cabeza**. -No, lo odia.**

-Bien- dijo Raeven, la besó y sintió como el cuerpo de ella respondía a sus caricias.

Más tarde, con Lyx ya dormida, Raeven se deslizó fuera de la cama y caminó suavemente por el suelo de su despacho. El aire era frío en lo alto del valle, pero las gruesas pieles de mallahgra cazadas por su abuelo en las selvas de Kush mantuvieron sus pies agradablemente cálidos. El sudor se enfrío rápidamente en su piel y se puso una bata verde mar ribeteada en piel de xenosmilus alrededor de su cuerpo desnudo. Más allá de las lamas de la persiana, podía escuchar los sonidos de la ciudad preparándose para las celebraciones del día, el emocionado bullicio de decenas de miles de voces.

Pese a que Raeven estaba a cientos de metros sobre la ciudad, en una de las tres Torres Devine, le pareció que todavía podía oír la cosmopolita mezcla de acentos cuando personas llegadas de todo el mundo se reunieran para honrar la Conversión de los hijos de Lord Devine. Los comerciantes de Loquash regateando con los hombres pintados de Aenatep. Artesanos de la Ciudad Clockwork (mecanismo de relojería, nt) desvelarían el tic-tac de sus maravillas mecánicas, con la esperanza de evitar la no deseada atención de la Guardia Sacristán, mientras que las diversas Casas harían desfilar a sus mejores y más valientes caballeros, haciendo alardes de sus grandes cacerías y de la productividad de sus satrapías. Y el pueblo de Lupercalia soportaría la intromisión de tantas miles de personas en su ciudad con la estoica seguridad de que ninguno de los recién llegados podía hacer sombra a la Casa Devine.

Raeven retiró las pesadas cortinas y abrió las persianas que daban a la terraza de piedra, sintiendo que la ciudad era suya y sólo suya.

Una extensión de terreno escalonado se abría ante él, llenando el ancho valle de un lado a otro y cayendo en cascada hacia las fértiles llanuras de más allá. Coloridas estructuras de todas las formas imaginables, tamaño, altura y orientación se empujaban por espacio en medio de unas calles diseñadas para marcar las cualidades de las legiones del Emperador, cuando estas llevaron a este nuevo mundo al abrazo del Imperio.

Cuando el León levantó la Ciudadela del Alba sobre una colina en la parte superior del valle, las calles adyacentes se dispusieron en un inflexible patrón de cuadricula. Y donde la geografía local osó interferir en ese plan urbano, fue arrasada por el Mechanicus. Más abajo, en el valle, las calles se entrelazaban en un intrincado laberinto, se dice que la naturaleza de la libre circulación, pero ordenada, de esa zona es una representación de las decisiones tácticas de Horus, el Señor de la Guerra. El Khan había optado por no dejar su marca en la piedra y, en su lugar, había tomado para sí mismo los lugares salvajes y las altas montañas. Nadie sabía exactamente que legado dejó el Primarca de los Cicatrices Blancas cuando se marchó, pero en los corros de los fuegos nocturnos se susurraba que había hablado a las tribus y las casas señoriales de las cosas secretas que vivían en los bordes del mundo.

La única obra que unía toda la naturaleza del caótico desarrollo urbano de la ciudad era la Vía Argentum, una avenida procesional recta como un rayo láser que subía a lo largo de todo el valle, desde su amplia base a la fortaleza rocosa construida en la piedra ocre de la montaña. Raeven puso una mano sobre sus ojos y miró hacia la artística forma de la cumbre, una característica que era más una declaración tallada en la faz del mundo por la mano del hombre que un simple capricho geológico.

Unas manos se deslizaron alrededor de su cintura y Raeven olió el aceite de

jazmín que a Lyx gustaba frotar sobre su piel. Podía sentir que estaba desnuda, se pregunto si tendría tiempo para volver a llevarla a la cama antes de que su madre viniera a buscarlo.

-¿Estás nervioso?- le preguntó.

Miró a la cúpula de mármol de la ciudadela, el brillo del sol de la mañana capturado en las bandas de cobre entre los artesonados paneles azules. Sacudió la cabeza, enojado porque ella pudiera pensar que tenía miedo de lo que este día prometía.

-No- dijo, empujándola lejos. **-Llevo preparándome para el Ritual de Conversión desde mi decimo verano. Sé quién soy, estoy listo para lo que vendrá. Si un zoquete como padre pudo pasar a través de él, no creo que yo vaya a tener ningún problema.**

-He oído que el primogénito de Casa Tazkhar murió y que tres de sus hermanos se volvieron locos después de que pasaron por ello.

-¿Casa Tazkhar?- se burló Raeven. **-¿Y qué esperabas de unos nómadas quemadores de estiércol que ni siquiera pueden construir una ciudad en condiciones? Seguro que algunos chamanes manchados de mierda y disfrazados de Sacristanes vertieron veneno de sus santas nagas en los conectores neuronales.**

-No deberías enfadarte- dijo Lyx. **-Tienes que estar tranquilo. La huella del Trono Mechanicus se basa en su estado neuronal en el momento de la conexión.**

Raeven se volvió hacia ella y se echó a reír, una amarga sonrisa burlona.

-Y ahora resulta que tú eres un sacerdote del Mechanicus ¿verdad? ¿Qué otras perlas de sabiduría tienes para mí, o es que tu visión única sólo se extiende a lo que salta a la vista?

Lyx frunció los labios. **-Estás de muy mal humor esta mañana.**

-Sólo soy aquello en lo que me has convertido- contestó. **-Siempre lo he sido.**

La mano de Lyx se alzó para abofetearlo, pero la manipulación genética en el linaje masculino de la Casa Devine a lo largo de los siglos se aseguró de que la velocidad de reacción de Raeven fuera mucho más rápida que la de ella. La cogió la mano y torció su brazo salvajemente alrededor de su espalda. La empujó de nuevo a la habitación y la tiro boca abajo sobre la cama. Ella se

volvió hacia él mientras se abría su túnica, su expresión era la misma mezcla de repulsión y devoción que cuando eran niños.

Antes de que pudiera hacer algo más, la puerta de su habitación se abrió y una mujer escultural con un vestido suelto de iridiscentes escamas entro impetuosamente. Llevaba un alto tocado de naga y varios criados cegados con veneno seguían su estela, cada uno de ellos portaba una selección de trajes para que él eligiera.

-¡Madre!- dijo Raeven, colocando sus manos en las caderas y suspirando con exasperación**. -¿Ya no llamas a la puerta?**

Cebella Devine negó con la cabeza y movió un dedo como gesto de amonestación. **-¿Qué madre tiene que llamar a la puerta de su hijo en el día de su Conversión?**

-Claramente, tu no- dijo Raeven.

-Silencio ahora- dijo Cebella pasando una larga uña por el musculoso pecho de su hijo. **-Hoy no tienes que estar enfado conmigo. Especialmente, hoy no.**

-Ahórratelo madre- le contestó Raeven. -Lyx ya me ha iluminado bastante con todo su amplio conocimiento en la materia.

La expresión de Cebella se endureció y se volvió hacia la joven de la cama, que la devolvió la mirada con un fulminante desprecio.

-Vístase Lyx- dijo Cebella. **-No es apropiado que hoy esté usted aquí.**

-¿Sólo hoy?- sonrió Lyx.

-Si va a ser la Adoratriz consorte de Raeven, necesita comenzar a actuar como tal.

-¿Al igual que lo es usted de Cyprian?- bufó Lyx. **-Casi no me lo creo.**

-¡Fuera!- dijo Cebella, su rostro convertido en una máscara de granito. **-Albard pronto estará aquí. Tome los túneles de los siervos y no se deje ver hasta que concluyan los actos.**

-Con mucho gusto- dijo Lyx, controlando visiblemente su furia y recogiendo su ropa. Se la puso con la velocidad que da la práctica y, ya totalmente vestida, paso junto a Raeven para plantarle un beso en la mejilla. **-Hasta luego.**

Cebella chasqueó los dedos. **-Que alguien abra esas cortinas. Esta habitación huele a burdel-** ordenó.

-Bueno, tú eres toda una experta en el tema- murmuró Lyx, lanzando una puya final y pasando junto a Cebella para desaparecer por la puerta.

-Bien- dijo Cebella, lanzando una mirada crítica sobre su hijo. **-Vamos a ver si podemos hacer que parezcas vagamente presentable.**



DOS

Varias horas más tarde, vestido con costosas sedas negras y verde océano, fajas y capas de color rojo y azul, y un pantalón crema muy ajustado metido dentro de unas botas de montar hasta las rodillas con altos tacones, Raeven seguía a su madre por las escaleras de la torre. Ella estaba recitando una lista de los diversos dignatarios que estaban allí para celebrar su conversión y la de Albard. Él se desconectó de aquel momento, pensando en la noche que había pasado con Lyx. Como siempre, los recuerdos le trajeron un curioso sentimiento, mezcla de culpa placentera y de vergüenza.

Cuando llegaron a la gran sala en la base de la torre, su madre volvió su rostro matriarcal hacia él. **-¿Has escuchado alguna palabra de lo te he dicho?**

-No, en realidad, no- confesó, escuchando el sonido de los crecientes vítores y las celebraciones por las calles, más allá de la torre.

Antes de que Cebella pudiera regañarle por su comportamiento ignorante, un grupo de guerreros armados irrumpió en la sala, hombres fuertes y salvajes, armados con una impresionante panoplia de armas de feroz aspecto, diseñadas para matar en una miríada de dolorosa manera. Liderando a los guerreros, marchaba un hombre vestido con una pesada armadura, que relucía como la plata pulida, el tipo de hombre que hace cinco siglos iría erguido sobre un caballo, de haber encontrado uno lo suficientemente fuerte como para soportarlo.

Era poderoso y de construcción amplia, su rostro mostraba una ligera papada, un rasgo en el que su joven rostro cedía ante la genética de su padre. El lado derecho de su cara estaba marcado por múltiples quemaduras que habían cicatrizado mal y su ojo derecho había sido reemplazado por un implante augmetico, después de que la caza de un mallahgra terminara mal y la bestia lograra abrirle el cráneo.

Albard Devine, descendiente primogénito de Casa Devine, sacudió la cabeza ante el atuendo de su hermano. **-¡No estás vestido para la guerra!**

-Aguda observación, como siempre, hermano- estuvo de acuerdo Raeven mientras hacia una breve reverencia.

-¿Por qué estás vestido así?- exigió Albard.

Su hermano formaba sus palabras con deliberad lentitud, la pésima cicatrización le hacía sonar como un simplón si intentaba hablar demasiado rápido. Cada vez que Raeven le veía, se acordaba de lo contento que tenía que estar por ser más joven que Albard y poder haberse librado de la quema ritual del rostro del heredero primogénito varón al alcanzar la mayoría de edad.

-Estoy vestido así- dijo Raeven **-porque es ridículo que tengamos llevar esas obsoletas armaduras durante todo el camino hasta la ciudadela sólo para quitárnoslas otra vez. Esos reactores son tan viejos que, probablemente, tengan fugas de radiación que pueden impregnar tus huesos. Recuerda mis palabras, te arrepentirás de vestir esa monstruosidad metálica cuándo estés tratando de engendrar un heredero.**

-Los hombres de Devine han lucido la armadura de plata desde que nos levantamos para gobernar este mundo- dijo su hermano, dando un paso hacia él y mirándolo fijamente. **-No deshonraras a nuestro padre faltando al respeto a las tradiciones. Debes usar la armadura.**

Raeven negó con la cabeza. **-No, creo que estoy mejor así.**

La nariz de Albard se arrugó por el asco cuando el aroma de los fragantes aceites que impregnaban los cabellos de Raeven lo alcanzaron. Raeven vio un destello de reconocimiento, y reprimió el impulso de regodearse de su hermano al reconocer este los aceites de su esposa.

-Hueles como si hubieras estado toda la noche de putas- dijo Albard dando vueltas a su alrededor.

-Bueno, ahora que lo dices, tuve suerte con una señorita…- dijo Raeven.

La mano enguantada de su hermano se movió para golpearlo. Raeven se tambaleó hacia un lado.

-Vamos hermano- dijo. **-No eres, ni de lejos, lo suficientemente rápido para golpearme otra vez.**

Albard miró hacia Cebella y Raeven ocultó una sonrisa cuando apreció el profundo odio y las décadas de mutuo aborrecimiento que había entre ellos.

-Esto es obra tuya- dijo Albard**. -Tu lengua de víbora ha convertido a tu hijo en un patán engreído.**

-Albard, hijo mío- comenzó a decir Cebella.

El hermano de Raeven la interrumpió airado. **-¡Tú no eres mi madre, bruja! ¡Mi madre murió y tú sólo eres la puta que comparte la cama con mi padre y me da hermanos no deseados!**

Los guerreros de atrás se tensaron a la espera de la respuesta de Raeven. Ellos sabían lo suficiente como para saber que no era un hombre que pudiera ser subestimado. El aire condescendiente y frívolo cuidadosamente cultivado por Raeven ocultaba a un guerrero de gran habilidad, más de un noble necio sólo lo había descubierto tras un duelo, en el extremo de un sable charnobal.

-Cuidado, Albard- dijo Raeven. **-Un hombre podía ofenderse por semejante insulto a su madre.**

Su hermano se dio cuenta de que había cruzado una línea, pero no estaba en Albard el disculparse, otro rasgo que compartía con su padre.

-Vamos a acabar con esto, ¿de acuerdo?- dijo Raeven pasando junto a Albard y a su séquito de guerreros fuertemente armados. **-Padre estará esperando.**

Una multitud aullante se alineaba en la Vía Argentum mientras el carruaje les llevó hacia lo alto del valle. Miles de hombres y mujeres atestaban las calles en todo el recorrido procesional, muchos miles más les vitoreaban desde las terrazas y las ventanas que daban a la Vía. Raeven saludaba a su pueblo, lanzando besos a las chicas y mostrando sus puños a los hombres. Ambos gestos eran pura pantomima, pero a nadie parecía importarle.

-¿Por qué tienes que hacer eso?- dijo Albard. **-Se supone que esta es una ocasión solemne.**

-¿Quién lo dice?- respondió Raeven**. -¿Padre? Pues razón de más para hacerlo.**

Albard no respondió y se quedó sentado, mirando al frente estoicamente dentro de la plataforma gravitatoria de techo abierto que les llevaba majestuosamente hacia lo alto de la Vía. Todo un regimiento de caballería huscarl cabalgaba delante del transporte flotante, dos mil hombres con uniformes plateados y cascos con plumas púrpuras. Cada hombre portaba en su mano una lanza en alto con brillante punta y un fusil-carabina terciado a su espalda. Otros cinco regimientos de infantería les seguían, marchando con un paso perfecto, con brillantes banderas de plata y acero, y flamantes fusiles láser sobre sus hombros.

Y esto no era más que una mínima fracción de las fuerzas armadas al mando

de Casa Devine.

Mucho más abajo, en posiciones protegidas, cientos de miles de soldados de infantería mecanizada, divisiones de tanques superpesados, baterías de artillería y cohortes completas de robots de batalla estaban preparados para cumplir las órdenes del Comandante Imperial de este mundo. Que alguien hubiera pensado que el padre de Raeven era el hombre adecuado para ese papel, claramente para Raeven no, era otro ejemplo de los absurdos inherentes a la creación de este nuevo Imperio.

Flámulas y bandera en negro y oro, marfil y verdemar, colgaban de todas las ventanas, junto con la bandera del águila y la naga entrelazados, que había sido la heráldica adoptada por Casa Devine tras la llegada de las legiones del Emperador, hace noventa y siete años. Después de un sometimiento sin sangre, gracias en buena parte a los enormes y meticulosos registros mantenidos por cada casa nobiliaria, los calendarios existentes habían sido desechados a favor del nuevo sistema de datación Imperial.

En su cuenta, el año en curso era el 966.M30 y el ciento sesenta ocho de la Gran Cruzada del Emperador. Era una medida del tiempo monstruosamente arrogante, pensó Raeven, pero parecía satisfacer perfectamente al emergente Imperio galáctico.

Múltiples dispositivos heráldicos proclamaban la presencia de otras Casas nobiliarias, Raeven reconoció a la mayoría gracias a años de forzado estudio desde niño, pero no fue capaz de distinguirlas todas. Lo más seguro es esas que fueran Casas de provincias, apenas dignas del nombre y que apenas podrían presumir de poner un solo guerrero en pie.

Raeven se sentó en el duro asiento de madera del carro, disfrutando de la adulación de la multitud. Sabía que la mayoría de los vítores eran para Albard, pero no le importaba. A la gente le gusta que sus reyes guerreros parecieran “guerreros” y su hermano encajaba mejor en esa descripción.

Uncida al carro y gruñendo por el esfuerzo de arrastrarle, había una criatura poderosa, con los anchos hombros de un grox y un largo cuello, que al menos se elevaba cuatro metros sobre su cuerpo. Encima de ese musculoso cuello había una feroz cabeza de ave, con un pico afilado como una navaja y unos ojos hostiles. El azhdarchid era una criatura voladora, un pájaro, que vagaba en pequeños grupos familiares por llanuras cubiertas de hierba, a la vista podía resultar cómica, pero era un depredador mortal capaz de derribar incluso a un cazador bien armado.

Unos implantes cerebrales incrustados en su cráneo habían sometido a la bestia y la habían vuelto sumisa, Raeven se preguntaba lo que sucedería si

estos fueran retirados. ¿Podría una bestia domesticada recuperar su naturaleza bestial?

El azhdarchid no era la única bestia que formaba parte de la procesión.

Detrás del carruaje se escuchaban las fuertes pisadas de una gigantesca forma simiesca, un mallahgra, una de las escasas grandes bestias que aún quedaban más allá de las altas montañas boscosas de las tierras altas de Untar Mesas. Cuando estaba en pie, completamente vertical, medía cerca de los siete metros de altura y estaba cubierto por una gruesa piel del color del granito rojizo. El mallahgra era un animal muy poderoso, sus cortas patas traseras y sus largos miembros superiores tenían músculos gruesos y fuertes como cables, capaces de abrirse camino con facilidad a través de la armadura más gruesa. Su cabeza, en forma de bala, era una mezcla de pesadilla de un escarabajo blindado con unas fauces llenas de dientes como de tiburón, capaces de tragarse a un hombre entero de un solo bocado. Tenía seis ojos, dos hacia adelante como un depredador, uno a cada lado del cráneo como un animal de presa, y otro par en la base de su cuello.

El hermano de Raeven sabía por amarga experiencia que este curioso desarrollo evolutivo les había hecho diabólicamente difíciles de cazar. Al igual que el azhdarchid, el cerebro del animal estaba traspasado por implantes para reprimir sus instintos naturales, y también se le había encargado un deber en este desfile.

El mallahgra llevaba sus manos con garras encerradas dentro de unos ajustados cepos realizados en bronce y hueso. Con ellas sujetaba un alto mástil del que colgaban media docena de cadáveres que se mecían al bamboleante paso de la bestia. El viento cambió y el hedor de la carne muerta flotó hasta el carruaje. Albard arrugó la nariz y sacudió la cabeza.

-¡Trono, que mal huelen!- dijo.

Raeven se giró para observar los cadáveres. Todos estaban desnudos y tenían tablas clavadas a sus costillas que proclamaban su crimen.

Solo una transgresión merecía tal castigo: la herejía.

-Me temo que es el precio a pagar- murmuró.

Albard frunció el ceño. **-¿Qué quieres decir?**

-Los seguidores de los dioses serpiente son sacados a relucir cada vez que se lleva a cabo un nuevo acto de obediencia ceremonial- dijo Raeven. **-Después de todo, tenemos que hacer una demostración de nuestra**

voluntad de aceptar el nuevo orden de la galaxia y demostrar que estamos haciendo nuestra parte para purgar al planeta de las viejas costumbres. La Verdad Imperial lo exige- Raeven sonrió. **-Hace un siglo, podríamos haber sido tú y yo quienes colgásemos del mallahgra.**

-La Casa Devine abandonó la creencia en los dioses serpiente hace más de cien años- dijo Albard, mientras la caballería huscarl se abría siguiendo unos patrones predeterminados.

-Por suerte para nosotros, ¿eh?- dijo Raeven. **-¿Qué fue lo que dijo madre? Ah, sí, la traición no es más que una simple cuestión de fechas.**

La cabeza de Albard se giró ante la mención de su madrastra, pero Raeven ignoró el gesto de hostilidad de su hermano.

La ciudadela se alzó ante ellos, una sólida masa de piedra tallada en la montaña por los geo-formadores del Mechanicus. Raeven no había nacido aún, pero había visto las pictografías y leído los relatos sobre su creación, una hipérbole chillona sobre el movimiento de los continentes, la reforma de los mundos por la voluntad de los Primarcas… bla, bla, bla…

Como pieza de arquitectura era, sin duda, un edificio llamativo, un monumento al arte del constructor de fortalezas, donde no había ahorrado ningún gasto ni se había perdido la oportunidad de construir otro baluarte defensivo. Gruesos muros de piedra ocre, altas torres, un singular portal de adamantium plateado y accesos tan hábilmente creados que aseguraban que sólo un auténtico loco se atrevería a asaltar sus muros.

De pie, ante la Puerta Argent estaba Cyprian Devine, conocido como Cuchilla del Infierno (Hellblade) por sus enemigos, y como el Comandante Imperial por sus súbditos.

Raeven le conocía como Padre.

Lord Devine se alzaba a diez metros de altura dentro de su armadura de Caballero Senescal, una imponente construcción creada con tecnologías de miles de años antes del Imperio. Encorvada, como si estuviera a punto de atacar, la montura de su padre era un conjunto de curvas y líneas brutales y crueles. Sus piernas eran pistones y estaban revestidas de cableado, su caparazón verde y negro estaba segmentado y superpuesto, como el de un gigantesco chelonian de los pantanos.

(Chelonian, una gigantesca bestia blindada, herbívora, tan grande como un transporte Rhino, nt) (Los Caballeros Imperiales son máquinas de guerra, se podría decir que son titanes pilotados por un solo hombre. Aunque tal

definición no es exacta, el titán más pequeño es mucho mayor que un Caballero Imperial, es solo una idea aproximada, nt)

El naga entrelazado con el águila estaba representado en las banderas que ondeaban colgadas del sable-sierra y de los cañones gemelos de sus turbo-lásers del Caballero de su padre. A medida que el carruaje se acercaba, un dosel sobre el blindaje de la cabeza de la máquina se abrió a lo largo y lanzó una fina llovizna de fluido refrigerante y vapor, como si se tratara del cálido aliento de la máquina de guerra.

Atado con correas al asiento del piloto y conectado a la máquina con numerosos cables, la poderosa y legendaria figura de Cyprian Devine miró hacia abajo, hacia sus hijos, mientras los vítores de la multitud se elevaban con más fuerza hacia las alturas, atronando a lo largo de ambos lados del valle. Las dos grandes bestias se estremecieron al oír el ruido, el mallahgra sacudió los cuerpos colgados y el azhdarchid soltó un enojado chillido. Los saludos con el fuego de cañón se sumaron a la cacofonía y la música de de una docena de coloridas bandas anticipó el descenso de Albard y Raeven del carruaje.

Los hijos de Lord Devine debían someterse al ritual de la Conversión, con el fin de asumir sus derechos de nacimiento como Caballeros de Molech.

Un momento así en la historia era digno de ser celebrado.



TRES

Los pasillos del Santuario estaban pulidos como el acero, creado hace más de mil años por los primeros pobladores que llegaron a este mundo, así decía la leyenda. Lyx lo creía. Las placas de cubierta, las vigas de apoyo de hierro y las silbantes tuberías de vapor que corrían a lo largo y lo ancho de la estructura, estaban impregnadas por el añejo aroma de la edad. Tan lejana era su creación que ni siquiera tenía la apariencia de haber sido construido por la mano del hombre.

Si se concentraba, podía sentir el omnipresente zumbido de los colosales generadores enterrados en la roca de la montaña, los glaciales latidos los motores inactivos de la bóveda inferior, el lejano susurro de un millón de voces que hacían eco por toda la cámara cuando las noches se alargaban y la sombras se deslizaban fuera de sus escondites. Lyx sabía que ella no era la única que las escuchaba, pero sospechaba que ella era la única que realmente sabía lo que eran.

Pasó a unos cuantos sirvientes, huscarls y hombres de armas, pero ninguno se atrevió a identificarla.

Lyx tenía temperamento, decían. Era impredecible, decían.

Volátil, esa era otra palabra que utilizaban.

Lyx no creía que hubiera matado a nadie, aunque sabía al menos de una sirvienta que nunca volvería a caminar y de otro que había cegado al abrasarle los ojos con una tisana que no había sido endulzada siguiendo sus exactas especificaciones. Un lacayo había perdido sus manos después de haberla rozado en los establos y permitir que sus dedos tocaran la piel desnuda de su brazo. Raeven le había mutilado en un salvaje ataque, cortando los dedos, uno a uno, mientras que el muchacho rogaba por su vida, con los brazos en alto en señal de súplica.

Ese recuerdo hizo que Lyx sonriera y nuevamente fue hermosa.

Todo rastro de la escondida cita de la noche anterior y de su precipitada salida de la cámara de Raeven había sido borrado a fondo por sus doncellas, que conocían mejor que nadie cómo ocultar las evidencias de su comportamiento. Vestida con traje apropiadamente arcaico de paneles de

cobre, encajes y un escotado corpiño de mallahgra y hueso, se movía por los pasillos oscuros, como un fantasma. Llevaba el pelo recogido en una brillante cascada castaño rojizo, sujeto con alambre de plata y madre-perla, cuidadosamente arreglado para ocultar el tatuaje de serpiente detrás de su oreja.

Ante Lyx apareció cada momento de su futura vida como Adoratriz consorte, la que aspiraba a tener.

Pero no con el brutal Albard, sino con Raeven.

El destino había elegido un camino diferente para ella: un camino repugnante, odioso, pero las voces le habían prometido que su destino aún podía ser cambiado. Y si algunas normas y convenciones sociales tenían que ser burladas para lograr ese fin, pues aún mejor.

Subió los últimos escalones de rejilla de hierro hacia los niveles superiores del Santuario, sabiendo que Albard y Raeven pronto estarían caminando hacia la gran ciudadela.

Razón de más para darse prisa.

En la parte superior de la escalera, otro corredor metálico torcía alrededor del edificio, pero Lyx se dirigió a la primera puerta. Llamó tímidamente y pasó dentro tan pronto como se abrió.

La sala desmentía la apariencia exterior de antigüedad del Santuario, llena de relucientes bancos de compleja maquinaria, gimientes tuberías, crepitantes orbes de cristal y palpitantes generadores. El hombre que había venido a ver cerró la puerta y lanzó a Lyx una inquieta mirada llena de deseo y ardor.

-¿Te han seguido?- preguntó él, sin aliento por la excitación.

-Por supuesto que no- le contestó. **-Nadie, salvo tú, sería capaz de seguirme de buen grado.**

La boca del hombre se abrió y se cerró como la de un pez fuera del agua, a ella le repugno el haberle dado permiso para tocarla. El Sacristán Nadezhda era un hombre de mediana edad, delgado, cuyo rostro era mitad máquina, mitad humano, uno de los artífices que se ocupaban del mantenimiento de los imponentes Caballeros en el corazón del Santuario. La parte humana de su cara estaba parcialmente oscurecida por el serpentino tatuaje de un naga enrollado alrededor de la órbita de su ojo.

No del todo Mechanicus, pero tampoco del todo humano.

Pero lo suficientemente humano.

-No, supongo que no- dijo él, su evidente alivio se reflejó en la relajación de su permanente ceño. **-Pero ellos no te conocen como yo. Ellos no ven la suavidad que intentas ocultar tras esa dura actitud patricia.**

Ella quiso reírse, pero los asuntos que estaban en curso de realizarse contuvieron sus ganas de burlarse de él.

-Nadie más lo puede ver- dijo, pasando un dedo burlón sobre la curva de su escote. **-Sólo tú.**

Nadezhda pasó se lengua seca sobre sus labios, mirando el escote con un deseo no disimulado. **-¿Tenemos tiempo para una última… ya sabes, antes de que lleguen los hijos de Lord Devine?**

Lyx sintió como se acumulaba una presión detrás de sus ojos que le daban ganas de sacar la hoja de hueso que ocultaba en su corpiño y clavarlo en la garganta de Nadezhda, una y otra vez. Ella lo reprimió y dejó escapar un suspiro. Nadezhda tomó ese gesto como una afirmación y hurgó en el cinturón de su túnica carmesí.

-Sí, mi amor- dijo Lyx, mordiéndose el labio inferior para evitar mostrar el asco que sentía. **-Pero necesito que hagas algo por mí. Algo que me demuestre lo mucho que me quieres.**

-Cualquier cosa- dijo Nadezhda.

-Estoy tan contenta de oírte decir eso- ronroneó Lyx.



CUATRO

Albard y Raeven marcharon codo con codo hacia su padre y, a pesar de sí mismo, Raeven tuvo que admitir su ropa no era la adecuada. No había estado preparado para llevar la vieja armadura de fusión reservada para él desde su décimo cumpleaños, pero deseó, al menos, haber llevado una espada al cinto o una pistolera. Incluso desde aquí podía ver la ira de su padre ante su rico atuendo.

Tendría que responder por su atuendo, eso suponiendo que sobreviviera al Ritual de Conversión.

Desde lejos, la armadura de un Caballero era impresionante. De cerca, era francamente aterradora.

Raeven nunca había visto a los dioses-máquina del Mechanicus, pero no podía imaginar que fueran más terribles que esto. Por supuesto, él ya sabía que eran más grandes, pero en las video-capturas que había visto, eran gigantes, pesados, como montañas en movimiento que ganaban batallas por la magnitud de su potencia de fuego, en lugar de cualquier otro refinamiento táctico.

Un Titán era una máquina de guerra, un Caballero era un guerrero.

Los dientes de Raeven rechinaron por los escudos de iones del Caballero e, incluso desde el suelo, sintió el ardor del disgusto de su padre.

A pesar de que proyectaba un despreocupado aire de desinterés, Raeven había estudiado los elaborados protocolos y las observancias del ya cercano Ritual de Conversión. Sabía que se recitarían largos catecismos sobre el deber, el honor y la lealtad y mnemotécnicos que le ayudarían en el proceso de unión y asegurarían una conjunción perfecta con la armadura que debía pilotar después de un aprendizaje exitoso.

Sólo en estos momentos Raeven comenzó a darse cuenta de que, tras está noche, ya no sería el mismo hombre. La vinculación con su armadura le cambiaría para siempre, una astilla de duda se clavó en su cráneo, como un gusano se abría paso a través de una manzana podrida.

Albard cayó de rodillas ante Lord Devine, los servos de su armadura de fusión gimieron por el movimiento.

Raeven vaciló, pero antes de que pudiera imitar el movimiento de su hermano, oyó gritos detrás de él. Escuchó disparos, seguidos de algo que sonó como la detonación de una granada. Se dio la vuelta para ver como un hombre corría entre la multitud con su larga túnica ondeando tras él como una capa. Su rostro estaba parcialmente aumentado, un tatuaje en espiral se dibujaba alrededor de la piel de su ojo izquierdo. Hombres y mujeres yacían moribundos, dispersados por la explosión que había abierto un hueco en la barrera de seguridad que separaba a las multitudes de la Vía Argentum.

El hombre corrió hacia la montura de Cyprian Devine. Raeven vio que llevaba algo atado a su pecho, una especie de bandoleras cruzadas transversalmente, una serie de cajas negras con cables que parecían generadores en miniatura. La Guardia de Casa Devine abrió fuego contra el intruso. Disparos láser y proyectiles sólidos surcaron el aire, pero el hombre paso entre ellos como si fuera un fantasma. Raeven se agachó detrás del aún arrodillado Albard cuando una bala paso junto a su oreja y rompió un trozo de calzada a sus pies.

-¡Los dioses serpiente viven!- gritó el hombre cuando llegó junto al carruaje, activando un detonador de fabricación casera. Raeven se quedó sorprendido al notar algo familiar en su apariencia, pero antes de que pudiera darse cuenta de quién era, la bala de un huscarl finalmente alcanzó al hombre en la cabeza, justo cuando detonó el dispositivo sobre su pecho.

La explosión levantó a Raeven del suelo, pero el hombre no había usado una bomba convencional, los detectores químicos la habrían detectado mucho antes de que llegara tan lejos. Era algo mucho más peligroso, un poderoso pulso electromagnético que detonó formando una poderosa cúpula con sus efectos, un cortocircuito que desactivo todos los dispositivos en un centenar de metros.

El carruaje gravitatorio cayo de golpe sobre la carretera, los fusiles láser y todas las células de energía quedaron anuladas en un instante.

Y los implantes cerebrales del mallahgra y del azhdarchid lanzaron una simultanea lluvia de chispas.

-¡No…!- murmuró Raeven.

El mallahgra soltó un rugido y se arrancó los cepos con la misma facilidad con que un hombre se desprende de una corbata floja. Lanzó los restos del artefacto contra la multitud, la fuerza del impacto de los trozos de bronce

hizo volar cadáveres por los aires. Las membranas nictitantes de sus múltiples ojos parpadearon, como si la bestia estuviera despertando de una larga hibernación y se encontrara a un rival en sus zonas de alimentación. El azhdarchid se encabritó, arañando el aire con sus alas y chillando de furia al encontrarse unido con un yugo a un trozo de metal muerto.

-¡Ayúdame a levantarme!- gritó Albard, vencido por el peso de su armadura.

Raeven miró estúpidamente a su hermano. **-¿De qué estás hablando? Levántate sólo. Tú eres el que está en la armadura.**

-Armadura de fusión- señaló Albard, y Raeven finalmente comprendió.

-No te puedes mover- dijo Raeven. -Los sistemas están fritos.

-Lo sé, maldita sea- siseó Albard. -**Ahora, ayúdame.**

Raeven levantó la vista y vio al mallahgra rugir cuando vio algo contra lo que dirigir su ira. Los huscarls montados cargaron contra la bestia, las lanzas láser bajaron con sus puntas conductoras lanzando crepitantes arcos de energía, pero la bestia saltó repentinamente entre ellos y comenzó a destrozarles con sus brazos. Hombres y caballos fueron lanzados por los aires, mutilados por los golpes de la bestia.

Los disparos cosieron toda la piel del mallahgra, quemando su pellejo, pero fueron incapaces de penetrar la rugosa piel y las densas capas de tejido muscular de debajo. Raeven se volvió a ver qué tipo de problemas mantenían a su padre fuera de la lucha, de todas las armas allí presentes, el Caballero, era posiblemente, la única que podía matar a un mallahgra enfurecido.

La montura mecánica de Cyprian Devine silbaba y crepitaba entre descontrolados arcos eléctricos, sus sistemas de control luchaban por mantenerse activados. El Caballero había estado a punto de explotar, pero se había salvado de parte de la fuerza del pulso electromagnético.

Sin embargo, no había escapado por completo, sus sistemas estaban luchando por restablecerse.

-¡Típico!- dijo Raeven. -**Justo cuando más le necesitamos…**

Arrastró la espada de Albard fuera de su pesada vaina, pero maldijo cuando se dio cuenta de que era un arma de energía y por lo tanto inútil. El arma ni siquiera tenía hoja, sólo estaba preparada para ser usada confiando en la fuerza de la energía para cortar la armadura del oponente.

Se escuchó un crujido de madera al astillarse y el azhdarchid finalmente se liberó del yugo que lo sujetaba al carruaje gravitatorio.

-¡Deprisa Raeven!- suplicó Albard. **-¡Ayúdame!**

Los ojos de su hermano estaban llenos de miedo. Albard podía oír el mallahgra, su rugido espeluznante y los golpes de sus manos con garras impulsándose hacia adelante, pero no podía verlo, el miedo a lo desconocido lo había privado de su valor. Ya había perdido un ojo en manos de una bestia como esa y no tenía la menor prisa en interponerse en el camino de está.

-Lo siento, hermano- dijo Raeven, sin soltar la inútil espada.

Se puso en pie, pero antes de que pudiera girarse y echar a correr, el mallahgra ya estaba sobre él.

La bestia tenía sus múltiples ojos confusos e inyectados en sangre, pero supo reconocer la carne fresca en cuanto la vio. Una zarpa con tres garras se dirigió a Raeven, pero sus perfeccionados reflejos consiguieron esquivarla. Se giró y balanceo la espada, que rebotó sin lograr el menor efecto en la gruesa piel del monstruo. La bestia rugió y lanzó su segmentada cabeza de tiburón hacia él. Dientes como sierras cortaron su ropa y abrieron unas profundas heridas en su pecho y hombro. Raeven gritó de dolor y rodó bajo las patas de la bestia para esquivar el ataque.

Más soldados avanzaron, disparando sus fusiles desde la cadera. El azhdarchid cargó contra ellos, sus pesadas alas se abrieron y golpearon como pesadas mazas, los espolones atravesaban a media docena de hombres en cada barrido. Su afilado pico partía por la mitad a los guerreros blindados junto a sus monturas.

Raeven se puso y corrió hacia la ciudadela, con la esperanza de que alguien del interior tuviera la suficiente presencia de ánimo como para abrir las malditas puertas. Pero se detuvo en seco cuando una chirriante pierna de acero se posó a su lado, cerrándole el paso. La estela de los escudos iónicos del Caballero derribo a Raeven, aplastándolo contra el suelo cuando el Caballero pasó a su lado, dejando un rastro de chispas y combustible.

El mallahgra contra cargó Cyprian, lanzando sus dos brazos para abrazar a su montura, pero el padre de Raeven no estaba de humor para una pelea cuerpo a cuerpo.

Los tubo-lásers abrieron fuego, abriendo profundos cráteres sangrientos en el pecho de la bestia, atravesándolo y arrancando abrasados trozos de su espalda. El mallahgra gritó por la ira y el dolor, pero su atrofiado sistema

nervioso aún debía recibir más castigo antes de ser reducido. Un atronador golpe se estrelló contra la cabina del Caballero, que Raeven vio que permanecía obstinadamente abierta, lanzando trozos de afilado acero a su interior.

La mandíbula de la bestia se cerró sobre el caparazón blindado del Caballero con un ronco bramido, pero los dientes resbalaron, abriendo surcos plateados en el blindaje. Trozos de blindaje desgarrado cayeron alrededor de Raeven, que tuvo que saltar a un lado para evitar ser aplastado por los restos. Los tubo-láser dispararon de nuevo, y está vez, el mallahgra sí se sintió herido.

Una sangre pegajosa llovió sobre Lord Devine cuando liberó su sable-sierra y su generador interno finalmente superó los efectos del pulso electromagnético. El enorme sable-sierra rugió a la vida, sus dientes, cada uno mayor que en antebrazo de un hombre, giraron a tal velocidad que era imposible distinguirles. La rugiente hoja se clavó en los intestinos del mallahgra, destrozando su corazón y sus pulmones, y surgió por su hombro en medio de una explosión de hueso y carne triturados. La bestia aulló cuando Cyprian arrancó el mortal sable de su cuerpo, su brazo, junto a la mayor parte de su costado derecho, se desprendió de su columna vertebral, amputado por la terrible arma.

Con razón se conocía a Cyprian Devine como Cuchilla del Infierno.

Aceptando finalmente que ya estaba muerto, el mallahgra se desplomó de rodillas, su brazo restante cayó inerte a un lado tras deslizarse inofensivamente sobre el blindaje salpicado de sangre del Caballero. El cadáver rodo de costado y un hedor nocivo se mezcló con el olor a sistemas eléctricos quemados de la máquina herida.

Cyprian hizo girar el cuerpo del Caballero para mirar hacia abajo, hacia Raeven. La sangre cubría el rostro de su padre, Raeven vio dos trozos de acero clavados en su cuerpo, uno en el estómago y otro atravesándose el hombro. El chasis acorazado del Caballero se combó por la simbiosis hombre-máquina, pero Cyprian Devine no estaba dispuesto a dejar que unas heridas potencialmente mortales le ralentizasen.

-Lleva a tu hermano al Santuario- ordenó con los dientes apretados.

Una vez pasado el peligro inmediato, Raeven se puso en pie y se pasó una mano por la cara.

-¿No pretenderá que sigamos adelante con la Conversión después de todo esto?- dijo.

-Ahora más que nunca- le espetó Cyprian. -**Haz lo que te digo, muchacho. Ambos debéis ser conectados esta noche a vuestras armaduras. Los trajes ya han sido preparados y consagrados, os están esperando en la Bóveda Transcendental. Si no sois vinculados ahora con ellos, nunca os aceptaran.**

Raeven asintió mientras su padre giraba el Caballero y salía con paso desigual tras el desbocado azhdarchid. Sus chillidos, unos gritos ululantes que subían desde valle abajo, donde los soldados de Devine aún trataban de derribarlo.

Una lenta sonrisa se extendió por el rostro de Raeven al darse cuenta de que la gente a su alrededor estaba gritando su nombre, pero le tomó un momento entender el por qué.

Se puso en pie junto al cadáver del mallahgra eviscerado con la espada en la mano, cuya hoja empezaba ahora a despertar a la vida y resplandecía con un resplandor púrpura. No les importaba que él no hubiera matado a la bestia, sólo que había estado allí, en pie contra ella.

Levantó la espada prestada y gritó. **-¡Devine!**

Dos Regimientos de la Guardia del Alba les esperaban dentro de la ciudadela, pero todo el esplendor ceremonial había sido dejado a un lado cuando en el momento del intento de asesinato. Oficiales y soldados habían desechado sus altos y estriados cascos, los ondeantes banderines y sus corazas adornadas con oro y plata. Los soldados habían querido marchar para luchar junto a su amo y señor, pero su deber con los hijos de Lord Devine les mantuvo dentro de la ciudadela.

Raeven sintió una punzada de pesar, el ataque del mallahgra le había robado la oportunidad de desfilar ante estos hombres en su camino hacia el Santuario, pero se contentó con la multitud que gritaba su nombre más allá de los muros.

-Si yo fuera un hombre supersticioso, estaría tentado a pensar que este ataque era un mal presagio- dijo.

-Y sí yo creyera en los presagios, puede que estuviera de acuerdo contigo- dijo Albard, entre jadeos y sin aliento por el esfuerzo de caminar con la voluminosa armadura de fusión con el generador apagado y sin fuerza motriz.

-¿Vistes el tamaño de ese mallahgra?- dijo Raeven, dejando escapar un reprimido suspiro mientras los cortes de su brazo palpitaban dolorosamente. **-Trono, pensé que me iba a matar.**

-Casi nos mata a los dos- jadeó Albard, su rostro lleno cicatrices estaba pálido y aún tenía los ojos muy abiertos por el miedo.

-Casi me mata- le corrigió Raeven, extendiendo su brazo ensangrentado y haciendo todo lo posible para ocultar lo mucho que realmente le dolía. -Esa bestia no era a ti a quien estaba mirando como si fuera su próxima comida.

-Tienes suerte de estar vivo- admitió Albard.

Raeven se dejo caer en una pose de esgrima y tendió la espada de Albard. -¿Yo?- dijo con una amplia sonrisa. -El mallahgra fue el afortunado. Si tu espada no se hubiera cortocircuitado, le habría cortado el brazo.

-Afortunadamente, entonces.

-Si padre no hubiera intervenido, juro que habría despiezado, miembro a miembro.

El generador de fusión de doble tambor de la armadura de Albard comenzó a producir una serie de alarmantes sonidos en los mecanismos de control de sobrecarga y silbó cuando comenzaron a escapar gases. Los destrozados sistemas eléctricos comenzaron a expulsar un humo azulado.

-Ayúdame a librarme de esta maldita armadura- dijo Albard, el fugaz momento de cordialidad fraterna terminó de repente.

Raeven se alejó de su hermano cuando un gemido penetrante surgió del generador. Sabía por sus largos años de entrenamiento que ante una situación similar los arcaicos sistemas de la armadura de fusión eran peligrosamente temperamentales. Sólo los sacerdotes del Mechanicus tenían los conocimientos necesarios para mantener esa tecnología obsoleta, pero tenían poco interés en servir a esas herencias familiares.

-No soy tu maldito escudero- contestó Raeven. **-Hazlo tú mismo.**

-Date prisa, antes de que el reactor de fusión me abrase a través de las placas.

Raeven negó con la cabeza e hizo gestos hacia un trío de Sacristanes que esperaban su permiso para acercarse. **-Vosotros tres, sacadlo de su armadura. ¡Rápido! Antes de que el reactor le queme.**

Los hombres de túnica roja corrieron para ayudar al hijo mayor de Lord Devine. Un Sacristán con un abultado cilindro con marcas de “peligro”

conectó varios cables para introducir los códigos de desactivación del núcleo del reactor. Otros tubos cubiertos de escarcha comenzaron a inyectar fluidos refrigerantes. Otras dos herramientas eléctricas se desplegaron para retirar los pernos, eliminar los corchetes de cierre y las placas humeantes de la armadura empezaron a ser retiradas del cuerpo de Albard.

Mientras Raeven observaba el trabajo, tuvo un repentino destello de memoria, recordando al hombre que había detonado el pulso electromagnético en la Vía Argentum.

-Era un Sacristán- dijo.

-¿Quién?- preguntó Albard.

-El atacante. Vestía la túnica de un Sacristán.

-No seas absurdo- dijo Albard, mirando hacia abajo, hacia los hombres que trabajaban para eliminar su inútil armadura. **-¿Qué razón podría tener un Sacristán para asesinar a padre?**

-Confía en mí, padre tiene un carácter que le ha hecho ganarse muchos enemigos.

Otro recuerdo llegó hasta él, el atacante era un Sacristán y era un Sacristán que Raeven ya había visto antes. Hace unos meses, mientras iba de camino a una de sus citas clandestinas en el dormitorio de Lyx, había visto a ese hombre vagando por las cámaras superiores de la torre de Albard. Deseando que se fuera, le castigó por llevar un tatuaje similar a un símbolo del culto de la serpiente. Tras hacerle varias reverencias, el hombre le prometió que se lo retiraría y Raeven olvido todo el asunto.

Había pensado que la presencia del Sacristán se debía a algún asunto relacionado con el mantenimiento de un Caballero, pero ahora, esa explicación le parecía poco probable.

Albard se quitó la última pieza de su armadura y se alejó del montón de chapas humeantes como si se tratara de un montón de estiércol de xenos o de un peticionario.

-Gracias por nada, Raeven- dijo Albard, mirando las humeantes y destrozadas piezas.

-Te dije que era una estupidez llevarla puesta.

-¿Qué me has llamado?- dijo Albard acercándose a él con el ceño fruncido y

amenazante.

Si el hermano de Raeven pensaba que podía amedrentarlo con semejante teatralidad es que era incluso más tonto de lo que él había pensado.

-Ibas a tener que quitártela en el Santuario- dijo Raeven. **-Tras esta noche, nunca volverá a ser usada de nuevo, así que ¿por qué te importa tanto?**

-Es una reliquia de un valor incalculable, una herencia de nuestra familia- dijo Albard. -**Y está destrozada. Pensaba dejársela a mi primogénito a su mayoría de edad y este a…**

La inevitable escalada de su riña fue evitada por la llegada de un oficial de la Guardia del Alba y un escuadrón de soldados. Algunos todavía portaban partes de su armadura ceremonial, parecían un grupo de actores cómicos que jugaban a soldados.

-Mis señores- dijo el oficial. **-Tenemos que sacarlos de aquí ahora mismo.**

-¿Para qué?- preguntó Raeven. -**El mallahgra ha caído, sería toda una sorpresa que aún no hayan matado al azhdarchid.**

-Es cierto, mi señor- respondió el oficial **-pero, por lo tengo entendido, un cultista de la serpiente detonó una bomba electromagnética en la Vía Argentum.**

-Y le han volado la cabeza- señaló Raeven. **-Así que, probablemente ya no suponga ninguna amenaza.**

-Es muy poco probable que no trabajara sólo- replicó el oficial. **-Tendrá cómplices.**

-¿Cómo puedes saber eso?- exigió Albard.

-Es lo que yo haría si hubiera planeado asesinar a Lord Devine.

Raeven dio una palmada en el hombro del oficial y sonrió a su hermano. **-Es bueno saber que estamos siendo protegidos por hombres que están pensando cómo nos podrían matar, ¿eh?**

El oficial palideció y Raeven rió.

-Dirígenos, buen hombre- dijo. **-Antes de que el culto a la serpiente nos mate a todos.**

Escoltados por trescientos soldados fuertemente armados, Albard y Raeven

se abrieron paso a través de los recintos fortificados de la Ciudadela del Alba. Lo que debería haber sido un paseo triunfal hacia el Santuario, se convirtió en una apresurada marcha, con todos los hombres alertas ante la posibilidad de otro ataque traicionero. Atravesaron tres puertas, cada una lo suficientemente ancha como para permitirles pasar a todos, que luego se cerraron de golpe.

El Santuario era el corazón de la ciudadela.

Mientras que el resto de la Ciudadela del Alba había sido construida en la misma piedra ocre de las montañas, el Santuario había sido construido por los primeros pobladores de Molech y su estructura se parecía muy poco a la fortaleza que había sido levantada a su alrededor.

Estaba claro que era de antigüedad inimaginable, resultaba evidente que su planta circular era la cúpula geodésica que, claramente, adornó una vez el casco de una nave espacial. Casi la totalidad de la estructura del Santuario había sido una vez parte de un navío interestelar, sus torres habían sido rescatadas de la superestructura de la nave, sus paredes de las planchas exteriores del casco y sus imponentes puertas negras y plateadas de una enorme cámara interna.

Esta era la puerta de entrada a la Bóveda Transcendental. Cuando los Caballeros de Molech cabalgaban a la batalla, salían desde estas puertas.

El Santuario había sido ampliado y embellecido a los milenios transcurridos desde su construcción, lo que una vez fue funcional y gris, ahora estaba engalanado con banderas de colores, gárgolas de acero y afiladas agujas. Una bandera con el águila imperial colgaba desde un mástil de la cúpula central, debajo, dispuestas alrededor de ella, en un nivel inferior, estaban las banderas con la heráldica de la diferentes Casas Nobiliarias. El simbolismo de las banderas era más que evidente, Raeven se maravilló de su falta de sutileza.

Cuando el Emperador chasqueaba los dedos y llamaba al pueblo de Molech a la guerra, estos no tenían otra opción que acudir.

¿Era sólo él quien se sentía ofendido por el predominio evidente y la forma en la que cada elemento de la iconografía Imperial había sido elevado por encima de la de Molech? Seguramente, él no sería el único que podía verlo, pero parecía que era al único al que le importaba.

Dos grandes escaleras procesionales de hierro comenzaban a cada lado de la puerta principal, girando alrededor del edificio antes de encontrarse en la parte superior, en una entrada circular más pequeña, una más adecuada a la

escala de los mortales. De esta entrada superior surgieron dos columnas gemelas de Sacristanes vestidos de rojo para llevar a los hijos de Lord Devine hasta el Ritual de la Conversión. Raeven dejó a un lado su resentimiento contra el Imperio mientras se imaginaba que salía cabalgando por la Puerta Trascendental, conectado a su propia armadura de Caballero.

La emoción ilumino su rostro y miró a Albard, esperando ver en su rostro lleno de cicatrices las mismas señales de exaltación. Pero el rostro de su hermano estaba mortalmente pálido y una capa de sudor recubría su piel.

La Cámara de los Ecos no era llamada así por sus propiedades acústicas, aunque eran bastante impresionantes. El sonido de las pisadas de Raeven resonó en el lejano techo, un dosel suspendido cubierto de gruesos cables y silbantes tuberías, algo que parecía las enredaderas de una selva o… un enorme nido de serpientes. El suelo era un mosaico de rejillas de acero, las viejas placas de la olvidada nave estelar que había sido canibalizada para crear la estructura del Santuario.

Una tenue luz ultravioleta brillaba a través de las tuberías del techo, unas parpadeantes electro-velas se encendieron en unos apliques de hierro que una vez fueron las tapas de los pistones de un motor. Dos enormes tronos mecanizados se levantaban sobre una tribuna elevada en el centro de la cámara, dispuestos de tal manera que los ocupantes estuvieran el uno frente al otro.

-El Trono Mechanicus- dijo el acólito que los había llevado dentro **-con el que cada uno de ustedes se reunirá con su armadura.**

Dieron varias vueltas alrededor de la estructura interna del Santuario, mientras los Sacristanes que les acompañaban tomaban posiciones junto a los acólitos del Mechanicus, tomando posiciones para la preparación del ritual. Finalmente, sólo quedo uno, un siervo de cabeza afeitada, el que normalmente asistía a su padre.

Raeven ya sabía, sin necesidad de que nadie se lo dijera, cuál de los Tronos era el suyo y subió los escalones de hierro para sentarse. Apenas lo había hecho, cuando unos pesados grilletes de acero inmovilizaron sus tobillos y sus muñecas. Una capucha de plata se elevó desde la parte posterior del trono y se deslizó suavemente sobre su cabeza. Raeven sintió el calor de los contactos eléctricos y un zumbido cuando las clavijas conectaron con las entradas de la parte posterior de su cuello y de su columna vertebral.

La sensación de la invasiva penetración era cortante y fría, pero no desagradable.

Con la conexión establecida, Raeven parpadeó cuando escuchó un susurro de voces alrededor de él, como si una invisible multitud de distantes observadores hubieran entrado en silencio en la cámara para presenciar la Conversión.

-Mi Señor- dijo el Sacristán, haciendo un gesto hacia el trono frente a Raeven.

Albard asintió, pero no hizo ningún movimiento para subir las escaleras hacia su trono.

-¿Qué te pasa hermano?- dijo Raeven. **-¿Nervioso?**

Albard le lanzó una mirada enojada. -**Así no es como se suponía que debía funcionar-** dijo. **-¿Y los catecismos? ¿Y las palabras que debíamos pronunciar? Esto no es lo que esperaba.**

El Sacristán asintió. **-Debido al lamentable incidente ante la Puerta Argent, Lord Devine nos ha ordenado que prescindamos de la mayor parte del ritual formal asociado a la Conversión.**

El tono del Sacristán no dejaba lugar a dudas sobre lo que pensaba sobre esa orden en particular. Al igual que sus supervisores del Mechanicus, los Sacristanes eran muy respetuosos con la tradición, los rituales y el dogma.

-Pero deben hacerse, para ayudarnos a vincularnos con la armadura de Caballero- protesto Albard.

-Lord Devine piensa que usted sería más que capaz de establecer la conexión sin ellos- dijo el Sacristán. **-Insistió mucho en ello.**

Albard tragó saliva y Raeven saboreó el malestar de su hermano. Normalmente era tan brusco y arrogante como su padre, verlo tan asustando era algo muy raro.

-Mi señor, por favor- rogó el Sacristán.

-Muy bien, maldito seas- le gritó Albard, subiendo finalmente las escaleras y sentándose en su trono.

Los mecanismos de retención se fijaron alrededor de las extremidades de su hermano y la capucha de plata subió para envolver la parte superior de su cráneo. Albard se sacudió e hizo un gesto de dolor cuando las clavijas rozaron su cuerpo y rasparon la piel infectada alrededor de conexiones de su cuerpo.

Los ojos de Raeven se reunieron con los de Albard y se permitió la momentánea satisfacción de ver la debilidad en lo más profundo de su hermano, una emoción enterrada y casi invisible para la mayoría de las personas que lo conocían. Pero ahora estaba allí, horriblemente expuesta y saltando a la vista.

-¿Listo, hermano?- dijo Raeven.

Albard no contestó, su mandíbula temblaba por el miedo.

Satisfecho porque ambos hombres estuvieran perfectamente asegurados en sus tronos, el Sacristán se inclinó y le susurró algo al oído de Albard. Tan perfecta era la acústica de la cámara que Raeven escuchó cada palabra y sus ojos se agrandaron al ver la expresión de horror en el rostro de su hermano.

-¡Los dioses serpiente viven!- dijo el Sacristán.



CINCO

En amanecer iba abriéndose camino por el valle mientras Cebella Devine observaba a Lyx subir los escalones de los altos muros, desde lo que se divisaba el escenario de la masacre del día anterior.

Los huscarls guardaespaldas de Cebella se mantenían a una respetuosa distancia, ella sintió como su corazón se aceleraba al acercarse Lyx.

-¿Está hecho?- preguntó Cebella, sin volverse hacia la chica.

-Lo está- confirmó Lyx.

-¿Y?

-Hubo complicaciones…- dijo Lyx, disfrutando claramente de la mirada de irritación que se dibujó en el rostro de Cebella.

-No me hagas perder el tiempo, Lyx. Habla.

-Raeven fue conectado con éxito. Su Caballero es un potro, salvaje y fuerte.

-¿Y Albard?

Lyx hizo una pausa, su rostro reflejó una burlona mueca de dolor. -Me apena decir que tras el incidente en la Vía Argentum, la mente de Albard no estaba preparada para soportar una noche en la Cámara de los Ecos.

-¿Está vivo?- preguntó Cebella.

Lyx asintió. **-Lo está, pero su Caballero se negó a unirse con él y las reaccione bio-neuronales del rechazo han dañado irremediablemente su mente. Me temo que lo hemos perdido para nosotros.**

Cebella finalmente se dignó en volver la cara hacia Lyx. Las dos mujeres compartieron una mirada que un extraño pudo confundir con dolor compartido, pero, de hecho, fue complicidad compartida.

-Tu mascota, el Sacristán dio todo un espectáculo- dijo finalmente Cebella.

-Un hombre hace muchas tonterías por lujuria- contestó Lyx.

-Pero no pudo matar a Cyprian- dijo Cebella. **-Dos veces empalado y el viejo hijo de puta cascarrabias todavía respira. Casi lo admiro por eso. Casi.**

-Sí, Cyprian aún vive, pero mira lo que logro Raeven- señaló Lyx. -La gente lo vio en pie, luchando contra un mallahgra tan solo con una espada desactivada. De esos cuentos nacen las leyendas.

-¿Tenemos necesidad de leyendas?

-La tendremos- dijo Lyx, cuando un mareo momentáneo pasó a través de ella y creyó ver la imagen de un ojo de color ámbar ardiente y una tormenta arrolladora que se extendía por todo el horizonte.

-¿Otra visión?- preguntó Cebella, extendiendo una mano para sostenerla.

-Tal vez- asintió Lyx.

-¿Qué has visto?- exigió Cebella, manteniendo bajo tu tono de voz.

-Un tiempo de grandes cambios está llegando a Molech- dijo Lyx. **-Han de pasar aún muchos años, pero cuando estos lleguen, se producirá una guerra terrible. La Casa Devine jugará un papel fundamental en ella.**

-¿Y Raeven?

-Será un gran guerrero, sus acciones cambiaran el curso de la guerra.

Cebella sonrió y soltó el brazo de Lyx. Alzó la vista hacia el cielo que clareaba y se imaginó los mundos que su hijo reclamaría como propios. Lyx no era la única Adoratriz que tenía el don de ver el futuro, pero sus poderes secretos crecían día a día y eran mucho más fuertes que cualquiera que Cebella hubiera visto antes.

-Tienes grandes ambiciones para tu hermano gemelo- dijo Cebella.

-No más que tú, madre- contesto Lyx. **-No más que tú.**

FIN

AULLIDO DE FENRIS

(Howl of the Hearth world)

AARON DEMBSKY BOWDEN
TRADUCCION RODINA
CORRECCIÓN ICEMAN



UNO

Su nombre era ‘Trece Estrellas Fugaces’. Fue él quien escupió en el suelo frente al ‘Señor del Invierno y la Guerra’.

-Aquí está tu respuesta, Russ.

El ‘Señor del Invierno y la Guerra’ era un rey sin trono. Cuando los miembros del tribunal de guerreros se reunieron para el juicio de sangre de los ‘Einherjat’ (los espíritus de los guerreros muertos en batalla, nt), lo hicieron sobre la tierra desnuda. Cada alma se igualo a la de sus Hermanos y todos los guerreros presentes sabían que el día terminaría con la caída del hacha del verdugo.

Todas las miradas se posaron sobre las seis almas que esperaban el juicio bajo la lluvia de la tormenta. Ninguno de ellos había hecho intención de formar, pero su instinto hizo que cada uno de los guerreros en pie, estuvieran lo suficientemente separados entre sí como para extraer y blandir sus espadas. La lluvia empapaba a los Hermanos que estaban ante su señor, empapando sus pieles de lobo y dando un brillo grasiento a su ceramita gris.

El viento aún llevaba el hedor químico del combustible quemado, un legado del reciente descenso planetario de la Legión. Ningún tribunal de guerreros se podía convocar en el vacío, la tradición era la tradición, ni siquiera el ‘Señor del Invierno y la Guerra’ podía decretar lo contrario. Terrestres y Fenrisianos tenían el mismo derecho a morir con sus botas pisando una tierra honesta.

Jarls y Thegns de otras compañías formaban un anillo alrededor de los acusados. Armados y blindados para la batalla, esos caciques murmuraban entre ellos, con voces tan profundas y bajas como la de osos que despertaran.

En lugar de insignificantes monedas, se intercambiaron entre ellos talismanes y amuletos, mientras apostaban entre ellos, sin ningún pudor, sobre las vidas de sus parientes.

Por fin, Russ hablo. Los extranjeros a menudo comparaban su voz con el gruñido de un canido, sin embargo, aquí entre sus hijos, él solo era uno más

entre muchos con un toque salvaje en sus palabras.

-Esta es la última negativa que oiré por parte del 'Aullido de Fenris'.

'Trece Estrellas Fugaces' asintió con la cabeza. **-Entonces no vuelva a preguntarnos.**

El alto rey sonrió, sus ojos brillaban mientras mostraba sus colmillos. Él no tenía edad, de la forma en la que solo los dioses menores no tienen edad, pero tenía cicatrices, en una cantidad y manera que nunca tendría un cobarde. Dos lobos merodeaban a sus flancos, ambos leales y buenos cazadores. El 'Señor del Invierno y la Guerra' movió sus brazos para acariciar la piel de la bestia más cercana con sus enguantados dedos.

-Les ofrezco todo un honor- dijo **-y me devuelven un desafío.**

-Nos ha ofrecido el destierro, mi rey. Y lo rechazamos. Nos quedaremos y cazaremos. Lucharemos junto a la Legión, para eso hemos nacido.

-Ya veo.

El Imperio podría conocer al Primarca por una gran cantidad de nombres y de títulos, pero para sus guerreros, él era simplemente el 'Señor del Invierno y la Guerra', o más recientemente el 'Russ', descendiente de una de las primeras, más noble y vieja tribu, los Russ.

Y ante el desafío de su hijo, Leman Russ seguía sonriendo. Una morbosa alegría torció las cicatrices de sus curtidas facciones. En privado se preguntó, como solía hacer en aquellas situaciones, si la lluvia sería un presagio. Si así era, le pareció muy poco sutil.

-Usted sabe que estoy en mi derecho, dentro del juicio de sangre, a tomar sus cabezas por esto. ¿Tantas ganas tiene el 'Aullido de Fenris' de entregar sus cabezas al filo de mi espada?

'Trece Estrellas Fugaces' dio un paso hacia adelante, orgulloso de su mutilada armadura portada en la Cruzada, más orgulloso aún de la capa de piel marrón ahora convertido en negro por la lluvia de la naciente tormenta. Por el cómputo de su pueblo, 'Trece Estrellas Fugaces' era un anciano, uno de los primeros lobos de Fenris que viajo al lado de su Primarca, con cicatrices, pero aun respirando, pese a todo lo que la galaxia le había lanzado. Muchos de la primera generación de Fenris ya habían partido, convertidos en cenizas y conservados en la memoria, caídos en alguna de las miles de batallas libradas por el Vlka Fenryka a través de todo el emergente Imperio. La mayoría de los supervivientes hacía tiempo que habían salido de las filas de los simples

guerreros, promovidos con todos los honores a la Guardia del Lobo o se habían ganado el derecho de comandar Compañías enteras.

‘Trece Estrella Fugaces’ había luchado duro, pero no para ascender, lo hizo para quedarse precisamente donde estaba. Era un cazador, un acosador, un rastreador, un asesino, prefería dejar la logística y el mando de los ejércitos o la dirección de las naves de guerra a otros hombres. Su lugar estaba junto a su manada, conduciendo el ‘Aullido de Fenris’ a través del humo y de la sangre, con un hacha en una mano y un rugido en la garganta.

Se rasco la barbilla a través de su trenzada barba con unos dedos llenos de anillos de marfil. A él, le podría parecer que fue ayer cuando su barba había sido negra con manchas de color blanco, ahora, era blanca con vetas grises. Un guerrero podía luchar contra todo, excepto contra el tiempo y el destino.

Antes de hablar, ‘Trece Estrellas Fugaces’ frunció los labios para mostrar sus largos colmillos, el franco gesto de un anciano que comparte su sabiduría con un cachorro.

-No es ningún honor, mi rey. Es el destierro. No me importa lo mucho que usted jure que es nuestro deber como héroes, el exilio sigue siendo el exilio.

Russ dirigió una sonrisa llena de colmillos a los demás jefes de guerra. **-El Sigilita nos lo pidió a nosotros, Hermanos. Respondedme la verdad, aquí en la corte de los guerreros ¿no veis el honor en todo esto? El mismísimo Regente de Terra nos suplica que observemos a los Señores de las otras Legiones.**

Algunos de los Thegns golpearon los puños contra sus corazas, mientras que otros dieron una ovación poco más alta que un murmullo. Russ sonrío ante una exhibición de entusiasmo tan tibia. Era muy consciente de que se trataba de un trabajo que ninguno de ellos deseaba y aún amaba más a sus hijos por su honestidad al decirlo. Pero el deber era el deber.

‘Trece Estrellas Fugaces’ no se inmutó. Sus duros rasgos, desgastados por el tiempo, oscurecidos por interminables guerras y bajo innumerables soles, miraron con rotundidad a su rey.

-Si Malcador pide observadores, pues que envíe observadores. Nosotros somos guerreros, Russ.

-Y sin embargo, el resto de las manadas lo han aceptado, sin este hedor a rebelión.

-¡No es nuestro lugar!- 'Trece Estrellas Fugaces' enseñó los dientes en una mueca, mientras la saliva pulverizada surgía de sus apretadas mandíbulas**. -Hemos hablado tanto con 'Sombra de la Luna Baja' como con 'La Voz de la Noche'. Y les envía a la batalla, incluso aunque eso signifique servir con otras legiones. Sin embargo, a nosotros, nos envía lejos de toda esperanza de guerra. Las otras manadas no le desafiaron, porque no quedarán encadenadas en una bodega de carga y enviados a Terra. A ellos se les ofrece nuevos campos de batalla. A nosotros sólo nos ofreces el exilio.**

Russ ya no sonreía. Podía ser orgulloso, pero no era demasiado paciente.

-La hora de la saliva y el pesar ha pasado, ahora, la responsabilidad recae sobre nosotros. Malcador me hizo esta petición y yo le proporcionare lo que necesite.

'Trece Estrellas Fugaces' negó con la cabeza, mientras la derrota se arrastraba ya por su columna vertebral. No ocultaba la rabia de sus ojos, pero era la furia de una bestia apaleada.

-Nosotros no somos sus esclavos, como para mandarnos por capricho de aquí para allá. Rogal Dorn no necesita a una manada arrastrándose tras sus talones. Y si lo necesita, el Imperio ya está perdido. No hay honor en este exilio a Terra, Russ. ¿Cómo vamos a sentirnos orgullosos de la batalla, en un destino de paz? La suerte de ganaderos, comerciantes y agricultores- pronunciando la última palabra como si escupiera el mal sabor de una maldición.

-**Me preocupa muy poco el orgullo que usted pueda sacar de este objetivo, pariente. He disfrutado de su desafío y lo elogio por el fuego de su corazón. Pero siga con ello y los archivos de la Sexta Legión lo registraran como el primero que rechazo cumplir las órdenes de su Primarca. ¿Es ese el legado que deseas para el 'Aullido de Fenris'?**

Reinó un silencio repentino y agudo. Nadie estaba dispuesto hablar, ni siquiera 'Trece Estrellas Fugaces'.

-Eso es lo que pensaba- dijo Russ finalmente. **-Les concedo el 'Damarchus' para su viaje a Terra. Esté listo para partir en doce horas.**

El 'Aullido de Fenris' al completo se quedó inmóvil, sin decir nada, ni moverse.

Fue 'Sonriente Jaurmag' quien dio un paso hacia adelante, tomando el lugar de 'Trece Estrellas Fugaces'. Como jefe de guerra del 'Grito del Dragón Doliente', jarl de Tolv y maestro de muchas manadas, tenía derecho a hablar

por cualquiera de ellos en un tribunal de guerreros.

Y eso es lo que iba a hacer.

-Mi rey- dijo mirando a Russ, con unos ojos tan grises como la tormenta que estaba sobre ellos.

-Tu rey te escucha, 'Sonriente Jaurmag'.

-Russ- dijo el jefe de forma severa y sin sonreír **-no puede ser así. No puedo enviar a los guerreros de mi Compañía a cumplir una tarea que yo mismo me negaría a realizar. Si envía al 'Aullido de Fenris' a Terra en contra de su voluntad, yo viajare con ellos.**

Mientras hablaba, el guerrero agarraba con una mano blindada un ajustado y deslustrado torque de bronce que portaba alrededor de su garganta. El propio Leman Russ fue quien había ajustado ese torque alrededor del cuello de 'Sonriente Jaurmag' cuando fue ascendido al mando de sus guerreros.

Por primera vez desde que el tribunal fuera convocado, el Primarca vaciló.

Eran raras las noches en la que sus hijos llegaban a sorprenderle, sin embargo, aquí, uno de los grandes señores de la guerra de la Legión estaba preparado para arrancarse el torque que indicaba su rango de su cuello, abandonando a todos sus guerreros para servir junto a una sola y díscola manada. El aire era frío y no era el frío del viento. 'Grito del Dragón Doliente' era una importante fuerza dentro de la Compañía de Tolv. Perder a una de sus manadas era algo casi insignificante, pero la pérdida de su líder era una historial totalmente diferente.

-Un noble sentimiento. Pero ¿quién ostentara el mando del 'Grito del Dragón Doliente' en su ausencia?

-No me importa. Mis sucesores lucharán por el torque.

Russ barajo interiormente las posibilidades de sucesión y las posibles respuestas, no le gusto ninguna de ellas. El tribunal de los guerreros había sobrepasado el punto donde las cosas podrían haber terminado bien. Decidió seguir su instinto, como hacía casi siempre. La intuición siempre le resulto muy útil.

-Que así sea. Irás con el 'Aullido de Fenris'.

'Sonriente Jaurmag' sacó el torque de su cuello, con el gemido silencioso del metal al ser forzado, arrojando el anillo al suelo, delante de las botas del

Primarca. El silencio reinó durante unos latidos.

-Esto no es el exilio- dijo Russ una vez más**. -Dijisteis que en esto no hay honor y aquí, en el consejo de los guerreros, vamos a decir la verdad. Tenéis razón parientes, no es ningún honor, no lo hay en absoluto. No es nada más que un gesto de diplomacia hacia el Sigilita. Él no puede poner guardianes sólo a algunos Primarcas. Debe ser a todos o a ninguno.**

-Entonces, debería ser a ninguno- se atrevió a decir 'Sonriente Jaurmag'. Muchos de los jarls reunidos asintieron ante sus palabras. **-El Padre de Todos no desearía que hiciéramos esto. No se nos…-**

-El Padre de Todos trabaja en las catacumbas de Terra- la voz de Russ se convirtió en el raspado de una piedra de afilar. **-El Regente gobierna en ausencia de mi padre. Que éste sea el fin de sus negativas.**

Suavizo su tono, luchando contra el primer atisbo de la auténtica ira. -**La cautela del Sigilita pasara con el tiempo. Un puñado de años, junto a mi hermano Dorn. Eso es todo lo que les pido.**

-Bien, mi señor, porque es lo único que le estamos dando. 'Trece Estrellas Fugaces' inclino su cabeza hacia atrás, dejando su garganta al descubierto, una sutil señal de sumisión. Sus hermanos de manada hicieron lo mismo. Ninguno de ellos encontró placer alguno en las palabras del Primarca, pero la aceptaron como fieles hijos. **-Llámenos para volver pronto a la guerra, mi rey. No nos dejes morir pacíficamente en Terra.**



DOS

Uno de los emisarios del Regente les esperaba a bordo del navío de guerra Damarchus. El prelado Quilym Yei era un hombre pequeño y delgado, vestía de negro y llevaba alrededor de su delgado cuello, como si se tratara de un amuleto, el estilizado sello de oro de Malcador. Su voz era átona hasta el punto de la monotonía, lo que divirtió y disgusto en igual medida al 'Aullido de Fenris'. No mostro miedo de ellos, lo que era extraño. En cambio, se mostró amable, como si considerara que era mejor no fastidiar a los bárbaros más de lo estrictamente necesario.

Era su deber, así que informó a los lobos que debía registrar los detalles de

sus cuadros de honor hasta la fecha, para una detallada entrada en los archivos de Terra. El trono recibía contabilidades e informes completos de cada una de las flotas expedicionarias del Imperio, incluyendo a las Legiones Astartes, listas y cifras de bajas, pero el flujo de información era lento y poco fiable en el mejor de los casos, dadas las distancias y las enormes cantidades de datos que se transferían de un lado a otro de la galaxia. Durante su retorno al sistema Solar y antes de que los guerreros de la Legión pisaran el sagrado suelo de Terra, debería crear una crónica completa sobré ellos.

Esta fue en la forma que los recibió en una de las cámaras de información de la nave, poco después de que llegaran a bordo. En respuesta, uno de la manada escupió sobre la cubierta, delante de él. En lugar de sentirse insultado, Quilym encontró un ligero atractivo en ese gesto irrespetuoso. Había estado estudiando la VI Legión y su primitivo mundo durante muchos años, sabía de muchos de los rituales de Fenris y de las tradiciones que llevaban consigo las filas de los Lobos Espaciales. Escupir no era un hábito sucio para ellos, de hecho, para algunas tribus era una vieja superstición que alejaba la mala suerte. Para otros, era una forma de mostrar su desagrado, como negarse a escuchar las palabras de otro. En este caso en particular, Quilym sospechaba que podría ser un poco de ambas.

-¿Se sienten hostiles?- pregunto con una perfecta cortesía. -¿Asumo, que ustedes preferirían estar navegando hacía Prospero con su Legión, que hacer este viaje a Terra?

El lobo que había escupido negó con la cabeza. **-Está demostrando su ignorancia, escribano. El Einherjar va primero a escuchar al Señor de la Guerra. Horus Lupercal desea hablar con el 'Señor del Invierno y la Guerra'. Solo después, el Rout viajara hacia la corte del Rey Carmesí.**

Interesante, pensó *el prelado. Malcador lo encontraría muy interesante.*

-Por supuesto- respondió Quilym, con una voz absolutamente neutral. **-Perdonad el desfase de mi información. Ahora, en cuanto a mi deber, si pudieran darme sus nombres y rangos, podríamos ponernos en marcha.** Realizo una tarea agobiante, pero la totalidad de la Séptima Legión sufrió el mismo rigor.

-Cierra la boca- dijo uno de los lobos **-o te mataré.**

El prelado vaciló. El lápiz cibernético que sustituía su dedo índice izquierdo se cernió sobre la superficie rayada de su desgastada placa de datos. Les siguió observando, eran unos imponentes y descomunales guerreros, sucios, con anillos de hierro atados a sus trenzadas barbas y con sus rostros marcados con tatuajes de dentadas runas. Apestaban a sudor, aceite de armas y a viejas

pieles caladas por la lluvia.

Tomó aire para responder y luego lo exhaló suavemente mientras todos los ojos color azul grisáceo de la cámara le miraban fijamente. Poco a poco, con calma, puso la placa de datos sobre la mesa central. Los lobos no le hicieron caso, mientras compartían entre ellos amargas sonrisas y gruñían palabras en su gutural idioma.

Quilym sufrió la indignidad de ser ignorado durante varios minutos. Se aclaró la garganta durante lo que esperaba que fuera un lapsus en la “conversación” de gruñidos y dientes.

-Todavía estás aquí- dijo uno de los lobos. Llevaba un hacha al hombro, un arma más alta que el propio Quilym. **-¿Cómo es eso?**

Pero el prelado no había llegado a su cargo, ciertamente modesto, dejándose intimidar tan fácilmente. Sobre todo, admiraba el orden y su deber era llevar ese orden donde quiera que fuera, no importaba donde. Él, a su manera, era tan responsable de llevar la paz y la estabilidad a la galaxia como esos barbaros revestidos de ceramita. Malcador no le había escogido para este viaje por mero capricho. El Sigilita confiaba en él, confiaba en su eficiencia.

-Necesito los detalles de sus cuadros de honor- dijo, manteniendo calmado su tono de voz, con esa suave manera de hablar con la que uno se dirigiría a una bestia salvaje para no encender su temperamento. **-Si queréis que me vaya de vuestra presencia, entonces cooperad conmigo y me iré mucho antes. Vamos a comenzar con sus nombres y rangos, por favor.**

El primero en hablar fue ‘Sonriente Jaurmag’. Era un viejo de barba gris, lleno de cicatrices, su armadura de bronce lucia incrustaciones rúnicas en una de las varias docenas de lenguas regionales de su Fenris natal.

Hasta hacia muy poco tiempo, Jaurmag, era el señor de la guerra del ‘Grito del Dragón Doliente’, respetado jarl de un tolv, una vez que este tonto exilio fuera cosa del pasado, lucharía por volver nuevamente a su puesto. El ‘Sonriente’, sus parientes le habían dado ese nombre porque creían que su humor era tan sombrío y frío como el hielo que se aferra a las almenas del ‘Aett’. Anteriormente, Jaurmag, había liderado seiscientos hombres a guerras bajo soles y lunas alienígenas, derramando océanos de sangre enemiga al servicio de Russ y del Padre de Todos. Ahora, cumpliendo su juramento y por fidelidad hacia los suyos, estaba compartiendo el destierro del ‘Aullido de Fenris’.

Pero no dijo nada de eso. Esas eran cosas que un forastero no entendería.

En su lugar, dio un nombre y un rango que apenas significaban algo dentro de su Legión.

-Mi nombre es Jaurmag- dijo. -Señor del 'Grito del Dragón Doliente' y Comandante de la XII Gran Compañía.

El prelado Quilym se lamió sus finos labios mientras escribía sobre la placa de datos. Era evidente que se había perdido la burlona sonrisa que los lobos compartieron entre ellos.

El siguiente en hablar fue un Barbablanca, allí donde 'Sonriente Jaurmag' era simplemente canoso. Su barba estaba trenzada hasta el borde de su coraza y su rostro tenía el correoso bronceado de la piel vieja.

Su nombre era 'Trece Estrellas Fugaces', thegn del 'Aullido de Fenris'. Se le había otorgado ese nombre durante su décimo invierno, por la noche en la que derramo su primera sangre enemiga, mientras llovía fuego del cielo sobre las tierras de su tribu. Era apenas un niño de la tribu Russ, cuando Leman asumió el gobierno y navegó por las estrellas junto a su Primarca, fue cuando el Padre de Todos les llamó para conquistar toda la creación junto a él.

Pero, al igual que 'Sonriente Jaurmag', no dijo nada de eso.

-Yo soy Kargir- dijo al prelado. **-Sargento de la diecinueve escuadra.**

Y así siguieron. Uno por uno, todo el 'Aullido de Fenris' dio los nombres que habían llevado cuando eran niños, manteniendo sus verdaderos nombres lejos de los oídos, y la pluma, del extranjero.

El siguiente en hablar vestía las pieles de un lobo de un color blanco sucio, marcado por rosadas manchas, era la sangre que había empapado la piel al haber tardado demasiado en rasparla, demasiado tarde para devolverlas a su pulcro aspecto.

Lo llamaban 'Eco de Tres Héroes', llamado así por su antiguo pariente, el mayor de la tribu Vakreyr, honrando así a los antepasados a los que tanto se parecía. Él había oído los susurros de los espíritus de sus antepasados cuando la sangre de sus enemigos silbo al contacto con la nieve.

-Soy Vaegr- dijo. -**Sirvo en el pelotón del Sargento Kargir.**

-¿Y tú?- preguntó el prelado al siguiente guerrero.

El pelo de este lobo era corto, lucía una rebelde mata de color marrón opaco

sobre su cabeza. Su barba era corta, pero desigual, como si el guerrero hubiera hecho el trabajo del barbero a solas, con un cuchillo y sin espejo.

Él era conocido como 'Hijo de la Noche', en nombre de la negrura que lo engendró y la oscuridad donde fue parido. Cazaba sin ser visto. Mataba sin ser visto. Era la sombra que proyectaban sus Hermanos. La hoja que guardaba sus espaldas. El cuchillo bajo el muro de escudos.

-Ordun- dijo. -**Sirvo en el pelotón del Sargento Kargir.**

-¿Y usted?

El siguiente lobo llevaba en su cara los tatuajes más salvajes que hubiera visto, Letras rúnicas corrían como lágrimas por las comisuras de sus ojos, contando una historia en un lenguaje demasiado extraño como para que el prelado pudiera leerlo.

Lo llamaban 'Hijo de la Tormenta', llamado así por la tempestad que rugía sobre los barcos de madera de su tribu, en la noche que su madre lo empujó de su vientre. Dio su primer grito a los atronadores cielos mientras su madre utilizaba su propia espada para cortar el cordón que unía él bebe a su cuerpo. No existía augurio más oscuro que venir al mundo sobre un mar tormentoso, sin embargo, había prosperado en la vida y en la batalla. Las runas lágrimas que corrían por sus mejillas eran bendiciones chamánicas para alejar la mala suerte de su nacimiento. Y nunca le habían fallado.

-Brandwyn- dijo con la sonrisa de un mentiroso. **-Sirvo en el pelotón del Sargento Kargir.**

-¿Y usted?- solicitó Quilym al siguiente, el que había amenazado con matarlo. Estaba prácticamente cubierto, encapuchado con gruesas pieles y adornado con bandoleras repletas de granadas, el guerrero sonrió mostrando unos dientes de metal fijados a una mandíbula augmetica.

Él era 'Canción de Hierro', llamado así por su voz, tan defectuosa en el habla, a causa de las heridas en su cara, pero impecable en las canciones junto al fuego y durante las narraciones de sagas. Su mandíbula reconstruida era un recordatorio para todos, de lo que puede hacer el cabezazo de un enemigo con casco.

-Herek- dijo. **-Sirvo en el pelotón del Sargento Kargir.**

-¿Y usted?

El siguiente lobo tenía el pelo negro, llevaba su larga melena recogida detrás

de la cabeza, al estilo de un cazador. Sus ojos eran de un azul frio, sin alma, como el pálido cielo del verano. Estaba usando una piedra de amolar para afilar los dientes de un hacha sierra que claramente no lo necesitaba. Habló con una voz mucho más suave que la de cualquiera de sus parientes.

-Soy 'Ningún Enemigo Permanece'.

El prelado levantó la vista de su placa de datos, frunciendo el ceño. -**Eso no es un nombre.**

'Ningún Enemigo Permanece' no parpadeó, miraba fijamente hacia atrás, ni enojado ni tranquilo, simplemente distante. **-Es un nombre-** dijo. **-Y es mi nombre.**

-¿Y cómo adquiere uno un nombre como… ese?

-Uno lucha…- respondió el guerrero. -Hasta que ningún enemigo permanezca con vida.

Quilym lamió sus labios una vez más, sin darse cuenta de cómo ese particular tic mostraba el estado de sus irritados nervios.

-Rykath- les interrumpió 'Trece Estrellas Fugaces'. **-Su nombre es Rykath. También sirve en mi escuadra.**

'Ningún Enemigo Permanece' volvió sus ojos hacia el líder de su manada, pero no dijo nada. El prelado recogió la información, tal y como era.

-¿Y tú?- preguntó Quilym al último de ellos.

El guerrero llevaba buena parte de la cabeza rasurada pero dos largas trenzas gemelas corrían por sus sienes, la parte posterior de su cráneo estaba encerrada en la protección de una capucha blindada, psíquicamente sensible. Las pieles de lobo que llevaba eran negras, mientras que las del resto de los lobos eran de color gris, marrón o blanco.

Era 'Lucha en el Invierno Final', portavoz de los espíritus y Sacerdote de guerra de las Runas, el Viento, la Helada y los Huesos. Había adquirido su nombre por su primera visión, cuando en ella vio el final de todas las cosas, en un tiempo futuro, cuando el triunfo del Padre de Todos se había convertido en cenizas. Él moriría antes que permitir que un futuro como ese pudiera suceder.

-Naukrin- dijo. **-Soy lo que suele denominarse como un Bibliotecario-** una sensación de extraña calma tomo forma en la cámara a raíz de esas palabras.

-Me doy cuenta hombrecito de que usted no escribe esas palabras en su placa, como ha hecho con las de los otros. ¿Hay algún problema?

Quilym se encontró con la impávida mirada de los ojos del lobo. **-El Edicto de Nikea…**

-Ah…- 'Lucha en el Invierno Final' hizo una leve inclinación de cabeza, aparentemente respetuosa. **-Tal vez debería haber dicho que "era" el bibliotecario. Ahora solo soy un Hermano más, usando únicamente mi bólter y mi espada. ¿Es una respuesta más satisfactoria?**

El prelado toco con su pluma la superficie de la placa de datos, pero siguió sin hacer marca alguna. **–Pero usted… sigue usando el equipo… de alguien que aún utilizaría sus poderes.**

-¿Lo dice por mi corona de chamán?- 'Lucha en el Invierno Final' pasó sus dedos blindados por la capucha psíquica. **-Quitarla sería faltarle al respeto al espíritu de mi armadura. Pero créame, no sirve para otra cosa.**

Quilym tragó saliva y con una sorprendente dignidad, se puso en pie. **–Lo siento, pero no puedo mentir.**

Los lobos se acercaron. No como una marea blindada, ni con las armas o aullando, pero sí con una sutil mirada de soslayo, la de unos guerreros que desean hacer lo que mejor saben hacer. Las articulaciones y servos de sus armaduras ronronearon y gruñeron.

'Sonriente Jaurmag' hablo. **-Ya le hemos dado toda la verdad que teníamos intención de darle, escribano. Anótelo y desaparezca de nuestra vista.**

Quilym entrecerró sus ojos y dudo durante un momento.

-Muy bien- dijo finalmente. **-Creo que es lo que voy a hacer, por ahora.**



TRES

'Canción de Hierro' tecleó el código para bloquear el mamparo, una vez que el orgulloso escribano de Malcador hubo salido. Exhaló a través de sus

dientes de metal, resoplando con irritación canina.

-Tres meses- dijo a sus parientes. **-Tres meses hasta Terra y eso sólo si las mareas nos son propicias. Tres meses con este pequeño roedor entrometido.**

'Trece Estrella Fugaces' miro hacia la puerta sellada como si pudiera mirar por un agujero a través del plastiacero. Sus pensamientos trataban sobre el prelado, eran oscuros y perturbadores.

-Él nos ha mentido a nosotros, así como nosotros le hemos mentido a él. No es un simple escribano. Nuestro pequeño prelado lleva sobre él el hedor del círculo íntimo de Malcador. Si no forma parte del mismo, al menos anda por las mismas cámaras que los que sí lo son. Tengan todos cuidado con él.

Gestos de asentimiento respondieron a su orden.

-Tres meses- dijo 'Canción de Hierro' nuevamente. **-Tres meses, mientras el Einherjar navega a detener a Magnus el Tuerto sin nosotros. ¡Qué historia podría hacer! Qué saga… y me lo debo perder, para ser encadenado y despachado a esta pérdida de tiempo sin valor. Por favor, díganme que todo esto no es más que una maldita broma.**

'Hijo de la Noche' estaba lanzando su cuchillo al aire, capturándole a la perfección al final de cada caída.

-Me temo que en Terra nos espera una acogida aún más fría, parientes. El Señor Dorn, de la noble VII, va estar casi tan contento de vernos como nosotros de verle a él.

No llego ninguna respuesta a esa inoportuna verdad. 'Hijo de la Tormenta' contempló la puerta sellada, luego miro hacia atrás, hacia sus parientes. Una lenta sonrisa amaneció por su barba.

-¿'Ningún Enemigo Permanece'?- dijo, alzando su áspera voz de roble, en una perfecta imitación de los airados tonos del prelado. **-Eso no es un nombre.**

La manada, junto a su jefe de guerra, compartieron su primera risa franca desde que el 'Señor del Invierno y la Guerra' les había comunicado que iban a ser desterrados a Terra. Incluso 'Sonriente Jaurmag' río, aunque fiel a su nombre, la suya fue la más breve de todas.

FIN

SEÑOR DE LAS ARENAS ROJAS

(Lord of the red sans)

AARON DEMBSKY BOWDEN
TRADUCCION DIENEKES488
CORRECCIÓN ICEMAN



Sólo hay una cosa por la que merece la pena luchar.

Él lo sabe, mientras su padre languidece en la ignorancia de su falsa virtud, mientras sus hermanos juegan a dioses en un universo sin dioses, mientras los débiles sin corazón proclaman ser sus hijos y trazan la senda del cobarde sobre el camino del guerrero.

Pero él sabe, incluso si nadie le escucha o le entiende, que sólo hay una cosa por la que merece la pena luchar.

Corona la cima de la barricada con las hachas aullando en sus manos. La ciudad muerta envía una y otra vez a sus mejores contra él, pero una y otra vez los mejores de la ciudad muerta caen gritando en pedazos cortados de carne y ceramita.

Algunos llevan los colores de sus hermanos: el regio púrpura del acicalado Fulgrim, o los tonos pálidos y apagados del cadavérico Mortarion. Cargan, soñando con la gloria y mueren sin conocer otra cosa que el dolor y la vergüenza.

Algunos llevan el sucio blanco de sus propios hijos. Mueren como el resto. Derraman la misma sangre y gritan los mismos juramentos. Apestan igual cuando abre sus cuerpos en canal y sus órganos quedan desnudos, expuestos al aire helado.

Destellos de visiones le asaltan en la tormenta de espadas: un nombre grabado sobre una armadura blanca le parece familiar durante el lapso de un latido de corazón, o el ángulo de un hacha le recuerda otra lucha, de vuelta a la época en la que el ardiente sol golpeaba inclemente sobre la arena roja.

Mata a cada guerrero que se alza ante él y persigue al que es lo bastante sabio como para retirarse. Al primero le parte con golpes individuales de sus agotadas hachas. Al último le da caza abalanzándose sobre él, del mismo modo con el que las bestias de la arena cazaban antaño a hombres y mujeres hambrientos.

¿La gloria?

La gloria es para aquellos demasiado débiles para encontrar la fuerza interior,

parásitos vacíos que se alimentan del reconocimiento de hombres aún menores. La gloria es para los cobardes, demasiado temerosos de dejar que su nombre muera.

Ahora está sobre sus cuerpos, marcando con sus pisadas las corazas mientras añade más a su número. Un monumento a la futilidad se alza a sus pies: cada muerte significa que tiene que subir más alto para encontrar carne fresca. El martilleo del fuego enemigo sigue golpeándole la espalda y los hombros con patadas bestiales. Una irritación, nada más. Apenas una distracción. Esta batalla estaba ganada en el momento en el que puso un pie en la ciudad muerta.

Entierra un hacha en el pecho de otro de sus hijos, pero siente como se desliza de sus dedos empapados en sangre cuando el guerrero se desploma. La cadena de sujeción en su muñeca se estira tensa, evitando el robo del arma, pero ve lo que están intentando hacer: tres de sus propios hijos gritan e intentan arrebatarle el hacha que está enterrada en uno de ellos. El último sacrificio de un guerrero, entregando su vida por la oportunidad de desarmarlo. Su fuerza combinada arrastra su brazo, volviendo su aliento jadeante en un loco gruñido.

No se echa hacia atrás y resiste. Se arroja sobre ellos, quebrando su armadura con los pies, con los puños, con sus dientes de metal oscuro. Su astuto sacrificio no les concede nada excepto la muerte a golpes en lugar de los dientes chirriantes de un hacha sierra.

Sus cuerpos se añaden al monumento de cadáveres. Ahora cada movimiento es doloroso. Cada aliento proviene de pulmones desgarrados, a través de labios ensangrentados.

Aún hay tiempo, hay tiempo, hay tiempo. Puede ganar esta guerra sin las armas de sus hermanos.

¿La conquista?

¿Qué tirano soñó primero con la conquista y disfrazó una opresión violenta en términos de virtud? ¿Por qué la imposición de una voluntad sobre otra envilece a los hombres más que otro pecado? Por más de doscientos años, el Emperador ha exigido que la galaxia se doblegase a sus designios al coste de diez mil culturas que vivían libres sin necesidad de tiranía. Ahora, Horus exige que las naciones estelares de este quebrado imperio bailen a su ritmo. Billones mueren por la conquista, por la supremacía de estas dos vanas criaturas que no son más que orgullo moldeado en las formas de hombres.

No existe virtud en luchar por la conquista. Nada es más indigno y vacío que

obliterar la libertad por el beneficio de más tierra, más moneda, más voces cantando tu nombre en himnos sagrados.

La conquista tiene tan poco sentido como la gloria. Peor aún, es más vil en su egoísmo. Ambas son triunfos sólo en la cruzada de un necio.

No. Ni gloria, ni conquista.

Sigue el rastro de sangre hasta su presa. El guerrero se encorva sobre sí mismo con su espalda apoyada en el muro, sus muslos envueltos en ceramita están decorados con una desordenada cascada de entrañas. La sangre marca su rostro. La sangre lo marca todo en este mundo, pero el rostro del centurión es un reflejo de la batalla. La mitad de sus rasgos ya no existen más allá del hueso quebrado y desnudo, desgarrados por el hacha del Primarca. El ojo que le queda al oficial se entrecierra por la concentración sobrenatural necesaria para seguir con vida sin gritar, cuando tus intestinos han sido arrancados de tu cuerpo.

No debía estar vivo pero aún así, ahí está, alzando un bólter.

Angron sonríe ante el hermoso desafío del hombre y aparta el arma con un golpe del lado plano de su hacha que aún vibra.

-No- dice brutalmente. Este guerrero y sus hermanos han luchado bien y su padre tiene cuidado de no humillarles en estos últimos momentos.

Sus otros hijos, los que le son leales, están cantando su nombre, gritándolo entre las ruinas. Cantan el nombre que los esclavistas le dieron cuando era el señor de las arenas rojas. Angron. Angron. Angron. No sabe qué nombre habría pretendido darle el Emperador. Nunca se preocupó demasiado por preguntar y ahora la oportunidad de hacerlo le ha sido negada para siempre.

-Señor- dice el moribundo centurión.

Angron se agacha ante su hijo, ignorando la hemorragia nasal que gotea por sus labios y el tic tic de los clavos del carnicero en la parte de atrás de su cerebro.

-Estoy aquí, Kauragar.

El Devorador de Mundos exhala una temblorosa bocanada de aire, seguro de que es una de las últimas. El ojo que le queda busca el rostro de su Primarca.

-Esa herida en vuestra garganta- las palabras de Kauragar parten con burbujas de sangre y saliva entre sus labios. **-Esa fue mía.**

Angron toca su propio cuello. Nota los dedos húmedos y sonríe por primera vez en semanas.

-Has luchado bien. Los tonos bajos del Primarca son como las ondas de un movimiento tectónico. **-Todos lo hicisteis.**

-No lo bastante bien. El centurión descubre los dientes oscurecidos por la sangre en el rictus de una sonrisa amarga. -**Decidme, padre. ¿Por qué alzarse con el Architraidor?**

La sonrisa de Angron se desvanece, borrada por la ignorancia de su hijo. Ninguno de ellos ha entendido jamás. Siempre estuvieron convencidos de había sido honrado al serle entregada una Legión, pero lo cierto es que la vida que él escogió le fue arrebatada el día que el Imperio le separó de sus verdaderos hermanos y hermanas.

-**No estoy con Horus-** Angron exhala entre dientes la confesión. **-Estoy contra el Emperador. ¿Lo entiendes, Kauragar? Ahora soy libre. Libre. ¿Puedes entenderlo? ¿Por qué habéis malgastado estas últimas décadas diciéndome que debía sentirme honrado por vivir como un esclavo, cuando estuve tan cerca de morir libre?**

Kauragar observa más allá de su Primarca, arriba hacia el resplandeciente cielo. La sangre corre de la boca abierta del guerrero.

-Kauragar. ¿Kauragar?

El centurión expira, un lento y cansado suspiro. Su pecho no se alza de nuevo.

Angron cierra el ojo de su hijo muerto y se pone en pie. Las cadenas repiquetean contra su armadura cuando toma sus hachas del suelo una vez más.

Angron. Angron. Angron. Su nombre. Un nombre de esclavo.

Camina entre las ruinas, aguantando los vítores de sus seguidores teñidos de sangre, guerreros preocupados con la gloria y la conquista, que nacieron mejores que los alienígenas y traidores que matan. Combatir contra su propia estirpe es prácticamente la primera lucha justa que han aguantado y su padre genético aprieta los labios ante ese pensamiento.

Antes de estar encadenado por la voluntad del Emperador, Angron y su harapienta partida de guerra desafiaban a ejércitos de soldados bien pertrechados y mejor adiestrados de su mundo natal. Saboreaban la libertad

bajo cielos despejados y asolaban las ciudades de sus esclavizadores.

Ahora dirige un ejército engordado por siglos de matanzas fáciles y le vitorean de la misma manera que hacían sus amos cuando masacraba bestias para su disfrute.

Esto no es libertad. Lo sabe. Lo sabe bien.

Esto no es libertad, piensa mientras observa a los Devoradores de Mundos gritando su nombre. Pero la lucha sólo está empezando.

Cuando el Emperador muera bajo sus hachas, cuando su pensamiento final sea que la Gran Cruzada fue una empresa de patética futilidad y cuando su última imagen sea la sonrisa de hierro de Angron… entonces el Señor de la Humanidad descubrirá lo que Angron ha sabido desde la primera vez que sostuvo una espada.

La libertad es lo único por lo que merece la pena luchar.

Por eso los tiranos siempre caen.

FIN

ARTEFACTOS

(Artefacts)

NICK KYME
TRADUCCION BERNYBENUYAS
CORRECCIÓN VALNCAR



UNO

-En el margen de las Estrellas Necrófago, en el mismo límite del Segmentum Ultima, mi hermano y yo unidos en una misión de misericordia. Salimos del tránsito por el espacio disforme envueltos en zarcillos de energía psíquica que se aferraban a los cascos llenos de cicatrices de nuestras naves, pero llegamos demasiado tarde. Habíamos venido para detener a un loco, sin embargo, sólo pudimos ser testigos de una atrocidad.

El fuego crepitaba bajo las palabras del Primarca, aunque a T'kell le resultaba difícil discernir si el sonido provenía de la voz de su señor o de las antorchas encendidas en las paredes. Cualquiera que fuera la causa, el aire se llenó con el olor a ceniza caliente y a carbonilla, arrastrado por la profunda y retumbante voz de barítono de Vulkan.

-No había mucho que ver, aunque no estoy seguro de si me esperaba que fuera a ser así. Tan diferente de nuestro planeta, tan diferentes como el día y la noche… Nocturne es un lugar terrible que contemplar y, aunque no sentí miedo cuando salí de mi cápsula en aquel ardiente amanecer, pude apreciar su salvaje majestad. Las altas cumbres de las montañas de fuego, las grandes llanuras de cenizas y los desiertos bañados por el sol, el hedor a azufre de los océanos; era formidable y mortífero. Desde el espacio, Nocturne es un orbe de un rojo intenso, un ardiente iris de fuego. El suyo era un mundo oscuro y anodino. Era como mármol negro, viciado por el humo gris de su atmósfera contaminada- Vulkan frunció el ceño ante el recuerdo, como si pudiera saborear esos humos nocivos en su lengua. **-Para ser capaz de verlo desde la órbita, esas nubes debían de haber sido muy densas, pero me han dicho que escondían una gran cantidad de pecado. Aun así, eso no justifica lo que hizo. Lo que le vimos hacer.**

Una sombra atravesó el rostro del Primarca, el correspondiente silencio que siguió a esta declaración fue llenado por el sonido de su pesada respiración. T'kell se dio cuenta de que el atroz acto que Vulkan describía le había dejado una huella más profunda que cualquier marca, aunque si el autor del mismo o el acto en sí eran la causa, lo desconocía.

-La oscuridad lo cubría, una maldición provocada por una fea luna llamada Tenebor. Su nombre significaba sombra, una denominación acertada. Aquí era literal, la luna arrojaba un manto de negrura sobre un mundo desesperadamente necesitado de iluminación. Antes de ese momento, yo

no había visto ninguna vez su hogar. Ahora nunca más lo haré, y no puedo decir que lo sienta. Todo lo que he oído sobre él, decía que era un lugar miserable, sin posibilidad de transformación.

-Comenzó como una explosión de estrellas, destellos silenciosos en la inmensidad del espacio. Provenían de una oscura nave con forma de daga, su propia nave insignia. Al principio, no pude entender del todo lo que estaba viendo. Grandes haces de luz punzante y enjambres de torpedos se precipitaron sobre su oscuro mundo. Por supuesto, todos los intentos de contactar con su nave fueron infructuosos. Nuestro hermano estaba poseído por el ánimo de la venganza, no por el de la razón. Quería castigar, como así declararía él más tarde, y borrar todo pecado en un solo acto purificante y descabellado. La superficie estalló en una cadena de brillantes explosiones, y por primera vez en su larga y entenebrecida historia, el mundo vio la luz. Pero fue la luz de su final.

Vulkan hizo una pausa, como si quisiera elegir cuidadosamente sus palabras y contar lo que recordaba tan claramente como le fuera posible.

-Tienes que entender, hijo mío, porque esto es donde radica el verdadero horror de todo, no hubo precisión en ese bombardeo orbital. No estaba descargando su ira. Él lo sabía. Algunas fallas de la estructura tectónica, no importa cómo o dónde, eran el objetivo directo. Había pensado que estábamos siendo testigos de una escena de vana y exagerada presunción, el inmaduro acto de un alma inmadura con trágicas consecuencias. Pero no era así. Lo que vimos fue premeditado.

Entonces habían sido el autor y su obra lo que habían dejado tan inquieto al Primarca. T'kell no podía imaginar tener que aceptar la realidad de aquello. Vulkan continuó.

-Las grietas dividieron la corteza exterior a lo largo de las líneas de falla, luego se extendieron como una telaraña en todas las direcciones. El fuego colonizó el paisaje, virulento como la peste, hasta que toda la superficie del mundo estuvo quemada. Entonces todo acabó. En una explosión cataclísmica, su luna y cada cuerpo celeste menos relevante al alcance de esta devastación, desaparecieron.

Bajando la cabeza, Vulkan se tomó un momento para recuperar la compostura. Cuando levantó la vista de nuevo sus ojos brillaban como el fuego que acababa de describir, dejando patente la ira que sentía hacia su hermano por desatar el genocidio planetario.

-Una lluvia de escombros cayó contra nosotros, anulando los escudos y golpeando contra el blindaje de nuestras naves. Nos quedamos a merced

de las ondas de choque que emanaron de la detonación, aunque el daño causado más grave iba más allá de abolladuras y arañazos en los cascos de las naves. La inmensa erupción de calor se desvaneció dejando una estela de polvo y roca a la deriva.

-Reinó el silencio por un tiempo, hasta que Horus venció nuestro sentido colectivo de incredulidad y nos proporcionó determinación. Estaba indignado por lo que nuestro hermano había hecho y también estaba decidido a atraparle. Me lancé en su persecución a su lado, sin saber que Horus había encargado a otro Primarca deslizarse alrededor sin ser detectado. Entre nosotros tres, bloqueamos el mundo del asesino con nuestras naves. No había escape posible. Pensé que Horus abriría fuego y lo mataría por lo que había hecho, pero en realidad estaba decidido a redimirlo. Me pregunto si hubiera habido uno de nosotros que hubiera hecho eso a Horus después, ¿habrían tomado ahora los acontecimientos un curso diferente?

Una vez más, Vulkan hizo una pausa en su locución, como si estuviera imaginando una realidad en donde eso hubiera sido cierto, Horus el hijo leal en lugar del rebelde.

-Ahora ya no importa. Nostramo murió entonces, y aunque ninguno de nosotros se dio cuenta en esos momentos, también lo hizo cualquier posibilidad de redención de Curze. Todo comenzó con él. Creo que probablemente terminará también de esa manera.

T'kell observaba atentamente a su Primarca, asegurándose de no hablar hasta que Vulkan hubiera terminado. A su alrededor, el ambiente de la fragua era relajante, el calor y la oscuridad de las penumbras añadían solemnidad a las palabras del Primarca. Corría una ligera brisa impregnada con la ceniza y el olor del metal caliente, momentáneamente, el sonido de golpes de martillo contra el yunque se detuvo; el herrero de la forja había hecho una pausa en su trabajo.

-No puedo imaginar lo que debe de haber pasado por su mente, mi señor. He sido testigo de destrucciones de tal magnitud con anterioridad, pero volver las armas contra su propio mundo con el expreso propósito de destruirlo… Nos encontramos apartados generacionalmente de nuestros padres genéticos, pero al menos puedo entender sus motivaciones.

-¿Pero no en esto?- preguntó Vulkan. **-¿No en el cometido que te he pedido?**

-Cumpliré con mi deber, mi Primarca- respondió T'kell un poco a la defensiva, como si no quisiera que Vulkan pensara que él era un mal hijo.

-Pero no entiendes la razón.

-No. No en esto- confesó T'kell.

Vulkan se recostó en su asiento. Era un sencillo bloque de piedra, tallada en la falda de la montaña, adaptado a la forma del Primarca por el desgaste producido por las muchas horas que había pasado sentado y trabajando duro en los artefactos que obró con la destreza proporcionada por el Emperador. Un ejemplar particularmente magnífico, ya terminado, descansaba en su mesa de trabajo. El martillo era una verdadera obra de arte, y T'kell encontró sus propias obras empequeñecidas por la belleza del arma.

Vulkan le vio admirándola.

-¿Sabes por qué mi padre hizo a todos sus hijos diferentes?- preguntó.

T'kell negó con la cabeza. Su blindaje zumbó y crujió en solidaridad. Él mismo había forjado su armadura, y estaba elaborada tan finamente como cualquier armadura de ceramita y adamantium en la XVIII Legión. Por lo general, coronada con un casco reproduciendo una cabeza de dragón, pero a T'kell ni se le ocurriría llevarlo puesto cuando conferenciaba con su señor. El Primarca siempre había insistido en la satisfacción de poder mirar cara a cara a sus guerreros y esperaba lo mismo a cambio. Habría reprendido al Señor de la Forja si hubiera escondido sus ojos detrás de las lentes oculares.

-Ni siquiera puedo pretender entender las complejidades de diseño del Emperador ni su colosal intelecto- respondió humildemente T'kell.

-Por supuesto que no- contestó Vulkan sin condescendencia. **-Yo creo que lo hizo como parte de su visión de la galaxia. Aunque sé que mi hermano Ferrus no estaría de acuerdo, cada uno de nosotros tiene un papel importante que desempeñar. Guilliman es el político, el estadista. Dorn, el guardián de la casa de mi padre, y Russ es el vigilante obediente que cuida que todos seamos honestos.**

-¿Honestos?

Vulkan sonrió con frialdad. **-Una broma que ya no es graciosa.**

-¿Y Curze?- preguntó T'kell, su deseo de conocimiento era un claro síntoma de su formación marciana. **-¿Qué es él?**

El rostro de Vulkan se ensombreció.

-Necesario. O eso es lo que todos creímos una vez.

Marte era la razón del retorno de Vulkan a Nocturne y su breve reunión con su Señor de la Forja. El reabastecimiento del Mechanicus había sido escaso y el Primarca se había visto obligado a desviar de rumbo a parte de su flota hasta un almacén de armas de confianza, su propio mundo natal. El hecho de que T'kell estuviera estacionado allí en la fortaleza lunar de Prometeo sólo lo hizo más oportuno.

-¿Y Horus? ¿Y vos?- insistió T'kell, su afán de entender interfiriendo con su sentido del decoro.

Vulkan se lo consintió. **-Horus era el mejor de nosotros. Aunque, a ojos de nuestro padre, éramos iguales. Siempre me sentí como un niño en su presencia. A menos que lo hayas conocido, es difícil de describir, pero mi hermano tenía esa… forma de ser, un innegable carisma que te hacía escucharle cada palabra y luego te la creías sin dudar. En aquel entonces, todos nosotros pensábamos que su corazón solo albergaba la más absoluta lealtad, de lo contrario podríamos haber sido conscientes de lo peligroso que podría resultar su aura persuasiva.**

-Su papel era el de líder y en aquel entonces yo le habría seguido a cualesquier fin o meta. Pero ese pedestal ha caído, y ya no podrá ser enderezado. En cuanto a mí… Vulkan rio sin humor, abriendo los brazos para abarcar la forja y la cámara acorazada más allá. **-Yo soy el fabricante de armas de mi padre, pero a diferencia de Ferrus o Perturabo, me he especializado en las individuales.**

La mirada de T'kell se desvió a la inmensa puerta acorazada que dominaba la pared posterior de la cámara, recordando los muchos nombres y formas de los objetos que contenía en su interior.

-¿Como el martillo?- dijo T'kell, haciendo un gesto hacia la mesa de trabajo.

Vulkan se volvió para contemplarlo, absorto por un momento mientras pasaba la mano por la cabeza de Portador del Amanecer, el mango recubierto con cuero de draco de fuego, las piedras preciosas y el dispositivo esotérico que formaban parte de su empuñadura.

-Es la cosa más fina que he creado- dijo al Señor de la Forja. **-Pero nunca fue para mí. Lo forjé para mi hermano, para Horus, y esa es otra de las razones por la que debo encomendarte la tarea.**

Vulkan retiró la mano, pero no desvió la mirada del martillo.

-Fue después de Nostramo, después de Ullanor. Mi regalo para él, para conmemorar su éxito. Con la ayuda de Jaghatai habíamos capturado a Curze y lo llevamos de vuelta. Tienes que entender, hijo mío, que nada parecido a esto había sucedido nunca antes. Para un Primarca actuar de la forma en la que lo hizo Curze, hacer lo él que había hecho…

El Primarca sacudió la cabeza.

-Era inconcebible. Sin embargo, mi hermano tenía una solución.



DOS

-Le reharemos- dijo Horus con orgullo y con bastante entusiasmo y vigor para sacar al Señor de los Dracos de sus cavilaciones.

Horus se veía deslumbrante en su armadura, una cubierta muscular de marfil claro y negro azabache. Era una obra tan fina que incluso el gran forjador tuvo que admitir que tenía envidia de ella.

Él y Vulkan estaban solos en las dependencias de Horus a bordo del *Espíritu Vengativo,* sentados en un abierto silencio cuando el Primarca de los Lobos Lunares habló. Compartían una copa juntos, un caldo embriagador natural de Cthonia del cual Vulkan no sabía su nombre, pero apreciaba su calor y su fuerza.

Él removía la copa, mirando el pequeño remolino que eso provocaba, como si la respuesta que buscaba pudiera estar esperándolo en algún lugar dentro de sus profundidades.

Vulkan levantó la vista, sus ojos brillando como siempre lo hacían en los oscuros confines de las cámaras privadas de Horus. **-Dime cómo, hermano, porque nadie lo desea tanto como yo.**

-Podemos rehabilitar a nuestro hermano.

En un principio ni siquiera la retórica de Horus parecía poder influirle y Vulkan parecía más distante que nunca, oculto por las sombras. Los alojamientos principales del Primarca eran funcionales, pero bien equipados, incluso opulentos. Un fuego rugía en un hogar de ouslita, una concesión que

Vulkan estaba seguro que Horus había hecho para que su invitado se sintiera más cómodo. En cambio, el Señor de los Dracos evitaba la luz y el calor del fuego, preguntándose por qué no se había desentendido de esta conferencia tal y como Jaghatai había hecho, aunque su mirada de vez en cuando se desviaba a las llamas.

-Después de esto- dijo Vulkan, señalando airadamente con un dedo hacia la vacía oscuridad y la franja de polvo atmosférico que había sido Nostramo. **-¿Cómo?**

Horus sonrió de una manera que sugería que ya sabía que esto iba a funcionar, y que solo tenía que convencer a Vulkan de ello.

-**Cada uno de nosotros le acogerá bajo nuestra ala, reeducándole-** hizo un gesto con las manos, imitando la siguiente parte. **-Moldeándole en el arma que tiene que ser, no la herramienta irregular que es en este momento.**

Vulkan frunció el ceño, pensando en el prisionero vestido de medianoche que retenían, dudando de la sagacidad de la sugerencia de su hermano.

-Piensa en ello así- dijo Horus con su inquebrantable optimismo. **-Tú eres un fabricante de armas, el fabricante de armas. Curze no es más que una cuchilla destemplada que requiere ser afilada. Rehazle, como si rehicieras una espada rota, Vulkan.**

Había tanta vitalidad en sus ojos cuando Horus expuso su argumento, su certeza del resurgimiento de su díscolo hermano llegaba a ser contagiosa.

-Yo le creí- dijo Vulkan, dejando atrás el pasado. **-Curze debía de ser separado de la mayor parte de su legión, con la esperanza de que, libre de la influencia maligna de Nostramo, pudiera cambiar. Yo lo acogería en primer lugar, a continuación, Dorn… una vez que hubiera sanado.**

-¿Sanado?

La expresión de Vulkan se entristeció. Sus ojos se encontraron con los del Señor de la Forja. **-Curze había intentado matar a Rogal.**

T'kell maldijo entre dientes ante esta admisión. **-¿Al Pretoriano de Terra?**

-No conozco a ningún otro. Para que el plan de Horus fuera efectivo, era vital que la relación entre Dorn y Curze fuera reparada. Pero después de Kharaatan sabía que habíamos cometido un error. No sé con quién había planeado Horus ubicar a Curze después, pero no llegamos tan lejos. Las exigencias de la Gran Cruzada y su nueva posición como Señor de la Guerra,

mantuvieron a Horus en una órbita distante. No pude asistir al triunfo en Ullanor, así que no lo había visto en persona desde Nostramo. Los años habían pasado sin mediar palabra entre nosotros, pero yo sabía que le debía importunar para hablar sobre ello. Yo había visto el interior del corazón de Curze. Era espantoso y estaba quebrado. Sentía lástima por mi hermano, odiaba sus actos, pero no a él, y temía lo que haría o en lo que se convertiría si se le permitía continuar.

-Horus y yo nos encontramos a través de una proyección litocástica. Yo ya había hablado con Dorn, que había regresado a Terra en ese momento, y éramos de la misma opinión. Ilusamente, pensé que Horus lo sería también. Su saludo inicial fue lo suficientemente cálido, aunque un poco más grave de lo que había sido en ocasiones anteriores.



TRES

-Hermano Vulkan, ¿con qué asunto de gran importancia vienes a mí, que merezca mi atención y la interrupción de la Cruzada de nuestro padre?

El Señor de la Guerra permanecía situado entre varios guerreros en el puente de su buque insignia, un conjunto de sensores y augures se vislumbraban a lo largo de los bordes de la proyección. Llevaba una armadura diferente a la que portaba en su última reunión a bordo del *Espíritu Vengativo*, repintada en el verde mar intenso de su recién renombrada Legión.

Los Hijos de Horus.

-Fue difícil pasar por alto su tono de condescendencia- dijo Vulkan a T'kell. **-No tengo ninguna duda de que fue deliberado.**

-Mis disculpas, hermano, por alejarte de tus deberes, pero creo que este asunto es lo suficientemente grave que debería llamar tu atención.

Los ojos de Horus se agrandaron y Vulkan no pudo evitar la sensación de que su hermano se estaba burlando de él.

-¿Debería? Bueno, entonces mejor háblame sobre ello, Vulkan, y así quizá pueda medir por mí mismo la gravedad del asunto.

Había algo más que el tono del Señor de la Guerra que preocupaba a Vulkan,

algo más profundo, implícito en lugar de ser expresado abiertamente. Aunque poco de la nave era discernible detrás de Horus en la proyección, había lo suficiente para sugerir que había sido cambiada. Marcas que no habían estado allí antes, símbolos extraños de los que Vulkan no conocía el significado ni su importancia, eran parcialmente visibles. Al principio, consideró que podrían ser sigilos de logias, ya que fue Horus quien había implantado esas tradiciones dentro de las legiones. Vulkan las había evitado, a pesar de las propuestas de su hermano, tales rituales de hermanamiento eran innecesarios al tener los dracos su propio credo prometeano.

Pero lo que vio no le parecía del todo relacionado con la cultura de las logias. Había algo más, algo inescrutable…

-Era como si otro ser llevara la piel de mi hermano- explicó Vulkan. **-Pero incluso aquella piel, con todos sus atavíos habituales, era una versión más oscura de la que yo conocía.**

-¿Cree que ya había cambiado?- preguntó T'kell.

-Era más que eso. Le conté lo que había pasado en Kharaatan, la obsesión de Curze y sus nihilistas tendencias suicidas. A pesar de la extraña actitud con la que le había encontrado, esperaba que Horus se horrorizara.

Vulkan hizo una pausa, apretando con fuerza la mandíbula al recordar.

-Pero él se rio- dijo, frunciendo el ceño con incredulidad. -**Yo estaba enojado y confundido.**

-No encuentro esto nada divertido, hermano- dijo Vulkan, preguntándose qué había pasado con el noble guerrero que una vez tanto había admirado. **-Hemos fracasado.**

La alegría de Horus se tornó de repente en seriedad. **-Al contrario. Has tenido éxito.**

-No veo cómo.

-Curze no puede ser amansado. El suyo es un mal necesario, un monstruo que nos ayude a ganar esta larga guerra mientras nosotros mantenemos nuestras manos limpias.

-¿Cómo pueden estar limpias? Están tan manchadas como las suyas, tal vez no con el asesinato, pero si con la complacencia en el pleno conocimiento de la patología homicida de Curze.

Horus se inclinó, llenando con su cara la proyección granulada.

-Todo general necesita un arma de terror, un instrumento con el que amenazar a los más fuertes de tus enemigos. Tú has afilado bien la nuestra, Vulkan. Por lo que me has contado, Curze ha convertido el miedo en una espada que puedo manejar.

-Esta no es un arma que debamos utilizar. Su mente está destrozada, Horus. Necesita ayuda.

-Él ha tenido ayuda. La tuya. Y te estoy agradecido por ello- Horus se recostó de nuevo. **-¿Si no hay nada más?**

-Vi algo en Horus- dijo Vulkan a T'kell. **-Algo que me impidió responderle. Algo que hizo que retuviera el regalo que había hecho para él y que me diera cuenta de que mis súplicas caerían siempre en oídos sordos. También me llevó a tomar mi decisión acerca de la cámara acorazada. Algunas armas son simplemente demasiado peligrosas, en las manos equivocadas.**

A pesar de todo lo que había escuchado, T'kell no estaba de acuerdo todavía.

-Vos no sois el líder de una rebelión contra el Emperador. No es su ejército el que censuramos en Isstvan. No sois Horus.

Los ojos de Vulkan se desviaron hacia la cámara. **-¿Por qué es tan importante para ti que no sean destruidas?**

-Debido a que son su obra y su legado. Destruyámoslas y la galaxia nunca verá algo similar de nuevo.

-¿Y eso sería algo tan terrible, hijo mío? Como fabricante de armas, he forjado un arsenal que podría causar una cantidad inimaginable de muerte y sufrimiento. Ese no es el legado que quiero.

-Entonces, ¿por qué diseñarlas primero?

Vulkan se inclinó hacia delante para así poder poner su mano en el hombro de T'kell. El gesto empequeñecía al Señor de la Forja, pero era un gesto paternal y tranquilizador.

-Porque ese era mi propósito, por el cual mi padre me creó, y en aquel entonces yo no pensaba que ninguno de nosotros fuéramos las manos equivocadas. Gracias a Curze y a Horus, tristemente, ahora pienso de forma diferente. Un loco entre nosotros, un trágico error de la naturaleza provocado por su crianza que puedo entender y aceptar. Horus es racional.

No sólo eso, sino que es el mejor de nosotros. Me gustaría admitir libremente que me aterroriza pensar que él incitó voluntariamente a la rebelión. Es un enemigo con el que no desearía luchar bajo ningún concepto, siendo el menos importante de ellos el que sea mi hermano. Y si mi trabajo, todo lo que se halla más allá de las puertas de esta cámara, fuera capturado por Horus… no puedo ser responsable de eso, T'kell.

Vulkan se puso de pie declarando el asunto cerrado y cogiendo el martillo Portador de Luz mientras lo hacía.

-Ven. Voy a mostrarte lo que debe hacerse.

Juntos cruzaron la forja atestada de humo, sus armaduras reflejando la luz del fuego ondulante, hasta que llegaron a la puerta de la cámara.

Era inmensa, al igual que la propia cámara, y Vulkan usó un icono que había formado parte de su armadura para desbloquearla. La pequeña figura se deslizó completamente en un hueco forjado en la superficie ornamentada de la puerta. Era difícil de ver, y T'kell fue consciente de que no lo habría encontrado sin el Primarca para mostrárselo.

Un giro y el espacio cavernoso se llenó con el ruido sordo y metálico de engranajes, poleas y cadenas; el sonido de un viejo mecanismo que vuelve a la vida. Después de unos segundos la puerta comenzó a abrirse, lenta pero inexorablemente. Se dividió en dos, cada mitad abriéndose hacia el exterior, hacia ellos y la forja.

Cuando la abertura fue lo suficientemente ancha, Vulkan la atravesó y condujo a T'kell a la cámara tras él.

Mientras atravesaba el esbelto portal, T'kell se maravilló de lo gruesas que eran las puertas, del increíble ingenio aplicado en su construcción. A pesar de su ostensible función, eran tan bellas como cualquiera de las creaciones de Vulkan. Si Ferrus Manus hubiera hecho esas puertas serían cosas feas y frías. Impenetrables, seguro, pero en última instancia anodinas.

Donde el señor del hierro era un herrero, Vulkan era un artesano, o eso creía T'kell.

-Eres el primero y único de mis hijos en ver esta cámara- dijo Vulkan. **-A buen recaudo entre estos muros se encuentra cada uno de los artefactos que he forjado.**

Murmurando una voz de mando, Vulkan encendió los braseros alrededor de la estancia. Antorchas parpadeantes saturaron el espacio de la cámara de

tonos ocres y carmesíes, llenando cada hueco de sombras. Solamente indicios de las maravillas que el Primarca había creado fueron revelados.

T'kell reconoció algunos de ellos, y supo sus nombres.

Carro de Obsidiana.

Esfera Encarnada.

Luz de Aniquilación.

Algunos fueron construidos como simples hojas; otros eran más grandes y complejos mecanismos. Todos tenían un nombre.

Los nombres tenían poder, como a menudo decía Vulkan. Nombrar una cosa era dotarla de identidad, de importancia. Un enemigo no teme a un hombre que empuña una espada, pero le haría reflexionar con alguien que empuñara el Colmillo de Ignarak. Tales cosas importaban al Señor de los Dracos y eran una parte de sus enseñanzas.

-Tantas maravillas…- susurró T'kell, apenas capaz de comprender los magníficos trabajos de su Primarca.

Vulkan había dejado el martillo Portador del Amanecer entre los otros tesoros y estaba a punto de alcanzar su lanza cuando se detuvo, con los dedos a punto de cerrarse alrededor de la empuñadura. Espada y lanza eran sus armas preferidas, Cabeza de Trueno había sido destruida con anterioridad durante la Gran Cruzada.

-Espero que su indecisión represente un cambio de idea, Primarca- se aventuró a decir T'kell, una vez que recuperó la suficiente compostura como para hablar.

-No es así. Los artefactos deben ser destruidos. Me veo obligado a acudir a Isstvan así que no puedo hacerlo yo mismo, razón por la cual debes hacerlo tú, T'kell.

-Entonces, ¿qué es lo que está mal, Primarca?

Dejando la lanza donde permanecía encadenada a la rejilla, Vulkan cogió de nuevo a Portador del Amanecer.

-Creía que había elegido mal, aunque parecía ser lo apropiado. Apropiado. Tal vez su epíteto acompañará a mi iluminado hermano después de todo.

T'kell miraba con desconsuelo los artefactos, desesperado por preservarlos y conservar el legado de su señor.

-Primarca, os lo ruego- dijo inclinándose sobre una rodilla. **-Por favor, no me pidáis hacer esto. Al menos preservad algo.**

Vulkan miró a su Señor de la Forja, y a continuación, al interior de la cámara.

-Hay armas aquí capaces de destruir mundos, hijo mío…

-O salvarlos de la destrucción- replicó T'kell mirando a su señor. **-En las manos adecuadas.**

-¿En las mías?- preguntó Vulkan, encontrándose con la suplicante mirada del Señor de la Forja.

-¡Sí! ¡O en las de Lord Dorn, o en las de Guilliman! ¡Incluso en las de Russ!

Vulkan sostuvo la mirada de T'kell un momento más antes de alejarse.

-Levántate, Señor de la Forja. Ninguno de mis hijos tendría que suplicarme de rodillas. La voz de Vulkan sonó como un gruñido y por un instante T'kell pensó que podría haberse excedido.

-Me dejé llevar, Primarca.

-Está bien.

-¿Señor?

Vulkan se situó frente a él.

-He dicho que está bien. Algo debe permanecer. Si lo destruyo todo, entonces habré renunciado a la esperanza y a poder ver que la lealtad y el honor perduran en mis hermanos. No voy a hacer eso.

T'kell se relajó visiblemente, el alivio provocado por las palabras de su Primarca era evidente en su rostro.

-Tú permanecerás aquí, T'kell. No vas a venir al sistema Isstvan; tu lugar está ahora en Nocturne y en Prometeo.

-Pero, Primarca…

-**No me desafíes una segunda vez-** le advirtió Vulkan. **-No soy tan tolerante.**

T’kell inclinó la cabeza en señal de contrición.

-Te convertirás en Padre de la Forja y guardián de los artefactos en esta cámara.

-¿Padre de la Forja?- preguntó Tkell, frunciendo el ceño. **-¿No soy ya tu Señor de la Forja, mi señor?**

-Desde luego. Un legionario puede ser más de una cosa, T’kell. Te estoy confiando este deber, así como te he confiado la cámara.

-¿Qué deber, Primarca? Dígalo, y se hará.

-Actuar como custodio. Jurar que protegerás estos artefactos y si algo me ocurriera, asegurarte de que estén bien escondidos, lejos de aquellos que los buscarían para usarlos indebidamente.

T’kell saludó vehementemente. **-Lo juro, Lord Vulkan.**

-Bien. Elige siete que perdurarán, y sólo siete. Uno por cada una de nuestras ciudades santuario de Nocturne.

-Hay miles aquí, Primarca. ¿Cómo podré…?

-En efecto, los hay- dijo Vulkan, sujetando el martillo alrededor de su cintura y alcanzando su guantelete. El Manto de Kesare ya colgaba sobre sus anchos hombros. **-Siete, Padre de la Forja, es lo que tu Primarca decreta.** Vulkan se iba alejando, su mente ahora firmemente puesta en un ajuste de cuentas con Horus.

-Voy a unirme con la flota de Ferrus- dijo llamando de nuevo la atención de T’kell. **-Veremos si está hecho antes de que vuelva.**

Se alejó rumbo al puerto espacial, dejando atrás a T’kell.

El Padre de la Forja contempló el contenido de la cámara, tratando de sopesar la imposible tarea que tenía ante él.

-Siete…

FIN

LAS MANOS DEL EMPERADOR

(Hands of the Emperor)

ROB SANDERS
TRADUCCION RODINA
CORRECCIÓN ICEMAN



UNO

Los cavernosos pasillos del Palacio Imperial se hicieron eco del rítmico repiqueteo de las armaduras. Los caballeros de la Legio Custodes marchaban con audaz determinación por los sagrados recintos, con el sincronizado movimiento de la ceramita y el oro. Era el sonido de la tranquila urgencia, de la vigilancia, noble y leal.

El 'Capitán del Escudo', Enobar Stentonox, formaba parte de esa vigilancia y así había sido durante mucho tiempo. Sin embargo, hoy era diferente. Hoy sentía que su propio corazón latía al mismo ritmo que su paso de marcha. Hoy, él mandaba la guardia de Palacio, por primera vez. Durante veinticuatro horas, la seguridad del Palacio Imperial y por extensión, la del propio Emperador, estarían en manos de Stentonox.

Para muchísimas personas, el colosal Palacio era algo más que una gigantesca maravilla trabajada en sangre y piedra. Para la Guardia Custodia era tanto un lugar de sagrada seguridad como un protectorado. Para el Primarca Rogal Dorn, era un bastión que fortificar. Para el ejército de embajadores y funcionarios del Administratum que pululaban por sus salas, era el corazón del gobierno humano. Para los miles de millones de ciudadanos de la antigua Terra y de los mundos más allá, era el centro de la galaxia conocida. Como Maestro de la Guardia, Stentonox necesitaría satisfacer las demandas contradictorias de todos aquellos papeles, mientras preservaba la inviolable persona del Emperador dentro de los poderosos muros del Palacio.

Los pasos del Capitán del Escudo eran orgullos y pesados, no sólo por la mole de su armadura ceremonial, también por la aplastante carga de sus responsabilidades. Cuando su tintineante marcha le llevo a través del Gran Salón Belvederon, pasó junto a una estatua de mármol del Emperador. Realizada como una metáfora, representaba al Emperador en la Declaración de la Unidad, cargando el equilibrio del globo de Terra sobre uno de sus hombros. Por un breve momento, Stentonox se permitió la indulgencia de equiparar su carga y su honor con la del propio Emperador.

Cuando el Gran Salón se convirtió en la Columnata Simulacrux, la marcha de Stentonox le llevo junto a un grupo de Custodios que caminaban enérgicamente por el pasaje abovedado y las columnas talladas. El tema arquitectónico del Gran Salón se había derramado en aquel colosal espacio y muchos de los héroes de las Guerras de Unificación, incluyendo a miembros

de la guardia personal del Emperador, fueron inmortalizados en la piedra de sus columnas. Uno de esos gigantes también caminaba con largas zancadas hacia la gran columnata, lo que le llevo junto al grupo al que Stentonox se había unido.

Constantin Valdor.

Un leal terrano, Capitán General de la Legio Custodes y Custodio Jefe del Emperador de la Humanidad, por ese orden, caminaba por los altos pasillos fortificados de su Señor. Los adornos de latón salpicaban el dorado brillo de su armadura, mientras que el rojo de su túnica simbolizaba la sangre que había derramado en sus esfuerzos por salvaguardar al Emperador.

Stentonox sospechaba que en un futuro próximo se derramaría mucha más.

Flanqueado por los miembros de su Guardia Ares, Valdor se acercó, junto al 'Sentinel Securitas' Justiniano Arcadius, para recibir las novedades de Stentonox. Las dimensiones del Palacio Imperial eran enormes, gigantescas, prácticamente un pequeño continente. El itinerario del Capitán General era conocido sólo por unas pocas personas, entre ellas el Maestro de la Guardia, ahora ubicaba a Valdor en la Sala Alta, allí era donde Stentonox había tenía la intención de encontrarle para el informe matinal. Como un muro de bronce golpeando perpetuamente a sus espaldas, el Custodio Dreadnought 'Indemnion' pisoteaba amenazadoramente el pasillo con sus pesadas piernas hidráulicas.

Pese a la temprana hora, el Capitán General tenía una sonrisa para Stentonox, aunque el Capitán del Escudo dudaba que Valdor hubiera visto el interior de sus aposentos personales desde hacía varios días. **-¿Su primera vez como jefe de la guardia en Palacio?**

-Sí, Capitán General- confirmó Stentonox.

-Entonces le deseo un servicio tranquilo. Pese a que rara vez lo es.

-Si usted tiene algún consejo que darme, Capitán General, recibiré gustosamente sus orientaciones.

El Custodio Jefe gruñó con buen humor. **-No seas demasiado rígido respecto a los protocolos y a las regulaciones. Los horarios quedan generalmente destrozados hacia la segunda hora. Piensa en la solemne observación de nuestras responsabilidades como si estuvieran escritas en piedra, ¡recién escritas en piedra volcánica! Cada día nos trae nuevos retos que ponen a prueba nuestros procedimientos, nuevos desafíos que dan la vuelta a la fría certeza del procedimiento y situaciones en las que son necesarios**

movimientos rápidos y fluidos. Debes vivir con la contradicción, has de ser adaptable pero inflexible. Y sé que la palabra que hoy saldrá con más frecuencia de tus labios será 'no'. ¿Alguna otra cosa, Capitán del Escudo?

-No, Custodio Jefe.

-Entonces vamos a proceder con el informe matinal.

Cuando Stentonox condujo al Capitán General a través de los asuntos del día, con Arcadius atento para rellenar sus posibles espacios en blanco, su mente se trasladó desde uno de los asuntos importantes a otro. Ya en la mañana había una multitud de agitados deberes y responsabilidades que atender e impulsar, cada una de ellas compitiendo por una atención más urgente. Había vulnerabilidades defensivas creadas en el 'muro Byzan' por los trabajos del Constructor de Guerra (Warmason en el original). Uno de los 'Auricenvoys' de Valdor había regresado de la antigua Aethiopia, donde había sido enviado por el Custodio Jefe para arbitrar en las guerras laborales que habían estallado entre el conglomerado minero Danakil y la colmena Abyssin. Las rotaciones recientemente ensayadas en las guarniciones del cuádruple bastión Dolorite seguían necesitando que se afinaran. Los cónsules de la 'Collegia Titanica' solicitaban permiso para la procesión bautismal en Palacio de un nuevo titán de batalla de la clase Warlord, el 'Vigilantia Victrum', algo que seguramente sería rechazado de plano en el comité por el Custodio Jefe. La documentación, referencias y pictoarchivos de unos cuarenta y tantos sub-embajadores recién nombrados en Palacio aún requerían el sello del Custodio Jefe. Un envío de municiones para las armerías de Palacio, no había llegado desde Marte por razones obvias, el reemplazo de la remesa anterior aún no había sido recibido desde el mundo-forja de Faetón. Los monitores orbitales de la flota de la Legio Custodes iban muy atrasados en sus inspecciones. El Gran Mariscal Preboste del Adeptus Arbites había solicitado una audiencia para discutir los peligros planteados por una serie de movimientos sediciosos, rebeldes que hablaban contra el Emperador, así como un reciente incidente en el que un preocupado ciudadano disparó contra una de las barbacanas del nivel uno de Palacio, sólo para ser muerto por el fuego en respuesta del caballero Custodio, que, estaba allí haciendo guardia. Los buscadores de brujas (witchseekers en el original) de la Hermandad del Silencio estaban convocadas para discutir el mantenimiento de las defensas de Palacio, las que nadie podía ver, las medidas de seguridad inmateriales del Emperador. Más allá de esas cuestiones de gravedad, tanto Stentonox como el Maestro de la Guardia y el Custodio Jefe, tenían varias docenas de reuniones menores y sesiones de consulta, sobre todo ahora, que el Capitán del Escudo había completado su informe.

-Gracias- dijo Valdor al Capitán del Escudo. **-Arcadius, ¿hay algo más?**

A medida que el 'Sentinel Securitas' comprobaba su lista, el grupo se acercó a un imponente portón de guardia. En el Arco se había instalado un mamparo, ahora levantado y colgado sobre un par de Aquilas, como un mal presagio. Los tabiques herméticos eran una de las muchas mejoras que Rogal Dorn había aprobado para los interiores del Palacio. Cada gran diseño y floritura arquitectónica ahora tendrían que adaptarse a un nuevo propósito; las altas arcadas decorativas construidos a intervalos por los corredores arteriales ahora estaban dotados con tabiques hermético tricapas, que caerían si se forzaban los corredores y retrasaría el avance de una fuerza enemiga por el Palacio.

Los centinelas se inclinaron, pese a la dificultad de hacerlo con su armadura táctica acorazada y descansaron sus cascos contra las alabardas ceremoniales que agarraban ante ellos. A medida que el Capitán General, el 'Sentinel Securitas' y el Maestro de la Guardia pasaron, la pareja volvió a izarse en toda su impresionante estatura, reanudando su vigilia silenciosa, como si fueran gárgolas.

Arcadius sólo tenía otra orden del día, un informe que el mismo Stentonox había solicitado.

-El plazo de los 'Juegos de Sangre' orbitales casi han llegado a su fin- dijo Arcadius, Valdor asintió con la cabeza en señal de aprobación. Con todos los informes de Inteligencia, apuntando a que las amenazas a la seguridad crecían con rapidez, el Capitán General había duplicado los teatros de operaciones, enfrentando a lo mejor de las filas de la Legio Custodes contra las defensas del Palacio. Los centinelas de seguridad examinaron los fracasos y los cuasi-éxitos, para poder anticipar las estrategias enemigas y revisar la seguridad del Emperador. Con la galaxia en plena ebullición y los días de Valdor dominados cada vez más, por amenazas más reales que hipotéticas, el Custodio Jefe tenía menos tiempo para los procedimientos tácticos. Un relativo éxito de Stentonox en una ronda anterior de los Juegos de Sangre, es lo que lo había elevado al rango de Capitán del Escudo, desde entonces trabajó para renovar el interés del Custodio Jefe por aquellas maniobras tácticas. Había funcionado.

-¿Alguna sorpresa?- preguntó Valdor.

-Jerichstein fue interceptado en la colmena Persepol- confirmo Arcadius. **-Se encontró con algunos problemas cuando entró en un recinto lleno de Arbites. Nicator fue alcanzado por una de nuestras cañoneras durante una persecución sobre el Cáucaso. Un servo-drone localizó a Einocratus mientras trazaba un plano de las antiguas redes de alcantarillado, debajo de Palacio. El fuego de la cuarta sala fue iniciado por Cesarion y Gesh fue el responsable de los Centinelas y caballeros de a pie que faltaron de sus**

puestos de vigilancia en los jardines colgantes. Pero ambos fallaron en los controles isométricos de la 'Cantica Consentrica', en la barbacana Oriental. Me temo, que ambos hayan estado trabajando juntos, algo, por supuesto, prohibido por las reglas de los Juegos.

-El enemigo no va a jugar con nuestras reglas- dijo Valdor**. -¿No crees, Stentonox?**

-La mayor parte del tiempo, ya es bastante difícil conseguir que lo hagan nuestros aliados- ofreció el Capitán del Escudo.

-Exactamente- asintió Valdor.

-Por eso he tomado la inusual medida de elogiar y censurar a ambos al mismo tiempo- dijo Arcadius.

Valdor sonrió. **-¿Kalibos?**

-Localizado tratando de escalar el 'muro Maximillias', previamente identificado como un punto débil de nuestra vigilancia- informó a Valdor el 'Sentinel Securitas'.

-¿No escalaste tú el 'muro Maximillias' en tu infiltración?- preguntó el Custodio Jefe a Stentonox.

-Fue el 'muro Espartic', mi señor.

-No es una subida nada fácil- dijo Valdor.

-Difícil por diseño, para convertirse pronto en imposible- dijo Stentonox, asintiendo hacia Arcadius y tomando nota mentalmente de otro de sus deberes para el día.

-¿Pero Kalibos, fue capturado?

Arcadius lo confirmó. **-Pero no cedió fácilmente. Cuatro de mis centinelas están en el Infirmatory** (enfermería, nt).

-¿Y Zantini?

-Consiguió llegar hasta los 'pasillos Econium' disfrazado de plenipotenciario de la Soberanía Technovingian, pero los nuevos campos de frecuencias instalados bajo las banderas lo desenmascararon.

-Pero cada vez se acercan más- admitió Valdor.

-Su proximidad al éxito nos honra- dijo Arcadius. **-Con cada nuevo ciclo de los 'Juegos' aprendemos más del arte de la infiltración. La debilidad y la complacencia será armas que nuestros enemigos usaran contra nosotros.**

-¿Algún Custodio destacado?

-Uno- dijo Arcadius a Valdor y al Capitán del Escudo. **-Belisario.**

Stentonox se enorgullecía de conocer a todos los Custodios que trabajan con él, pero conocía a unos mejor que a otros, a Belisarius apenas lo conocía.

-Su firma genética fue identificada por las redes-syn en la 'cuenca Kaspasian'- continuó Arcadius **-en el Sinaí-Persis y en la colmena Saqqara, viajando hacia el oeste, lejos del Palacio. Tal vez su plan se haya visto comprometido por las detecciones tempranas.**

Mientras se acercaban a las gigantescas estatuas de la galería de la Arcada de Bronce, las bruñidas puertas de la Torre Heliosicon se abrieron para mostrar un gran carruaje gravitatorio y a sus dos pasajeras. La 'Hermana Comandante' (commandress en el original, nt) Duesstra Edelstyne era una brillante visión de placas de plata y de ricas pieles.

Un adornado medio casco cubría sus comprimidos labios, la bóveda de la guarda de la nariz llegaba hasta hacer penetrante la oscuridad de sus ojos. A su lado iba glosadora (interprete del lenguaje de signos de las Hermanas del Silencio que aún no había realizado el Juramento de la Tranquilidad, nt) una novicia con la cabeza afeitada.

Como Hermana del Silencio, Edelstyne era la confidente de la tranquilidad de Lady Krole (Lady Jenetia Krole era la dueña de la 'Guardia Raptor' y una de los confidentes de batalla personales del Emperador, así como la Hermana del Silencio de más alto rango durante los primeros días de la Herejía de Horus, nt) y 'Virginal Primera Dama' de la Guardia Raptor asignada a la primera sala de Palacio. Sus hermanas estaban estacionadas por todo él, asistiendo en silencio a las reuniones y como centinelas en pasillos y corredores, sin diferenciarse demasiado de sus contrapartes Custodios. En muchos aspectos, su papel era análogo al del mismo Stentonox. Mientras proporcionaran protección psíquica contra los brujos y sus sondeos mágicos invasores, las guerreras de la Hermandad también eran bienvenidas a las fuerzas de seguridad del Palacio.

Por esto era necesaria la coordinación y obligadas reuniones entre Edelstyne y el Maestro de la Guardia. Stentonox había programado la hora y el lugar, pero no era ni lo uno ni lo otro. Reconoció la silenciosa punzada de su mirada con una ligera inclinación de cabeza, pero volvió su atención hacia el

Custodio Jefe. **-Suena como si Belisario no quisiera que el juego finalice-** dijo Valdor.

-Pero, por otra parte, ¿quién lo quiere? Vigile su progreso. Manténgame informado.

Arcadius asintió. **-Gracias, Custodio Jefe.**

-Y buena suerte para ti, Capitán del Escudo.

-Gracias, Capitán General- respondió Stentonox. Saludó a Valdor tras haber saludado al Dreadnought Indemnion, mientras que la Guardia Ares comenzaba a andar hacia el profundo corredor.

-Comandante.

La voz en respuesta de Stentonox retumbó por toda la arcada. **-¿Qué puedo hacer por ti?**

Sus dedos ejecutaron una rápida serie de gestos, por cuya velocidad e insistencia incluso el Capitán del Escudo pudo interpretar que era algo urgente. De los tiernos labios de la glosadora novicia vino la traducción.

-Capitán del Escudo, Stentonox. Hay algo que deberías ver.

La Torre Heliosicon era una de las que más altas, sobresalía hacia el cielo desde el Palacio Imperial. Se denominaba así porque desde ella podía verse elevarse al sol de Terra por encima de la neblina cromática de contaminación atmosférica. El minarete con cúpula de la parte superior no sólo se jactaba de poseer su propia torre del homenaje y su complejo de comunicaciones, también poseía terrazas almenadas profusamente decoradas para la observación y equipadas para la defensa con lanzadores de misiles interceptores.

Cuando las puertas de bronce se abrieron, Stentonox salió dando grandes zancadas a la primera terraza, acompañado por Arcadius y las dos mujeres. El Custodio de la torre cayó brevemente sobre una de sus rodillas cuando pasó el Maestro de la Guardia, Edelstyne y su novicia no recibieron el menor reconocimiento, la luz del sol brillaba en su pulida armadura. Edelstyne gesticuló.

-Allí- la glosadora novicia señaló hacia el suroeste.

Stentonox miró en aquella dirección a lo largo de la bruma, a través de las excavadas y mutiladas mesetas del Himalazia. Algo estaba surgiendo entre las

empañadas nubes del fondo. Algo enorme.

A juzgar por su tamaño, sólo podía ser una de las grandes placas orbitales de Terra, que rozaba la atmósfera superior del planeta, se movía lentamente, pero con seguridad, a lo largo de las cimas de las montañas. Aunque cada plataforma orbital era diferente, no eran si no meras víctimas de los horribles realces técnicos y de las torpes acumulaciones que las colmenas que albergaban a miles de millones a nivel de suelo, está recordó a Stentonox una enorme y aplanada medusa. La enorme ciudad plataforma era como una sombrilla, con nidos de hangares espaciales, amarraderos estratosféricos y la columna del motor orbital gravítico colgando hacia abajo a través de las nubes bajo la placa. Por la forma de la silueta y de su contorno, le pareció que la colosal placa era la '*Arcus*', una de las conturbativas orbitales más pequeñas.

Lo que alarmó al Capitán del Escudo fue el enjambre de remolcadores y lanzadoras de maniobras que parecían estar arrastrando la gigantesca placa hacía el Palacio Imperial.

Stentonox y Arcadius intercambiaron simultáneamente miradas de comprensión y de alarma.

-Póngame en contacto con la central de señales- ordenó el Capitán del Escudo. Arcadius asintió e hizo una breve señal al centinela de la torre.

Escuchó una voz por el canal cifrado del vox. **-'Signata Heliosicon' para el Maestro de la Guardia.**

-**Aquí el Capitán del Escudo, Enobar Stentonox-** respondió. **-Identificación: Taranis, Halcyon, tres guión cincuenta y dos, sesenta y cuatro. Confirmar.**

-Confirmado, Capitán del Escudo. A la espera.

-Heliosicon- dijo Stentonox. **-Estoy en las terrazas de batalla de su torre y estoy viendo lo que parecer un gran objeto orbital que está violando el espacio aéreo del Palacio Imperial. Deme confirmación, por favor.**

-Confirmado, Capitán del Escudo. Tenemos a la plataforma orbital Arcus en rumbo de aproximación vectorial hacia el Himalazia.

-Negativo, Heliosicon, negativo. Las placas orbitales no tienen vía libre en sus trayectorias para pasar sobre el Palacio Imperial.

-La plataforma orbital Arcus tiene vía libre, Capitán del Escudo- dijo la torre a través del vox. **-Mediante la 'Orden Dispensatorial Especial', Metacarp tres**

guión dieciséis.

-Torre, clarifique la orden especial.

-Es un código de las Legiones Astartes- dijo Arcadius a Stentonox. **-De los Puños Imperiales. Habrá sido el Constructor de Guerra o el mismísimo Dorn.**

-Torre, soy el Maestro de la Guardia. ¿Cómo es que no se me ha informado de esto?- el vox quedo en silencio. **-Torre Heliosicon, responda.**

-Ahora mismo estamos cotejando esos datos para usted.

-¡No!- interrumpió Stentonox. **-Conécteme a la autoridad de mayor rango de la Arcus, ahora mismo.**

-Sí, Capitán del Escudo.

-Esto es un tremendo error- dijo Stentonox a Arcadius, con una férrea voz de autoridad. -Un descuido de proporciones monumentales. Quiero saber cómo ha podido suceder esto.

Bajo la punzante mirada de Duesstra Edelstyne, Stentonox esperó mientras que la plataforma orbital avanzaba a través de las nubes, kilómetro a kilómetro, adentrándose más en el espacio aéreo del Palacio. Primero conectaron a Stentonox con el Almirante Estrato-portuario de la plataforma orbital, no pudo ayudarlo. Luego le pasaron a con una selección de gobernadores, procuradores y alguaciles de peticiones, todos ellos afirmaron que su autoridad sobre la plataforma había sido derogada y sustituida. Por último, con su furia en constante aumento, Stentonox fue conectado con al alto comisario de los conglomerados Danakil, que afirmó que la *Arcus* estaba actualmente bajo su soberanía mercantil.

-Comisario- comenzó a Decir Stentonox, procurando que cada una de sus palabras fuera clara y nítida. **-Soy el Capitán del Escudo, Enobar Stentonox, de la Legio Custodes. Le estoy dando una orden directa, cese en su aproximación. Su vector y presencia en este espacio aéreo no ha sido consensuada con nosotros. Está violando los más altos protocolos de seguridad Imperiales.**

-Torre Heliosicon- una voz tan profunda y afilada como la del propio Stentonox se entrometió en la conversación. **-Soy el Capitán Demetrius Katafalque, de la Legión de los Puños Imperiales. Yo soy quien está al mando de la Arcus. No va a reducir la velocidad ni a alterar su vector. Tengo órdenes de detenernos sobre el Cuarto Distrito, concretamente entre el**

muro interior y exterior. Esas son las ordenes de mi Primarca y no pienso desobedecerlas. Revise sus protocolos, Torre Heliosicon. Revise sus protocolos.

-¿Arcadius?- dijo sombríamente Stentonox.

El 'Sentinel Securitas' volvió tras una corta conferencia con el Custodio de la torre y el complejo de comunicaciones.

-La Orden Dispensatorial Especial, Metacarp tres guión dieciséis, autoriza a la Arcus a fondear sobre el Palacio para proporcionar al Constructor de Guerra, Vadok Singh, millones de trabajadores provenientes del conglomerado minero Danakil con el fin de mejorar las fortificaciones de Palacio- informo Arcadius. **-La plataforma orbital permanecerá allí para proporcionar alojamiento a la mano de obra importada.**

Stentonox negó con la cabeza. **-¿Cómo es que no sabíamos nada de esto?**

-Metacarp tres guión dieciséis aún está en el comité. Lord Dorn quiere acelerar el ritmo de la construcción de las fortificaciones. Dada la situación actual, es muy poco probable que esto le sea denegado al Primarca, pero una objeción fue presentada ante el 'Administrador Primus' y hay una audiencia programada para estudiar el asunto. No se nos ha informado porque Metacarp tres guion dieciséis, aún no ha sido autorizada.

-¿Quién presento la objeción?- preguntó Stentonox.

Tras un momento para informarse, el 'Sentinel Securitas' le respondió. **-Lo hizo Lady Luna Krole, de la Hermandad del Silencio.**

Los Custodios se volvieron hacia Duesstra Edelstyne. La comandante se encogió de hombros, un gesto que no necesitaba traducción.

-Capitán Katafalque- dijo Stentonox por el vox. **-Soy Enobar Stentonox, Maestro de la Guardia. Su violación de nuestro espacio aéreo pone al Palacio Imperial y al propio Emperador bajo un riesgo intolerable. La plataforma orbital Arcus no está autorizada para estar aquí. Se lo ruego Capitán, ordene a sus remolcadores que alejen a la Arcus de este vector de aproximación.**

-Rogal Dorn no puede perder el tiempo con su burocracia sin sentido- respondió bruscamente Katafalque. **-Los permisos ya han sido solicitados. Revise sus protocolos. Tengo la autorización de mi Primarca y él tiene autorización para fortificar el Palacio Imperial. Esas son mis órdenes.**

-No puedo permitirlo.

-Esas son mis órdenes- repitió Katafalque **-y tengo intención de cumplirlas. No tengo otra elección, lo hare, es tan cierto como que el sol sale por el horizonte. Haz lo que debas hacer, Capitán del Escudo. Esta es la Arcus, aproximándose con vector Himalazia. Katafalque fuera.**

-¡Katafalque!- gritó Stentonox por el vox, pero el Puño Imperial ya había cortado la comunicación.

Durante unos momentos Stentonox no dijo nada. Arcadius y Edelstyne miraban en silencio al Capitán del Escudo mientras este contemplaba la distante plataforma orbital.

-Arcadius.

-Sí, Capitán del Escudo.

-Contacta con Damari Ambramagne, a bordo del Aeriax- ordenó Stentonox. **-Dile que quiero a todos los Custodios y cañoneras disponibles sobrevolando el Cuarto Distrito, vector Himalazia.**

Arcadius asintió, pero no dijo nada.

-¿Crees que es prematuro?- preguntó Stentonox.

-No, Capitán del Escudo.

-Bien, porque lo próximo que quiero es que actives la señal de emergencia en el Palacio. Preparados para disposición defensiva Xanthus. Todos los Custodios, hermanas, hombres de armas y… sí, incluso los Puños Imperiales, deben acudir a sus puestos de alerta y esperar nuevas órdenes.

-¿Qué pasa con el Custodio Jefe?

-Infórmele del estado de la situación y de la alerta defensiva- dijo Stentonox**. -Esas instrucciones harían recaer sobre él mismo el peso de todas las responsabilidades. Y pídele que me acompañe en las almenas, porque es él quien debe emitir esas órdenes.**



DOS

Cuando la plataforma orbital descendió, eclipsó la sombría luz de sol naciente. Las ciudadelas y torres del Palacio, que ya habían sentido el tenue toque de la llegada del amanecer, se hundieron nuevamente en la oscuridad. Terrazas, balconadas y parapetos estaban atestados por oficiales y visitantes de Palacio, todos alertados ante la emergencia del sonido de las alarmas que informaban de la alerta Xanthus y por el rápido movimiento de las fuerzas defensivas del Palacio. Todas las miradas, magnoculares y rostros temerosos estaban dirigidos hacia el cielo, mirando a la monstruosa *Arcus* y a la triple línea de batalla que estaba siendo formada por las cañoneras de la Legio Custodes.

Al igual que un muro de oro, ornamentos y artillería, las cañoneras, los estrato-bastiones y monitores gravitacionales de la Legio Custodes ampliaron las defensas del Palacio hacia el cielo. La línea de batalla era imponente y amenazadora. Las naves se posicionaron sobre los barrios marginales, y los 'conurbatia' (afiladas torres como minaretes, nt) que bordeaban las fortificaciones exteriores y los enclaves amurallados del Palacio, presentando su ornada artillería hacia la *Arcus*.

El colosal tamaño de la plataforma orbital lo convirtió en un objetivo de una categoría totalmente diferente. El movimiento de la *Arcus* la llevaba imparablemente hacia la inamovible línea defensiva de las cañoneras, mientras que un coro de consternación se levantaba de las multitudes reunidas sobre las almenas y las plataformas del Palacio.

Desde la cubierta de vuelo del Aeriax, Stentonox podía examinar cuidadosamente la plataforma orbital *Arcus*, tras haber dejado al 'Sentinel Securitas' para que gestionara la preparación de las defensas de Palacio, Stentonox había acompañado al Custodio Jefe hasta la nave. Constantin Valdor había conferenciado con Demetrius Katafalque, de los Puños Imperiales, a través del hololito durante unos breves minutos, pero el Capitán General ya estaba furioso. Las promesas de respeto mutuo y fraternidad, cayeron rápidamente a un debate acerca de quién estaba más interesado en la seguridad del Emperador. Katafalque afirmó que la palabra de su Primarca era inviolable. Valdor recordó al Capitán que los Puños Imperiales que eran huéspedes bienvenidos en Terra, pero la seguridad del Emperador y la del Palacio Imperial, siempre había sido la primera y única preocupación de la Legio Custodes. La ira se apoderó de unos hombres de deberían haber estado

por encima de semejantes mezquindades. Los insultos salieron de sus nobles labios. Se intercambiaron amenazas. Se prometieron castigos.

-Se ha ido de nuevo, mi señor- aviso el operador cuando se cortó el enlace.

-Malditas Legiones Astartes y su advenedizo orgullo- gritó furioso Valdor.

-Si no fuera por esa audacia, no habríamos tenido en absoluto la necesidad de fortificar el Palacio del Emperador.

-En efecto, Custodio Jefe- convino Stentonox.

-No hay servicio- dijo Valdor **-ni supuesto servicio en nombre del señor, que deba poner en peligro al señor al que se sirve.**

-Sí, mi señor.

-Es una locura- murmuró, casi para sí mismo, Valdor. **-Es un loco entrometido y debe ser detenido.**

-¿Cuáles son sus órdenes, Capitán General?

Valdor miraba desde la cubierta de vuelo del Aeriax. Ya no se veía el cielo. Sólo estaba la plataforma orbital, sus amarres estratosféricos, hangares espaciales y plataformas avanzaban imparables hacia ellos y cubrían el resto de las vistas. **-¿Los remolcadores y gabarras?- preguntó.**

-Tengo cañoneras preparadas para abordarlas o paralizarlas- informó Stentonox. -Pero, en honor a la verdad, solamente la deriva inercial llevará a la *Arcus* a detenerse sobre el Distrito Cuatro.

-Entonces no perdamos más tiempo con eso- dijo Valdor. **-¿Su opinión, Capitán del Escudo?**

-La reversión calibrada de las unidades gravitacionales de la Arcus desacelerara a la plataforma orbital hasta pararla.

Valdor asintió gravemente. En la cubierta de vuelo nadie habló mientras el Custodio Jefe sopesaba los peligros. No era una decisión fácil para el Capitán General, pero cuando hablo lo hizo lleno de confianza y determinación.

-¿Capitán del Escudo?

-¿Señor?

-Detenga la plataforma orbital.

Como una lenta andanada dorada, las naves de ataque gravitacionales salieron de las bahías de lanzamiento de la Legio Custodes, la línea de batalla era una maravillosa visión, que se aproximó a la gran columna del motor gravitatorio pasando por debajo de la plataforma orbital. A través de las troneras de artillería de su transporte, El Capitán del Escudo, Stentonox, vio a miles de trabajadores contratados mirando horrorizados desde las plataformas de observación. Stentonox sólo podía imaginar la confusión de los hombres comunes, viendo como los reverentes siervos del Emperador se enfrentaban cara a cara en los cielos de Terra.

Hubiera preferido haber hecho una inserción más directa, pero no podía arriesgarse a que sus transportes gravitatorios se acercaran más a la estructura de la columna gravitatoria. Los potentes campos inversos que fluían desde las unidades gravitacionales y las aspas suspensoras podrían hacer estragos en la polaridad de sus plantas de energía. Habían advertido a Stentonox, que literalmente, las naves caerían de los cielos, por lo tanto, habían localizado un lugar más seguro, aunque menos conveniente. Los Custodios solo tendrían que avanzar por las cubiertas del generatorium y tomar por la fuerza la sección de ingeniería, controlando así la columna gravítica.

-Custodio- dijo Stentonox a Gustus Doloran, su Cataphractii y sargento de armas. **-Presente mis respetos al Capitán Katafalque e infórmele de que tengo la intención de abrir fuego contra la Arcus. Dígale, que, por la seguridad de sus guerreros, deberían retirarse de las secciones y cubiertas de la plataforma, sobre la columna del motor.**

-Muy bien, señor- respondió Doloran desde lo más profundo de su dorada armadura de Exterminador.

Stentonox se enfrentaba a una tarea casi imposible aquí, en la plataforma orbital debería combinar los conocimientos y experiencias de sus muchos años de entrenamiento para la batalla, con la diplomacia. Constantin Valdor había ordenado que la *Arcus* fuera tomada, pero Stentonox era plenamente consciente de que, en estos tiempos de desconfianzas y rebelión, no podía permitirse el lujo de sacrificar a la VII Legión sobre los muros del Palacio Imperial. Él debería lanzar sus golpes como un púgil profesional en un elaborado combate.

Pero a diferencia del púgil, él aún tenía que ganar. Una victoria rápida e inequívoca.

La inminente acción era toda una pesadilla logística y diplomática. Un repentino dolor de cabeza inundó la mente del Capitán del Escudo, ante la

cantidad de ingobernables posibilidades que se podrían abrir el azar a consecuencia de las acciones que estaban a punto de emprender.

-La plataforma orbital no responde, señor- le informó su sargento de armas.

Stentonox asintió. -**Comunique al Capitán Ambramagne que tiene autorización para abrir fuego.**

-Muy bien, señor.

-Y por favor, abra un canal con nuestras naves de ataque.

-Abierto, Capitán del Escudo.

-Custodios, aquí el Maestro de la Guardia. Tenemos ante nosotros una tarea de enormes proporciones, una tarea que espero que lleven a cabo con la determinación y precisión habituales. Los Marines Espaciales a bordo de la Arcus son nuestros aliados, están operando fuera de su jurisdicción. Nos corresponde a nosotros hacer valer la suprema autoridad del Emperador de la Humanidad, incluso entre sus más fieles servidores. Si es necesario, lo haremos por la fuerza. Nuestro Capitán General ha ordenado que tomemos la plataforma orbital. Y así será, no quiero pérdida de vidas en la ejecución de estas órdenes. No habrá muertes. Esas son mis órdenes. Estoy invocando las prioridades de batalla. Como camaradas de armas nuestros, quiero que los Puños Imperiales sean clasificados como 'decora intelligenta'. Cuando está desafortunada acción terminé, todos deberán ser interrogados y tengan claro que se les interrogará, pero los necesitamos vivos. Deben considerar sus vidas como sagradas, pero no así su sangre. Castíguenlos por su orgulloso proceder. Podemos lesionarlos, pero no vamos a matarlos. La galaxia ya ha sido suficientemente testigo de finales así.

-Aeriax preparado para abrir fuego- le informó el sargento Doloran.

-Esperen- dijo Stentonox por el vox. **-Diez segundos.**

Una tormenta de fuego surgió de las cañoneras y otras naves, golpeando la cubierta exterior de la columna del motor.

Gruesos haces de rayos y explosiones envolvieron las cubiertas del generatorium en un torbellino de luz, sonido y metal retorcido. Dado que el objetivo de los artilleros era evitar cualquier daño critico en los sistemas flotantes de la plataforma orbital, las naves de ataque de la Legio Custodes siguieron bombardeando la protección del motor y la superestructura del casco.

La Arcus no era una instalación militar y no portaba armamento defensivo, pero las esclusas atmosféricas y el grueso revestimiento metálico exterior eran un obstáculo para las fuerzas entrantes. Al ordenar el bombardeo, Stentonox había eliminado ese obstáculo.

-Custodios, desembarquen.

Las puertas de bronce de la nave gravitatoria se abrieron. Los caballeros, Custodios y Exterminadores Aquila, saltaron al rugiente infierno de las arruinadas cubiertas. El reflejo de las llamas convirtió a cada uno de los guerreros en un cegador espectáculo dorado. Caminando a través de la destrucción, con sus imponentes cascos rozando el techo y abriéndose paso entre los escombros, cortándolos con sus lanzas guardianas para abrirse paso, los Custodios comenzaron a adoptar una formación de batalla en las cubiertas en llamas.

-Patrón Draco- ordenó Stentonox.

Mientras se alejaban de la destrucción y de los estrechos pasillos de las cámaras del generatorium, los invasores adoptaron una formación de seguridad media, con los caballeros agazapados y avanzando desde la cubierta del motor tras sus gruesos escudos dorados. Los escuadrones de la Guardia Custodia dirigían los bólters de sus lanzas guardianas por encima de los hombros de sus camaradas. Mezclados entre ellos, los Custodios Cataphractii con armaduras Exterminador apuntaban hacia adelante las boquillas de los cañones de sus lanzallamas Aquila. La formación no solo creaba un muro de escudos en su avance conquistador, también creaba un muro de fuego para hacer retroceder a los potenciales defensores.

Mientras avanzaba con su escuadra de mando a través del complejo del generatorium, Stentonox llevaba a su lado a Doloran para transmitir sus órdenes mientras que el sargento Memnon coordinaba el avance.

-¿Alguna novedad?- preguntó Stentonox. Le tomó un instante recordar las diferentes confirmaciones de los equipos de avanzada dispersos entre las cubiertas ocupadas.

-No hay contactos en el auspex- dijo Doloran. **-No hay avistamientos.**

Stentonox gruñó, no sabía sí eso era buena o mala señal. Demetrius Katafalque, enfrentado a la realidad de un asalto atmosférico y a la ocupación de la plataforma orbital, podría haber reconsiderado su anterior optimismo, aunque a Stentonox eso le parecía poco probable. Los Puños Imperiales eran expertos en la guerra de asedio, aún con tan poco tiempo, podrían haber preparado una estrategia defensiva. Además, Katafalque tenía a su

disposición, si así lo quería, a millones de inocentes trabajadores para interponerlos entre él y los Custodios. Con los pasillos y las secciones de ingeniería vacías, parecía que Katafalque no se había decidido por ninguna de aquellas opciones.

A medida que avanzaban, crecía la inquietud del Capitán del Escudo. Después de su explosiva entrada, el progreso sin obstáculos de los Custodios los había llevado a través de las silenciosas cubiertas hasta llegar casi a medio camino de su objetivo. Incluso si Katafalque hubiera hecho caso de su cortés advertencia y hubiera retirado a todo el mundo de las secciones exteriores, Stentonox esperaba haber encontrado algo de resistencia a estas alturas. A este ritmo, su misión sería completada en cuestión de minutos y la *Arcus* quedaría anclada en punto muerto.

La mente de Stentonox se aceleró. Esto no iba bien.

Stentonox pensó en Demetrius Katafalque, su situación no era más cómoda que la del propio Capitán del Escudo. El Capitán de los Puños Imperiales quería manchar sus guanteletes con sangre leal, tanto cómo él mismo. Al igual que el Capitán del Escudo, Katafalque reconocería el conflicto como una pesadilla diplomática, quizás, como Stentonox, también hubiera prohibido el uso de fuerza letal. Tomar la plataforma orbital con tales restricciones era bastante difícil. Cómo podría…

-Saludos del Capitán Katafalque, señor- dijo su sargento de armas, anunciándole la apertura de un nuevo canal de vox.

-Conéctanos- dijo Stentonox al entrar en la sección de ingeniería.

-Capitán del Escudo- la adusta voz del Puño Imperial resonó alrededor de la escuadra de mando de Stentonox.

-Le devuelvo la cortesía que tuvo conmigo- dijo Katafalque. **-Retire a sus hombres de la sección de ingeniería. ¡Ahora!**

-Demetrius, espere- contestó Stentonox, pero una ráfaga de estática, le indico que el Puño Imperial ya había cortado.

A medida que sus pasos blindados les acercaban a su objetivo, Stentonox trató de ponerse en la situación de Katafalque. ¿Cómo podría detener el avance de los Custodios sin derramamiento voluntario de sangre? Los pasos del Capitán del Escudo se ralentizaron. Su casco con visera fijó su atención en la cubierta.

-Sargento de armas…

-Sí, Capitán del Escu…

Las detonaciones se produjeron en el techo y el suelo. Posiblemente eran cargas sísmicas pertenecientes a los obreros contratados para las excavaciones del Constructor de Guerra, colocadas en el perímetro de la cubierta y las vigas estructurales del suelo.

El metal gimió. Las vigas se partieron. Hubo varias explosiones secundarias.

Seis pisos completos de la sección de ingeniería, a través de los que avanzaban los diferentes equipos de Custodios, simplemente se desprendieron y cayeron de la plataforma orbital.

El cronometraje fue perfecto. El peso muerto de vigas, cubiertas y maquinaria industrial las arrastró hacia abajo al instante. No hubo tiempo para dar órdenes. Se cortaron las comunicaciones.

A medida que la cubierta se derrumbaba y el techo combado caía a su encuentro, Stentonox lucho contra sus instintos y se dirigió hacia las explosiones. Dos pasos por el suelo que se caía le llevaron a saltar en el borde la cámara que se derrumbaba, el salto fue pesado y torpe, pero le dio al Capitán del Escudo el impulso necesario para elevarse. Arañando las paredes con sus guanteletes dorados, llego hasta una desigual cornisa que se mantenía entre los arrancados soportes estructurales.

Colgando de sus dedos, Stentonox miró hacia abajo. La masa de los restos se retorció y se desmoronó por secciones, que desaparecían del dañado casco de la placa. Algunos Custodios trepaban entre los restos con dificultad. Otros encontraron su salvación en los guantes extendidos de sus sujetos camaradas. Otros fueron cogidos de vuelta por los guerreros que formaban la retaguardia y aún no habían entrado en la sección de ingeniería. El resto cayó con los escombros, aferrándose a secciones metálicas y a maquinaria que caían a través de la parte inferior de la placa.

El brazo del Capitán del Escudo salió disparado para agarrar a un Custodio que caía agitándose desde la cubierta superior sin soltar su escudo. Stentonox lo cogió en el aire, los dedos de su guantelete se aferraron como un ancla entre las placas de la armadura del Custodio. Stentonox ajustó su precaria sujeción y lanzó al guerrero hasta un saliente en una cornisa.

Aquella situación le recordó el 'muro Espartic', la tortuosa escalada de una de las fortificaciones más desafiantes del Palacio. Muchos veteranos de su unidad habían sido obligados a pasar sobre esos obstáculos como parte de los rituales previos a los Juegos de Sangre. Stentonox esperaba que no

hubieran olvidado su formación.

-¿Su nombre?- dijo Stentonox al poner al guerrero en pie junto a él.

-Vega, señor.

El Custodio se quitó su casco con una mano y se quedó mirando la vertiginosa visión de Terra que se abría ante ellos. Era más bajo que la mayoría de los Custodios, pero era ancho de hombros y se le notaban hambriento de acción. Escupió su sorpresa y disgusto ante el vacío abierto bajo ellos.

Al igual que otros Custodios agarrados por el perímetro irregular de la cámara destrozada, Stentonox se lanzó hacia una sujeción más segura, seguido por Vega. El viento aullaba sobre ellos. Por debajo de la plataforma orbital, de hecho, kilómetros más abajo, el Capitán del Escudo podía contemplar el distante paisaje del Himalazia. Incluso a esta altura, podía distinguir los conurbatia que bordeaban las concéntricas paredes exteriores del Palacio Imperial.

Los restos de las cubiertas de la sección de ingeniería se desintegraron al caer, chocando contra la estructura de la columna por estribor, dispersando láminas gravitatorias, antenas y paletas suspensoras. Stentonox trató de imaginar el horror de las pobres almas que estaban en el suelo, bajo ellos, viendo la pesadilla que se desarrollaba sobre sus cabezas. También vio a sus dorados Custodios, mientras caían entre los escombros que precipitaban a tierra, sus capas de color carmesí azotadas violentamente por el viento a medida que se hacían más y más pequeños a sus ojos.

La inmensa energía ejercida por las unidades gravitatorias, creaba un poderoso flujo del campo gravitatorio, como un cono invertido bajo la *Arcus*. Chirriando y desafiando totalmente las leyes de la física, los restos de las cubiertas se elevaron hacia el exterior, dispersando la última de las diminutas figuras doradas hacia el exterior de la columna antes de comenzar una perezosa y apática caída a su alrededor. En lugar de caer directamente hasta la superficie y causar una devastación incalculable a nivel de suelo, los escombros comenzaron a orbitar la plataforma.

Era un giro inesperado de los acontecimientos, motivado por el diseño de la plataforma orbital, pero salvaría las vidas de los hombres de Stentonox, al menos por ahora.

Algunos de ellos estaban tratando de cambiar la trayectoria de sus caídas desviándose de la columna y retorcidos soportes. En lugar de caer gritando, se abrieron paso a través de nidos de antenas y de las paletas de la columna

gravitacional. El Capitán del Escudo estaba horrorizado por aquellos golpes a tal velocidad, el crujir y los desgarramientos de las armaduras mientras los Custodios trataban de frenar su caída contra los nidos de sensores de la columna. Uno de los catafractos voló, atravesando varias áreas técnicas, rozándose contra la columna, antes de poder agarrarse en la superestructura de la parte inferior.

Entonces Stentonox vio a Doloran, su sargento de armas se aferraba, como una voluminosa gárgola de bronce, a lo que quedaba de la destrozada cubierta, justo debajo de ellos.

-Transportes- gritó el Capitán del Escudo a través de su vox. **-Soy Stentonox. Custodios cayendo. Repito, Custodios cayendo. Hagan un seguimiento de las armaduras y las firmas caloríficas e intenten un rescate vectorizado. Aconsejo precaución, hay muchos restos en el aire.**

-Capitán del Escudo- respondió uno de los Custodios a bordo de uno de los transportes gravitacionales. **-Los campos producidos por la columna gravítica…**

Stentonox golpeó el metal de una sección de panel con su puño blindado. **-Maldita sea-** ladró. **-Intenten rescatarles sin poner en peligro los transportes de la Legión, ni a su personal.**

-Recibido.

Tras unos breves momentos, Stentonox vio a un enjambre de transportes desaparecer de su vista, sus cascos giraban mientras descendían utilizando la aceleración gravitatoria de sus propios motores.

-Custodios de la columna- llamó Stentonox a través del canal abierto, sin tener la menor idea de si podían oírlo o no. **-Están autorizados a desprenderse de su armadura, si les es necesario-** era un consejo bastante inútil, pero era el único que podía darles. Tal vez diera a los guerreros otra cosa en la que concentrarse que no fuera su inminente muerte. **-Les sugiero que lo hagan en caso de caída libre.**

Una ráfaga del bólter cortó súbitamente el frío aire ante el Capitán del Escudo. Al otro lado del vacío lleno de chirriante aire y antes ocupado por la sección de ingeniería, Marines Espaciales de los Puños Imperiales fueron tomando posiciones a cubierto en las esclusas y mamparos de cada una de las cubiertas que antes habían conducido a la demolida sección. Las chispas llovieron sobre Stentonox cuando otro río de fuego, procedente de disciplinadas ráfagas, impacto a su alrededor.

Stentonox menó la cabeza. Demetrius Katafalque era un frío bastardo. Incluso ahora, se deberían mantener los protocolos diplomáticos entre las Legiones Astartes y los Custodios del Emperador. Aferrados a las destrozadas paredes, Stentonox, su sargento de armas y los Custodios rescatados eran blancos demasiado fáciles, no suponían ningún desafío para la letalidad de los Puños Imperiales. El fuego en respuesta de las lanzas guardianas de los Custodios obligó a los hijos de Dorn a refugiarse en sus posiciones.

-La restricción sobre muertes sigue vigente- ordenó Stentonox a través del vox. En el extremo opuesto de la derruida sección, los Custodios cubiertos con sus escudos intentaban proporcionar cobertura a sus compañeros aferrados a los restos y a cubiertas destruidas.

-Pero Capitán…- comenzó a decir el sargento Memnon.

-Prioridades de batalla, sargento- contestó Stentonox. **-Sólo fuego de supresión. Esas son mis órdenes.**

-Podemos abrirnos camino alrededor de la sección volada.

-Negativo. Mantenga la posición- todos los Custodios eran conscientes de que los Puños Imperiales podían haber minado todas las cubiertas inferiores y reventar todo el fondo de la plataforma orbital. **-Sargento Doloran, Custodio Vega, síganme.**

Stentonox tomó impulso y saltó hacia abajo desde la destrozada cornisa, a través del aullante espacio vacío y de las ráfagas de disparos, para alcanzar los restos de la cubierta inferior y a su sargento de armas. Rápidamente fue seguido por Vega y los tres se abrieron camino a lo largo del irregular perímetro, balanceándose sobre algunas vigas destrozadas antes de poder poner sus botas sobre una cubierta sólida. Por encima de ellos, ardían los incendios, y el intercambio de fuego de los bólter atravesaba el aire, tamborileando en las destrozadas mamparas.

De repente, las luces de la esclusa de aire frente a ellos comenzaron a parpadear. Los Custodios se retiraron hacia los destrozados restos de la sección de ingeniería. La esclusa se abrió y toda una escuadra de los Puños Imperiales pasó a través de ella, el brillante amarillo de sus armaduras ya era en sí una llamada de desafío.

Los Custodios tomaron posiciones en la destrozada cubierta, dispuestos a ofrecer más fuego de cobertura, aparentemente ajenos a los intrusos que estaban entrando.

Surgiendo en medio de una erupción de hierros retorcidos y chispas, Vega

logró sorprender a los Marines Espaciales, desvió dos ráfagas de bólter con su escudo antes de golpear contra la pared a los dos guerreros más cercanos, tras desviar los cañones de sus armas.

Otro Puño se giró para encontrarse ya con los brazos del sargento sobre él. Un puño dorado rompió la placa frontal del Marine Espacial, enviándolo de nuevo hacia la esclusa. Tras librarse de su destrozado casco, el Puño Imperial intentó elevar su arma, pero Doloran ya tenía sus guantes aferrando el bólter y lo desvió inclinándose con todo el peso de su armadura de Exterminador. El sargento golpeó al Marine con su codo y estrelló su cráneo contra la pared del compartimiento.

De los dos restantes miembros de la escuadra, el más cercano se volvió para encontrarse a Stentonox detrás de él. La cara del Capitán del Escudo traicionaba su fría rabia. Una ráfaga de disparos impacto sobre el esculpido oro de su hombrera, pero Stentonox se apartó y golpeó al Marine Espacial contra el borde de la destrozada cubierta, justo donde se abría la caída al vacío.

Cargando de nuevo contra un guerrero que se había librado del escudo de Vega, Stentonox forcejeó con el último de los Marines Espaciales y descargó una pesada tormenta de furiosos golpes sobre el Puño Imperial. Stentonox escucho el crujir de los servos y como se fracturaba la armadura bajo sus implacables golpes.

-¿Listo?- rugió el Capitán del Escudo a Vega, que aún mantenía sujetos a los Marines Espaciales y sus bólter contra la pared.

-¡Sí señor!- el Custodio inclinó su escudo y corrió a lo largo de la pared como una pala empujando nieve, arrastrando a los tres Puños Imperiales y haciéndoles perder el equilibrio, hasta al aullante vacío. Mientras caían, Stentonox oyó las inútiles ráfagas de bólter que se estrellaban contra la cubierta inferior.

El Capitán del Escudo se volvió. Doloran estaba en pie con el cuerpo inconsciente de su oponente colgando inerte de su brazo. Stentonox asintió y el sargento de armas lanzó al Puño Imperial al vacío tras sus hermanos.

-Capitán del Escudo- sonó el vox. Era uno de los transportes gravitatorios.

-Informe.

-No podemos llegar a los Custodios en la columna del motor, ni mantenernos estacionarios bajo ella. La interferencia gravitatoria inversa es demasiado fuerte.

-Maldita Sea- murmuró Stentonox. Había sido una posibilidad muy remota. Interceptarles flotando en el aire no sería posible sin enviar a los transportes a una caída libre sin control. El Capitán del Escudo se asomó por el desigual borde y vio estrellarse a los Puños Imperiales contra la superestructura repleta de paletas y antenas, su único consuelo era el que los hombres de Katafalque compartirían la misma suerte que los suyos.

Una segunda escuadra de Puños Imperiales surgió de la esclusa de aire con las armas preparadas, exigiendo su rendición. Vega y el sargento de armas se movieron para enfrentarse a ellos. Algo se había desatado en los dos, incluso sin sus anchas hojas y bólters, estaban dispuestos para la batalla. Preparados para librarse de los Marines Espaciales de la cubierta con sus propias manos.

-No- dijo Stentonox. **-Retírense.**

La orden fue dada con voz tranquila, pero con seguridad, y fue obedecida. Cuando los Puños Imperiales rodearon a los Custodios, gritando órdenes y golpeándoles con el cañón de sus armas, el vox de Stentonox sonó de nuevo.

-¿Cuáles son sus órdenes, Capitán del Escudo?

-Esperen órdenes- dijo Stentonox por el vox, mientras levantaba sus guantes en señal de rendición, con Vega y Doloran siguiendo su ejemplo. **-El juego no ha terminado. Sólo he introducido algunas piezas nuevas en el tablero.**

Con escaso respeto, diplomacia o ceremonia, los Puños Imperiales ataron las manos de los Custodios y les introdujeron en un cercano ascensor de carga.

Stentonox sintió el tirón de la ascensión mientras se elevaban rápidamente a través de las atestadas cubiertas de la plataforma orbital. A medida que pasaban los segundos, el Capitán del Escudo pensaba en su Custodios, dando vueltas y chocando en su camino hacia la parte exterior de la colosal columna gravítica, sabía que mantendrían altas sus cabezas, desprendiéndose de sus armaduras y usando sus capas para intentar aferrarse a algún elemento arquitectónico.

Sin embargo, también sabía que no había forma de que volvieran a las cubiertas inferiores de la plataforma, sólo era cuestión de tiempo el que se quedasen sin asideros.

Al echar a los Puños Imperiales por la borda, el Capitán del Escudo los había condenado a sufrir la misma suerte.

Las puertas del ascensor se abrieron con un estremecimiento y los Marines

Espaciales les sacaron a empujones a la cubierta de mando de la plataforma orbital. Stentonox, Vega y Doloran marcharon entre las filas de consolas y puestos de servidores con los bólters apuntando a su espalda hasta el centro de la enorme cámara. Los escudos de vacío retumbaban, permitiendo que se viera una fina franja del cielo y que penetrara el esplendor del sol terrano, convirtiendo a los lacayos mercantiles, personal de cubierta y funcionarios de los conglomerados mineros Danakil presente, en simples siluetas.

De la resplandeciente luz surgió dando grandes zancadas un oficial de los Puños Imperiales, sus ojos eran sombríos, su mandíbula tensa y llevaba su corto pelo blanco formado una corona tonsurada. Estaba flanqueado por dos campeones legionarios, que mantenían a Stentonox y a sus hombres en el firme punto de mira de sus ornamentados bólters.

-Katafalque…- comenzó a decir Stentonox, mientras el Capitán del Escudo era obligado a arrodillarse ante sus captores.

-¿Qué demonios se cree que está haciendo?- exigió Demetrius Katafalque.

-Katafalque, escúcheme.

-¡No! ¿Tiene alguna idea de lo que ha hecho? Ahora, en estos tiempos de traiciones y de guerra.

-No me sermonee, legionario- escupió Stentonox. **-¿Cree que, porque haya utilizado el implacable suelo de Terra como arma en lugar del disparo de un bólter, no ha asesinado a mis hombres, los Custodios del mismísimo Emperador? ¿Qué oscura diplomacia es esa, Puño?**

-Pagara por lo que ha hecho- se burló Katafalque.

-Hice lo que tenía que hacer- explotó Stentonox. **-Lo que usted me obligó a hacer y lo volvería a hacer nuevamente. Ambos pagaremos por su obstinada negativa a verlo. Usted no tiene ninguna autoridad para estar aquí.**

-Rogal Dorn…

-La palabra de Rogal Dorn puede ser ley en cualquier otro lugar de la galaxia- dijo Stentonox, **-Pero aquí, en y sobre el Palacio Imperial, todos respondemos ante una autoridad superior.**

-Mi Primarca sólo busca proteger la sede de dicha autoridad- contestó Katafalque.

-Y al hacerlo, la pone en peligro.

-Esa es su opinión, pero tenemos autorización oficial.

-No, no la tiene- dijo el Capitán del Escudo. **-A pesar de que, sin duda, la obtendrá. El Constructor de Guerra tendrá su mano de obra y el Palacio será fortificado aún más… pero no hoy, Demetrius. Hoy no. Entiendo tus deseos. Los comparto. Pero se han cometido terribles errores en nombre de lo conveniente y mi deber es proteger al Emperador de las consecuencias de esos errores.**

-Comprobare nuevamente las órdenes de mi Primarca- aseguró Katafalque al Capitán del Escudo.

-Solo escúcheme- dijo Stentonox, tan próximo a implorar como su orgullo le permitía. **-Mis hombres, también sus hombres, están aferrándose desesperadamente y cayendo poco a poco por la columna gravitatoria. Cuando lleguen al final de la misma, caerán hacia una muerte segura. No tenemos tiempo para esto. Dé la orden. Activé el ancla gravitatoria. Detenga la plataforma orbital y al hacerlo, salve a nuestros hombres.**

Katafalque se quedó mirando al Capitán del Escudo, su cara mostraba odio y repugnancia.

-Active el ancla, Demetrius. Y serán llevados de forma segura hasta el suelo.

-No lo haré- dijo finalmente Katafalque. -**No voy a ser un rehén de sus juegos, ni de la lógica perversa y los engaños de la Legio Custodes, con todos sus disfraces y engaños. Algunos dicen que es sabio jugar a ser el enemigo y aprender de un conflicto simulado, pero todo lo que veo es una fuerza en guerra consigo misma.**

-¡No necesito que las Legiones Astartes me sermoneen sobre eso!- Stentonox contuvo su indignación. -**Tu obstinación es la inflexibilidad de tu señor Dorn.**

-Tal vez sea un defecto- admitió Katafalque. -**Mis hombres morirán por él y sus hombres por el suyo. Pregúntese esto, Capitán del Escudo, ¿cuánto más va a agravar este fracaso? La Arcus va al Palacio. Esas son las ordenes de mi Primarca.**

Stentonox suspiró**. -Demetrius, por la sangre del Emperador que corre por sus venas y por la de sus hombres a punto de morir, por favor… Activé el ancla.**

Demetrius Katafalque se inclinó hacia el arrodillado Capitán del Escudo. **-No, Custodio-** susurró. **-No lo haré.**

Stentonox dejó que cayera su cabeza. No había nada más que él pudiera hacer.

Hubo una repentina conmoción en la cubierta de mando. Un servidor pasó un comunicado urgente a un operador de bajo nivel, que a su vez se lo pasó a uno de los oficiales del puente.

-Mi señor- gritó el hombre a Katafalque a través de la cubierta de operaciones. **-El ancla gravitatoria, está comprometida.**

La sorpresa, seguida por la ira, nubló el enfadado rostro de Katafalque. No hubo ningún signo de exclamación. No manifestó confusión. Ni rabia. Simplemente miró a Stentonox con la mirada llena de ese odio y desconfianza.

-Quiero una confirmación- dijo.

Bajando el cañón de su ornamentado bólter hecho a mano y poniendo uno de sus dedos blindados a un lado de su casco, uno de sus campeones envió la consulta. **-Nuestros hermanos lo confirman-** informó. -**El ancla ha iniciado la reversión gravitatoria.**

-¿Cuánto tiempo?- preguntó Katafalque sin apartar los ojos del Capitán del Escudo.

-Dos horas, mi señor- le informó el oficial de cubierta a modo de disculpa. -**Dos horas para que la columna complete su ciclo y nosotros podamos desactivar el ancla.**

Katafalque asintió lentamente para sí mismo. Stentonox lo miró.

Los dos se observaron un momento en un sombrío silencio. **-¿Nuestros hermanos Puños y los Custodios?**

-Atrapados en el pozo de gravedad- confirmó el oficial de cubierta. **-Junto con algunos escombros y restos sueltos de la cubierta inferior.**

-Esto no le va a ayudar- susurró Katafalque a Stentonox.

Sin embargo, el Custodio estaba perdido en sus pensamientos. Sus hombres no podrían haber sido responsables de tal acción, pero no estaba dispuesto a decírselo al Capitán.

Las alarmas sonaron por toda la cubierta de mando.

-¿Qué pasa ahora?- exigió Katafalque. Su otro campeón cruzó la cubierta y paso a través de una pequeña multitud de sirvientes hacia la consola del sensorium.

-Cañoneras, aproximándose- informó el Puño Imperial. -**Designación Lunar. La Hermandad del Silencio, Capitán. Están realizando una aproximación atmosférica.**

Los labios de Katafalque se abrieron con un gruñido. **-Tráeme un enlace vox.**

-**No es necesario, estamos recibiendo una transmisión hololítica, mi señor-** anunció el oficial de cubierta.

-Páselo a los proyectores- ordenó Katafalque. -Vamos a escuchar que tienen que decir nuestras hermanas sobre todo este gran asunto.

Una vez fijada la señal, apareció ante ellos la espectral representación de la figura brumosa de una mujer. Stentonox vio de inmediato que se trataba de Duesstra Edelstyne, Hermana Comandante de la Guardia Raptor y confidente de la tranquilidad de Lady Krole, la primera en alertar al Maestro de la Guardia sobre la amenaza de la plataforma orbital. La novicia glosadora estaba junto a la fantasmal señora.

-Capitán Katafalque- tradujo. **-¿Conoce usted a quien le habla?**

-La conozco, mi señora- respondió Katafalque. **-Hemos colaborados muchas veces durante las fortificaciones de Palacio. Tiene usted el mayor de mis respetos, Hermana Comandante, pero no creo que eso la permita interferir en asuntos que ya son suficientemente confusos y desafortunados.**

-Escúcheme, Capitán. Voy a evitar que vaya más lejos en su desastroso empeño. Ha llegado a mi conocimiento cierta información referente a los obreros contratados a bordo de la Arcus. Los registros muestran que los 'Conglomerados Mineros Danakil' le aseguraron a usted que todos y cada uno de los trabajadores habían cumplido con todas las exigencias de seguridad.

-Teniendo en regla todos los perfiles isométricos, genéticos y otros.

-Eso es correcto.

-Tengo cierto miedo en informarle, Capitán- continuó traduciendo la

glosadora **-que el Palacio ha sido puesto en alerta máxima. Actualmente se encuentra en situación Xanthus y lo seguirá estando mientras la plataforma orbital siga aproximándose al Palacio. La alerta Xanthus requiere un mayor control de los perfiles isométricos. Los perfiles proporcionados por los Conglomerados Danakil no se extienden hacia los controles psíquicos y a las mutaciones genéticas asociadas. La Hermandad sospecha que la mano de obra contratada podía albergar psíquicos no autorizados o personal con brotes de genes brujos.**

Demetrius Katafalque pasó su punzante mirada del hololíto a Stentonox. Edelstyne cogió un documento redactado en un pergamino y lo sostuvo en alto.

-En virtud del artículo seis al catorce de la Proclamación Vondraburg, estoy autorizada a incautar la Arcus y toda la mano de obra contratada, para su procesamiento e interrogatorio en las instalaciones de la Escolástica Psykana, en lo alto de la colmena Illium.

-¿Habla en serio?- dijo Katafalque mirando alternativamente a Stentonox y a Edelstyne.

-Siempre, Capitán- le aseguró la glosadora novicia. **-Estos son asuntos serios. Tan graves, de hecho, que la 'ciudadela Somnus' ha enviado un mensaje a Rogal Dorn. Él aún no ha respondido, pero lo hará. Él querrá evitar la vergüenza de que su Legión pase de contrabando a psíquicos no autorizados a través de los controles de seguridad, incluyendo sus propias medidas de seguridad y las del mismísimo Palacio Imperial. ¿Qué piensa usted de todo esto, Capitán Katafalque?**

Durante unos momentos el Capitán no dijo nada, finalmente asintió. -**Sí, Lord Dorn querría evitar ese tipo de complicaciones. Es una suerte que se hayan tomado tanto interés en nuestro pequeño malentendido.**

-Muchas organizaciones se enorgullecen de ser la mano derecha del Emperador, Capitán. No todas pueden serlo. A veces, es difícil que una mano sepa lo que hace la otra.

-Cierto- dijo Katafalque apretando los dientes. **-Los Puños Imperiales serán los firmes centinelas de la mano de obra contratada y vigilaremos la Arcus hasta que lleguemos a sus instalaciones en Illium.**

-Proporcionaremos a la plataforma orbital una doble custodia, Capitán- le informó Edelstyne a través de su glosadora. **-Por favor, despeje sus hangares para las cañoneras y los transportes de la Guardia Raptor. Edelstyne fuera.**

Tanto la comandante como su novicia, se disiparon en una neblina de estática.

La cubierta de mando quedo en silencio.

-Liberadlos- ordenó Katafalque. **-Ordenad a las otras escuadras que se retiren.**

Stentonox y sus Custodios se pusieron en pie tras haber sido liberados de sus ataduras por los Puños Imperiales. **-Sargento de armas, diga a nuestros hombres que retrocedan-** ordenó Stentonox.

-Vega, diríjase hacia las cubiertas de ingeniería y mantenimiento. Va a conducir los esfuerzos para rescatar a nuestros hombres de la columna. Informe al Capitán General Valdor que volveremos en los transportes- lanzó a Katafalque una cruel mirada. **-La acción ha sido procesada y se ha llegado a una conclusión satisfactoria para ambos contingentes. Dígale… Dígale que no se han producido bajas significativas en ningún bando.**

Mientras el Capitán del Escudo se volvía para irse, Katafalque lo agarró por el brazo. Stentonox se tensó.

-Quiero que sepa- le dijo Katafalque. -**Que independientemente de sus verdades oficiosas o de sus convenientes mentiras, que hoy, aquí, ha actuado de manera inapropiada. La Legio Custodes y la Hermandad del Silencio se ponen a sí mismos entre el Emperador y sus enemigos. Le garantizó que llegara el día en el que usted deseara que el muro que hay entre el Emperador y sus enemigos sea mucho más alto y más grueso de lo que es. Cuando llegue ese día, entenderá lo inútil y lo imprudente que ha sido todo esto.**

Sin mirar a Katafalque, Stentonox se apartó y se dirigió hacia el ascensor, dejando la *Arcus* a los Puños Imperiales.



TRES

Era tarde. Los braseros de incienso brillaban por los pasillos abovedados y los salones del Palacio Imperial. Normalmente, el Maestro de la Guardia estaría interrogando a los centinelas de seguridad, para que el Capitán del siguiente turno pudiera ser informado de todos los detalles de importancia y hubiera una continuidad. Dado que el Palacio aún se encontraba en situación Xanthus, Enobar Stentonox se encontraba informando al propio Custodio Jefe.

Mientras hablaban caminaban por las arcadas de la Segunda Sala, el estado de alarma también requería que se doblara la Guardia Ares para el Capitán General y un Custodio centinela acompañaba al Maestro de la Guardia en sus funciones, tal como dictaba el protocolo. Los Custodios se acercaron a la barbacana concéntrica, marcando su paso desde el exterior a las regiones interiores del Palacio.

Para los dos había sido un largo día. Más allá del incidente de la plataforma orbital, Stentonox había pasado el resto de su guardia intentando ponerse al día con el calendario. Había fracasado miserablemente. Al día siguiente, él pasaría una colosal lista de asuntos pendientes al siguiente Maestro de la Guardia, al igual que su predecesor había hecho con él.

Constantin Valdor había ordenado retirar la línea de bloqueo frente a la *Arcus*, mientras esta era alejada de las cercanías de Palacio para embarcarse en una completa inspección, teniendo así la oportunidad de revisar todas las minucias de la seguridad del Emperador en una genuina alerta Xanthus. Esto le llevo a una sesión de emergencia del 'Caucum Aegis', una asamblea estratégica de los veteranos de la guardia que aconsejaban al Capitán General en materia de seguridad. La llegada de la plataforma orbital y la pesadilla diplomática que había desatado, requería una profunda revisión. Había sido una sorpresa, por tanto, se manifestó como diez veces más peligrosa que una amenaza apercibida.

Era exactamente la clase de peligro para los que los Juegos de Sangre no podían prepararlos. Incluso la validez futura de dichos juegos había quedado cuestionada.

Después del Caucum Aegis, el Custodio Jefe se había reunido con el propio Sigilita, saliendo de la reunión sombrío y retraído.

-Así que la plataforma orbital ha sido despejada finalmente del espacio aéreo de Palacio- preguntó Valdor.

-Sí, señor- dijo Stentonox. **-Va camino de Illium, si el Emperador quiere, con el Capitán Katafalque aún a bordo.**

-Es un terco bastardo sin el menor sentido del humor- suspiró Valdor. **-No se diferencia en nada a Dorn. Dicho esto, no hay otro en las Legiones Astartes que hubiera preferido para reforzar nuestras murallas.**

Stentonox se vio obligado a estar de acuerdo.

El Capitán del Escudo estaba perdido entre sus pensamientos. La acción de la *Arcus* ya había quedado atrás, pero Stentonox tenía dificultades para relajarse. No era sólo porque el Palacio aún continuara en estado de alerta, había algo que rondaba por el fondo de su mente, una persistente sensación de había perdido u olvidado algo importante. Algo que no quería dejar sin vigilar para que el siguiente Maestro de la Guardia pudiera hacer frente a…

Dejó que su mirada vagara más allá de Constantin Valdor y de la gloriosa armadura dorada de su Guardia Ares. Miro a los Exterminadores situados en la puerta de seguridad concéntrica y al guardia que le había sido asignado como Maestro de la Guardia. Su mirada fue hasta el rango y los testimonios del Custodio. Caballero de a pie, Vega Eritreus, 'Sengral Obispum'.

-¿Capitán del Escudo?- dijo Valdor.

Vega.

Había algo en la forma en la que el Custodio se movía, como había entrado, firme y orgulloso, con su lanza guardiana frente a él.

-Capitán del Escudo- presiono Valdor. **-¿Hay algo más?**

-Sólo un pequeño asunto pendiente, señor- respondió Stentonox.

El Capitán del Escudo se giró sobre sus talones blindados. Se dirigió hacia el Custodio que lo había escoltado hasta la arcada, pero de repente, la lanza guardiana estuvo entre ellos. Stentonox la agarró por el mango y comenzó a luchar por el control del arma, lo que provocó que la Guardia Ares del Custodio Jefe rodeara a su señor en una perfecta formación defensiva.

Stentonox metió su pulgar en la caja de eyección del bólter de la lanza y empujo hacia abajo hasta que el cargador cayó ruidosamente al suelo

mientras él y el Custodio giraban forcejeando entre ellos a través de la arcada. Vega lanzó un fuerte empujón hacia adelante con su lanza guardiana, que impacto bruscamente contra la cara de Stentonox.

A medida que el Capitán del Escudo caía contra la pared, la Guardia Ares preparó sus armas contra el Custodio. **-Alto el fuego-** logró decir Stentonox, pero Vega se fue a por ellos, lanzando su lanza guardia como si fuera una simple jabalina. El Capitán del Escudo trato de agarrar al Custodio, pero fue levantado a la velocidad del rayo.

Vega utilizó al Capitán del Escudo como contrapeso para luego impulsar a Stentonox directamente contra la formación de la guardia Ares. El Custodio le siguió, arrebatando una espada corta de la vaina de uno de los veteranos guerreros. El dueño de la hoja pagó por su pérdida, Vega la clavó en la espalda del guerrero, para después sacarla y parar los golpes de lanza de los demás.

Stentonox se levantó entre el Custodio y el Guardia Ares más cercano. Agarró el brazo armado de Vega, clavando su hombro en el pecho blindado de su oponente. Dirigiendo su codo hacia abajo, Stentonox golpeó la muñeca que aferraba la espada. Cuando la hoja cayó al empedrado suelo, el Capitán del Escudo se giró para detener al Custodio, pero fue recibido por un cabezazo blindado en plena cara.

Tras esquivar el barrido de la hoja de una lanza guardiana, el Custodio arrebató el arma de las manos de su dueño, desarmándolo lo lanzó contra la pared con una grieta en su dorada armadura. Finalmente, Vega se encontró cara a cara con su verdadero objetivo, Constantin Valdor.

El Capitán General de la Legio Custodes no había estado observando todo el caos que se desarrollaba a su alrededor como un simple observador, esperando que sus Custodios le defendieran, estaba preparado. Estaba listo. Los movimientos de su atacante eran confusos pero llenos de confianza, Vega apenas había recuperado el equilibrio cuando el gran puño del Custodio Jefe le impactó de pleno en la placa frontal del casco.

El Custodio fue lanzado hacia atrás por la fuerza del golpe. Rodó por él suelo, sus rodillas pasaron sobre sus hombros por la fuerza del impacto. Finalmente, se quedó sobre sus rodillas mientras su casco y su cabeza, aún temblaban por el brutal puñetazo.

Un grupo de centinelas llegó desde la puerta concéntrica y apuntaron con los cañones de sus incineradores al Custodio arrodillado, mientras que la Guardia Ares volvía a rodear al Custodio Jefe. Stentonox estaba junto a los heridos, limpiando la sangre su destrozada nariz.

-Basta ya- dijo el Capitán del Escudo a Vega **-o les ordenare abrir fuego.**

El Custodio logró ponerse en pie mientras se tambaleaba, mirando hacia los Exterminadores que tenía detrás y a la puerta concéntrica que se dirigía a la zona interna del Palacio, luego se giró para enfrentarse a Stentonox y al Custodio Jefe. Se relajó y asintió en señal de rendición.

-Informen a la enfermería- dijo Stentonox a los miembros de la Guardia Ares heridos, mientras los enviaba hacia ella.

-¿Capitán Stentonox?- preguntó Valdor.

El Capitán del Escudo se volvió y adoptó un tono formal. Vega se cuadró.

-Capitán General, ¿puedo presentarle al Custodio Belisarius?- dijo Stentonox. **-El último participante del actual ciclo de los 'Juegos de Sangre'.**

El cansado rostro de Constantin Valdor se iluminó con una sombría sonrisa de reconocimiento. El Custodio se quitó el destrozado casco, revelando la cara de un Custodio joven y ambicioso.

-Impresionante.

-Esto no es ni la mitad, señor- dijo Stentonox. **-He deducido que el Custodio Belisarius también estaba hoy a bordo de la plataforma orbital, esperando entrar en Palacio como uno de los obreros contratados.**

Stentonox miró al joven Custodio, quien asintió lentamente con la cabeza.

Valdor también asintió. -**Apuesto a que hubiera tenido éxito.**

-Tal vez- respondió el Capitán del Escudo. **-En cambio, dirigió su talento… hacia el sabotaje diplomático, activó el ancla gravitatoria de la plataforma orbital, con el consiguiente ahorro de vidas de la Legio Custodes y de las Legiones Astartes. También logró alertar secretamente a la Hermandad del Silencio, avisándolas de nuestro estancamiento, ahorrando aún más vidas.**

-¿Sabía usted todo esto en aquellos momentos?- preguntó Valdor.

-No, señor, desgraciadamente no lo sabía- admitió Stentonox. **-El Custodio Belisarius no quería comprometer su rendimiento en los juegos.**

-Lamentablemente, me di cuenta de todo esto hace sólo unos momentos. Belisarius debe haberse camuflado llevando la armadura de uno de los nuestros, el Custodio Vega. Tenía la intención de infiltrarse en las defensas

del Palacio como… bueno, como uno más de la Legio Custodes, señor. Me temó que abusó de su suerte cuando se asignó a sí mismo como mi escolta, con la esperanza de lograr el acceso al Palacio interior- Stentonox se llevó el dedo índice y el pulgar de su guante hacia su, ahora, torcida nariz. **-Casi huele a arrogancia.**

-Y casi funcionó- concluyó Valdor.

-Efectivamente, señor- dijo el Capitán del Escudo. **-Me parece que el Custodio Belisarius estaba tratando de marcarse un tanto. Al llegar tan cerca de usted, se convirtió claramente en un objetivo. Creo que sería sabio aprender algo de esto. El hecho de ser el General de los protectores del Emperador y jefe de la seguridad de Palacio, le convierte en un claro objetivo para nuestros enemigos.**

-Todos lo somos- dijo Valdor. **-Todos los que se interponen entre Horus y el Emperador.**

-Señor.

El Custodio Jefe miro fijamente a ambos durante un largo momento. -Sin embargo, ya hablaremos de esto más tarde. Hablaremos de lo que puede hacerse.

Había sido un largo día. Stentonox había llevado sobre sí el deber de la seguridad del Palacio durante veinticuatro horas y se sentía completamente agotado. Exhausto, incluso. Le resultaba difícil de imaginar la fuerza necesaria para llevar sobre sí una carga tan pesada todos y cada uno de los días.

Abriéndose un hueco entre su Guardia Ares, mientras caminaba hacia la puerta concéntrica, Constantin Valdor se volvió hacia el maltratado Stentonox y a Belisarius. **-Sepan esto, duermo mejor sabiendo que hay Custodios como ustedes en nuestras filas. Por ahora, vamos a disfrutar de un descanso bien merecido. Cuando el enemigo llegue a nuestras puertas, habrá poco tiempo para tales lujos.**

FIN

EL FENICIO

(The Phoenician)

NICK KYME
TRADUCCION
CORRECCIÓN ICEMAN



Me estoy muriendo. Mi pantalla retinal parpadea, me dice que mi cibernética está funcionando, pero no puedo moverme. Sin carne para impulsarla, el hierro no significa nada. Sin un motor para impulsarlo, ¿para qué sirve una máquina? A pesar de su fortaleza y ostensible capacidad de recuperación, ahora descubro que el hierro es tan débil como la carne. Es irónico que sólo ahora me llegue esta revelación.

Julius se aleja de mí, ese arrogante perro sarnoso. Me toma un momento darme cuenta de por qué él está al revés y veo sus talones blindados desapareciendo en la distancia. Mi armadura táctica Dreadnought ha fallado.

Estoy de espaldas, tratando de sujetar mis entrañas.

No estoy solo.

Los muertos están por todas partes, sus filas hinchándose a cada segundo que pasa. Morlocks de un negro funerario me rodean. Veo fragmentos de iconografía, entre salpicones de sangre. Sus heridas son frescas, pero su legado y las heridas contra esta Legión, permanecerán durante mucho tiempo después de que esta batalla haya terminado. Sin embargo, no veré su fin. No siento remordimiento ni tristeza, en cambio la idea me llena de ira, un pozo negro de odio en el que poco a poco voy cayendo.

(Los *Morlocks* eran veteranos que servían en armadura de Exterminador como Guardia de Honor personal de Ferrus Magnus, así como la Guardia del Fenix era la Guardia de Honor de Fulgrim. A su vez, el termino Morlock proviene de la novela de H. G. Wells la Máquina del tiempo, los morlocks viven en viviendas subterráneas manejando máquinas, son seres bestiales que atacan esporádicamente a los pacíficos e ingenuos humanos que viven en la superficie, los Eloi, de los que se alimentan, nt)

Mi cabeza se doblega a un lado y veo un rostro que reconozco. Digo en tono áspero un nombre.

-Desaan...

Él no contesta. Mi hermano ya se ha ido.

Trato de suprimir la sensación de fatalismo que se apodera de mi mente, al igual que el del frío de la muerte que comienza a apoderarse de mi cuerpo.

Quiero creer que todo esto puede terminar en victoria, que no hemos sido simplemente deshechos por una mentira.

Entonces lo veo, emergiendo a través de una nube de humo, rielando en la bruma de calor de un millar de incendios y a la figura a la que se enfrenta. La muerte está cerca, sus manos rodean mi garganta, cavando a través de mis entrañas con ansiosas garras. Desde el abdomen hasta el cuello, el dolor compite con cualquier cosa que haya sentido antes... Pero tengo que aguantar. Tengo que ver esto.

La oscuridad se agazapa en el borde de mi visión. Estoy contento con dejarla así, mientras pueda permanecer consciente.

Dos hermanos se enfrentan entre sí en medio de un océano de guerra, con el chapoteo de los muertos a sus pies.

Uno de ellos es duro, sus ojos son como charcos de mercurio, el pelo cortado cerca del cuero cabelludo. Frío e inflexible, su rostro es tan escarpado y duro como un acantilado Medusiano. Negro como el carbón, con los brazos de un plata perlado, es la fuerza física personificada clamando una venganza recién forjada.

Ferrus Manus, la Gorgona. Mi padre.

El otro es esbelto, incluso en su armadura púrpura y oro. Su semblante sin el yelmo es bello, el epítome de la perfección física, largas rachas de pelo blanco se descuelgan de su cabeza como destellos de fuego. Él tiene el arma de mi padre, el gran martillo ‘Rompeforjas’ (Forgebreaker, del original, nt). A medida que se sube a un espolón de roca, este pavo real vanidoso pero mortal, sigue pavoneándose con arrogantes movimientos.

Fulgrim, el Fenicio. El hermano de mi padre.

Ferrus Manus lo matará por esta afrenta. Camina hacia el espolón con un propósito, atraviesa el baldío terreno mientras los muertos permanecen bajo sus pies, él empuña ‘Filo de Fuego’ (Fireblade, del original, nt). Arde como su ira, con justicia.

La sonrisa de Fulgrim permanece. Sus brazos están abiertos como para abrazar a la Gorgona. En realidad, es un desafío burlón. A continuación, mis Hermanos, los pocos supervivientes del clan Avernii chocan con la Guardia

del Fenix. Las Garras Relámpago se miden con las Alabardas, el número de muertos entre los Morlocks e Hijos del Emperador se eleva.

Me desmayo por unos segundos. Mis ojos están ahora ensangrentados, soy testigo del resto de la batalla a través de un filtro de color carmesí que mis lentes retínales no pueden corregir.

Rompeforjas parece pesada, un arma demasiado noble para las innobles manos de Fulgrim, pero lo maneja con destreza y recuerdo su increíble destreza.

Mi padre esgrime acusadoras palabras, pero mi audición se está desvaneciendo y no logro atrapar las palabras. Sus dientes están al descubierto en una mueca depredadora. Los de Fulgrim también, pero solo para revelar la sonrisa de un mentiroso.

De la desesperación viene la furia. Ferrus Manus alcanza el espolón y a su hermano sobre él.

Mi padre es un luchador, gran fuerza bruta e innegable poder, pero la técnica de Fulgrim es como la coreografía de un bailarín. Incluso con Rompeforjas, es rápido y preciso. Él hace llover los golpes contra la defensa de mi padre, golpeando hacia abajo una y otra vez. Ferrus Manus no será doblegado. La cólera lo alimenta y Fulgrim siente ese calor. Su sonrisa vacila, dando la bienvenida a un ceño fruncido de incertidumbre.

Me estoy debilitando, mi cuerpo se está apagando. Mi mente se aferra a la madeja más fina. Tengo que ver esto. Necesito saberlo...

Dan vueltas, dos semi-dioses rodeados por los últimos de mis parientes muertos. La hombrera de mi padre queda abollada por un golpe de refilón. El golpe de respuesta es rápido, a dos manos, deja una fracción de fuego en la placa pectoral del Fenicio. La Gorgona retrocede, el mango de Rompeforjas se estrella contra su nariz de boxeador. Él responde con un tajo descendente que Fulgrim esquiva, el siguiente ataque produce un corte en la mejilla del Primarca y este gruñe. Él empuja hacia afuera con el martillo, un golpe rápido que vacía de aire los pulmones de mi padre y lo deja sin aliento. Un corte transversal desesperado mantiene a Fulgrim con el brazo extendido mientras salta hacia atrás para evitar la picadura de Filo de Fuego. Con una mano, Fulgrim hace bucles con el martillo, girándolo en busca del golpe asesino, pero Ferrus Manus lo bloquea. Cascadas de chispas y rayos crepitan al chocar las dos armas.

Oigo el trueno, e imagino el temblor de la tierra, muy en contra de la furia de

este duelo.

Por un momento están trabados, hermano contra hermano, Filo de Fuego se desliza sobre el mango de Rompeforjas.

Con un rugido, Ferrus Manus empuja a Fulgrim hacia atrás, pero el Fenicio reacciona rápidamente. Él gira lejos del empujón dirigido a su pecho y conecta un golpe contra la mandíbula expuesta de la Gorgona. Mi padre se encoge de hombros y realiza un corte hacia abajo por el flanco de Fulgrim. Es difícil decirlo con certeza, mi visión está empezando a desdibujarse y el dolor ha disminuido a un dolor sordo que pronto se convertirá en un interminable frío, pero juro que el Fenicio exhaló un gemido de placer por esa última herida.

Ciertamente, es ahora un ser depravado.

Una risa burlona estalla en Fulgrim, su arrogancia no tiene límites, incluso ante un rostro incandescente de odio. Salvajemente, mi padre arremete y rasga el protector del hombro de la armadura, otrora prístina de Fulgrim. Si pudiera hacer con un puño la señal del triunfo, la haría. Con recobrado impulso, la Gorgona gira dentro de la guardia del Fenicio y empuja a Filo de Fuego.

Mis ojos se abren a la espera de la victoria...

Pero Fulgrim responde, más rápido de lo que cualquier guerrero tiene derecho a hacerlo, desvía el golpe a un lado antes de elaborar uno de los suyos que golpea el cráneo de mi padre.

La angustia se eleva con la sangre en mi garganta, pero no me atrevo a mirar hacia otro lado. No podría, aunque quisiera hacerlo.

Ferrus Manus se tambalea y cae sobre una rodilla, pero se le ve decidido. La sangre está fluyendo de su cabeza, lo empapa en un sudario rojo. Apretando los dientes, encuentra una brecha en la guardia y un corte profundo aparece sobre el torso, de otra manera impecable, del Fenicio.

Fulgrim cae de nuevo, Rompeforjas ya no está en sus manos, él aferra su propio cuerpo. Sobre sus rodillas, se miran el uno al otro, pero me llama la atención la evidente melancolía del Fenicio. Sospecho que su lucidez ya ha huido, porque observando a Fulgrim veo en su mirada autentica tristeza. La tristeza deja paso a la aceptación, cuando Ferrus Manus se pone en pie.

Filo de Fuego cuelga en el aire como un cometa helado, en llamas.

Estoy a punto de comprometerme con el final del deber. La muerte ha demorado su mano permitiéndome ver esto y le estoy agradecido por ello.

Pero el golpe fatal no llega. Parpadeo y me pregunto si me he perdido algún momento crucial.

Una hoja de plata destella en el puño de Fulgrim. Detiene a Filo de Fuego a mitad del arco de descenso, pero la espada ardiente sigue descendiendo de todos modos.

Un severo destello de luz hiere mis ojos, pero ya no tengo fuerzas para mirar hacia otro lado. Un aura, oscura y sobrenatural, ha envuelto a ambos Primarcas. Veo a Fulgrim en pie y mi padre sobre sus rodillas, su armadura abierta como si se tratara de un pergamino rasgado.

Quiero gritar, enfurecido por tremenda injusticia. El destino ha sido frustrado. Cercano ya a la muerte, lo veo, veo la cosa dentro del Fenicio. Se retuerce una forma serpentina, sin embargo, es asombroso, la carne de su anfitrión queda privada de su delicadeza habitual.

Los ojos de Fulgrim se ensanchan y cuando se cruzan con la míos, veo su terror. Veo la desesperada urgencia en él, esos ojos gritan que no quiere matar a su hermano.

El golpe cae. No puedo detenerlo. La piel de hierro queda separada, escindida por un fuego amatista.

Detecto el olor de algo en mal estado, de carne podrida y rancia. Rodando por las laderas, surgiendo desde algún lugar invisible acuden vientos catabólicos. Se rebalsan sobre mí, sobre los muertos y oigo voces atrapadas en su interior.

Ellos están gritando.

Hay voces dentro de los gritos, haciéndome señas. Vienen de la Tierra de las Sombras, de Medusa, donde los aparecidos de antiguas vidas y los olvidados, todavía caminan. Vienen por mí, los guerreros muertos del clan Avernii, extendiendo la mano para llevarme con ellos, para concederme al fin paz.

Retrocedo mentalmente a medida que cambian sus rostros, de hijos de nobles de Medusa decaen en aullantes fantasmas. Los dedos se marchitan en garras, los ojos se contraen en sus zócalos craneales. Ellos tratan de arrastrarme hacia la oscuridad y tengo la voluntad justa para negarles mi

alma en su banquete.

Sobre la llanura de Isstvan, una escalofriante tempestad se desencadena, con mi padre muerto y sus asesinos en el corazón de la misma. Veo la esencia de la vida dejando la Gorgona a través de su cuello cortado. Su cabeza está separada de ella, con los ojos vidriosos y grabados con rabia.

A medida que el viento cesa, siento que mi tormento no hace más que empezar.

Fulgrim se agacha, aunque no es ya el fenicio. Con una mano, aun asiendo el corto pelo de mi padre, me presenta la ensangrentada cabeza.

No veo un Primarca, contemplo un monstruo. Mi cercanía a la muerte me ha regalado esa verdad.

Y en ese momento, en que mi corazón late con sus últimas y definitivas palpitaciones, mientras un aliento doloroso como una sierra atraviesa mis pulmones, me doy cuenta de a lo que nos enfrentamos. Lo veo muy caro.

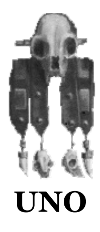
Y veo como nosotros...

FIN

EL SERMÓN DEL ÉXODO

(Sermon of Exodus)

DAVID ANNANDELE
TRADUCCION RABUSA
CORRECCIÓN ICEMAN



UNO

Hay voces y palabras en los ecos. Algunas de las palabras son dichas por voces, pero no todas. Hay palabras que no nacen de ninguna lengua. Están cargadas con un significado oscuro, afilado con la verdad y enroscado con toxinas. Y hay voces que no dicen nada y a pesar de todo, aúllan en el vacío de la locura. Tantos ecos haciéndose añicos unos contra los otros, deslizándose por las laderas y rebotando en las rocas con saltos de depredador. No viajan en el viento. Ellos son el viento.

Y algunos han venido por él.

Tsi Rekh se encuentra en un acantilado. Ha dejado a sus acólitos en el campamento. Ante él se encuentra la llanura. Es una vasta extensión de barro seco, agrietado. Parece el escamoso cadáver deshecho de la misma Davin. En el centro, a medio día de marcha, un solo pico cónico se eleva, el Monte de la Casa de la Logia. Su silueta se oscurece con la caída de la noche. Se convierte en una sombra, una que llega a él con su ausencia y ecos.

Los ecos están por todas partes en Davin. Se requiere habilidad, fe y sacrificio para escucharlos, para extraer su fuerza dispersa en nudos de profecía y revelación. Tocan incluso a aquellos que no pueden oír. Las verdades de los dioses no están limitadas por la distancia. Para analizar las verdades, sin embargo, cribarlas y entenderlas realmente, sí es un regalo. Es una parcela que pocos pisan. Y cuanto más se acerca a la fuente de su propagación, mayor es la densidad de los ecos.

¿Es claridad lo que Tsi Rekh espera encontrar? Revelación, sin duda, pero no es lo mismo que claridad. La revelación puede desnudar el alma de la carne. Algunos misterios pueden salir de la noche. Pueden descender desde lo alto con furia. Ser testigo de ellos es ponerse al descubierto ante algo mucho más terrible y poderoso que la simple claridad.

Está tan cerca ahora, muy cerca. Tan cerca de la fuente. Tan cerca de la Casa de la Logia de los Ecos.

Tan cerca, las voces son tan numerosas que empiezan a tejerse, enredarse y entrelazarse. Fragmentos y risas, secretos y gritos, los gritos de la visión desgarrada y peores verdades se reúnen. De entre todas ellas, seleccionan un

único hilo, uno solo para Tsi Rekh. Es veneno de la telaraña. No hablará de su revelación, pero éste eco hablará con él. Cierra los ojos. Se abre a su toque.

Él no pretende tomar el hilo. Lo deja dar vueltas alrededor de su cráneo. Delgado más allá de la visión, enroscándose, agudo como la oscuridad, alcanza sus oídos.

Éste es su eco. Y ésta su verdad.

Una boca que nunca debe ser contemplada comienza su palabra. Un único sonido.

Mmmmmmmmmm...

Ese es el regalo. Ese es el eco que ha venido por él.

Mmm...

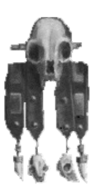
Es un sonido bajo, retumba en los huesos, tan sólido como la piedra de un continente.

Mmmmmmmmm...

Y la promesa de más, si se prueba digno, si supera la prueba.

Y lo hará. Es su voto. Él escuchará la expresión completa del eco que es su destino.

Mmmmmmmmmmmmm...



DOS

...ecuerda.

Su tienda, las solapas apartándose para dejar entrar a Akshub. Está sola, la alta sacerdotisa de la Logia de la Serpiente. La anciana tiene la mitad del tamaño, pero muchas veces la edad de Tsi Rekh. Delgada. Lleva huesos en el pelo y huesos aún más viejos bajo su carne. La edad se halla en todas partes sobre ella. Su tribu, más fuerte en armas y armaduras que los parásitos que

viven en su campamento, podría sacrificar a toda su parentela. Podría matar a Akshub con un sólo golpe.

El pensamiento a medio formar es aterrador. ¿Por qué no lo hace? Porque él estaría muerto tan pronto como levantara la mano. Porque enfurecería a los dioses.

Proscribe la idea antes de que se afiance. Escuchar a Akshub abre la puerta al destino.

-En éste día, la Logia del Sabueso tiene el favor de los dioses- dice ella. **-En la Logia Serpiente recayó el honor de hacer volver al Señor de la Guerra. Su cambio es el trabajo de mi logia. Es nuestra serpiente la que susurra en su corazón. Se aleja de nosotros para llevar el fuego a las estrellas-** ella sonríe. Los insectos se arrastran sobre sus dientes. **-Pero tú, sacerdote, tienes una gran reivindicación también. Escucharás lo sagrado de la fuente. La tocarás. Serás la misma. Ha llegado el momento de proclamar tu derecho.**

-¿Mi derecho a qué?

Él lo sabe. Entiende el significado de la palabra fuente. Sin embargo, debe oírla. La voz de Akshub hará que sea ley.

-La Logia de los Ecos.

Suspirando. Gloria, un carbón ardiendo en su pecho. **-Lo hemos intentado antes-** como lo han hecho todas las logias.

Recuerdos más viejos, recuerdos transmitidos, el saber de Davin: la Logia de la Serpiente, del Oso, del Sabueso, del Halcón, del cuervo, todos, pero todos, todos, han tratado de poseer la Logia de los Ecos, la primera logia, la logia que precede y supera a todos los animales.

Y todos, pero todos, todos, han fracasado.

¿Algún adorador cruzó siquiera la llanura? No hay respuesta. Ninguno ha regresado. La montaña siempre ha sido un símbolo lejano y prohibido de poder.

Pero la voz de Akshub llega, cascada e insistente. -Ve, sacerdote. Cruza la llanura. Escala la montaña. Abre las puertas.

-¿Los dioses lo permitirán?

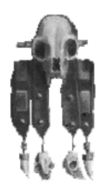
-Los dioses lo mandan. Ve y encuéntrate con el destino- ella extiende una

mano y clava una uña engarfiada en el pecho de Tsi Rekh. **-Abre las puertas- dice ella de nuevo.**

-¿Y por qué la Serpiente entrega ese honor al Sabueso?

Insectos y sonrisas. -No doy nada. Yo soy la mensajera. Soy la abridora de caminos, pero no me corresponde a mí viajar por ellos.

Y así es como Tsi Rekh ha llegado a la montaña oscura.



TRES

Abre sus ojos. El recuerdo quema como la niebla ante la magnificencia del presente. La sombra de la montaña casi ha alcanzado el acantilado. Los detalles de la llanura se han desvanecido. Sólo existe la oscuridad. La marga de los susurros (Marga, un tipo de suelo de particular fertilidad, nt).

El último rastro de luz se está desvaneciendo, su posición muerta a puñaladas. Así es como siempre ha sido en Davin. No hay renacimiento al amanecer, no hay más que el sacrificio primordial de la caída de la noche. Con cada puesta de sol, los dioses reiteran su gobierno con asesinatos sagrados. La sombra se acerca más todavía, luego más cerca: una sombra con masa, fuerza y voluntad. Alcanza la base del acantilado. Minuto a minuto, trepa más alto. La marea de la oscuridad alcanza a Tsi Rekh. Observa. No blasfemará mirando a otro lado. Verá el mismo segundo que marca su caída hacia la apoteosis.

La sombra lo alcanza. Le toca.

Es más que fría. Es una agonía congelante, como si sus extremidades estuvieran siendo cortadas una a una. Da la bienvenida a la sombra y su voluntad. Es mucho más que frío, más que dolor, es una prueba.

Luego, a través del acto de su bienvenida, se convierte en una reclamación. Es posesión. Es tenacidad. En los ecos, escucha asentimientos. Ha sido hallado digno.

-¡Ahora!- grita.

-¡Ahora!- llama.

-¡Ahora!- truena.

Su voz es recogida por los ecos. También ha sido bienvenida. La llevan ante él, a través de la llanura, llevando su feroz alegría de adoración a la montaña. La llevan también detrás de él, a sus seguidores, y más allá. Porque él está bendecido, porque es el elegido por la Logia de los Ecos, su voz se ha unido al oscuro coro que suena en el planeta. En el otro lado del globo, hechiceros de las logias menores oirán su voz entre los fragmentos que van a ellos, y se preguntará en los llamamientos.

¿Siente el poder ahora? Dicen los ecos.

-Sí. Sí.

Espera, dicen los ecos.

Más, dicen los ecos.

Mmmmmmmmmm... dice su destino, cada vez a más volumen, más fuerte, al borde de la transformación.

Espera, inmóvil, los brazos extendidos, mirando fijamente a la rica oscuridad. Sus seguidores llegan desde el campamento. Su número es treinta y uno. Con él, su grupo es de treinta y dos, una agrupación sagrada: el óctuple sendero del Caos multiplicado por la voluntad de los cuatro dioses. Son gentuza, pero son leales, sacrificios para ser usados sin pensar y mártires que ser alabados por su disposición a morir. Como él, llevan armas y armadura. Son poderosos entre sus compañeros. Vienen de la Logia del Sabueso y eso es suficiente, estén vivos o muertos, para hacerlos supremos sobre los demás Davinitas.

Tsi Rekh entra en la sombra. Ellos le siguen. Descienden la pendiente. El suelo de las llanuras es desigual y mellado. Algunos de los peregrinos van descalzos, y antes de que hayan dado muchos pasos dejan un rastro de sangre tras de sí. No encienden antorchas. Marchan hacia el origen mismo de la noche. No pueden ver por donde caminan. Tsi Rekh anda a zancadas con seguridad, guiado por el tirón del destino. Los otros no tienen un eco propio para sostenerlos. Titubean. Tropiezan. Caen. No gritan, pero Tsi Rekh sabe que hay dolor y ruina de la carne. Bajo sus pies, puede sentir el retorcer y crujir de los insectos. Escarban hacia fuera desde las grietas. Tienen sed de las heridas de los fieles.

Todo es como debe ser. Su pecho se hincha. Podría nadar a través de la

oscuridad hasta la montaña. Pero caminará con sus acólitos y los llevará hasta cualquier papel que sea el que les espere. Son elevados, debido a que la Logia del Sabueso lo ha sido, pero ellos no son elegidos.

A diferencia de él.

Siempre ha sido el elegido.

Una espera de años.

Una turbulencia en el fondo de su mente. Delgada como un cabello, articulada, con la picadura de un escorpión. ¿Qué es? Él no puede captarlo. Se hace más fuerte, más insistente mientras caminan a través de la noche. En la hora antes del amanecer, cuando por fin llegan a los pies de la montaña y comienzan a trepar, la cosa florece. En el momento en que toca la roca sagrada, la enroscada irritación ataca.

Recuerda de nuevo. Diferente. Más viejo, pero aun así nuevo. El evento olvidado, borrado de su conciencia. Nacido-renacido-exultante sólo ahora, en respuesta a un momento en el tiempo.

Tsi Rekh es un niño. Es muy joven, tiene pocos años. ¿Puede hablar? Apenas. ¿Puede entender? Sí. Eso es importante.

Dentro de una tienda. ¿A quién pertenece? No puede decirlo, porque eso no es importante. Akshub está ahí, la bruja ya pareciendo vieja incluso en aquel entonces.

Ella siempre ha sido vieja.

Otros dos adultos están ahí. Sus padres, hablando con Akshub. ¿Por qué ella y no a un anciano de su propia logia? Su presencia es su propia respuesta. Ella es tan poderosa que trasciende a menudo las líneas entre logias.

La atención de sus padres va y viene entre la bruja y su hijo. Él se pone de pie en el centro de la tienda. Círculos dibujados con sal lo rodean. Hay diseños entre los círculos. El niño no sabe lo que significan, pero le asustan. El adulto Tsi Rekh intenta leerlos en éste viejo-nuevo recuerdo. Lo desafían. Siguen cambiando. Se retuercen, se deslizan. Son serpientes y son lenguaje. Son significado envenenado.

-Saludos- está diciendo Akshub. **-Estás bendecido entre nuestro pueblo. Has encontrado el favor de los dioses-** ella mira a Tsi Rekh. **-El será el pasaje. Será el camino.**

Sus padres ríen con orgullo. Su orgullo suena como los chillidos de las ratas.

-Alzaos por encima de él- instruye Akshub.

Toman sus lugares dentro de los círculos. Uno frente al otro con Tsi Rekh en medio. Él mira a estos gigantes, su madre y su padre. Es la primera vez que el sacerdote adulto ve sus rostros. Dos fieles más, mostrando las cicatrices y daños de adoración.

Extraños. No significan nada.

Sin embargo, lo son todo, porque son los instrumentos necesarios para alcanzar su gloria.

Mirándolo, sin dejar de reír.

Todavía chillando.

Los movimientos de Akshub son un borrón, elegantes en su perfecta brutalidad. Sus padres siguen en pie, pero sus gargantas han sido cortadas por el cuchillo de la anciana. La sangre cae en torrentes sobre su cara vuelta hacia arriba. Una catarata, una inundación, un mar creciente. Se está ahogando. No hay tienda, ni tierra, ni aire, sólo la sangre.

La sangre y los círculos.

Y la voz de la anciana**. -Escucha-** sisea. **-¡Esssssscucha!**

El niño ahogándose obedece. El eco le habla por primera vez entonces. A sus oídos llega un susurro. Es un nombre. El recuerdo pierde definición ahí. No se le puede decir el nombre aún. Pero ahora conoce la naturaleza de la revelación, y el nombre con el gran zumbido.

Mmmmmmmmmmmmm...

Y entonces vuelve al presente.

Al ahora. Fuera del recuerdo. Escalar la montaña. El eco, la palabra, el nombre, tan vasto y terrible que las mentes no pueden sostenerlo, comienza a tomar forma. Después del zumbido que es el trueno de la tierra viene el coro de estrellas muertas.

Aaaaaaaaaaaaaa...

-Encended las antorchas- dice Tsi Rekh.

Se hace, y las antorchas son atadas con correas a los arneses de cuero en las espaldas de los Acólitos, para arder por encima de sus cabezas. Los fieles pueden trepar con las dos manos. Hay luz ahora. También humo, y un hedor. Las cabezas de las antorchas están envueltas en un paño mojado en sebo humano.

Mientras los seres trepan, Ske Vris, la más prometedora de los acólitos de Tsi Rekh, se detiene, con las manos congeladas en el lugar donde primero a tocado la montaña.

-No puedo- dice ella. Lucha, pero una voluntad mayor la retiene. **-No se me permite.**

Tsi Rekh asiente con la cabeza y la abandona. Se le ocurre que ella está siendo perdonada. Entonces, por delante hay sacrificio. Él no tiene miedo de que sea el suyo, el final de su camino es todavía tan distante como grandioso.

Así, dirige el ascenso por la cara escarpada. Hay muchos asideros. También muchas sombras. No siempre se pueden distinguir uno de otras. La aspereza de la montaña se cobra su tributo de dolor. Con cada lesión, las víctimas gritan su agradecimiento a los dioses. Que habría un precio lo daba por hecho. Sería blasfemo desear las cosas de otro modo. La victoria sin sacrificio no tiene sentido.

Cuanto más se acercan al pico, mayor es la agonía. Los asideros tienen afilados bordes. La sangre es la clave para la elevación y Tsi Rekh está sangrando demasiado. Manos, brazos, piernas, todos vestidos con ropas de color carmesí. Siente el honor del dolor. Le espolea a una mayor velocidad, le apresura hacia su nombramiento.

Está casi al final de la subida ahora. Hay una amplia cornisa que sube y tal vez una ruta en la complejidad del pico, que parece retorcerse como la concha de un nautilus.

Beschak trepa a la derecha de Tsi Rekh, un respetuoso asidero por detrás. Ha sido jefe acólito de Tsi Rekh durante años. Akshub lo presentó a Tsi Rekh cuando el seguidor era todavía un niño.

-El niño es importante para ti- había dicho ella. **-Prepárale. Haz que esté listo para el momento.**

-¿Cómo sabré cuando será la hora?- preguntó Tsi Rekh.

-Él lo sabrá.

Beschak agarra un espolón de roca con la mano izquierda. Se alza a sí mismo. Sus pies pierden su apoyo. Se desliza. Aprieta fuerte el espolón. Una palma manchada de sangre se desliza.

Tsi Rekh se detiene a ver.

Los ojos de Beschak brillan a la luz de su linterna. Mira a Tsi Rekh. **-¿Ahora?-** pregunta.

Tsi Rekh no dice nada. Espera a ver.

El espolón se convierte en polvo, como si no hubiera sido nada más que arena con costra. Beschak ríe y se cae.

En la oreja de Tsi Rekh, en su mente, en su alma, oye el extático Aaaaaaaaaa del eco...

Y nuevos ecos. ¿Concedidos solo a él? Podría pensarlo así. Antiguos, tan olvidados que ya no pueden llegar mucho más allá del pico de la montaña. Dada la fuerza en el momento de la rotura de Beschak.

Tsi Rekh hace una pausa. Estos ecos son alarmantes. No esperaba eso.

Imágenes. Deben ser de otro lugar. Esto no puede ser Davin.

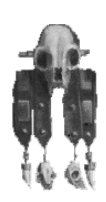
No, no, hay certeza. Esto es Davin. En otra época, enterrada debajo de milenios de salvajismo y sangre.

Imágenes de ciudades, de estructuras alzadas, de orgullosa luz.

Los labios de Tsi Rekh se enrollan con odio. Quiere esas torres abatidas. Lo mismo ocurre con otra persona, el ser a quien estos recuerdos y éste odio pertenecen.

Los ecos se desvanecen. Lo que está muerto es menos importante que aquello que va a morir. Hay trabajo por hacer.

Un nombre que pronunciar.



CUATRO

Tsi Rekh trepa de nuevo. Alcanza la cornisa. Es un camino en pendiente, curvándose hacia el interior de la roca. Le conducirá dentro del Nautilus. Espera que sus acólitos se reúnan detrás de él y empieza a avanzar.

El camino en sí es una espiral. Los lados de la fisura en la roca son apenas de la anchura suficiente para permitir el paso. La luz de las antorchas se siente débil, como si la roca absorbiera el brillo. Los peregrinos entran en la espiral de la medianoche. Hay una curva cerrada, y están fuera. Permanecen de pie en el interior del pico. Tal vez la montaña fue una vez un volcán. Esto podría ser un cráter. Si es así, entonces el volcán ha permanecido extinto durante largo tiempo.

-Apagad las antorchas- dice Tsi Rekh, no obedeciendo a un instinto, sino a una orden. La oye en su cabeza, y la voz pertenece a Akshub. Otro recuerdo. Ella le dio la orden hace cuarenta años, y luego la enterró.

Los acólitos hacen lo que dice. El fuego muere, pero la luz no. Hay un manto sobre éste espacio. Gris de moho, verde de podredumbre y blanco de odio. Se irrita y cambia, se convierte.

Mira. La luz ve.

Y tiene cuchillas. Un rayo ojea sobre el suelo, barre sobre los peregrinos. Una, Hath Khri, alza los brazos en éxtasis y la luz corta a través de ellos. Ella cae, la sangre chorreando desde los muñones por debajo del codo. Jadea su alabanza a los dioses.

El movimiento debe ser ganado, piensa Tsi Rekh. Debe ser entendido como un regalo. Debe ser presentado como una forma de adoración.

Hath Khri se vuelve hacia él. Sonríe antes de morir, desangrándose sobre la fría roca.

Al igual que Beschak, ese era su momento. Tsi Rekh aún debe caminar todo el camino.

Mmmmmmmmm...

Aaaaaaaaaaaaaaaa...

Hay ruinas por todas partes. Son bajas, rotas, vagas. Imposible decir lo que una vez han sido. Tsi Rekh ve el rastro de las paredes, los huecos de las puertas. Nada más. Simplemente fantasmas de la historia, un fantasma de

una época en que los Davinitas construyeron algo más sustancial que yurtas (Yurta es la tienda que usan como vivienda los nómadas mongoles, nt).

Hay otros ecos de ese tiempo, por supuesto, las mismas logias. Y en el centro del pico hueco se levanta la Logia de los Ecos, la mayor de todas ellas. Es la fuente de la luz. Ésta luz, se da cuenta Tsi Rekh, es otra manifestación de los ecos. Si tuviera las habilidades, tal vez vería más que el deteriorado resplandor del pensamiento. Se siente humilde por la revelación de lo lejos que aún tiene que ir.

La Logia de los Ecos está suspendida sobre el suelo por ocho enormes pilares. Son bajos, más anchos que altos, a pesar de que son cinco veces más altos que Tsi Rekh. La estructura que soportan es enorme y monolítica. Sus paredes laterales son verticales, suaves como el vidrio, regulares como el hierro, pero son de piedra. Las cuatro esquinas son torretas, pero las torres dobladas en ángulos agudos para apuntar hacia el centro del techo, como garras engarfiadas.

La fachada de la Logia es diferente. Esa pared no es lisa. Es un complejo de espiras, depresiones y protuberancias. El resplandor baila sobre las formas, revelando y ocultando los detalles, creando sombras y significados que cambian, resbaladizos, en algo nuevo antes de que puedan ser entendidos. La pared es la enfermedad. Es la canción. Son los ecos dados forma en piedra, y es su medio. Es el agente de su transmisión a la totalidad de Davin.

¿Y dentro? En el interior está el origen de los ecos. En el interior se halla la búsqueda de Tsi Rekh. En el interior yace su destino.

En el interior se halla lo que debe lograr.

Debe abrir el camino.

Pero no hay puerta. Ha estado delante de las puertas del Templo de la Logia de la Serpiente, donde a Horus se le dio la verdad. Esas puertas son majestuosas en tamaño y poder. Son obras maestras de arte, su grabado del árbol entrelazado de serpientes más allá de cualquier cosa que los Davinitas podrían lograr hoy, mayor incluso que las de la Logia del Sabueso. Ninguna cantidad de orgullo puede negarlo, fue justo que ese particular ritual tuviera que llevarse a cabo en el hogar de las serpientes. Las puertas bien podrían ser obra de los propios dioses.

Aquí, presa de sacro temor, Tsi Rekh tiene la sensación de que la Logia puede ser un dios. ¿Cómo se supone que debería doblarla a su voluntad? Ni siquiera puede ver la forma de alcanzar la parte alta del templo. Los pilares son demasiado altos y demasiado suaves para escalarlos.

Se mueve hacia adelante, cauteloso ante la letal luz. Sus discípulos se alinean detrás de él. Puede sentir la caricia de los bordes contra sus miembros, en contra de su garganta. La propiciación de Hath Khri ha sido suficiente. Se acercan sin sufrir daño. No se vierte otra sangre. Al menos, por el momento.

Mientras caminan por las ruinas, Tsi Rekh siente el repiqueteo de los fantasmas de la estructura. Hay destellos de la visión anterior en el borde de su conciencia. Con ellos llega el entendimiento: lo importante no es lo que fue destruido, sino el hecho de su destrucción. Ese es el regalo que cayó sobre Davin. Es el regalo que está siendo renovado. El regalo que está viajando por la galaxia.

Las ruinas terminan fuera de una zona circular que rodea el espacio en torno a la Logia de los Ecos. No hay nada entre el perímetro y la Logia, excepto piedra ennegrecida. Tsi Rekh se detiene. Recoge su bastón con cabeza de serpiente de las correas de cuero que lo sujetan a la espalda. Lo mantiene alto en respuesta al cosquilleo que siente en la parte posterior de su cuello. Hay ojos cerca.

No son divinos. Son humanos.

Uno a uno, desde puntos muy distantes entre sí a lo largo del borde de las ruinas, vienen los otros sacerdotes, y con ellos sus seguidores. Los sacerdotes sostienen alzadas sus varas también. Hay diferentes cabezas sobre cada uno: oso, halcón, cuervo, gato salvaje, sabueso, lobo, sierpe, rata...

Todos están aquí, todas las logias de Davin. Los sacerdotes se observan unos a otros con odio.

Todos hemos sido atraídos aquí, piensa Tsi Rekh. Se pregunta si Akshub visitó a cada clan, susurrando palabras de profecía y destino. ¿Eran todo mentiras? ¿No hay aquí destino para él? ¿Sin un eco que sea suyo y sólo suyo?

El repiqueteo y el coro lo rodean, Mmmmmmmmmm... Aaaaaaaaaa... y sus miedos se desvanecen. Él no habría sido criado desde la infancia para un juego sin sentido. Barre con los ojos a sus rivales que se acercan. Suprime una sonrisa, aunque un afilado canino inferior sobresale de su labio. Estos otros no son sus iguales. Algunos no llevan armadura, y se alza una buena cabeza sobre la mayor parte de ellos. Sus armas apenas trascienden las toscas cuchillas que ve en las manos y colgando de las correas de cuero de las personas que caminan por debajo de las banderas de bestias menores. Solo los bastones de los sacerdotes son iguales en mano de obra al suyo, pero todos son reliquias sacras, transmitidas a través de los milenios.

Detrás de Tsi Rekh, se oye el sonido de las armas siendo desenvainadas. Lleva la punta de su bastón con fuerza hacia abajo sobre la roca. La grieta es aguda, sorprendente. Sus ecos no se anulan. El sonido físico se prolonga demasiado, se hace más fuerte que el ruido original, entonces se incorpora al océano del susurrar psíquico.

-Declare su asunto aquí- ordena Tsi Rekh.

-Declare el suyo- dice el sacerdote del gato salvaje. Da un paso hacia adelante como rival jefe. Su armadura es tan elaborada como la de Tsi Rekh. Bandas de metal carmesí rodean su torso y las extremidades. Sus hombreras son astadas. Una gran piel cuelga de sus hombros. Los dedos de su guante derecho se extienden en garras de hierro, largas como su antebrazo. En su mano izquierda hay una hoja curva, dentada. Sus botas también tienen garras. Está ávido de batalla, dispuesto a desafiarlo. Él se cree superior a Tsi Rekh.

Que espejismo. Qué ignorancia. Recibirá una lección.

Todos ellos deben aprenderla. Deben saber cuál es su lugar.

-Estoy aquí para abrir la Logia de los Ecos, y para reclamarla en nombre de la Logia del Perro- dice Tsi Rekh.

El sacerdote del Gato Salvaje arroja una mirada feroz. Su melena parece erizarse. Detrás de él y a su derecha, permanecen de pie seguidores de la Logia de la Serpiente. La nueva sacerdotisa, alguna acólita de Akshub, lleva una armadura con largos, curvados y picudos protectores en sus hombros, su túnica es más fina que los harapos usados por sus seguidores. Su cara es ilegible. Tsi Rekh se pregunta si ella sabe del contacto de su señora con la Logia del Perro. ¿Sabe ella que la próxima fase del destino ha pasado de largo por su logia? ¿Es lo bastante tonta para pensar que Akshub es desleal?

No. Nadie es tan loco. No puede haber ningún desafío a Akshub. Davin nunca ha tenido un profeta de su estilo.

Un susurro resuena en el fondo de su mente. No desde…

¿No desde cuándo? ¿Por qué, por primera vez en su vida, cree que había otro?

Recuerdo. Uno nuevo. Fresco. De la noche antes de partir, sin embargo, Akshub lo había enterrado para él también. Descubierto ahora, son palabras de la profecía: Yo soy la abridora de caminos. Él es el andador de caminos. Pero tú, tú vas a ser el camino.

Conocimiento sin entendimiento, promesas reposadas en acertijos.

Tsi Rekh se traga su impaciencia. La revelación vendrá. Sonríe, haciendo gala de esa certeza.

El sacerdote del Gato Salvaje ve la sonrisa como un insulto. **-La Logia de los Ecos no es para la gente como tú-** dice. **-Se me ha prometido a mí.**

-¿Quién te hizo esa promesa?

-Los dioses me concedieron una visión.

Tsi Rekh sigue sonriendo. ¡Oh, que bella lección está a punto de descender sobre éste impostor! Que reclamación tan débil. Tsi Rekh no está aquí a causa de un sueño moldeado por sus propios deseos. Él está aquí por mandato de los dioses.

¿Pero por qué están todas las logias aquí?

Descarta la pregunta y las dudas. La respuesta no tiene importancia. Sólo la profecía es importante. Sólo su destino. Inalterable y glorioso.

-Abandona o muere- dice, pero la elección es una mentira. Ya ha comenzado el ataque.

Él no se mueve. Sus acólitos cargan más allá de él, con silbidos de ira. Los seguidores de la logia del Gato Salvaje se precipitan a su encuentro, su sacerdote permaneciendo inmóvil. Él y Tsi Rekh mirándose el uno al otro. Entre ambos, la carnicería empieza. La matanza es una extensión de su voluntad. Sus subordinados bien podrían no tener voluntad propia. Son instrumentos de sus amos, tanto como las armas que sujetan.

La sangre salpica el suelo. La gente muere con violencia y odio. Y la luz cambia. Absorbe la sangre. Se desplaza hacia el carmesí. Crece más fuerte. Los patrones en la fachada de la Logia de los Ecos se tuercen. Aparecen líneas. El volumen de los ecos crece cada vez más fuerte, más ansioso. Más muerte, más sangre, y la Logia se alimenta. Tsi Rekh puede sentir el tacto de la luz sobre su piel. Es fría, seca, y aprieta como la victoria.

Comprensión. Revelación.

Él y el Gato Salvaje se miran el uno al otro. Su antagonismo se evapora. Saben que son instrumentos. Saben lo que debe suceder. Lo mismo ocurre con todos los demás sacerdotes. Y así, gracias a su fe, lo hacen todos los acólitos

reunidos. Sin necesitar una orden, corren a la masacre. Los sacerdotes dan un paso atrás para darles espacio y se reúnen al borde de las ruinas.

En el terreno vacío ante la Logia, cientos de adoradores caen unos sobre los otros con cuchillas, puños y dientes. La batalla es salvaje. Debe serlo. La matanza ha de ser total y ha de ser sangrienta. No se trata de la victoria. No hay ningún intento de triunfar. Sólo existe la necesidad del dolor, del desgarramiento de la carne. Sangre por todas partes, manchando manos, torsos y rostros. Y todo el tiempo, uniéndose a los atracados, exultantes ecos, cantos de oscura alabanza. Los acólitos saben que han sido bendecidos. Han vivido todo éste tiempo para entregar ahora su vida a los dioses, en éste lugar, para éste único fin. Sangran por ese propósito. No vivirán para verlo cumplido, pero mueren en la certeza de que su sacrificio conducirá a la muerte de mundos enteros.

Si no le esperará algo mayor, Tsi Rekh les envidiaría.

La luz sigue siendo seca, una caricia de escamas, pero el aire es húmedo, fragante con el calor de los cuerpos abiertos, el hedor de los intestinos, la mancha de sangre. La Logia se alimenta. Desde lo más profundo en el interior de sus paredes, algo empieza a sonar, enorme y agitando la tierra.

El latido de un corazón, un toque de tambor, y el martilleo de un puño sobre una puerta.

Las líneas en la pared se alargan y se unen. Siluetean una abertura, una que no ha existido desde que la Logia se completó y su único ocupante entró.

Ocupante.

¿Cómo sabe esto Tsi Rekh? Debido a que la puerta nace, y la masacre llega a su final, las visiones y los ecos le gritan, le enseñan, se apoderan de él. Sus rodillas se doblan. Por un momento, no está fuera de la Logia. No es Tsi Rekh. Está en el interior, rodeado por todas las formas, mandíbulas y el balbuceo de la oscuridad. En el interior, mirando llegar la puerta. En el interior, el caminante de los caminos, extático mientras la gran promesa por fin llega a pasar.

El ritmo de la Logia se encuentra en el eco especial también, el eco de Tsi Rekh. El nombre es tan grande que debe ser tallado en el espíritu de un sonido cada vez. Una gran censura martilleante golpea el coro.

Mmmmmmmmmmmm...

Aaaaaaaaaaaaaaaaa...

D-D-D-D...

Tsi Rekh, está de vuelta en su propio ser, de nuevo fuera, se da una palmada en la cabeza. El tartamudeo de la D, un corto, repentino estallido, amenaza con partir su cráneo por la mitad. El nombre tiene una forma. Está incompleto, pero puede comenzar a pronunciarlo con su lengua. No se atreve, por temor a enojar al poder. No lo insultará con un nombre a medias.

Parpadea al regresar el dolor y se pone en pie de nuevo. Permanecerá de pie mientras se abre la puerta. ¿Es él el único en ser afligido? ¿Ninguno de los otros sacerdotes está luchando? Quizá lo están. No puede decirlo. No puede mirar. Su mirada es retenida por la Logia, por la formación de la puerta.

Por la apertura del camino.

Viene el andador de caminos.

La puerta está completa. El golpeteo del interior también viene del suelo, del aire, de detrás de los ojos de Tsi Rekh. El pulso de la Logia de los Ecos y el cañoneo contra las paredes de la realidad son uno y lo mismo.

Y ahora la gloria. Se abre la puerta.

El rechinar de piedra, crepitar de energía y el suspiro de una garganta segada. Dos losas masivas de la fachada han nacido, y se abren hacia el exterior. Ecos, largo tiempo contenidos, vuelan hacia fuera desde el oscuro interior, a más volumen que nunca, haciendo alarde de la victoria.

Una rampa emerge, la piedra desplegándose como si fuera metal articulado. Se extiende hacia abajo hacia la tierra empapada de sangre. Durante un minuto, no hay nada más, nada excepto el extático y loco coro de los ecos.

A continuación, una figura aparece en la puerta.

Una silueta primero. Grande. Mal definida, infectada por las sombras de la Logia. Ahora más clara, la verdad de la forma anunciándose a sí misma. La declaración es temible. El caminante tiene dos veces el tamaño de los Davinitas. Camina sobre dos piernas. Una es gruesa, ungulada. La otra es un miembro articulado arácnido. La marcha sincopada del ser debería ser torpe, una cojera rota, pero se mueve con gracia y la sugerencia de velocidad apenas contenida. El torso lleva una túnica... No, Tsi Rekh se da cuenta. Eso no es una túnica. Es carne, la propia carne de éste ser. Cuelga del torso, con un enfermizo blanco, cayendo lejos de los huesos expuestos, transformada en una larga hoja, marcada por runas de sangre y tatuajes que parpadean y

murmullan. Las secciones expuestas del esqueleto parecen ennegrecidas por el fuego, pero brillan con bobinas de hierro de púas. Los brazos han sido despojados de toda carne, y sus articulaciones se han multiplicado. Se asemejan a largas columnas vertebrales, terminando en largas y elegantes manos que gesticulan con el cuidado de cuchillos.

La cabeza.

La cara.

Tsi Rekh se regocija en la degradación de lo humano. Es parte de la misión de su vida, pero la garganta se seca ante ésta visión. Nunca hasta ahora ha visto el arte transformador de la desfiguración llevado tan lejos. No hay duda de que éste ser fue una vez humano, aunque reconoce suficientemente las marcas en su rostro del viaje del caminante. Ésta maravilla, ésta trascendencia, fue una vez como Tsi Rekh es ahora.

Tal milagro.

La cara.

El cráneo ha crecido, con incrustaciones de hueso bulbosas hinchándose en muchas direcciones. Un cuerno brota justo sobre el pómulo derecho. Se curva hacia arriba y luego se ramifica en dos, las extremidades son lo suficientemente afiladas como para cortar sueños. La mandíbula inferior sobresale hacia delante, tan larga como el antebrazo de Tsi Rekh. Algunos de los dientes siguen siendo humanos. Otros pertenecen a un antiguo carnívoro. En la punta son los colmillos de una serpiente. La mandíbula superior empieza siendo ancha, pero se estrecha formando una punta. Es un pico negro. Los labios cuelgan, desgarrados, a cada lado de las mandíbulas. Toda la carne de la cabeza está hecha pedazos, tiras y cuerdas de músculo. La frente, las masas de hueso y las espirales reflejan los patrones de la Logia, además están llenas de ojos.

El ser humano hace mucho que se ha ido, pero estuvo ahí, una vez. Su expulsión es un regalo sin medida.

El milagro baja por la rampa, sus gestos fluyendo. Enreda todo lo que es real en su baile. Se detiene a mitad de camino y barre sus muchos ojos sobre los sacerdotes. Se para por un momento cuando llega a Tsi Rekh.

...ciego, los ojos de otro, el pensamiento de otro, cree que una inmensidad le está esperando al otro extremo del camino, aprende su nombre su nombre su nombre...

Nuevo sonido, nuevo significado, después del zumbido, después del coro, después del tartamudeo, del gemido.

Aaaaaaaaaaiiiiiiiiii...

Tsi Rekh parpadea. Ve de nuevo, a tiempo para la próxima maravilla.

El ser extiende sus brazos. Habla. ¿Cómo puede hablar, con esa boca que no es una boca, esos labios partidos, con la lengua serpentina incrustada con fragmentos de hueso? Habla porque debe, porque ha llegado el tiempo al fin para que su voz sea escuchada. Habla con los ecos. La legión de voces, recuerdos y crímenes son uno, el instrumento de una sola voluntad. La voz retumba. Tsi Rekh se sacude. El aire se sacude. La montaña se sacude.

-Hijos de Davin- dice el ser. **-Hijos de los dioses. Mis hijos. Soy Ghehashren.**

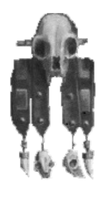
Ghehashren. La noche se retuerce bajo la fuerza del nombre. Ghehashren. El profeta que trajo por primera vez la palabra de los dioses a Davin. Hubo un Davin antes de su revelación y Tsi Rekh entiende que era el Davin en los fragmentos muertos de los sueños que vio antes. Y hubo un Davin después, el Davin que construyó las logias como su último acto antes de la gran caída. Ghehashren es el padre de todo en lo que se ha convertido Davin. Su recuerdo se ha sentado entronizado en la Logia de los Ecos, gobernando todas las demás. Él es el guía de Davin. Enseñó a la gente como adorar, y cuando la Logia de los Ecos estuvo completa, desapareció en su interior para caminar los caminos.

Tsi Rekh sabe todo esto ahora, porque el profeta de la disformidad ha vuelto, y con él ha llegado la claridad para sus hijos. Antes de éste momento el nombre era sagrado, sus enseñanzas seguidas, pero sus leyendas tan vagas como los propios ecos. Ahora Ghehashren está aquí y todo será revelado. El tiempo de las profecías ha terminado. El tiempo de su cumplimiento ha comenzado.

Ghehashren se inclina hacia atrás. Mira hacia el cielo como si pronunciara su perdición. Sus brazos abarcando el mundo entero.

Y entonces grita. Para todo el mundo.

-¡Reuníos!



CINCO

Y Davin se reúne. La invocación se escucha en todo el globo, no sólo como un eco más fuerte, no sólo como una voz en el alma, sino como el sonido. No hay escapatoria. No se puede desobedecer.

Y así el pueblo viene. Empiezan a caminar en el mismo segundo que la palabra llega a ellos. La migración de millones comienza. El profeta los ha llamado.

Ghehashren trepa hasta el borde exterior del pico. Lleva consigo la luz de la Logia. Late y fluye de él, una enfermedad líquida, recubriendo la ladera de la montaña. El reino de la noche sin fin se convierte en un faro de enfermiza iluminación. El profeta se coloca ahí, visible a través de la llanura, y espera.

Los sacerdotes esperan también, en silencio. No hablaran hasta que él les deje. Todo el lenguaje pertenece a Ghehashren. No hay ningún significado, excepto el que él crea, y así esperan. Sobreviven comiendo de los cuerpos de sus acólitos.

Siete días pasan y entonces Ghehashren les llama. Marchan en fila a través del camino en espiral en la roca y toman sus lugares en la repisa bajo el padre de Davin.

Al acabar el séptimo día, cientos de miles de adoradores se aglomeran en la gran llanura, con más llegando todo el tiempo. Viendo la multitud, Ghehashren abre la boca y les enseña, habla. **-Bienaventurados los crueles, y los portadores de la peste. Bienaventurados los transgresores, los asesinos y los profanadores del orden. ¡Bienaventurados los que tienen hambre y sed, los que rabian y maldicen, los que están de pie conmigo ante los dioses, porque la muerte de la galaxia será suya!**

Las personas claman la gloria que acecha en la cima. Su adulación se añade a los ecos y Ghehashren truena cada vez más fuerte. Davin vibra con sus tonos.

Pero Tsi Rekh, a través de su temerosa admiración, siente una falta. Hay un eco desaparecido. Su eco. No es parte del tapiz de significado de Ghehashren y ya no habla más con el sacerdote. Ausencia. Un fallo en su alma. Lo ha abandonado en el penúltimo momento, cuando estaba a punto de

concederle su nombre completo, y así revelar su destino. ¿Dónde ha ido?

Despojado...

¿Cuándo se marchó?

El zumbido... ¿Cómo...?

No. Ni siquiera puede encontrarlo.

Existe el sermón de Ghehashren, y eso es suficiente. Es más que suficiente.

Pero aun así…

Ghehashren habla. **-No penséis que he venido para destruir el universo de la ley. Pues no he venido a cumplir las profecías. Eso es para vosotros. Vosotros, mis hijos, realizareis ese cumplimiento. Portareis la llama que hará arder la galaxia. He llegado para encomendaros vuestra gran tarea. He recorrido los caminos de los dioses, y tendréis mis bendiciones. He viajado entre las estrellas, y tocado los mundos del enemigo. Ahora seguiréis mis pasos. Habéis esperado y servido en éste planeta. Esa espera y servicio han llegado a su fin. Ahora es el momento de dejar la cuna de Davin y difundir la verdad de los dioses. ¡Ahora es el momento del éxodo!**

Hace una pausa. **-Viajareis. ¿Qué cómo viajareis? Disfrazados de oveja.**

Junta sus manos. Comprime el espacio entre ellas. Hunde sus garras en el aire. Los ojos de Tsi Rekh se abren mientras es testigo del desgarro de la carne del espacio. Ghehashren aprieta sus puños, y las vértebras de esos brazos serpentinos se flexionan. Rasga la realidad al abrirla.

El rasgón crece vertiginosamente, una herida de sangre y llama. Desde dentro aparece una noche, la más oscura, la noche del vacío. El rasgón se amplía a medida que sube hacia arriba. Las nubes bajas son destrozadas. El cielo es pelado hacia atrás. El materium chilla, y de la disformidad llega una flota.

En una órbita baja sobre Davin hay naves de todo tipo. Tsi Rekh no debería ser capaz de verlas de un modo tan claro, pero la rasgadura invocada por Ghehashren los hace parecer tan cerca como si estuvieran en la atmósfera inferior.

O como si él estuviera suspendido al borde del vacío.

Comerciante. Militar. Transporte colonial. Tsi Rekh capta los tipos generales

de las naves, pero sólo al nivel más básico. Los buques son antiguos. Están abollados, desgastados, y la disformidad ya los conoce, llevan las marcas de sus dientes. Cuanto más mira hacia arriba Tsi Rekh, más se acerca su punto de vista a las naves. Ahora puede distinguir los detalles individuales. Se centra en un carguero. Se maravilla de su tamaño. Se pregunta cuántos miles de acólitos puede transportar. Pero ninguno de ellos ha puesto el pie en una nave espacial. No cuestionará a Ghehashren, pero no puede entender cómo el profeta espera que la gente de Davin suba a bordo. Y aun así, ¿cómo van a pilotar esas naves? Ve el interior del puente ahora. Es masivo.

Está en el puente. Rodeado por las superficies de control. Está de pie junto al trono de mando. Una deshilachada mecadendrita se enrosca junto a él. Extiende la mano. Agarra el cable suelto. Puede sentir los cantos metálicos contra la palma de su mano.

Jadea.

Está de vuelta en la ladera de la montaña, parpadeando, aturdido por el asombro y el terror. En su mano hay un pedazo de la mecadendrita. Se queda mirándola y luego mira a Ghehashren. Algunos de los ojos del profeta se han vuelto en su dirección. La boca de Ghehashren no es capaz de ninguna expresión, sin embargo, el pico y la mandíbula se abren ligeramente, como en una sonrisa.

-¿Ves?- le pregunta Ghehashren. La voz es suave, solo para Tsi Rekh.

El sacerdote asiente con la cabeza.

Sabe de la capacidad de Akshub para viajar tras de las barreras, para llegar en un instante a cualquier lugar de Davin. ¿Cuánto mayor ha de ser el poder del profeta, después de caminar tanto tiempo por el reino de los dioses? Miles de años en la Logia de los Ecos, tiempo suficiente para que el viejo Davin fallezca, el tiempo suficiente para convertirse en la maravilla de horror que avanza a lo largo de las crestas del pico. La escala de lo que va a lograr Ghehashren hace que se tambaleé de nuevo. El profeta transportará las personas a las naves. ¿El o algún otro poder los guiará hasta su destino? Esa verdad está oculta.

Pero ésta verdad se halla sobre él: El caminante de los caminos será el Éxodo.

La gente está gritando, llorando, chillando en el éxtasis de la fe. Alaban a Ghehashren, alaban a los dioses. Hay una oleada masiva de acólitos hacia la base de la montaña, donde el rasgón espera con la promesa de la sangre, una oscuridad plena bordeada con una tormentosa luz. Pero Ghehashren levanta una mano, y la oleada se detiene al instante. Los miles y miles, miran,

escuchan y obedecen.

El profeta mira hacia abajo a los sacerdotes.

-Todas las logias son una- declara, y Tsi Rekh puede ver la verdad de ese pronunciamiento. Las masas por debajo son una unidad, fusionados con el fuego de su misión, y por el trueno de la Logia de los Ecos. Ghehashren continúa. **-Pero los seguidores necesitarán voces de guía. Mi viaje no está con vosotros. Así que voy a dar cargos a cada uno de ustedes.**

Serpiente y Gato Salvaje, Lobo y Oso, Gusano y Rata, todos unos frente al otro con un nuevo propósito. La rivalidad murió en el sacrificio de sus seguidores. Son diminutos instrumentos en las manos de los Poderes Ruinosos. Que guerras y divisiones pueden librar en los tiempos que vienen, no son para que ellos lo decidan. El más grande de todos ha hablado. El honor de su tarea y la promesa de la corrupción infinita es todo lo que necesitan.

Pero Tsi Rekh necesita más. Esconde su enojo. Él nunca desobedecerá las órdenes del ser trascendente que ha venido entre ellos, pero se ve despojado de su destino.

¿Dónde está su eco?

Solo puede estar en un único lugar.

Los otros sacerdotes descienden de la montaña, y comienza la gran división. Las masas saben por instinto a quien están destinados a seguir. El destino ha llegado a todos. Ghehashren pronuncia la voluntad de los dioses, y su trueno guía los preparativos.

Tsi Rekh desafía la gran prohibición. Pasar una vez más a través de la hendidura en la montaña. En espiral a través de la piedra. Ha de volver a estar delante de la Logia de los Ecos. Solo.

Sube la rampa.

Encontrará su destino. Tiene que estar aquí. El eco volverá a él. Se completará la lección que estaba destinada a él y a ningún otro. El destino le ha llevada ya tan lejos. No puede haber sido un truco. No con el nombre tan cerca de ser revelado.

La rampa no es de piedra. Es de huesos y la médula de ecos comprimidos. Los susurros se mueven bajo sus pies. Por primera vez en su vida, Tsi Rekh conoce el miedo al margen de la convicción de la fe. Teme el castigo, pero

sigue caminando. Llega a la entrada de la logia. No debe haber ninguna pausa.

Cruza el umbral.

El eco se halla aquí. Es masivo. Lo golpea. Utiliza todos sus sentidos para pronunciar, al final, la medida completa del nombre.

El zumbido. El coro. El tartamudeo. El gemido.

Y la constricción, fuerte como una serpiente. Lllllllllllllllllllllll...

El nombre toma a Tsi Rekh en sus garras.

Madail.

Madail.

Madail.

Tallando su abertura. Revelación sí, conocimiento sí, verdad sí, todo garras, todo dientes, todo dolor.

Maravilla del destino. Agonía del destino.

Él será el pasaje. Él será el camino.

La visión se aleja, y él está en el suelo fuera de la Logia, Ghehashren de pie sobre él. La separación del pico y de la mandíbula, esa sonrisa de oscuridad. La mirada de todos sus ojos.

El profeta habla. Sin trueno. Un susurro utilizando el eco regresado, conocimiento compartido solo por los dos. **-¿Ahora lo entiendes?**

Tsi Rekh asiente. El alcance completo de la gloria que le espera aún está desarrollándose en su mente. La destrucción que causará. El nombre al que servirá.

MADAIL.

-Seré el camino- susurra, con la garganta sangrando.

-Un regalo más- dice Ghehashren y pronuncia dos nombres. Son muerte, estertor y un siseo. Lo esperan al final de la ruta.

Pandorax.

Pythos.

FIN

POR ORDEN DEL LEÓN

(By the Lion`s command)

GAV THORPE
TRADUCCION
CORRECCIÓN ICEMAN



UNO

-Senescal, ¿cuándo abriremos fuego?

La pregunta de Belath, Señor del Capítulo, cortó a través del estruendo de las sirenas de advertencia. Corswain apartó los ojos de la pantalla de los sensores, alejando su mirada de las runas que mostraban las naves traidoras apuntando hacia el centro de la flota como una lanza dirigida a su corazón. Las señales de retorno confirmaron que eran las mismas naves de la Guardia de la Muerte que habían perseguido a través de doce sistemas estelares devastados.

-¿Qué están haciendo los separatistas?- exigió el senescal mientras miraba a Urizel, que estaba supervisando las consolas de los sensores.

-Sus naves están incrementando la energía, senescal. No se detectan exploraciones para bloquear las armas- el legionario se inclinó sobre las formas de los servidores esclavizados para examinar la pantalla principal. **-Picos de reactores en las estaciones orbitales. Algunas armas se están activando. Los tubos de los lanza-torpedos aún están cerrados.**

Corswain tomó la noticia sin hacer comentarios, mientras Belath paseaba de un lado a otro del alcázar del strategium, susurrando maldiciones.

-Si tiene algo que decir- murmuró Corswain **-entonces dígalo.**

-Yo simplemente estaba lamentando la decisión de venir a Argeus sin la Legión al completo, senescal- respondió Belath, recuperando la compostura.

-Mi decisión, querrá decir. Usted planteó pocas objeciones en el consejo de mando.

-Con todo respeto, senescal, no es una cuestión del cómo llegamos a estar aquí. ¿Abrimos fuego ya contra los separatistas? No les podemos permitir que hagan la primera descarga.

Corswain se volvió. **-¡No abran fuego! Maniobren la flota para contrarrestar el enfoque de la Guardia de la Muerte. Todas las naves que se resitúen de acuerdo a nuestra posición.**

-Pero eso acercara una mayor parte de la flota dentro del alcance de las plataformas orbitales y nos expondremos a los rebeldes- protestó Belath.

-Emití una orden, Señor del Capítulo. No recuerdo haberlo invitado a opinar. Nos reuniremos en la batalla con la Guardia de la Muerte.

-Pero los rebeldes…

-El Presidente General Remercus ha observado la tregua acordada hasta ahora. Si los separatistas desean atacarnos, ya han dispuesto de muchas oportunidades.

-A menos que estuvieran esperando algo.

-Lleven a cabo mis órdenes- Corswain no gritó, pero su tono cortante anticipó todo debate ulterior.

Belath asintió a regañadientes y se trasladó a la matriz de comunicaciones a un lado de la cubierta de mando. Desde allí transmitió la orden a las otras once naves de los Ángeles Oscuros actualmente encaradas a las fuerzas del autoproclamado 'Ejército Libre de Terra Nullius'.

No era la primera vez que los Ángeles Oscuros se habían encontrado con un mundo que se había escindido del Imperio pero que aún no se hubiera comprometido con Horus. Era, sin embargo, el más militarizado. Siete naves capitales y naves de transporte para más de trescientos mil hombres, se habían reunido en este anunciado refugio. Era una fuerza, que por sí sola, podría conquistar sistemas enteros, esperando que la guerra civil se resolviera por sí misma.

En la pantalla, las naves principales de la flota de la Guardia de la Muerte se acercaron a las naves de la periferia de la formación de los Ángeles Oscuros. Los tres buques de escolta más pequeños se retiraron hacia el amparo de los cruceros de ataque y de las barcazas de batalla de la flota principal, su gran velocidad los mantuvo fuera de rango antes de que pudieran ser objeto de cualquier ataque.

No fue una satisfacción para Corswain que los augurios telepáticos de los bibliotecarios, sobre la ubicación de la flota traidora, habían demostrado ser ciertos. Si hubiera mostrado más fe en sus habilidades, entonces no estarían ahora superados en número y en una posición entre dos enemigos potenciales.

-Comunicaciones, envié una transmisión prioritaria al Presidente General.

Rediríjanla a mis aposentos.

Belath frunció el ceño. **-¿Está dejando el strategium?**

-Puede que no conozca a fondo a la Segunda Orden, Señor del Capítulo, pero tengo absoluta confianza en que va a responder adecuadamente a este ataque. Tengo otros asuntos que requieren mi atención.

Mientras Corswain partía del strategium, dos legionarios de su guardia personal cayeron detrás de su comandante. Se detuvo para hacerles frente.

-Regresen a la cubierta de mando para ayudar al Señor del Capítulo, Belath. Asegúrense de recordarle que él no está aquí para disparar al Ejército Libre o a sus estaciones orbitales, a menos que nos ataquen directamente.

Los Marines Espaciales saludaron en reconocimiento y se alejaron, dejando a Corswain caminar sin vigilancia. Mantuvo el canal del vox abierto para controlar la acción que se desarrollaba por parte de la flota, en los dos minutos que le tomó llegar a la puerta de sus habitaciones personales, la Guardia de la Muerte había roto su precipitado ataque, al no haber hecho picar a los leales con su emboscada sorpresa. Parecía que se estaban reagrupando para un empuje más concertado hacia los Ángeles Oscuros.

Cuando la puerta se cerró detrás de él con un siseo, Corswain se desplomó contra la pared más cercana, su armadura gimió al esforzarse para que coincidiera con su estado de flacidez. El senescal cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el metal desnudo, tratando de pensar.

-Un necio encargo- murmuró, haciéndose eco de las palabras que el Gran Maestro Haradin había dicho en el consejo.

Tal vez había sido una tontería, pero el consejo había exigido, aunque de manera velada, que Corswain tomara la iniciativa.



DOS

Una burla aguda cortó a través de las voces que se alzaban cuando Corswain golpeó con su espada envainada sobre la gastada madera de la

mesa. El senescal de los Ángeles Oscuros fulminó con la mirada a los Señores de la Legión reunidos.

-Gritar distintos propósitos no nos lleva a ninguna parte.

Silenciados por el momento, los ocho comandantes se volvieron a sentar en sus asientos, mostrándose ceñudos. Corswain respiró hondo y miró a cada uno de ellos a su vez. Ellos lo miraron con recelo.

-¿Qué más queréis que haga?- demandó. -**La última orden del León, me la dio a mí en persona, la orden como bien sabéis era llevar las noticias de sus acciones al Señor Russ de los Lobos Espaciales y enfrentarse al enemigo siempre que ello sea posible.**

-Al enemigo podemos encontrarlo en todas partes, a Russ en ninguna- dijo Haradin, Gran Maestre de la Tercera Orden. Dos de sus Maestros de Capítulo, Nerael y Zanthus, asintieron mostrando su aprobación. **-¿Fue realmente la intención del León el dividir la Legión a tantos sistemas de distancia?**

-Estamos a más de quince mil años luz de Calibán- dijo Astrovel, Cuarto Señor del Capítulo de la Séptima Orden**. -Debemos dar prioridad a la defensa de nuestro mundo, nuestro hogar-** negó con la cabeza, con el rostro lleno de sombrías cicatrices. **-El León nos estimaría muy poco, si después de perseguir a ese traidor de la Guardia de la Muerte, nos enteramos que mientras, el enemigo ha caído sobre Calibán como lo han hecho sobre cientos de otros mundos.**

-Perseguimos sombras- dijo Haradin. **-Hemos rastreado ese enemigo por una docena de sistemas y en cada uno lo hemos encontramos en rebelión o destruido, todos contaminados por su presencia. Él nos aleja de la fuerza principal de la Guardia de la Muerte a propósito, juraría que es así.**

Corswain miró a su derecha, donde el bibliotecario Dalmeon paso a un lado del consejo, se acercó a la mesa a un gesto del senescal y comenzó a hablar. **-No podemos adivinar sus intenciones, pero hemos tenido un poco más de éxito en la búsqueda de su ubicación. Hay ciertos presagios que creemos que señalan el próximo objetivo de Typhon (Calas Typhon, el nombre que se conocía a Typhus cuando aún era un legionario antes de la herejía, nt). La urdimbre está alterada, dividida por los poderes de las tinieblas, dondequiera que miremos sólo vemos destrucción y desesperación. A pesar de esto, nuestros augurios apuntan al sistema Argeus, a unos doscientos años luz de nuestra posición actual.**

-Gracias, Dalmeon- Corswain miró a los otros comandantes. **-No podemos**

saber dónde está Mortarion y el resto de las fuerzas de la Guardia de la Muerte, pero tenemos asuntos pendientes con Typhon.

-Seguramente, pero, ¿no tendrá la intención de mover todas nuestras fuerzas ante esta evidencia?- dijo Haradin. **-Sin ofender a nuestro hermano bibliotecario, tales visiones podrían quedar en nada. Resultado, un necio encargo.**

-Tienes razón- suspiró Corswain, levantando su espada de la mesa y poniéndola de nuevo en su cinturón. **-El escudriñamiento de la urdidumbre nunca ha sido un arte exacto.**

-El empíreo es un poder voluble- dijo Astrovel, mirando a Dalmeon con los ojos entrecerrados. **-Fue por una buena razón por la que el Emperador prohibió el uso de tales... talentos.**

-Esa cuestión fue resuelta por el León- dijo Corswain. **-Nuevas necesidades dictan una nueva perspectiva.**

-Una perspectiva que el Hermano-Redentor Nemiel no compartió- dijo Astrovel. **-Yo no contradigo la voluntad del León, pero no podemos conocer sus plenas intenciones en estos asuntos.**

-Creo que el León dejó su posición perfectamente clara- dijo Haradin. **-Por lo menos, no hay más argumento que el de Nemiel, ¿verdad?**

-Este chisme no tiene sentido- espetó Corswain. **-Fue el León aquí y tales palabras no fluyeron a la ligera de sus labios, Gran Maestre. Yo soy su autoridad ahora y me mostraras el mismo respeto.**

-Pues lo pregunto de nuevo, ¿qué piensa hacer la Legión?- preguntó Haradin. **-Este es el tercer consejo al que he sido convocado, sin embargo, nuestro objetivo sigue sin estar claro y no estamos más cerca que antes del primero.**

-Cuida tu lengua, hermano- lo fulminó Belath, recién ascendido a formar parte de la Segunda Orden. **-Sus acusaciones no son necesarias aquí. El León nombró a Corswain como su segundo. Seguramente, ¿usted no deseara entrar en disputa con los deseos del Primarca?**

Haradin le miró fijamente en silencio. Corswain sabía que las palabras del veterano Gran Maestre no se había concebido como un insulto, simplemente eran un acicate para que él tomara una decisión. Corswain sintió las miradas del consejo sobre él y se preguntó por qué el León lo había elegido para esta

tarea, deseaba que otro hubiera sido colocado en el mando. Pero eso no iba a ser posible y Corswain había jurado a su Primarca que seguiría adelante en su lugar. Tenía que tomar una decisión.

-Tienes razón- dijo Corswain de nuevo, dirigiendo sus palabras a Haradin. **-Enviar a toda la flota tras esa ambigua y escasa información sería absurdo. La Legión se romperá por Órdenes, voy a viajar con Belath y la Segunda Orden. Nosotros nos trasladaremos a Argeus para encontrar la verdad sobre este asunto, con la fuerza suficiente para cumplir con la tarea si Typhon se encuentra allí. El resto de ustedes va a continuar nuestra búsqueda en los sistemas vecinos, en un intento de localizar a los Lobos Espaciales o llevar la lucha al enemigo a medida que lo encuentren.**

-¿Son esas sus órdenes?- preguntó Haradin, mirándolo convencido.

-Lo son- dijo Corswain. -**Difundir las órdenes al resto de la Legión. La flota se dispersará en doce horas.**

El Gran Maestre se encogió de hombros. **-Como usted ordene, senescal, así nosotros obedecemos.**



TRES

-Senescal, tiene el contacto que pidió con el Presidente General Remercus.

Corswain abrió los ojos y cruzó la pequeña antecámara hasta el monitor de comunicaciones. Entró su código de cifrado y la pantalla parpadeo volviendo a la vida, revelando el rostro del líder de los separatistas.

Cuando Corswain lo había conocido, Remercus había parecido sorprendentemente joven, un hombre delgado de no más de cuarenta años Terranos de edad. Llevaba el pelo corto, pero había roscas de gris en su barba cuidadosamente recortada.

-Como predije, has traído tu guerra a Terra Nullius, Corswain. Te advertí que tu presencia aquí sería una burla a nuestra neutralidad.

-La Guardia de la Muerte ya estaba aquí- respondió Corswain, manteniendo su temperamento bajo control. **-Que conveniente, ¿no es así? que eludieran la detección por parte de tu flota.**

-No dudo de que los ojos de las Legiones Astartes pueden ver en todos los espectros y a través del polvo de una nube de asteroides, pero los del Ejército Libre no pueden. Tal vez ellos siguieron su flota hasta el sistema. Me parece una coincidencia notable que tanto los Ángeles Oscuros como la Guardia de la Muerte aparezcan sobre nuestro mundo en tan corto espacio de tiempo.

-No es una coincidencia, Remercus. Hemos estado detrás de ellos, cazando esta flota durante cien días. No hemos traído la batalla de ninguna parte. Tal vez la mayor coincidencia es encontrarlos aquí donde tantas naves y soldados del Imperio permanecen en reposo.

-Ya hemos discutido esto antes, ¿acaso desea debatir con los mismos argumentos de nuevo, Corswain? Terra Nullius no está interesada en esta guerra librada entre Legiones. Ahora bien, si cualquier flota intenta desembarcar tropas en nuestro planeta, vamos a protegernos.

El enlace interno del vox crepitó con vida antes de que Corswain pudiera responder, silenciando temporalmente el Presidente General. Era Belath.

-Senescal, la Guardia de la Muerte está a cinco minutos del alcance efectivo. La flota está realizando maniobras defensivas, pero sería conveniente poner en marcha un ataque preventivo. Ellos nos superan en armas, Corswain. No podemos permitir que ganen la ventaja de la posición así.

Corswain suspiró. **-Permaneced dentro del alcance de las baterías orbitales. Lanzad drones anti-torpedo y las naves de ataque. Maniobrad para formar una línea de batalla.**

-Tenemos poco espacio para movernos, senescal. Formar una línea de batalla nos llevará hacia las naves del Ejército Libre. Perdemos el tiempo mientras usted trata con estos rebeldes.

-Soy plenamente consciente de la situación estratégica, Señor del Capítulo, pero seré yo quien juzgue el mejor uso de mi tiempo. Ejecute mis órdenes.

Corswain cortó el enlace y volvió su atención al Presidente General.

-El tiempo apremia, así que voy a serle franco. No hay neutralidad en esta

guerra. No hay testigos. Usted dice que no quiere tomar parte por ninguno de los Astartes. Tal vez, pero miles de millones han muerto ya sin formar parte del conflicto.

-¿Es una amenaza, senescal Corswain de los Ángeles Oscuros?

Remercus apartó la mirada por un momento e intercambió palabras con alguien, demasiado silenciosamente para que Corswain pudiera escucharlas a través de la transmisión. Cuando se volvió hacia el comunicador, tenía los ojos muy abiertos por la ira.

-¿Osa mover sus naves hacia mi flota? Una táctica cobarde, utilizando transportes mal armados como escudos contra sus enemigos. Usted muestra sus verdaderos colores demasiado pronto, Corswain. Al igual que durante la Gran Cruzada, basará su victoria sobre los cuerpos de hombres mucho más humildes.

-Podría presentar innumerables legionarios muertos como un buen argumento contra esa acusación- respondió Corswain irritado por la implicación de las palabras de Remercus. **-¿Cuántos de mis hermanos yacen muertos gracias a las debilidades de los humildes? ¿Cuántos de mis hermanos pusieron sus vidas para detener una brecha en la línea abierta por cobardes que huyeron o murieron en el primer asalto, o para que los regimientos del Ejército Imperial pudieran avanzar sin oposición? Usted sabe que sus palabras están tan vacías como las promesas de Horus.**

-No he oído tales promesas, si es eso a lo que se refiere. Pero, ¿qué clase de hombre es usted, que deseando tanto la guerra no puede comprender los motivos de aquellos de nosotros que desean una vida sin ella?

Otro informe de Belath perforó con indignación a Corswain, pero le dio un momento para ordenar sus pensamientos. **-Senescal, las naves del Ejército Libre se están dispersando.**

-La Guardia de la Muerte debe ser su única preocupación, Señor del Capítulo. ¿Qué están haciendo?

-Están formando para un ataque contra nuestra línea. Tenemos que convertir y recombinar la nuestra o no seremos capaces de contrarrestar su poder de fuego sobre una parte de nuestra flota.

-¿Qué rumbo?

-¿Senescal?

-¿Con que rumbo se acerca la Guardia de la Muerte, Señor del Capítulo? ¿Contra qué parte de la flota se centrará su ataque?- hubo una pausa mientras Belath comprobaba esa información.

-Vienen directos a por nosotros, senescal. El 'Descenso de la Ira' parece estar en el centro de su eje de ataque. Debemos llevar la vanguardia hacia un punto de apoyo.

-Todas las naves deben permanecer en posición según lo ordenado previamente. El ataque de la Guardia de la Muerte es una finta. Ellos no se atreverían a entrar dentro del alcance de las baterías orbitales.

-¿Es prudente depender tanto de los separatistas, senescal? Sus naves no hacen ningún movimiento para contrarrestar el enfoque de la Guardia de la Muerte.

-No baso mi estrategia en el Ejército Libre, Belath, dependo de los instintos tácticos de nuestro enemigo. Sólo un loco se atrevería a entablar combate con un enemigo bajo la cobertura de las defensas orbitales. El comandante de la Guardia de la Muerte está tratando de forzarnos a un enfrentamiento directo, lo que nos llevaría fuera del alcance de las baterías.

-¿Es una apuesta arriesgada, podemos correr tal riesgo? ¿Qué seguridad tenemos de que los rebeldes no están en este mismo momento en comunicación con el comandante enemigo?

-La sabiduría superior prevalecerá, Señor del Capítulo. No olvide las lecciones de la espiral, aunque la enseñanza puede haber caído en desgracia en estos últimos tiempos. Hay que llevar el enemigo cerca, al terreno propio, para asegurar la victoria.

-No veo la relevancia de la lección en esta situación, senescal. Entonces, ¿no sería más prudente responder la fuerza con la misma fuerza? Si no podemos, maldita sea entonces… ¡Torpedos entrantes!

El canal vox quedo muerto y un momento después las sirenas de alarma comenzaron su lamentó, alertando a la tripulación que se preparase para el impacto. Corswain anuló la alarma dentro de sus aposentos y restauró el enlace con Remercus.

-No estoy seguro de que tenga su atención, senescal Corswain- dijo el Presidente General.

-No la tiene, Remercus- la situación le prestaba prisa a sus palabras y acortaba la paciencia de Corswain ante la insolencia del hombre. -**Mi flota está bajo el ataque de la fuerza traidora. Una fuerza a la que está ayudando por su continua falta de acción. El Emperador le maldiga, ¿va a quedarse ahí sentado viendo como somos destruidos?**

-No tengo otra opción- dijo Remercus, a su pesar, sonó aparentemente genuino. Él negó con la cabeza tristemente. **-¿Qué voy a hacer? Si ayudo a los Ángeles Oscuros ahora, nos hacemos enemigos de la Guardia de la Muerte. Si prestó ayuda a la Legión de Mortarion, entonces sus hermanos de batalla no serán lentos en la búsqueda de venganza. La galaxia arde, senescal, todos estamos atrapados entre las llamas. Pero si somos pacientes podemos pasar por esta conflagración, si no indemnes, al menos con vida.**

Corswain buscó una réplica a la honesta evaluación de la situación por parte de Remercus, pero no le vino ninguna a la mente. La galaxia nunca se había dividido en dos bandos, los que luchaban contra el Imperio y aquellos que luchaban junto a él. Pensó en los Amos de la Noche, de cuánto tiempo había pasado estudiándolos, les había considerado aliados pero sus métodos le habían parecido extraños y bárbaros. Aunque había quedado tan sorprendido como cualquiera por la traición de Horus, no se había sorprendido tanto de la falta de fe de Curze.

Un aliado se había vuelto, tan fácilmente, un enemigo.

Ahora se enfrentaba a la posibilidad de que hubiera un tercer punto de vista, una zona gris que no contenía ni amigos ni enemigos. Cuando el León le había dicho que las cosas eran más complejas de lo que Corswain podía imaginar, tal vez, era una situación como está a la que se estaba refiriendo el Primarca.



CUATRO

-Estamos viviendo en tiempos complejos, Cor, y no hay ninguna división sencilla entre los que luchan a nuestro lado y los que luchan contra nosotros. El antagonismo hacia Horus y sus Legiones ya no garantiza lealtad al Emperador. Hay otros poderes que ejercen su derecho al dominio.

-No lo entiendo, mi señor- confesó Corswain. **-¿A quién más podría uno jurar lealtad, aparte de a Horus o al Emperador?**

-Dime, ¿a quién sirves?- preguntó el León en respuesta a la pregunta.

Corswain respondió inmediatamente, irguiéndose como si hubiera sido acusado. **-A Terra, mi señor y a la causa del Emperador.**

-¿Y qué hay de sus juramentos hacia mí, hermano pequeño?- la voz del león era tranquila, contemplativa. **-¿Eres o no, leal a los Ángeles Oscuros?**

-¡Por supuesto, mi señor!- Corswain quedo sorprendido por la sugerencia de que él pudiera pensar lo contrario.

-Pues así mismo hay otras fuerzas cuya principal preocupación es su Primarca y su Legión, y para algunos ni siquiera eso- le explicó el León. **-Si te dijera que estábamos a punto de abandonar cualquier pretensión de defender Terra, ¿qué dirías?**

-Por favor mi señor, no bromee acerca de tales cosas- murmuró Corswain, sacudiendo la cabeza. **-No podemos permitir que Horus prevalezca en esta guerra.**

-¿Quién dijo que estaba hablando de Horus...?

El Primarca cerró los ojos y se frotó la frente por unos momentos. Luego miró a Corswain, midiendo su temple. **-No es algo de lo que debas preocuparte, hermanito. Prepara al equipo y deja que las grandes cargas se asienten únicamente sobre mis hombros.**



CINCO

Esa carga había acabado, también, descansando con firmeza sobre los hombros de Corswain. Se la había hecho muy difícil el hecho de dejar ir al León, pero el senescal había entendido, lo mejor que pudo al menos, las razones de la partida del Primarca. El desarrollo de los acontecimientos en la Franja Este, era un hecho que no podía ser ignorado, tal vez presentase una gran amenaza al Emperador, tanto como la propia traición de Horus. O era lo que el león había dado a entender.

La primera vez que se había reunido el consejo de mando, el senescal se había preguntado a sí mismo lo que el león haría en la misma situación. Había sido un ejercicio inútil. Corswain creía que conocía a su Primarca mejor que la mayoría, pero los pensamientos y estrategias del León estaban mucho más allá de la comprensión del senescal, tanto como los de un ser humano de los de un insecto. Los Primarcas veían el universo de una manera que ellos nunca podrían. Intentar adivinar sus motivaciones era invitar a una interminable frustración.

-¿No hay una respuesta rápida, Senescal Corswain? ¿Ningún trillado argumento que me persuada del mérito de sacrificar mis soldados?

Espetó Remercus a Corswain, obligándole a apartar sus pensamientos y volver a la apremiante cuestión. Podía sentir y oír el temblor provocado por los cañones de la barcaza de batalla y los disparos de misiles que intentarían interceptar los torpedos entrantes. La cubierta se estremeció constantemente debajo de él cuando las cubiertas de artillería se desataron por sus costados. La realidad, sólo añadía urgencia a su mensaje.

-No, lo que veo es que no ha roto a la ligera sus juramentos con el Imperio, Presidente General. Debe ser difícil, sentir la presión de tantas vidas que pesan sobre cada decisión que uno toma. Los habitantes de Terra Nullius tienen la suerte de tener un líder tan fuerte.

-¿Sarcasmo, senescal?

-No, hablo francamente. Es difícil, ¿no es así? Quedarse sentado sin hacer nada y observar como los que trajeron la Verdad Imperial desde las lejanas estrellas, atacarse salvajemente entre sí por las ambiciones y egos de unos pocos. Envidio el lujo de su inacción.

-No lo entiendo- dijo Remercus. **-Fue su Señor de la Guerra el que desencadenó este terror.**

-El Señor de la Guerra, sí. El gran Horus, alzado a ese cargo por la mano del propio Emperador. ¿Cuánto más seguro debe usted sentirse escondiéndose aquí de su guerra, confiando el destino de la galaxia a los esfuerzos de otros?- la respuesta de Remercus se perdió entre la estática cuando los escudos de vacío se encendieron. El Descenso de la Ira se sacudió bajo una serie de impactos, obligando a Corswain a mantener el equilibrio con una mano sobre el monitor de comunicaciones. Los cláxones sonaron de nuevo, indicando a los equipos de emergencia que acudieran a sus estaciones.

-Señor del Capítulo Belath, informe.

-Daños ligeros, senescal. Al 'Crusader' no le ha ido tan bien, el crucero de ataque se llevó todo el peso de la salva. Sus escudos han caídos y ha sufrido varias brechas en el casco.

-Haga que el Crusader ponga rumbo a una órbita más cercana y reforme la línea.

-¡Volvamos nuestras proas hacia ellos y respondemos con nuestros propios torpedos! Desviaremos su ataque.

-No tengo ninguna intención de redirigir el ataque, Señor del Capítulo. Si nos volvemos, saldremos de la cobertura de las baterías, como ya le he dicho.

-¡La protección de unas baterías que permanecen en silencio no vale nada!

-Ten fe, Belath.

-¿Fe? ¿En qué?

-Si no es en mis habilidades de persuasión, que entiendo que podría fallar, ten fe en la humanidad en general.

-Es precisamente esa humanidad la que permanece sentada, de brazos cruzados, al margen de lo que sucede, mientras estamos bajo ataque. Incluso antes de que se convirtieran a la fe del Emperador, estos cobardes del Ejército Libre eran más una carga que una bendición.

Corswain negó con la cabeza. **-Si realmente crees eso, Señor del Capítulo, entonces estaría bien dejarnos resolver nuestro propio conflicto.**

-Pido disculpas, hablé fuera de tono- Belath no habló durante varios segundos, aunque el vínculo se mantuvo abierto. Entonces el Maestro Capítulo gruñó con consternación. **-Su nave insignia está también ajustando su rumbo, reorientándolo hacia nosotros, senescal. Los identificadores de señal lo confirman, es el maldito 'Terminus Est'.**

Este pronunciamiento, aunque esperado, dio una pausa a Corswain haciéndolo dudar de la elección de su estrategia. No sólo era Typhon completamente capaz de atreverse con las defensas orbitales sin sentir ninguna debilidad, su batalla de barcaza era una de los más grandes jamás construidas, sobrepasando al Descenso de la Ira en muchas cubiertas.

-Para bien o para mal, he elegido nuestro curso y ahora tenemos que seguirlo hasta el final. No hay nada que ganar cuestionándonos a nosotros mismos. Haced volver las naves de ataque a las bahías de aterrizaje, poner a todos los equipos de reparación en alerta. Esperamos, en breve, estar sufriendo todo el poder de una andanada por parte del enemigo, como un acto precursor de una maniobra de abordaje.

-Suenas muy tranquilo ante la perspectiva, senescal.

Eso era cierto. Corswain no sentía temor o excitación. Su mente había sido vertiginosa, pero ahora, ante tal sombría inevitabilidad, sus pensamientos habían asumido un enfoque de tipo láser. Se preguntó si era así como el cerebro del León trabajaba todo el tiempo.

-No voy a permitir que esta nave sea abordada, Belath. Si el enemigo intenta acercarse, maniobraremos para contra-abordar. Tú y yo dirigiremos el ataque.

-Como usted ordene, senescal- replicó Belath, tal vez, por primera vez desde que se avistó a la Guardia de la Muerte, mostro algo parecido a la convicción. **-Voy a encabezar el ataque, a menos que usted desee ese honor.**

-Las cámaras de popa me van muy bien, Señor del Capítulo.



SEIS

Antes de abandonar su habitación, Corswain recogió el terminal remoto para el comunicador y lo enchufó a los sistemas de su servoarmadura. Fue cuatro niveles hacia abajo, los corredores resonaban con el ruido sordo de las botas blindadas de los Ángeles Oscuros reuniéndose para la acción de embarque, el enlace intervino para señalar que la conexión había sido restablecida con Argeus. Corswain habló mientras marchaba por los pasillos de babor hacia la cámara de reunión de misión en popa.

-Me sorprende que usted tenga algo más que decir, Presidente General. Ha explicado su posición con un razonamiento bastante claro y me ha garantizado que ningún debate la cambiará.

Corswain asintió en respuesta a los saludos de su guardia de honor, lo saludaron en la cámara ya armados. Varios cientos de legionarios se estaban equipando a sí mismos con equipo especializado de embarque, alabardas de energía y escudos de combate para el combate cuerpo a cuerpo, proyectiles rompedores y cargas de fusión para la destrucción de mamparos, redes de gravedad y cadenas de escofinas para las acciones en el vacío.

-¿Qué quiso decir con que otros decidirán el destino de la galaxia?- Remercus sonaba más reacio que antes. **-¿No cree pues, que la rebelión de Horus será aplastada?**

-Yo no soy un optimista, Presidente General. El Archi-traidor ha mantenido la ventaja desde el principio. Me reconforta el hecho de que no voy a ser propenso a vivir para ver su victoria, aunque espero que mi muerte pueda evitarla.

-Yo no esperaría tal derrotismo por parte de un comandante de las Legiones Astartes- la voz del Presidente General parecía aún más incierta**. -¿Por qué habla de la muerte?**

Corswain rió, con verdadero humor.

-Me estoy preparando para subir a una nave que, sin duda, está tripulada por una fuerza muy superior, con la esperanza de que al menos logre matar a su amo, el traidor Typhon. Más allá de eso, no creo que ni un sólo legionario Ángel Oscuro pueda sobrevivir al próximo encuentro. Tengo la esperanza de que la Guardia de la Muerte, debilitada por nuestro ataque, no será capaz de presionar sobre su hogar, intentando un asalto sobre su mundo y la destrucción de las naves que tiene en órbita.

-No se puede saber si esa es su intención.

Corswain sacó su espada y retorció la hoja a izquierda y derecha para inspeccionar el afilado borde, en busca de rebabas o muescas. No había ninguna. Sabía de su laborioso mantenimiento, pero el acto fue tranquilizador, no obstante.

-Si usted cree que la Guardia de la Muerte respetaría sus pretensiones de neutralidad, es un tonto más grande incluso que yo. Hemos conquistado la galaxia por el Emperador y la Verdad Imperial, Presidente General. Pero no se haga ilusiones, Horus planea conquistar de nuevo toda la galaxia en su propio nombre. No tengo ningún arrepentimiento por mi parte en la guerra. Espero que usted tampoco tenga ninguno- un estruendo sordo sonó

a lo largo de la barcaza de batalla cuando empezó una andanada por parte de los cañones principales, de proa a popa, creciendo más y más en intensidad. Reverberó a través del pasillo hacia la cámara de misión mientras las baterías en la cubierta inferior abrieron fuego, enmascarando la respuesta de Remercus.

Momentos después, el bombardeo de retorno desde el Terminus Est se estrelló contra Descenso de la Ira. A pesar de la égida proporcionada por los escudos de vacío, la barcaza de batalla fue sacudida por el impacto de los enormes proyectiles, misiles y plasma. Un aperitivo de pura violencia que casi tiró a Corswain al suelo.

-Lamentablemente, debo terminar mi transmisión, Presidente General. Asegúrese de no dejar que la Guardia de la Muerte ponga un pie en su mundo, he visto de primera mano la miseria que seguramente le seguirá.

-¡Espere!- espetó Remercus. **-Espere un momento. Déjeme pensar.**

-No hay más tiempo para pensar, sólo queda tiempo para actuar. Yo ya lo he hecho. La primera vez que detectamos la Guardia de la Muerte tuvimos la oportunidad de atacarlos retirándonos de la órbita, pero eso habría dejado a su flota en una posición totalmente vulnerable. Por mis acciones a desplazado sus transportes fuera de la trayectoria del enemigo y he atraído a ese enemigo dentro del alcance de sus cañones orbitales. Lo que usted decida hacer a continuación pesara exclusivamente en su propia conciencia.

-¿Es este un truco de algún tipo? Espera poder forzar la mano, ¿con un chantaje?

-No hay ningún truco, ni chantaje o coacción. Voy ahora a la batalla en nombre del Emperador, el León y la Primera Legión. Me siento con suerte al hacerlo, ya que si el Imperio se impone entonces nuestra memoria y sacrificio serán honrados.

Las enormes puertas que conectan la cámara de misión con las bahías de lanzamiento se abrieron, con un sonido de molienda sobre sus pesados rodillos, revelando las Thunderhawks y Stormbirds listas para su lanzamiento. Corswain levantó el puño haciendo una señal a los Marines Espaciales a su alrededor, pero sus palabras se perdieron cuando otra andanada de fuego se estrelló contra la barcaza de batalla. Los mamparos y tensores se sobrecargaban, chillaban y gemían por el castigo al que se veían sometidos, pero se mantuvieron firmes.

Corswain se estabilizó. **-En dos minutos mis naves de ataque estarán en ruta**

hacia el enemigo y su fuego nos golpeará a nosotros con más probabilidades que a ellos.

-Entonces, ¿qué quiere que haga?

-Presidente General, ¡dispare sus malditas armas ahora!

Corswain arranco el transmisor remoto de su conexión en su servoarmadura y lo arrojó sobre la cubierta**. -Belath, ¿estado?-** preguntó por el vox interno.

-La preparación para completar el embarque terminara en treinta segundos. Los pilotos han sido informados con los patrones de ataque. La flota está realineándose para el contraataque.

-Nos vemos a bordo del Terminus Est, hermano. Muerte a los enemigos del Emperador.

-Aye (por supuesto, dalo por hecho, cuenta con ello, es un Sí especial de los Marines, nt). **¡Muerte a todos ellos!**

Corswain fue el último en subir la rampa del Stormbird, su guardia de honor ya estaba asegurada en sus arneses. Se abrió paso por delante de ellos y se sentó en la cúpula de mando especialmente equipada, junto a la cabina del piloto.

-Todas las naves de ataque, preparadas para el lanzamiento a mi orden.

El zumbido de los motores del Stormbird, aumentó de tono cuando el piloto desacoplo los anclajes de conexión. Corswain estaba a punto de emitir la señal de puesta en marcha del ataque cuando su vox intervino con un mensaje entrante urgente. Era Urizel.

-Senescal, ¡las plataformas de defensa están abriendo fuego!- el capitán que supervisaba los sensores sonrió. **-¡El fuego está dirigido hacia las naves de la Guardia de la Muerte!**

Corswain absorbió esa noticia sin reaccionar, no estando seguro de que hubiera llegado a tiempo. Se quedó quieto por un momento, con los ojos cerrados. **-¿Y el enemigo? ¿Qué están haciendo?**

-Alejándose, senescal. La Guardia de la Muerte está rompiendo su ataque.

Dejando escapar un largo suspiro, Corswain abrió los ojos. Quería mantener la ventaja mientras estuviera con él, pero sabía que fuera del alcance de las

defensas orbitales, la Guardia de la Muerte tenía más que suficiente para terminar con sus naves y las del Ejército Libre estaban demasiado lejos para intervenir de una manera significativa.

-Orden a toda la flota. Detened la persecución- le dolía tener que decir esas palabras, pero no podía permitirse el lujo de sacrificar a más de sus hermanos. Las largas hostilidades con los Amos de la Noche habían pasado factura y cuando veinte mil legionarios partieron junto con el León, los Ángeles Oscuros se quedaron con una fuerza bastante mermada, mucho menor de lo que había sido tres años antes. -**Mantened posiciones. Anulad el lanzamiento.**



SIETE

Belath entro en la cámara con una conducta que denotaba arrepentimiento, acudiendo a la llamada de Corswain. El Señor del Capítulo mantuvo la mirada baja, las manos entrelazadas en la cintura.

-Ofrezco mis más sinceras disculpas por haber disentido, senescal. Fue una falta de respeto e indigno por mí parte.

-Lo fue- acordó Corswain, cruzando los brazos. Su silla crujió cuando se inclinó hacia atrás. **-Yo no soy el León. No puedo ser el líder que él era. Sin embargo, exijo que se respete mi mando. Soy el senescal del Primarca, su voluntad y su voz. ¿Ha quedado claro?**

-Absolutamente, senescal- se inclinó Belath, finalmente, encontró la mirada de Corswain. El Señor del Capítulo sonrió. **-Ha demostrado ser digno de la elección del León con la forma en que se ocupó de este asunto, debo confesar, que por un momento pensé que su estrategia de persuasión había fracasado.**

-Yo estaba convencido de que también- dijo Corswain.

La expresión de Belath era de shock. **-¿Quieres decir que de verdad tenía la intención de abordar el Terminus Est? ¿Qué no era sólo una estratagema para obligar a los disidentes a aliarse con nosotros?**

-No he tratado de engañar a nadie. Mi intención era tal como ordene.

-Sé que el Primarca ordenó que nos enfrentáramos al enemigo en todo momento, ¿pero estaba realmente preparado para sacrificarse con todos nosotros por los malditos separatistas?- Belath parecía más incrédulo. **-Admiro su noble propósito, hermano, pero no puede extender el honor hasta romperlo.**

-Por lo que a mí respecta, el Ejército Libre puede pudrirse aquí, con su soledad- dijo Corswain. **-Ellos son tan malos como los traidores y no podemos desperdiciar nuestros recursos en ellos. No me quedé por el pueblo de Argeus. Me quede por sus transportes y cañoneras.**

La expresión del Señor del Capítulo expresó su confusión mejor que cualquier pregunta.

-Tenemos que recuperar nuestra fuerza, Belath. Necesitamos más guerreros.

-¿No estará pensando en el Ejército Libre? Aunque trescientos mil soldados… no es precisamente una pequeña fuerza.

-Eso no es nada en comparación con otros veinte mil legionarios- Corswain disfrutó de la expresión de confusión de Belath. **-Va a requisar los transportes, Belath, bajo mi autoridad. Mientras, yo volveré con la Legión para continuar con la búsqueda del Lobo.**

-¿Y cómo llenarlos?- Belath descruzo y extendió las manos, mostrando sus palmas vacías. **-¿Dónde espera que encuentre a tantos Marines Espaciales armados y listos para la guerra?**

Corswain sonrió.

-Dónde han estado esperándonos desde hace muchos años, Belath. En Caliban.

FIN

EL DESGARRO

(The Harrowing)

ROB SANDERS
TRADUCCION RABUSA
CORRECCIÓN ICEMAN



UNO

Que sea revelado, en elapsid/nullus-beta (Transcurrido/nada-beta, todos los elapsid del relato van acompañados de una unidad de tiempo del Mechanicus, nt), Dartarion Varix de la Primera Cohorte (Hort en el original), Tercera Garra (Harrow en el original) y 'Comandante de Ataque' de la Legión Alfa, permitió que sus corazones latieran de nuevo al ritmo de la guerra. Unidad operativa 55/Phi-silon observa los subsecuentes inicios de la misión, manteniendo al tiempo una completa integración noosférica y háptica.

Gamma, delta, épsilon... comenzar.

Nuevo destino: Carguero-arca superpesado del Mechanicum, el Omnissiax, registrado como salido de los astilleros Heliodyne con fletes para mundos forja en las rutas de navegación Dextura. En el momento de iniciar la acción, el Omnissiax se halla bajo el mando de Maestro de Arca Manus Cruciam, con el Magos Dominus Oronti Praeda asignado a las medidas de seguridad y el Collegium-Mandati Jerulian Hax responsable del transporte de la "carga del templo" (temple-freight en el original) y cumplimiento de rituales. Carga-deífica inspeccionada en Heliodyne y registrada como Grupo de Batalla Titán Astramax de la Legio Perennia, recién salido del templo-forja Gallileon, en Bronta-Median.

Mundos rotos en nombre del Dios-máquina: ninguno.

Bajas confirmadas causadas por el enemigo: ninguna.

'Princeps Superior Majoris' Alvar Pallidon del Titán Abyssus Edax, clase Warmonger. Destino del tributo registrado en Bronta-Median como el Sistema Solar. Los manifiestos catalogan máquinas de asedio Ordo Reductor, doscientos carros de combate y transportes blindados de diversos tipos listos para reparto de la fuerza, así como quinientas armaduras de batalla Mark IV Legiones Astartes de batalla, destinadas a la VII Legión. El recién nombrado Fabricante General Kane recibirá personalmente la carga en Terra.

Viaje estimado: dos meses solares.

Tránsito interrumpido a los veintidós días de viaje después de la recepción de los nuevos pedidos y subrutinas de Gaius Trasq, Fabricator Ancillaris, el Omnissiax y el crucero ligero de escolta del Mechanicum Dentilicon ordenó salir de la disformidad en el Sistema Gnóstica y presentarse en el mundo guarnición de Callistra Mundi.



DOS

Patrulló la abovedada cámara de carga de una de las muchas sub-bodegas del carguero-arca. Mi verdadero nombre fue olvidado hace largo tiempo, pero mi designación es 55/Phi-silon. Soy un sparatoi, un "hombre sembrado" (sown man en el original) y agente operativo de la Legión Alfa. Modifico mi disfraz: Máscara-ocular, capa hecha jirones, paquete de baterías y rifle laser bloqueado. Me presento como un tecno-esclavo del Mechanicum, uno de los miles en toda la vasta nave, asignado a la seguridad de a bordo y a la patrulla que entumece la mente entre las bodegas del buque.

Mis mejoras son reales. Mi disfraz. Mi sacrificio. Mi mente, sin embargo, sigue siendo mía. La Legión Alfa necesita agentes que pueden pensar por sí mismos. Fui esclavo de la XX Legión mucho antes de pasar bajo las hojas de sierra de augurnautas y cirujanos cibervidentes, presentándome voluntario para las cirugías de adaptación que completarían mi disfraz.

Me arrodillo ante el arte y la artesanía de la armadura de batalla de las Legiones Astartes. Filas y filas de trajes sin pintar. Sus sistemas esperan designación y el honor de los colores de la Legión. Son abrasadoramente nuevas. Extendidas a través de sus filas hay trajes que aún lucen sus lonas de control de calidad y muestras de prueba en Bronta-Median. La tela aletea con las perversas corrientes de aire que afectan a un buque del tamaño del carguero-arca.

El ejército de trajes vacíos es realmente una maravilla. Una expresión bendita de la voluntad divina del Omnissiah. Para un observador, sin embargo, tal reverencia podría parecer extraña o fuera de lugar en un miserable esclavo, es por eso que desfasé el auspex y las solitarias lentes de suministro de imágenes de seguimiento en la cubierta, antes de redirigir los servidores programados para inventariar la sub-bodega.

-Informe- ordena Dartarion Variz.

Al igual que los cincuenta legionarios Alpha de su veterana cohorte (demi-hort en el original), está oculto. Todos son armas vivientes, ocultas y mortales. Al igual que el colmillo retraído dentro de las mandíbulas de una serpiente, están cebados con muerte, preparados para manifestarse, esperando el momento de atacar.

Ese momento es ahora. Una de las servoarmaduras cubiertas por la lona se

mueve.

Luego otra. Y otra.

No todos los trajes están vacíos. Ahora que su Comandante de Ataque ha roto el protocolo 'dissimulatus', los veteranos legionarios Alfa de la Primera Cohorte, Tercera Garra pueden revelarse. La auto-sugestión actúa. La membrana implantada de animación suspendida del físico transhumano de los legionarios responde. Su estado de animación suspendida se quiebra. Permite latir a sus corazones una vez más.

Despuntando de las filas de trajes inmóviles, legionarios blindados de la Legión Alpha comienzan a moverse. Rasgan las lonas que cubren sus figuras acorazadas para revelar el azul índigo y la llamarada azul claro de sus placas, la serpentina iconografía que se enrolla sobre sí misma en las extremidades de sus servoarmaduras, y un resplandor infernal en la óptica arde con vida.

-¿Ha estado monitorizando, mi señor?- le pregunta ésta unidad.

-**Lo he hecho.**

-Entonces sabe que nuestro traslado por la disformidad está completado.

-Lo sentí.

Un legionario se acerca, casi indistinguible de sus hermanos.

-Comandante de Ataque.

-Primero- Varix le reconoce. -**¿Su anfitrión está listo?**

-Siempre, mi señor. Permiso para asegurar la sub-bodega.

-Autorizado.

-El Omnissiax está pasando a través de un campo de escombros de restos de roca remanentes acercándose al borde del Sistema Gnóstica- informo a través de las modulaciones de mi máscara-cráneo remachada. Como yo, los legionarios Alfa rompen la formación, esparciéndose por toda la sub-bodega. Pistolas bólter, modelo Umbra, y cargadores curvos como guadañas, de diversos tipos de munición, se reparten desde cajas de carga, mientras que los mamparos y puertas blindadas son asegurados.

-¿El sistema se halla en disputa?

-Motín en todo el planeta de Callistra Mundi, el mundo primario del sistema- continúo. -**Mundo guarnición de la auxilia** (termino militar, se refiere a tropas auxiliares, nt) **Imperial y fondeadero de la flota.**

-¿Quién dirige la rebelión en nombre del Señor de la Guerra?

-No le va a gustar.

-Los objetivos de mi Primarca se han comprometido y mis parámetros de la misión expandido más allá de las competencias de las fuerzas a mi disposición. ¿Qué hay que me pueda gustar?

-Vox de misiones y noosféricos de largo alcance traicionan signaturas legionarias encriptadas.

-Legión Alfa- confirma Varix.

El Comandante de Ataque toma ésta revelación sin alterar su zancada. Incluso para mi cerebro afligido por el cogitador es una sorpresa. ¿Se han enredado las cabezas de la hidra?

-**Tal vez ellos también están más allá de sus parámetros de misión**- sugiero, pero Varix sigue adelante.

-**No**- dice. -**Esto es algo diferente. ¿Estado?**

-Es un desastre- admito -**tal vez, como su comandante pretendía. Fuerzas en tierra, aire y vacío están declarando por el Emperador o el Señor de la Guerra.**

-¿La Legión?

-Sin avistamientos o capturas de imagen informadas- le digo. -**La Legión Alfa en Callistra Mundi todavía tiene que revelarse.**

-Lo harán- me asegura Varix. -**El Omnissiax...**

-Ha sido redirigido para desplegar sus dioses-máquina- informo al Comandante de Ataque. -**El grupo de batalla es para aplastar la rebelión.**

-Bueno, no podemos permitir eso- dice Varix. Sus palabras vienen guarnecidas con un humor negro. -**Tenemos que dar al menos a mi hermano-comandante una oportunidad. Él apenas ha comenzado.**

-Perdóneme, Señor- me arriesgo **-pero estoy más preocupado por nuestra propia disposición. El Omnissiax será encontrado e interceptado. Traidores y lealistas buscarán aprovechar su apocalíptica carga.**

-Bueno, eso es exactamente lo que espero- dice el Comandante de Ataque. Ya está varios pasos por delante de mí. **-¿Está el Dentilicon todavía con nosotros?**

-Si mi señor.

-Primero- llama Varix.

El oficial de la Legión Alfa reconoce a su comandante.

-Listo, mi señor.

-Ésta carga nunca alcanzará el Sistema Solar como estaba previsto- nos dice Varix a ambos. -**No vamos a llegar a Terra, la necesidad aquí es grande. El grupo de batalla, sin duda, será absorbido por el conflicto. Estoy autorizando objetivos secundarios e iniciando una acción privada pseudaspis de una serie de cuarenta y cuatro respuestas tácticamente antiphonus.**

-Sí, mi señor.

-Estoy promulgando estos protocolos de contingencia y persecución de objetivos secundarios bajo mi propio reconocimiento. Reemplazan las órdenes de mi Primarca. No necesito vuestra concordancia, pero para que conste, os informo.

-Pseudaspis, sí- se muestra de acuerdo el primero.

Asiento con la cabeza también. -**El Omnissiax lleva una considerable fuerza de escolta, mi señor. No están equipados para esto**- Dartarion Varix asiente con su casco lentamente. -**Además, las fuerzas lealistas tienen presencia en todo el sistema. Al menos nueve cruceros y escoltas surtidos.**

-Debidamente anotado, pero eso no nos detendrá. La orden está dada. El carguero-arca debe ser tomado. Active a nuestros agentes. Todos los legionarios están autorizados a llevar a cabo protocolos de disparo a matar. El Mechanicum es nuestro enemigo. Vamos a explicarles éste hecho con una fuerza abrumadora. En una hora, quiero el Dentilicon neutralizado, y, al Omnissiax y su carga útil en manos de la Legión Alfa. Nadie debe saber nunca que estuvimos aquí. No puede haber supervivientes del Mechanicum. ¿Está claro?

-Sí, mi señor- le respondo.

Su lugarteniente saluda. -**Sera hecho.**

-Entonces comencemos.



TRES

Son pocos los que han experimentado un asalto de la Legión Alfa y han

vivido para informar de ello. La XX Legión no deja testigos a su paso sin una buena razón. Una combinación devastadora de imaginación, coordinación impecable y crueldad calculada son las señas de identidad de su marca particular de guerra. Disimulan. Desorientan. Luego, con los recursos de su enemigo y los nervios estirados hasta el punto de ruptura, inician un ataque final tan abrumador en pura fuerza e implacabilidad táctica, que los esfuerzos de sus enemigos para resistir se colapsan como una estrella moribunda.

La guerra se convierte en aniquilación. La batalla se convierte en masacre. Al igual que una ecuación algebraica que tiene que ser resuelta, la Legión Alfa acaba con sus oponentes hasta el último hombre, a menos que conciban alguna utilidad nefasta para aquellos que están a su fría merced.

Para el capturado, estos son a menudo destinos peores que la muerte en el campo de batalla.

En elapsid/rho-nu-alfa, el Maestro de Arca Manus Cruciam y sus fuerzas del Mechanicum, comienza el asalto. Al hacer uso de los conductos noosféricos de la nave, ésta unidad deduce que el escriba sancionado Quorvon Krish acaba de completar la transcripción eco-plasmática del astrópata Herontius del último mensaje del Fabricator Ancillaris, cuando siente una atroz punzada de dolor en su mandíbula. Como uno de los agentes sparatoi de Dartarion Varix, Quorvon Krish ha sufrido un implante en su diente que recibe señales y transmisiones en código. Utilizando primitivos espectros electromagnéticos que no han sido empleados por el Mechanicum en miles de años, las transmisiones es poco probable que sean rastreadas o interceptadas. Cada descarga de electricidad a través del hueso corresponde a las letras de un alfabeto cifrado, en términos de longitud y secuencia. Es un método eficaz, pero agonizante, de coordinar las fuerzas de la Legión Alfa ya 'in situ' a bordo del Omnissiax. Esto permite la flexibilidad necesaria requerida en una acción de la Legión Alfa.

B-A-J-A-R E-L T-E-L-O-N

En elapsid/sigma-lambda-digamma se ve sacar a Quorvon Krish una diminuta pistola automática de su túnica, conectar un supresor y acribillar a Herontius Vame con desordenados agujeros. Debe sentirse bien. Krish puede permitirse eso. Él es el doble de telépata de lo que el truculento Vame era o sería jamás. Lady Gandrella, que es un poco mejor, también se encuentra con el 'staccato' de disparos sordos, como su Tecno-Acólito Hadreon a su regreso del trabajo en los registros visuales, y los escribas sancionados Ransistron y Ezrail.

P-R-O-V-O-C-A E-L S-I-L-E-N-C-I-O

Exactamente al mismo tiempo, el Transmecánico Nedicto Orx recibe su activación y órdenes. Estrangula a su suplente ("locum" en el original) con el eje de un martillo de engranaje y luego aplasta la cabeza a su equipo de

servidores 'transmat'. En elapsid/sigma-pi-épsilon, el conjunto de comunicaciones de largo alcance del carguero-arca ha sido fundido mediante plasma, y el repetidor de Vox es un lío destrozado por el martillo de engranaje.

En los siguientes cinco elapsid, el Omnissiax sufre una serie de catástrofes como no ha conocido su historial operacional en mil años de servicio.

Fugas de radiación estallan en la cubierta cuatro y en las sub-cubiertas de la cinco a la ocho. Cámaras de refrigerante de reserva para el motor de plasma del carguero-arca son evacuadas, partes inundadas por el frío de la sección de ingeniería y el inicio de una secuencia de otras averías. Por un momento, las bobinas de torsión, refrigerándose después del traslado por la disformidad, registran un repunte en el campo Geller tan profundo que el magos del empíreo inicia un paro de código bermellón de todos los sistemas y secciones asociadas. Un pulso electromagnético en la célula de ionización de núcleo abierto causa pérdidas esporádicas de energía y de transmisión vox, a través de todo el carguero-arca, mientras que la gravedad artificial experimenta un flujo de calibración inexplicable y continúa haciéndolo, reduciendo o intensificando la acción hasta en un veinticinco por ciento en diferentes partes de la nave. Varios cierres de vacío exteriores, situados a babor y estribor, estallan transformando vías de acceso y cámaras, en una vorágine aulladora con un laberinto de mamparos de emergencia cerrados. Bancos de Runas transmiten falsas probabilidades, indicando que la brecha en el casco fue probablemente causada en el Omnissiax al pasar por una tormenta de partículas, probablemente la estela de un cometa en desplazamiento.

En elapsid/tau-xi-alfa, los sacerdotes, Visio-ingenieros y auto-sabios corriendo por la nave se hallan oficialmente superados por la miríada de calamidades que afligen ahora su nave.

La logista Minora Auxabel no es una de ellos. Está haciendo exactamente lo que se supone que debe hacer dadas las circunstancias: asimilar rápidamente la tormenta de datos de sus motores de cifrado y sacar conclusiones lógicas. Elapsid/tau-xi-theta, transmite su evaluación al Maestro de Arca Manus Cruciam y al Magos Dominus Oronti Praeda.

Conclusión: el Omnissiax se halla bajo ataque.

En tales circunstancias, el mando general revierte al Magos Dominus. Ni siquiera hay necesidad de una discusión.

Con toda probabilidad se juzga que el objetivo del ataque tiene que ser la preciosa carga del carguero-arca, en lugar del propio carguero-arca, lo que hace superflua la autoridad de Manus Cruciam para las prioridades de mando. El Maestro de Arca asume su lugar con la logista Auxabel. Su deber

es conseguir que el Omnissiax sea completamente funcional, tan pronto como sea posible. Con la transmisión vox y noosféricos de todos los esclavos de seguridad, servidores de armas y servo-cráneos itinerantes parcheados a través de las comunicaciones de la fuerza de guardia de Oronti Praeda, los movimientos del enemigo son transmitidos entonces directamente a la Legión Alfa a través de sus agentes sparatoi situados de forma oculta.

Agentes como esta unidad, 55/Phi-silon.

Como el Comandante de Ataque predice, el Magos Dominus no pierde el tiempo en seguir sus propios protocolos y adoptar medidas cautelares. Los ordenamats se apresuran hacia las cercanas cubiertas (short-decks en el original) de armas, y la escasa dotación de cañones defensivos del carguero-arca es cargada y activada. La seguridad en el puente se triplica, y la fuerza de guardia de esclavos del templo del Collegia, tropas de asalto Thallaxii, autómatas de batalla de la Legio Cybernetica y tecno-guardias de la Séptima Célula-Centinela Entropriada se dirigen a toda prisa a las secciones de carga útil y las bahías de carga. Al ver que son guiados por el veterano Skitarii Archi-Tribuno Dynamus Koda y canalizados a través de las secciones y los pasillos accesibles, Dartarion Varix envía a sus legionarios Alpha a su encuentro.

En elapsid/omega-xi-zeta ocurre el primer intercambio oficial de disparos entre las Legiones Astartes a bordo del Omnissiax y las fuerzas leales del Mechanicum. Psi-Sigma IV-de-XI pierde su vida aumentada artificialmente frente al legionario Phasal Scolton de la Primera Cohorte, Tercera Garra. Como un auspex viviente, Psi-Sigma IV-de-XI había dirigido escuadrones Skitarii avanzados de la Séptima Célula-Centinela Entropriada a través de los domicilios de la tripulación. Scolton había ordenado usar lanzallamas en los cuartos antes de hacer que sus legionarios se retirasen. A medida que avanza la fuerza de guardia del Mechanicum, el intenso calor y las llamas vuelven las principales frecuencias Auspex inútiles. La Legión Alfa se retira al interior del infierno, su armadura ofrece más protección contra las llamas de la que sus enemigos pueden esperar.

Poco a poco, con calma, el legionario Scolton se inclina alrededor del ápice del pasadizo y lleva su pistola bólter al nivel de la encapuchada cabeza, de óptica bulbosa, de Psi-Sigma. En el momento que el constructo está listo para confirmar una señal de vida, el dedo de Scolton está en el gatillo.

La explosión de los disparos de bólter corta directamente a través del auspex viviente, antes de masticar a la Entropriada Skitarii detrás que escuda sus vulnerables partes orgánicas de las llamas. La Legión Alfa teje su camino con confianza a través de los domicilios en columnas alternas, golpeando sus hombreras contra la cubierta mientras vigilan a los que se le oponen a medida que avanzan. El avance táctico coreografiado es algo de una belleza serpentina. Fuego de plasma escalonado y rayos láser cortan a través de las

llamas desde las disciplinadas filas de los Skitarii, pero la Legión no será negada. Su avance es criminalmente económico. Cada cegadora lamida de llama y cada pedazo obstructivo de la cubierta es su aliado.

La Entropriada, sin duda veteranos de su propia clase, hacen lo único que un enemigo de la Legión Alfa puede hacer.

Mueren.



CUATRO

En elapsid/khi-nullus-delta, el Archi-Tribuno Dynamus Koda ha visto suficientes signos de vida desvanecerse en su pantalla intracraneal para mandar a los autómatas de batalla Castallax del 13º Manípulo Proxim/ Mephistra a las llamas.

Varias cubiertas por debajo y corriendo en paralelo al avance de Phasal Scolton, Dartarion Varix y un escuadrón de los legionarios veteranos de la cohorte vadean a través del refrigerante en las sub-cubiertas inundadas. Yo estoy con ellos. La almibarada oscuridad de las cascadas de fluidos pasa a través de los niveles mientras escotilla de mantenimiento en el suelo tras escotilla saltan y la Legión Alfa se abre camino a través de la nave.

Hay encuentros. Servo-drones se precipitan hasta los corredores, llenando secciones con lámparas intermitentes y el ulular de las bocinas. Grupos de servidores armados marchan en su camino con indiferencia cibernética, una vista desagradable con los aumentos y la carne colgando. Mientras formaciones de cobertura son mantenidas y los bólters dirigidos, Varix hace que sus legionarios se retiren a cubierto o se hundan en las sombras. Todos los constructos a bordo del buque del Mechanicus morirán, puesto que el Comandante de Ataque así lo ha ordenado, pero a la Legión Alfa no se les da momentos de imprudente oportunismo. El fin no planificado de un enemigo podría poner en riesgo el final meticulosamente dispuesto de mil enemigos más. No hay gloria en la muerte individual, sólo el honor comunal de una acción victoriosa ejecutada a la perfección.

Una vez abajo en las entrañas de la nave, el antiguo lodo de la sentina mancha sus botas blindadas, llevo a mis amos de la Legión Alfa a lo que en el banco de esquemas está etiquetado como el nexo de distribución del tronco de proa de la quilla. En un diagrama de rejilla no es nada más que una fuga

de energía de 90/120 peta-vatios asociada a una unidad de descarga averiada que era la 4,263ª de 16.457ª en un programa permanente de reparaciones de mantenimiento, y programada para ser tratada después de la travesía. De pie delante de ella en el lodo helado, con gas methalon a la deriva a través de sus filas como una niebla de páramo, la Legión Alfa encuentra lo que están buscando.

Una tienda isotérmica improvisada con diez crio-cápsulas. Un equipo de agentes sparatoi la han situado en lo profundo de la nave. Me pongo a trabajar de inmediato, iniciando un deshielo rápido. No hay permanencia en la ceremonia. Varix y sus legionarios también arriman el hombro, desconectando tubos y cables, trayendo a su propia tripulación de Titán de vuelta desde el borde de la semi-muerte.

-¿Cuánto tiempo?- exige Varix.

-**Una vez fuera de contención**- le digo -**El Princeps Darrieux y su equipo están programados para tener dos horas con Abyssus Edax para los ciclos básicos, la interconexión y la práctica espiritual.**

-¿Cuánto tiempo para simplemente enchufarse al dios-máquina?- me plantea el Comandante de Ataque.

-¿Qué es lo que necesita, mi señor?

-Únicamente funcionamiento automotriz y sistemas de armas- insiste Varix.

-**Cuarenta y cinco...**- la óptica de ojos muertos del yelmo del Comandante de Ataque giran hacia mí. Apresuradamente reviso mi estimación. -**Veinte minutos, mi señor.**

-¿Tiempo transcurrido desde el comienzo de la misión?

-Elapsid/khi-rho-iota-épsilon- le dice un legionario.

Con el ciclo de descongelación iniciado, Varix y su cohorte de veteranos comienzan a salir de la cámara y a empujar a través de la sentina del carguero-arca.

-**Explique al Princeps Darrieux las nuevas limitaciones de nuestra situación**- me dice Varix. -**De acuerdo con sus órdenes originales, traerá a su equipo a través de los conductos del colector de aceite del templo-forja. Mis legionarios se ocuparán de la guardia del templo y le darán la distracción que necesita para llegar al Titán. Quiero el Abyssus Edax operativo y listo para llevar a cabo secuencias de disparo en veinte minutos. ¿Entendido?**

-Sí, Comandante de Ataque.

-Cuando todo esté hecho, tráeme al telépata Quorvon Krish.

Con eso, Dartarion Varix se ha ido.

En elapsid/khi-tau-kappa-delta el Omnissiax se halla en un estado de caos controlado. Aunque ni a los legionarios de la XX ni a los constructos del Mechanicum se les dan tales descripciones, sigue siendo un hecho innegable que el carguero-arca está sufriendo una cascada de averías mientras está siendo desgarrado desde el interior por los tiroteos y explosiones que se mueven a través de las cubiertas.

Para el Magos Dominus Oronti Praeda y la Logista Minora Auxabel el ataque sorpresa es una repentina afluencia de nuevos datos a tratar con una evaluación fría y continua. Para el Comandante de Ataque Dartarion Varix es la satisfacción negada: La promesa de la victoria en cada estallido y grito. La perfección del clic metálico de un proyectil cargado en la recámara, la rápida unidad mecánica de todas las partes trabajando juntas y que actúan como una sola. Muerte premeditada. La comprensión repugnante del objetivo a la vista. La desorientación del atronador anuncio de la boca del arma. La conmoción. El dolor. La rica futilidad del momento en que el enemigo sabe que está acabado. Luego, la pulcritud y el arte de la muerte. Sólo entonces la matanza llegará a su fin y la Legión Alfa se permitirá el calmado orgullo, y tal vez incluso el placer, de informar de una misión cumplida.

Y así, el caos incesante se desarrolla. He enviado a la tripulación del Titán con sus órdenes. El telépata Quorvon Krish está a mi lado. Juntos informamos a nuestro Comandante de Ataque.

En elapsid/khi-upsilon, los tecnoadeptos del 13º Manípulo de la cohorte Proxim/Mephistra informan de pérdidas inaceptables en los domicilios de la tripulación. El análisis posterior atribuiría éstas pérdidas a una combinación ganadora de munición ‘Banestrike’ (Éstos misteriosos proyectiles se cree que han sido desarrollados en secreto por la Legión Alfa durante la Gran Cruzada. Su único propósito parece ser el de romper la ceramita de las servoarmaduras de los Marines Espaciales, nt), destrozando su camino a través de la placa y mecanismo de los autómatas, y experta puntería. En particular, letales disparos dirigidos a la cubierta craneal de los constructos y al vulnerable córtex neural por debajo. El Archi-Tribuno Dynamus Koda se ve obligado a cerrar una vez más las brechas creadas por los autómatas Castallax caídos con Skitarii de la Séptima Célula-Centinela Entropriada. La situación se vuelve tan grave que el propio Archi-Tribuno debe tomar las armas. Han pasado seis años, doscientos catorce días y doce minutos Terranos estándar desde que el comandante Skitarii ha disparado, personalmente, un accesorio cibernético.

No recibe el honor de hacerlo de nuevo.

El legionario Phasal Scolton revienta la parte posterior de su cabeza con una económica ráfaga desde una posición oculta en los rincones oscuros de una cabina de mantenimiento. El cráneo y fragmentos de tecnología intracraneal

rocían el pasaje. Hacia elapsid/khi-upsilon-kappa-theta, la propia firma auspectral de Koda se confirma perdida y el centinela Skitarii Inx Voltar es rápidamente ascendido al rango de Sub-Tribuno. Ante la insistencia del Magos Dominus Praeda, el primer acto registrado de liderazgo de Voltar es ordenar que la Entropriada se retire a la bodega de proa. No es considerado un acto decoroso por el Sub-Tribuno, pero a pesar de todo cumple con sus protocolos.

Al mismo tiempo que la masacre imparable continúa rodando a través de los domicilios de la tripulación, la Logista Minora Auxabel recibe una confluencia de datos de nuevas hostilidades. Cobertura de vigilancia limitada identifica contingentes enemigos vistiendo armaduras de batalla Mark IV. Informes fragmentados dan testimonio de rango, las insignias y los colores de la Legión. Auxabel calcula para el Magos Dominus sólo un treinta y siete punto seis por ciento de posibilidades de que el enemigo pertenezca a la XX Legión. Ésta estimación está basada en capturas-testimonios incompletos, y la poca información que los bancos de runas del Mechanicum mantienen sobre historias operacionales de la Legión durante los movimientos recientes de la Gran Cruzada. Sin embargo, es la mayor probabilidad a su disposición.

Oronti Praeda exige mejora continua y opciones tácticas, pero la logista tiene poco que darle. Después de haber luchado junto a la Legión Alfa en Cypra Chasmis, el Magos Dominus sabe que la XX favorece el jugar a largo plazo y calcula que la mejor oportunidad para el atribulado Omnissiax es golpear a las Legiones Astartes con todo lo que tienen en un empuje devastador.

A la orden de Praeda, cualquier constructo con una calificación de guerra de cualquier descripción es enviado a la batalla. Son dirigidos a las hostilidades emergentes cerca de la sección del templo forja de la bodega de proa, y las cubiertas de armas auxiliares de estribor, donde se han observado objetivos enemigos entrando a través de cerrojos de vacío averiados desde fuera de la nave. También se dirigen a las cubiertas de vuelo de babor, donde esclavos de seguridad están siendo diezmados entre los esquifes y ambulatorios de carga, y a los sub-niveles donde servidores de armas y electro-sacerdotes del Grupo de Batalla Astramax-asistente "Grex Anbarica" mantener sus posiciones contra los objetivos emergentes de las cubiertas de mantenimiento. A medida que el tiroteo se libra varios niveles por debajo de sus botas, Praeda considera prudente enviar una cohorte Thallaxii de tropas de choque cyborg para aplastar el avance ascendente.

-¿Qué hay de nuestra propia seguridad?- pregunta el Maestro de Arca Manus Cruciam a través del puente, su voz claramente audible para mí a través del enlace noosférico. No es una pregunta poco razonable. Más allá de armamento auspex-dron, sólo los esclavos de cubierta y los motores de guardia personales de Praeda permanecen.

-Nuestra seguridad no- le dice el Magos Dominus **-nuestra supervivencia, depende de que el Omnissiax alcance Callistra Mundi tan pronto como sea posible**- la logista Auxabel señala con un lento cabeceo su acuerdo. -**Preocúpese usted mismo de eso, Maestro de Arca.**

Como un guantelete de ceramita, la Legión Alfa tiene el carguero-arca a su alcance. Con cada constructo aplastado por munición de bólter y cada sección limpiada, Dartarion Varix aprieta su agarre. Legionarios Alpha de la Primera Cohorte, Tercera Garra, tejen su camino a través de la extensión del carguero-arca como serpientes a través de la maleza. Poco detiene su avance, no los esclavos sin alma del buque, ni los autómatas de batalla con sus pesados movimientos y protocolos limitados, como tampoco lo hacen los Skitarii curtidos en la batalla. El Elapsid/khi-phi se convierte en el elapsid/khi-omega. El Elapsid/khi-omega se convierte en el elapsid/betakhi-rho. Con cada segundo que pasa, mueren constructos del Mechanicum. Algunos estallan en pedazos en lluvias de fluido hidráulico y componentes rotos, mientras que otros simplemente caen de rodillas con un ruido sordo mientras legionarios Alpha atraviesan con una única bala de bólter cráneos y cogitadores centrales por igual.

Los veteranos de Primera Cohorte, después de salir de la nave y trepar a lo largo del casco exterior, vuelven a entrar a través de cerrojos de vacío reventados. A medida que progresan a través de la banda de la nave, como un gusano barrenador, abren mamparos ante ellos y evacuan a secciones enteras de constructos guerreros del Mechanicum, que son arrastrados y apresurados por el sendero de aullantes corredores que la Legión Alfa dejó a su paso. Para estos desafortunados sirvientes del Omnissiah, sólo el vacío congelado les llama.

Poco a poco, momento a momento, incluso con informes serios de éxitos rápidos vertiéndose sobre los canales vox, ésta unidad deduce que Dartarion Varix comienza a sentirse poco valorado. Echa de menos los gritos. La súplica parece extrañamente ausente. La intensidad empapada de sangre, la futilidad y la desesperación que la Legión Alfa crea en las fuerzas enemigas se echa a faltar en los fríos y calculadores siervos del Dios Máquina. Incluso mientras Varix y sus legionarios disparan balas de bólter a través de los ojos negros como el petróleo de los servidores y las máscaras de hierro de los tecno-esclavos, los constructos no hacen ningún ruido, salvo el desplome de sus aumentados cuerpos sobre la cubierta. Autómatas de batalla reventados por bólter se detienen como si fueran estatuas, mientras que incluso los psico-adoctrinados Skitarii simplemente emiten un gruñido mientras el aire de su último aliento se escapa de sus pulmones artificiales. El Comandante de Ataque no es un monstruo Nostromano hambriento de miedo, ni uno de los desviados niños de Fulgrim. Los aullidos y angustia de los caídos no son una perversidad para degustar. Para la Legión Alfa, el ejecutar al enemigo, sus

directivas de misión y cumplir con su deber con una habilidad sin igual, prima sobre los gritos de los moribundos, que son simplemente una cortesía profesional.

En elapsid/betakhi-rho-gamma-digamma, el legionario Alpha Duceus Ladon muere estando junto a su Comandante de Ataque. Esclavos soldados en la escalera se apartan para dejar entrar a los Thallaxii, tropas de choque cyborg, acorazadas de pies a cabeza con blindaje de energía. Los crepitantes arcos de sus armas de rayos abrasan hacia abajo por el hueco de la escalera para cocer a Ladon allí mismo, en su armadura. Varix gruñe. Es un desperdicio. Ladon era un excelente legionario, y había servido con él en sus últimos cinco acciones. Varix oye el pesado ruido metálico de los sistemas ambulatorios de los Thallaxii mientras bloquean su posición.

Es la primera de una sucesión de pérdidas para el Comandante de Ataque.

En elapsid/betakhi-rho-omicron-delta se informa que el legionario Argan ha muerto en la bodega de proa, víctima de una granada Skitarii. En elapsid/betakhi-sigma-mu-theta se contempla la muerte de Orman Zalco, desgarrado por las vice-garras de un autómata de batalla Castallax. Segundos después, el Sargento de Pelotón Xantina es abatido a tiros por un cañón giratorio montado en el techo. La materia gris auspectral regresa inesperadamente a la vida cuando Visio-ingenieros en alguna lejana parte de la nave comienzan a reparar algo del daño causado a los sistemas del carguero-arca.

El Mechanicum está desatando todo lo que tiene en un esfuerzo por detener el avance de la legión Astartes. Dartarion Varix no esperaba menos de su comandante. De hecho, se basaba en una respuesta muy estratégica. Los guerreros víctimas de los asaltos de la Legión Alfa eran torturados tradicionalmente, como bestias salvajes acorraladas, heridos y desorientados, eran más peligrosos cuando estaban cerca de su fin. Varix permite que una leve sonrisa encuentre su camino a través de su rostro. Las acciones hablan a más volumen que las palabras. De repente puede ver la emoción contenida de los siervos del Omnissiah en sus respuestas tácticas. Están perdiendo su nave y cada vez están más desesperados. Ya no están seguros de sus datos y ecuaciones. Confían su supervivencia a apuestas y riesgos, incluso si son calculados.

-**Objetivos blindados**- anuncia Varix por el vox.

Inmediatamente, los curvados cargadores son intercambiados en los bólters; las balas Banestrike acabarán en poco tiempo con los acorazados Thallaxii. En la penumbra inyectada en sangre de la escalera con bocinas pitando y lámparas de emergencia parpadeando, al apagar y encenderse, Varix se cubre mientras chorros de rayos estallan más allá de él y por debajo. Los Thallaxii no se mueven.

Las órdenes de la cohorte son claras: Retener a la Legión Alfa en los subniveles. Le llegan informes de lo mismo a través del Omnissiax. Los legionarios Alfa son retenidos en cuellos de botella y pozos, las fuerzas del Mechanicum están afianzándose, estableciendo posiciones fuertemente defendidas. Se necesitaría más que una semi-cohorte para abrirse camino a través de tal pesadilla, sobre todo manteniendo la tasa de muertes que la Legión Alfa había llegado a esperar. Como un jugador de regicida, Varix siempre ha pensado en sacrificar unas pocas piezas individuales como parte de una estrategia mayor para ganar el juego. Esto, sin embargo, sería un desperdicio, una masacre. El Mechanicum ya no tiene intención de destruir a sus atacantes. Esa estrategia les ha salido hasta el momento muy cara, ya que habían sido atrapados en la pulida maquinaria del implacable embate de la Legión Alfa. Ahora su intención parecía ser la de atascar esa maquinaria y esperar los refuerzos que están seguros de encontrar en Callistra Mundi.

Dartarion Varix no puede permitir eso. Además, el asalto está a punto de entrar en su etapa final.

En elapsid/betakhi-upsilon-gamma se toma la decisión, la orden es dada.

-Todos los legionarios- llama a través del canal encriptado -**entren en situación con los contingentes enemigos avistados y luego mantengan su propia posición**- a medida que la rabia relampaguea sobre él como el juicio de un dios enojado, el Comandante de Ataque de la Legión Alfa escucha a los escuadrones dar las coordenadas a las que van llegando. Varix retrae un guante mientras crepitantes energías le alcanzan a través de la rejilla de la escalera. -**Darrieux, dime que tienes eso.**

Lo hace. Los datos se han transmitido. Su voz llega a través del caos, casi ahogada por la incesante tormenta de corrientes anabáricas que suben a través del hueco de la escalera.

-**Abyssus Edax en línea**- le digo desde el puente de mando del colosal Titán Warmonger. **-Moderati Tessera tiene una posición hololítica en las coordenadas recibidas. Confirme solicitud de fuego de apoyo recibida. Prepárense, diez segundos.**

-Sea preciso- ordena Varix. -**Y sea devastador.**

Con explosiones de munición de bólter y corrientes de rayos cruzándose cerca de él, Varix se detiene. Sin duda, goza de la promesa de lo que está por venir, el poder del dios-máquina a su mando. Es en elapsid/betakhi-upsilon-xi exactamente, cuando el asalto está a punto de llegar a su punto culminante.

Dartarion Varix vuelve su atención al canal vox abierto. -**Entrante...**

El Titán abre fuego desde sus abrazaderas de atraque y el tormento de la nave se puede sentir de inmediato. El Omnissiax tiembla con la devastación

desatada en su interior. El sonido es enloquecedor. Cubierta. Superestructura. Casco. Metal estallando y reducido a chatarra. La antigua arquitectura se retuerce y deforma ante la embestida. Agujeros y caminos de destrucción cortan a través del interior del carguero-arca. Incluso a distancia, el sonido de las armas del dios-máquina es un estallido horrible. A través de pasillos, salas y secciones, el rítmico trueno de la colosal pistola Gatling del Titán es oído por la Legión Alfa. La cadencia de tiro es literalmente pasmosa. Las cubiertas se estremecen bajo sus botas. Casquillos de enorme calibre rasgan a través de la nave, diezmando compartimentos completos y a los constructos del Mechanicum que aún así mantienen la posición dentro de ellos. Soldados Skitarii, esclavos y autómatas estallan en el olvido mientras la ira del dios-máquina mastica a través del carguero-arca.

Alrededor de Dartarion Varix, el barco se siente como si estuviera muriendo, como una gran bestia, herida de muerte.

Luego oye el cañón terremoto ("quake cannon" en el original) del Titán.

En las cubiertas de carga, incluso el Comandante de Ataque casi pierde el equilibrio. Como un gargantuesco puñetazo en el estómago asestado en el centro del gigantesco buque, cohetes de artillería atraviesan el buque, destruyendo todo a su paso. Una y otra vez dispara, puntuando el casi constante rugido de la pistola Gatling.

-Botas- pronuncia Varix mientras uno de los proyectiles del cañón terremoto hace estallar un paso a través del casco del carguero-arca. Activando los anclajes de bloqueo magnético en sus botas blindadas, los legionarios Alpha ocupan posiciones mientras el aire, los escombros y los cuerpos, como muñecas de trapo, de esclavos y sirvientes aúllan más allá de ellos, aspirados a través del laberinto de pasillos y siendo expulsados al espacio. Dartarion Varix golpea mi forma esclava contra la pared y me ancla allí. Quorvon Krish recibe un tratamiento similar.

En el vacío no puedo oír nada. Las sirenas son silenciadas, pero la iluminación de emergencia sigue parpadeando, bañándonos en un crepúsculo sangriento. Apenas puedo imaginar la reacción en el puente, y los datos, o la falta de ellos, que deben saludar en estos momentos al adversario, el Comandante de Ataque del Mechanicum. Su gran esfuerzo para encontrarse con su enemigo cara a cara y clavarle en pozos y cuellos de botella se ha convertido rápidamente en una catástrofe. Mientras los contingentes de la Legión Alfa tienen la seguridad de haber confirmado sus posiciones, Abyssus Edax ha diezmado las fuerzas del Mechanicum despachadas para mantenerlos bajo control. Ya extendidas por las calamidades de distracción desatadas por los agentes sparatoi y luego obligadas a repeler un asalto de las Legiones Astartes desde dentro de la propia nave en la que estaban acuartelados, incluso los fríos constructos del Dios-Máquina pueden tener la tentación de

perder los nervios. ¿Tal vez incluso su fe?

No es suficiente. No para la XX Legión. No para el Comandante de Ataque.

Las cabezas de la hidra deben atacar al unísono. La misión no puede ser declarada cumplida hasta que un enemigo desorientado, golpeado desde todos los lados al mismo tiempo y sin esperanza, cae finalmente por la bala de bólter. Mientras la aullante evacuación se convierte en un extraño silencio y la reverberante cacofonía de los titánicos disparos muere lejos en el vacío, Varix hace un gesto con la cabeza a un legionario cercano para que cierre el mamparo detrás de ellos.

-**Informen**- llama el Comandante de Ataque.

Uno por uno, los legionarios a través del carguero-arca se anuncian. Con la presión del aire restableciéndose en la sección sellada, Varix hace que uno de sus guerreros compruebe que los Thallaxii que mantenían la escalera ya no existen. Se confirma con rapidez. Los pisos superiores son un mutilado lio de metal retorcido y cuerpos reventados.

El Comandante de Ataque asiente, satisfecho. -**Todas las unidades converjan en las cubiertas de mando**- dice a través del Vox antes de volverse hacia mí. Luego hace una petición inusual. -**Encuéntrame prisioneros. Tiene que haber quedado algo vivo en este naufragio.**



CINCO

En elapsid/betakhi-sampi-koppa-beta el Magos Dominus Oronti Praeda se desploma en el trono de mando del Omnissiax. Los constructos están a su alrededor en sombrío silencio. El aire está lleno de expectativas. La pérdida de tantos siervos del Omnissiah y el volverse de sus propios dioses-máquinas contra ellos pesa mucho, incluso a los sacerdotes Mechanicum más independientes. Pero ellos no están acabados. Aún no.

-¿El Dentilicon?

-Como se predijo, magos- le informa la Logista Minora Auxabel. -**Nuestro repentino silencio de vox y los daños en el casco la está atrayendo hacia nosotros. Su capitán, probablemente asume que hemos sufrido algún tipo de accidente o avería, y está ofreciendo apoyo como cortesía. No tenemos**

forma de advertirles de lo contrario. Deben tomarse medidas, magos. Incluso el Maestro de Arca Cruciam coincide. No se puede permitir que la Omnissiax y su carga deífica caigan en las manos del Archienemigo.

El cogitador de Praeda arde con las posibilidades.

-**Así se ha ordenado**- les dice, por fin.

La logista hace un gesto con la cabeza a los motores de guardia personales de Praeda, que salen del puente por los ascensores de la cubierta de mando. Durante un tiempo, ningún constructo se comunica en el puente por ningún medio que ésta unidad pueda controlar.

Los bancos rúnicos lanzan chispas y humo. Los Servidores del puente se ocupan de sus asuntos con macabro olvido. Manus Cruciam no dice nada. Fastidiosamente ajusta la configuración en las pantallas rúnicas cercanas. El Collegium-Mandati Jerulian Hax está igualmente en silencio. Son constructos sin propósito. La carga útil de Hax, el Titán, ya está en manos del enemigo, el Maestro de Arca ahora manda una ruina flotante. Miran quirúrgicamente las pantallas, mientras el Omnissiax se desliza a través del delgado cinturón de colosales escombros que rodea el Sistema Gnóstica como un cinturón. En el opaco resplandor de la estrella del sistema, Cruciam ve el pequeño punto que es el disputado mundo de Callistra Mundi, donde el Grupo de Batalla Astramax se haya para demostrar su valía. En cambio, los dioses-máquinas están manchados con la sangre de sus leales creadores del Mechanicum. Se imagina que puede ver las chispas de los combates entre naves caer sobre el mundo.

La fragata ligera Dentilicon ha dado la vuelta y regresan al carguero-arca reduciendo la velocidad de escolta. El crucero ligero marcha a lo largo del Omnissiax con la esperanza de ofrecer algún tipo de apoyo.

En elapsid/gamma-khi-omicron-zeta, el ascensor de la cubierta de mando anuncia su llegada. Esclavos de cubierta apuntan sus armas a las puertas abriéndose, pero es sólo un grupo de servidores horriblemente dañados. Los constructos cojean al entrar en el puente de mando. Parecen confusos y agitados. Una lexmecánica exige sus identificadores.

Su tambaleante silencio llama la atención de la tripulación del puente. La lexmecánica se acerca. Mientras lo hace sus relés ópticos le informan de que los servidores tienen objetos encajados entre los relucientes dientes de cerámica blanca de sus bocas. Su cogitador auxiliar le dice que hay una probabilidad del ochenta y dos por ciento de que esos objetos sean granadas.

Se vuelve para advertir al Maestro de Arca y al Magos Dominus, pero ella no tiene la menor oportunidad. Los servidores detonan al unísono, despedazando el puente de mando y reventando los equipos y constructos

en el puente con las astillas de las granadas de fragmentación.

El Magos Dominus Oronti Praeda se cae del trono de mando. Mientras sacude la funcionalidad de nuevo en sus enlaces de cogitador, oye el pesado ruido sordo del pesado metal de los enemigos blindados que caen al interior del ascensor desde la escotilla del techo. Marines Espaciales con los colores de la Legión Alfa barren hacia adelante a través del humo, sus bólters apuntando y preparados. Sus breves disparos son precisos y económicos. Los esclavos de cubierta que aún viven son ejecutados en el sitio. El armamento dron es reventado hasta la inutilidad e incluso la escolta querubín armada de Jerulian Hax es derribada con un solo disparo en su cabeza.

El Comandante de Ataque Dartarion Varix y los veteranos legionarios de la Primera Cohorte, Tercera Garra han tomado el control del puente, y por extensión, del carguero-arca del Mechanicum, el Omnissiax. Varix se quita su yelmo de batalla para revelar la bronceada piel de su cabeza rapada, el oscuro desdén de las imitadas facciones de su Primarca.

-**Informe.**

Oronti Praeda va a hacer una orgullosa réplica, pero en su lugar responde la Logista Minora Auxabel.

-**Todo va según lo planeado, mi señor**- le dice a su Comandante de Ataque. -**El Dentilicon está marchando al lado y enviándonos lanchas.**

-¿Qué haces?- logra decir el Magos Dominus. Cruciam y Hax miran de manera similar, con absoluta incredulidad, a la logista.

-**Pero el Magos Dominus ha enviado sus motores de guardia a la sección de ingeniería, mi señor**- continúa ella. -**Sus órdenes son detonar la unidad de plasma y destruir la nave**.

Dartarion Varix asiente antes de levantar las cejas hacia Oronti Praeda.

-**Buen intento**- dice Varix al Magos Dominus. Luego habla a Auxabel. -**Haz que Phasal Scolton y su unidad se desvíen para interceptar a los motores de guardia.**

-Muy bien, mi señor.

-¿Nuestras capacidades defensivas?- pregunta Varix con una delgada, irónica sonrisa.

-**Las baterías cortas de babor y estribor, cargadas y listas como medida de precaución**-le dice la logista.

-**Haz que el puente informe a los maestros de las cubiertas de artillería que seguimos estando bajo ataque. Utilice los códigos de autorización del**

Magos Dominus. Se ordena a las baterías que disparen mientras puedan mantener el fuego.

-**Como ordene.**

-Auxabel...- dice Praeda. Mira a la logista, a Quorvon Krish y a mí mismo. Desde mi forma de esclavo desplaza la incredulidad de sus sistemas ópticos hasta el Comandante de Ataque. -**Por favor, tenga misericordia.**

Varix alza un dedo blindado para silenciarlo.

-**Ahí está**- dice Varix, señalando la afligida cara del Magos Dominus.

Mientras el Comandante de Ataque de la Legión Alfa y el magos del Mechanicum se observan el uno al otro, la exigua dotación de cañones del carguero-arca dispara. Es una salva desigual, pero sirve para reventar a quemarropa al carente de escudos Dentilicon, dejando sólo ardiente chatarra en el vacío.

Mientras secciones destrozadas de la escolta se apartan, flotando ante las pantallas visoras de su carga más grande. -**La desesperación. La desesperanza abrumadora. La súplica, quizás no por su vida, tecnosacerdote, sino por las vidas de los demás. Hay pruebas de que nuestro trabajo es nuestra propia recompensa**- dice Dartarion Varix a Praeda.

Entonces el Comandante de Ataque hace un gesto con la cabeza a sus guerreros, y el puente parpadea brevemente con disparos de precisión. En elapsid/gamma khi-sigma-lambda-delta, el comandante enemigo, Oronti Praeda, muere. Como lo hacen Manus Cruciam y Jerulian Hax.

Varix se vuelve hacia Minora Auxabel. -**Así que, recibiste mi mensaje**.

La agente sparatoi da un golpecito en el implante en su diente como respuesta.

-**Buen trabajo**- le dice Dartarion Varix. Asiente también hacia mí y Quorvon Krish. -**Logista Auxabel**- la llama Varix, juguetonamente usando el nombre supuesto de la agente. **-¿Tenemos el control de la nave?**

-Apenas, mi señor.

-Bueno, use lo que tenemos para conseguir que el sistema del Omnissiax quede bajo nuestro completo control. ¿Se ha establecido contacto con el comandante de la Legión Alfa?

-Se han rastreado señales de legionarios- le informa. -**Maestro Desgarrador** ("harrowmaster" en el original) **Armillus Dynat al mando.**

-Armillus Dynat- repite Varix. -**¿Y el levantamiento?**

-Extendiéndose a las lunas circundantes- le dice Auxabel. -**Está siendo presentado como una rebelión, pero los brotes son sistemáticos y traicionan patrones altamente coordinados. El precursor de una acción aniquiladora en todo el planeta, sospecho, mi señor.**

-La Legión se revela- confirma el Comandante de Ataque. -**Si Armillus Dynat manda desde la superficie, entonces es probable que tenga tres o cuatro batallones de legionarios a su disposición, además de estructuras de apoyo sparatoi. Es probable que haya más fuerzas en camino. ¿Astrópata?**

-Tres cruceros pesados de la Legión Alfa confirmados como entrantes en el sistema- brinda Quorvon Krish. **-Y la barcaza de batalla Omicron emerge de las Profundidades Byssda-Escona, llevando más refuerzos**.

Varix asiente con aprobación.

-Maestro Krish- dice al Astrópata **-deseo enviar un mensaje al Maestro Desgarrador Dynat.**

-¿El contenido, Comandante de Ataque?

-Di al Maestro Desgarrador que las fuerzas del Mechanicum y el grupo de batalla, Titán incluido, que se redirigían a aplastar la rebelión en Callistra Mundi han sido neutralizados. Los dioses-máquinas y su transporte están en manos de la Legión Alfa. Infórmale de que su acción ha obligado a un desvío de nuestras directivas de la misión, pero que los objetivos secundarios se han cumplido en... ¿Elapsid?

-Elapsid/gamma-khi-sigma-omicron-zeta- informa esta unidad.

-Con cinco minutos de sobra- termina Dartarion Varix. -**El Omnissiax está en camino para ayudarle y mi veterana cohorte espera tamaño placer.**

-¿Vamos a Callistra Mundi, mi señor?- le pregunto.

-**Lo hacemos**- confirma Dartarion Varix. **-Mi hermano-comandante desea que haya un Desgarro.**

-Mi señor- reconozco.

Un desgarro.

Es algo más que una palabra.

Mis bancos de datos internos lo marcan como significante. Una estratagema.

Es una expresión del arte de la guerra de la XX. Una experiencia, como fiscal y víctima. Confusión. Desorden. Traición. Pánico. Horror. Una fuerza enemiga persiguiendo fantasmas. Nuestros enemigos en guerra con ellos mismos. Observamos mientras exponen sus vulnerabilidades. A medida que se abren

camino de la desesperación a la aniquilación. Se les lleva al punto de ebullición. Entonces, cuando no pueden soportar más, ya que se encuentran al otro lado del altar de nuestra perfección táctica, les sacrificamos a la inevitabilidad. Una tormenta de ataques coordinados. Legionarios Alfa apareciendo desde cada esquina, desde cada sombra, desde detrás de la cara de cada aparente amigo y aliado, bólters ardiendo.

Será una maravilla para la vista el diezmarlos.

-**El Maestro de Desgarro llama a los legionarios de la XX**- nos dice Dartarion Varix -**porque quiere asesinar éste mundo. Mis hermanos, vamos a ser parte de algo muy especial. El Desgarro de Callistra Mundi empieza.**

Casi FIN



La Legión Alpha marcha sobre Callista Mundi

FIN

TODO LO QUE QUEDA

(All that Remains)

JAMES SWALLOW
TRADUCCION RODINA
CORRECCIÓN VALNCAR



La cubierta inclinada bajo mis pies, hacía que caminara como un cangrejo, un pie en lo que solía ser el suelo, otro en lo que era la pared del lado de estribor. La gravedad se había convertido en algo inusual, extendiendo este extraño patrón a lo largo de todos los corredores de la nave.

Tal vez un fallo de funcionamiento de un algún extraño artefacto. No sabía lo suficiente para afirmarlo. No es en ese aspecto donde radica mi experiencia, pero si lo hubiera podido ver, me imaginaría que la gravedad era como montañas de nieve en polvo amontonadas en las esquinas impares de la nave. Nieve como la que había en mi casa, en Nomeah, antes de que se fundiera y llegara el final.

Descarté ese pensamiento y seguí avanzando usando las lámparas de las paredes como asidero, pero teniendo cuidado primero en no romper cualquier electrovela con la culata de mi fusil láser. Los demás mantenían el ritmo tras de mí, podía escucharles a todos ellos, mientras respiraban el frío y pesado aire. No necesitaba ver el color del aura alrededor de sus cabezas para saber que animo tenían, era igual que él mío, rojo de ira y negro de terror.

Sin iluminación interior en la nave, la única manera de guiarse era el hosco resplandor de la cámara situada en el extremo opuesto del pasillo. Largas sombras, oscuras e insondables, llegaron hasta nosotros. Me sentí como si fuera una cosa parasitaría, arrastrándose hasta la garganta de un animal muerto, un diminuto aperitivo para una boca abierta llena de colmillos.

El ruido del metal retorciéndose nos envolvía mientras la estructura de la nave se tensaba y se relajaba continuamente. Yo no había nacido en el espacio, pero había viajado muchas veces en naves espaciales y sabía que eso sonaba mal. Era el sonido de algo tensado hasta el punto de ruptura. Algo que iba a morir.

La idea me fatigó y me pare a descansar. Me sentía pesado y húmedo, como si me hubiera arrastrado por agua helada; uniforme, capote, mochila, todo el equipo. El reborde de una escotilla atascada me sirvió como una interrupción momentánea y los demás lo aceptaron de buena gana.

Dallos se sentó cerca de mí e inmediatamente saco su baraja, pasando sus largos dedos sobre ella. Barajo las gastadas cartas de plastipapel con la

destreza mecánica de un tahúr. Las cartas estaban viejas y desgastadas por el continuo uso. Pude distinguir débilmente los números y las geométricas formas abstractas de los trajes de las figuras.

-Cuatro de Esmeraldas- murmuró, sin darse cuenta. **-Dos de Martillos.**

El rostro de Dallos estaba medio oculto bajo una máscara de vendajes sucios. Hasta donde yo sabía, un monstruo lo había quemado. La lluvia de fuego lanzada por el monstruo había pasado cerca de su unidad, lo suficiente para abrasar al resto de los hombres de su unidad de morteros, pero no lo bastante como para matarle a él. Lo que pude ver de la cara de Dallos era rosa como sus manos, allí donde las llamas le habían quemado, tan crudo y brillante como su aura.

La verdad es que ninguno del grupo, podía ser considerado como apto para el servicio. Creo que incluso el más generoso de los observadores solo nos habría considerado como una colección de almas en pena o afligidas. Seis hombres, vestidos con uniformes del gran ejército Imperial, una pobre representación de la sufrida, maltrecha, sangrante y fatigada infantería, reunidas de media docena de diferentes batallones en toda la línea del frente, durante la insurrección. Fuimos carne de cañón, los hijos de muchos mundos, molidos por la inexorable maquinaria de esta nueva guerra. Creo que todos teníamos diferentes insignias de rango y especialidad, pero la memoria me falla. En la nave no importaba. Nadie estaba al frente, no existía una cadena de mando. Simplemente, estábamos. Cualquier intento de conservar los saludos o que las órdenes se cumplieran parecía un sinsentido. Un montón de cosas no tenían sentido después de los horrores que habíamos presenciado.

Sin embargo, sobrevivimos. Yo había perdido los dedos de una mano durante la lucha, de mi mano izquierda, así que, de alguna manera, me consideraba afortunado. Llevaba metralla en mi torso y en el muslo. Las esquirlas estaban aún dentro de mí, las sentía como agujas clavándose con cada paso que daba. Pero esos dolores eran lo que me mantenía despierto. Breng, con su piel color ébano barnizado, muestra el fruncimiento y la escarificación propias de una víctima de un ataque con gas. Para él, hablar era una agonía, su garganta era una ruina, por lo que se comunicaba con inclinaciones de cabeza y miradas huecas. Supongo que antes de que lo de LoMund hubiera sido oficial, cuando eso era algo que todavía importaba. Eso tal vez explicaría el largo pelo blanco y el corte regio de su rostro. Sin embargo, esa parte de él se había roto. Había sufrido un corte salvaje en el vientre y sus entrañas cayeron sobre el barro, solo se salvó porque el pánico ciego y la adrenalina le hicieron recogerlas entre sus manos durante el tiempo necesario para llegar tambaleándose a zona segura. Chenec y Yao, de piel amarillenta y ojos entornados, ambos del mismo mundo, habían estado muy cerca de la muerte

por las heridas de garras y el fuego de un Stubber.

Éramos un pequeño grupo de heridos que aun podían caminar. No había visto a un solo hombre sano, todos éramos hombres, no había mujeres a bordo, desde que desembarcamos en esta nave desde una pequeña nave de rescate procedente de Nomeah. Lo más cercano a alguien sano eran los servidores medicae lobotomizados, merodeaban por las cubiertas atendiendo a los heridos. Si había médicos o cirujanos de verdad a bordo, no se habían preocupado en dirigir su atención hacia nosotros.

Nosotros éramos pocos, pero lo que más llamó mi atención es que en la nave había más personas. Las bodegas estaban llenas de niños. Niños refugiados, procedentes de familias muertas o perdidas, o de las scholas bombardeadas. Docenas de huérfanos de guerra. A veces escuchábamos su llanto mientras llamaban a sus padres, esperando en vano una respuesta. Esto me ofuscaba, me quemaba por dentro, porque, en cierto modo, tenía que admitir que yo estaba tan perdido como ellos.

Esta nave formaba parte de un grupo mayor, o al menos eso creía yo. En realidad, no me había acercado a ningún portillo de observación desde que saltamos a la locura aullante de la disformidad, huyendo de la traición del hijo de puta (literal en el original) del Señor de la Guerra. Si había otras naves por ahí, no lo sabía. Al principio unas cañoneras iban escoltando a las naves de transporte cargadas de heridos hasta los topes, nuestro patético convoy fue deteniéndose aquí y allí recogiendo contingentes de heridos. Había oído que algunas naves llevaban marines espaciales heridos. ¿Era posible tal cosa? me pregunté. Parecería imposible el pensar que alguno de los campeones inmortales del Imperio, pudiera sufrir algo tan mundano como una simple herida.

Así que, con el tiempo, ninguno de nosotros tuvo la menor idea de donde estábamos ni a qué punto del compás Aetherico nos dirigíamos. La única constante era el eco de los gemidos de los moribundos, a través de las cavernosas salas, mientras luchaban en sueños con sus pesadillas. Eso… y el ruido de los motores. Después de un tiempo empecé a notar patrones en su sonido. Eso se me daba bien.

Puedo ver cosas.

No hablo mucho de ello ya que se puede atemorizar a un alma incauta o encolerizarles. A la gente no le gustan las cosas que no puede entender y lo primero que suelen hacer es reaccionar con furia. En las filas del ejército Imperial la violencia puede venir por un cuchillo o por un arma láser, debido a lo cual, lo mejor que puede hacer un hombre es esquivarla, no buscarla.

En las naves como está el patrón suele ser similar, siempre hay una mezcla de heridos, desde aquellos que agonizaban y hubiera sido mejor darles la paz del Emperador a los que son poco más que vegetales. Sin embargo, en este navío no era así. Todos los heridos que vi aquí, podrían, si se les daba la atención necesaria, volver a la línea del frente. En todo el trayecto a través del laberintico interior de la misma, no había ni uno solo, que no podría haber sanado para luchar otro día. Los más graves o con menos posibilidades de sobrevivir, habían sido trasladados cuando atracamos o nos encontramos con otros buques medicae en el espacio profundo. Los que los reemplazaron tenían caras que me resultaban familiares.

Se podía ver en sus ojos. Dallos, LoMund y todos los demás, todos aquellos que nos encontramos en el camino, vi la misma mirada, como si me mirase en un espejo. No solo era la típica mirada de los «mil metros» de todo soldado, no, no era solo eso. Había una carga compartida de la que ninguno de nosotros podía hablar, porque todos nos habíamos pasado la vida negándolo. Ocultándolo.

-Se… Seis de Cruces- tartamudeó Dallos, las cartas eran un borrón en sus manos. -**As. El as de los Da… dagas.** Las otras naves se han ido.

Habíamos estado subiendo durante la mayor parte del día, por encima de los niveles medios del buque, en los que la protección contra la radiación era más pesada e inamovible. Las cubiertas inferiores, los espacios de ingeniería, no estaban conectadas a las salas médicas y no había razones para intentar llegar a ellas. Éramos pocos y aquellos de nosotros que teníamos algunos conocimientos mecánicos, estábamos muy lejos de ser ingenieros. Breng, un experto piloto naval, era lo más aproximado que teníamos en el grupo a un técnico.

Parecía mucho más lógico dirigir la búsqueda a los niveles superiores, el puente de mando. Al principio yo insistí en ir a otros compartimentos y buscar a los niños, para intentar darles algo de ánimo y valor… pero había poco sentido en ello. No teníamos ninguno de sobra.

Recuerdo que antes hablé del sonido constante del gemido de los motores. El día antes me había despertado de un sueño irregular lleno de oníricos colores, a la realidad del silencio de los motores de la disformidad. Sin ninguna explicación estábamos nuevamente en el espacio real y a la deriva. Los fallos de funcionamiento y las averías llegaron poco después. Deficiencias en la energía provocaron caídas bruscas de la iluminación y la temperatura, oleadas de escarcha se arrastraron por la nave. El aire se sentía viciado, sucio y empeoraba. Más grave fueron las escotillas y puertas, que cayeron como grandes hojas de guillotina a través de los pasillos, sellando secciones de la nave sin previo aviso.

Nada sugería una colisión o el impacto de armas enemigas. Al cabo de unas horas, mientras aún estábamos con vida y los corredores no estaban ya llenos de reptantes xenos sedientos de sangre, de traidores asesinos o… de otras cosas, trazamos planes para investigar que sucedía.

Vi los patrones, pero no había visto ninguna señal de que estos se formaran. Por eso me ofrecí, por eso y el simple hecho de que aun podía sostener un arma. Unos cuantos habíamos logrado apoderarnos de las armas de un arsenal de emergencia, armas a las que nos aferramos como a talismanes de protección. Si el enemigo estaba ahí fuera no sabía que uso real podríamos darlas, pero al menos, eran una reconfortante ilusión de fuerza.

Recordé como las calles de Nomeah se tiñeron de rojo. Recordé a los gigantes que masacraban a aquellos que se atrevían a levantarse o a los que no huyeron lo suficientemente rápido. Recordé los horrores, pero solo como un difuminado de carne, garras y sangre, como si en mi mente se hubiera emborronado los hechos en lugar de verlos con claridad.

Bajé la mirada a mi mano sin dedos, el eco del crudo dolor estaba ahí, gélido y agudo.

-¿Hecane?- habló Yao, finalmente. **-¿Nos estamos moviendo?-** hizo un gesto hacia la tenue luz frente a nosotros mientras se dirigía a mí.

Asentí con la cabeza.

-Seguimos avanzando.



Sé qué tipo de guerra es esta.

He luchado en una docena de mundos del racimo Akarli e incluso más allá, he luchado en desiertos y en los océanos, en los confines de las nubes y en lo alto de las montañas, pero Nomeah era mi hogar. Y parecía que siempre regresábamos a él. Nos denominaron chusma áspera y brutal, con razón. Continúas luchas internas, cada una de las tribus alimentando el rencor hacia las otras, como si de un hijo se tratara.

¿Qué se puede decir del pueblo Nomeah? Que sabemos cómo odiar. Que podemos encontrar insultante un ramo de rosas. Esa era la verdad.

Pero también era cierto que amábamos a nuestro Emperador y que estábamos muy orgullosos de nuestro Imperio. Tal vez por eso nuestras insignificantes diferencias eran toleradas por los burócratas de Terra, nos dejaron que siguiéramos matándonos en nuestras pequeñas rivalidades porque sabían que cuando llegara la llamada todos tomaríamos las armas y marcharíamos sin dudarlo. Todas las enemistades olvidadas en nombre del Emperador. Nuestra belicosa naturaleza hace de nosotros buenos soldados. Podía recordar al menos una docena de mundos conquistados por regimientos creados en el sector de Akarli. Cumplimos con nuestro trabajo en la Gran Cruzada, eso nunca estuvo en cuestión.

En los últimos tiempos comenzamos a volver a casa para seguir luchando entre nosotros una vez más, pero nunca de modo que supusiera un problema más allá de nuestras propias fronteras. Luego vino el cambio, la rebelión, la insurrección, la herejía, como algunos de los más histriónicos la denominaron. Muchos no lo entendieron cuando comenzó y poco después estaban muertos. Pero yo lo entendí. Vi los patrones. Sé lo que es la traición nada más verla.

Corre como la savia por las venas de esta guerra. Es lo que alimenta la voluntad de los traidores y de los hombres que estúpidamente creen marchar por los bordes del manto del bastardo de Horus. Esta guerra no se inicio. No es una revolución contra el yugo de un régimen opresor. ¿Botín o territorios? Esos solo son objetivos pasajeros. No, a lo que nos enfrentamos aquí, es a la traición por la traición. Creo que ya lo sabía cuando empezó, pero ahora tengo las palabras para expresar esa idea. Ahora, cuando he tenido tanto tiempo para pensar en ello.

Horus, que mil muertes padezca, es la definición misma de traidor. La evolución más pura de esa idea manifestada. Es un hijo que odia a su padre, un ciudadano que traiciona a su estado, un patriota que quema su bandera, un comandante que mata a sus soldados. A pesar de sus orígenes, de haber sido creado con la más perfecta ingeniería genética, Horus es un humano sacrificando a la humanidad. Es el peor de todos nosotros.

Esto lo sé, no porque haya visto al Señor de la Guerra, ni hablado con él, ni nada de eso. Lo sé porque he visto con mis propios ojos los horrores que, en su nombre, ha convocado en la batalla.

Y que el destino me lleve, porque en mis sueños, he llegado a estar en el borde del abismo en ruinas donde nos quiere sumergir.



Tal vez un día más tarde, llegamos a los niveles de mando. Muchos corredores estaban sellados por gruesas compuertas abatidas, algunas tenían portillos de observación de grueso cristal, a través de ellas vi cadáveres hinchados por el vacio a la deriva en gravedad cero. Más fallos del soporte de vida, más mala suerte, todos muertos, jóvenes y viejos por igual.

-No he sobrevivido todo este tiempo para morir ahora a causa del fallo de unas maquinas ensangrentadas. Aun no ha terminado mi buena fortuna- dijo Chenec con voz rasposa mientras acariciaba una cadena que habitualmente llevaba en su muñeca, una simple sarta de viejas cuentas metálicas. Creo que él podía entender algo en la forma en la que se sacudieron, pero si así era, Chenec no dijo nada al respecto.

Yo le iba a contestar, pero vi como LoMund y Breng tomaron sus armas. Un instante después, oímos el sonido de pasos que se acercaban.

Escuche atentamente. Se aprende rápido cuando los horrores están entre nosotros. Uno aprende a escuchar el roce de las garras y el arrastrar de los huesos. Esto era solo el ruido de botas contra planchas de metal, pero yo no creía que fuera casual. He visto cosas que a simple vista parecían hombres, pero sus auras les delataba como monstruos que solo las pesadillas de un loco podrían imaginar.

Un joven tambaleante dobló la esquina, casi le pego un tiro por su temeridad. Se llevo tal susto que al vernos casi se ensucio los pantalones.

-¡No disparen!- exclamó. Era apenas un adolescente, sucio y con la cabeza afeitada.

-¿Quién eres?- exigió LoMund, apuntándole con su pistola láser. **-¡Habla!**

Lo hizo, derrumbándose y balbuceando a la vez. Nos dijo que su nombre era Zartine, un niño expósito de un orfanato de la ciudad del mundo de Zofor, lo suficientemente audaz como para deslizarse fuera de las salas inferiores para explorar la nave, cosa que ahora lamentaba. Estaba completamente aterrorizado, no solo por nuestra causa. Podía ver su aura, de un parpadeante naranja, totalmente fuera de control.

Le ayudé a levantarse.

-Cálmate, muchacho. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Sabes lo que pasó con la nave?

-¡Lo sé!- respondió Zartine. **-Es bastante peor de lo que piensas. Ellos están aquí ¿acaso, no lo ves, no puedes oírlos?-** grito, mientras sus engarfiadas manos agitaban el aire. **-¡Marines Espaciales!**

Breng carraspeo como si tuviera flema.

-No hay legionarios aquí.

-¡Estas equivocado!- gritó el joven. Señalo por encima de su hombro. **-¡Están allá abajo! Los vi.**

-No nos está mintiendo.

Inmediatamente me di cuenta de que quien había hablado era Dallos. Me di la vuelta y lo encontré con su maldita baraja entre las manos y el rifle al hombro.

-Ocho de Martillos.

Levantó una gastada carta y nos la mostro a todos como si fuera una prueba de la verdad más absoluta. Me encolerizo su jueguecillo idiota, salve la distancia entre nosotros y con un salvaje revés lance las cartas de su baraja por los aires.

-¡No puedes saberlo!- gruñí, mientras luchaba contra el pánico. **-¡No puedes saberlo!-** le repetí mientras un terror frio y denso me inundaba.

Dallos gimió e inmediatamente se agacho para recoger las cartas tiradas por el suelo de la cubierta. Parecía muy herido por mi acción. Mi cólera ceso y la culpa se apoderó de mí. La culpa y el miedo.



Dejadme que os cuente lo que sucedió en Nomeah. Voy a contaros la pequeña guerra de nuestra vida, el microcosmos de la mayor traición que todavía ahora se retuerce a través de las estrellas, la escritura misma de nuestra historia.

Se podría pensar que debido a quien éramos nosotros, el conflicto habría venido a sangre y truenos desde el principio. El hombre contra el hombre,

vecinos luchando contra vecinos. Bueno, todo eso llego, pero el principio no fue así. El comienzo fue insidioso y por ello odio aun más a Horus. El no vino a nuestro mundo con naves y grandes armas, ni siquiera nos considero dignos de esas cosas. Nomeah y los mundos de Arkali, se encaminaron hacia la disolución y la ruina, por un puñado de pérfidos agentes de menos valor que un simple pelotón de fusileros. Quinta columnistas, intrusos y chivatos fueron los que nos hicieron volvernos contra nosotros mismos.

Fuimos unos idiotas y pusimos a su disposición un terreno bien abonado y fértil. Una red de viejos celos, líneas de desconfianza y odios maduras para su explotación. Dónde la luz del Emperador nos había unido, la sombra del Señor de la guerra nos dividió.

Lo más inteligente de ello fue la naturaleza perfecta, fractal, del engaño. Se movió arriba y abajo, utilizando las mismas herramientas para adornar odios ya arraigados entre mundos, naciones, ciudades. Hasta el final, cuando se convirtió en calle contra calle, casa contra casa, hermano contra hermano.

Sabíamos odiar muy bien en Nomeah y dirigidos por manos crueles e insensibles, el odio nos destrozó.

Pero no ocurrió todo a la vez. Fue sutil, cuidadoso.

Recuerdo con cegadora claridad el día que el veneno de las insidias apareció en mi pelotón. Tengan en cuenta que no éramos nada especial, solo una división de fusileros sin grandes laureles o banderas ostentosas que llevar ante nosotros. Sin un nombre impresionante o un sobrenombre inteligente. La identificación de nuestra división era un simple número, nada más. En el esquema de la Gran Cruzada del Emperador, éramos bastante normales. Pero eso no fue suficiente para protegernos.

Durante meses, casi un año solar, las cosas habían estado cambiando por órdenes venidas de lejos. Nuevas directivas llegaron a Nomeah y se presentaron las nuevas normas y reglamentos. A cada uno de nosotros se nos presento como si fueran un regalo, no como una exigencia, pero cuando algunos se resistieron a aceptarlas, cayó el terciopelo para revelar el hierro de debajo. La negativa fue desalentada.

A soldados y a oficiales, simplemente se les dijo que habían cambiado, que este era el nuevo camino. Hubo quejas y burlas al respecto, los pensamientos contrarios se convirtieron en palabras de enojo, pero nada cambio, las ordenes estaban dadas. Nos fuimos dirigiendo hacia el borde del abismo, grado a grado, aunque el movimiento parecía insignificante, apenas se notaba.

La conservación del día festivo, fue cancelada. Se retiraron determinado tipo de armas. Se ajustaron los colores de los uniformes. Las libertades fueron reordenadas. Los reglamentos, alterados de forma sutil, con un propósito poco claro. Un pequeño cambio tras otro. Cada uno de peso e importancia, tanto que un hombre podía sentirse grosero por cuestionarles abiertamente. Pero, medidos en su conjunto…

Imagine el vuelo del piloto de un velero-solar en los confines de las nubes. Se mueve por el soplo del viento hacia el norte, recto y centrado.

Pero la mano sobre el timón gira un grado en el rumbo. Las velas cambian de ángulo suavemente, primero una vez y luego otra. Si ningún hombre observa la trayectoria de los soles sobre el bauprés, con el tiempo el timón se encuentra dirigido hacia el sur, hacia las fauces de una tormenta que se aproxima. Y todo sin avisar y sin que se entere la tripulación dormida bajo cubierta.

Recuerdo el día en el que finalmente se pronunciaron las palabras en voz alta.

-Hoy afirmamos nuestra lealtad a su alteza el Señor de la Guerra Horus, en desafío a una Terra distante e indiferente- ellos nunca utilizaban las palabras Emperador o Imperio, porque hacerlo hubiera confundió a aquellos que trataban de asimilar sus actos de traición. Vi desplegar las nuevas banderas, el noble Aquila reemplazado por otro símbolo, un ojo hendido y sin pestañear.

Por supuesto que sabíamos que iba a pasar. En los barracones, después de apagar las luces, todos los hombres hablaban de ello. En esas conversaciones en voz baja, se habló de desafío, de desobedecer. Ahora, me pregunto donde fueron esas palabras al llegar la fría luz del día.

Entonces llegó mi momento, tanto el de mayor valentía como el de mayor estupidez. Cuando se dijeron las palabras, hable claro, busque a través del pasillo la complicidad en las caras de mis compañeros, sabía que estaban de acuerdo conmigo, pero solo encontré silencio y miradas huidizas. Oscuras auras ardiendo en mi mirada.

Fue entonces cuando conocí la verdadera naturaleza de esta guerra y la de su alma.



Había mucho que hablar sobre lo que íbamos a hacer. Habíamos recorrido un largo camino, demasiado como para retroceder tímidamente hacia las cubiertas sanitarias y esperar un incierto destino. Sin embargo, no confundimos lo que hicimos con valor. Creo que todos nosotros estábamos más allá de esa clase de ideales. Supe que todos los adultos de esta nave compartíamos… cosas. No solo eran los secretos compartidos, también una experiencia compartida.

Ninguno de nosotros, se había librado del encuentro con los horrores. Algunos habían luchado, la mayoría había huido de ellos. Todos ellos sabían que, vinieran de donde vinieran, las monstruosidades que Horus había soltado sobre la galaxia, eran algo totalmente diferente a cualquier cosa contra la que hubiéramos luchado anteriormente. En cierto modo, todos estábamos atrapados por nuestra propia naturaleza; la parte animal quería huir de ellos, mientras que nuestra odiosa parte humana, la racional, habría dado cualquier cosa por un arma lo suficientemente grande como para matar a esas horribles cosas.

Así que continuamos, Zartine siguió con nosotros, cerrando la marcha con Yao. Creo que es posible que el muchacho tenga algún tipo de regalo, un don. Él nos seguía hablando de una música, una que nadie más podía escuchar.

Finalmente llegamos al gran vestíbulo almenado del centro de mando de la nave. Breng manipuló cautelosamente los controles para abrir la escotilla. Por un momento nada sucedió, luego, en un abrir y cerrar de ojos, la gran puerta de acero se abrió de golpe.

Una sombra de duro y definido contorno, tan grande que llenaba la abierta escotilla, se alzaba en su interior. Si mi mente hubiera funcionado con mayor rapidez, habría salido corriendo. En cambio, agarre el rifle láser cuando la forma movió su enorme masa para pasar a través de un hueco construido para hombres de mi estatura.

Entonces le dio la luz y lo vaticinado por Zartine quedo demostrado.

Un solo guerrero de las Legiones Astartes, salió a nuestro encuentro. Pisadas de ceramita resonaron de tal manera contra el suelo de la cubierta, que el piso botaba bajo nuestros pies. El marine espacial era un gigante. Vi un amplio pectoral adornado por el Aquila Imperial; brazos gruesos como troncos de grandes árboles; un ceño fruncido, un casco picudo que se asemejaba a la calavera de una rapaz gigante. Los ojos de ese rostro brillaban en rojo, activados para el combate, detectando automáticamente ecos del Auspex y de los desplazamientos, La armadura del guerrero estaba

extrañamente carente de cualquier tipo de iconografía, su color era de un tono similar al de la pizarra. Se movía con una fluidez más propia de un depredador que de un hijo de la humanidad.

A su espalda, enmarcando su casco, llevaba una capucha, construida para parecerse más a la arcada de una capilla devocional perdida hacía mucho tiempo, que a un dispositivo de batalla. Era de hierro oscuro, de aspecto pesado, y salpicada de cristales que ardían con una luz azulada. Atrajo mi mirada igual que la gravedad tiraba de mí, vislumbre un aura hecha de unos colores que no existían en el mundo normal. Por mis pecados, que yo ya había visto antes esos tonos.

El guerrero iba armado con un gigantesco bólter, pero lo llevaba unido magnéticamente a una almohadilla en la pistolera de su muslo. En una de sus manos sostenía una tabla de datos que parecía hecha de plata pulida. Recuerdo que pensé que parecía una pose, un amaneramiento extraño. Con su mano libre, levantó la mano y se quito el casco, los sellos de presión silbaron en el frio aire.

Un dios de la guerra volvió su vista hacia nosotros, su cuero cabelludo rapado, tatuajes de intrincada naturaleza adornaban su garganta y mejillas, las cicatrices lucían como rojos trofeos sobre su carne. Sus ojos, sus verdaderos ojos, me sorprendieron por su profundo color azabache. Vi algo en ellos, algo que había visto muchas veces en el espejo.

Nuestras armas apuntaban a su pecho. No nos pidió que las bajáramos, pero lanzo una mirada solemne a cada uno de los que tenía delante.

Los cañones de los rifles láser, bajaron inmediatamente sin mediar palabra.

Cuando su mirada me alcanzó, supe que me estaba midiendo con sentidos que solo podía adivinar. En secreto, siempre había pensado que yo era especial, mejor que el resto, gracias al poder de mis ojos. Yo creía que las cosas se me abrían de manera sutil, cosas que los hombres ordinarios no podían percibir, pero comprendí que lo yo alababa en mí, era apenas una fracción del poder al que ese gigante podía recurrir.

-Raufe Hecane- pronunció, con una voz grave y resonante. **-Has recorrido un largo camino.**

Sabía mi nombre. Nos conocía a todos, a cada hombre de la nave, no tengo la menor duda de ello. Abrí la boca para hablar, pero entonces él alzo la cabeza y allí vi sellos marcados en su carne.

Por un lado, un diseño similar a un escarabajo, por otro, una estrella circular

rodeada de un halo de rayos.

La armadura gris no ocultó ante mí su verdadera naturaleza. El legionario que tenía delante era un miembro de los Mil Hijos, los hijos del rey brujo Magnus, eran vástagos de una legión traidora. La última vez que había visto a uno de su tipo, con su equipo rojo como la locura, estaba al frente de un ejército de horrores arrasando mi mundo de origen.



Los soldados a los que yo había llamado camaradas, no siguieron la bandera de Horus por cobardía, eso se sabía. Los motivos fueron mucho más complejos. Todos buscaron pretextos que a ellos les parecieron razonables. Creo, que eso es lo que realmente paso. No hubo ningún control mental masivo, ninguna droga ni deformaciones mentales. Eso paso más tarde, con la llegada de los horrores.

Tuve tiempo para pensar en ello mientras estaba en el calabozo, encarcelado allí con otros que habían sido lo suficientemente tontos para estar de acuerdo conmigo o fueron demasiado francos como para cubrir sus dudas. Mirando hacia atrás, yo estaba furioso conmigo. ¿Cómo pude ser tan ingenuo como para pensar que podía fomentar la rebelión en ese momento? Nunca he sido un orador elocuente, uno que pudiera reunir a los hombres con un discurso conmovedor. Yo era un tonto que discrepó abiertamente y pagaría por ello.

Nos iban a ejecutar. Eso formaba parte de las nuevas órdenes, pero tuvieron dificultades para llevarlo a cabo. Creo que esa fue la parte final de cualquier tipo de voluntad de resistencia a la que se enfrentaron, marchitándose y muriendo a la sombra del Señor de la Guerra.

Al principio me sentí frustrado e impotente por mi ira. Los maldije cien veces a todos por su debilidad y trillada duplicidad, pero con el tiempo esa rabia se agoto y no pude hacer nada más que rumiar mi frustración. No asuma que vine para perdonar a mis antiguos compañeros de equipo, ni mucho menos, pero quise entenderlos.

El joven Teniente, el hijo de un gran General, que siempre fue un amigo para los oficiales de línea como yo, que nunca llevo sus galones con arrogancia y logro ser uno más, a pesar, de que no era como el resto de nosotros, dijo que se opondría y, sin embargo, no lo hizo. De todos nosotros, él tuvo la mejor oportunidad para reunir a los hombres, pero se mantuvo en silencio.

Después de todo, él tenía mucho que perder. Espero que ya haya caído.

El francotirador fanfarrón que siempre tenía respuesta para todo, seguro de sí mismo y apuesto, que nunca se inmutaba ante cualquier reto o sorpresa. Que se movía con tal absoluta confianza, que yo no podía creer que no se atrevería a cortar como el filo de una espada a través de un decreto draconiano. Pero cuando llegó la orden, se puso en pie dócilmente, convirtiéndose en un hombre diferente, más pequeño.

Y nuestra franca y jovial Sargento, que siempre rugía más fuerte de lo que jamás pude, su guerrera marcada por las cicatrices del número de veces que había perdido sus galones y los había vuelto a ganar. Su voz era la más fuerte y la más escuchada, pero en aquellos momentos, también quedo en silencio. Era madre adoptiva, con dos huérfanos de guerra a su cargo, creo que ese día, ella vio el rostro de los niños y pensó como seria la vida de ellos, si ella no estuviera.

No fue difícil que mis compañeros encontraran una razón para odiarme. Un accidente de nacimiento ya me lo había dado. Unos cuantos del pelotón, la sargento y el francotirador incluidos, sabían del don que poseía. En el combate, se llegan a aprender estas cosas de los hombres que luchan junto a uno, se quiera o no. Antes, me consideraban como una especie de amuleto de la suerte para ellos, algunos, incluso llegaron a venir a mí, reservados y silenciosos, para solicitarme una mirada a su aura. No podía negar el regalo que mi madre me dio, pero al menos lo intenté y eso fue suficiente. A cambio, ellos habían guardado mi secreto a las Naves Negras.

Ahora esa era una razón para rechazarme. Alguien susurró la palabra «brujo» y yo sabía que sería ejecutado el primero. Toda mi vida había vivido con el miedo a que las Hermanas del silencio vinieran a llevarse lejos mi espíritu, pero ahora notaba que la muerte sería el resultado más probable.

Esa noche, escape de la empalizada junto a otras seis personas, y nos encontramos con la resistencia uno o dos días más tarde.



-Quieres matarme- dijo. No había ningún juicio en las palabras.

-Sí- no, no podría, era mentira, aunque quisiera, no podría. **-Tu gente llevó los horrores a mi mundo. Has destruido todo lo…**

De pronto me sentí sin fuerzas, apreté el rifle láser contra mi pecho. Una ebullición de odio se levanto a través de mí y me hizo sentirme extrañamente libre.

El guerrero sonrió levemente.

-Yo no, Ruafe Hecane. Los que hicieron esas cosas ya no son mis Hermanos, son perjuros- miró a Breng. -**Usted. Usted sabe de tecnología naval ¿sí? Se necesitan sus habilidades.** Se dirigió de nuevo al centro de mando y nosotros lo seguimos.

Había muertos por todas partes, asfixiados por la descomprensión. Vi que un ojo de buey estaba arrancado, pero ahora estaba asegurado por un obturador. Al parecer, demasiado lento para salvar a la tripulación del puente.

Por las ventanas se veían estrellas alienígenas y una negrura infinita. Las cartas de Dallos habían dicho la verdad después de todo, nuestra nave estaba sola.

El legionario puso a Breng a trabajar en los controles de la nave.

-Su nave sufrió daños durante el tránsito desde la disformidad. El resto del convoy siguió normalmente su viaje. Fui llamado para que completaran el resto de su viaje. De nuevo una sonrisa.

-Esta nave lleva una carga muy valiosa. Estoy seguro que nadie a bordo, sabe realmente, lo importantes que son.

-Solo somos soldados- dijo Yao. **-Soldados y niños. Alimento para la guerra y muchachos para ser seleccionados.**

Una sombra pasó por el rostro del miembro de los Mil Hijos.

-Nunca digas eso. Todos lo que luchan en nombre del Emperador tienen un gran valor.

Lo miré.

-Los hijos de Magnus marchan junto a Horus. Lo vi. Vi a los demonios y a los monstruos que sus hermanos conjuraron, los…

-¿Demonios?- la pronunciación de esa palabra pareció agotar al instante todo el calor de la cámara. **-Sí, claro, usted vio aquellas cosas. Todos ustedes las han visto-** sacudió la cabeza con pesar. **-¿Aún no lo entiende, soldado?**

Usted ve patrones. ¿No puede ver este?- señaló con su plateada tabla de datos a todos nosotros. **-En cada uno de ustedes hay el comienzo de algo grande. Usted puede llamarlo una visión, o un regalo, incluso una maldición.** Se adelantó y hábilmente arrebato a Dallos su baraja de entre sus temblorosas manos. -**Usted conoce el toque de la disformidad. Eso le hace valioso-** miró a Zartine. **-Y usted lo mismo y tiene otro atributo.**

-Todos los hemos visto- dijo Yao. **-Los horrores…**

-Todos los heridos de esta nave los han visto. ¿Por qué si no tienen miedo a dormir? Sin embargo, ese terror puede apoderarse de ti, con el tiempo.

Breng se puso de pie, asintiendo frente a los controles de la nave para mostrar que había hecho todo lo que podía.

-En marcha.

-Los navegantes aún viven, dentro del aislamiento de su cámara acorazada- el legionario señaló hacia la proa de la nave. **-Vamos a establecer un rumbo. El Regente de Terra, el Señor Malcador, necesita a las personas de esta nave. Algo grande se está preparando y todos ustedes serán parte de su diseño. Vosotros… y los niños que esperan abajo.**

-¿Cómo?- le pregunté, aunque la presión de la respuesta se iba formando en mi imaginación. **-¿Qué tienen de bueno para el Sigilita los soldados rotos y los huérfanos de guerra?**

-Sus heridas serán curadas. Aquellos lo suficientemente aptos, lo suficientemente jóvenes para soportar la gloria, pueden aspirar a que sus cuerpos sean rehechos, como una vez, yo mismo hice- se tocó el pecho. **-Tú… puedes renacer con un nuevo propósito.**

-Pero ¿por qué nosotros?- pregunto Dallos, mientras sus manos tejían en el aire.

-¿Sabes por qué?- dijo el legionario, volviendo su mirada hacia mí.

No sé si las palabras que salieron de mis labios, estaban en algún lugar de mis propios pensamientos, o si el miembro de los Mil Hijos me hizo hablar en su nombre, pero eran una verdad innegable.

-Horus ha traído un nuevo tipo de guerra a la galaxia. Bólters y rifles láser no serán suficientes para acabar con ella. Se necesita un tipo de arma diferente.

-Si- dijo la gran figura, asintiendo con gravedad. **-Y aquellos que no se pierdan en el templado, serán esas armas. Ustedes y cientos de otros, niños perdidos, hombres comunes y legionarios por igual, todos reunidos en silencio y secretamente en naves como esta. Cada alma de esta sala, a bordo de esta nave, ha sido declarada muerta. Las vidas que vivisteis antes de esto, son como el polvo. Malcador así lo ha ordenado. Y así será.**

Zartine estaba pálido.

-¿Do… dónde vamos?

El legionario avanzó hasta los controles de navegación y puso sus grandes manos sobre ellos.

-Una luna orbitando un mundo anillado, a la luz del mismísimo Gran Sol. Un lugar llamado Titán.

FIN

PUNTO DE MIRA

(Gunsight)

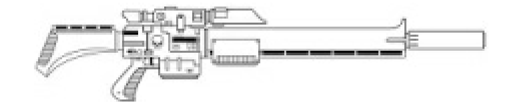
JAMES SWALLOW
TRADUCCION RODINA
CORRECCIÓN ICEMAN



UNO

En todas las cosas, preparación, es la palabra clave. Esté siempre preparado para actuar en cualquier momento. Tenga siempre su arma al alcance de su mano. Esté siempre listo para matar si la oportunidad se presenta, pero debe estar seguro del éxito, ya que sólo tendrá un instante para tomar esa decisión.

Debe ser impecable.



El arma, era mucho más pesada de lo que recordaba, en su áspera mano llena de cicatrices. Una cosa extraña que tenía que considerar. Conocía perfectamente esa arma llena de ángulos y sin ningún tipo de adorno. Podía decir exactamente cuántos proyectiles tenía únicamente por su peso. Ahora había seis, cinco en el cargador y uno en la recámara. Pero sólo debían ser cinco, así es como sus instructores lo entrenaron, se lo habían enseñado bien, hasta que lo memorizó. El proyectil adicional desequilibraba el arma y creaba un desgaste innecesario en los mecanismos. Repetían que no había necesidad de más de cinco disparos. ¿Quién iba requerir más de uno?

Pero sus maestros, desde hacía mucho tiempo, no pisaban una zona de guerra en la galaxia, se olvidaron de que una bala adicional podría marcar la diferencia, entre la fina línea de la vida y la muerte.

Iba a la deriva. Sus pensamientos se fueron adentrando en viejos recuerdos, en pequeños y triviales detalles. Esto le ocurría últimamente con demasiada frecuencia. Debía eliminar esa sensación. Luchó para mantenerse en el aquí y el ahora. Debía permanecer concentrado.

Simplemente el arma y el objetivo hacia el que apuntaba.

Al otro lado de la accidentada y desigual cubierta, el hombrecillo se apretaba tanto contra la esquina como le era humanamente posible. Sus manos de largos y pálidos dedos extendidas sobre las chapas metálicas que cubrían las paredes, arrodillado y encogido sobre la cubierta llena de chatarra. Meneó la

cabeza. Las lágrimas caían, surcando una cara manchada de tierra.

Una palabra. **-Por favor…-** luego otras. **-¿Por qué ahora? ¿Por qué me quieres matar después de todo este tiempo? Pensé que teníamos…tú y yo…**

-¿Un acuerdo?- brotó el final de la frase en el aire, ¿o eran los susurros los que le dijeron que decir? **-¿Crees que me conoces?-** su voz era áspera y ajena a sus propios oídos, el sonido de sus palabras eran como las de un dispositivo que hacía mucho tiempo que no se usaba. **-Tú no me conoces.**

-¡Nos mantuvimos mutuamente con vida!- gritó el hombre pequeño, buscando algo parecido a un desafío.

¿Qué significaba eso? Las palabras no parecían conectarse a ningún hecho. Su mano libre, la que tenía cubierta de quemaduras, se acercó y acarició su rostro, enredándose en la barba grasa y el pelo enmarañado.

No era fácil. Aunque era lo que mejor sabía hacer, apretar con elegancia el gatillo, matar, rápida y limpiamente, eso era precisamente lo que le empujaba a hacerlo. No tenía un calendario para saber cuánto tiempo había pasado desde la última vez que tuvo que arrebatar una vida.

Quería hacerlo. Quería escuchar el rugido del arma de fuego y el dulce silencio del después. No sólo era porque temiera que de otra forma podría olvidar el sabor de las cosas, sino también porque era necesario. Había que hacerlo para preparar el último asesinato, el mayor, la misión inolvidable, y ponerlo en marcha.

Cuando vio la forma que tomaba aquel hecho en sus pensamientos, no pudo por menos que revisar la posición de su hombro en la otra pared de su escondite, donde esperaba su liberación, abrigado por su encerada capa y la oscuridad.

Entonces apuntó, dejando a un lado los trozos de memoria que intentaban reunirse en sus pensamientos.

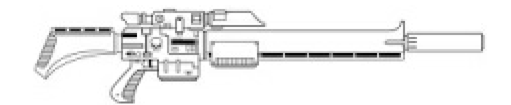


DOS

¿Cuáles son nuestros instrumentos? Fusil. Pistola. Máscara. Traje. Capa.

¿Qué no está en esa lista? ¿Qué se obtiene en el mismo escenario del asesinato? ¿Qué instrumento es siempre el mismo, pero siempre es único? El escondite.

El plan puede ser todo lo perfecto posible, pero nunca sabrá realmente cual es el escondite hasta que uno mismo lo encuentre sobre el terreno. Su escondite puede ser tan efímero como la niebla o tan sólido como la piedra. Pero si falla, se convertirá en su lapida.



Lo que le quedaba de su kit medicae lo había gastado, curando las heridas de las mordeduras de las serpientes y trayéndolo de vuelta con una cierta apariencia de estabilidad. Había perdido muchas cosas en el breve y brutal encuentro con los depredadores de la sentina, incluyendo las bolsas del cinturón que contenían su cronómetro y su placa de datos, su bolsa de munición primaria, el módulo purificador de fluidos y, lo peor de todo, hasta el último paquete de sus raciones liofilizadas.

En el férrico valle en el que se encontraba, no había nada a escala humana que pudiera examinar, no había señales de módulos de habitaciones ni de cuarteles donde podría haber robado algún tipo de sustento. En un planeta, podría haber cavado buscando gusanos o algún rio. Pero aquí, en el interior de los espacios de metal sin fin de esta gigantesca nave espacial, no había nada de la naturaleza que saquear.

O, al menos, eso es lo que había pensado en un principio.

No podía saber los días que llevaba en la nave, salvo por sus propias conjeturas, comenzó a arriesgarse, avanzando a lo loco, y, con el tiempo, dejando muy atrás el lugar donde había abordado el navío.

Después del ataque de las serpientes, había regresado brevemente al punto de impacto de la cápsula de escape, la encontró sumida bajo una masa gelatinosa de espuma bio-metálica con la que los sistemas automáticos reactivos de la nave habían taponado la brecha en el casco. En lugar de permanecer en la zona, donde podrían llegar servidores para investigar la penetración, subió en dirección opuesta durante lo que le parecieron horas. El movimiento mecánico y repetido le ayudó a calmar su mente, así como los delirios producidos por el veneno, atenuándolos y haciéndolos menos abrumadores. No empezó a pensar en ellos como visiones hasta mucho más

tarde.

Pero con el tiempo, llegó a un cañón metálico que no podía ser cruzado, y aunque él nunca lo habría admitido, sintió una especie de miedo aterrador cuando la vista a través del abismo de metal negro entró en sincronía con las imágenes fantasmales que había visto en sus sueños.

Se puso de pie sobre una estrecha pasarela de servicio sin barandilla, siguiendo el borde del acantilado de metal hasta el infinito. El cañón, por lo que sabía, podría haber recorrido toda la longitud de la nave, un largo hueco lleno de resonancias, enterrado en los huesos profundos de la gran nave. En la proa y en la popa, el abismo se desvanecía en el distante resplandor anaranjado de la maquinaría en funcionamiento y del humo producido por la combustión del carburante.

Miró hacia arriba y hacia abajo, sólo había una oscuridad insondable, desde el mirador donde se encontraba formó una flema y la escupió al vacío. Bajo él, a lo largo de la sima, colgaban cables por los que circulaban trenes de contenedores, rodando hacia atrás y hacia adelante, deslizándose entre grandes nubes de contaminación química procedente de la carga de liquido refrigerante destinado a los gigantescos núcleos, del tamaño de una ciudad, de los reactores de la nave. Lo que llamó su atención fueron las grandes manchas de óxido y la decoloración de las paredes de hierro, formando unos extraños patrones que le eran horriblemente familiares.

Por último, desenvolvió su fusil, con la delicadeza de un amante y miró a través de la compacta mira telescópica para averiguar la distancia.

Sus manos temblaban un poco. Con el telemetro láser escogió unas plataformas que sobresalían a ambos lados, cada una con laminas metálicas del tamaño de un bloque de viviendas. Vio unos pocos puentes extendiéndose por todo lo ancho del cañón, pero el más cercano estaba a cientos de metros por encima de él. Sin un lanza-garfios o unas sujeciones magnéticas, no tenía ninguna esperanza de llegar hasta ellos.

Una parte de él quería bajar el fusil y no mirar nada más. Lo que había visto cuando el veneno estaba en su cuerpo, las escenas fragmentarias que había pensado que sólo eran creaciones de su fiebre temporal, las estaba viendo de nuevo, ahora de verdad. El abismo, las paredes de hierro, los puentes y el…

El miedo delirante regresó cuando la mira se detuvo en el estrado. Allí estaba, tan real como la muerte, al otro lado del cañón. Uno punto cinco-tres-tres kilómetros según el cálculo del ojo sin pestañeo del telémetro. Una adornada plataforma en la que el comandante de una nave podría detenerse para inspeccionar las cubiertas inferiores de la nave.

Él la había vislumbrado en las visiones provocadas por el veneno y se imaginó en pie sobre ella. En la tormenta de imágenes irreales, se había vuelto cuando una gran sombra cayó sobre él y vio una enorme figura oscura que se elevaba hacia lo alto, un dios de la guerra forjado en adamantium y oro negro. Magnifico y maligno.

Horus. Había estado allí. Volvería a estar allí.

Los temblores de sus manos fueron tales que casi se le cayó su querido e inapreciable fusil. Casi presa del pánico, por su cabeza pasó la imagen del fusil cayendo en el abismo, dando vueltas y desapareciendo en la oscuridad. Se tambaleó hacia atrás en el pórtico, con el fusil bien agarrado.

En ese momento empezó a creer que las pesadillas provocadas por el veneno de las serpientes, puede que no lo fueran en absoluto. Pero sólo fue un breve instante, la idea que había salido a la superficie de su conciencia se volvió a hundir, profundamente, en su mente.

La necesidad de actuar, de sentir que estaba haciendo algo de valor, vino después. Tal vez si se hubiera detenido y preguntado por qué hacía esas cosas, la historia que siguió habría tomado un camino diferente. Pero no lo hizo.

A poca distancia del pórtico de servicio estaba el esqueleto de una especie de atalaya, apenas la base de la misma, sobresalía por encima del abismo terminando en una mezcla de vigas sin acabar y chapas medio soldadas. Tal vez algún error de un trabajador del astillero muerto hacía mucho tiempo, o algo que se consideró inútil en una revisión del diseño hace siglos, cuando a la nave de guerra aún la estaban construyendo la quilla… Lo que importaba, era que podía ser el marco para un refugio, donde podía esconderse y desde el que apuntar hacia el distante estrado de bronce.

En los siguientes periodos de tiempo, decidió llamarlos "días", recopiló una serie de piezas de chatarra de un regulador, olvidado hacía ya mucho tiempo, construyó una especie de suelo donde poder acostarse y detrás de cuyas paredes podía ocultarse. En las sombras, bajo la estructura rota, había espacios oscuros, húmedos y oxidados, donde se condesaba una humedad salobre, allí colocó una serie de receptores de rocío. La humedad también había atraído otras cosas, como insectos gordos y pastosos, también algunos hongos, parecidos a setas puntiagudas, que no le enfermaron cuando los comió.

A decir verdad, había acampado en lugares peores que este, pero nunca tan cerca del corazón del enemigo. No se permitió pensar en cosas semejantes a

rutas de salida o escenarios tras el ataque, hacerlo sería un engaño.

Esta era su última misión… pero nunca había esperado vivir tanto tiempo.

Si un hombre espera morir, si sabe a ciencia cierta que va a pasar… ¿Sigue realmente vivo? Y si se ha rendido ante ello, ¿puede alguna vez volver a vivir?

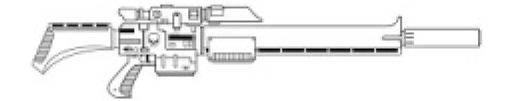
Acaso… ¿lo deseó alguna vez?

Apartó a un lado los pensamientos preocupantes y comenzó a planear un plan de acción.



TRES

Todo lo que encontrará mientras ejecuta su deber, se dividirá únicamente en dos tipos: Objetivos y Colaterales. Nunca hay que olvidar que estos últimos pueden llegar a ser los primeros por una palabra, una acción o un pensamiento. Lo contrario no es posible.



La mente puede jugar malas pasadas aquí.

Cada momento que pasaba en el corazón de la antigua nave escuchaba el eco de susurros. Gemidos y lloriqueos del aire comprimido a través de las grietas en las cubiertas metálicas o de las superficies irregulares del casco. Con frecuencia, las naves de este tamaño tenían sus propios microclimas, su masa era tan enorme que los sistemas de ventilación y la presión al abrirse y cerrarse las escotillas, incluso la respiración de la enorme tripulación, podía crear corrientes atmosféricas. En algunas naves, incluso podía haber pequeñas nubes o lluvia. Una cosa fantástica.

Escuchó los susurros mientras se encontraba en lo más profundo de su estado de reposo, esa fase de trance de la no-mente, donde el tiempo era maleable. Allí no existía nada, sólo la bala y el objetivo.

O al menos así es como se suponía que debía ser.

Los susurros invadieron ese espacio. Silbidos y ruidos del aire, exhalaciones sin sentido que se abrían camino a través de la nave. Naturales y carentes de sentido.

Pero sí podían engañar a su mente. Podía creer que eran palabras o nombres, que a veces llegaban de lejos, a veces desde cerca. No le gustaba dormir, temía que los sonidos se infiltrasen en su aletargada psique.

Esta era la razón por la que, al principio, no creyó que el hombre que estaba viendo fuera real.

Oyó al tripulante antes de poner sus ojos sobre él, un cantico átono procedente de alguien sin el menor conocimiento ni oído musical. Al principio pensó que era poco más que un ruido discordante, uno más, procedente del gran abismo de hierro, hasta que movió un poco su capa de camuflaje y vio movimiento.

Poco a poco y con cuidado, sacó su máscara y la colocó en su lugar. Un clic parpadeante activó la exploración termo-gráfica, percibiendo claramente al hombre, una mancha de color artificial que caminaba furtivamente a lo largo de algunas columnas de intercambiadores de calor.

El tripulante, de baja categoría, iba vestido con un harapiento y viejo uniforme, parecía agobiado por las preocupaciones. Era una pequeña figura sombría, que tarareaba abatido un canto fúnebre. De vez en cuando se detenía, como si temiera algo, mirando a su alrededor como si temiera ser descubierto.

Vio cómo el tripulante encontraba un lugar para sentarse y vio una temblorosa mano desaparecer en una guerrera grasienta. El tripulante sacó una varilla de lho, la encendió y chupó ávidamente de ella. Cada una de sus acciones parecía indicar que era un vicio secreto, disfrutado fuera de la vista de aquellos que lo desaprobaban.

Los sensores de la máscara registraron los componentes del cilindro humeante. Algún leve narcótico y un ligero estimulante. Todo prohibido por un decreto imperial.

Una sonrisa apareció en su rosto. Como si la ley de Terra significara algo a bordo de esta nave.

Dejó su fusil detrás. El supresor de sonido se había dañado en su desesperada salida de la cápsula de salvamento y, pese a que los controles de

su arma le indicaban que el silenciador funcionaba perfectamente, no deseaba probarlo, no a menos que no le quedara otra opción. En su lugar, recogió su capa, por ahora sin alimentación, y cogió el cuchillo. Apenas merecía ese nombre, en realidad, era poco más que un trozo de metal del casco que había enderezado y afilado toscamente, pero sería capaz de abrir una garganta desnuda como cualquier hoja fractal o mono-molecular.

Salió fuera de su escondite y avanzó ligera y silenciosamente. Acercándose con cuidado. El tripulante no llegó a ser consciente de su presencia, hasta que él asesino pasó debajo de un indicador de verdea luminiscencia que, situado en lo alto de un bastidor, arrojó unas extrañas sombras.

EL patético rostro de terror infantil del tripulante era tan expresivo que, incluso, le pareció perversamente cómico. Soltó una áspera risita burlona, preguntándose si el hombrecillo se habría orinado de miedo.

Sin embargo, el destello de macabro humor desapareció, ya que se dio cuenta de que aún tenía que matar a ese necio y lanzar su cadáver al oscuro abismo. No podía permitir que su escondite fuera descubierto.

Tampoco podía permitir que el tripulante, con su humo y su penoso canto, anduviera por los alrededores. No podía arriesgarse a ser descubierto.

-¿Qué, quién te envío?- dijo el tripulante. Letae. El nombre estaba allí, bien visible en un descolorido parche sobre el lado derecho de su guerrera. El cigarrillo de lho cayó olvidado sobre la cubierta. -**Esto es todo, ¿no? ¡Ya han tenido suficiente de mí! Así es como todo termina…**

-¿Quién?- el asesino hizo la pregunta antes de que se formara completamente en sus pensamientos.

-¡Los demás!- el tripulante retorció las manos. Letae vaciló, parpadeando para contener las lágrimas, considerando claramente huir. Pero entonces, el hombrecillo pareció pensarlo mejor. La única vía de escape era el abismo de hierro y la oscuridad sin fondo**. -¡Acepté el puñetero tatuaje! Le dije que estaba consagrado, ¿no es eso suficiente?**

Vio la aceitosa tinta de la que hablaba el tripulante. Era un diseño de color rojizo y negro, dibujado sobre la mejilla del hombre. Era algo habitual en los rangos inferiores de las tripulaciones de las naves siderales, solían tatuarse ellos mismos los números de sus guardias y los sellos del sector donde servían como insignias de lealtad y oficio. Una tosca jerarquía para cargadores de proyectiles, fogoneros y otro personal no, directamente, combatiente.

Pero este era diferente. El diseño era tremendamente complejo y en la penumbra, jugó con su mente, parecía moverse con voluntad propia. Había algo en la forma de la estrella que le inquietaba, así que volvió a dirigir su mirada a los ojos llorosos del tripulante.

-¿A quién dice que está consagrado?

-Al Señor de la Guerra- fue la respuesta, era obvio que forzada, temiendo por su vida. **-Horus**- Letae añadió el nombre como si no estuviera seguro de que el asesino entendiera a quien se refería.

-¿Por qué me mientes?- avanzó con el burdo cuchillo.

Letae retrocedió instintivamente, luego se quedo quieto. Detrás de él sólo estaban las fauces del abismo. **-¡No miento!-** insistió. **-El Señor de la Guerra... La alabanza...-** hizo el vago esbozo de un movimiento con las manos, como él seguidor de alguna vieja religión. **-Toda la gloria a Horus. Muerte a... a...**

-Dilo- la hoja oxidada bailó en el aire. **-¿Por qué no lo dices? Tú eres uno de ellos, ¿verdad? Así que, habla**- incitó al tripulante, insistiéndole con su mano libre.

-Muerte al...

Al Emperador. Las palabras no pronunciadas colgaban entre ellos y, sin embargo, Letae no podía decirlas.

¿Por qué? ¿Entendía ese insignificante hombrecillo que estaba a punto de morir? ¿Era que, ahora, en su momento final, se arrepentía de su traición?

Eso devolvió la sonrisa al frío asesino. Con el tiempo, todos aquellos que habían clavado sus colores en el mástil del traidor tendrían que pagar por su traición, desde el Primarca más poderoso al más humilde de los tripulantes. Un traidor es un traidor, se dijo, y la muerte es la única recompensa para todos ellos.

-¡No soy un traidor!- las palabras brotaron de Letae en una repentina explosión, salpicándole de saliva.

¿Había dicho en voz alta su último pensamiento y no se daba cuenta? El asesino frunció el ceño.

-¡Espero que os maten a todos, asquerosos hijos de puta!- el tripulante dijo eso congestionado y sudoroso, furioso e impotente a la vez. Era verdadera desesperación, la de una presa atrapada que sabía que el final caía sobre ella,

sabiendo que ya no importaba nada**. -¡No lo voy a decir de nuevo!-** gritó, su voz se convirtió en un eco embotado que resonó carente de significado a lo largo del abismo. **-¡Os rechazo a todos! ¿Me oyes? ¡Mátame ya! ¡Pero voy a morir con la conciencia bien limpia! ¡Soy un hijo de Cthonia, sí, pero leal a Terra y al Emperador de la Humanidad!**

-¿En serio?

-¡Diez generaciones!- dijo el enfurecido tripulante. **-¡Padres y madres, hijos e hijas, trabajando a bordo de esta nave para los Lobos Lunares!-** Letae volvió la cara hacia arriba y una gran tristeza se apoderó de él, como si estuviera mirando a un ser querido mortalmente herido.

-¿Qué han hecho con ella? ¡Era tan hermosa y noble, y ahora, la han… corrompido!

Al asesino le tomó un momento el darse cuenta de que el hombre estaba hablando de la gran nave. **-¿El Espíritu Vengativo?**

-¡Sí! Fuerte y leal otrora. Pero él rompió todo lo que quedaba de ella. ¡Pero no a mí! ¿Me oyes? ¡Soy leal, maldito! ¡Leal…!- la última palabra se convirtió en un débil y derrotado grito. Él sabía que su fin estaba cerca y esa oleada de justa ira, no lo haría retroceder. **-No voy a vivir más tiempo esta mentira-** dijo, comenzando a llorar. Por un momento, pareció que el tripulante iba a lanzarse contra el cuchillo para clavárselo el mismo, en un final e inútil gesto de desafío.

-Coraje, Letae- dijo el asesino, bajando cautelosamente el arma. **-No vas a morir hoy.**

-¿No?- la expresión del tripulante se movió entre lo patéticamente agradecido y la profunda sospecha. **-¿Por qué?**

-Porque quiero mirar los ojos de un hombre leal- el asesino se sentó en una de las campanas de uno de los intercambiadores de calor y, después de un tiempo, superando la cautela, el tripulante hizo lo mismo. -**Quiero saber si aún queda alguno.**

Letae lo miraba, de repente, el asesino se dio cuenta de que aún llevaba su máscara de visión, que miraba al tripulante con mirada blanca y vacía de su visera mono-banda. Extendió una mano para quitársela, para mostrar al pobre tonto que él no era más que un ser humano cubierto por un uniforme negro hecho jirones.

-¿Quién eres?- preguntó el tripulante. **-¿Por qué estás aquí?**

-Mi nombre…

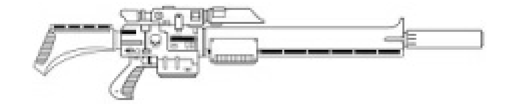
Ahora que tenía que decirlo, le resultó difícil pronunciar las palabras. Casi tenía miedo de que ahora le eludieran.

-Mi nombre es Eristede Kell- dijo, recordándolo finalmente. **-Estoy aquí para matar al monstruo.**



CUATRO

¿Qué es una máscara? Es la mentira que cubre lo que somos. Es la verdad sobre la misma. Cada máscara que usamos es idéntica y nunca difiere. Si usted sufre el destino de perecer detrás de ella, la máscara consumirá sus datos biométricos y convertirá su cuerpo en una masa liquida que ninguna tecnología pueda reconstruir. Así, detrás de la máscara, ninguno de nosotros tiene rostro y somos imposibles de matar. Cada vez que uno cae, otro se levanta. Para los no iniciados, parecemos inmortales.





¿Cómo llegó a este lugar?

Sin la posibilidad de contar el tiempo, era importante para él continuar reiterando sus recuerdos significativos, los que tenían valor y potencia. Había perdido mucho, eso era innegable. El golpe que se había dado en la cabeza cuando la cápsula penetró en las cubiertas del vientre de la nave insignia del Señor de la Guerra. Los efectos corrosivos del veneno de serpiente habían dejado huellas en su mente.

Yo soy el arma.

Kell había estado preparado para morir en aquellos últimos momentos. Su misión, encomendada a él por su maestro del templo Vindicare y el Señor de los Asesinos de Terra, finalmente se deshizo en pedazos. Él y su rebelde grupo, de asesinos y locos que los Altos Señores habían reunido, no consiguieron completar su trabajo. Habían sido enviados para retirar al Señor de la Guerra, a Horus, para siempre, sobre la superficie del planeta Dagonet.

Y habían fracasado.

Había fracasado. Sólo uno murió por obra del gatillo de Kell, un alto lugarteniente del Señor de la Guerra, ejecutado en lugar del archi-traidor. Pero en las cenizas de ese error, había encontrado los rastros de un mal mayor que acechaba en las sombras. Una cosa engendrada en la disformidad, un híbrido demoniaco asesino que desafiaba todas las leyes conocidas de la existencia, una criatura que nunca debería haber existido y, sin embargo, algo diseñado perfectamente para el asesinato. Un arma viviente, apuntando directamente al corazón del Emperador de la Humanidad.

Kell y los demás no se cuestionaron si tal cosa podía ser posible. Incluso la más remota posibilidad de que fuera real debía ser detenida a toda costa.

Y la detuvieron, pero el costo fue muy alto. Tariel, del Vanus y Koyne, la cambia-caras del Callidus, Iota, la chica psíquica loca, y el brutal Garantine, del Eversor, todos muertos y convertidos en cenizas para poner a fin a la existencia de la cosa lanza.

Y también su hermana… Su querida hermana. ¿Cuál era su nombre? Podía ver el fantasma de su rostro, oír su voz. Pero su nombre… ¿Cuál era el nombre de su hermana? Ella también había muerto, se la habían arrebatado. Kell apretó sus manos contra su cuero cabelludo y apretó hasta que le dolió, pero ese recuerdo en particular era negro y frío. Una cáscara vacía.

Al final, él también había querido morir. Para ser el arma.

Tras volver al cutter *Ultio* (Un cutter es una nave ligera, ágil, rápida y bien armada, normalmente utilizada por los inquisidores, el 'Ultio' es la nave en la que el equipo de asesinos sale para ejecutar a Horus, véase la novela "Némesis", nt) se lanzó al espacio en busca del *Espíritu Vengativo*, sabiendo que Horus estaría a bordo. Había dirigido la nave como un misil hacia el puente de mando donde suponía que estaba el Señor de la Guerra, con la vana esperanza de que en la colisión pudiera herir mortalmente al renegado hijo del Emperador.

Pero el intento resultó ser inútil…

…la nave ardió a su alrededor…

…mirara donde mirara, sólo había runas de advertencia de color rojo…

…una diminuta cápsula de escape, una luz azul derramándose desde la escotilla…

…sólo sería necesario que diera un paso…

…la misión, que lo era todo para Eristede Kell, volvió a ser un fracaso, dejando su eco en su vacía existencia.

Así que había huido. Se convenció de que morir en ese momento no probaría nada y significaría aún menos. No podía terminar allí, no mientras conservara un solo aliento en su cuerpo y una bala que disparar.

En la confusión creada por su ataque suicida, la señal del lanzamiento de la cápsula de escape se perdió en la resaca del fuego nuclear de la destrucción de la Ultio. Lanzada contra el casco del *Espíritu Vengativo*, la cápsula lo llevó hasta los dominios del enemigo, incrustándose en él como metralla en una herida abierta.

Kell se acercó más a este recuerdo que a cualquiera de los otros, más que a los fragmentos de su infancia o a sus anteriores, y perfectos asesinatos, salpicados de sangre, a causa de los que significaba para él. Ese recuerdo, ese acto, cambió las condiciones de su existencia.

En Dagonet, no había conseguido matar a Horus. Había fracasado.

Pero aquí, a bordo del *Espíritu Vengativo*, escondido en sus cubiertas inferiores y planificando nuevamente el asesinato, el fracaso había dejado de tener sentido.

No había fallado. La misión aún no había terminado. Kell aún tenía la oportunidad de un disparo.

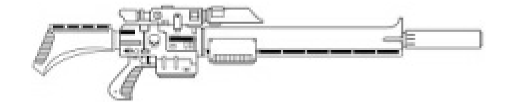
-Estoy aquí para matar un monstruo- dijo, y esta vez se prometió que tendría éxito.



CINCO

Nunca se pregunten quiénes son. Nunca pierdan un momento de su tiempo en los detalles de su existencia. No se pregunten si son merecedores de la muerte o tienen derecho a vivir. Eso no es un asunto que puedan abordar. Esa carga es asumida por hombres y mujeres con mayores

conocimientos que los suyos, y serán ellos quienes la llevarán en su lugar. Estén agradecidos por esta verdad y acéptenla sin dudar. Deben saber que su objetivo es la única verdad.



Entre el asesino y el tripulante se estableció una precaria paz. Letae tenía más cigarrillos de lho, con manos temblorosas alcanzó uno a Kell. Después de dárselo, fumaron en un amistoso silencio, midiéndose entre ellos.

Kell dio una profunda calada del cigarrillo, el narcótico inundó sus pulmones y le gustó. Había pasado toda una eternidad desde que había sido capaz de entregarse a un vicio, o al menos eso sentía. En ese pequeño y trivial acto, sintió algo más, diferente de la sombría melancolía y el vacío sin fin que le había invadido desde Dagonet. Sin embargo, no podía poner nombre a esa emoción. Había olvidado el nombre de semejantes cosas.

Letae preguntó sobre sus cicatrices y la decoloración de su piel allí donde le habían mordido las serpientes. Pero Kell no estaba preparado todavía para hablar de esas cosas. En su lugar, le pidió al tripulante que hablara de sí mismo… y poco a poco, cautelosamente, el hombre lo hizo.

-Usted cree que soy débil- dijo. Kell lo pensaba, pero no veía ninguna razón para decirlo. **-Déjame que le cuente cómo ha sido. He trabajado en las cubiertas del Espíritu desde que tuve edad suficiente para levantar el acoplador de un generador, esa es la verdad. Conozco todas las historias desde que su quilla fue colocada en los astilleros, y puedo hablar de los hombres que murieron creándola. Esto es el libro de la historia de esta nave, ¿lo entiende?-** dijo, señalando su cabeza. En la penumbra eran visibles las cicatrices y calvas de viejas heridas sobre ella. **-Aquí-** continuó Letae. **-No he olvidado nada.**

Kell sabía de esas cosas. Las leyendas y las tradiciones orales crecían en torno a las grandes naves de guerra del Imperio, igual que se creaban sobre las grandes ciudades de la superficie de los planetas, y eran tan complejas que esas leyendas podían crear sus propias sombras. Eran modernas historias de fantasmas y mitos, con un pie en realidad y otro en la fantasía. *El Espíritu Vengativo* era una nave gigantesca, el asesino no dudaba de que hubiera cuentos que se extendían a lo largo de los siglos por aquellos que servían dentro de su metálica piel. La tripulación compartía esas historias, pasándolas a cada nueva generación de alistados, embelleciendo y

mejorando las narraciones durante el proceso. A su tosca manera, los tripulantes como éste eran los ásperos rememoradores de su clase.

Pero sus historias nunca justificarían una estatua o una ópera. No como las epopeyas de las Legiones Astartes, que caminaban sobre las cabezas de esos seres inferiores y nunca les dedicarían un pensamiento.

Letae hablaba y hablaba, una vez que comenzó, parecía que nunca iba a detenerse.

-Hemos luchado en la Cruzada, lo hicimos con la mayor gloria- las lágrimas brillaban en su mirada. **-Oh, sí sólo lo hubiéramos sabido. Cuando Horus llegó a la nave, hubo tal celebración. Estábamos unidos, ¿verdad? Y éramos la nave del Señor de la Guerra, el primero entre iguales. Íbamos a ser conocidos como el mejor equipo de la historia... Y durante un tiempo lo fuimos.**

¿Y entonces? Kell no necesitó apremiar al tripulante. Letae miró a sus pies, sus palabras brotaron dolorosamente.

-No duró. La belleza, todo se consumió. Lo vi, desde aquí abajo, en las cubiertas inferiores. No se necesitaba estar en el puente para notarlo, no. Todos lo vimos. Todos lo hicimos- señaló su cara. **-Davin fue el lugar. Allí es donde todo comenzó a cambiar. Tal vez las semillas habían arraigado antes, pero fue en el Delphos, en Davin, donde florecieron-** (Delphos, el templo del culto de las serpientes de Davin, nt) la voz de Letae se redujo a un ronco murmullo, tenía miedo de que alguien escuchara esto, incluso en un lugar tan desierto. **-Horus cayó. Me avergüenzo de decirlo, pero hubiera sido mejor que nunca se hubiera vuelto a levantar. Cuando regresó, lo hizo cambiado.**

-Explícame qué quieres decir con eso.

-No tengo palabras. No soy un hombre culto. Pero yo lo vi. Lo vi. ¡Lo sé!- el tripulante movió lentamente su cabeza. **-Entonces llegó Isstvan. Oh, por el amor del Trono. Lo que allí se hizo nos persigue a todos nosotros. Contaminó esta nave, así como a todos los hombres y mujeres de su interior. Matar a parientes y amigos, el Señor de la Guerra lo hizo en nombre de la traición, ocultándola como si fuera una causa justa.**

Entonces Letae le conto una historia acerca de un hombre, un maestre de una cubierta, una especie de capataz de las cubiertas donde el tripulante trabajaba manteniendo las grandes lentes de enfoque de los cañones-lanza de la nave de guerra. Este hombre era un superior de Letae y, por una comunidad de nacimientos, era pariente lejano del tripulante. Esto no era algo excepcional, en algunas tripulaciones, los rangos inferiores se convertían

en comunidades que vivían en las naves, desarrollando las mismas relaciones y lazos que se podían encontrar en un pequeño puesto colonial avanzado o un asentamiento rural.

El maestre de cubierta habló claramente contra la rebelión de Horus, y murió por ello. Trágicamente, como era de esperar. Pero lo horrible era cómo lo habían hecho. Ellos ataron al hombre a uno de los cristales del láser, y pusieron en marcha un ciclo de funcionamiento y parada, lo que permitió que su carne se quemara, por dentro y por fuera, durante dieciséis días. Un generador de éxtasis funcionando dentro del interior del cañón permitió que el tormento se alargara, ya que la peculiaridad de ese campo de energía relativizó el paso del tiempo para el condenado. Cada uno de los miembros de la tripulación se vio obligado a escuchar los continuos gritos.

Pero eso no fue lo peor de todo, no. Letae explicó que eso sólo había sido el comienzo de las mismas.

-Pronto comenzó el derramamiento de sangre… Pasaba a diario. Había que hacerlo, sólo para mantener a las sombras tranquilas, ¿lo entiendes? Las cosas en las sombras, quiero decir. Se llevan a las personas. Algunas veces, incluso las traen de vuelta. Y no le gustaría ver cómo cambian a un hombre. O a un legionario.

-He visto algo parecido- contestó Kell. El tripulante le lanzó una mirada cauteloso, como si no acabara de creer al asesino. Pero entonces un entendimiento tácito surgió entre ellos, una terrible similitud en sus experiencias, ambos sabían que eran verdad.

-Soy un cobarde- admitió Letae, avergonzado de sí mismo. **-Soy débil, no hablo, no miro hacia arriba. Mantengo mi cabeza agachada, hago mi trabajo y finjo que no veo. Pero si que veo. No puedo hablar con nadie de lo que me da miedo, porque no sé quien siente lo mismo, ni quien es ahora un creyente. Uno tiene que fingir, aunque no lo creas, o es la muerte. Y no de una manera rápida-** el tripulante señaló con la cabeza hacia el abismo de metal. **-Hay muchos que tomaron ese camino para no trabajar bajo el látigo del Señor de la Guerra y sus lacayos…**

Kell le vio temblar, a pesar de que el ambiente era cálido. **-No puedes hablar de mí-** le dijo. -Tendré que matarte si no me lo juras.

El tripulante asintió. **-Me gustaría tener el coraje de pedirle que lo hiciera ahora mismo. Pero no lo tengo-** el tripulante miró hacia otro lado y continuó. **-Tal vez debería hacerlo, rápidamente, sin dolor. Si sospechan que he visto a un hombre aquí abajo, van a torturarme. Soy débil-** repitió.

El asesino, que había matado a tantos, con muchos y mejores pretextos, le extrañó sentirse como ahora, esta renuencia. ¿Era por qué estaba sólo en esta gran nave, llena de traidores, y ansiaba otra alma afín con quien hablar?

¿Cuánto tiempo había estado aquí? ¿Días? ¿Semanas? ¿Meses? Kell no podía entender por qué le era tan difícil contar el tiempo. Eso le carcomía.

El asesino apartó el burdo cuchillo**. -Necesito agua-** dijo finalmente, pensando en el agua salobre que se veía obligado a beber, mezclada con contaminantes desconocidos que serían emitidos desde las estructuras de la nave. **-¿Me puedes conseguir un filtro de purificación?**

Un movimiento afirmativo con la cabeza. **-Puedo hacerlo. No se notará.**

-Hazlo- dijo Kell **-y tal vez puedas aspirar a ser algo más que un cobarde.**

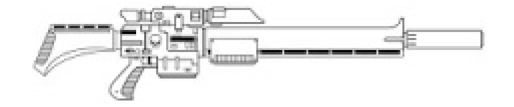
Más tarde, cuando estaba sólo, el asesino trató de encontrar los restos de los cigarrillos de lho, sólo para tener una prueba física de que el hombre había estado allí. Pero no tuvo éxito. El viento que corría arriba y abajo del cañón se los había llevado.

Al menos, eso es lo que Kell imaginó.



SEIS

No busque la ayuda de los demás, incluso si no hay ninguna alternativa abierta para usted. Es cierto que por toda la galaxia hay almas buenas y leales, que estarían dispuestas a ayudar a los ejecutores de la Voluntad del Emperador si supieran que se movían entre ellos. Pero no hay que ponerlos en peligro. Ellos no están capacitados como ustedes. Pueden cometer errores. Una simple palabra, o un hecho, bastaría. No pueden arriesgarse. Su fusil es su único propósito, su única novia, el único amigo en el que puede confiar.



Sin embargo, no podía escapar del sueño para siempre. Cuando caía en

él, siempre había un inevitable retorno al momento en el que llegó por primera vez a bordo del *Espíritu Vengativo*. Era como si la nave quisiera estar segura de que Kell nunca lo olvidara, aunque el resto de los recuerdos de su mente dañada se convirtieron en frágiles y poco sistemáticos. Cada vez que cerraba los ojos, estaba inmerso en las vividas imágenes de ese recuerdo.

Cuando la cápsula perforó el casco, el chirrido del metal sonó bajo los dientes de agarre como un grito. Un niño de hojalata u vidrio, gritando, mientras era rajado por cuchillas de afeitar. Ese fue el ruido.

La cápsula de salvamento perforó las cubiertas del vientre de la gran nave, el viciado aire llenó el pequeño espacio, del tamaño de un ataúd. Finalmente, la cápsula se detuvo, la fricción la puso al rojo vivo, chirriando, mientras el blindaje ablativo externo se derretía en grandes manchas alquitranadas. Kell quemó sus pulmones y su carne al salir. Temporalmente ciego, el asesino fue recibido en la nave por los colmillos venenosos de las serpientes.

La cápsula se clavó en el casco cerca de uno de los gigantescos tanques de sentina de la nave de guerra, un gran espacio que apestaba por el hedor orgánico. Capas aglutinadas de suciedad, depositadas una sobre la otra durante cientos de años eran el hogar de colonias de grasa, criaturas que se retorcían y se arrastraban como gusanos en medio de las veletas de los bio-procesadores del sistema ambiental. Los gusanos eran las presas de las criaturas más grandes que se deslizaban en la oscuridad, formas serpentinas sin ojos, con fauces llenas de colmillos. La mala suerte le llevó a aterrizar cerca de uno de sus nidos.

Kell transportaba las piezas de su equipo que pudo salvar de la cápsula de escape aplastada cuando las serpientes se decidieron finalmente a atacarlo. Los fuertes colmillos rasgaron su carne e inyectaron el veneno en su sangre. A los gusanos, el veneno neurotóxico les inducía un sopor instantáneo, permitiendo a las serpientes que se les comieran vivos. Pero en un ser humano, el efecto fue muy diferente.

La toxina actúo sobre su mente. Al principio, él tropezó como un borracho mientras retrocedía ante los depredadores, sus miembros se convirtieron en goma y no le obedecían. Kell trató de alejarse de las serpientes, vagamente consciente de los fuertes chapoteos detrás de él, mientras perdía piezas de su equipo en las profundas y turbias aguas de las cloacas.

Entonces cayó de rodillas y el veneno se apoderó de él. Se arremolinaba a través de sus venas, reaccionando y cambiando, convirtiéndose en psicotrópico. Durante un tiempo, envió al asesino a la locura.

¿Qué es lo que vio allí?

En los sueños, Kell mezclaba los recuerdos de sus experiencias recientes, el horrible encuentro con el no-humano que había vivido en Dagonet; los asesinatos que había presenciado y las cosas retorcidas que auguraban. Fluyendo como ríos de sangre y de aceite, uno a través del otro, el tiempo y las visiones mostraron a Kell un paisaje surrealista.

Vio cosas que no tenían ningún sentido para él, las imágenes no salían de su mente o su memoria. Más tarde, en los momentos de tranquilidad, mientras Kell mantenía su interminable vigilia en su escondite, repasando minuciosamente esos momentos, tratando de comprender su origen. ¿Y si no estuviera viendo sus propios recuerdos, sino algo de los primitivos cerebros de las serpientes? Él sabía que ese tipo de cosas existían. Bestias xenos con pequeñas capacidades psíquicas para abrir los pensamientos de sus presas. ¿Era el veneno el culpable? ¿O era algo más, algo, más sutil y siniestro?

¿Era el mismo *Espíritu Vengativo* el que le mostraba esas cosas? Un mecanismo tan grande y tan complejo, ahora contaminado por la oscura disformidad y la corrupción de un demonio, ¿podía llegar a su mente a través del veneno de los seres vivos de su interior, a través de su sangre envenenada? ¿Era la nave quien le regalaba esas visiones?

¿Ha huido mi cordura al creer que esto sea posible? El asesino se atormentaba a sí mismo con ese tipo de preguntas. ¿Estoy loco?

No tenía respuestas. Kell sólo tenía unas oníricas visiones, sueños de locura, fantasías, alucinaciones inducidas por el veneno. Permanecían brillando como el cristal y le quemaban indeleblemente en sus pensamientos, incrustándose en su mente como una aguja.

La visión no experimentó ningún cambio en sus sueños. Kell estaba sobre la gran tarima que sobresalía de la pared de la garganta de hierro, la sombra del Señor de la Guerra caía sobre él, cubriendo la pálida luz. La oscura gloria del Primarca, la crueldad y la maldad, hervían a fuego lento bajo un rostro tan noble y perfecto.

Al igual que las estatuas que Kell había visto en Dagonet.

Cobrando vida. Creciendo. Alcanzándole.

Pero en los momentos en los que estaba más lúcido, el asesino podía contener firmemente sus pensamientos y captar un cierto grado de racionalidad, pero lo que realmente le asustaba eran las sensaciones que engendraba la visión. Tan puros y a la vez vergonzosos para él.

Eristede Kell no veía el rostro de Horus y el odio en él, a pesar de que se decía que así se suponía que debía ser. No, la aparición del Señor de la Guerra era una especie de fuego negro que no podía ser contemplado por un mortal, en su lugar había un resplandor de muerte, a la vez envolvente y seductor. Una singularidad única.

Era como si un circuito emocional en el corazón de Kell se hubiera invertido. El sabía intelectualmente que Horus debería mostrar el mayor de los odios. Un traidor es un traidor, y la muerte es la única recompensa para todos ellos. Pero las palabras sólo eran una representación memorística, cosas huecas rellenas de cenizas.

Kell sabía que debía de odiar a Horus, que él y toda la humanidad debían sentirse traicionados por el primero entre iguales (‘Primus inter pares’ del latín), entre los hijos del Emperador. Él lo sabía. Después de todo, esa era su misión: matar al monstruo.

¿Pero quién había traicionado realmente al asesino? No Horus. ¿Quién había enviado a Kell, a su hermana y a todos los demás, en una estúpida misión que nunca, nunca, habían tenido la esperanza de completar? ¿Quién había abandonado a Kell para que muriera?

En la visión de sus sueños, Horus extendía su mano hacia él. El gesto no era de ira o de violencia. Parecía haber compasión en el.

¿Estoy loco? Se preguntó una y otra vez. Ahora, *¿también estoy corrompido? ¿Todavía hay algo puro?*

Cuando finalmente pasó el efecto del veneno, el asesino se encontró en las aguas poco profundas y contaminadas de la sentina, con serpientes muertas a su alrededor. Su boca estaba llena de su carne escamosa y la sangre negra recubría sus dientes. Kell vomitó el contenido de su estómago y se alejó tambaleándose, enfermo por el veneno y cubierto de suciedad.

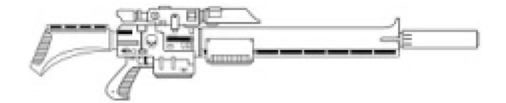
El destino le sonrió brevemente, encontró su kit medicae y lo abrió, cogiendo todo lo que pudo para hacer que el horror se retirara de su mente.

Al menos por un tiempo.



SIETE

La misión nunca termina. Siempre y cuando no reciba la orden de revocación por la autoridad, la misión continúa. No puede haber disensiones sobre el castigo (Diktat del original). No importa lo difícil que sea la ejecución, ni el tiempo que pueda durar la tarea, ni siquiera cuantos daños colaterales se produzcan en el cumplimiento de la orden. Hay que hacerlo. Se hará. Usted verá su final. Lo va a hacer.



¿Cómo consumaría el asesinato del Señor de la Guerra? Esa era la pregunta que le consumía mientras pasaban los días.

Kell limpiaba y preparaba su preciado fusil Exitus (Arma de francotirador exclusiva de los vindicare, nt) a intervalos regulares, a pesar de que esta no requería tan atentos cuidados. Él estaba peligrosamente cerca de convertir esa acción, de mantenimiento de la vital herramienta del asesino, en una especie de sacramento de carácter religioso. El roce de la tela sobre el bloque desmontado del gatillo, las complejas y lentas pruebas, las comprobaciones de cada cuadrícula de los sensores de observación… Estos pasos tenían el ritmo medido y ritualista de una tarea sagrada, a imitación de los ritos que se habían realizado en todas las iglesias muertas, quemadas por la luz de la Verdad Imperial.

Guardó el Aquila dorada que su hermana, su pobre hermana, de la que había olvidado el nombre, le había dejado y que nunca había mirado. Kell no quería distraerse con tales trivialidades. El escondite era su altar, su catedral. El lugar donde se encontraba en paz, al menos durante un tiempo. La serenidad llegaba a él mientras se arrodillaba como si rezara al arma, con la larga y delgada forma del avanzado fusil de francotirador acunada entre sus manos, como un cantoral esculpido en metal y acero al carbono.

Ensayó el asesinato dentro de su mente, hasta que pudo recordar hasta la más mínima fracción del hecho sin vacilar. El cálculo del efecto del viento, los números en el vítreo ojo de la mira telescópica, tan perfectos como una sinfonía. Las formas de la zona objetivo le eran tan conocidas como para un amante lo eran, bajo sus dedos, las curvas de su compañera de cama.

Y la parte final del rito, una solitaria bala de fusil.

Era todo lo que le quedaba, de vez en cuando sacaba el proyectil de la recamara y la hacía rodar suavemente sobre la palma de su mano. El fresco tacto de la carcasa de latón era relajante. El movimiento del mismo, el sutil peso de la carga mortal en su mano, esas cosas le ayudaban a anclarse en el presente. Le impedían ir a la deriva.

El sello alrededor de la cápsula fulminante le dijo que el proyectil se había creado en el Telémaco, una de las fraguas secretas propiedad del Clado Vindicare. Trabajada con una tolerancia de micrómetros para encajar en el fusil y en ninguna otra arma, el proyectil era nuevo, sólo un año solar desde su fabricación, cuando se lo habían entregado. La carga tenía una distribución perfecta en la masa total. En el interior de la bala, un denso proyectil perforante, un 'Sabot' sub-calibrado con su núcleo asesino, se había creado en una cámara de manufactura de gravedad cero. (SABOT, un tipo de proyectil perforante sub-calibrado, normalmente usada en tanques donde básicamente hay dos tipos de munición: HEAT de alto poder explosivo, para agrupaciones de infantería, camiones, vehículos ligeros u objetivos "blandos"; y SABOT de alta penetración, para tanques u otros objetivos "duros", nt)

Perfecto. Impecable. Preparado. Solo hacía falta un asesinato para hacerlo florecer.

Kell calculó el tiempo de vuelo a través del abismo, desde el momento en el que Horus mostraría su rostro al instante en el que apretaría el gatillo, y hasta el momento del impacto. Tendría que colocar el disparo directamente en uno de los ojos del Señor de la Guerra, él era partidario del derecho, pero se adaptaría, con el fin de tener la oportunidad de matar al señor absoluto de los Lobos Lunares. Una vez que el disparo perforara la superficie ocular, comenzaría un proceso de fragmentación a nivel nanométrico. Diminutas astillas de metralla de filo fractal se dispararían como una esfera de dagas en miniatura, moviéndose a velocidad supersónica. Causarían tal onda de choque que podrían triturar incluso la carne de un post-humano, siendo capaz incluso de fracturar los huesos densos como el hierro de un dios de la guerra. Estimaba que, con un disparo perfecto, tendría una posibilidad sobre siete de conseguir una muerte total. La probabilidad bajaba si tenía en consideración otras variables, pero un daño cerebral catastrófico, aunque no lo matara, estaba dentro de los criterios de éxito de su misión.

Cualquier otra cosa sería clasificada como un fracaso.

Todos estos cálculos se basaban en un objetivo en pie, sin yelmo ni protección de barreras de energía. Un objetivo distinto a los demás. Un objetivo… de un tipo como el que nunca había sido asesinado por obra de un simple humano.

-Imposible.

¿Kell dijo esto en voz alta, o eran las corrientes del aire las que le susurraban en la oreja? Era difícil estar seguro. A menudo se olvidaba del sonido de su voz.

¿Podría un hombre matar a un Primarca? ¿Podría matar un mortal a un semidiós? A parte de Kell le gustaría saber si eso era posible; otra parte quería salir corriendo ante la audacia de tal pensamiento. Al principio, lleno de arrogancia y orgullo, el asesino había pensado que se podía lograr.

Pero después de todo lo que había ocurrido, la mente de Kell había cambiado. Surgieron dudas.

Era por eso por lo que tenía que hacerlo. Para estar seguro. Para acallar las voces que le susurraban.



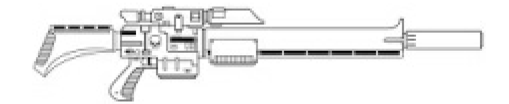
OCHO

*indicare.*

Alto Gótico, antiguo origen terrano (pre-Contienda, aproximadamente), presente infinitivo activo de "Vindico" (también puede traducirse como "castigador", "vengador", del latín, claro, nt)

Palabra compuesta por distintos elementos: "Vindex" - que significa protector o defensor; "dico" - que significa "dedicar"

Significados (múltiples): el que protege. El que entrega, ahorra, o libera. Para reclamar o reivindicar. Para vengar o castigar.



Bebió de la rota cantimplora, sintiendo el sabor neutro y sin vida del líquido filtrado en su boca. De repente, Kell recordó el vino, de una manera

brillante y vivida, como una llamarada en las oscuras cavernas de su mente. Miró la botella. El purificador estaba atascado con partículas, lo sacudió. ¿Le había traído el filtro el tripulante Letae, o acababa de encontrar un repuesto en el fondo de su mochila rota? Cualquier cosa era posible.

Entonces escuchó sirenas berreando al otro lado del abismo, las preguntas desaparecieron.

No era una ilusión, no. Había pequeños drones voladores moviéndose por los alrededores, híbridos de un águila y partes metálicas, sondeando la penumbra con sensores y finos rayos de búsqueda. ¿Qué estaban buscando?

Kell sólo podía adivinar el estado de ánimo del Espíritu Vengativo, pero estaba seguro de que este día la nave estaba de mal humor. Había estado aquí el tiempo suficiente. ¿Cuánto tiempo era eso? Y sabía detectar cuando algo iba mal.

Estaban en medio de una batalla. En algún lugar de allí arriba, a cientos de cubiertas de distancia, detrás de las paredes del strategium, el Señor de la Guerra y los capitanes de los Hijos de Horus estaban comprometidos en el negocio de la muerte. Kell sintió eso más que saberlo, pero ahora, en él, prevalecía el instinto sobre el intelecto. Se había convertido a sí mismo en un animal salvaje, reaccionaba más como un paciente animal depredador que como un hombre que traza un plan, espera, sigue esperando y planificando. No tenía el menor interés en quienes serían los participantes de la distante batalla. Semejantes pensamientos eran demasiado vagos, abstractos y frágiles. Todo lo que Kell quería era que Horus viniera a él.

Y eso iba a suceder. Lo había visto en las visiones de sus sueños. Ya había tenido lugar, en alguna otra madeja del tiempo y posibilidades. Eso era lo que le habían dicho los susurros.

-¡Eristede!

El asesino se dio la vuelta cuando una voz ronca gritó su nombre. Kell vio al tripulante corriendo por la cubierta metálica hacia él. Su cara estaba ensangrentada por un corte en la mejilla, estaba en pleno ataque de pánico.

Kell maldijo y lanzó una mirada al otro lado del abismo de hierro. Algunas de las máquinas-pájaro se detuvieron en su camino, se arremolinaron y miraron hacia allí. El grito del necio podía haber llegado hasta ellos.

No por primera vez, deseó que el manto de camuflaje aún funcionara correctamente. A plena capacidad, podía haberse dejado caer en la cubierta, envolverse con él y, a los ojos de los aviones no tripulados, no sería nada más

que un pedazo de frío acero que sobresalía de los pórticos. Pero ahora, rasgado y desigual, sólo podía ocultarle a la vista. No podía utilizarlo para esconderse de los augures de corto alcance, ni de la visión térmica, ultravioleta o de los escáneres magnéticos.

Corrió hacia Letae, gesticulando bruscamente para que el tripulante buscara refugio. **-¡Silencio, idiota! ¡Cállate! ¿No te das cuente de que te van a ver?**

El tripulante trepó con torpeza al abrigo del intercambiador de calor. **-Tenía que venir a advertirle, Maestro Kell-** el lado del rostro del tripulante se veía diferente. El tatuaje con la marca de las brujas parecía más detallado que antes, convertido en más cicatriz que tinta. Las líneas del mismo se marcaban en su carne, enrojecidas por el flujo de sangre. Letae estaba más flaco de lo que le recordaba, los ojos hundidos, huecos en sus mejillas. Incluso la sangre que goteaba de su cara parecía menos fuerte. Más aguada, como tinta carmesí.

El tripulante no se dio cuenta de la atenta mirada de Kell. **-Hay intrusos a bordo de la nave-** dijo rápidamente, sin hacer una pausa para tomar aliento. **-¡Se dice que es una fuerza de guerreros enviados por el propio Sigilita!-** a Kell le sorprendió que la mención del título del Señor Malcador le hiciera estremecerse. No pudo analizar esa extraña reacción, así que la ignoró.

-¿Están aquí por Horus?

-¡Claro!- la expresión de Letae se convirtió en una de sorpresa y confusión, como si la respuesta de esa pregunta fuera obvia. **-¿Qué otra razón podría haber?**

Kell agarró al hombrecillo y lo sacudió violentamente. **-¿Cuántos son? ¿Dónde Están? ¡Dime!-** las manos del tripulante se levantaron para defenderse del súbito ataque del asesino. **-¡Nadie lo sabe! ¡Por eso los centinelas les están buscando por toda la nave! ¿No lo ves? Si esos legionarios le matan, seremos libres.**

-¡No! ¡No!- le gritó Kell. Detrás, las plumas de acero zumbaban en el aire pegajoso mientras que las máquinas-pájaro, sintiendo los rastros de calor a través del abismo, dirigían hacía allí sus escáneres de vigilancia y exploración.

Pero en esos momentos, Kell no estaba pensando en ellos. Lo que le ofuscaba completamente era la posibilidad de que el destino que había vislumbrado no pudiera ocurrir. No puede ser. Horus no sería asesinado por algunos agentes deshonestos enviados por ese psíquico, ¡tres veces sea maldito! La visión le había prometido a Kell que tendría su oportunidad de matar al monstruo.

-Me estás haciendo daño- jadeó Letae, con sus ojos llenos de lágrimas. **-Por favor, déjame ir. Antes de que los centinelas nos localicen.**

Pero aquel era un deseo inútil por su parte. Un par de máquinas-pájaro cayeron sobre sus cabezas desde la penumbra llena de humo, con las garras de tungsteno al descubierto, listas para atraparles a los dos. Haces esmeraldas de luz láser barrieron la cubierta a su alrededor, localizando a los dos hombres con tanta claridad como si hubieran estado desnudos en un paisaje nevado.

Los centinelas se lanzaron al ataque, emitiendo un chillido metálico. Kell empujó lejos a Letae y ese acto salvó la vida del hombre, aunque esa no hubiera sido la intención del asesino. La desnuda garganta de Letae se salvó de ser desgarrada por las metálicas garras, aunque pasaron tan cerca que el tripulante sintió el aire siendo cortado a su paso.

La segunda máquina-pájaro se lanzó contra los ojos de Kell, con las garras por delante, en un claro intento de desgarrar su cara. El asesino lamentó haber dejado su máscara espía en el escondite. Últimamente casi nunca se la ponía.

Kell se agachó, girándose, mientras soltaba en su cuello el cierre de su ajada capa, el tejido suelto formó medio círculo de sombra. El centinela mecánico trató de corregir su vuelo, lanzándose en un picado, pero el asesino ya estaba listo. Giró con sus manos la capa de camuflaje y logró atrapar a la máquina-pájaro entre sus pliegues antes de que pudiera levantar el vuelo de nuevo. Con la máquina atrapada, Kell hizo oscilar bruscamente la capa y la estrelló contra la cubierta. Sin perder un solo segundo, Kell saltó hacia adelante y pisoteó la forma que graznaba bajo el paño negro, golpeándola cruel y salvajemente con sus botas. No tardó en matarla.

El segundo pájaro estaba acosando al pobre Letae, golpeándolo y cortándolo con los bordes afilados de las puntas de sus alas. La máquina reaccionó bruscamente a la muerte de su pareja, ignorando al tripulante y volviendo toda su ira depredadora contra Kell. Una lanza de metal, plastek y carne se precipitó contra el asesino, que, gruñendo, se preparó para el asalto.

El centinela se lanzó contra la garganta del asesino, con las garras dirigidas a su pecho, ambos rodaron por el suelo debido al impacto, pero Kell no soltó su cuchillo. Gritando de rabia y dolor, Kell sujetó el cuerpo de la máquina-pájaro con su mano libre. Su otra mano subió como un borrón y apuñaló al centinela, una y otra vez, haciendo que estrechos chorros de fluidos saltaran entre las placas del metálico fuselaje. Siguió dando puñaladas hasta que estuvo seguro de que estaba muerto, para entonces la máquina era un amasijo de carne destrozada, lubricante negro y sangre espesa.

Letae retrocedió cuando Kell dio un tembloroso paso hacia él. El asesino se dio cuenta de que el tripulante estaba aterrorizado. Todo en el tripulante era del color del miedo, el aire de sus pulmones, el agua de sus labios. Kell se retorció interiormente, de pronto sintió un asco enfermizo por la simple existencia del otro hombre, como si cada respiración del tripulante fuera un tipo de insulto.

El asesino no se pregunto él por qué de esa sensación. Ni si quiera se le ocurrió. En su lugar, gritó a Letae, hasta que el hombre comenzó a correr.

-¡Vete, patético bastardo! ¡No quiero verte por aquí! ¿Me entiendes? ¡Escucha mis palabras y lárgate!- escupió sobre la resbaladiza cubierta. **-Si vuelves… vuelves a asomar tu cara por aquí y no es para contarme que Horus aún vive…-** las palabras de Kell se elevaron in crescendo **-¡Entonces, te mataré nada más verte!**

Letae huyó, aparentemente, incapaz de creer que no hubiera muerto allí. Tan pronto como se dejaron de escuchar los pasos a la carrera del tripulante, Kell se sentó en la cubierta y miró sus manos ensangrentadas.

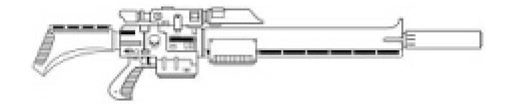
Con lentos y agónicos movimientos, acercó su destrozada capa y comenzó a cortarla en tiras irregulares con las que podría envolver las palmas de sus manos y los dedos. Mientras hacía esto, se esforzó para escuchar los susurros del Espíritu Vengativo, por si contenían la más mínima fracción de información sobre si el monstruo seguía vivo y los hombres de Malcador habían fracasado…

Ese pensamiento le hizo sonreír. El Sigilita también podía saborear el amargo vino de la decepción.



NUEVE

La mejor arma de nuestro arsenal es la más antigua, la más pura, la más fácil de tener a mano. Pero, resulta ser la más difícil de manejar. Cada asesino debe reconocer una verdad primordial. Usted no es el único. Ni especial. Va a morir y nada evitara que eso suceda. Con ese hecho aceptado y reconocido, comprenderán que son el arma, y que el filo más agudo es el del sacrificio.



Así que lo apuntó, dejando a un lado los pedazos rotos de su memoria que intentaban reunirse en su mente.

-¿Por qué está haciendo esto?- gritó Letae. **-Yo nunca le he dicho nada a nadie sobre nuestras reuniones. ¡Siempre he sido leal, como tú! Siempre, a pesar de las cosas tan terribles que me han hecho…-** se arrastró un paso hacia adelante, pero al ver el fusil se detuvo, pensándolo mejor. **-Usted… Usted me hizo más fuerte, Maestro Kell. Yo sabía que, si estaba aquí abajo después de tantos años, yo también podría resistir. Y ha sido tan difícil…**

¿Años? Kell fue sorprendido por la revelación. Eso no podía ser correcto. Habían pasado sólo unos días desde que huyó de Dagonet en el cutter Ultio, unas semanas, a lo sumo. ¿Cómo podían ser años?

El asesino meneó la cabeza. Lo recordaría. Tenía que ser mentira. Los susurros le habrían dicho lo contrarió. Kell enseñó los dientes en una mueca salvaje. **-Lo sabes, ¿verdad?**

Letae negó con la cabeza, la confusión surgió de nuevo en sus ojos llorosos. **-Lo sé… Lo he visto… Horus está vivo…**

-¡No es eso!- le gritó Kell. **-¡Los susurros ya me han hablado sobre el Señor de la Guerra! ¡No es eso lo que quiero decir, y lo sabes!**

-¿Su… Susurros?- ahora Letae lo miraba como si estuviera escuchando los desvaríos de un loco. ¿El tripulante no podía verlo? ¿No lo entendía?

Kell se acercó y apuntó su fusil Exitus en el alterado pecho del hombre.

Letae levanto las manos en señal de sumisión. **-Por favor, se lo ruego, no lo haga. No sé de qué me está hablando. ¡Está hablando con acertijos! Al principio pensé que sólo era por su aislamiento, pero…**

-¡Dime quién es!- exigió Kell, ignorando la súplica del hombre y gesticulando bruscamente el húmedo aire. **-Los susurros me siguen hablando, no me dejan dormir. ¡Me dijeron lo que tengo que hacer contigo!-** empujó a Letae con el cañón de su fusil, obligándole a ponerse en pie y salir del pórtico. Por debajo de ellos, los cables cantaban, mientras los interminables trenes de vagones de refrigerante iban y venían.

Letae le miró, implorando. **-Fue demasiado para usted, ¿no? Esa es la verdad. Ya lo veo. Este lugar…-** el tripulante asintió con la cabeza hacia los mamparos. **-El Espíritu le ha roto.**

-¡Dímelo!- el asesino estaba gritando, haciendo caso omiso de la posibilidad de que pudiera ser escuchado por algún lejano escáner auditivo. **-¡Necesito al que me susurra! ¿Dónde está?-** su mano estaba sudorosa allí donde agarraba el arma, los nudillos que sujetaban la empuñadura estaban blancos de tanto apretar.

-¡No lo sé!- gritó el tripulante.

-¡Dime quién es Samus!

No recordaba de donde había surgido ese nombre. Lo sentía extraño en sus labios, como lo que no pudiera controlar le hubiera obligado a que saliese por su garganta.

Pero eso era irrelevante. En su furia, Kell perdió su concentración por un momento y su dedo apretó el gatillo. En el momento en el que la última palabra salía de sus labios, el fusil Exitus se disparó accidentalmente y una herida irregular se abrió de golpe en el vientre de Letae. La sangre, hueso y materia intestinal se convirtieron en una mancha húmeda en la espalda del tripulante y se extendió por la cubierta.

El asesino no había tenido la intención de matarlo, no en ese momento, al menos. Pero lo había hecho, como las voces le habían predicho que sucedería.

Con un suspiro tembloroso, Kell recogió el cadáver y se puso a trabajar en él con el cuchillo. En el torso del hombre muerto esculpió una sola palabra, marcando los cortes profunda y claramente.

La palabra era LUPERCAL.

Como floritura final a su trabajo, sacó el amuleto del Aquila dorada que había pertenecido a su olvidada hermana. Ahora estaba desgastada, sin brillo, con las alas ralladas y con óxido. Ató el amuleto alrededor del delgado cuello de Letae y arrastró el cuerpo hasta el acantilado de hierro.

Se tomó su tiempo. Esperó al tránsito adecuado, para que el vagón de carga idóneo pasara por debajo. Cuando lo hizo, Kell lanzó el cadáver de manera que cayera en el momento exacto. Letae aterrizó en el vagón correcto, quedó allí tendido, como una muñeca rota. El tren se lo llevó hacia alguna cubierta distante. No pasaría mucho tiempo antes de que descubrieran al muerto.

El derramamiento de sangre. Ahora, mirando hacia atrás, le pareció muy obvio a Kell. Esa era la forma en la que ahora funcionaban las cosas en el Espíritu Vengativo, y entre las filas de los que desafiaban al Emperador. Era lógico usar señuelo y poner un cebo.

Kell recordó las míticas historias que había leído en su niñez, cuentos de fantasía en los que los monstruos sólo podían ser convocados de sus reinos de ultratumba por derramamientos rituales de sangre. El sacrificio, recordó, también era un arma.

Entonces, regresó a su escondite, limpiando su fusil mientras caminaba. Ya en su refugio, desplegó su vieja capa y sopló suavemente sobre su fusil de francotirador, devolviendo el arma a la vida.

El primer y único proyectil del fusil se deslizó suavemente en la recámara abierta y Kell se dispuso a esperar lo único que sabía seguro que sucedería. Esperó y, finalmente, los susurros regresaron.

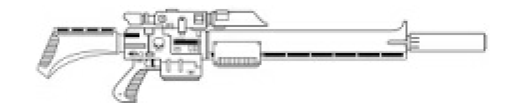


DIEZ

No sienta compasión. Esa emoción es algo corrosivo, atormentador y ácido, puede disolver su finalidad y la justicia.

No tenga piedad del objetivo, sea cual sea el camino que lo ha puesto delante de su final, no importa cuán equivocado o trágico sea.

Y no se compadezca de usted mismo por los actos que le piden que realice en nombre de la justicia. Le debilitarán y, cuando llegue el momento, le harán vacilar.



Y por fin, el Señor de la Guerra estaba en su punto de mira.

El había estado allí. El estará allí.

A Kell le pareció que sólo había parpadeado y allí estaba. Apareció de repente, en la lente circular de la mira telescópica, rodeado de de un halo de mediciones y correcciones telemétricas, velocidad del viento y datos atmosféricos.

¿Cuánto tiempo había transcurrido? ¿Cuánto tiempo había estado esperando…? Nada de eso ya importaba.

Horus Lupercal, el hijo caído del Emperador y el señor de esta nave. Kell no tenía palabras para describir al titánico ser ante él, una inmensa presencia que parecía irradiar hasta el asesino a través del abismo, pasando a través de la mira, amenazando con abrumarle.

¿Cómo era eso posible? Su voluntad se congeló, Kell maldijo su debilidad, su duda en realidad. Nunca le había pasado una cosa como esa en todo su tiempo de servicio como asesino en el nombre del Clado.

Sin embargo, esos días parecían ya muy lejanos, y esto, lo que estaba sucediendo en este momento, era tan cercano, tan real y muy, muy importante.

Horus estaba estudiando el cadáver de Letae, que estaba depositado a sus pies. Aquél gigante con forma humana, creado en una armadura de hierro, estaba asintiendo, como si hubiera esperado ver lo que tenía delante de él. Estaba leyendo las letras de su título honoríficos grabadas en la carne muerta. Tenía una pequeña cosa dorada en su mano, entre las puntas blindadas de su dedo pulgar e índice.

El fusil de Kell le dijo que estaba listo para disparar y orientó la mira hasta que las últimas escalas de la misma se fijaron y el ojo del Señor de la Guerra llenó la imagen. Kell sabía que el arma estaba temblando en sus manos, pero los estabilizadores del fusil Exitus modificaron y corrigieron sus temblores. Respiró y soltó la mitad del aire.

Horus se volvió y le miró directamente a los ojos.

La voluntad de Kell se rompió y salió corriendo gritando, pero sólo dentro de los laberintos de sus propios y torturados pensamientos. Fuera, en el reino de la carne, el asesino completó su actuación por la simple memoria muscular y, finalmente, apretó el gatillo.

El Señor de la Guerra sonrió cuando atrapó la bala en el aire, tan delicadamente como si fuera una mariposa posándose sobre su mano.

Perfecto

Efímero

Ejecutar

Inmortal

Claridad

Leal

Disidencia

Castigar

Sacrificio

Compasión

Verdad

Los susurros se convirtieron en un rugido, un grito, un huracán sin palabras que desgarraba los oídos de Kell. Se puso en pie y salió corriendo, sintiéndose mareado, el aire a su alrededor giraba denso y almibarado. Se movía como si estuviera bajo el agua, arrastrado hacia atrás por la fuerza de los fantasmas y las espesas serpentinas del tiempo. Los restos de su capa, ahora poco más que una capucha, se apartaron de sus hombros y cayeron al vacío, más allá de los abismos de hierro. Perdió el fusil, el arma larga y fina se convirtió en un peso muerto en sus destrozadas manos. Cayó sobre la cubierta, el sonido de su impacto contra las planchas metálicas desapareció de pronto, perdido en medio de nubes de humo.

Una luz de una apagada tonalidad ámbar iluminó su escondite y el pórtico, deslumbrando por un momento al asesino. La fuente del resplandor atrajo su mirada, como la gravedad ejerce su atracción sobre un planeta.

Todo parecía de oro. El metal, el hierro corroído, todo brillaba bajo un sudario de radiante iluminación. Demasiado tarde, Kell comprendió que el estrado de bronce no lo había visto en sus visiones provocadas por el veneno.

Es aquí. ¡Siempre ha sido aquí!

Una figura gigantesca se movió y oscureció la luz, el asesino se volvió cuando una gran sombra cayó sobre él.

Él había estado allí. Él seguiría allí.

Una figura envuelta en la oscuridad, magnífica y maligna, pero también luminosa y brillante, se alzaba sobre él. El asesino vio un rostro que ningún escultor jamás podría esperar captar, con una cierta hermosura, pero ahora manchada por la crueldad. Una inmensa garra chasqueó y se flexionó, extendiéndose en una garra de adamantium que lo señaló.

-Tú eres Eristede Kell- dijo Horus. **-Deberías estar muerto-** dejó caer a sus pies la bala disparada por el fusil del francotirador. **-¿Por qué estás aquí, asesino?**

-Estoy aquí para matar un monstruo- logró decir Kell.

-Como yo- tronó el Señor de la Guerra, y una sombra oscura cruzó su rostro. Horus tenía a su alrededor un halo de legionarios, cada uno con su resplandeciente armadura llena de runas arcanas y fetiches horrendos. Ninguno de ellos se movió, ninguno empuñaba armas. Sólo abrían paso a su señor, para que este hiciera su voluntad.

Horus dio un paso hacia adelante con aire ausente, el fusil caído en la cubierta se rompió bajo el peso de su enorme bota de ceramita. **-No cometas ningún error esta vez. Soy yo.**

Kell asintió con rigidez, recordando al guerrero que había matado de un disparo en Dagonet. Luc Sedirae, capitán de la Treceava Compañía de los Hijos de Horus. Había estado tan seguro de que al que apuntaba era el propio Señor de la Guerra, ansiando acabar con la vida de Horus y la rebelión de un solo disparo, como lo había hecho en un centenar de otros mundos. Pero este no era ese tipo de guerra. Había sido un tonto al creer que lo sería.

Horus hizo una señal a Kell con su garra. -**Hazlo, mátame. Aquí tienes tu última oportunidad para acabar conmigo, mortal-** Horus inclinó su cuello hacia atrás, dejando al descubierto la parte descubierta de su garganta. **-Aquí, yo te ayudare.**

-¿Cómo…?- Kell tuvo que realizar un esfuerzo monumental para obligarse a que cada palabra saliera de sus labios. **-¿Cómo sabes mi nombre?**

-Muchas voces me susurran- sonrió el semidíos. **-Y recuerdo los nombres de todos aquellos que han tratado de detener mi corazón. Me mantiene… humilde.**

La mano de Kell se acercó a la culata de la pistola Exitus de su cadera. Era una acción refleja, aunque el asesino se daba cuenta de que sería inútil seguirla

hasta el final. Pero no podía dejar de hacerlo, era como si fuera un actor en un escenario, siguiendo su papel hacia el final de una historia que no podía cambiar.

-Yo te vi….- logró decir Kell. **-Cuando el veneno estaba en mí… vi algo…-** el asesino movió la cabeza. **-No sé cómo…**

-Esta nave me pertenece, asesino. Hierro y hueso, cuerpo y alma- Horus abrió su garra en el aire**. -Yo sé todo lo que sucede en esta nave. El Espíritu me habla. Veo a través de todos sus ojos.**

Las serpientes. Kell las Las serpientes. Kell las vio de nuevo en sus recuerdos, sintió el fuego de sus picaduras por todo el cuerpo, y se estremeció.

-La sangre me convocó- el Señor de la Guerra inclinó la cabeza hacia el distante estrado, donde aún yacía el cadáver de Letae. **-He venido a ti, hombrecillo. Piensa lo raro que es. He venido a ti. Así que puedes terminar con esto.**

Kell sacó lentamente su pistola. **-He perdido todo lo que me importaba, por tu culpa.**

-No es así- Horus hizo un ligero movimiento de cabeza, ignorando la pistola. **-Yo no te he enviado aquí. Yo no te obligué a arriesgarlo todo en una misión que sólo podía fallar. El final de Terra y de mi padre es inevitable. Lo ves, ¿verdad? ¿O tal vez sólo ahora, al final? Él fue quien te envió aquí. Te envió a morir, ¿y por qué?-** por un momento, el Señor de la Guerra pareció realmente apenado por lo triste de su destino.

Kell quería gritar de desesperación, en su pecho ardió una poderosa emoción cuando las palabras del gran guerrero tocaron una verdad profundamente enterrada dentro de él. Se esforzó por mantenerse en silencio. Sin embargo, Horus miró y lo vio, su mirada lo atravesó como si fuera de cristal.

-El miserable del Sigilita, al servicio de mi padre envió a su equipo de ejecución, y a otros desde entonces. Yo les he lanzado a todos por la borda. Los asesinos son la herramienta de los débiles. ¿No eres mejor que todo eso, Eristede Kell?

Su control se desvaneció, Kell gritó con toda la fuerza de sus pulmones, poniendo toda su energía en sujetar la pistola. Apretó el gatillo, una y otra vez, lanzando una lluvia de proyectiles explosivos Infernus contra el pecho del Señor de la Guerra. Horus volvió la cara, protegiéndosela con su guante blindado, pero no hizo ningún otro movimiento.

El Primarca resistió la breve y salvaje tormenta de fuego y, cuando las horribles llamas se disiparon, no había nada en su armadura que mostrara siquiera el más mínimo rastro de todos los disparos de la pistola Exitus.

El corazón de Kell se hundió y esperó a morir.

Horus se acercó a él, los guerreros del Señor de la Guerra no se movieron ni un solo milímetro para contestar este ataque contra su señor. El Primarca tomó el arma descargada de la mano de Kell con sorprendente delicadeza y se inclinó sobre él**. -¿Lo ves?**

-Lo veo- logró decir Kell, tragándose un sollozo. Estoy roto, se dijo. Inútil y derrotado. **-Os lo ruego, señor. Termine rápidamente- en su suplica oyó el eco de las palabras del pobre Letae.**

Pero cuando el golpe mortal no cayó, Kell levantó la vista y vio a Horus mirándolo fijamente.

-¿Sabes lo que eres?- preguntó el Señor de la Guerra. **-¿Te has preguntado cuantos hilos de las posibilidades del destino pasan a través de ti? Piénsalo, hombre. Piensa en cuántos destinos han sido cambiados por tu arma. Eso es algo que tiene poder-** la garra de frío acero subió para tocar ligeramente el pecho de Kell. **-En este mundo, y en el otro, hay un nexo de destinos que te rodea. Millones de vidas cambiaron a raíz de una bala de tu fusil. Todos esos hilos, esos caminos, se arrastran detrás de ti, pero tú estás ciego a ellos.**

Kell parpadeó para contener sus lágrimas. **-¿Qué…qué quieres de mí?**

Horus lo estudió. **-Dime lo que tú quieres.**

Antes, Kell podría haber pedido que acabara con el sufrimiento, con las terroríficas preguntas que habían acabado con su cordura, con sus recuerdos fracturados. Pero sabía que no había solución para eso. Él estaba destrozado, más allá de cualquier posible curación. Ahora, sólo había un lugar donde él podría encontrar la paz.

-Quiero tener lucidez de nuevo- miró la pistola en posesión de Horus, que parecía pequeña, apenas un juguete, en aquella mano enorme. **-Para ser un arma. Una máquina fría y precisa-** pronunciar aquellas palabras fue un acto de liberación y un anuncio de su traición.

-Te lo voy a conceder- dijo Horus. El Primarca miró la pistola Exitus que le había arrebatado a Kell. **-Tú ya no necesitaras esto. Voy a concederte algo mejor-** con un movimiento de su muñeca arrojó el arma a lo lejos, luego hizo

un gesto a Kell. **-Dame tu mano, asesino.**

Kell extendió la destrozada palma de su mano y el Señor de la Guerra la tomó. La larga y helada garra descendió y cortó con un dolor agónico a través de la carne cicatrizada. La oscuridad floreció allí, como tinta y humo. Lenta y dolorosamente, Horus dibujó el mismo diseño arcano de un octeto que Kell había vislumbrado en las paredes del Espíritu Vengativo. Sintió como el símbolo se hundía en él, resonando y duplicándose a lo largo de su carne y de sus huesos, como un virus. El asesino estaba siendo cambiado de una forma que estaba más allá de su comprensión.

El punzante y desgarrador dolor de su alma lo llevó casi hasta un paro cardiaco, pero entonces, misericordiosamente, se detuvo. El asesino respiraba con dificultad, entre jadeos fríos y roncos que se volvieron rápidos y profundos.

-Y ahora- dijo Horus, liberándolo y dando un paso hacia atrás. **-Vamos a ver de lo que eres capaz de hacer con esta arma.**

Cuando Kell miró hacia abajo, en su mano había una pistola, algo alienígena y amenazante, algo impío.

Una pistola de vidrio, de sangre y odio.



ONCE

Si alguna vez tiene dudas, mire su arma y lea las palabras que hay inscritas en ella. Conózcalas y sabrá que está en lo cierto. Es una verdad absoluta que nunca cambiará.

El fin justifica los medios.

FIN

LEALTAD

(Allegiance)

CHRIS WRAIGHT
TRADUCCION RABUSA
CORRECCIÓN ICEMAN



Todos los días se despertaba y pensaba que se hallaba de nuevo en Próspero. El carillón de su cámara sonaba al inicio de cada ciclo diurno, arrastrándolo desde el sueño. Por un momento, tumbado en la oscuridad, cataría el polvo de cristal. Miraría hacia arriba, esperando ver el chaparrón de nubes negras como carbón y los capilares de los rayos.

Los lúmenes de la cámara cobrarían vida con un resplandor y vería las paredes pintadas, los bastidores de armas, los incensarios vacíos.

Nunca usó esos quemadores, aunque los criados le proporcionaron viales frescos de aceite a intervalos regulares. No habría sabido cómo hacerlo del modo correcto.

El Swordstorm (“Espada de la Tormenta", nt) era el buque insignia de otra Legión. Todo en él, sus olores, los sonidos, el picor de su aire y su miríada de costumbres, le era desconocido. Nunca antes había estado en un buque de los Cicatrices Blancas. Tampoco sabía de nadie que hubiera estado.

Sus anfitriones habían sido solícitos. Parecían saber más de las peculiaridades de su legión de lo que el sabia de la suya, lo cual era una molestia menor.

Sin embargo, aprendió rápidamente. Los estudió tan de cerca como lo estudiaron a él. Cuando no se sentía invasivo, o si pensaba que pasaría desapercibido, empleó las artes de la disciplina de su culto, consiguiendo abrir de un modo suave los caminos del pasado y el futuro. Eso le ayudó. Entendió más.

El uso de esas mismas artes en Próspero había sido peligroso en los últimos días. Los fantasmas que permanecían allí habían sido atraídos hacia él, por lo que había aprendido a asociar el ejercicio de los dones con el peligro. Era difícil desprenderse de dicha asociación, en especial cuando los sueños eran todavía tan vívidos.

Pero a medida que pasaba el tiempo, mientras la Swordstorm corría a través del vacío profundo poniendo más distancia entre él y el mundo de los sueños en vigilia, se hizo más fácil. Yesugei le ayudó. El Vidente de la Tormenta (Stormseer en el original) era un guía comprensivo. Regresó, poco a poco, y con ello la sensación de placer al volver a estar al mando.

Estaba regresando a sí mismo. Revuel Arvida, de la Cuarta Hermandad,

Corvidae, estaba recordando lo que había sido, y reflexionando sobre lo que podría llegar a ser.

A veces, en su mente, aún pisaba los vítreos escombros de Tizca, en busca de algo, cualquier cosa, en medio de los montones de cenizas caídos.

En el mundo real, sin embargo, había escapado.



-¿**onociste a Ahriman?-** preguntó Yesugei.

Arvida negó con la cabeza. **-Hablamos un par de veces.**

-¿Era respetado? Pues así lo asumo.

Arvida encontró las preguntas incómodas. La XV Legión no era una de las más grandes, pero aun así tenía decenas de miles de guerreros en sus filas. Yesugei parecía esperar que él supiera todo acerca de la hermandad.

-El Primarca le escuchaba. Pocos, entre los demás, lo hacían.

Yesugei se sentó frente a él, vestido con la túnica blanca de Vidente de la Tormenta. En la modesta cámara se colocaron velas cerca de ellos, ardieron con brillo, iluminando largas tiras de papel pintarrajeadas con angular caligrafía.

Arvida podía sentir el silencioso poder enclaustrado en el interior del guerrero frente a él. No era en absoluto el mismo que el suyo, pero aún así era potente. Los regalos de la Disformidad eran como acentos, el idioma era el mismo, pero el significado variaba. Arvida supuso que Yesugei no tenía toda la gama de poder disponible para un Maestro del Templo, pero no había vergüenza en ello. Las capacidades de los Videntes de la Tormenta se sentían de alguna manera... engrilletadas, como si las autoimpuestas restricciones hubieran sido colocadas rodeando la extracción del gran océano.

Extraño, limitarse a uno mismo. Por otra parte, a la luz de los acontecimientos, tal vez sólo era prudente.

-Me cayó bien- dijo Yesugei. **-Tenía la esperanza de que…**

-¿Que él hubiera estado allí abajo, en mi lugar?

Yesugei devolvió una sonrisa. Arvida podía apreciar el humor benigno de la V Legión. Yesugei, a pesar de su evidente carácter mortífero, llevaba el manto de un modo ligero.

-Estoy contento de que uno de ustedes haya sobrevivido. Es un regalo.

Una vez más, Arvida sintió una punzada de incomodidad. ¿Qué quería Yesugei de él? ¿Qué esperaba ahora?

-Hemos estado divididos- dijo el Vidente de la Tormenta. **-Como todas las legiones. Purgamos la mala sangre de nuestras filas. Tenemos que empezar de nuevo. El Khan preside. Seremos purificados antes de luchar de nuevo.**

-Eso he oído.

La actividad había sido frenética en la Swordstorm desde que dejara Próspero. Se habían dispuesto tribunales. La palabra era que a los que se retractaran de su apoyo a Horus se les ofrecería algún tipo de absolución, la oportunidad de servir en misiones de avanzadilla, tras las líneas, llevando la guerra directamente a los objetivos en poder del enemigo.

Muchos de ellos, eran ataques prácticamente suicidas. Arvida supuso que ese era el asunto.

-Se me ocurre, cuando pienso en esto- dijo Yesugei. **-Su legión ha desaparecido. Todos ustedes son despojos. Nosotros estamos heridos. Si desea servir, podría. Le aceptaríamos.**

-Soy de la XV Legión- dijo Arvida. **-Hice los votos.**

Yesugei asintió. **-Entiendo. No deseo coaccionarle. Pero téngalo en cuenta, es bienvenido aquí. Una vez, las hermandades sirvieron con las compañías. No es tan extraño hacerlo de nuevo.**

Arvida miró a otro lado, su mirada corrió hasta las tiras de caligrafía. Podía apreciar el arte de los remolinos de tinta de hollín. No había duda de que Yesugei mismo había hecho los dispositivos, y no había duda de que tenían algún significado oculto. Tal vez, si se concentraba, podía desenterrarlo. Hubo un tiempo en que esa tarea habría sido trivial. Ahora, todavía débil por su ordalía, sabía que no iba a ser tan fácil.

-Sabía que no iba a morir en Prospero- dijo -**pero no tuve visiones de donde me llevaría el destino. Todavía me siento ciego. ¿Conoce la visión Corvidae? Es difícil de perder.**

-Volverá.

-Tal vez. Hasta entonces, no me pida que tome decisiones.

-Por supuesto. Trabajo por hacer. Pero piense en ello, ¿sí? Podemos hablar de nuevo.

-Lo haremos- Arvida se encontró con ganas de cambiar de tema. **-Entonces, ¿qué pasa con aquellos que comparezcan ante los tribunales? ¿Serán todos perdonados?**

-Es el Khan quien ha de decidir. Él decretará. Algunos sabían más que otros. Hasik... no sé. Es doloroso.

Arvida todavía podía sentir la confusión persistente entre los guerreros del Khan. Se habían enorgullecido, como muchos de ellos le habían dicho, en la armonía. Ya era bastante malo contemplar llevar el derramamiento de sangre a otras legiones. Era casi excesivo que debiera tener lugar dentro de la Ordu.

-¿Y si no se retractan?- preguntó Arvida.

-Algunos no lo harán. Pronunciaron el Tsusan Ga. Juramento de sangre. Les ata.

-No sabían lo que estaban jurando.

Yesugei le dirigió una mirada irónica, como diciendo 'ya sabes lo que piensa la disformidad de la piedad'.

-No importa. Está hecho. Se les ofrecerá la oportunidad, pero no la aprovecharán.

-¿Entonces qué?

-El Khan les liberará. Eso es todo.

Liberarlos. La frase era inusualmente eufemística.

-Parece un desperdicio- dijo Arvida.

-Traemos estas costumbres al vacío- dijo Yesugei. **-Llevamos las armas de la Unidad y las divisas del Imperio, pero las llanuras permanecen en nuestra alma-** permaneció pensativo. **-Creo que empeorará. Recordaremos el viejo salvajismo. Hay amargura fluyendo en las hermandades, ahora.**

Miró de nuevo hacia Arvida.

-Nos podría ayudar- dijo Yesugei. **-Veo los dones de Ahriman en usted.**

Allí estaba otra vez. El Vidente de la Tormenta sin duda era insistente.

-Pensaré en ello- dijo Arvida, pero no lo miró a los ojos.



En sus sueños, regresó.

Sueño lúcido, solían llamarlo, ser consciente de la ilusión. Pero eso era sólo la mitad de la verdad. Parte de él sabía que aún permanecía inconsciente en el Swordstorm. Otra parte acechó las ruinas sin saberlo, buscando todavía.

Había intentado dejar Tizca durante los primeros días, pensando, de modo correcto, que los cascarones quemados por la disformidad de la ciudad albergarían abominaciones. Durante unos pocos días había seguido un camino duro, alejándose de la ciudad y subiendo hacia la sierra en busca de un aire más limpio.

De alguna manera, era peor allí. Los esqueléticos tocones de abetos permanecían erguidos como centinelas a través de las laderas estériles, enrejando un cielo sin estrellas. Desde las alturas, pudo ver la devastación en el panorama, no había escape ante la inmensidad de la misma. La extensión sin luz de Tizca se escapaba hacia el horizonte norteño, una inmensa cicatriz negra en el rostro de la aniquilación.

El aire se mantuvo viciado, incluso cuando los vientos sacudieron los frágiles cadáveres de los árboles. Saboreó toxinas a través de la rejilla del vox, y sabía que abrumarían su sistema tarde o temprano. Se agotó a si mismo caminando, eso lo alarmó: no debería sentirse agotado por nada, no con una fisiología como la suya.

A veces, Arvida maldecía a Kalliston por traerlo de vuelta. Aulló su dolor. Empezó a cazar, a perseguir cualquier señal de enemigos. Cuando entró de vuelta en la ciudad con largas zancadas, abrazando las sombras y buscando objetivos, todo lo que encontró fueron ecos vacíos. Empezó a dudar de todo lo que había pasado desde que efectuara el aterrizaje.

Los fantasmas vinieron poco después de eso. Kalliston fue el primero de ellos,

susurrando en una oscuridad como carbón. Arvida lo vio varias veces, de pie encima de torres aisladas, su silueta recortada contra la noche. Al principio trató de alcanzarle. Sólo se rindió tras el cuarto intento, cuando escaló los flancos de una cúpula quemada, para encontrar nada más que una espesa capa de polvo en la parte superior. No había huellas de botas que perturbaran la brillante capa de ceniza.

Otros fantasmas eran menos benignos. Los espíritus de los Lobos asesinados se deslizaron a través de la oscuridad, gruñendo con un quebrado y entrecortado odio. Olvidadas criaturas prosperinas, sus cuerpos desteñidos en vidriosos sacos de etérea espuma, se alzaron de la inquieta tierra y lo cazaron. Aprendió como expulsarlos, pero cada ejercicio de poder le drenó un poco más.

Comenzó a sufrir inanición. Vigilia y sueño se mezclaron. No encontró enemigos de carne y hueso, sólo espectros y emanaciones.

Fue entonces, para seguir cuerdo, que comenzó a buscar la reliquia. No sabía cómo sería, pero cualquier cosa serviría. Tendría que ser sólida, una parte del viejo mundo lleno de luz. No un arma, sino un fragmento de algo más elevado. Las bibliotecas, archivos y depósitos habían sido incendiados todos, aunque supuso que incluso los Lobos debían haber dejado algo.

Durante mucho tiempo, todo lo que encontró no fue más que polvo. Se acercó al centro, donde la acaparadora masa de la pirámide de Photep aún se alzaba, al percibir un destello de energía en medio de las banderas rotas. Algunos de los observatorios todavía conservaban sus cúpulas de cobre, aunque chamuscadas.

Irrumpió en todos ellos, pateando a un lado las barreras que antes habían impedido la entrada salvo a los elegidos de los cultos. Vadeó a través de dunas de escombros batidas por el viento y empujó sus guanteletes profundamente en el detritus. Sus dedos arañaron, buscando algo, raspando a través de las capas sedimentarias de miseria.

Sus guanteletes por fin rozaron contra algo de borde duro, enterrado con profundidad, que se despertó con una sacudida.



Arvida abrió los ojos y vio encenderse las luces de su cámara privada. Vio

los bastidores de armas y los incensarios. Una suave luz pulsaba junto a su litera, Yesugei lo había llamado de nuevo.

Se levantó, desprendiéndose de la manta de lana hilada en un montón arrugado. Su corazón primario latía con fuerza.

Alzó su mano derecha, la que había rozado el borde en sus sueños. La giró a la luz, la carne era pálida, cubierta de manchas rojas. Mientras miraba, sintió el picor de nuevo, como insectos que se arrastraran debajo de la piel.

Apretó su puño y la irritación se alivió un poco. Se levantó, girando los hombros y flexionando los brazos.

-¿Listo?- preguntó Yesugei por el comunicador.

Arvida se miró en el espejo sobre el lavamanos. ¿Era la fatiga lo que le provocó las líneas rojas bajó los ojos? ¿O de verdad se estaba extendiendo tan rápido?

-Listo- confirmó, tirando de su túnica y dirigiéndose a la armería.



Llevaba la armadura de entrenamiento. Varias veces, los artífices de la V Legión se habían ofrecido a llevar las placas de la armadura de batalla carmesí hasta las forjas. Estaba en mal estado y estaban dispuestos a tratarlo como a un huésped de honor.

Siempre había rehusado. Su armadura era lo que le había mantenido con vida, así que se ocupaba él mismo. La máxima ayuda que aceptó fue el préstamo de herramientas y sirvientes de baja categoría; todo lo demás, desde el mantenimiento básico hasta la eliminación gradual de suciedad incrustada, lo hizo solo.

Sujetaba una espada de hoja corta en su mano derecha, pero por lo demás iba desarmado. Yesugei permaneció delante de él con un arma similar. El también llevaba una armadura completa. La cámara a su alrededor era de paredes blancas y gran capacidad, con un piso de rococemento pulido y luces multifacéticas suspendidas de un techo de espejos.

Esta fue la tercera vez que él y Yesugei habían entrenado juntos. El Cicatriz Blanca había ganado las peleas anteriores con facilidad, pero la brecha se

había estado cerrando. Arvida describió un arco con su espada de un modo perezoso a través del aire, deslizándose en torno a sí mismo en una suelta figura de ocho.

-¿Cómo se siente?- preguntó Yesugei, permaneciendo inmóvil.

-Bien.

-Podría mandarle a entrenar con cualquier otro guerrero de la Quinta Legión.

-Lo sé.

-¿Entonces por qué elijo superarte yo mismo?

Arvida sonrió. Los aguijonazos suaves eran parte del proceso, para despertarlo, para conseguir que su sangre fluyera de nuevo. **-Usted desea observar.**

Yesugei alzó su espada, una hoja curva con un único filo, inscrita en toda su longitud con runas Khorchin. Ninguna de las armas estaba cargada de energía, pero aún así eran suficientemente letales a corta distancia.

-Entonces empezamos- dijo Yesugei, adoptando una posición de en guardia. Arvida dejó que su cuerpo se relajara. No era una verdadera prueba de su recuperación física, que era completa. Tampoco, a pesar de los accesorios, era una prueba de habilidad con armas. Sabía lo que era y por qué el Vidente de la Tormenta había llegado a tales extremos. De una manera extraña, fue emocionante.

Yesugei acometió rápido y desde abajo, tomando la iniciativa al lanzar una estocada en el pecho. Arvida respondió, señalando la falsa lentitud del movimiento y adaptándose para la parada. Las dos hojas se trabaron rechinando brevemente mientras los filos se recorrían uno contra el otro antes de separarse.

Entonces fue todo movimiento. Yesugei, a pesar de su mayor masa, fue rápido y hábil. No había malos espadachines en los Cicatrices Blancas, y él empleaba sus dones con imaginación. Como tantas otras veces, Arvida fue empujado hacia atrás, retrocediendo a través de la cámara vacía con un resplandor de chispas.

El ritmo se aceleró. Arvida asió su hoja recta a dos manos, girándola delante de él en una brillante figura defensiva. No perdió nada. Cada golpe se encontró con un contraataque, y su defensa se mantuvo sólida.

Pero eso no era lo que se Yesugei estaba probando.

El Vidente de la Tormenta mantuvo la presión, alterando el ángulo y ritmo de sus golpes. Sondeó sin descanso, buscando los puntos débiles de Arvida. Uno de ellos fue su hombrera derecha, dañada en Próspero de manera que encajaba mal con la parte superior del brazal. Una puñalada allí, acometida con una precisión perfecta, mordería con profundidad y ambos lo sabían. Así, el duelo tenía un centro de gravedad, un punto de apoyo alrededor del cual ambos trabajaban.

Al final, fue un error el que marcó la diferencia. Arvida fue impulsado más atrás por una secuencia de rápidos tajos cruzados y se encontró quedándose sin espacio mientras se acercaba a la pared. Se echó hacia atrás, tratando de girar el ángulo del combate y alcanzar terreno fresco. Su bota izquierda resbaló, sólo una fracción de centímetro, pero era el tipo de minúsculo fallo que decidía aquel tipo de duelos.

Por instinto, Arvida sabía que su hombrera dañada estaba ahora expuesta. Su mente, trabajando en milisegundos, percibió el peligro y se tensó para bloquear el inevitable ataque.

Entonces vio de nuevo, por primera vez en meses. La silueta corporal de Yesugei como fantasmales fragmentos, y una débil impresión de un brazo armado con una espada parpadeó en la otra dirección, lejos de la hombrera, iba a apuñalar su defraudado torso.

Eso fue todo, apenas el tiempo de un parpadeo, pero fue suficiente, el futuro, percibido en el centro del torbellino del duelo.

Arvida no se movió para proteger su hombrera expuesta, envió su hoja picando por el centro hacia el peto de Yesugei. El brazo del Vidente de la Tormenta se movió como debía a donde había estado la imagen fantasmal, permitiendo que la espada de Arvida se deslizara más allá. La recta hoja mordió con profundidad, cortando una cabeza de dragón decorativa de oro justo por debajo de la gorguera de Yesugei.

Ambos permanecieron inmóviles. La punta de la espada de Arvida descansaba en ángulo bajo la barbilla de Yesugei, hacia arriba.

Yesugei comenzó a reír. Dejó caer su propia arma.

-¡Has conseguido ver!- dijo, encantado. **-Siento que lo has hecho.**

Arvida se separó. A pesar de sí mismo, no podía fingir que no estaba

contento. La Visión Corvidae, había regresado.

-Fue sólo un parpadeo.

Yesugei le dio una palmada en el hombro. **-Pero volverá. Lo sabes.**

-Quizás. Luchas bien, para ser un viejo chamán.

Yesugei rió y se echó hacia atrás, levantando su espada de nuevo y cayendo nuevamente en una posición de combate.

-Entonces hagámoslo de nuevo- dijo.



Los duelos se prolongaron durante seis horas más antes de que Yesugei lo dejara descansar. En ese momento, el cuerpo de Arvida se hallaba drenado y su mente entumecida. Cojeaba desde la cámara de combate, sintiendo como quemaban las viejas heridas y regresaba el agotamiento.

Yesugei fue con él. Arvida estaba contento de observar que el Vidente de la Tormenta al menos, respiraba con dificultad, el dar dolor no había ido del todo en una sola dirección.

-¿Cuántas veces?- preguntó Yesugei, siguiendo a Arvida hasta un amplio pasillo.

Arvida se encogió de hombros, sin dejar de caminar. **-Tal vez tres veces. No fueron más que fragmentos.**

-Pero es un comienzo.

Caminaron por un largo pasillo. Sirvientes con túnicas blancas se movían de un lado a otro, corriendo de una tarea a la siguiente. Todos ellos saludaron a Yesugei con alegría, a Arvida con una curiosidad cautelosa. Como siempre, el Swordstorm estaba lleno de movimiento y energía, como una gran bestia enroscada para un ataque repentino.

-Todavía no me ha dicho dónde se dirige la flota- comentó Arvida.

-Aún no se ha decidido- dijo Yesugei**. -La legión aún no está lista, por lo que permanecemos ocultos. No pasará mucho tiempo. El Khan extenderá sus**

dedos en busca de enemigos, y será convocada la Ordu.

-El enemigo les encontrará, si no se mueven pronto.

-Lo sabe- dijo Yesugei.

Los espacios alrededor de ellos comenzaron a abrirse. Se dirigían hacia las zonas más pobladas de la nave insignia, grandes candelabros colgaban sobre sus cabezas, haciendo que el dorado y el mármol de las paredes del pasillo brillaran. Entraron en un largo pasillo forrado con espejos, sobre los cuales colgaban rollos de caligrafía de diez metros de altura. Arvida había empezado a reconocer lo que indicaban algunos de los textos, aunque no pudo traducirlos. Algunos eran registros de batallas luchadas y ganadas, otros eran listas de personal de la legión, quizá perdidos durante la Gran Cruzada. Algunos de los rollos más grandes y prestigiosos parecían contener poesía. Arvida lo supuso por el diseño y los bordes decorativos.

Más adelante, en el otro extremo de la sala, una escuadra de Cicatrices Blancas llegó marchando hacia ellos. De modo inusual, llevaban sus yelmos y armas blancas desenvainadas en manos acorazadas.

Yesugei les vio y un destello de inquietud cruzó sus rasgos llenos de cicatrices. Un segundo más tarde, Arvida vio por qué.

En el centro de la escuadra, caminando junto a ellos, había un legionario solitario. A diferencia de los otros no llevaba armadura, solamente una muda de color blanco. Sus manos estaban atadas por las muñecas con grilletes de adamantium y algún tipo de torques había sido colocado alrededor de su cuello. Su túnica llevaba una única runa embadurnada en rojo en la ropa.

Yesugei se hizo a un lado para permitir que el equipo pasara; Arvida también lo hizo. El guerrero escoltado no hizo contacto visual con nadie. Miró al frente mientras marchaba, sin decir nada, con los hombros echados hacia atrás con orgullo.

Arvida no podía apartar los ojos de la cara del legionario. El guerrero tenía una expresión curiosa, abatido, derrotado, pero decididamente desafiante. No había autocompasión en esa cara, ni ningún temor, sólo una especie de sombría certeza, como si su cuerpo ya no fuera realmente suyo y ahora estuviera siendo arrastrado por las corrientes del destino.

Ningún hijo de Próspero habría tenido jamás ese aspecto. Los hijos de Magnus tenían un carácter diferente, la creencia de que todas las situaciones podían superarse con la aplicación de sabiduría, y que las leyes de los hombres estaban subordinadas, de surgir un conflicto, a la ley de la razón.

Éramos una gente razonable, pensó Arvida. Nunca fuimos fanáticos. Y aún así, la furia del universo se desencadenó sobre nosotros.

-¿Los tribunales?- preguntó Arvida, una vez que el equipo se movió fuera de la vista.

Yesugei asintió. **-Yo lo conocía.**

-¿Qué sucederá?

Yesugei no respondió, comenzó a caminar de nuevo. Marcharon en silencio hasta que llegaron a los aposentos privados del Vidente de la Tormenta.

Una vez dentro, Yesugei se acercó a una caja cerrada con hierro y sacó un paquete envuelto en tela. Era grande, pesado, y lo sostuvo con ambas manos.

-Éste ha sido el primer día- dijo, entregándoselo a Arvida. **-El primer día que ha recordado su visión. A partir de aquí, será restaurada.**

Arvida tomó el paquete, y retiró la tela. Debajo había una hombrera, recién forjada y pintada de un blanco deslumbrante. El borde blindado era carmesí y el símbolo era algo que nunca había visto antes: la estrella serpentina de Próspero establecida sobre el veloz rayo de los Khan.

-Mandé hacerla- dijo Yesugei. -**Su hombrera es su debilidad.**

Arvida alzó la nueva hombrera, girándola a la luz. Estaba bien hecha, al igual que todo el equipo de guerra de la legión. Los sellos eran sutiles y dibujado en el estilo libre chogoriano, rodeada por las impecables letras Khorchin.

Era una cosa hermosa. Arvida ya sabía que encajaría perfectamente en su propia servoarmadura, completando su caparazón protector y haciendo que estuviera completa de nuevo. No podría haber ni una queja ante tal elaboración.

-¿Qué le parece?- preguntó Yesugei.

Arvida la estudió de modo cuidadoso. Fue un buen gesto de un legionario a otro. No le hacía falta preguntar cuánto cuidado había en su creación, la calidad era evidente.

Sus ojos se movieron hacia el expectante rostro de Yesugei. El Vidente de la Tormenta estaba mirando hacia él con entusiasmo, sin ocultar sus pensamientos.

Un nuevo Ahriman, reflexionó Arvida. Un nuevo eje para reemplazar el antiguo. Él tiró de la tela hacia atrás sobre la superficie de la placa, oscureciendo el símbolo híbrido de las Legiones.

-Va a tomar algún tiempo acostumbrarse- dijo, con suficiente sinceridad.



Al principio, todo lo que sacó de los escombros fue inútil. Unas pocas baratijas chamuscadas, su belleza fundida. Dudaba que los Lobos hubieran saqueado nada, la destrucción que habían llevado a cabo fue demasiado completa, y en cualquier caso no eran ladrones, únicamente asesinos.

No había amanecer y tampoco puesta del sol, sólo una pantalla de oscuridad vacía, rota sólo por el leve murmullo de los fantasmas. A medida que su cuerpo se debilitó, se hizo difícil saber qué era real y qué imaginario. Su sentido del futuro se había atrofiado y cada ejercicio de los poderes del culto le trajo dolor.

Siguió buscando. La búsqueda de una astilla del pasado se convirtió en un punto fijo para él y siguió adelante, hurgando a través de cada biblioteca y archivo hasta que sus ojos enrojecieron por la fatiga y sus dedos temblaron.

No pudo acercarse al corazón de la ciudad vieja. Estaba plagado por los aparecidos de psychneuein, enjambres de ellos, y por cada uno alejado con fuego, otros cinco se centraban en él. Estaban protegiendo algo, o tal vez sólo cerniéndose alrededor de ello. Pero lo que quiera que fuese, Arvida ya no tenía fuerza para penetrar en su cordón para llegar a él.

Se volvió hacia las espiras menores. La mayoría eran cáscaras, huecas como árboles soplados por la tormenta, destrozados por bombas incendiarias y luego desnudados por las voraces manadas (packs del original). Una, sin embargo, estaba dispuesta más lejos desde la encantada Plaza Occullum, había sobrevivido parcialmente intacta.

Arvida se subió a una larga, sinuosa escalera de caracol para llegar a la cumbre. Entró en una cámara circular, abierta a los elementos y con sus ruinosas paredes, asomando como costillas rotas. El relámpago parecía atraído hacia la misma, y formó un arco alrededor de la dentada corona en un enrejado de plata.

Caminó a través de los restos, un escritorio astillado, restos de pergaminos que eran ahora apenas tostadas escamas, estatuas quebradas y sin cabeza. Apartó a un lado de una patada montones de basura, dejando al descubierto un elaborado suelo de baldosas. Vio brillar sellos en los destellos de luz. Había serpientes idealizadas, el ubicuo ojo del conocimiento, los símbolos de las Enumeraciones y las imágenes esotéricas de una docena de mundos trazando una línea ceremonial de vuelta a Terra.

Quitó el polvo del dintel de una puerta de piedra, dejando al descubierto la cabeza del cuervo de su orden grabado allí. En un instante, recordó como había sido antes el lugar, iluminado con velas e inundado con el olor a libros de cueros.

La biblioteca de Ahriman.

La había visitado solo dos veces, y sólo una en presencia de su amo. Ahzek Ahriman había sido la cabeza de la disciplina del culto, pero no su comandante militar, por lo que sus lazos no eran cercanos. Arvida recordó una cara suave, agradable, animada por la inteligencia y un dispuesto, aunque ansioso, apetito ávido de maravillas.

Era de suponer que Ahriman estaba muerto, al igual que Amon, así como Hathor Maat y todos los demás. No había visto sus fantasmas, sin embargo. ¿Por qué era así?

El polvo cristalino de Próspero estaba esparcido formando grumos, tal como lo hacía en todas partes. Se hizo a un lado, mirando el coágulo de esporas negras contra sus guanteletes. Mientras se movía, su hombrera derecha chasqueó de nuevo, el blindaje de sellado se había roto y cada movimiento forzaba la brecha y la hacía un poco más ancha.

Buscó a través de los restos de la biblioteca con diligencia, pero después de una hora o así comenzó a perder la esperanza. Había unos pocos pedazos y trozos familiares, pero nada útil. Más allá de las esqueléticas paredes de la cámara el viento se levantó, caliente y amargo.

Estaba a punto de volver sobre sus pasos, cuando su mano rastreadora atrapó algo enterrado entre los copos de ceniza. Se sentía extrañamente caliente, como alimentado por una fuente de calor, pero en cuanto lo recogió se dio cuenta de que no era posible.

Era una caja de hojalata, maltratada y arañada, con los últimos restos de una encuadernación de tela a la línea de bisagra. Refugiándolo en la curvada palma de su mano, Arvida lo abrió de un modo cuidadoso. Una desvaída figura le devolvió la mirada, una dama, vestida con una túnica y llevando un

cetro de oficio de reina, con la cara manchada.

Manipular los contenidos era difícil con sus guanteletes puestos, de modo que Arvida se acercó al escritorio y lo apoyó en un área despejada. Era un paquete de tarjetas. Protegiéndolas contra el viento, recorrió con la mirada las imágenes en la cara de cada tarjeta. No entendía la mayor parte de ellas, pero algunas eran vagamente familiares. Eran toscas representaciones, sus colores desteñidos por el tiempo, pero las posturas y configuraciones eran sugerentes.

¿Por qué esto? Se encontró pensando. *De todos los tesoros, todas las riquezas, ¿por qué esto?*

Era uno de los entretenimientos de Ahriman, sin duda. Una baraja de adivinación del futuro, contaminada con un poco de sabiduría de la disformidad, o posiblemente, sólo algo muy viejo. Había visto cosas similares en su tiempo, y siempre las había encontrado parcas ayudas al escudriñamiento, poco impresionantes. Era mucho mejor aprovechar el gran océano directamente, conectarse a la sangre del corazón del empíreo.

-Eso no es suyo- dijo una voz detrás de él.

Arvida se dio la vuelta para enfrentarse, cerrando la palma de la mano sobre las cartas para evitar que las ráfagas de viento se las llevaran. Ya había desenfundado su bólter con la otra mano.

Un marine espacial estaba delante de él, con el rostro descubierto. Era un legionario de los Cicatrices Blancas, uno de los místicos salvajes de Jaghatai. Tenía la misma expresión extraña, abatida que había tenido en el Swordstorm.

Fue entonces cuando Arvida se dio cuenta de que estaba soñando de nuevo, y que incluso las cosas sólidas a su alrededor eran recuerdos y los fantasmas en el viento eran recuerdos de recuerdos.

-Yo soy el último- respondió Arvida, colgando su bólter y recogiendo las cartas de nuevo. **-Son tan mías como de cualquiera.**

-Éste mundo está maldito- dijo el anónimo legionario de los Cicatrices Blancas. **-Déjala. Nada bueno puede salir de aquí.**

Arvida sintió que su dañada hombrera chasqueaba cuando sus brazos se movían. **-¿Dejarla? Eso es lo que recomendaría. Son poco curiosos, todos ustedes.**

-Póngalo de nuevo donde estaba.

Arvida se rió de él, a pesar de que aquello hizo llamear de dolor su reseca garganta. **-¿Que importa? Voy a morir aquí. Permítame un último resto al que aferrarme antes del final.**

-No va a morir aquí.

Arvida se detuvo en seco. Por supuesto que no lo haría. Siempre había sabido eso, incluso en los momentos más oscuros. ¿Por qué lo decía siquiera?

Miró hacia el legionario de nuevo, con la intención de preguntar por qué estaba allí y lo que presagiaba, pero, con una triste predictibilidad, ya no había rastro de él. El viento amargo se arremolinó alrededor de los restos de la biblioteca, levantando las capas superiores de polvo y conduciéndolos en patrones arremolinados.

Arvida tomó la caja de la lata, la selló de nuevo y la sujetó de forma segura en el cinturón.

-Un último resto- se dijo a sí mismo, alcanzando el hueco de la escalera.



-Debe dejarme que lo vea- había dicho Arvida.

-No va a ser admitido- había respondido Yesugei.

-¿Por qué no?

-Es sólo para la Legión.

-Pero yo soy de la Legión- replicó Arvida, con intención de volver su hombro para revelar la hombrera híbrida que ahora llevaba. **-Es decir, si todavía desea que lo sea.**

Yesugei había sonreído, reconociendo la trampa que había dispuesto para sí mismo. A continuación, había abandonado, y no regresó durante algún tiempo, sin duda representando en los lugares en los que las representaciones se tuvieran que hacer.

Dos días más tarde, regresó. Para entonces, la visión de Arvida era casi tan

aguda como lo había sido antes de la destrucción de Próspero y sintió la llegada del Vidente de la Tormenta a su cámara varios minutos antes de que realmente llegara.

-Ha llegado el momento- anunció Yesugei. Llevaba ropas ceremoniales de lino blanco, bordeadas con apretada escritura Khorchin bordada en oro. Su afeitada y amable cabeza brillaba bajo la luz, haciendo visibles todos los tatuajes y cicatrices.

Arvida iba sin yelmo, aunque con armadura, recién salido de una castigadora pelea de práctica con el autómata de las jaulas. El sello de la estrella y el rayo estaba en su hombrera derecha; la nueva hombrera ya había demostrado su valía y lo salvó de sufrir nuevas heridas.

-¿Entonces me está permitido?- preguntó Arvida, tratando de alcanzar un manto para echar por encima de su Placa de batalla.

-El Khan lo dictaminó- dijo Yesugei. **-Está muy agradecido.**

Arvida siguió a Yesugei fuera de su aposento. **-¿Necesito prepararme?**

-Sólo observa, ya que deseas verlo. Pero, ¿estás herido?

Arvida se volvió ligeramente, ocultando su cuello, donde la erupción había empeorado. No era una verdadera herida, a pesar de que picaba con locura. Sus manos, también, sufrían una vehemente efervescencia bajo la piel.

-No es nada- dijo. **-Vámonos.**

Caminaron por un largo tiempo, pasando a través de partes de la nave que no se le habían mostrado antes a Arvida. Poco a poco, la proporción de siervos humanos desapareció, hasta que fueron rodeados únicamente por compañeros marines espaciales. Los Cicatrices Blancas estaban vestidos con ropas similares a las de Yesugei. Algunos llevaban armadura debajo, pero la mayoría no.

Se reunieron en un empinado auditorio dispuesto en lo alto de la orden del nexo de mando de la Swordstorm. Un semicírculo de asientos se alzaba desde un escenario de mármol marcado con el símbolo de la legión. Estandartes de batalla colgaban de la pared detrás de él, muchos quemados alrededor de los bordes o atravesados por impactos de bólter carbonizados. Arvida observó las banderas. Su Khorchin todavía era elemental, pero sabía lo suficiente de los caracteres para leer los nombres de los planetas: Naamani, Wahd Jien, Magala, Eilixo, Ullanor, Chondax.

Varios cientos de guerreros ocuparon sus lugares. Arvida encontró un asiento cerca de las filas superiores, acompañado por Yesugei. Dos atriles de piedra se enfrentaban entre sí en el marmoleo suelo, ambos vacíos y envueltos en los colores de la Legión. Una vez que el público se asentó en su lugar, las puertas del auditorio se cerraron. Se apagaron las luces artificiales, siendo sustituidas por cuencos de bronce con lenguas de fuego amarillo.

Se hizo el silencio, sólo interrumpido por el crepitar de los carbones. Ningún guerrero habló. El ambiente se puso tenso.

Después de lo que pareció un tiempo excesivamente largo, las dobles puertas empotradas en la pared posterior se abrieron de par en par. El mismo guerrero que había visto antes Arvida era escoltado a uno de los atriles. Se parecía mucho a como lo había hecho antes, en la vida real y en los sueños de Arvida.

Ya no llevaba grilletes, y sus brazos colgaban flojos a los lados. Sus hombros todavía estaban echados hacia atrás, su expresión era aún orgullosa de un modo inflexible.

Esa ha sido siempre la debilidad de nuestra especie, pensó Arvida. De Magnus sobre todo, pero ninguno de nosotros está libre de ella.

El guerrero condenado se situó en el atril y sus guardias lo dejaron.

Unos momentos después, las puertas se abrieron de nuevo y una de las dieciocho personas más letales de la galaxia tomó su lugar en el otro atril.

El Primarca estaba vestido con lo que Arvida supuso era el vestido tradicional de su mundo natal, chaleco de cuero, capa forrada de piel, caftán (Vestimenta amplia y larga, sin cuello y con mangas anchas, usada especialmente en los países musulmanes, nt) de hilos de oro hasta la rodilla, y botas de montar con punta de metal. Largos y monótonos escritos iluminados colgaban de sus hombros y una vaina enjoyada y curvada había sido cosida a través de su ancho cinturón con hebilla de bronce.

Su cabeza estaba desnuda, salvo por un aro delgado de oro fijado sobre su frente. Su largo pelo se había recogido en un moño, revelando una cara dura, gastada, con la piel endurecida por el sol. Se comportó con el inconsciente aplomo de un guerrero de las llanuras, aunque la dignidad cultivada en su semblante habló de una herencia más profunda.

El Khan. El Khagan. El halcón de la guerra.

Parecía ocupar más espacio de lo que debería, como si su alma empujara sus

límites físicos con demasiada dureza. Arvida le había visto pelear en Prospero, enfrentándose al Señor de la Muerte Mortarion, y había sido la muestra más completa de maestría de la espada que había visto en su vida. Incluso sin su armadura, vestido de galas y situado en el entorno mundano de una corte de investigación, el peligro en bruto de su presencia no pudo ser extinguido.

No había nada sobrante en el Khan. Era tan puro y elemental como una llama, una fuerza de la eternidad soltada en un universo de almas mezquinas.

No levantó la vista hacia sus guerreros reunidos. Su expresión no reveló casi nada, excepto una vaga sensación de desagrado por lo que estaba siendo forzado a hacer.

-Así pues- dijo, su gran voz resonando por toda la cámara como el suave, austero y amenazante gruñido de un tigre. **-Empecemos.**



El tribunal se llevó a cabo en Khorchin. Arvida y Yesugei habían sabido que sería el caso, por lo que habían hecho arreglos. A medida que los participantes hablaron, Yesugei tradujo al gótico y las palabras aparecieron en la mente de Arvida como si los altavoces hubieran sido colocados allí. El proceso no fue totalmente pasivo, sin embargo, Arvida utilizó su propio sentido de futuro para recoger matices e inflexiones de las expresiones originales. El resultado fue una especie de amalgama pensamiento-habla, casi indistinguible de escudriñar lo auténtico.

Arvida encontró el ejercicio agotador, pero era preferible a tener Yesugei susurrando en su oído todo el tiempo. También sospechaba que el Vidente de la Tormenta utilizaba el proceso de pensamiento-palabra para poner a prueba la rapidez con las que las habilidades precognitivas de Arvida se estaban recuperando.

-Diga su nombre- dijo el Khan, aunque sus labios formaron diferentes formas verbales a los ojos de Arvida.

-Me llaman Orzun, de la Hermandad de la Hoja Engarfiada.

El guerrero condenado miró directamente a su Primarca, ni encogido ni insolente. La disparidad entre ellos era evidente, aunque también la

similitud.

-Declare su crimen.

-He escuchado las mentiras de los siervos del Señor de la Guerra me he unido a los que planearon subvertir la Legión. Me dejaba llevar por las palabras de Hasik Noyan-Khan. Maté a hermanos de la Ordu en el ataque a la fragata Ghamaliz cuando se encontró resistencia y solo cesé en mi insurrección cuando nos mostraron que Noyan-Khan había sido abatido y el Khagan había vuelto- la mirada del Khan nunca vaciló. Era dura como el acero, como si relajarse durante una fracción de segundo permitiera que regresaran las dudas que habían lisiado la determinación de la Legión.

-¿Y cuál es tu lealtad ahora?

-**Al Khagan, a la Ordu de Jaghatai y, a través de él, al Imperio de la Humanidad. En mi orgullo y locura, me equivoqué.**

-¿Por qué razón?

-Me dijeron que el Emperador había abandonado la Gran Cruzada para comulgar con xenos. Creía que la queja del Señor de la Guerra era justa. Creía que usted y él eran hermanos de armas y que nuestro movimiento facilitaría el paso hacia su alianza.

-¿No buscaste los dones del yaksha, ni los del arga zadyin?

Orzun sacudió la cabeza con vehemencia. **-No lo hice. Soy un guerrero, un portador del guan dao. Sólo deseaba ver las hojas del Khagan y el Señor de la Guerra empuñadas codo con codo.**

-Otros hicieron lo que has hecho. Donde su fe era buena, y el crimen de sangre no era grave, se les ha permitido volver a servir. Se han convertido en los mazan sagyar, y han llevado la venganza hasta el enemigo. En caso de que vivan, regresarán a la Legión, sus crímenes disueltos. He estudiado tu caso, Orzun de la Hermandad de la Hoja Engarfiada. Ese camino está frente a ti, en caso de que desees tomarlo.

-Con pesar, Khagan, no puedo.

La cara del Khan se quedó petrificada, como si se endureciera a sí mismo frente al inminente dolor.

-Dime la razón, el por qué.

-Realicé el juramento de sangre.

Un murmullo corrió alrededor del auditorio. Así, Orzun era uno de ellos.

-Eliges la muerte cuando se te ofrece la vida- dijo el Khan.

-Juré por el Camino del Cielo, y así el vacío eterno me llevará y devorará mi alma si no cumplo con mi voto. He seguido el rito de la tsusan garag y me comprometí con las ataduras del universo. La elección fue equivocada, pero el juramento se mantiene, al igual que el destino del perjuro, al igual que lo ha sido desde que caminamos por la hierba sin fin.

-Esta guerra es diferente. Poderes mayores que tú han demostrado ser infieles.

-Entonces el vacío les condenará también.

-Puedo liberarte. Yo soy el Khagan, el dador de la ley. No es necesario hacer esto.

La cara de Orzun, por primera vez, parpadeó con incertidumbre. Miró a los guerreros a su alrededor, a continuación, en el emblema de la legión, y finalmente de vuelta a su Primarca.

-Lo he jurado- dijo. **-No puede retractarme, nunca. Ni siquiera por usted, señor.**

El Khan sostuvo la mirada de su guerrero por unos momentos más, escrutándolo ante cualquier posibilidad de retractación.

-Fuiste un tonto, Orzun- dijo**. -Incluso si hubiera unido mi destino con el de mi hermano, nunca podría haber tolerado que éste voto persistiera. El juramento de sangre es sagrado, presidido por el Zadyin Arga y reservado para la solución de las venganzas. Les permitiste que te engañaran, que fuera una burla sórdida. Te has destruido a ti mismo, y en un momento en que tengo necesidad de guerreros como nunca antes.**

Orzun se mantuvo implacable mientras su maestro hablaba. Lo sabía, al igual que cada alma en la cámara. Eso no cambiaría su opinión.

-Ésta es la última vez que te lo voy preguntar- dijo el Khan. **-¿Vas a renunciar a lo que has jurado?**

La respuesta de Orzun fue instantánea. **-Habría luchado con usted hasta las puertas de Terra, señor. Habría muerto allí con una sonrisa en los labios.**

Pero no voy a ser como aquellos que me arruinaron. No voy a hablar falsamente, ni a ningún hombre, ni a los viejos dioses y no voy a romper un juramento. Ya no merezco la vida que se me dio.

-Entonces sabes lo que debe hacerse- dijo Khan, sacando la espada.

Descendió de su atril caminó hacia Orzun. El guerrero se puso rígido, pero no se movió. El Khan se irguió sobre él, inclinando la punta de la hoja hacia el pecho sin protección de Orzun.

-De todas las traiciones que mi hermano puso en movimiento- dijo **-ésta es la peor. Se ha corrompido lo que una vez fue y ha vuelto nuestras espadas más afiladas contra nosotros mismos. Desearía que no hubieras jurado, porque vales mil veces más que cada traidor que rompió sus propios votos. Podrías haber luchado conmigo en Terra. Cuando esté allí, tu nombre será grabado en mi propia armadura, al igual que los nombres de todos los demás que no se condenaron a sí mismos renunciando a la Tsusan Garag. Usaré esos nombres para llevar la malicia al filo de mi espada y de esa manera incluso en esto todavía servirás.**

Orzun nunca desvió la mirada.

-Si me permite la pregunta, señor- dijo, su voz aún firme. **-¿Cuántos han renunciado?**

El Khan le lanzó una sonrisa glacial, como si la pregunta en sí fuera absurda.

-Ninguno- dijo y empujó la hoja a través del corazón de Orzun.

-¿Cuántos hay como él?- preguntó Arvida después.

-No muchos- dijo Yesugei. **-Ni siquiera Hasik prestó el juramento de sangre, me dicen.**

-Entonces, el Khan no ha herido la Legión en demasía al ponerles fin.

-No a la Legión- dijo Yesugei. **-Sin embargo, creo, que mucho a él mismo.**



Hacia el final, las tormentas empeoraron. Arvida fue consciente de la gran barrera del éter ardiendo por encima de las nubes. Había rodeado el planeta,

como una réplica sísmica tras una detonación nuclear, encerrando el mundo en una cortina en plena ebullición de materia de la disformidad.

Hubiera sido fácil perder la esperanza a continuación. Podía sentir muy bien que ninguna nave podía penetrar tal protección y que su fuga de Próspero era por tanto imposible.

Pero la certeza nunca se fue. Suplía la deficiencia de su menguante fuerza, cazando infructuosamente por comida o agua, desviando los ataques de los translucidos psychneuein cada vez que se acercaban. El ritmo de la supervivencia se hizo cargo, puntuando su itinerante existencia

Mantuvo las cartas seguras. De vez en cuando, cuando los relámpagos eran intensos y podía ver con más claridad, las sacaba y barajaba el mazo. No emergía un patrón para que él interpretara, vería las cartas de números alternándose con las imágenes de reyes y los eruditos y demonios con patas garrudas. Si una vez había tenido el poder de la adivinación, ese poder se había ido.

O tal vez las tarjetas todavía dijeran lo que era cierto, y el ya no podía ver lo que estaba siendo mostrado.

No podía recordar cuándo había dormido por última vez. Caminó por las ruinas incesantemente, de vez en cuando hablando consigo mismo para mantenerse cuerdo. Los únicos otros sonidos que oía eran el crujir del trueno, el choque amortiguado de las caídas de la mampostería y el medio susurro de los fantasmas.

Por alguna razón, se sintió atraído hacia el centro. A pesar del peligro, su serpenteante curso lo llevó cada vez más cerca del origen. Vio la inmensa joroba de la pirámide de Photep y pasó varias horas simplemente admirándola. La Plaza Occullum estaba cerca, brillando con la danza fantástica de sus extraños guardianes.

-¿A qué está esperando?- preguntó el legionario Cicatrices Blancas.

Arvida dejó vagar la mirada hacia él. Sabía que su nombre ahora era Orzun. La piel del guerrero era pálida como el hueso y tenía una herida mortal en el pecho.

-No sé- respondió Arvida.

-Tomó las cartas.

-Lo hice.

-Déjalas.

-¿Por qué quieres que las deje?- Arvida sonrió con sequedad, consciente de la locura de hablar con una sombra. **-¿Qué quieres de mí?**

-Todas estas cosas son enviadas como lecciones- dijo Orzun. **-Tal es el patrón y somos las pinceladas.**

Arvida le ignoró. No estaba realmente allí. Ninguno de ellos lo estaba.

-¿Qué está esperando?- preguntó Orzun de nuevo, repitiéndose como en un bucle de video.

-No sé- respondió Arvida, al igual que antes.

Entonces, muy lejos hacia el norte, donde yacía el viejo cadáver Warhound y donde la armadura de sus hermanos caídos todavía estaba dispersa en el polvo, Arvida sintió un temblor. Su cabeza se levantó. Se puso de pie, mirando hacia la oscuridad.

No vio nada, no con los ojos, pero sentía la piel disforme del mundo perforada brevemente. En algún lugar, en las ruinas, algo había cambiado.

Empezó a moverse, trazando ya un curso hacia la perturbación. Tendría que ir con cautela. Lo que quisiera que fuera, lo que tuviera el poder de romper la protección bien podría tener el poder para romperle a él también.

-¿Qué esperas de ellos, hermano?- llamó Orzun, ya desvaneciéndose en la oscuridad detrás de él. **-¿Salvación?**

Arvida no respondió. Siguió caminando.

-Pueden tomarte- continuó Orzun **-pero luego se volverán contra ti. Tienen su propia guerra ahora y sólo sois un arma en ella. ¿Por qué cree que son diferentes a los que vinieron antes?**

La voz de Orzun se estaba perdiendo en el aullido del viento.

-¿Y qué hay del cambio de la carne, hermano? ¿Cuándo les hablarás de ello?

Para entonces, sin embargo, Arvida no estaba escuchando. No tenía idea de lo que había irrumpido en su mundo solitario, pero al menos era algo. Por primera vez en mucho tiempo, y no tenía forma de saber cuánto tiempo, no estaba solo.

Cuando Arvida despertó, supo lo que tenía que hacer. Miró alrededor de su cámara en la Swordstorm por última vez y luego comenzó a ponerse su armadura. Mientras lo hacía, vio la extensión de la decoloración en sus manos. Se había extendido durante la noche, brotando debajo de la piel. Podía sentir lo completo de su recuperación psíquica, Yesugei era un tutor experto, pero el Vidente de la Tormenta no sabía nada de la maldición latente de la XV Legión. Cuando giró el yelmo y lo situó en su sitio, el sello neumático presionó dolorosamente contra la hinchazón en su cuello.

Justo antes de salir, Arvida abrió un cajón de metal debajo de la litera y recuperó la caja pequeña. Entonces activó los controles de la puerta y se deslizó al pasillo exterior.



La Swordstorm estaba en su periodo nocturno nominal y las luces estaban bastante atenuadas. Aunque miles en la tripulación aún trabajaban, había un poco menos movimiento de cubierta a cubierta, lo que hizo su tarea más fácil.

Arvida se desplazó con sigilo, pisando de la forma que había aprendido cuando eludía a los fantasmas. Mientras se arrastró, abrió su mente por delante de él, trazando caminos futuros como ramas de coral.

Vio a otros moviéndose antes de que se dieran cuenta ellos mismos y utilizó ese conocimiento para permanecer desapercibido. Esperaría hasta que el camino a seguir estuviera despejado y luego se apresuraría por el mismo, ya detectando las otras almas que pronto le pisarían los talones. Observó fuegos fatuos esbozando los futuros-cuerpos moviéndose en una niebla de posibilidad y trazó su camino para abrirse paso a través de todos ellos.

A pesar de esta habilidad, no era posible permanecer sin ser descubiertos por lo que se vio obligado a incapacitar a algunos de los que se encontraron con él. No los mató, todos ellos eran mortales, y fáciles de dejar inconscientes. El rastro de cuerpos, sin embargo, limitó su tiempo para actuar. Serían descubiertos rápidamente, la alarma se dispararía, y guardianes más formidables serian despertados.

Arvida subió las cubiertas, una por una, hasta que llegó a un par de puertas cerradas. Alcanzó la caja, la sacó y la apoyó contra la unión donde las puertas

se reunían con la cubierta. Luego se fue de nuevo, la cabeza baja, aumentando la velocidad.

Fue hacia abajo en esta ocasión, en primer lugar, a través de los pozos del ascensor y luego usando las escaleras manuales. Su visión del futuro no era perfecta. Pasó a través de un grupo de cuatro criados y casi dejó escapar a uno, antes de que fuera capaz de inmovilizarlos a todos.

Se desplazó de un modo más rápido después de eso, conociendo el

peligro, pero incapaz de correr el riesgo de perder más tiempo. Alcanzó su destino, una de las decenas de cubiertas de hangares de vacío, y activó las puertas de seguridad. Los códigos de acceso vinieron a él con facilidad en cuanto tocó el teclado, los últimos pensamientos del operador anterior nadaron en su mente.

Estuvo a punto de salir a la cubierta sin ser visto, pero la vigilancia de los Cicatrices Blancas no era tan casual como lo había sido. Con las puertas de la esclusa acercándose, las alarmas comenzaron a sonar. Oyó el ruido sordo de las botas en los niveles sobre él, e inmediatamente percibió el número que venía por él.

Atravesó la esclusa de aire, sellando las puertas tras él y despresurizando la cámara. El aire se precipitó al pasar, atraído a través de la parrilla de los respiraderos, desviado de nuevo hacia el resto de la nave. Los sonidos a su alrededor fueron aspirados en un silencio entumecido. Por delante de él yacía una antecámara llena de bastidores de equipos de mantenimiento y voluminosas estaciones de combustible. Más allá del siguiente umbral apareció la cubierta de vacío, donde descansaba su objetivo.

Arvida se apresuró hasta la fila final de los controles de la puerta, con un bloqueo de seguridad al igual que los demás. Dio un traspié al primer intento de introducir el código, sus pensamientos distraídos por el creciente clamor en su mente. Percibió perseguidores entrando en los pasillos que acababa de recorrer, había previsto el descubrimiento de los cuerpos de los siervos humanos, y los imaginaba sacando sus armas.

Introdujo el código de nuevo, esta vez de forma correcta y las puertas se abrieron. Cerró el portón tras él, esperando que sus inmediatos cazadores fueran de un nivel diferente y que les retuviera durante al menos unos segundos.

El Tajik, una nave usada para recorrer el sistema, se encontraba en la ancha cubierta por delante de él, tal como había previsto que estaría. Estaba preparado para el lanzamiento, después de haber atracado sólo ocho horas

antes. Como todas aquellas naves, se mantenía en un estado de preparación constante en un hangar abierto al vacío. Era pequeño, con una capacidad normal de sólo veinte, pero tenía la característica crucial que él requería, velocidad.

Mientras corría hacia la rampa, vio a un segundo conjunto de puertas blindadas abriéndose en el extremo derecho del hangar. Se dio la vuelta para ver a un solitario legionario de los Cicatrices Blancas cargando a través de la plataforma, disparando ya el bólter.

Arvida se arrojó a la cubierta, sintiendo los proyectiles de bólter silbando de un lado a otro de su espalda. Se arrastró hacia adelante, poniéndose de pie de nuevo para recibir al guerrero que iba hacia él.

Arvida disparó, golpeando a su enemigo en el brazo y haciendo que el bólter cayera de sus manos. Sin perder el ritmo, el legionario cambió a su hoja tulwar, y la llevó segando hacia el torso de Arvida. Arvida eludió el ataque a duras penas, girando con torpeza el filo metálico que raspaba a lo largo de su armadura.

A tan corto alcance su propio bólter era demasiado tosco, así que alcanzó su espada. Los dos intercambiaron golpes en rápida sucesión, enviando una lluvia de copos de armadura rebotando alrededor de ellos en la cubierta de hierro.

Arvida percibió un movimiento periférico, otra puerta había sido abierta, y sintió la presencia de al menos una docena de almas moviéndose tras los gruesos mamparos.

No había tiempo. Aumentó la intensidad de su esgrima, buscando desesperadamente alguna manera de incapacitar al guerrero delante de él. Por unos momentos, su oponente no cedió nada y permaneció trabado en una lucha igualada.

Entonces, tal como lo había hecho con Yesugei, Arvida vio el camino del futuro desenrollado. Las intenciones del Cicatriz Blanca se revelaron en rielantes contornos, traicionando sus movimientos y abriendo su defensa como un libro.

Arvida reaccionó al instante, arrebatando la hoja de la mano de su contrincante de un golpe. Impactó en la silenciosa cubierta de vacío a cinco metros de distancia y se deslizó sin causar daño a través de las placas de metal. El siguiente golpe de Arvida atravesó la armadura del legionario, perforando su corazón secundario y terminando la competición. Pólipos de sangre brotaron globulosos en el vacío.

Fueron necesarios dos impactos más para impedir que el guerrero se levantara y fuera tras él, momento en el cual más puertas del hangar se estaban abriendo. Armas de fuego alancearon el vacio. Arvida vio trayectorias de proyectil ardientes por delante como fuego trazador, y tuvo que emplearse a fondo al correr para evitar ser golpeado.

Alcanzó la rampa de asalto del Tayik y cayó en su interior. Tan pronto como alcanzó los controles, cerró las escotillas de la nave, encendió los impulsores y tecleó la secuencia de lanzamiento. Podía oír el zumbido de más impactos en el casco presurizado de la nave, detectó pesadas armaduras y las compuertas exteriores descendiendo más allá de la salida del hangar de vacío.

Pronto tendrían alzados los escudos de la Swordstorm. Eso, o las pantallas blindadas se cerrarían, o sus perseguidores desactivarían el Tajik en la cubierta, o un equipo matador (kill-team del original) forzaría su camino.

Sin embargo, Arvida sabía que no les daría tiempo para ninguna de esas cosas. Mientras se acomodaba en la cabina del piloto y agarraba las columnas de control, vio el vacío brillando hacia él a través de la salida abierta.

Estaba fuera. Era libre, evadiéndolos tal como había eludido todos los peligros en medio de las ruinas de Tizca, y no había nada que pudieran hacer para atraparlo ahora.



Yesugei bajó la mirada hacia la estropeada caja de lata. La levantó a la luz, pasando sus ojos sobre los arañazos y marcas de quemaduras. La caja en sí no era vieja. Tal vez, en el pasado, su contenido se habría alojado en otros recipientes más elaborados, como en los santos huesos de un relicario.

Abrió la caja, derramando las cartas sobre el escritorio delante de él. Una por una, las hojeó. Podía afirmar que eran de origen Terrano, pero más allá de ello tenía poca idea de su significado. Había cartas decoradas con las tazas, espadas, cañas y monedas. Algunas mostraron imágenes de los seres humanos, otras a animales míticos. A medida que pasaba a través de ellas, sintió un leve calor procedente de su superficie, no calor físico, sino la imagen remanente de algún infierno psíquico.

Eso no le sorprendió. Cualquier cosa tomada de Próspero hubiera tenido dicha firma.

Yesugei estudió las cartas por un largo tiempo. Las extendió ante él, reorganizándolas en cualquier patrón que creyera más apropiados, antes de acabar poniéndolas de nuevo en un montón. Luego las colocó de nuevo con cuidado en la caja.

-¿Por qué lo hace?- preguntó.

Arvida, que estaba sentado frente a él a través del escritorio, se quedó mirando sus propias manos entrelazadas. -**Pensé que podía salir.**

-La nave que tomó no habría abandonado la flota. ¿Que estabas pensando?

-Habría habido alguna manera.

Yesugei sacudió la cabeza, desconcertado. **-Pero cambió de opinión. Nunca despegó. ¿Por qué?**

-Estaba huyendo. Orzun no huyó.

La frente de Yesugei frunció el ceño, distorsionando los tatuajes sobre su piel oscura. **-No lo entiendo.**

-No soy Ahriman. ¿Se da cuenta? No tengo su poder, y si lo tuviera no lo usaría de la misma manera. Estoy agradecido, créame, muy agradecido. Pero está tratando de recrear algo que ya no existe.

Yesugei pareció sorprendido. -**Yo nunca…**

-Si lo hizo. Podía sentirlo. Quería unirme a su Legión. Al final, me habría tenido vestido de blanco, con una espada curva y un bastón coronado con una calavera, y pronto estaría hablando Khorchin igual que usted- Arvida sonrió con sequedad. **-Solo porque mis hermanos atrajeron la ruina sobre sí mismos, no significa que pueda olvidarlos ahora.**

-No ha quedado Legión en Próspero, Revuel. No hay cultos ahora.

-¿Importa? ¿Le importaría a usted, si Chogoris hubiera sido quemado y usted fuera el último? No lo creo.

Yesugei ladeó la cabeza, reconociendo el punto. **-Yo estaba allí, ya sabe, cuando Magnus y el Khan y otros hicieron su pacto. Pensé que podía regresar, incluso si su Primarca se había ido. Tal vez no-** miró hacia arriba,

observando con fijeza a Arvida con sus ojos dorados**. -¿Así que se va a ir? ¿Nos deja?**

Arvida asintió. **-Tengo que hacerlo. No todavía, y no así. Hubiera sido... descortés.**

-¿Ve? Usted Ya es medio Cicatriz Blanca.

Arvida rió. **-No realmente no.**

-¿A dónde irá?

-Veo portentos, aquí y allí. Más allá de esos momentos, nada.

-Usted es legionario- dijo Yesugei. **-No está diseñado para luchar solo.**

-Estuve solo durante mucho tiempo.

-**Sí, y casi le mato.**

-Sabré cual es el momento cuando llegue. Usted, de todos nosotros, debe entender eso.

Yesugei cogió la caja de nuevo y la miró pensativamente. **-Y usted dejó esto para mí.**

-Era de Ahriman. Por lo que yo sé, es lo último suyo intacto en la galaxia. Pensé que debía tenerlo.

Yesugei jugó con él. **-No sé. Tiene una sombra extraña-** luego sonrió, con aire de culpabilidad, como si se reprendiera a sí mismo. **-Pero es un buen regalo. Lo guardaré. ¿Quién sabe? Tal vez un día encontrará el camino de regreso a su propietario.**

-Sólo si puede cruzar el velo. Ahriman está muerto, al igual que el resto.

-Debemos suponer que sí. Pero hay días en que no lo puedo creer- Yesugei guardó la caja. **-Espero que pueda dejar de correr, hermano. ¿Qué le queda para huir de ello? Todo está al descubierto.**

Arvida pareció desconfiar entonces, como si eso no fuera del todo cierto.

-No huiré más- fue todo lo que dijo.



Los tribunales llegaron a su conclusión. Otros acusados no sobrevivieron a la sentencia, ya fuera porque habían cometido crímenes contra los códigos de guerra de la legión, o por el juramento de sangre. La mayoría se alistó en el sagyar mazan, los portadores de la venganza, y fueron desplegados en escuadrones de ataque rápido, una vez les fueron dadas las coordenadas para un lanzamiento inmediato.

El resto de la flota fue instruida para formar ante la travesía del vacío y se restringió el movimiento entre naves. El tiempo que Yesugei y Arvida pasaron entrenando se agotó, y el Vidente de la Tormenta era llamado cada vez más para llevar a cabo otras funciones.

El último día antes que la Swordstorm fuera impulsado dentro de la disformidad, Arvida se dirigió hacia abajo a los enormes niveles de forja de la nave. El nivel de trabajo era intenso, los que batían el metal producían en serie armas en una corriente incesante. Nadie imaginaba que no serían necesarios.

Encontró al maestro de la forja, un terrestre descomunal llamado Sonogei. Retiró la hombrera envuelta que había llevado con él y estiró la tela que la cubría.

-No es una de las nuestras- dijo Sonogei, mirando fijamente la placa de color carmesí.

-Decimoquinta Legión- explicó Arvida, mostrándole el dispositivo de la cabeza de cuervo fijado dentro de la estrella. -El que yo solía usar. ¿Puede ser reparado?

Sonogei tomó la hombrera y la levantó de modo experto, recorriendo con sus ojos los conectores del borde inferior. Sus servo-brazos giraron, sacando una aguja de augurio de escaneo, y una línea verde brillante se deslizó a través de la superficie picada.

-Puede- dijo. **-Si me da su conjunto de montaje de cañón y la coraza, puedo hacerlo encajar tan suave como el aceite. ¿Usted es el mago? Ya he hecho una hombrera para usted. El zadyin arga lo ordenó.**

-Todavía la tengo. Es una pieza de calidad. Perdónenme, pero ésta

armadura me mantuvo vivo durante mucho tiempo. La llevaría de nuevo, completa.

Sonogei lo miró con escepticismo. Arvida dio un paso más cerca.

-No se lo pediría si no fuera importante- tomó la hombrera de vuelta, y alzó su insignia a la luz de los hornos**. -¿Ve esto? El emblema de mi orden. Tomé votos, cuando me uní, tal como usted lo hizo. Sé que entiende eso. He visto la prueba de ello-** Arvida pensó en Orzun, y el aspecto final de triunfo en su rostro moribundo. -**No soy un legionario de los Cicatrices Blancas. En verdad, no sé ya lo que soy, pero voy a mantener los viejos iconos hasta que lo averigüe.**

Sonogei sacudió la cabeza con tristeza, pero con el tiempo tomó la pieza de armadura de nuevo. **-Tráigame el resto-** dijo. **-Veré lo que puedo hacer.**

Arvida hizo una reverencia. **-Tiene mi agradecimiento.**

Se alejó. Mientras lo hacía, la picazón comenzó de nuevo, más fuerte que antes. Arvida resistió el impulso de rascarse.

Sabía que Próspero no me reclamaría, pensó con sequedad, ¿pero esto? ¿Después de todo lo que soporté, ser comido por nuestra maldición más antigua?

Miró de nuevo a donde Sonogei levantó la limpia hombrera en el aire. Vio brevemente la estrella de su antigua legión, bañada en color rojo sangre, tanto por su pintura como por el resplandor de forja, contra un orgulloso telón de fondo de llamas.

Aún sacudió su alma. Incluso ahora, después de todo lo que había pasado, no podía olvidar el juramento que había hecho a ese sello.

No me va a reclamar, no todavía. Habrá un camino, uno que hollaré como un legionario de los Mil Hijos.

Su confianza creció mientras pensaba en ello, tal como lo había hecho durante los terribles días en la arruinada Tizca. Encontraría una manera de eludirlo. Habría una cura, en alguna parte.

Voy a resistir. Permaneceré. El último, el invicto. Entonces Revuel Arvida, de la IV Hermandad, Corvidae, subió las escaleras que conducían lejos de las forjas. Los impulsores de disformidad de la Swordstorm tronaron con vida, llevándolo de nuevo a la guerra, al enemigo, y a un futuro que aún no había aprendido a ver.

FIN

DEMONOLOGÍA

(Daemonology)

CHRIS WRAIGHT
TRADUCCION RODINA
CORRECCIÓN ICEMAN



El mundo fue llamado Terathalion, denominado así por la abundante piedra preciosa que se encuentra en su cinturón ecuatorial, bajo montañas de cobre y hierro. Incluso durante el largo silencio interestelar, antes de que Ipssimus la diera a conocer, esas joyas verdes con irisado naranja habían sido extraídas, cortadas y pulidas para adornar los principales tesoros del planeta, los libros.

Terathalion era un mundo de palabras, donde se almacenaban documentos en mil lenguas humanas diferentes, siendo anotados, analizados y catalogados.

El mundo de las bibliotecas, como fue llamado más tarde. Un lugar donde el conocimiento se difundía, todo bajo la benigna dirección de los distantes maestros de Próspero. Durante cien años tras su reincorporación al Imperio, Magisters con armaduras rojo rubí habían sido visitantes bienvenidos y frecuentes, impulsados por la curiosidad o enviados en alguna misión por su venerado Primarca en busca de innumerables fragmentos de conocimiento. Estas visitas fueron secándose lentamente, como un exiguo goteo, mientras las demandas de la Gran Cruzada atraían a la XV Legión cada más lejos del imperio de Próspero, hasta que un día cesaron por completo.

Durante ese nuevo aislamiento, los maestros en funciones o temporales, pasaron a gobernar el mundo, no preocupándose excesivamente, ni buscando ninguna aclaración, respuesta o explicación en especial. La galaxia se había vuelto segura para el estudio, así que el paciente trabajo de Terathalion continuo sin pausa. Sabían que, con el tiempo, regresarían las legiones, ya que todos sabían que los Marines Espaciales nunca dejaban una tarea inconclusa.

En eso, no se equivocaron los maestros temporales, era todo correcto, excepto por los navíos estelares que con el tiempo surgieron desde el punto Mandeville en el año imperial 007.M31 y se desplegaron a través del sistema local. Estos no llevaban los elegantes iconos gloriosamente decorados de la XV Legión, eran leviatanes, grises como cadáveres, enormes y descascarillados.

Por otra parte, los llegados no eran un simple escuadrón, era un grupo de batalla al completo. Y a medida que los navíos de guerra fueron tomando

posición sobre las, ridículamente escasas, defensas orbitales de Terathalion, incluso el más confiado de los supervisores del planeta sintió una sensación de intranquilidad.

Enviaron mensajes al acorazado gris, un colosal monstruo de la clase Gloriana, con los códigos de identificación táctica correctos, sin recibir respuesta alguna. Se transmitieron frenéticas órdenes para movilizar la red defensa, pero incluso ese gesto llego demasiado tarde.

Las apacibles gentes de Terathalion nunca habían sido testigos de la potencia de fuego al completo de la flota de una legión, por lo que difícilmente podrían ser culpados por no saber que esperar. Se quedaron mirando fijamente mientras comenzó el bombardeo, como si miraran un espectáculo o fuegos artificiales, el cielo se convirtió al blanco con hirvientes nubes. Impulsores magnéticos lanzaron un proyectil tras otro, hasta aniquilar el anillo exterior defensivo, luego el fuego de las lanzas, los láseres y el plasma destrozaron cada nodo de control y mando del hemisferio norte. Una lluvia de bombas incendiarias arrasó los centros urbanos, cayeron durante horas, en un bombardeo implacable que apenas dejo piedra sobre piedra. Lo poco que quedaba en pie fue incinerado por un abrasador huracán de promethium.

Los libros ardieron. Tomos milenarios, perfectamente conservados, reposando en cámaras de vacío, fueron desintegrados al quedar sus protecciones de cristal blindado destrozadas. Los archivos se convirtieron en túneles ardientes, volúmenes irremplazables se atomizaron en nubes de polvo abrasado.

Cuando finalmente ceso el bombardeo, los pocos supervivientes salieron lentamente de los refugios que habían sido capaces de encontrar, con sus oídos silbando y sus ojos llorosos. Por un momento, les pareció que habían cometido un terrible error con ellos, que lo peor ya había pasado y que satisfechos con la destrucción apocalíptica desatada por misteriosas razones, los atacantes pasarían a su siguiente objetivo.

Pero entonces, las sucias estelas de capsulas de lanzamiento rasgaron el grisáceo cielo, cubierto por el humo de mil incendios. Por toda la superficie de la recién torturada Terathalion, racimos de lágrimas de adamantium se estrellaron contra el suelo, vomitando escuadras de marines espaciales con armaduras gris pálido entre los escombros. Siguieron desembarcado, hasta que batallones enteros de guerreros acecharon dentro de la contaminada atmosfera, sus rostros ocultos por cascos terminados en una especie de parrilla. Con aterradora eficiencia, se abrieron paso de una devastada sección habitacional a la siguiente.

Ellos no hicieron preguntas, ni presentaron o exigieron demanda alguna. A medida que las replicas de las tormentas de fuego cesaron en paisajes llenos de escombros y la lluvia ácida comenzó a caer sobre el metal aún caliente, los supervivientes de la arruinada Terathalion comenzaron a ser cazados como alimañas.

En Geryiadha, la una vez quinta ciudad más poblada del mundo, hogar de hermosas arboledas y de fuentes ajardinadas, la concentración de Marines fue superior a cualquier otro lugar. En la avenida principal, ahora una zanja salpica de humeantes escombros de rococemento, el propio aire tembló y se abrió entre fosforescentes y pulsantes brillos. El polvo serpenteo, arremolinado entre las montañas de escombros. De repente, una esfera de plata brilló con vida propia, retorciéndose, contenida por oscuras energías. Sonó un fuerte chasquido, rompiendo la frágil piel del orbe, convirtiéndolo en finos fragmentos que rebotaron hasta el otro lado de los escombros.

En el centro había ocho enormes figuras. Siete de ellas salieron de inmediato levantando largas guadañas entre sus pesados guanteletes. Las placas de sus armaduras estaban arañadas y quemadas, como si acabaran de llegar de alguna furiosa batalla contra enemigos mucho más peligrosos que lo que alguna vez pudieran haber encontrado en el mundo biblioteca. La octava figura se alzaba incluso sobre los anteriores gigantes. Su arcaica armadura, llena de oxido y marcada por lo que parecían profundos cortes de cuchillas, aún humeaba mientras se disipaban los helados restos de la disformidad. Ojos amarillentos brillaban debajo de la capucha de un sudario blanco hueso, enmarcados en un demacrado rostro con una mascarilla repleta de tubos de respiración, sondas y todo tipo de viales. Su expresión parecía angustiada, a pesar que no había nada en el planeta, que posiblemente, le pudiera perjudicar. Sus dedos se retorcieron mientras tiraba de su propia guadaña para colocarla en posición.

El crepitar de las llamas retumbó en la distancia, enmarcado por el chasquido apagado de los disparos de los bólters. Ardientes vientos atronaban a través del panorama urbano en desintegración, alimentados por los infiernos que aún ardían en las partes más altas de las torres habitacionales.

El Primarca Mortarion dibujó su primer aliento en la toxica atmosfera de Terathalion, barriendo con su mirada a través del bulevar.

-Encontradla- dijo con voz áspera.



Setenta años antes y a media galaxia de distancia, Malcador el Sigilita estaba bastante ocupado cuando llego la alerta. El primer señor de Terra estaba siempre ocupado, los asuntos civiles de un Imperio en continua expansión, era mucho más de los que un solo hombre pudiera manejar.

En cierto sentido, por supuesto, él era mucho más que un hombre. Era una aberración, al igual que todos los seres poderosos de la galaxia eran aberraciones, una fluctuación aleatoria en las mareas psíquicas, una anomalía en medio de los miles de billones que componían la creciente masa de la humanidad.

Sin embargo, eso no permitía escapar a la creciente carga del inmenso Imperio. Cada vez que firmaba una orden ejecutiva, como la Hidra, otras nueve tomaban su lugar. Con cada cumplimiento llegaban nuevas demandas de iteradores, asimiladores culturales, rememoradores, terraformadores, tratados comerciales. Miró la larga lista de los comunicados diplomáticos entrantes y su anciano corazón se desplomó.

Cuando la alerta sonó en el comunicador que portaba al cuello, fue bienvenida.

-Mi señor- dijo la voz del comunicador, por el canal reservado para las trasmisiones urgentes. **-Mi Señor, él está aquí y no voy a poder disuadirlo.**

Malcador se levanto de su antiguo escritorio y cogió su bastón, bellamente rematado por un Aquila imperial. **-Entendido. Estaré ahí en breve.**

Se acerco rápidamente a través de sus aposentos privados, luego salió a los pasillos del Palacio Imperial. Los cortesanos y delegados políticos arrastraron sus pasos fuera de su camino, ya fuera porque no tenían ni idea de quién era y no tenían ningún interés en cruzar miradas con él, o porque sabían exactamente quién era, en cuyo caso no se atrevieron. Paso junto a columnatas forradas de imágenes, cámaras ajardinadas y bibliotecas, sus pasos silenciados por sus mocasines de blanda suela.

Poco a poco, las filas de cortesanos dejaron de aumentar y se desvanecieron, fueron reemplazadas por el rojo y oro del Mechanicus y de la Legio Custodies. Nadie le cerró el paso ni le pidieron identificación alguna, en los niveles más internos de palacio, todos sabían su nombre y lo que su sencilla Aquila de su bastón representaba.

Llegó al estrato de excavación, el funcionario que lo había llamado se apresuro hacia él, con una mirada de disculpa en su rostro.

-Lo siento, mi señor- dijo.

-Está bien Sefel, tranquilo- respondió Malcador. **-¿Dónde está?**

-En el portal exterior.

-Entonces debiste haberme llamado antes.

Tras esto, apresuro visiblemente su paso, haciendo caso omiso de las altísimas bóvedas que le rodeaban, del sordo ruido de los motores de creación y de los destellos de los soldadores de arco. El aire se volvió más caliente. Pronto empezó a caminar a través de la roca desnuda, todavía marcada por los taladros que habían profundizado esa sección, tuvo que pasar por encima de serpenteantes cables forrados de bronce que reptaban a través de su camino.

Malcador lo encontró justo dentro de la primera puerta, con el sonido de los macro-martillos sonando a través de los oscuros arcos. Estaba de pie, mirando el portal sin terminar, con el rostro gris perdido en sus pensamientos.

Malcador se acerco a él y siguió su mirada. Era una puerta de enlace octogonal, de trescientos metros de ancho, reforzada con un collar de adamantium y rodeada de antiguas runas de Terra.

Un Titán podría haber pasado a través de esa puerta. Tal vez, con el tiempo, lo haría.

-¿Para qué es?- pregunto el observador.

La pregunta era prematura. El portal tardaría décadas en terminarse. Su inmenso marco, se abría ahora mismo, hacia nada más que la roca desnuda, una puerta a ninguna parte, realizada con un coste altísimo y en condiciones de absoluto y riguroso secreto.

-¿Por qué estás aquí, Mortarion?- preguntó Malcador, tan suavemente como pudo.

-¿Para qué es?- le replicó el Primarca.

Malcador colocó su envejecida mano sobre la espalda de Mortarion, invitándole a alejarse, pero sin ser tan tonto como para empujarlo, siguiera mínimamente. **-Ven conmigo. Tenemos que hablar.**

El Primarca le fulminó con su mirada. Sus rasgos, marcados por las toxinas, expresaron un profundo desprecio. **-Un día, anciano-** dijo, convirtiendo su guantelete en un puño, **-uno de nosotros te arrojara al polvoriento suelo, ya sin aliento. Tal vez sea yo.**

-Sin duda, tienes razón. Ahora, por favor, aléjate de la puerta.

-¿Por qué? ¿Es peligrosa?

Malcador ni siguiera levanto la vista para contestarle. Nunca le había gustado mirarle.

-Todavía no- dijo.



Lermenta no corrió de inmediato. Tan pronto como vio la confirmación de los datos de los augures, supo que era el final. Como uno de los síndicos de mayor rango del cuerpo administrativo de los archivos de Geryadha, estaba al tanto de cosas que la mayoría ignoraban, aunque ese día no encontró ningún placer en ello.

Había hecho su recorrido hacia abajo rápidamente, desde la torre principal de estadísticas, corriendo a través de filas y filas de estanterías, permitiéndose una breve punzada de dolor ante la inminente perdida, mientras los títulos desfilaban impávidos ante ella en la penumbra. En el mismo momento en que las alarmas aéreas empezaron a sonar, había logrado salir del archivo al aíre libre. Miro hacia arriba, como si pudiera ver las naves que sabía que se estaban colocando en posición sobre ella. El cielo era de un pálido verdoso, como lo era cada mañana de la temporada de diezmo. Había escasa belleza en ello, como en la mayoría de las cosas en Terathalion.

Agitadas columnas de fuego dispersaron ácido por la ciudad, como si de gotas de lluvia se trataran. Todo apestaba a cordita mezclada con el caliente aroma metálico del plasma en combustión. Ella se agacho bajo una unidad medicae destrozada, helada pese a estar en medio de los incendios. El viento producido por la tormenta de fuego hacia que su ropa de erudita se pegara a su cuerpo.

Había visto escuadras enteras de Marines Espaciales, actuando como

asesinos, moviéndose a través de la ciudad, matando a los supervivientes con escalofriante experiencia. No hacían ningún ruido, solo se oía el crujido de sus botas sobre los huesos y el grueso ladrido de sus descomunales bólters.

A ella no la asustaban, pero los demás se volvieron locos de pánico. Aquellos que aún podían andar, corrieron hasta los límites de la ciudad, creyendo que, si lograban salir de la zona urbana, podían tener una posibilidad. Lermenta los miró desde su frágil refugio. Ellos hacían lo que sus instintos les decían que debían hacer, aunque eso les hizo espantosamente fáciles de matar. Ella solo pudo mirar, mientras hombres, mujeres y niños fueron muertos a tiros, rebanados por cuchillas o aplastados bajo las cadenas de los tanques desembarcados de grandes transportes. Terathalion había sido el hogar de más de mil millones de personas, esto requeriría, que hasta con una de las legiones Astartes al completo, les llevara un tiempo acabar con todos y cada uno de ellos.

Cuando tenía que moverse, se mantenía agachada y pegada a los restos de los edificios, los que aún permanecían medianamente en pie. El rococemento estaba caliente al tacto, quemaba a través de sus sandalias reglamentarias. No tenía un plan. Había poco que planificar cuando el planeta estaba siendo claramente desgarrado, todo lo que quedaba era un sentimiento tonto, un instinto animal, el querer permanecer intacta sólo un poco más de tiempo.

Fue al sur, hacia el antiguo curso del rio, donde estaban las tolvas industriales para el comercio de las piedras preciosas. Eran de plastiacero y adamantium, suficientemente resistentes como para resistir altas temperaturas, por lo que algunas de ellas podían estar en pie. Sentía su corazón latiendo firme y rápidamente, mientras correteaba entre los huecos de los muros.

Estaba tan absorta en la elección de una ruta que oyó el sonido de la bota al pisar, demasiado tarde. Maldiciendo en voz baja, hizo lo que anteriormente habían hecho todos los demás, comenzó a correr. No miro hacia atrás.

Tal vez no la habían visto, en cuyo caso, aún podría correr hasta escabullirse de nuevo en las sombras y escapar.

¿Tal vez no la habían visto?

Lo absurdo de la idea, era en parte divertida, a pesar de lo que presagiaba. Eran Marines espaciales. Lo oían todo, lo veían todo. Sin embargo, ella siguió corriendo, jadeando con la gruesa ceniza, restos de lo que supuso quedaba de una antigua fábrica de manufacturas. Giro rápidamente una esquina, patinando en la piedra lavada por la lluvia.

Delante de ella, se extendía un largo callejón, alineado por los cadáveres

vacios de las carcasas destruidas de vehículos.

En el otro extremo, al final del callejón, lo vio, esperando.

Era enorme, mucho más grande de lo que ella hubiera podido creer, irradiando un aura de autoridad psíquica, tan asombrosa, que la dieron ganas de jadear en voz alta. Los propios elementos parecían huir de él, menos el agua de lluvia que hervía al contacto de la hoja de energía de su guadaña. Quería mirar hacia otro lado, pero aquellos ojos amarillentos sujetaron su mirada. Camino lentamente hacia ella, seguro y amenazador, a través de serpenteantes velos mortuorios de toxinas, agrietando la superficie de la carretera bajo su firme y pesado paso.

Por un momento, mientras miraba la cara que se acercaba, quedo impresionada sobremanera por solo una cosa.

Dolor. El rostro del Primarca estaba retorcido en lo que parecía una permanente mueca, medio escondida tras la silbante mascara de su respirador.

-¿Qué quieres de mí?- se las arreglo para hacer que las palabras salieran de sus labios, mientras oía la llegada tras ella de más Guardias de la Muerte.

Mortarion le lanzó una mirada fulminante, como diciendo, no intentes nada conmigo. La agarró de la barbilla y la levantó ligeramente para poder mirarla bien, sosteniéndola entre los dedos de su elaborado guantelete y reposando la mirada un poco más de tiempo. Ella sintió como si mil cuchillos se clavaban en sus pulmones. Entonces, gracias a dios, él la soltó. Hizo un gesto a su séquito y Lamerta sintió como dos manos la agarraban por los hombros.

-La tenemos- dijo Mortarion, aunque no a ella, con una voz que sonaba como un látigo siendo arrastrado a través de hierro oxidado. **-Yo y ella volvemos a la nave. Podéis destruir lo que queda.**



Malcador llevó a Mortarion de vuelta hasta sus aposentos personales en lo alto de las laderas, con vistas a una gran extensión de grandes salones y torres del palacio. El Sigilita había pasado allí más de una vida mortal, convirtiéndolo en un lugar de gran belleza, un santuario, pero Mortarion apenas se dio cuenta de todo lo que allí se exhibía. El Primarca simplemente

se quedo plantado sobre el pulido mármol, exudando vapores, con una rasposa respiración.

-Me gustaría ver a mi padre, ahora.

-El Emperador no está disponible- respondió Malcador.

-¿Dónde está?

-No lo sé.

Mortarion resopló. **-Conoces todos sus movimientos. Todos sus pensamientos.**

-No. Ningún hombre puede saberlo.

Mortarion comenzó a caminar, dando patadas y apartando a su paso antiguos muebles, piezas de un incalculable valor. **-Él no puede mantenerme mucho tiempo más aquí. Está poniendo a prueba mi paciencia.**

-Su legión le espera, ya se están haciendo los últimos preparativos. Podrá unirse a ellos muy pronto.

Mortarion se volvió hacia él, con los ojos brillantes por la ira frustrada. **-Entonces, ¿Por qué retenerme aquí? ¿Hizo esto a alguno de mis otros hermanos?**

Malcador notó el borde de la sinrazón en la cara de su huésped, se preguntó si se estaba poniendo peor. Todo el gen de la progenie del 'Gran Proyecto' había resultado dañado por la dispersión, pero las heridas de Mortarion fueron más profundas que en la mayoría. Angron había sido dañado físicamente, la mente de Curze se había hundido en la oscuridad, pero Mortarion parecía haber sido dañado por ambas aflicciones. El deseo del Emperador de mantenerlo un tiempo en Terra antes de unirse a la Gran Cruzada, había sido iniciado con las más noble de las intenciones, al igual que el resto de las decisiones que, en conjunto, se habían realizado. Eso no significaba que la decisión hubiera sido correcta, ni que todos los venenos se pudieran extraer…

-Todos ustedes tienen diferentes talentos- explicó pacientemente Malcador. **-Y todos ustedes han sido sometidos a diferentes pruebas.**

-Ninguno de ellos ha pasado lo que yo- murmuro Mortarion.

-Sé que usted cree eso.

Mortarion entrecerró sus ojos a la brillante luz mientras volvía a contemplar el panorama del palacio. **-Desde que me trajeron aquí, no has hecho otra cosa que intentar enseñarme… Hablándome sobre la Verdad Imperial y sin embargo, esta usted metido en la brujería hasta el cuello-** hizo una mueca bajo su respirador, se le formaron arrugas en las sienes de su grisácea piel. **-Puedo sentirlo. Tan pronto como me vaya, regresaras a tu libro de hechizos.**

Malcador suspiro. Ya estábamos otra vez con eso.

-No hay tales hechizos Mortarion. Lo sabes.

-¿Qué esa puerta que están construyendo ahí abajo?

-Yo no he dicho que fuera una puerta.

-Tiene ocho lados. Está rodeada por símbolos rúnicos y se puede oler el incienso.

-Tu padre tiene muchos proyectos.

El Primarca asintió. **-Él lo hace muy a menudo. Comienza muchas cosas, y las descarta cuando pierde el interés. Hay momentos en los que creo que ha comenzado demasiadas y algunas volverán para atormentarlo.**

-Hay un propósito- respondió Malcador. **-Un diseño. Algunas cosas, él puede explicarlas ahora, otras, se explicarán más adelante. Todo lo que pedimos, todo lo que siempre hemos pedido, es un poco de confianza.**

Cuando Mortarion se movió, lo hizo sorprendentemente rápido.

Se dio la vuelta, llevando su mano semiabierta hacia abajo, agarrando al frágil Señor por su cuello y apretando. Malcador lucho por respirar, mirando hacia arriba, a la máscara de repentino odio que se cernía sobre él. El Primarca aun portaba sobre su armadura el hedor de Barbarus.

-¿Confianza?- silbó Mortarion. **-Veo tu inmundicia delante de mí, tan clara como el sol. Eres un hechicero, viejo, el hedor hace que me den ganas de vomitar.**

Por una vez, Malcador luchó buscando las palabras adecuadas. Podría haber utilizado su arte para defenderse, pero eso sólo enfurecería todavía más al Primarca. Había que ser sutil, había mucho en juego, la naturaleza del psíquico debía ser el uso adecuado de la mente humana, pero tales argumentos eran difíciles de formular con un guantelete blindado alrededor

de la garganta.

Entonces Mortarion le soltó tan repentinamente como lo había agarrado, resoplando despectivamente cuando Malcador cayó a sus pies.

-Debe pensar que soy un estúpido- gruñó. **-Un campesino de Barbarus no encaja para seguir por el mismo camino que mis ilustres hermanos. Pero veo a través de ti, viejo. Veo lo que eres y te digo esto, nunca serviré en su cruzada, nunca mientras haya brujos entre nosotros.**

La cascada voz de Mortarion, estropeada por las toxinas, temblaba de fervor, pero Malcador mantuvo la compostura. En un momento u otro, todos los Primarcas habían usado la fuerza en su presencia. Parecían disfrutar mostrando su superioridad física sobre él, como si estuvieran resentidos por el privilegiado lugar que tenia junto a su padre. Se había acostumbrado a dejar que los desaires, simplemente pasasen.

-¿Realmente…significa…eso?- logro medio preguntar Malcador, el ceño fruncido de Mortarion fue toda la confirmación que necesitaba. **-Muy bien. Tenía la esperanza de mostrarte esto más tarde… cuando las cosas estuvieran más preparadas… pero si las cosas están así, quizás servirá si lo hago ahora.**

Malcador sacudió sus ropas, tratando de disimular el daño que el asfixiante agarrón le había producido, hizo un gesto hacia un par de puertas de caoba que les llevarían a una cámara, normalmente estaban fuera del alcance de todos, excepto del Emperador y de él mismo.

-Después de usted. Creo que encontrara esto… interesante.



La cámara del Primarca en el 'Resistente' (Endurance) era claustrofóbica y estaba totalmente desordenada. Lermenta dejo que sus ojos la recorrieran, fijándose en los montones de equipo usado, desperdigados a través del prensado suelo metálico. Quizás una vez, hubo allí un espacio ordenado, engalanado con finos artículos, más en consonancia con el aposento privado de uno de los hijos del Emperador, aunque ahora, esa cámara era el dominio de una mente que vacilaba al borde de la locura. Arrugados rollos de pergamino pertenecientes a colecciones esotéricas de mil mundos

diferentes, cabezas de xenos disecadas, astrolabios, tableros de adivinación xenos realizados en palisandro, manuales de hierro encuadernados en cuero sobre numerología o cuchillos de pedernal de todos los tamaños con mangos atados con bramante.

El piso había sido grabado al agua fuerte con círculos concéntricos, cada uno marcado con una runa diferente. Rombos de hierro, también marcados con sellos, colgaban de cadenas desde el arqueado techo, girando suavemente bajo la tenue luz de las antorchas parpadeantes. El aire estaba viciado y tan caliente como la sangre.

Lermenta estaba fuertemente encadenada por las muñecas, el cuello y los tobillos, unida a un armazón de hierro situado en el extremo más alejado de la destartalada cámara, mirando hacia los círculos.

Tuvo que girar la cabeza para poder echar un vistazo a Mortarion. A su izquierda un portillo de observación ocupaba casi toda la altura de la pared de la cámara. Terathalion se podía ver a través del cristal blindado, seguía brillando en el vacío y poco traicionaba su presente dolor. Mortarion se coloco delante del portillo, respirando profundamente, viendo morir el planeta. De vez en cuando temblaba, sus guanteletes se apretaban o su respirador emitía un estrangulado silbido del aire expulsado. Había estado allí más de una hora. No había dicho nada desde que los sirvientes de la legión la habían dejado allí, frente a él, encadenada.

-¿Hizo todo esto tan solo para encontrarme?- pregunto Lermenta, cansada del forzado silencio.

Mortarion se volvió hacia ella lentamente. Cada uno de sus movimientos era deliberado, como si estuviera afectado por un terrible cansancio. De cerca, Lermenta pudo ver las heridas, apenas cicatrizadas, bajo la sombra de su capucha.

¿Qué podría haberle herido? ¿Qué, incluso, podría siguiera arañarle?

-No del todo- su voz, áspera y ronca al pasar por el respirador. **-Es bueno destruir un mundo de vez en cuando. Purifica el alma.**

Lermenta levantó una ceja. La voz del Primarca sonaba extrañamente febril.

Él paso cojeando delante de ella, situándose en el epicentro de los círculos con runas. Se cruzo de brazos y la miró. **-Durante mucho tiempo-** dijo -**creí lo que me dijo mi nuevo padre, que no existías, que solo eras un mito.**

-Bueno, puede ver por sí mismo, que eso no es del todo cierto.

-Veo a una simple mujer mortal- dijo Mortarion**. -Podría romperle el cuello, fácilmente, únicamente con uno de mis dedos.**

-Encantador.

Mortarion avanzó hacia ella, su torturado rostro la contemplaba con un extraño gesto, como ido. La miro como un hombre miraría un bulto que se acabara de descubrir.

-¿Cuánto tiempo ha pasado ahí abajo entre ellos?

-Veinticinco años- contestó ella.

-¿Y el mortal cuyo cuerpo ocupas?

-En el olvido. Ahora ya no puedo preguntarle nada. Perdió rápidamente su mente, se volvió loca.

-¿Quién te envío aquí?

-No fui enviado- contesto Lermenta. **-Yo lo escogí. Ahí abajo había cosas de un valor incalculable y ahora usted las ha destruido todas. Su hermano Magnus se enfadará mucho cuando se entere.**

-No me hable de mis hermanos. De ninguno de ellos.

Mortarion la estudiaba atentamente. Estando tan cerca, Lermenta podía oler los fuertes compuestos químicos de los sistemas de su armadura, el aroma afrutado de su aliento. Podía ver los minúsculos dardos de sus pupilas, los débiles espasmos alrededor de su boca.

-Me resulta repugnante- dijo él.

Lermenta se inclino tanto como le permitieron sus ataduras. **-Usted no es menos asombroso para mí. Reboso admiración. Sinceramente, no esperé durar lo bastante como para poder verle en… esta cámara.**

La adulación no causo el menor efecto, la psique de Mortarion estaba tan habituada a desdeñar que no podía ver en esto, nada que no fuera otro velado desprecio. Lermenta casi podía oír la paranoia resonando en su mente, persiguiéndolo, erosionando su poderosa y herida alma.

-Mis hermanos ya están usando a los de tu especie- dijo Mortarion. **-Me dicen que Lorgar ha infectado de buen grado a sus guerreros, como Fulgrim-** Mortarion se estremeció. **-Me pregunto por qué lo han hecho. Cuanta**

hipocresía.

-No debería cuestionarlos. Ellos han visto el orden natural y lo han aceptado- agregó ella.

Mortarion sonrió sin alegría tras el reciclador. Se dio la vuelta, haciendo un gesto hacia la recopilación de elementos esotéricos de sus aposentos. **-Estos son mis custodios-** dijo. **-Protecciones contra la oscuridad. La brujería es un cáncer. Debemos tener cuidado con ella-** Se movió hacia uno de los rollos y ociosamente paso un dedo sobre el texto. **-Los antiguos terranos creían en un dios. Infinito. Omnipotente. Eso les dio un enigma ¿cómo describir la perfección? ¿Qué palabras deberían bastar?**

Mortarion arrugó el pergamino en su puño. Sus dedos estaban casi temblando.

-Todo lo que ellos dejaron fue la vía negativa, todo lo que su dios no era. Y cuando agotaron todas las cosas que no podían ser, lo que permaneció en el punto ciego que crearon fue su autentica naturaleza- se volvió para mirarla y nuevamente se evidenció la repugnancia que sentía. **-Me rodeo de todo lo que mantiene a raya la disformidad, ya que la odio. Todo lo que toca, lo corrompe. Yo, la busco y la destruyo.**

-Y, sin embargo- dijo Lermenta -de todas las almas de este mundo, eligió preservar la mía.

El párpado derecho de Mortarion se crispo. **-Por ahora.**

-¿Por qué?

Se acercó nuevamente, Lermenta hizo todo lo que pudo para no retroceder más allá de sus ataduras. -**Estoy rodeado por los condenados-** dijo. **-Jaghatai tenía razón. Estoy solo entre ellos. El éter (aether) lo mancha todo. Pero lo entenderé. Y lo venceré.**

-Oh, qué pena. Acabara descubriendo que nada puede vencerlo.

El Primarca se cernió sobre ella, su ensombrecido rostro, hirviendo por un viejo resentimiento. **-Todas las cosas pueden vencerse-** dijo entre dientes. -**Su última tarea demonio, será mostrarme cómo.**



Malcador introdujo a Mortarion en una cámara estrecha. El único mobiliario era una mesa larga y baja, envuelta por una seda negra. Cuando las puertas se cerraron tras ellos, la habitación se sumió en una aterciopelada oscuridad.

Malcador hizo un gesto con el dedo índice y un holograma surgió sobre la mesa, diminutos puntos de luz flotaron en al aire, brillando como pequeños diamantes. Era un mapa tridimensional del sector galáctico.

-Nos costó mucho tiempo encontrar el lugar adecuado- dijo Malcador, la pantalla se fue ampliando gradualmente. **-Mucho, pero que mucho tiempo.**

Observó como los ojos perspicaces y desconfiados de Mortarion tomaban nota de cada detalle. Las trayectorias de las naves y lo registros de las cargas, parpadeaban al desplazarse las listas.

-Luego llegaron las negociaciones con Marte. Pensé que estarían encantados de ayudar, pero siempre hay dificultades de última hora. Pero el trabajo, me siento muy feliz al decir esto, está avanzando.

El holograma continuó con un enfoque más cercano. Un planeta surgió y se agrandó, su agrietada superficie estaba sembrada por líneas de fallas tectónicas.

-¿Dónde está ese lugar?- pregunto Mortarion.

-**Usted me dice que va a negarse a servir en las legiones si el potencial psíquico permanece en ellas-** dijo Malcador, observando la proyección en continua expansión**. -Le creo. Es un asunto que ha estado en la mente del Emperador durante generaciones. Hay complejidades que superar, pero gran parte de su trabajo y esfuerzo se ha invertido en esta cuestión. Y esta es parte de la respuesta.**

Mortarion contempló la representación del planeta que tenia ante él. Había imágenes borrosas de enormes motores de vacio del Mechanicus en órbita baja, de artefactos de terraformación siendo instalados en un ambiente claramente hostil. Otras proyecciones brillaron, un enorme complejo, surgiendo de un desolado paisaje de ceniza volcánica, irradiando desde una especie de arena central.

-Imagínese- dijo Malcador. **-Si se pudiera encontrar un camino para eliminar la disformidad de las arterias del Imperio. Si los ejércitos de la humanidad pudieran viajar sin usar el gen de los navegantes. Si lo psíquicos pudieran**

ser retirados de las Legiones, de manera constante y con precaución. Ya hemos comenzado a preparar ese día. No va a ser fácil, porque hay poderosas fuerzas alineadas contra nosotros, tanto dentro como fuera- Malcador arrastro el zoom, deteniéndolo sobre una arena, un anfiteatro, a medio construir. Un espacio colosal. Un palacio por derecho propio, excavado en la herida volcánica de otro mundo.

-Esto es Nikaea, Mortarion. Es un mundo con un destino y usted, tendrá un importante papel que jugar allí.

Mortarion parecía estar atrapado entre dos sentimientos, su perenne desconfianza y la fermentación de una innegable curiosidad.

-¿Qué me está diciendo?- preguntó a regañadientes.

-Qué se valore Mortarion. Va a ser poderoso, tan fuerte como los huesos de la tierra, y un pilar de la visión de su Padre.- Malcador se atrevió a acercarse a él, para apoyar su frágil mano sobre la colosal muñeca del Primarca. **-Siga fiel a nosotros y él le dará eso. Usted hablará allí, para exponer su caso ante los ojos de todo el Imperio, para desahogarse de todas las cosas que hasta ahora, ha llevado sin ayuda. Por ahora, forzosamente, debemos construir un imperio con herramientas prohibidas. Pero un día, todas esas cosas no serán necesarias.**

Los ojos de Mortarion permanecieron fijos en la arena. Era como si ya se imaginara a si mismo allí, en pie.

Durante mucho tiempo, no dijo nada. Luego, lentamente, su actitud cambió.

-Cuéntame más- dijo.



-Eres un tonto- dijo Lermenta, interesada en ver hasta dónde podía empujar al Primarca. Supuso que no demasiado lejos, ya se tambaleaba por si solo al borde del precipicio. Había oído hablar de lo que le habían hecho a él en Barbarus y no se sorprendió ante el monstruo que habían creado. En cierto modo, era un milagro que algún le quedaran rastros de cordura.

-He aprendido muchas cosas- jadeó Mortarion, señalando los objetos arcanos esparcido por el suelo. **-Su especie puede ser rechazada. Pueden ser**

atados, confinados y contenidos. Pueden ser utilizados como simples cuchillos y luego, enviados de nuevo a los infiernos que les engendraron.

Lermenta tuvo ganas de reírse en su cara. Había oído las mismas tonterías un millar de veces de otros mortales, durante eones, cada uno de ellos convencido de que sólo él, había encontrando la manera de utilizar a los dioses en su provecho sin pagar precio alguno.

-Déjame que te hable del empíreo- dijo. **-Hay grandes fuerzas en el éter, uno de ellos hizo grabar con ácido su nombre sobre su oxidado y corrompido trono. Él te está esperando, aunque no por mucho más tiempo. No importa cuántas baratijas, parloteos o gestos, tengas o hagas, no lo impedirán. Él así lo ha proclamado, te reclamara a su lado.**

-¡Nadie me reclamara!- gruño Mortarion. **-¡Ni siquiera mi padre podría reclamarme! Yo, ya era culpable de parricidio antes de que las semillas de la traición fueran sembradas en el corazón del Señor de la Guerra. Lo he visto todo desde fuera, los tiranos, los brujos, la suciedad xenos. Estoy solo, puro del todo, libre de corrupción.**

-Yo no te veo tan puro.

El Primarca la fulminó con la mirada. **-Puedo obligarte, demonio. Conozco las palabras, las constantes numéricas que te atan, te arrastraras y doblegaras de una forma u otra. He estudiado estas cosas. No es brujería, es la razón científica.**

Lermenta sintió entonces un autentico desprecio. La dañada figura ante sí no tenía ningún verdadero conocimiento, solo falsas esperanzas y señuelos. El favorito de su propio maestro, Magnus, ah, ese sí que era uno que realmente entendía los misterios del empíreo e incluso él, había sido engañado.

-¿Desea saber la verdad?- preguntó.

Mortarion se acercó. **-Voy a saber la verdad-** dijo entre dientes.

-Te la puedo mostrar.

-Destruí un mundo para encontrarte. Dame el conocimiento.

Lermenta sonrió dulcemente. **-Muy bien.**

Ejercer su poder era trivialmente fácil. La mayoría de las barreras y sortilegios que Mortarion había reunido para mantenerla sujeta eran vergonzosamente débiles, sólo una cosa en la cámara tenía poder para hacerla realmente daño.

-Esta es la verdad.

Sus ataduras saltaron hechas añicos. Su cáscara humana cayo, desprendida con un manto ensangrentado, revelando su verdadera forma insectoide y brillante. Se lanzó contra el Primarca, sus mandíbulas obscenamente abiertas, sus garras arañándolo.

A Mortarion lo tomo totalmente por sorpresa. Era su única ventaja y la usó, ataco su armadura veteada por la grasa frenéticamente, tratando de roer la carne de dentro.

Un pesado puño martilleo hacia abajo, tratando de alcanzar su cabeza, pera lo esquivó con facilidad. Clavo una garra en su vientre, penetrando profundamente.

Provoco un rugido de dolor.

Por los dioses, que estaba disfrutando con eso.

Su fuerza física era enorme, pero eso no le ayudaría, porque ella era una criatura no física, encadenada únicamente por veleidosas y temibles leyes.

Necesitaba que recitara el conjuro, la velada invocación. Ella lo hirió de nuevo, le incitaba como a un enorme taurodon, mientras su ira le hacía acercarse a la locura.

-¡Desterrar!- rugió mientras ella se reía de él. ¡Vuelve a la disformidad!

Agitaba los puños. Tratando de aferrarse a ella, de arrastrarla hacia abajo. Se deslizo entre sus dedos como una anguila, dejando su marca, nuevas marcas de garras en su ya maltratada coraza. Los dos se balancearon hacia el círculo, y ella sintió el poder de las protecciones que se superponían en el aire, desgarrando su carne mientras pasaba a través de ellos.

-¡Hazlo ya!- se burlo ella, dándole bofetadas en la cara. **-¡Haz lo que viniste a hacer!**

Se resistió, tratando de desgarrarla con sus manos, apoyándose en la fuerza inconmensurable de su musculatura post humana.

Lermenta le escupió y su ácida saliva obstruyo su ojo.

Funciono.

-¡Barbaroí!- rugió y las runas grabadas alrededor de la cámara se

encendieron, volviendo a la vida. De repente, un viento caliente aulló desde el centro de los círculos, arrebatando su verdadera esencia, desgarrando su piel. **-¡Gharáz! ¡Baghammon'echzhaza!**

Ella no pudo evitar gritar, aunque el dolor se mezclaba con la fría satisfacción por lo que había provocado.

Mortarion mantuvo el canto y con él continuaron sus etéreos golpes, moviéndose en espiral con el relámpago de la disformidad, causaron un daño real. Él la golpeó contra la estructura de hierro que la había sostenido, rompiendo con sus golpes su caparazón estomacal.

-Bueno, al fin, ya viene a por ti- dijo entre dientes a través de sus sonrientes y ensangrentados colmillos. **-No ha podido resistirse.**

El glorioso hedor de la hechicería recién usada y de las protecciones mágicas era penétrate e ineludible. Pese a todas sus protestas, estaba dentro de los circulos y la estaba usando.

-No te burles de mi- gruño Mortarion, rociando de escupitajos la rejilla de ventilación de su respirador. **-¡Heijammeka! ¡A mí nadie me torea!**

Lermenta se recostó contra la pared, sintiendo como su alma se retiraba al empíreo. El Primarca ahora la estaba partiendo en pedazos, golpeando furiosamente con sus puños, derramando toda su furia sobre su roto caparazón físico. No era difícil sentirse impresionada, ella sería la primera, viendo un fragmento de lo que, con el tiempo, él llegaría a ser.

Aquí, por encima de los ardientes restos de Terathalion, estaba naciendo el futuro Señor de la Muerte.

Cuando ella murió y mientras su quintaesencia era succionada de regreso dentro de las fauces del éter, logró hacer un último y burlón saludo. **-¡Salve, Maestro de la Plaga!-** exclamó a través de sus arruinadas mandíbulas. -Por los dioses, aprendes rápido.

Entonces el universo mortal se rasgó y la disformidad se precipito sobre ella como una marea.

Mortarion se puso de pie, respirando con dificultad sobre los aplastados restos de Lermenta. Podía oler el icor en sus guanteletes. No era sangre, sin embargo, lo manchaba abundantemente.

Sus corazones latían al unísono, pese a que el combate le había enfermado. Quería vomitar, expulsar el mal cuajado que colgaba pesadamente en su

estómago.

Pero también, había algo más. Recordó las promesas de Malcador, las suaves palabras pronunciadas, por lo que parecía, hacia un siglo.

Llegara un día en el que todas esas cosas ya no serian necesarias.

El Sigilita se había equivocado en eso. Equivocado o mintió. Ese día no llegaría y no tenía sentido pretender lo contrario. Ahora, todas las viejas certezas tendrían que ser revocadas, incluso las más antiguas, forjadas en las nubes de gas de un mundo expósito al que había amado y odiado.

También recordó las palabras que él había pronunciado.

Nunca serviré en su cruzada, no mientras haya brujos entre nosotros.

Durante mucho tiempo, él había sido utilizado por todos. Nikaea era cosa del pasado y las promesas allí realizadas, habían resultado ser huecas. Ahora, el espacio hervía aún más con la brujería.

Bajo su mirada hacia el suelo grabado, a las protecciones, los símbolos y las runas. Tendría que aprender más. Tendría que dominar todos los caminos de los poderes ruinosos. Como quizás él debería haberlo sabido hacía ya mucho tiempo, tendría que hacer las cosas que tanto odiaba.

-Que así sea- gruño, retrocediendo de nuevo hacia el centro del círculo arcano. **-Empezare aquí.**

FIN

OJO OSCURO

(Black Oculus)

JOHN FRENCH
TRADUCCION
CORRECCIÓN ICEMAN



Más allá del límite del cielo siempre hay otro horizonte,

siempre un paso más que dar, siempre un nuevo sol que ver.

Versos de la Alta Edad de la Gran Cruzada
(Canto XIX), Calus Quintus

Sé que estás ahí. Te veo en la oscuridad de tu sueño. No nos conocemos, y no nos conoceremos por el momento. Ni siquiera puedes oírme, pero eso no importa. No se necesita oír para escuchar la verdad. Así que te la voy a decir. Te la voy a decir porque no puedo enseñártela. Y debes comprender, porque si no me quedaré solo con este regalo. Y es uno que no puedo soportar.

Empezó con una palabra del primarca.

-Adelante.

Adelante.

-Esa es mi orden. Ejecutadla. Ahora.

Tenía que obedecer. Esa es mi función. Soy la nave y su curso. Voy donde se me ordena. El metal del trono de navegación era cálido al tacto cuando lo noté contra mi piel al ocuparlo. El sudor manaba de mis poros, sonrosado por el tinte de la sangre.

No estaba solo. Mis primos tomaron asiento en los tronos a ambos lados del mío. El aspecto de su piel era aceitoso, húmedo y frío, como el de la piel de peces que hubieran generado capas de epidermis de limo bajo el sol. Se necesitan tres de los nuestros, como ves, para pilotar el Sangre de Hierro, para enhebrarlo en el ojo de la aguja de la disformidad: uno para ver, los otros dos para ver lo que el primero no puede ver. Yo era el primero. Yo era el navigator primus, y en la disformidad aquella gran nave me pertenecía a mí tanto como al Señor de Hierro. Así, por mucho que el diera la orden, fui yo quien llevó la nave hasta la estrella negra.

Me senté en mi trono, y las compuertas de la mampara se abrieron.

Y vi el sol.

La corola blanca.

El ruido, bordes de cristales afilados chirriando unos contra otros.

El disco de noche.

Yo me empequeñecía en mi trono a la vez que aquel sol negro se hinchaba. Podía sentir el ruido zumbando en mi garganta. Mis ojos mundanos me escocían, lágrimas ácidas me recorrían las mejillas.

Adelante.

Abrí mi vista verdadera.

La no-luz alcanzó la negrura de mi tercer ojo.

Y lo vi.

Fuimos creados para ver. Soy un navegante de la casa de Thal, y nuestra casa es sólo una entre muchas. No somos humanos, aunque podamos parecerlo. Somos una divergencia de la especie, una reacción deliberada de la evolución ante la necesidad, si lo prefieres. Los navegantes podemos mirar a la disformidad y leer sus corrientes, y así guiar las naves a través de distancias que llevaría milenios cruzar encadenados a las leyes del tiempo y el espacio. Por eso se nos mantiene separados, se protegen nuestros genes, nuestras casas tienen privilegios. El tercer ojo en mi cráneo es un portal entre la locura de la disformidad y el pensamiento humano. Mi mente puede posar su mirada sobre lo imposible y no romperse.

He contemplado horrores y cosas peores, y he seguido vivo. He seguido siendo yo mismo.

Eso fue hasta que mi servicio a la IV Legión me llevó a la estrella negra en el corazón de la herida que dejó tras de sí el nacimiento de un dios.

Sí, he dicho «dios».

¿De qué otra forma puedo llamarlo? Hay un límite para nuestra conciencia, un límite para nuestra comprensión, un límite para nuestras palabras. He dicho «dios» sabiendo que existe, que existen, pero aun así sé que la palabra no puede abarcar lo que son. Son la verdad más allá del velo. Son el patrón en la disformidad que nunca había llegado a discernir. Son lo que aguarda más allá de los portales de lo que existe.

Y los vi. Y vi el corazón de todo.

Y la estrella negra nos engulló.

La Sangre de Hierro se deslizó al interior de la garganta de la oscuridad. La existencia se alargó, se convirtió en una delgada línea dibujada sobre un lienzo negro. Oí el silencio, y el silencio gritó. La luz se volvió sólida. Los sólidos se convirtieron en esculturas de luz y reflejos. Los números y las dimensiones se desplomaron desde la realidad a aquel pozo. Un instante, más fino que un pensamiento y más largo que el tiempo, extendiéndose más y más, hasta convertirse en un sonido que siempre había estado allí pero que nadie podía oír.

Hasta convertirse en una risa. Una eternidad de risa.

Y entonces ese instante terminó, y me encontré gritando en mi trono de acero, y todo un mundo de enfermiza sensación y de crueles bordes se precipitó sobre mí una y otra vez. Sonaban alarmas, y las paredes eran rojas porque sangraban. La tripulación corría en todas direcciones. La nave giraba sobre sí misma **-pensamientos, estrellas-** a la deriva. Los ojos de los médicos parecían gritar **-gritar de terror-** cuando se precipitaron sobre mí y me ayudaron a bajar del trono y escuché algunas palabras **-fórmulas alquímicas-** y las palabras eran como vaharadas de vapor rojo que danzaban ante mi vista. Y entonces sentí la primera aguja en la carne.

Luz roja. Máquinas gritando. Agujas…

…y después el silencio.

Ahora sueño. Sueño bajo las olas de los sedantes en un pozo enterrado en un mundo asesinado que se llama Tallarn. Los hijos de Perturabo me mantienen aquí. Nos mantienen a todos aquí, a todos los que atravesamos la estrella negra con los ojos abiertos. Nos despiertan para que veamos por ellos, para guiarlos hasta el final del círculo que desean completar.

Creen que comprenden.

No pueden. No, nunca comprenderán.

Para comprender hay que ver.

He visto las sombras debajo del mundo. He pasado mi vida como una criatura que se movía a través de un reino irreal con los ojos de un mortal. Ahora soy una criatura que se mueve a través del reino mortal con los ojos de un dios.

Y siempre veo.

Ahora veo. Incluso aquí, silencioso y dormido, veo. Te veo, hijo del hierro,

escondiéndote en una distante oscuridad bajo capas de tierra y piedra. Te veo y te cuento los secretos que nunca escucharás. Y este último secreto es mi regalo para ti, un regalo traído del corazón de una estrella negra que arde en el punto en el que lo mundano y lo eterno se encuentran.

Vistos desde aquí **-desde el otro lado de la membrana, fina como un pellejo, de la realidad-** no sois fuertes ni débiles, no sois nobles ni crueles.

No sois héroes.

Sois ciegos.

Y el universo os ve.

Y se ríe.

FIN

LAS VIRTUDES DE LOS HIJOS

(Virtues of the sons)

ANDY SMILLIE
TRADUCCION ADEPTVUS
CORRECCIÓN VALNCAR



-Somos unos pésimos padres- digo a la espalda blindada de Horus.

La atención de mi hermano está, como siempre, dividida, partida entre los roles gemelos de primarca de su legión y comandante. Sigue en pie en la cabecera de esta sala de guerra temporal, sus ojos clavados en el amplio hololito que domina la pared.

-¿Y eso?- pregunta sin girarse.

-El deber de un padre es educar a sus hijos, guiarlos por el mejor camino.

Entonces es cuando Horus se gira. Es la primera vez que veo su cara en los últimos meses. Su frente parece más pesada, sus ojos más estrechos bajo el peso de una carga que mis palabras no ayudan a aligerar.

-Mira lo que nuestras legiones han logrado- dice, señalando al hololito.

En este momento es el padre orgulloso, ensalzando a sus hijos. En la imagen se despliegan los detalles de un millar de batallas. El tapiz de información estratégica y datos estadísticos nos revela la potencia imparable de nuestros hijos: están conquistando mundos incluso enfrentados a una oposición abrumadora.

-Sin nuestro liderazgo habrían conseguido mucho menos.

Vuelve a ser el comandante. Sonrío para mí mismo, preguntándome si es siquiera consciente de lo frecuentemente que alterna entre ambos roles.

Niego con la cabeza.

-No. ese razonamiento es erróneo. Nuestros hijos han sido creados para la guerra: nosotros no les hemos enseñado eso. Lo que hacen en nuestro nombre, y en el nombre de nuestro Padre, lo hacen por obediencia, deber y honor. Los empleamos como herramientas para lograr nuestros fines, pero les enseñamos muy poco.

-¿Y qué más podrían ser, más que lo que son?

-Si fuéramos mejores mentores, quizá seríamos capaces de ayudar a

Perturabo a aceptar su lugar o serenar la mente de Lorgar. Podríamos centrar a Angron y equilibrar a Curze. Nuestras limitaciones como padres se ven doblemente reflejadas en nuestros fallos como hermanos.

-No- la voz de Horus es firme como el hierro, su juicio tajante. **-Cada uno tenemos un papel que desempeñar. El Emperador lo sabía y nos hizo así. Cada uno de nosotros somos la espada o el escudo que Él necesita que seamos.**

-¿Y qué hay del guerrero que debe portar tanto escudo como espada en combate?

-No puedes juzgar el arma, hermano, sino cómo se usa.

-Más a mi favor: cada uno de nosotros sólo sabe usar su poder de una manera.

Entonces Horus se dirige hacia mí de la manera en la que yo hablo a mis propios capitanes: con cualquier sentimiento fraternal escondido tras la máscara de la resolución y la responsabilidad.

-¿Qué es lo que te preocupa, Sanguinius?

-Nada- miento.

No le cuento nada de mis visiones, nada del Palacio del Emperador ardiendo en un fuego antinatural. No le hablo de mis pesadillas, ni del miedo a que mi legión de ahogue en su propia sangre maldita. ¿Qué puedo decir? No puedo siquiera imaginar un enemigo que pueda amenazar a la sagrada Terra, ni un catalizador que pueda arrastrar a todos mis hijos a la locura.

De todos mis hermanos, esperaba poder compartir mis dudas con Horus. El sentimiento inmediato de aislamiento le roba la fuerza a mi voz.

-Sólo era un pensamiento pasajero.

Me doy la vuelta y salgo de la cámara.

El recuerdo de esa visión me persigue. Es una advertencia contra nuestras limitaciones, una admonición sobre los peligros de confiar sólo en la mayor fuerza de uno mismo. Mi visión habla de mis hijos, y de sus fracasos. En la última Tempestad de los Ángeles (un duelo ritual venido de la antigua tradición de Baal) intenté enseñar a mis hijos más polares algo de equilibrio. Y allí, en el centro del círculo de duelo, donde se renuncia a todo y no queda más que la vida y la muerte, mi enseñanza se perdió.



Suspiro.

El verdadero aprendizaje sólo ocurre cuando las consecuencias nos fuerzan al cambio, pues somos criaturas egoístas y nos aferramos a nuestras creencias como los reyes depuestos se aferran a las cenizas de sus reinos caídos.

Éste es un aforismo que escuché en mi niñez, un dicho recibido de los primeros ancianos. Las palabras arden en mis vísceras. La ira vuelve puños mis manos. Amit y Azkaellon: mi espada y mi escudo. Bajo las armas de los hijos de mis hermanos, haré que aprendan a ser algo más de lo que son.

Antes de la siguiente Tempestad, les enseñaré la virtud de esta lección.

Azkaellon

Siempre llueve en Henvinka. Un planeta entero sometido a un aguacero incesante, sus continentes convertidos en unas masas borrosas, sus mares abismos asolados por las tormentas. El enemigo se esconde en el núcleo del planeta. Mañana, nuestras compañías descenderán a las profundidades de la tierra para llevarles la justicia del Emperador. Esta noche nos encontramos sobre una plataforma de acero y adamantio, la estructura que nos protege de las peligrosas olas.

Me quito el casco y noto la lluvia sobre la piel. En un momento mi pelo está empapado, pegado a mi cráneo.

-¿Dónde está el resto de tus guerreros, Azkaellon?

Mi oponente hace un gesto hacia los cinco guardias sanguinarios que me han acompañado. Lucius, el mejor maestro de espada de la III Legión. Sus rasgos son nobles, patricios. Incluso golpeado por la tormenta, su pelo dando latigazos bajo la fuerza del viento, parece como si hubiera nacido para estar aquí. No obstante, la mueca de su cara arruina cualquier belleza que pudiera poseer.

-No necesito una audiencia tan grande como la tuya- replico, indicando a los miles de legionarios de los Hijos del Emperador que permanecen en filas apretadas en el lado de la plataforma de Lucius.

Sonríe; es un gesto cruel que no contiene calidez alguna.

-Vuestras compañías oirán de tu derrota, estén presentes o no.

La confianza de Lucius no carece de fundamento. No tiene una sola cicatriz en la cara, algo raro en un marine espacial, mucho más en uno que se ha batido en cientos de duelos.

Lo observo con cuidado.

-Sólo un necio cuenta las batallas aún por librar entre las victorias.

Mi apreciación hace que Lucius frunza el ceño.

-Quizá. Imagino que cabe la posibilidad de que los que son inferiores a mí tengan un buen día- da un paso adelante, con un contoneo casual al andar, mientras desenvaina. **-Desafortunadamente, ángel, éste no será uno de los tuyos.**

La factura de su arma es exquisita. La esbelta espada larga tiene una empuñadura encordada más larga de lo que me esperaba por la longitud de la hoja. Lucius me descubre estudiándola y sonríe, alzando su punta con un floreo.

-Es una antigüedad. La longitud de la empuñadura me permite alternar entre agarres- dice mientras me lo demuestra, blandiéndola alternativamente a una y dos manos.

Ahora soy yo quien frunce el ceño. En medio de una legión de perfeccionistas, Lucius es un narcisista.

Golpea con la empuñadura contra el escudo de combate fijado a su avambrazo.

-Ahora, si estás listo, comencemos.

Desenvaino mi arma, un sable de hoja ancha del mismo color bronce y oro de mi armadura.

-Primera sangre- digo.

-Como quieras. Primera sangre.

Lucius ejecuta la caricatura de una reverencia y comienza a andar en círculo frente a mí. Se pavonea moviéndose con un aire de indiferencia. Actúa para la multitud, burlándose de mí mientras se intercambia la espada de una

mano a otra, mientras alterna su mirada entre la adulante multitud de hijos del Emperador y su aparentemente olvidado oponente.

Pero como he dicho, sólo actúa. A pesar de la pose, no da un solo paso en falso, nunca se adentra más de un palmo en mi radio de acción y nunca sin su hoja entre ambos.

Para Lucius, esto no es ningún juego.

Mantengo mi posición. No me apresuro. A diferencia de mis hermanos, no soy propenso a sus ataques de... ira entusiasta. He interiorizado la paciencia necesaria para defender a mi padre, un ser que es obvio que nunca necesitará de mi espada para guardarlo. Con ella superaré también la soberbia de Lucius.

Transcurren diez latidos más.

Los Hijos del Emperador empiezan a cansarse del punto muerto, su anterior jaleo reemplazado por el silencio del aburrimiento.

Los ojos de Lucius se entrecierran cuando percibe su desinterés.

-Había decidido permitirte la primera estocada, para darte una oportunidad antes de reclamar mi victoria, pero...- deja de moverse, y una sonrisa sardónica le recorre la cara -**sólo tenemos una noche.**

Ataca.

Su espada es un destello en movimiento, toda su extensión poco más que un espectro incorpóreo; pero los impactos son, sin duda, reales. Mis apresuradas paradas sólo logran desviar los golpes de verdad importantes, los dirigidos a la piel expuesta de mi cara. Una docena de veces marca mi armadura. Con que me arranque una sola gota de sangre de la mejilla, el duelo habrá terminado.

Los Hijos del Emperador estallan en gritos de aprobación con cada nuevo alarde de técnica, comienzan a patear el suelo de acero al unísono, rítmicamente, en una serie de aplausos.

Lucius se aleja de mi radio de alcance.

-Me agrada ver que tienes algo de habilidad. Las victorias fáciles no me proporcionan placer alguno.

Finjo un momento de distracción concentrándome en mi respiración,

simulando aspiraciones cortas y rápidas como si necesitara un momento de descanso. Lucius muerde el anzuelo. Me ataca como si quisiera alcanzarme en la pierna que tengo adelantada. Pero se confía en exceso. Ignoro esa finta y paro la hoja que inmediatamente asciende hacia mi cara. Contraataco, agarrando mi propia espada con ambas manos y cruzando un tajo hacia su abdomen. No tiene espacio suficiente para bloquear, por lo que se gira sobre sí mismo adentrándose en mi propio movimiento, esquivando mi ataque y cubriéndose con el escudo: mi hoja tiembla al impactar en su defensa, dejo una profunda marca sobre la superficie de metal. Pivoto sobre mis tobillos, invirtiendo mi agarre y lanzando una estocada de espaldas.

Nada.

No soy lo bastante rápido. Lucius ya está a salvo fuera de mi alcance.

-¡Eso es, démosles un espectáculo!

Abre los brazos para la multitud, pero entrecierra un poco más los ojos; bajo su engreído exterior, la sangre comienza a hervirle.

-Estoy cansado de escuchar tu voz- gruño. **-Acabemos con esto en silencio.**

Y entonces lo veo. La horrible y orgullosa furia que crepita bajo esa fría apariencia del maestro de espada.

Lucius traza un molinete con su arma, y otra sonrisa vacía recorre sus mejillas.

-Tú y yo no estamos en guerra, ¿por qué no disfrutar estos momentos?

-Puedo ver en tu interior, Lucius- su cara se vuelve pétrea, una oleada de ira deforma el contorno de sus ojos. **-Tu despreocupación no es más que un puñalescondido entre seda. Me recuerdas a mi hermano Amit. Su agresividad es tan profunda como la tuya, pero al menos él tiene el valor de aceptarla.**

-¿El Desgarrador?- escupe Lucius. **-¡No me parezco en nada a él!**

Ignoro la protesta de Lucius. Valor. Me sorprender haber dicho algo así al referirme al temperamento de Amit. Y pienso en que mi hermano no habría aguantado todo este baile. Sonrío al imaginarlo luchando en este duelo, machacando la cara de Lucius. Casi puedo oír el sonido de su cráneo al fracturarse bajo sus puños blindados. Los golpes como mazazos parecen resonar en mi mente y mis corazones se aceleran como en un eco…

Lucius habla de nuevo, pero no puedo escuchar nada más allá del ruido de mi propio pecho. Defensa, estrategia, honor: todo palidece como susurros bajo el rugido de mi rabia ascendente.

La boca de Lucius vuelve a abrirse. Respondo con un gruñido inarticulado.

Ataca, pero esta vez me he movido antes. Cargo hacia él con mi espada enarbolada por encima de la cabeza. Me bloquea con una patada, pero sigo avanzando. Lanzo un amplio corte horizontal, seguido de su reverso. Mi súbita furia lo coge desprevenido. Consigue mantener su defensa, pero tarda en abandonar su posición y eso me permite entrar en el cuerpo a cuerpo.

Soy más grande que él. Más fuerte. Es mi oportunidad.

Dejo caer mi espada y agarro la guarda de la suya con ambas manos. Tirando de él hacia mí, le propino un potente cabezazo. Pero Lucius es lo bastante rápido como para bajar la cabeza, y aprieto los dientes cuando mi frente golpea el denso hueso de la suya. Gruñendo de esfuerzo, hago palanca con la cadera y lo arrojo varios metros sobre el suelo de la plataforma.

-¡Esto no es una pelea a puñetazos!- la voz de Lucius todavía mantiene su tono de frivolidad, pero sus ojos arden con indignación mientras se pone en pie. «Primera sangre» significa el primer corte con una hoja. No alcanzarás la victoria a golpes.

Avanzo hacia él.

-¿No has olvidado algo, ángel?- Lucius me dirige una mueca mientras hace un gesto con la punta de su espada hacia mis manos.

Al bajar la mirada, las encuentro vacías. Maldita será mi rabia, he dejado mi arma atrás en el suelo. En este momento siento respeto por el sendero que sigue Amit en la guerra. Es más difícil de lo que imaginaba dejar escapar el control y a la vez seguir siendo capaz de dirigir las propias acciones.

-Este duelo ha terminado- dice Lucius con burla.

Sigo avanzando.

-¿Entonces por qué das un paso atrás, espadachín?

Una mirada de confusión atraviesa brevemente su cara, pero sigue clavando sus ojos en mí. Sabía que lo haría. Tiene bastante experiencia como para no caer en una trampa tan vieja. Pero si hubiera mirado por encima de su hombro, se habría dado cuenta lo cerca del borde de la plataforma que ha

llegado.

Mis palabras han cumplido con su cometido. Un único instante de duda en la mente de Lucius, el instante en el que su instinto le ha hecho retroceder en lugar de avanzar, es todo lo que necesito.

Me arrojo sobre él.

Noto algo que me corta la mejilla antes de impactar contra él. Mi impulso nos precipita sobre el borde. Caemos juntos, mis brazos alrededor de su cintura. Gritos y carcajadas nos siguen desde la plataforma: son los hijos del emperador burlándose del error de su campeón.

-¡Has perdido!

Su voz es una súplica desesperada contra la velocidad de nuestro descenso.

-Lo sé.

Sonrío y abro los brazos. Nos separamos el uno del otro. Cierro los ojos y saboreo la calma que me proporciona el tacto de la lluvia que me sigue en mi caída hacia el mar.

Lucius ha ganado el duelo, pero esa no era la victoria que buscaba. La admiración y la adoración de sus hermanos guerreros era el premio por el que estaba luchando. Para cuando nos rescaten, la herida en mi cara habrá sanado y el momento de su triunfo habrá pasado. Su victoria de hoy, como todo lo demás aquí, se la habrá llevado el océano de Henvinka.



**mit**

Hemos ganado. Hemos masacrado al enemigo y devuelto otro mundo al Emperador. Me crujo el cuello y muevo los hombros en círculos para relajarlos. A mí, sin embargo, me queda una pelea más.

Me agacho bajo un arco natural y sigo avanzando por la fosa que recorre esta zona rocosa.

Si este planeta tiene un nombre, nunca nos hemos preocupado por

aprenderlo. Esa tarea la dejamos para aquellos cuyas ocupaciones no son tan sangrientas como las nuestras. Nosotros lo hemos llamado Solar, un nombre muy apropiado, su paisaje ondulante cocido bajo el brillo opresivo de cuatro soles.

Sigo la zanja seis pasos más. El corredor natural se estrecha a veces por los pedazos de roca irregulares que sobresalen de sus paredes. Las piedras afiladas arañan las guardas de mis hombros, aunque al forzar mi masa blindada las trituro. El espacio al que llego es casi circular, un foso poco profundo al pie de la montaña.

Khârn me estaba esperando.

Tras él, un devorador de mundos, su armadura blanca abollada y perforada, se aleja cojeando hasta la boca de otro túnel. Khârn sigue mi mirada.

-Un calentamiento.

Sonríe, pero ese es un gesto hueco, algo con el que llenar el vacío entre los temblores de los dedos y los parpadeos de rabia de sus ojos.

Su voz es un ronquido gutural.

-Sólo para alejar la sangre de mis oídos mientras esperaba.

Tiene razón. Llego tarde.

-No he podido evitarlo- digo sosteniendo la mirada de Khârn sin disculparme **-El sargento Barakiel exigía el honor de este duelo. Le debía una oportunidad de luchar por ello.**

-Lo que tú digas- Khârn habla sin ninguna amenaza en la voz. **-Sabía que al final seríamos tú y yo los que estaríamos aquí.**

Compartimos un vínculo más allá de este momento. Por orden de mi primarca, hemos peleado el uno contra el otro en los pozos de gladiadores del Conquistador, incluso en los meses en los que hemos luchado en la guerra de este mundo hombro con hombro. Hemos matado el mismo enemigo y hemos sangrado sobre la misma tierra. Me veo a mí mismo reflejado en el negro de sus ojos, y me he visto forzado a admitir que hay algo más. Cada uno hemos presenciado el ansia de sangre del otro, hemos sido testigos de esa furia que nos roba todo lo demás. A decir verdad, ha habido días en los que, si no hubiera sido por el color de la servoarmadura, habría sido difícil diferenciarnos. Incluso en este momento ambos permanecemos en pie con la misma inquietud: somos extraños a la paz,

somos adictos al afilado abrazo de la violencia.

-Puede que éste sea el último campo de batalla que compartamos- digo. **-No cedería esta oportunidad de medirme contra un oponente de tu talla una vez más.**

Khârn sonríe mostrando los dientes.

-Son pocos los guerreros que me buscan intencionadamente.

Por encima de nuestras cabezas las laderas de la montaña están completamente desiertas. Esta pelea es entre nosotros, es sólopara nosotros. Ni mis ángeles sangrientos ni los devoradores de mundos de Khârn la presenciarán.

-Es un final muy apropiado para lo que hemos pasado aquí- digo, aunque aprieto los labios con cierto desprecio. **-Pero aquí no hay honor alguno. Éste no es un combate real.**

Khârn sonríe. Como yo, sabe que es tan real como el sudor que le empapa la frente.

-No me decepciones, Desgarrador.

Desgarrador.

Es extraño que alguien se dirija a mí con ese nombre fuera de mi legión. Soy un ángel sangriento, un capitán. Mi nombre es Amit, y aún, así como todos los demás títulos, me parece menos apropiado que «Desgarrador».

-Y no, esto no es un combate- continúa. **-Así que forjemos nuestro propio honor, tú y yo. Permanezcamos aquí en carne y hueso. Luchemos como guerreros, no como símbolos.**

Se golpea el pecho con un puño.

Asiento.

No pronunciamos una palabra mientras nos desnudamos hasta no quedarnos más que con unos calzones, revelando las cicatrices que nos recorren el torso como gruesas cuerdas.

-Hasta que sólo uno quede en pie- digo finalmente, mis ojos fijos en Khârn.

-Muy bien.

Asiente y extiende la mano. Doy un paso adelante y nos agarramos los antebrazos en un saludo de luchadores. Pelearemos hasta que uno de los dos no pueda levantarse.

-Veamos qué sangre es la más fuerte, la del Ángel o la del Carnicero.

La cara de Khârn se contrae de furor a la vez que siento que mis dos corazones comienzan a latir más deprisa.

Nos acercamos juntos al armero que hay en uno de los lados del pozo, erizado de espadas y armas de asta. Bastas porras descansan junto a mayales de púas. Hay katares, broqueles y más. Elijo una tajadera corta; su filo mellado es casi romo, su hoja ancha y pesada. No cortará ni sajará. Romperá hueso y desgarrará carne.

-Buena elección- susurra Khârn mientras escoge un hacha y un martillo, **-mucho mejor que la espada con la que tu hermano Azkaellon una vez luchó contra mí.**

Reprimo una sonrisa de superioridad ante la comparación.

-No creo que nunca encuentres algo en lo que mi hermano y yo nos parezcamos- digo mientras me enrollo una cadena dentada alrededor del puño izquierdo. **-Esta pelea no va a ser a la distancia de la hoja de una espada.**

-Sí. Va a ser dolorosa y sangrienta.

Armados, no colocamos a cinco pasos el uno del otro.

Lo único que veo es a Khârn.

El aullido del viento que araña el valle de roca desaparece bajo el rugido de la sangre en mis músculos. La fuerza con la que agarro mis armas hace que los nudillos se me queden blancos. Me inclino hacia adelante. Imagino los primeros movimientos cuando choquemos en uno contra el otro, mi hoja bloqueando el hacha de Khârn para intentar machacarle luego los brazos. Veo su cara desmenuzarse a medida que mis puños se estrellan contra ella. Quiero golpearlo una y otra vez. Oigo cómo laten mis corazones y cómo sus huesos se parten. Veo a Khârn roto, nada más.

Deja escapar un rugido y carga contra mí. Como un eco, mi grito parece desgarrarme la garganta en el instante en que salto adelante. Su hacha está sobre mí, levanto mi tajadera para impedir que me la hunda en el cráneo. Las armas resuenan al entrechocar, y un latigazo de dolor reverberante me

recorre el brazo. La fuerza de Khârn es feroz. Lo empujo y veo que descarga el martillo hacia mi muslo. Aprieto los dientes cuando paro el golpe haciendo chocar nuestros antebrazos. Le hago una llave alrededor del codo, y dejo caer mi arma para lanzarle un codazo a la mandíbula. Rápidamente alza el brazo para defenderse, gruñendo en el momento en el que lo golpeo en el bíceps.

Con las armas ya olvidadas, somos un nudo de miembros que luchan por la supremacía.

Su cabeza golpea mi nariz y la sangre me llena la boca.

Mi puño alcanza sus costillas. El hueso se rompe.

Sus dientes se clavan en mi hombro.

Mi cabeza le fisura la mandíbula.

Ninguno cedemos terreno, sufrimos la incesante lluvia de golpes del otro. Somos un caos de sangre, sudor y saliva.

-Te estás conteniendo- me escupe Khârn. **-Dámelo todo.**

-Igual que tú- digo justo antes de lanzarle el codo a la mejilla.

-Debo hacerlo- su puño me cierra el ojo derecho. **-Una vez que los clavos del carnicero me poseen, me pierdo hasta que se sacian-** acerca mi cabeza a su boca, su voz es un susurro empapado de sangre. **-Y nunca se sacian.**

-La auténtica furia no se puede fabricar. Está en la sangre.

Eso digo. Pero en ese preciso instante veo la mirada de Khârn, y sé que me equivoco. Con toda su crueldad, mi rabia es parte de mí; la de Khârn ha sido forzada en su interior, es un insulto contra su carne. Su mente no estaba preparada para tratar con algo así.

Entonces veo a Khârn perdido en los clavos. Lo veo en cómo babea, en el movimiento frenético de los ojos que parecen querer salirse de sus cuencas.

Mi pierna izquierda cede cuando Khârn me machaca el muslo con su espinilla. Me golpea otra vez, y el dolor es como una llamarada que me alcanza hasta la cadera. Rujo cuando consigo conectar un puñetazo en su garganta. El golpe me da algo de tiempo, entre el dolor consigo empujarlo con el hombro y retrocedo para poder ponerme en pie.

-Has… perdido…- la boca de Khârn es una horrenda mueca de desprecio

mientras avanza hacia mí. **-No se puede... retroceder... Siempre hay que atacar...**

Me tambaleo cuando estrella su puño en mi oído.

Tiene razón. La lucha está a su favor.

Me cubro lo mejor que puedo contra una serie brutal de puñetazos y patadas. Mis brazos arden por el precio que estoy pagando por esta defensa; sé que en algún momento me quedaré sin fuerzas y que Khârn me partirá el cráneo. Su boca está abierta, cuelga en un gruñido que no puedo oír. Su grito se pierde en el rugido que hay en mi propia cabeza, empantanado en la bruma color sangre que se adensa tras mis ojos.

No. Esta no será la lucha que acabe conmigo.

La rodilla de Khârn se me clava en el abdomen, dejándome sin aire. Mi visión se empaña. La luz de los soles cae sobre mí, un opresivo brillo dorado, del mismo color que la servoarmadura de la Guardia Sanguinaria de Azkaellon. Saco fuerzas para sonreír ante ese pensamiento. Mi hermano nunca me ha vencido en combate, aunque sí ha sido capaz de sobrevivir a mis ataques más iracundos.

Me arrojo contra Khârn, recibiendo un puñetazo que casi me arranca la mandíbula, y le rodeo el cuello con las manos. Entonces se echa sobre mí, y nos desplomamos.

Khârn no deja de golpearme ni siquiera mientras caemos. Acaba arrodillado sobre mí, inmovilizándome el torso al suelo. Me cubro la cara con los brazos en una guardia desesperada. Me los machaca con los puños y los codos en un intento frenético por alcanzar mi cabeza. Descarga un golpe con cada latido de sus corazones. Grito de frustración, ahogando el instinto de golpearlo a mi vez. Si muevo los brazos ahora, estoy muerto. Me abrirá la cabeza contra la roca con la misma certeza con la que el sol cocerá mi sangre.

Espero mientras Khârn golpea una y otra y otra vez.

Su furia carece de coordinación. No alterna la derecha con la izquierda para economizar movimientos. Un derechazo sigue a un derechazo y a otro. El intervalo entre ellos se va dilatando a medida que se le cansa el brazo.

Khârn ataca. Yo espero.

Otro golpe. Más dolor. Espero.

Un torrente de maldiciones rasga la garganta de Khârn. Golpea otra vez. Espero.

Golpea.

Contraataco.

Con el brazo izquierdo le hago una llave en su derecho y se lo inmovilizo, a la vez que empujo hacia arriba con toda mi masa. Rodamos uno sobre el otro, pero esta vez al final yo estoy sobre él. Khârn ni siquiera ha registrado el cambio de posición cuando veo mi oportunidad.

Lo golpeo. El impacto le fractura el pómulo y me rompe los dedos, y también deja un charco de sangre sobre la roca bajo su cráneo. Me dejo caer con todo mi peso sobre el codo que le hundo en la cara. Noto más huesos que se rompen. Ignoro el dolor de mis costillas que florece bajo la andanada de salvajes puñetazos que me propina en respuesta, y le agarro la cabeza con ambas manos. Con un gruñido, se la golpeo contra el suelo.

Khârn se queda inmóvil. Yo me desplomo a su lado.

Oigo el furor de mi sangre como un oleaje distante. Me urge a ponerme en pie. No puedo. Una palabra cae de mis labios.

-Empate.

Una carcajada cruel escapa de la garganta de Khârn.

-No puede… ser. Nuestra pelea… no ha acabado.

-Por hoy sí.

-Acábala.

Lo ignoro y cierro los ojos.

Lo único que veo es a Khârn. Y el devorador de mundos tiene mi cara.



Es el noveno día del noveno mes. La Tempestad de los Ángeles. Permanezco en el centro del círculo de duelo esperando a mis hijos. Ha pasado un año desde la última vez que vi a Azkaellon y a Amit, desde que los envié a enfrentarse con Lucius y Khârn. Alzo la mirada hacia las estatuas gemelas del Emperador que franquean la entrada principal. Entre ellas luce una única vela de color sangre. La columna de cera casi se ha derretido completamente. Cuando se haya consumido por completo, la Tempestad comenzará.

Durante cien latidos de mi pecho veo la llama. Permanece firme en el aire quieto de la sala. Sólo tiembla un instante al final. La veo parpadear y atenuarse. Otro instante y se consumirá. Será en ese preciso momento cuando arda más intensamente.

Entonces mis pensamientos vuelven a mis hijos, y mi humor se oscurece igual que lo ha hecho la luz de la vela. Pienso en mis ángeles y en la furia con la que llevan la guerra a las estrellas. Me pregunto por cuánto ese fuego los mantendrá a salvo de la oscuridad en su sangre. La presciencia parece robarme las fuerzas cuando me represento las horas finales de mis hijos y la terrible pérdida que ese momento conllevará.

-Lord Sanguinius.

La potente voz de Amit me saca de mi ensueño. Me recuerdo a mí mismo que la llama aún arde, que el destino de mi línea de sangre aún ha de desplegarse, que si voy a ser algo más que un observador pasivo debo concentrarme en guiarlos.

Me giro y lo encuentro bajo el arco oriental, un marco rasgado de bronce oscuro y hierro dentado. No se inclina ni saluda, porque no hay honor en este lugar, sólo vida y muerte y el momento que es el pasaje de la una a la otra. Ha venido como el Buscador de Sangre. El atacante, el destructor. Un papel para el que nunca he dudado que ha nacido.

Suspiro.

-Lord Sanguinius.

La voz de Azkaellon me llega desde el lado opuesto de la cámara. No me giro para recibirlo. Se presenta como el Salvador. Mi defensor.

Noto la rabia que me recorre a la vez que siento el pesar en mi corazón.

He fallado. No han aprendido la lección.

Han venido a luchar en los mismos papeles de siempre.

Espero, inmóvil, mientras entran en el círculo de duelo y desenvainan sus espadas. Asiento para que comiencen, y cierro los ojos. No quiero ver la misma danza otra vez.

Apenas soy consciente de sus acciones mientras luchan a mi alrededor. Azkaellon nunca permite que la hoja de Amit me alcance, y el Desgarrador nunca deja de intentarlo. Mi mente comienza a vagar, a deslizarse por las hebras de los pensamientos, hasta…

El familiar entrechocar del acero baalita, el ruido de fondo de la Tempestad que he escuchado durante tantos años, cambia. Hay algo diferente en su tempo esta vez, algo en la cadencia de la lucha.

Abro los ojos y veo a Amit con la guardia errónea, su ataque desbaratado por el salvaje contraataque de Azkaellon. Oculto mi sonrisa cuando éste presiona esa ventaja, cada tajo de su espada más furioso que el anterior. Amit se mantiene firme, bloqueando los golpes de mi guardián hasta que encuentra una apertura. La estocada del Desgarrador es exacta. Azkaellon sólo la detiene en el último momento antes de que alcance mi abdomen.

Ahora los observo con interés.

La ruptura con el ritmo normal del enfrentamiento entre ambos se desvanece, y cada uno vuelve a su posición natural en los siguientes golpes. Amit ataca con una agresividad pura, sacrificando su guardia en favor de una ocasión de victoria. Azkaellon recupera su compostura y golpea con medida, reacio a arriesgar su posición por un golpe definitivo. Aun así, mientras el duelo continúa hay más momentos en los que el tempo se altera de nuevo, y en cada uno creo ver una chispa del otro.

Estaba equivocado al pensar que estos dos intercambiarían sus roles. Horus tenía razón: somos quienes somos.

Pero podemos ser templados. Nuestras carencias pueden pulirse con las virtudes de nuestros hermanos. Entonces siento la esperanza como un tercer corazón que latiera lentamente en mi pecho, esperando el momento en que pueda impulsar mi sangre con más euforia, bombearla en un glorioso futuro por mis venas.

He visto demasiados de los posibles finales como para creer que esa es la gloria que me espera a mí y a mi linaje. Y, sin embargo, el peso de lo que creía una certeza ya no es tan aplastante. Albergo la esperanza de que el día en que uno de mis hijos caiga bajo la oscuridad de su sangre, las virtudes de los que permanezcan a su lado lo mantendrán en la luz.

FIN

EL LAUREL DE DESAFIO

(The Laurel of Defiance)

GUY HALEY
TRADUCCION RABUSA
CORRECCIÓN ICEMAN



Lo llamaban el 'asesino de Titanes'.

Lucretius Corvo no se preocupaba del título. Era capitán de la 90ª Compañía de la XIII Legión. Eso era suficiente honor para él.

En la Plaza Marcial, Corvo permanecía de pie con los veteranos de la Cruzada Sombría y la atrocidad en Calth. Diez filas de trece: oficiales, hermanos de batalla y neófitos ordenados sin deferencia hacia el rango. Estaban unidos por hermandad de una especie que trascendía los límites del Capítulo, el puesto y la compañía.

Inhumanamente grandes y resplandecientes en su armadura de batalla, centelleaban bajo el brillante sol de Macragge, sus placas de servicio y reconocimiento nítidas con la pintura fresca. Muchas veces Corvo había estado en noble conjunto con sus hermanos, pero nunca en uno como éste.

Una vez uniformes en todo, los martillos de la guerra habían forjado a los Ultramarines de un modo variado, superando una melodía diferente en cada uno de ellos. Armaduras de diferentes marcas mezcladas en sus filas y dentro de conjuntos individuales. Elementos tanto rescatados de la batalla como gastados, habían sido restaurados con esmero por los artesanos de la Legión en lugar de ser sustituidos. Tachones de servicio y elogio, armamento no regulado ("non-regulation weaponry" en el original) y corazas de guerra únicas revelaban la identidad de su portador para que todos la vieran. ¡Debilidades personales sancionadas, que hablaban de victoria, tras victoria, tras victoria!

Llevaban las marcas de sus acciones con orgullo. Habían prevalecido contra todo pronóstico, e iban a ser honrados por ello.

Entre aquella augusta compañía, Corvo, sin embargo, destacaba. Era más alto que muchos de sus familiares genéticos ("gene-kin" en el original), eso era un factor, sí, al igual que la masiva armadura Mark III que lo destacaba como un especialista en la guerra en el vacío. Pero era la naturaleza única de sus colores lo que lo fijaba realmente aparte. El azul cobalto de su coraza estaba cuarteado con blanco hueso. Su bandera personal, colgando de un asta montada en su unidad de energía, se hallaba dividida de igual modo. Llevaba los emblemas del Capítulo Noveno y la 90ª compañía. En el campo superior izquierdo había un círculo hueco de púas, un estallido estelar de color azul oscuro.

Esto no tenía origen en la Legión.

Apretadas filas llenaban el resto de la plaza, representantes de cada fuerza militar actualmente en Macragge, tres Legiones, el Ejército Imperial y otras. Al norte y al sur, un par de Titanes ‘Warlord’ permanecían como centinelas. Los ojos de millones de ciudadanos vieron la ceremonia, pero únicamente cientos de miles de personas en vastas multitudes lo vieron en vivo, más allá de la plaza. Estaban en silencio. Todo Macragge escuchó respetuosamente.

Tres Primarcas ocuparon un gran estrado debajo de la masiva Propylae Titanicum.

Sanguinius se puso delante y en el centro como correspondía a su condición de Regente Imperial. Brilló con su fulgor habitual, pero aún así parecía preocupado. Dijo poco, y el enigmático Lion El'Jonson incluso menos. Hoy era el día de su hermano Roboute Guilliman, maestro de Ultramar y la XIII Legión. Hoy los sacrificios de su reino, su gente, iban a ser recordados. Sus palabras retumbaron por toda la plaza, decenas de nombres, decenas de victorias, docenas de héroes nacidos de los horrores de la derrota.

Guilliman honró a los no aumentados primero, decenas de hombres y mujeres mortales que habían desafiado a los traidores, ya fuera con rifle láser o cuchilla, o por medio de actos de heroísmo menos obvios: una maestra de escuela que había dirigido trescientos niños a la seguridad, un adepto operario (“fabricatory adept” en el original) que había trabajado durante diez días sin descanso cuando sus compañeros habían huido, y el único superviviente de un centenar de trabajadores portuarios que habían marchado con sus cargadores industriales hacia el enemigo.

Las Legiones Astartes esperaron inmóviles bajo el sol. Pasaron las horas. La mole del Titán al sur cubrió a Corvo con una bienvenida sombra por un tiempo, pero pronto se encontró a plena luz del sol de nuevo. La mitad de los seres humanos normales todavía tenían que ser festejados.

El sol se ponía cuando el último se inclinó ante los gigantes señores de hombres y se alejó. Un pergamino fue desplegado por el escudero de Guilliman. Ahora era el momento para los Ultramarines de presentar sus respetos a sus hermanos.

Aquellos eran campeones de Ultramar.

El primer nombre fue leído. Se manifestaron y otorgaron honores. Cortas palabras del Primarca. El receptor renovó sus juramentos de lealtad. Sólo fue el primero en hacerlo.

Las manos de Corvo temblaron.



La noche anterior. Con Guilliman siempre había una noche antes, o una noche después. Fiestas y partidas se sucedieron con su entrega de honor, como los proyectiles se sucedían desde los bólters. Sostuvo que era importante que sus hijos se mezclaran con los ciudadanos, otra tarea para prepararse a sí mismos para tareas pacíficas una vez que la guerra acabara.

Estaba claro ahora que esos días nunca vendrían. Corvo esperaba ambivalencia ante la idea, después de todo estaba hecho para la guerra, pero encontró melancolía en su lugar. El sueño de Guilliman se desvanecía.

El conjunto entero de la Regia Civitata había sido entregado a la función. Dentro de sus salones barrocos, los ciento treinta se mezclaron con los mortales comunes de Ultramar. Los Marines Espaciales se alzaban como adultos en una habitación de niños, pero las dos hebras de la humanidad estaban, en su mayor parte, a gusto unos con otros. Los Primarcas estuvieron ausentes de la socialización pre-fiesta, una decisión calculada por parte de Guilliman.

Corvo llevaba un uniforme simple, formal, al igual que todos los que iban a ser honrados. Aún así, llevó su gladius y pistola bólter en un cinturón ancho. Los acontecimientos de los últimos meses habían enseñado a la XIII a ser cautelosa. Los miembros de la Guardia Invictus permanecían ataviados para la batalla en la entrada principal. En todo el perímetro y en el techo, la Guardia Praecental y hermanos legionarios del Primer Capítulo patrullaban. Ésta seguridad aumentada entristeció aún más a Corvo. Por mucho que al capitán le disgustara la compañía, a Guilliman no. Era importante para su señor estar cómodo entre su pueblo. La distancia crecía entre el pastor y su rebaño.

Una mujer estaba hablando a Corvo. Se recordó que tenía que prestar atención.

-**Tanto heroísmo**- decía la mujer.

-**La guerra engendra héroes**- dijo Corvo e inmediatamente se sintió ridículo. -**La mayor parte de ellos perecen sin celebración alguna.**

La mujer no se inmutó por su franqueza. *Está acostumbrada a esto*, pensó. Algunas mujeres disfrutaban de coquetear con legionarios, aunque no podía comprender por qué razón. Las mujeres habían sido un misterio para él antes de su ascensión a la XIII, y sólo le parecían más obtusas después. Era muy hermosa, y bien vestida. No le importaba.

Teoría, se dijo, *te estás comportando como un patán*. *Práctica*, añadió, *eres un patán.*

-¿Le divierte algo?- dijo ella. Una sonrisa irónica jugó en sus labios, una sonrisa que parecía decir: ¿Dónde está el poder si no hay potencia?

-**No no. Un recuerdo, eso es todo.**

Ella lo miró expectante.

-**No se traduciría bien**- dijo de un modo torpe. Por los viejos dioses, quería escapar.

Corvo tendió su vaso, una cosa sobredimensionada hecha para sus sobredimensionadas manos. Un servidor se detuvo, su jarra era apta para los hombres, pero el vaso de Corvo era apto para los hijos de los semidioses, y el servidor empleó su medida completa en llenarlo. El líquido corrió por el costado mientras fluía en el bulbo, el espeso oleaje de ella arrastrando una menor curva de alcohol claro mientras encontraba su equilibrio.

Nada que ver con la pared de la sangre que brotó en un estallido de la nave ataúd. Ni lo más mínimo.

-**Eso es algún tipo de bebida** ("That is some drink" en el original)- dijo la mujer. -**Si yo tuviera que beberme eso, no me despertaría en una semana**- estaba intentando frivolizar, supuso Corvo. No estaba intimidada por él.

-**Nuestro señor todavía sufre para hacernos sentir parte de la humanidad**- dijo. -**Una cantidad menor no tendría ningún efecto sobre mí fuera lo que fuera. Se supone que debemos estar disfrutando de nosotros mismos**- trató de ocultar su irritación, sin éxito. Tomó un sorbo de la bebida. Hubo una quemadura con fuerza de la misma. Un buen y fuerte brandy de pino de Macragge. Muy buena crianza.

-¿Eso le ayudará a disfrutar de sí mismo, buen señor?

-**Sólo si bebo mucho, y rápidamente**- respondió.

La mujer acunó su propio vaso en ambas manos, la bebida sin tocar. -**¿Funciona entonces? Todo esto, hablando con la gente pequeña. ¿Le hace sentir como uno más de nosotros?**

Corvo miró por encima de la reunión de humanos y transhumanos. Ignoraban el monstruo en el exterior mientras conversaban y fingían que el cielo no era rojo. Actuaban como si la galaxia no hubiera sido hecha pedazos por el fratricidio, como si el orden de todas las cosas correctas no estuviera perturbado. Si podían tan solo fingir que todo estaba bien, entonces todo estaría bien. Era tanto una pantomima como servir a los humanos y los gigantes de la misma jarra, o pretender que las sillas fueran de igual tamaño,

aún así, se hicieron del mismo estilo. Miró a la mujer. Ella era tan pequeña, tan frágil. Por supuesto que no funcionaba.

-**Yo soy uno de ustedes**- dijo Corvo, y trató de creerlo con su más duro esfuerzo. -**Es mejor no olvidar nuestra humanidad en primer lugar, en vez de tratar de recordarla. Esa es mi opinión.**

-Todos hemos oído lo que hizo en Astagar. Dudo que cualquier soldado humano pudiera haber hecho lo que hizo.

La sonrisa de Corvo se fijó. Ella sintió su irritación, y compuso una expresión de preocupación. **-¡Oh no, no! No sólo el Titán, señor. Yo no hablo de eso, no hay duda de que está harto de ello.**

Estaba en lo cierto.

-Yo hablo de sus esfuerzos en la reconstrucción. Tengo familia allí- explicó.

Corvo inclinó la cabeza en señal de gratitud. -**Si tan sólo pudiera haberlo visto hasta el final. Me llamaron de vuelta para ésta ceremonia. Una semana para destruir Eurythmia Civitas, y dos años más tarde, todavía no se encuentra arreglada. Y me temo que nunca lo estará.**

-**Tiene razón, nuestro Señor Guilliman**- ella ladeó la cabeza, evaluándolo. -**Usted es tanto un activo en la paz como en la guerra.**

-Nos esforzamos por que sea así- dijo. **-Ahora, ¿si me disculpa, mamzel?** ("mamzel" creo que podría derivar del "mademoiselle" en francés, de facto, Guilliman llama así a su madre “adoptiva” en ‘El Imperio olvidado’, nt)

-**Me llamo Medulina**- dijo ella con una leve reverencia.

-**Pues bien, Mamzel Medulina**- le invito a disfrutar del resto de la noche.

Corvo inclinó la cabeza hacia ella y se abrió paso entre la multitud de notables. Fue lo suficientemente amable para moverse con un propósito, como si tuviera que estar en alguna otra parte, aunque en realidad no tenía porqué. Se dirigió hacia la soledad, ofrecida por las altas puertas que daban a la terraza. Era difícil navegar entre seres tan frágiles sin dañarlos, una consideración que no había tenido en algún tiempo.



l mayor lujo en la vida reciente de Corvo había sido la preparación. Solo

escuchó la verdadera y atroz escala de lo que había sucedido en Calth más tarde, pero en el momento en que el enemigo se acercó a Astagar era al menos consciente de la traición. Corvo puso en funcionamiento la marca operativa tan pronto como los Portadores de la Palabra y los Devoradores de Mundos se trasladaron al interior del sistema, y sus antiguos primos se encontraron con una muralla de fuego.

Por qué siquiera atacaron Astagar estaba más allá de Corvo, su incredulidad ante el derroche de recursos rivalizando con la indignación de la traición. No tenía sentido. Astagar tenía poco valor estratégico o simbólico. No sabía entonces que la destrucción sin sentido era la principal motivación de los traidores.

La fuerza que atacó era conmensurablemente pequeña: cinco cruceros de batalla y su apoyo auxiliar, suficiente para devastar un mundo con una defensa ligera, ni más, ni menos. Buena teoría, tal vez, pero la inteligencia del enemigo era deficiente. No contaban con él.

No se suponía que Corvo debiera estar allí. Se dirigía a las obligaciones en Calth pero había sido desviado por un motor de disformidad averiado en su nave de mando. Llamadlo destino. Llamadlo suerte. Corvo no creía en ninguno de ellos. Él estaba allí, y eso era todo lo que importaba.

El modo de aproximación del enemigo le dijo que tenían intención de librar una batalla terrestre. Que así fuera. Hizo aterrizar a sus propios hombres y ordenó a su flota correr por delante del enemigo. Una incursión costó al enemigo cinco transportes de Ejército a cambio de un daño mínimo para las naves de Corvo. Satisfecho de que el enemigo a partir de entonces tendría un ojo más allá de su hombro, Corvo hizo que su flota se retirase. Salvaría las naves, al menos.

Las modestas defensas orbitales de Astagar limaron una parte más de la fuerza del enemigo antes de ser rebasadas. El ligero bombardeo de las principales zonas habitacionales abrió las hostilidades en tierra. Corvo estaba consternado por esa priorización de objetivos civiles, pero había tenido la presencia de ánimo para enviar a la población a los refugios lejos de la ciudad. Cuando el enemigo comenzó la inserción orbital sobre Eurythmia Civitas, estaba vacía, salvo por seiscientos Ultramarines y los setenta mil hombres de los Rangers Ligeros Astagarianos.

Todo eso estaba en su informe. Corvo era diligente. Puso todo en el informe, incluso las partes en las que no creía.



A Corvo se le concedió un breve respiro. El balcón era típicamente grandioso en el estilo de Ultramar, corriendo todo el camino alrededor de la parte superior de la extensa galería de la Regia Civitatis. Agrupaciones íntimas de sofás estaban salpicadas por el lugar, lúmenes coloreados y braseros de alegres carbones en sus centros para embotar la mordedura de la noche de Macragge. Había pocas personas sentadas cerca de ellos. La atención de Guilliman al detalle en todas las cosas se extendía hasta asegurar que la contaminación lumínica de la ciudad no ahogara las estrellas, y el cielo debería haber estado ardiendo con los distantes soles.

No lo estaba. Resplandecía con un rojo apagado. Sólo una única estrella ardía más allá de las luces de los orbitales y las naves ancladas, hasta eso era falso, la luz procedía del Pharos, tecnología xenos iluminando Macragge desde lejos.

Corvo caminó hasta la balaustrada y miró hacia fuera. Sólo había un puñado de ciudades tan perfectas. Las había más bonitas, sin duda, y definitivamente más animadas. Ninguna, sin embargo, podía igualar el perfecto matrimonio de Magna Macragge Civitas entre forma y funcionalidad.

Respiró con profundidad. La vista de tal orden le dio placer.

-Toda la galaxia debería haber sido así.

Tito Prayto del Librarius se reunió con él en la barandilla. Llevaba su plato lleno, su cabeza ensombrecida por una ornada capucha tecnológica.

-Bibliotecario- dijo Corvo.

-Capitán.

-¿Y cuál es tu papel en ésta farsa, Prayto? ¿No deshaces las intenciones de nuestro señor, alienando a la gente mientras das zancadas alrededor con fuego brujo en tus ojos y tu cuerpo enfundado en ceramita?

-Un intento de asesinato por parte de la Legión Alfa. Konrad Curze tan recientemente en libertad, aquí en la ciudad. ¿Las criaturas de más allá del velo adoptadas y bienvenidas por nuestros parientes? La alienación es la menor de las preocupaciones.

-Tú eres otro perro guardián entonces- Corvo ofreció su copa. Prayto la tomó cuidadosamente en su mano enguantada. Su armadura gimió con suavidad mientras se la llevó a los labios y bebió la mitad de ella. Se la devolvió.

-Llámame eso, porque eso es lo que soy. Mis talentos y los del resto del Librarius ayudan a salvaguardar a nuestro señor y sus hermanos. Hay tres de los hijos leales del Emperador aquí, juntos. Tal objetivo. El Pharos ilumina el camino para nuestros enemigos al igual que lo hace para nuestros aliados- miraron hacia el Pharos que brilla en el cielo rojo. **-¿Y qué horrores busco...?**

-No encontrarás ninguno en mí.

-¿No lo haré?- preguntó Prayto.

-Seguramente, has mirado.

Prayto dejó escapar una risita. No apartó sus ojos del Pharos. **-Lo he hecho. Eres lo que dices ser, un leal hijo leal de Ultramar. No dices mucho, sin embargo y eres difícil de leer. Eres un hombre cerrado, Capitán Corvo.**

-Encuentro la cháchara aburrida- dijo. **-Prefiero dejar hablar a los que disfrutan de ella.**

-Me traes a la mente al León.

Corvo negó con la cabeza. -**El León es un maestro de los secretos. Está en su sigilosa naturaleza guardarse sus propios y misteriosos pensamientos, pero aún así exigir la revelación de los pensamientos de los demás. Me preocupo tanto por los secretos y la revelación como lo hago por la conversación.**

-Ésta reunión es una tarea para ti, entonces.

-Lo es.

-Cada uno a lo suyo. Ten cuidado de no parecer demasiado distante o desagradecido.

-Gracias, Centurión- dijo Corvo. **-Siempre soy consciente de eso. Es la carga de aquellos que comparten mi forma de pensar. Los habladores hablan, y no entienden a quienes no sienten la necesidad de hablar. Para eludir su preocupación, nos vemos obligados a actuar contra nuestra inclinación, participando en un discurso sin sentido, mientras parlotean y no escuchan lo que tenemos que decir de todos modos.**

El bibliotecario se rió de nuevo, ésta vez más fuerte. **-¿Una broma de usted, Corvo?**

-No soy alguien sin humor.

-No, No- Prayto guardó silencio un momento. Apretó las manos en la balaustrada dos veces. El metal hizo clic contra la piedra. **-No te voy a detener.**

-Di lo que tienes en la cabeza. No tengo tu don, pero sé que no me has seguido hasta aquí para hablar del temperamento del hombre.

-No, no lo hice- estuvo de acuerdo. **-He venido porque tengo la sensación de lo que vas a hacer mañana. Te daría un consejo, si lo aceptas.**

Corvo miró hacia la ciudad. Luces de alerta de proximidad parpadeaban en las grúas sobre la Vía Decumanus Maximus. Allí, se estaba levantando un nuevo proscenio. Se preguntó qué clase de victoria era para Ultramar, cuando más de un centenar de mundos habían muerto.

-No me sorprende que sientas mi intención- murmuró. -**Está a la vanguardia de mis pensamientos. ¿Cuál es ese consejo que tienes?**

-Te insto a que lo reconsideres.

-No lo voy a reconsiderar- dijo Corvo. -**Nuestro señor lo entenderá.**

-¡Por Supuesto que lo hará!- exclamó Prayto. -**Pero tus iguales probablemente no lo harán.**

-Mis obras hablan por sí mismas.

-Nuestros actos no siempre dicen la verdad por nosotros- contrarrestó Prayto.

Corvo apuró su bebida y dejó su vaso sobre la barandilla de piedra.

-**Esa no es mi preocupación. Sólo la verdad es verdadera, tanto si la gente cree que es así como si no. Eso es todo por lo que me preocupo. Buenas noches, hermano.**

Regresó al interior.



La nave, con forma de caja de zapatos o incluso un ataúd, fue golpeada varias veces y derribada, dejando un rastro de fuego, consumiendo los propulsores de frenado dañados en sus puertos inferiores. El rayo de una lanza cortó hacia abajo desde la órbita, fallando la nave por un centenar de metros y demoliendo una torre. La onda de choque sacudió el módulo de aterrizaje, a pesar de lo enorme que era, y osciló peligrosamente, con los jets funcionales disparando intensos estallidos de llamas. Luchó en posición vertical, a la deriva a lo largo de la Vía Longia hacia el centro de la ciudad,

donde los edificios estaban agrupados en mayor densidad.

Estaba estrellándose demasiado rápido. Corvo no pensaba que fuera a arreglarse para aterrizar intacta. Suficientemente cierto, cuando llegó, arrasó bloques cívicos enteros y levantó una ola de polvo arenoso que onduló por las calles de la agonizante ciudad.

-Informe de aterrizaje forzoso de transporte de máquina de guerra enemigo.

-Reconocido, sargento Phillipus- dijo Corvo. **-Estoy justo mirándolo**.

La chamuscada mole, de un ocre oscuro, de la nave se alzó sobre los edificios de Eurythmia, maltratada, pero aún entera. Módulos de aterrizaje enemigo más ligeros la seguían. Vetas de fuego cruzaban el humeante cielo, más descendiendo que elevándose. Los emplazamientos de interdicción de Corvo estaban siendo escogidos. Rastreó los vectores de las naves de asalto, calculando donde aterrizarían.

-Grupo terciario, desvíense al distrito Mnemsyne, lado sur. Parece un aterrizaje principal. Si se comprometen, aguanten y esperen nuevas órdenes. No avancen, o se estrellarán sobre ustedes.

Los reconocimientos chasquearon de vuelta. El vox todavía estaba fresco, pero no duraría.

-Escuadrones cuatro, siete y nueve conmigo. Crassus, trae los 'Shadowswords' (Espadas de las Sombras, Shadowsword es un tanque cazador de titanes, nt)**. Veamos lo que tenemos aquí. Si hay algo en esa nave aún vivo, vamos a asegurarnos de que no permanezca así.**

-Teoría, capitán- dijo el teniente Apelles a través del vox desde el interior del tanque de mando. **-Usted está al mando general, debe permanecer aquí, conmigo.**

-Práctica- respondió Corvo. **-Quiero matar a algunos de estos bastardos yo mismo.**

Nadie discutió eso.

-Redespliega a Apelles, toma el resto de los hombres contigo. Espera mi orden.

-Sí señor.

Hubo movimiento entre los escombros y edificios destrozados. La mitad del total de la fuerza de la compañía de Corvo estaba allí. El descomunal gruñido de los motores multi-combustible rugió detrás. El Land-Raider de Corvo se retiró, giró y alejó. Varios escuadrones de Marines Espaciales lo siguieron.

Tres tanques súper-pesados color azul cobalto avanzaron cuando estuvo claro, sus cadenas triturando escombros hasta hacerlos polvo y rompiendo la superficie de la carretera.

El grupo de Corvo se estableció.

Los Marines Espaciales exploraron por delante, moviéndose rápido. El silencio cayó durante unos minutos, el espacio entre el último ataque con armas y el primer asalto terrestre real. No duró. Cada vez más embarcaciones surcaron el aire. Penachos de polvo se alzaron donde aterrizaron.

-**No entiendo esto**- dijo el sargento Crassus desde lo alto de la Espada de Sombra en cabeza. **-No están estableciendo cabezas de playa adecuadas. Están bajando por todo el lugar. ¿Dónde está su disciplina?**

-En el mismo lugar que su honor- cascó el Hermano Ligustinus, el ingenio residente del escuadrón nueve.

Corvo también estaba sorprendido por la dejadez del asalto. Siguió los suministros de imágenes ("pict-feeds" en el original) de las primeras zonas de descenso, los Devoradores de Mundos salieron corriendo de las capsulas de descenso tan pronto como aterrizaron, sin esperar a sus compañeros, mientras que las desiguales unidades del Ejército apoyando a los legionarios traidores parecían poco más que una turba, derramándose de sus transportes a la derecha hacia los disparos lealistas. Por ahora, esto funcionaba en beneficio de Corvo. Sus lugartenientes dirigieron equipos de respuesta de la XIII Legión y el Ejército local hacia donde el enemigo era más numeroso.

Tuvo que dejárselos a ellos. Tenía que monitorizar la situación sobre el terreno y en órbita. Y ahora ésta posibilidad de máquinas de guerra...

El tráfico Vox aumentó de modo exponencial, hasta que parloteó sin cesar en él: informes de bajas, constante reposicionamiento de sus centros de mando móviles, la situación de los refugiados en sus refugios. Deseaba como nada silenciar la mayor parte de ello, pegándose a las bandas de los escuadrones de corto alcance, pero tenía que verlo todo. Su visor estaba tan lleno de información táctica que solo le quedaba un espacio pequeño, un claro para mirar hacia adelante. Sus guardaespaldas Glabrio y Arato reconocieron su distracción, y caminaron cerca de él, apoyándole, como sus ojos y oídos.

Una maraña de vehículos siniestrados, árboles ardientes y bloques urbanos colapsados obligó a Crassus a tomar con los Shadowswords una ruta más larga. Después de pensarlo un momento, Corvo hizo que sus hombres treparan por las ruinas, dirigiéndose hacia el módulo de aterrizaje Titán.

-**Sargento Crassus, encuentre una buena solución de fuego para los Shadowswords. Escuadrón nueve, siga con ellos.**

Asentimiento por vox. Quince de sus hombres se alejaron, retrocediendo de nuevo para unirse a los tanques. El asesino de Titanes retumbó en el acto y se tambaleó por una calle más clara.

Corvo salió a la Vía Longia, la avenida principal de Ciudad Astragar. La nave del Mechanicum había aterrizado perpendicular a la línea de la parrilla de la ciudad, su masa de un kilómetro de largo cortando una calle a través de al menos cinco bloques. La proa se asentó en el pavimento de la Longia, encima de un aventado de piedra destrozada. Su alta, encorvada espalda estaba torcida. El aterrizaje en una superficie tal sin control había roto su columna vertebral.

La batalla era cada vez más feroz. Varias fuentes de información se cortaron.

Un momento después, la voz del teniente Apelles crepitaba en el vox. -**He perdido el contacto con Verulus. Feroz lucha en el Deme norte** (Deme era una subdivisión política en la región del Atica en la antigua Grecia, nt)**. Probablemente está muerto.**

-Reconocido- dijo Corvo. **-Evalúa la situación allí. Tome el mando de sus fuerzas**.

Dos tanques de mando restantes. ¿Fue buena teoría abandonar el búnker de mando en favor de objetivos móviles, se preguntó? Aquella situación táctica era inesperada. Ninguna teoría preexistente hablaba de cómo matar a la propia parentela legionaria. Se veía obligado a innovar.

Se desplazaron hasta la enorme nave con cautela. **-Tenlo en cuenta, Crassus, Apelles, módulo de aterrizaje del Mechanicum acercándose. Sin señales de actividad enemiga.**

Se arrastraron por la Vía Longia, hasta el humeante flanco de la nave. Después de pensarlo un momento, Corvo probó a cruzar la parte delantera con un escuadrón de sus hombres.

La nave estaba inclinada diez grados reales, su casco mostraba el maltrato por la reentrada atmosférica y los disparos de armas. Brillaban llamas en los edificios y escombros a su alrededor. Todo estaba tranquilo allí, el estampido de las explosiones y el aullido de los chorros de aterrizaje silenciados por los altos edificios a su alrededor.

-Tal vez las máquinas de guerra están destruidas- dijo Glabrio.

-Lo dudo. Vi suceder lo mismo en el cumplimiento Coralan- dijo Aratus al guerrero más joven. Glabrio no había estado con la Legión tanto como él. **-Las naves fueron aplastadas y destruidas pero los Titanes salieron de todos modos.**

-No veo ninguna señal de que las puertas estén abiertas- Corvo alzó la

mano. Sus hombres se congelaron, dejándose caer a cubierto. **-¿Oís eso?**

Un estruendo sonó desde el interior.

-Teoría, las puertas están bloqueadas- dijo Arato. **-No hay apoyo del Mechanicum. Lo único práctico para las máquinas es salir a golpes.**

-Crassus, prepárate- dijo Corvo por el vox. **-¿Estás en posición?**

-La Vía Macraggia está bloqueada, señor. Vamos a tener que empujar directamente a través de los edificios frente a la Platea Lata.

-¿Te estás dirigiendo hacia el Ágora?

-Sí señor. Obtendré una buena línea de visión justo por la Longia una vez allí.

-Sé rápido- dijo Corvo. **-No te expongas. No hay mucha cobertura por allí.**

-Señor...- dijo Aratus.

Las puertas de la enorme nave vibraron mientras algo las golpeaba desde dentro.

-Retroceded- ordenó el capitán.

Retrocedieron, escuadrón por escuadrón, retirándose por la Vía Longia. Lejos del lugar del siniestro la ciudad estaba llena de polvo, el cristal de marcos rotos resbaladizo bajo sus pies, pero por lo demás extrañamente intacto. Un rugido, como el de un animal atrapado, retumbó en las entrañas del transporte derribado.

-Eso no es normal, ¿verdad?- preguntó Glabrio.

-Trucos. Guerra psicológica- dijo Aratus. **-Algunas de las Legiones Titán lo hacen en acciones de cumplimiento. Gruñidos en lugar de cuernos de guerra. Asusta horrores a los nativos.**

-Volved- dijo Corvo. **-Crassus, ¿consigues una buena línea aquí? ¿Puedes oírlo? Algo de esto no está bien.**

El sonido metálico del interior creció a niveles maníacos. Con un chirrido de metal rasgado, un puño sierra gigante emergió de las puertas. Una lluvia de chispas y líquido rojo vino con él.

Glabrio jadeó. **-¿Es eso...?**

Las puertas fueron arrancadas de par en par. Un torrente de sangre vertida desde el interior de la nave, llegó como una inmensa ola hasta los edificios en el lado opuesto de la calle. Un muro de color rojo de siete metros de altura se abalanzó por la Vía Longia en ambas direcciones, manchando las paredes casi

hasta el segundo piso. Un feroz y bestial aullido rasgó el aire.

Los Ultramarines corrieron. Corvo fue arrollado por el puro peso de la inundación, sus hombres se dispersaron.

La ola roja amainó tan rápido como había llegado. Marines Espaciales estaban esparcidos a través del camino, todos ellos cubiertos de pies a cabeza en la resbaladiza sangre. Corvo limpió las lentes de su casco, sus dedos blindados resbalaron sobre el cristal. El rojo teñía su visión.

-¡Escuadrones! ¡Informen!

-¡Por el Trono!- dijo Glabrio.

El marco destrozado de un Titán 'Reaver' cayó fuera de la puerta, su cabina aplastada, los miembros sin vida.

Y entonces llegó su asesino.

Lo que quiera que fuera el monstruo, ya no era un Titán. Se le habían infligido modificaciones terribles. La cabina se había convertido en un cráneo de bronce. Cuernos largos retrocedían desde sus cejas por encima del borde inferior del caparazón. Se movía con una gracia sinuosa extraña a su cuerpo de máquina. Una larga, articulada lengua de metal sondeó el aire entre dientes largos como espadas, con una cola de material similar enroscada en torno a sus piernas. El Warlord, si eso aún lo era, aplastó a su mutilado hermano bajo sus pesados pies mientras luchaba por salir a la calle. Se arrancó a sí mismo de las puertas rotas y se tambaleó hacia los edificios de enfrente, derribándolos en una cascada de escombros y polvo.

-¡Craso!- exclamó Corvo.

-¡Todavía no estoy en posición, señor!

La cabeza del Titán se movió adelante y atrás, para todo el mundo fue como si estuviera olfateando el aire. Se le ocurrió algo, dejó escapar un inverosímil aullido de sus cuernos de guerra, y aplastó su camino a través de las ruinas, en dirección oeste, lejos de la nave derribada.

Corvo, despatarrado en la arenosa sangre de la placenta del Titán, lo vio pasar.

-¿Qué han hecho esos fanáticos?- preguntó Aratus con incredulidad. -**¿Contra qué estamos luchando?**



Corvo se movió alrededor del evento, de habitación en habitación, de sala en sala, como si estuviera limpiando un edificio en una extinción de un incendio. Una danza estaba teniendo lugar en el salón de baile. En otros, grandes mesas estaban apiladas con comida. Más Ultramarines se hallaban allí, en el salón de baile, como era de esperar. Sus hermanos no le conocían en persona sino por su reputación, lo saludaron brevemente y con respeto. Faltaba algún tiempo para el festín y la llegada de los Primarcas. Se involucró en una educada conversación con los no afectados donde era inevitable.

-Dicen que mataste a un Titán- declararían ellos.

-No fui yo. Fueron mis hombres. Y no era un Titán.

Muchos de sus interlocutores quedaron decepcionados. No sería arrastrado más allá en el evento. Que otros cuenten sus historias. No tenía estómago para la jactancia.

Vio al capitán Ventanus, el Salvador de Calth y nuevo favorito de Guilliman, conversando de un modo atento con algún funcionario u otro, una amplia faja sobre el pecho del Marine Espacial gruesa con honores frescos. Su ayudante, un sargento por lo que vio, estaba comprometido con otro grupo de humanos cerca. Adoración y risas se levantaron a su alrededor. Corvo deseó compartir su facilidad para el palique.

Encontró un camarero y agarró las dos jarras de brandy que llevaba. Las consumió tan rápido como le permitió el decoro, disfrutando el leve zumbido de embriaguez por pocos minutos antes de que su metabolismo transhumano lo purgara de su cuerpo.

-Hermano Capitán- dijo un Marine Espacial que no conocía. Las marcas de rango en el cuello lo marcaron como un sargento.

-Hermano- dijo Corvo.

El otro legionario le tendió la mano. -**Soy el sargento Tullian Aquila, 168ª Compañía.**

-Lucretius Corvo, 90ª Compañía- agarró el antebrazo de Aquila, en el apretón de manos de un guerrero.

-Sé quién es usted, señor. Sólo quería venir y saludarle. Estaba atrapado en una batalla de máquinas de Ithraca en Calth. Lo que hizo me impresionó mucho. Su acción en Astagar es la comidilla de mi compañía, o lo que queda de ella. Hubiera sido bueno tenerle con nosotros. Si sólo hubiera

más de su especie y la del capitán Ventanus...

Corvo levantó la mano. **-Por favor, me avergüenzas. Todos marchamos por Macragge.**

-Marchamos por Macragge- contestó Aquila automáticamente.

-Si usted está aquí, entonces también debe haber actuado bien.

-Eso dicen- dijo Aquila.

-No parece convencido.

Aquila parecía afligido. -**Luché lo suficientemente duro, pero dudaba que sobreviviríamos. Casi me desesperé. Eso no es lo que el Primarca nos enseñó.**

-Todos nos desesperamos, sargento. ¿Qué más podríamos haber hecho?

Aquila se encogió de hombros. -**Pero mañana, seré honrado por mi duda tanto como por mi logro. Me deja un mal sabor de boca.**

-Si Lord Guilliman le ha elegido para honrarle, entonces esté seguro, es merecedor- dijo Corvo.

-Quizás. Pero la duda vino primero.

-Sin duda, ¿cómo podemos construir una teoría infalible? Sin duda, no hay más que arrogancia.

Aquila fue apaciguado por esto. -**Dígame Señor, ¿ha dudado siquiera alguna vez?**

Corvo le devolvió la mirada, impasible. **-¿Realmente? No. Ni por un segundo.**



La marca fue un poco más de seis días. Frente a una fuerte resistencia de las fuerzas de Corvo, los traidores habían sitiado la ciudad. Por qué no habían terminado con un único, y decisivo, ataque orbital era una cuestión de conjeturas, pero aun así no lo hicieron. En cambio, los asaltos de sondeo buscaron las debilidades de los Ultramarines. Ellos no mostraron ninguno.

Los oficiales subordinados de Corvo se reunieron alrededor de la mesa de un bunker vacío. El polvo caía tamizado del techo con cada ataque de artillería

que impactaba por encima, cubriendo todo de un manto gris.

Los cogitadores estaban ahogados con él, los hololitos arrojaban chispas y no emitieron sus imágenes correctamente. Los Marines Espaciales se vieron obligados a confiar en los mapas de papel.

-¿Teorías? ¿Cualquiera?- preguntó Corvo. -**No tenemos apoyo mecánico, y nuestros blindados pesados no pueden atraparlo.**

-Es cuidadoso con los Shadowswords- dijo Apelles.

-Y bien que hace al serlo- resopló Aratus.

-Pronto estarán ocupados en otros lugares- dijo el Teniente Sextus. Les habló a través del vox, ya que Corvo no reuniría todos sus activos de mando en un solo lugar. **-Hay señales de un ataque de blindados enemigos inminente. Desde que Verulus cayó, han estado trayendo sus módulos de aterrizaje pesados sin oposición. Se reúnen para poner fin al asedio y aplastarnos.**

-No entiendo por qué no esperaron para aterrizar ésta máquina hasta entonces- dijo Apelles **-¿Por qué enviarla en primer lugar? Es vulnerable.**

-¿Lo es ahora?- dijo en voz baja Corvo. **-Se mueve más rápido que cualquier máquina de guerra que he visto nunca. Y parece... indiscriminada en su carnicería. El enemigo, mis hermanos, no están jugando según las reglas.**

Sus silenciadas risas se vieron interrumpidas por una detonación particularmente fuerte en la superficie. Los escombros repiquetearon sobre la mesa. Los ojos se movieron hacia arriba, a las parpadeantes tiras de lumen.

-Si no podemos situar los Shadowswords al alcance, ¿cómo podemos matar a éste maldito Titán?- preguntó Corvo.

-Apenas es un Titán- murmuró el Sargento Domitian. **-Ya no.**

-Sea lo que quiera que le hayan hecho- dijo Glabrio **-se comporta más como una bestia que como una máquina.**

-Tiene razón- dijo Aratus. **-Tal vez deberíamos desviar nuestros esfuerzos en luchar contra la XVII Legión. Tomemos el riesgo de que la bestia es demasiado estúpida para actuar en concierto con ellos. Matémosles primero y derribémosla después, cuando esté sola y vulnerable.**

-¿Qué has dicho?- preguntó Corvo.

Aratus se sorprendió. **-No quería decir...**

-No, no, sobre la caza.

-Dijo que es como una bestia, señor- dijo Glabrio.

Corvo asintió. Sacudió la arena del mapa. **-Necesitamos que éste Titán caiga. Se trata de un punto focal para sus fuerzas, no tácticamente, sino emocionalmente. Es una especie de ídolo, creo, para esos fanáticos de la XVII Legión. Estoy seguro de que podemos atraer a una parte de sus fuerzas en la ciudad para salvarla, en caso de estar bajo amenaza. Una vez que estén en el interior los destruiremos. En cuanto a la destrucción del Titán, estamos planeando prácticas desde la posición teórica equivocada. No es una máquina, Aratus ha entendido eso. No, al menos, a cualquiera a la que nos hayamos enfrentado antes. Pero hemos luchado contra bestias. Y si se trata de una bestia, la atraparemos como a una.**

Su dedo arrugó el mapa en el Foro de Konor.





-¡FELGHAAAAAAAASSSST!

La ostentación de los cuernos de guerra había sido echada a un lado. El Titán tenía una voz. Diabólica, pero una voz, sin embargo, sonaba como un susurro ensordecedor, la ráfaga de aire rancio de una tumba abierta. El nombre que pronunció no era el de las placas de identificación del Titán.

-Ahora- ordenó Corvo.

Observó las pantallas de video de su Rhino mientras los soldados Astagarianos abandonaban la cobertura y huían delante de la bestia. Cada uno esprintó, corriendo con todas sus fuerzas ochenta metros, más o menos, antes de zambullirse fuera de la vista; soldados más adelante tomaron el relevo. La cabeza del Titán se dio la vuelta, atraída por el movimiento.

-¡Vamos, vamos, vamos!- Ordenó Corvo. **-¡Ha mordido el anzuelo!**

-¡FELGHAAAAAAAASSSST!

El corrompido Titán niveló sus gigantes láseres-blaster hacia los soldados que huían. Ensordecedores truenos se extendieron mientras la concentrada luz escindía el cielo. Repetidas ondas de choque de aire sobrecalentado reventaron las ventanas y voltearon los restos de vehículos terrestres sobre sus laterales. Un puñado de hombres fueron capturados e incinerados. Otros fueron arrojados a un lado, los órganos pulverizados por la sobrepresión.

-¡Venga! ¡Vamos!- dijo Domitian, estacionado en el foro unos cuatro kilómetros bajando por la carretera.

-Vendrá- dijo Corvo. **-Paciencia.**

Media compañía de la XVII y una selección de blindados siguieron a la cosa. Los monótonos cantos de los traidores hicieron rechinar los dientes de Corvo. El sonido era penetrante, procedente de todas partes y de ninguna.

Pero su fanatismo les había hecho predecibles. La mitad de ellos se interrumpió para atacar al destacamento de Shadowswords. Aquella vez, Corvo hizo que los tanques permanecieran en su lugar. El enemigo se encontraría caminando hacia el interior de una emboscada.

Su plan estaba funcionando. Ansioso por la caza, Felghast aceleró, dejando atrás sus blindados de apoyo e infantería.

-Señor, se está moviendo demasiado rápido para los hombres.

-¡Todos los soldados, retírense!- dijo Corvo a través del vox. **-¡Retrocedan a los puntos de reunión! Prepárense para atacar apoyando las fuerzas de tierra. Fuerza de Ataque Alfa, prepárese para asaltar las líneas de asedio en el cuadrante tres-** se volvió hacia su conductor. **-¿Listo, Crassus?**

-Listo, señor.

Corvo vio como el Titán martilleaba por la calle. Mil metros, setecientos...

-¡Ahora!- rugió.

Crassus sacó de golpe el Rhino de su escondite en un escaparate demolido, las columnas agrietadas rebotando en el glacis del tanque, mientras se inclinaba hacia la calle. Corvo salió por la escotilla del artillero y dirigido el reflector del Rhino al rostro de la criatura.

-¡FELGHAAAAAAAASSSST!

El Titán expulsó un estertor de fuego sin precisión, aplastando y arruinando edificios.

-¡Tenemos su atención, sargento!

Craso era el mejor especialista de blindados bajo el mando de Corvo. Era un maestro de todos los aspectos de la guerra de blindados, pero también era un conductor particularmente dotado. Aceleró el transporte a velocidad máxima.

Las calles de Ultramar corrían largas y rectas, pero los desplomados edificios habían estrechado la Vía Palatina. Vehículos civiles arruinados atestaban el espacio que quedaba. Corvo se estrelló contra el borde de la escotilla mientras el Rhino atravesaba y hacia estallar el caparazón quemado de un tranvía. Más columnatas se derrumbaron mientras Felghast escupía su furia sobre ellos.

La niebla se enroscaba en vórtices alrededor del Titán perseguidor. Estaba ganando.

Un misil impactó en la carretera. El Rhino basculó a lo largo de la explosión mientras Crassus luchó por mantener el control.

El Foro de Konor yacía delante, una gran plaza de mercado pavimentado en mármol ahora lleno de polvo. Grandes estatuas idealizadas del hacia largo tiempo muerto Rey de Batalla se situaban en cada esquina.

Las rampas descendían por debajo, donde las calles se cruzaban con la plaza. Si Felghast se hubiera estado comportando de acuerdo a normas tácticas, nunca se habría aventurado en el foro.

Pero Felghast no estaba operando de acuerdo a normas tácticas.

Una lanza de la luz cortó al Rhino mientras entraba en la plaza, haciéndolo girar a lo largo del pavimento. Se estrelló deteniéndose en una de las galerías que corrían por el borde.

El Titán rugió y luego se ralentizó, acercándose a su presa.

Corvo maldijo. Se dejó caer de vuelta dentro del tanque. El fuego lamió la cabina del conductor. Crassus se aferraba a su cuello y gemía.

-¡Suéltate las correas de seguridad!- dijo Corvo. **-Escuadrón diecisiete, ¡atráiganlo! ¡Atráiganlo!**

Corvo abrió la puerta lateral de una patada y liberó a Crassus. Felghast bajó la mirada hacia ellos, asomando entre la niebla como un monstruo de leyenda. Los viejos dioses le ayudarían, si Corvo en realidad no hubiera visto resoplar la nariz de metal.

Un haz de luz de laser rubí conectó con los escudos de vacío del Titán, levantando una llamarada aceitosa. La bestia se dio la vuelta para encontrar su fuente, ya disparando.

Corvo arrastró a Craso al sotavento de una columna derribada.

El pie gigante de Felghast se trasladó a la plaza, arrojándolo a la sombra.

-Ahora- dijo Corvo por el Vox.

Penachos explosivos arrancados por los lados de la plaza. Una lluvia de ferrocemento destrozado repicó en su armadura. Mantuvo la cabeza gacha, protegiendo al Hermano Crassus. Su cuerpo se sacudió mientras un gran trozo de piedra resonó con un estruendo contra su mochila blindada. Los indicadores de advertencia en la pantalla de su visor subieron a crítico, las alarmas sonaban en sus oídos, pero él las silenció con un parpadeo. Su planta de energía estaba comprometida. El refrigerante salió en un chorro a través

del escape izquierdo roto, y las barras que indicaban su nivel descendieron a un nivel peligrosamente bajo.

La lluvia de escombros se detuvo. Corvo levantó la cabeza.

Los misteriosos cuernos de guerra de Felghast berrearon en señal de alarma, en conjunto con su voz. La maquinaria chilló mientras su torso se torcía, tratando de detener su progreso. Caminar era poco más que una caída controlada, ahora que no había nada sólido sobre lo que colocar su pie, Felghast cayó sin control.

Las capas apiladas de los espacios subterráneos bajo el Foro de Konor estaban abiertas al aire, y el pie del Titán se desplomó en el agujero. Rugió con ira, sus terribles mandíbulas de bronce chasqueando. Descargó las armas furiosamente, pulverizando los grandes edificios del Administratum alrededor de la plaza en ruinas.

Poco a poco, perdió el equilibrio.

Corvo observaba tenso.

La cola metálica del titán arremetió hacia atrás y adelante, creando una tormenta de escombros, mientras barría el suelo. Con un restallido como el de un látigo, el extremo delgado se envolvió alrededor de la estatua del Rey Konor más cercana a Corvo. Toda la estructura aguantó, aunque se movió con aquella nueva carga.

Felghast colgó sobre el precipicio, y entonces comenzó a tirar de sí mismo de vuelta en posición vertical. Una risa demoníaca retumbó desde sus motores.

-¡Quédate aquí!- ordenó Corvo a Crassus. Sujetó magnéticamente su bólter a su cadera. **-Escuadrón de apoyo pesado Calorem, mantenga la posición. Permanezca listo para ejecutar. ¡Cualquier otro, conmigo!**

Marines Espaciales vinieron corriendo desde la cobertura. A su retaguardia, subiendo la Vía Palatina, temblaron con los disparos. Las unidades de apoyo de Felghast se acercaban, luchando batallas en marcha con las fuerzas leales establecidas para capturarles.

-¡A la estatua! ¡A la estatua!- rugió Corvo.

Corrió, su cuerpo y armadura trabajando como una unidad para impulsarle a velocidades que su envergadura sugería imposibles. Cargó hacia la estatua sin ralentizarse, chocando contra ella. El impacto hizo que su pantalla del visor emitiera un ruido sibilante. Las alarmas sonaron de nuevo mientras su roto sistema de refrigeración luchaba para mantener baja la temperatura de su forzada planta de energía. Él las ignoró, confiando en su metabolismo sobrehumano para salvarlo del agotamiento por calor.

-¡Conmigo, hermanos!

Otros se estrellaron contra la estatua. La empujaron, gruñendo con esfuerzo, las botas blindadas arrastrándose sobre los escombros en el borde de la plaza. El Hermano Vestorious sacó su gladius, saltó, enganchó su brazo alrededor de la cola y cortó la carne de metal acanalado mientras colgaba. Metal fundido brotó de la herida y salpicó su visor, pero no se detuvo.

-¡Empujad!- exclamó Corvo. **-¡Empujad!**

Más Ultramarines batieron contra la estatua, pero no había espacio para nadie más. Los recién llegados empujaron contra la espalda de sus compañeros o dejaron caer losas rotas bajo los pies, dando agarre a los pies que se deslizaban sobre el traicionero terreno.

-¡Empujad!

Llegó el disparo de armas pequeñas, repicando contra su armadura de batalla, seguido por los desquiciados aullidos de las unidades del Ejército de apoyo de la XVII. El fuego de bólter ladró en respuesta desde los escuadrones de la retaguardia de Corvo que habían subido para reunirse desde las calles vecinas. Las explosiones sacudieron la polvorienta niebla mientras proyectiles de masa reactiva detonaban. La intensidad de la tormenta de fuego sugirió una fuerza de los traidores mayor de lo que había previsto.

-¡Empujad!- gritó Corvo.

La estatua se sacudió, derramando Marines Espaciales por el suelo. **-¡Está moviéndose! ¡Está moviéndose!-** gritó alguien en la parte de atrás del grupo.

El vox de Corvo era un torrente de alimentación de datos viniendo a él de todas partes. No tenía el menor esfuerzo de sobra para su mando.

-¡Empujad!

El ultrajado Titán todavía trataba de arrastrarse hasta estar erguido, sus pies pateando en el aire, en busca de terreno firme. No tenían mucho tiempo. Sus hombres trajeron una viga, y la apretaron en la cada vez mayor brecha, haciendo palanca hacia arriba contra la estatua.

-¡Empujad, hermanos!- gritó Corvo. **-¡Con fuerza!**

La estatua se tambaleó. Con el sonido de la piedra rozando, el pedestal se soltó de sus cimientos y se volcó. El Rey Konor se deslizó de su soporte y se hizo añicos sobre las losas.

Felghast emitió un aullido fulminante mientras caía. Sus escudos de vacío se rompieron a sí mismos en el labio dentado de la fosa, estallando en una tormenta de relámpagos que hizo correr chispas sobre la armadura de

energía de los Ultramarines. Se estrelló a través de las sub-capas abiertas, llevando su torso blindado a nivel del suelo y bloqueando sus armados brazos.

El Titán había sido derribado. Una pierna estaba extendida detrás de él, torcida en un ángulo incómodo, la otra enterrada hasta la cadera en el agujero. La maquinaria protestó de un modo violento, mientras trataba de arrastrarse hacia arriba, pero no pudo. Su cola restalló de un lado a otro con ira, atrapando a tres Marines Espaciales y haciéndolos estrellarse en las ruinas.

-¡La cola! ¡Apartaos de la cola! Estad preparados para repeler las fuerzas de tierra.

Se acercaban formas a través del polvo. Blindados enemigos. Corvo los despidió, en la ahogada avenida presentaban poca amenaza. Pobre teoría, peor práctica e idiotez de la XVII Legión mientras corrían para salvar a su ídolo caído. Confirmándolo, un silbido fuerte y metálico anunció un cohete entrando por el lado de uno de los tanques enemigos. Se detuvo en seco, las escotillas reventadas, bloqueando aún más las entradas al foro.

Había otras formas en la niebla. Con armaduras de energía. Legionarios. Estos le causaron preocupación. Aún así, si estaban en la ciudad, entonces no estarían fuera de ella, esperándoles. El plan de Corvo estaba funcionando. Había atraído al enemigo. **-¡Calorem, ejecutar! ¡Ejecutar, ahora, ahora, ahora!**

En el otro extremo del demonio-máquina derribado, el equipo de apoyo pesado avanzaba fuera del refugio de un patio. Ojos de cristal blindado enjaulados por inclinadas cejas de latón miraron con odio a los Marines Espaciales mientras se acercaban a la cabeza del Titán. Pistolas de caparazón giraron sin esperanza. Su mandíbula chasqueó en el suelo, tratando de morder. Cañones de fusión (melta en el original) pesados fueron dispuestos por los Marines Espaciales, cinco de ellos, y puestos a máxima potencia.

El rugido del armamento de fusión era audible en el lado de la plaza de Corvo.

El Titán gritó. Dispararon de nuevo.

-Ese no es el grito de una máquina- dijo uno de sus hombres.

El grito se apagó. Felghast se retorcía en su hoyo, el romper de su agonía ahogando el sonido de la batalla.

Corvo con un parpadeo, seleccionó el canal de comunicación con el Escuadrón Calorem. Vio un charco de enfriamiento de latón fundido donde había estado la cabeza del Titán. No había señales de un Princeps o Moderati

dentro de lo que quedaba, ni ninguna indicación de una cavidad de cabina de pilotaje, sólo un fibroso desorden orgánico atravesado con bandas metálicas distorsionadas.

-Buen trabajo- dijo, sacando su gladius. **-Suban al lado este del cuadrante. Prepárense para encontrarse elementos de la XVII Legión. Fuerza de Ataque Alfa, comience el asalto. ¡Marchamos por Macragge!**



-¡Capitán Lucretius Corvo! Nonagésima compañía, noveno capítulo. ¡Un paso adelante!

Corvo se acercó a la tarima. Corvo no conocía el miedo, pero ésta convocatoria de semidioses le hizo detenerse. El glorioso rostro de Sanguinius, en particular, era difícil de ver de cerca.

Llegó al final de la alfombra, en la cima de la escalera, y se arrodilló ante su señor.

-Mírame, capitán.

Corvo obligó a sus ojos a subir.

Lord Guilliman lo miró con benevolencia, tan orgulloso como solo un padre podía estarlo.

-Para ti, hijo mío, hay un gran honor.

Le tendió una mano. Un hombre se acercó, llevando sobre un cojín de terciopelo una corona de laurel, tan hábilmente era el forjado de metal que parecía como si estuviera hecha de hojas recién cortadas.

-¡El Laurel del Desafío!- gritó Guilliman. Levantó el premio para que todo el mundo lo viera. **-Uno de los más altos honores de nuestra Legión. ¡Para el matador del Titán, para el salvador de Astagar, para el capitán Lucretius Corvo!**

Corvo inclinó su cabeza. El Primarca colocó la corona. Hizo clic mientras se fijaba magnéticamente en torno al casco de Corvo.

-El honor fue de mis hombres, no sólo mío, señor- dijo Corvo.

-Los guiaste bien, capitán. Al honrarte, honramos a todos ellos.

Se formó un aire expectante. Un silencio incómodo lo siguió.

El León habló. **-¿No está olvidando algo, capitán?**

-¿Lo estoy, mi señor?- dijo Corvo.

-Todos los demás homenajeados hoy han renovado sus juramentos a su Legión y al Imperio. ¿No harás lo mismo?

-No, mi señor.

Hubo un sonido parecido a un viento suave, el sonido de un mundo jadeando.

La cara del León se endureció. Sanguinius miró a sus hermanos.

-¿Eres un traidor, entonces?- preguntó el León.

Corvo sacó su gladius. Los Marines Espaciales en la tarima levantaron sus armas, pero Guilliman les detuvo con una mano. Corvo sostuvo la espada por encima de su cabeza, con la hoja en sus palmas.

-No renuevo mi juramento, mis señores, porque los juramentos de un Ultramarine son siempre vinculantes. Yo no soy como mi traidora parentela que renuncia alegremente a solemnes promesas. Ya he jurado servir al Imperio, al Emperador, a la Legión y a toda la humanidad, y a través de esos juramentos mis señores tienen mi espada hasta que la muerte me lleve. Me pedís renovar lo que no necesita renovación, por que los juramentos de un Ultramarine son eternos. Pronunciarlos de nuevo implica una debilidad inherente a ellos. Y no hay ninguna debilidad. Ni en mi brazo, ni en mi mente, ni en mi palabra. Soy un Ultramarine. Marcho por Macragge y el Emperador, para siempre, como ya he prometido. Yo no necesito hacerlo de nuevo.

Un lento enguantado aplauso rompió el silencio.

Guilliman. Guilliman mismo aplaudió sus palabras. **-¡Bien dicho, hijo mío, bien dicho!**

-Insolencia, hermano- murmuró el León.

-Honor- lo corrigió Guilliman. **-Capitán Corvo, guarde su espada.**

Corvo lo hizo. La mano de su Primarca cayó sobre su hombro.

-Ponte de pie, hijo mío. Ponte de pie y frente a tus hermanos.

Corvo se volvió y vio a las Legiones dispuestas en la plaza como lo hicieron los Primarcas. Detrás de las inexpresivas viseras de sus hermanos, sabía que algunas caras mostrarían desagrado. Prayto había tenido razón. Pero no le

preocupaba.

-¿Oís sus palabras, guerreros de la Decimotercera?- dijo Guilliman. **-Escuchad, porque dice la verdad. ¡El honor de nuestra Legión es impecable! ¡Marchamos por Macragge!**

La respuesta retumbó fuera de la plaza, pesada como un trueno.

-Regrese con sus hermanos, Lucretius.

-¡Espera!- dijo el León.

Corvo se detuvo.

-Dime, entiendo que la costumbre en la Decimotercera permite a los capitanes modificar su heráldica, pero la tuya es una salida audaz. ¿Puedo preguntar por qué?- preguntó el Primarca.

Ante esto, una imagen parpadeaba a través de la mente de Corvo. La memoria eidética de las Legiones Astartes era un gran regalo, pero llevaba un alto precio. Hizo que todos los recuerdos que vinieron antes de su otorgamiento fueran pálidos e irreales en comparación. Otra ironía en una vida de ironías, que cada imagen de muerte vista por sus transhumanos ojos se mantenía fuerte, que cada privación se podía recordar y sentir de nuevo con claridad dolorosa. Luchó por la humanidad, mientras que su propia experiencia juvenil de ser humano se reducía a destellos blanqueados por el sol, momentos opacos de calidad de ensueño en los que no se podía confiar.

Atesoraba todos por igual.

Esto fue lo que recordó.

El patio delantero de la casa de su padre hace ciento veinte años. Banderas de color blanco hueso ondeando en la brisa que llevaban la insignia de la línea Corvo, un hueco círculo de pinchos. Un estallido solar estilizado.

Su padre fue el último en volar esa bandera. No había herederos varones más allá de Lucretius.

La memoria natural era imprecisa, pero en su imprecisión fue encontrado el milagro de la evocación, y era mucho más emotiva que la fría exactitud de su mente dotada por la Legión. Lucretius sintió de nuevo el revolverse su pelo, sintió la piel de gallina alzarse sobre sus brazos desnudos. El otoño era frío aquel año, y ya el viento había vuelto a bajar de las montañas. Había algo invertido en éste recuerdo, tan profundo y fundamental para quien era como ser humano, no como Marine Espacial. Algo que casi había olvidado cómo se sentía, y luchado todos los días para no olvidar.

Su padre se arrodilló delante de él, el orgulloso vástago de una casa antigua y

poderosa. Corvo nunca lo había visto arrodillarse antes. Ni siquiera en las antiguas imágenes de cuando Sulustro fue llevado de vuelta al redil de los Quinientos Mundos.

-Lucretius, hijo mío- había dicho. **-Te alejas de nosotros, y ello me duele**- agarró los hombros de su hijo. Su voz era insegura. **-Estoy orgulloso de ti. El nombre Corvo morirá contigo y aún así me siento orgulloso.**

Corvo no podía hablar. ¿Qué podía decir? ¿Cómo podía ser fuerte para el Emperador si su padre, el hombre más fuerte que conocía, no lo era?

El padre de Corvo buscó en sus ojos un atisbo del hombre que él nunca conocería. Se quedaron así, las manos de su padre cálidas sobre sus hombros, el frío viento en su piel.

Abrazó a su hijo y se levantó. **-Ve ahora, Lucretius. Siéntete orgulloso de lo que vas a llegar a ser, pero nunca olvides quién eres o lo que eras.**

-**Lo juro, padre-** dijo Lucretius. **-Juro que no voy a olvidar.**

Su padre sonrió. Corvo nunca había contemplado una vista más triste, ni antes ni después.

La memoria se desvaneció. Estaba con un padre diferente ahora.

Era difícil aguantar el ojo del León. Peligroso, incluso. Pero Corvo lo hizo.

El León miró a Sanguinius. Parecían divertidos.

-**¿Bien, capitán?-** dijo El León. **-¿Cuál es el significado de vuestros colores? ¿Le importaría explicármelo?**

-**Es simple, mi señor.**

-**¿Sí?**

-**Hice una promesa**- dijo Corvo e hizo una reverencia desde la cintura.

Llamaban el nombre del próximo héroe mientras se alejaba.

FIN

UN LUGAR SEGURO Y SOMBRÍO

(A safe and shadowed place)

GUY HALEY
TRADUCCION RODINA
CORRECCIÓN ICEMAN



Gendor Skraivok, el ‘Conde Pintado’, Señor de la Garra, 45ª Compañía, se quedó inmóvil en el puente de mando del ‘Príncipe Sombrío’. Ignoró el habitual bullicio de la tripulación del puente de la nave y miró a través de la última portilla de cristal blindado que permanecía intacta. Estaba en posición de firmes, como si estuviese inspeccionando un desfile naval, pero no consideraba lo que estaba viendo como la flota de una Legión, más bien, los restos de una, un desperdigado desguace de naves averiadas que iban a la deriva, sin propósito, contra la cruda y policroma furia de la tormenta del éter que envolvía Ultramar, enmarcándolos en un cambiante y sobrecogedor fondo, con patrones tan delicados cómo el hielo en el cristal.

Era un espectáculo totalmente deprimente. Hermoso a su manera, supuso Skraivok, pero él no estaba hecho para apreciar la belleza. Aunque la polarización estaba casi al máximo, la luz que nacía en la perturbación de la disformidad hacia que le dolieran sus sensibles ojos. Sin moverse, desvió la mirada para observar más allá de los serpenteantes tentáculos de la disformidad, a la profunda noche más allá del pequeño y pomposo reino de Roboute Guilliman.

Los pocos navíos que habían llegado intactos a este lugar, hacía tiempo que lo habían abandonado. No los culpó. Había una anomalía en el borde del sistema Sothan, un punto ciego, revestido de medianoche, delante del punto de Mandeville, enmarcado contra la distante corona del ‘Racimo Saphir’. Durante mucho tiempo había sido un privilegiado punto de encuentro para los Amos de la Noche, que se deleitaban preparando sus misiones de asesinato y depravación bajo las mismas narices de los Ultramarines. Esa extraña negrura permanecía.

Pero Sotha había cambiado.

Pero ya no era un remanso, estaba prácticamente llena de los miserables hijos de Guilliman. Tan pronto como las naves intactas de la VIII Legión entraron desde la sombra, vieron el flujo de navíos que iban y salían del planeta, así como la nueva plataforma orbital y el murmullo del tráfico noosférico, se habían empezado a retirar, huyendo nuevamente al empíreo. El resto se habían marchado, uno a uno, renqueando, tan pronto como efectuaron las reparaciones suficientes en sus destrozados cascos.

Los que se quedaron eran los casos desesperados. El ‘Príncipe Sombrío’,

supuso Skraivok a regañadientes, era uno de ellos.

Había pasado muchas noches sin dormir, anticipando el ulular de las alarmas de proximidad, pero la XIII no había llegado. Él se había aburrido de esperar, como de todo lo demás. Gendor Skraivok pensaba que, hasta ahora, había sido una buena idea, pero ¿cuál era la causa de todo ese aumento de actividad? ¿Tenía algo que ver con los pulsos regulares de energía procedentes de Sotha? Por suerte para él, esas emanaciones habían hecho a los Ultramarines, aún más ciegos ante el enemigo al acecho más allá del alcance de sus sensores.

Al menos, por ahora, este seguía siendo un lugar seguro y sombrío.

De los nueve navíos restantes, sólo el 'Príncipe Sombrío', el 'Señor de la Noche' y el 'Golpe de las Sombras' mostraban signos de actividad. El resto estaban totalmente a oscuras, sus reactores muertos y los legionarios evacuados. Con todas las luces apagadas, se habían convertido en sombrías losas que frustraban la luz de las estrellas.

Skraivok se preguntó qué terrores estarían jugando dentro de esos fríos cascos. ¿Surgirían ridículos principitos en la oscuridad de las arruinadas cubiertas para gobernar a los siervos, ahora que sus amos se habían eliminado a sí mismos? ¿Acapararían los cada vez más escasos suministros de alimentos, aire y agua para apoyar sus efímeros tronos? Estaba seguro de que así sería. Si una cosa había aprendido Skraivok en sus décadas de servicio, era que los seres humanos siempre volvían al mismo modelo y ese modelo era espantoso.

Considerar la ironía de esa media docena de mundos Nostramos en miniatura le proporciono una cierta diversión. Por lo menos, había contribuido a aliviar su aburrimiento.

Faltos de controles de posición, los navíos malditos se deslizaban unos cerca de los otros, la atracción de sus masas iba tirando poco a poco de ellos a través de la calmada balsa del espacio en la que se encontraban. Muy pronto, sus extremos se encontrarían, en un aglomerado revoltijo de mástiles rotos y planchas del casco trituradas. La idea le agrado. Podía esperar a que colisionasen.

Había estado allí durante siete meses. Comprobó el tiempo en las pantallas de sus lentes, como había venido haciendo casi obsesivamente, contando las horas pasadas mientras aumentaba su malestar. Sí, pensó. Siete meses merodeando en las sombras, lamiendo mis heridas. Maravilloso.

Al 'Príncipe Sombrío' solo le había ido ligeramente mejor que al resto de las

ahora oscuras naves, aproximándose tanto a la destrucción que ya no era algo divertido y eso que Skraivok encontraba divertidas un montón de cosas muy desagradables. Sus siervos habían trabajado incesantemente para repararla. Había sido una espera desmesuradamente larga y hoy era el día en el que sus esfuerzos se probaron como insuficientes.

El 'Señor de la Noche' y el 'Golpe de las Sombras' se iban.

Con una punzada de inquietud, reflexiono sobre el destino de Lord Curze. Antes de que su propia nave se arrancara lejos de la batalla contra los Ángeles Oscuros, había oído que Curze había abordado al 'Razón Invencible'. Un buen número de sus Atramentar le habían seguido. Skraivok estaba mucho más preocupado por la búsqueda de gloria de algunos de sus parientes, pero aquella era una especie de gloría suicida en la que él no deseó tomar parte, así que la 'Príncipe Sombrío' se adentro en la disformidad con su casco en llamas.

Y así, en lugar de las piras de los culpables, vio las antorchas de plasma de las cuadrillas de reparación, mientras se afanaban en su tedioso trabajo.

Sólo yo tengo la culpa, pensó con ironía. Fuera, pasando la tormenta, las estrellas eran un fracturado puñado de diamantes contra el negro más profundo, la arruinada flota colgaba bajo su fija mirada. Sus manos se tensaron dentro de sus guanteletes azul medianoche, inmaculados nuevamente, él tenía ahora poco más que hacer que pulir su armadura. Relámpagos provenientes de los arcos de soldadura se reflejaban por su reluciente superficie.

Nada, pensó. No puedo hacer nada en absoluto.

Skraivok pensó en las madrigueras favoritas de su juventud, mientras corría con las bandas. Lugares ocultos donde un fugitivo podría descansar un rato, hasta que la búsqueda cesaba, aunque muchas de ellas se convertían fácilmente en trampas.

Una tos le sacó del recuerdo de los barrios bajos, del hedor y la grasienta lluvia, contaminada por la fundición, para volver al puente, de regreso de un agujero a otro. Honestamente, no podía decidir cuál era peor.

-¿Mi señor?

La irritación hormigueo por su cuero cabelludo, Skraivok aparto su mirada de la desesperada visión del exterior para contemplar frente a él a un mortal igualmente desesperado.

Hrantax era viejo y calvo, y estaba muy, pero que muy cansado. Sus negros ojos Nostromanos estaban rodeados por múltiples y profundas ojeras remarcadas en su pálida piel, en la penumbra de la cubierta de mando, la manchada piel y las ojeras se combinaban para hacer los ojos imposiblemente grandes. Llevaba el uniforme suelto sobre su cuerpo, una consecuencia de sobrevivir a media ración. La interfaz de mando que llevaba en la parte posterior de su cráneo estaba llena de pliegues de piel. Su insignia había sido pobremente modificada, parecía un niño enfermizo disfrazado, una caricatura de hombre.

-Teniente Hrantax ¿Supongo que tendrá otro informe de daños para mí?- dijo Skraivok.

-Ahora soy el Capitán de la nave, mi señor.

-Sera, lo que yo diga, Hrantax.

Sin desanimarse, Hrantax continuó. Uno no sobrevivía en la sociedad Nostromana mostrando debilidad. **-Su conferencia con lord Klandr y lord Vost está prevista para dentro de poco.**

-Sí, Si- dijo Skraivok impacientemente. **-Así que manos a la obra.**

-Muy bien. Si me permite.

Hrantax no esperó respuesta alguna y se pellizco los hápticos incrustados en las puntas de sus dedos para emitir una representación hololítica del 'Príncipe Sombrío' en una pantalla cercana. El gráfico vaciló inseguro en al aire antes de tomar la forma de algo que se aproximara a una imagen estable. Un buen número de las lentes de proyección se habían roto y la imagen rotaba, mostrando secciones parpadeantes de forma secuencial.

-Estimamos que aún faltan tres días para que los principales enlaces de alimentación hacia los campos Geller estén a pleno funcionamiento, mi señor.

Skraivok suspiró ruidosamente. **-Esto se está poniendo aburrido. Estoy bastante seguro de lo que le dije, porque supongo que sabe que estoy absolutamente seguro de lo que dije, qué tenía hasta el día de hoy.**

Hrantax miró fijamente al gigantesco guerrero a través de sus lentes rojas. **-Ha sido tedioso, mi señor, pero el progreso alcanzado supera con creces nuestras mejores estimaciones. Me dijo quince días, se llevará a cabo en nueve.**

-El miedo también impulsa a los hombres.

-El miedo tiene sus límites. Han actuado bien sólo gracias a mi constante supervisión y planificación.

Skraivok miró a Hrantax. **-Debería matarte. Sabes que podría matarte.**

-Tal vez, pero no lo hará- dijo Hrantax.

-Entonces ¿eres inmune al miedo?

Los ojos de Hrantax temblaron, el terror apenas reprimido se filtraba fuera de él. Skraivok lo saboreó. El hombrecillo se estaba esforzando duramente y era una alegría poder atormentarlo.

-Por supuesto que no. Pero no me vas a matar porque deseas aún más que esta nave se aproxime a algo que funcione en vacio durante los próximos días- respondió y luego añadió **-Mi señor-** con el tono justo de insolencia que hizo sonreír a Skraivok. Gruño siniestramente a través de los altavoces de su casco.

-¡Así que será pronto!- dijo el legionario. **-A cambio, debería abrazarte fuerte. O tal vez ahora, después de tantos meses en este hoyo, he dejado de preocuparme y aplastare tu cabeza sólo para aliviar el aburrimiento sin fin...-** alzó la voz hasta convertirla en grito. **-¡De estar aquí!**

El ruido en el puente, una escueta fracción del bullicio que una vez había llenado el lugar, se calmo por un momento. La tripulación superviviente, todos ellos tan agotados y con los ojos hundidos como el propio Capitán Hrantax, miraron nerviosamente al marine espacial.

Hrantax ignoró la postura de su comandante.

-En la nave no había nada intacto, mi señor- El Capitán hizo un gesto con la mano hacía el maltrecho flanco de la nave. El contorno del 'Príncipe Sombrío' estaba esbozado con líneas de un verde suave, mientras que lo que realmente quedaba de la misma estaba realzado en tonos rojos suaves, asemejando un veteado tuétano de un hueso roto.

-Pérdida del trece por ciento de la masa total, setenta por ciento de mortalidad entre la tripulación. Sesenta y tres de las trescientas cubiertas están abiertas al vacío. Reducción del ochenta por ciento en los sistemas de armamento. En seis ocasiones distintas hemos estado muy cerca de la muerte total del reactor. Y sin embargo, todavía estamos aquí, sobre todo… gracias a mis esfuerzos. Si su tiempo ha sido aburrido, mi señor, el mío ha

sido cualquier cosa menos eso.

-Me alegro mucho por ti, Teniente.

-Soy el Capitán de esta nave. Capitán, Lord Skraivok.

-Sólo porque yo lo tolero.

-Y su tolerancia se basa en mi competencia y si lo que desea es pudrirse aquí para siempre, yo le aconsejo que acabe conmigo ahora.

Gendor Skraivok rió, pero sólo una vez. Era tanto una concesión como una amenaza para Hrantax. **-¿Tres días? Supongo que es una buena noticia-** se detuvo un momento antes de añadir a regañadientes. **-Bien. Pero aún así, es demasiado tarde.**

Un insistente timbre sonaba sobre sus cabezas. Una oficial de comunicaciones se acercó, el miedo se filtraba a través de ella por todos sus poros. Le faltaba el temple de Hrantax e hizo lo posible para ignorar al marine espacial, dirigiéndose sólo a su Capitán.

-Lord Klandr y lord Vost solicitan un canal de comunicación.

-Fantástico. Todo en esta nave está roto, pero todavía puedo hablar con esos hijos de puta- dijo Skraivok. **-De acuerdo. Póngalos, use cifrado completo. No quiero que nada de esto alerte a la sangrienta Decimotercera Legión.**

La mujer se atraganto, cerca del colapso, según pudo apreciar Skraivok. Y así debería ser. Se imaginó desollándola y la idea despertó su interés. Parecía una llorona. Aunque, la verdad, todos gritaban en los bastidores de desollado...

-Sí, mi señor.

Dos caras aparecieron en el hololito, desplazando al 'Príncipe Sombrío', convertido en una mota de luz colapsada.

El Capitán Klandr, conocido como 'Quickblade' (hoja rauda, n.t.) de la 23ª Compañía habló primero. **-Estamos listos para partir, como acordamos, Skraivok. ¿Se unirá a nosotros?**

-Encantado de verte, Hermano- dijo ácidamente Skraivok. **-Y a ti, 'Red Wing' (Ala Roja).**

-Skraivok- saludo Vost.

-¿Estás listo?- repitió lúgubremente Klandr. Su larga cara se veía absolutamente miserable, aunque en ella había un toque más de desprecio de lo habitual.

-Tres días más, por lo que me dice mi leal Capitán.

-Entonces deberemos partir sin ti.

-Setenta y dos horas. ¿No puedes esperar? Tres navíos son más potentes que dos.

Klandr y Vost apartaron la mirada de él. Supuso que estaban intercambiando miradas en silencio, preguntándose el uno al otro quién de ellos sería el que diera el golpe, sus proyecciones miraban de soslayo más allá de cada uno de ellos. Pensó que a miradas como esas nunca seguían buenas noticias.

-Esta guerra ha sido causada por nosotros- dijo Vost. **-No tenemos Primarca, ninguna orden y ningún propósito. Si nos quedamos aquí, seremos destruidos. La Decimotercera se dará cuenta más pronto que temprano de nuestra presencia y hay un gran número de ellos alrededor de Sotha. No tengo ningún deseo de enfrentarme a ellos en condiciones tan desfavorables.**

-No nos verán, este lugar ha servido bien a nuestra Legión durante mucho tiempo antes de ahora.

-Sotha ya no es lo que era, Hermano- dijo Vost. Él tenía un carácter menos severo que Klandr y una cierta cercanía personal hacia Skraivok, si tal cosa pudiera decirse de cualquier Señor de la Noche. Su burlona sonrisa estaba contaminada por un débil remordimiento, apenas aparente, pero allí estaba.

-¡Tal confraternidad me humilla! ¿Quieres que te recuerde como maldecías a los demás, a los que nos dejaron atrás, justo como ahora pretendes hacer?- pregunto Skraivok.

El fantasma de una sonrisa curvó la comisura de la boca perpetuamente fruncida de Klandr. **-Esos eran ellos y estos somos nosotros. La Legión está acabada, Skraivok. Tal vez, si tenemos suerte, podremos ayudar al 'Señor de la Guerra' de alguna pequeña manera.**

-Ósea ¿cada hijo de puta por su cuenta?

-Es la forma Nostramana- dijo Klandr. **-Seriamos unos necios si lo**

olvidáramos. Esperaremos al siguiente pulso de Sotha para cubrir nuestra partida.

-Y esta... tormenta. ¿Vas a desafiarla, verdad? No me importa mucho, pero tiene mal aspecto.

-Un buen trabajo, el que harás tú quedándote aquí- dijo Klandr. **-Creo que nuestro paso será lo suficientemente seguro a través de ella.**

-Me alegro de que estés tan seguro- Skraivok cambió de táctica, su tono se volvió más conciliador, una farsa totalmente transparente. **-¿No habrás considerado llevarnos a mis hombres y a mí?**

Klandr resopló. **-¿Y qué usurpes mi puesto, que me apuñales por la espalda en el trono de mando? Nunca fuiste uno que recibiera amablemente las órdenes de los demás. A bordo de este navío sólo hay espacio suficiente para un Capitán y ese Capitán sólo puede ser Klandr 'Quickblade'.**

-Me tomare eso como un no.

Los contornos de los oficiales parpadearon, un signo seguro de que sus reactores se encendían a pleno rendimiento. Klandr le dirigió una fulminante última mirada y terminó su transmisión.

-Por si te vale de algo, Skraivok, lo siento. Pero no podemos quedarnos más tiempo aquí- dijo Vost.

-No me vale para nada- dijo Skraivok con frialdad. **-Para nada en absoluto.**

-No, supongo que no- estuvo de acuerdo Vost. **-Adiós, Skraivok.**

El hololito se corto.

Skraivok ordenó alerta a todas las estaciones de batalla, por si sus antiguos Hermanos decidían asaltar su nave por los suministros, aunque evidentemente, treinta y un marines espaciales de 'la Garra' eran suficientes para desanimarles. Tampoco osarían abrir fuego, casi con toda seguridad, más por evitar alertar a los ejércitos ignorantes en Sotha, que por cualquier sentido de lealtad. Con silenciosa energía, el 'Señor de la Noche' y el 'Golpe de las Sombras' encendieron sus motores y se movieron fuera del cementerio.

La XIII Legión era puntillosa en todo. Justo en ese momento, media hora más tarde, hicieron nuevamente lo que estuvieran haciendo en Sotha y el predecible pulso de energía se arrastro fuera del mundo.

Fueron abrumados los astrópatas y canales vox, justo como las veces anteriores. Llovieron chispas desde sistemas mal reparados. Los débiles lúmenes del puente de mando del 'Príncipe Sombrío' vacilaron. Una corriente de ardiente luz se precipitó sobre el escondite de los Amos de la Noche, las lentes de Skraivok se atenuaron y la portilla de cristal blindado se atenúo aún más, pero no fue suficiente. Cerró los ojos. La luz abrasó las imagines a través de su visor y no vio a los navíos de Klandr y Vost arañando su escape hacia la disformidad.

Al menos tuvieron la decencia de proceder al salto a una distancia segura para su propio navío.

-Y entonces solo quedo una- suspiro. Solo el 'Príncipe' y las oscuras y muertas naves desangrándose en el vacío.

Sus ojos se humedecieron por el pulso de energía. Le faltaban fuerzas para desabrocharse el casco y secárselos. **-Recuerden todos. Quiero esta nave lista para salir tan pronto como tengamos los motores nuevamente en línea. Envíen hombres a las otras naves. Quiero reponer nuestra tripulación hasta que este completa. Vamos por libre.**

-Mi señor.

-Y tráeme a Kellendvar- dijo Skraivok.

Hrantax vaciló. **-Nadie sabe dónde está, mi señor.**

-¿Por qué no?

-Un error de juicio.

-Tú lo sabes- Skraivok pinchó con un dedo blindado a Hrantax, -**sí no fueras el oficial de más alto rango de esta nave, te mataría. Lo sabes ¿verdad?**

-Estoy seguro de ello, mi señor.

Maldito sea por su impertinencia, pensó Skraivok. Maldito él y maldito Kellendvar.

-Sólo tienes que encontrarme al Verdugo. Tráemelo aquí, ahora.



Kellendvar empujó más profundamente en la arruinada cara del hombre. El desgraciado gimió de dolor, cuando la sangre y materia gelatinosa lloraron por su mejilla. La otra mano de Kellendvar agarró tan fuerte el hombro del hombre que la clavícula se quebró.

Kellendvar lo miro de arriba abajo. Tan débil, tan frágil. -Es bueno que dejes de luchar. Que aceptes tu destino. Es lo sabio.

-Por favor, mi señor... por favor...- dijo el hombre, su voz era un doliente susurro. **-He servido lealmente a la Legión durante toda mi vida.**

-¿Sin duda piensas que esto no es justo?- La cara de Kellendvar estaba cerca del hombre. Olió la sangre, los humores del ojo desgarrado, la suciedad y el miedo. Él movió su dedo solo una fracción, el hombre gorgoteo en su sangrante agonía. **-No es justo. Pero no hay equidad en el universo ¿No te parece?**

La única respuesta del hombre fue ahogar un flemoso sollozo.

-Así que dime dónde está mi Hermano y yo te daré una rápida liberación de los pecados de esta vida- El tono de Kellendvar dejó absolutamente claro cuál sería la otra alternativa.

-¿Qué Hermano, mi señor?- jadeó el hombre.

Kellendvar se las ingenió para mirarle con desconcierto. **-Mi Hermano. Sólo tengo uno.**

-No he visto a ningún otro legionario desde... desde... ¡Por favor, se lo ruego, suélteme!

-No. Ya te lo dije, no un Hermano, ¡mi Hermano!

El hombre gritó. **-¡Mi señor, por favor! ¡Por favor! ¡Me dijo que me desollaría vivo si lo decíamos!**

-No creo que ahora eso te preocupe mucho ¿verdad?

-¡Por favor, basta! ¡Él está en la gran bóveda! ¡Por favor, mi señor!

-Bueno, no fue tan difícil ¿verdad? Soy agradecido, te concedo la misericordia.

Kellendvar empujó con más fuerza, golpeando dentro de la cuenca del ojo, que cedió bajo el metal de su guante como una cáscara de huevo vacía. El hombre se estremeció y murió, antes de que el pulgar de Kellendvar se separara de su cerebro.

Dejo caer el siervo al suelo, se limpió la mano en las ropas del muerto y tiró de él al centro del corredor. Desbloqueo la gran hacha que llevaba colgada en su mochila y encendió su llameante campo de energía. Un fuerte golpe dejo una herida humeante en las planchas de la cubierta y le arrancó la cabeza al hombre. Kellendvar busco un lugar donde exhibirlo y lo empujó hacia el soporte de un lumen roto antes de caminar a grandes zancadas hacia la oscuridad del navío muerto.

Los viejos hábitos tardan en morir.

El 'Nycton' había sido el navío más grande de la chusma en retirada que se había dado cita en Sotha. Había estallado al salir del inmaterium y apenas logro salvarse. El reactor se apagó poco después y la nave cayó en el caos. Elementos de dos compañías, la 'Aurora Imposible' y la 'Profunda Oscuridad', estaban a bordo. La rivalidad se convirtió en una guerra y casi el cien por cien de los Amos de la Noche murieron en los combates antes de que se restableciera un cierto orden, y eso, solo gracias a la posterior llegada de otras naves al lugar de reunión. El 'Nycton' fue posteriormente abandonado a la oscuridad, junto con los supervivientes de sus tripulantes y siervos.

Pero ha de pasar mucho tiempo hasta que una nave muera del todo. Los órganos pueden fallar, apagarse el cerebro, pero sigue habiendo vida durante mucho tiempo antes de que cada célula del cuerpo muera, los varados sobrevivientes digieren a su huésped como las bacterias del intestino digieren lentamente el cadáver de un hombre. La gran estrella artificial del corazón de la nave se apagó, pero el poder permaneció, fluyendo desde las estaciones auxiliares y aun ardería durante mil años. Había muchas máquinas menores que sobrevivieron a la muerte de la central, las suficientes para sostener una degradada forma de vida humana. Los hombres y mujeres podrían vivir en el seno de la 'Nycton' durante generaciones, olvidando gradualmente la galaxia exterior.

Kellendvar escuchó a los siervos, aunque no llego a verlos. Cada cierto tiempo, les oía escabulléndose, huyendo lejos de él, como ratas por las paredes. No había hecho el menor intento de caminar en silencio, ni se preocupo en perseguirlos.

-¡Podría atraparos si quisiera, pequeñas ratas!- grito. **-¡Lo sabéis!**

El eco de su voz se escucho a través de las cámaras y los pasillos vacios, corriendo por lejanos corredores, donde sólo quedaban los muertos para escuchar. Se echó a reír y siguió caminando.

Zonas enteras de la nave eran totalmente inaccesibles, Kellendvar se vio obligado a retroceder en muchas ocasiones. Sólo en dos ocasiones tuvo que ponerse su casco y forzar una salida al vacío, lo inconmensurable, la oscura extensión del cosmos siempre le hacía sentir algo parecido al miedo. Era un niño criado en estrechas callejuelas. Nunca había disfrutado de la vista de los espacios abiertos.

Dentro del casco, el aire estaba mezclado con complejos aromas químicos provocados por los múltiples incendios. Su neuroglotis proceso todo, devorando el delicioso sabor de mil muertes. Caminó por pasillos obstruidos por cadáveres ennegrecidos, con los miembros retorcidos y los rostros aullantes, carbonizados hasta formar una sola masa, que parecía un monstruo de varios brazos que allí hubiera perecido.

En la tercera confluencia de la vía principal interior, encontró cadáveres de sus Hermanos de Batalla, con las armaduras rotas por los mutuos disparos de proyectiles de masa reactiva. Les miro con desinterés, buscando a algún conocido, pero las Compañías a bordo de la 'Nycton' no eran de las que habían luchado a su lado. Sus marcas y trofeos de muerte le eran desconocidos.

En un gran atrio, tuberías rotas enviaban cascadas de agua, refrigerante y desechos humanos chorreando hacía abajo. En algunos lugares no había gravedad artificial, lo que le obligo a avanzar laboriosamente, con pasos desgarbados, utilizando las suelas magnéticas de sus botas, mientras que en otros se filtraba en las cubiertas el frío del espacio profundo, revistiendo a carne y metal, por igual, de finas capas de escarcha.

Se fue a popa, a más de dos kilómetros de donde los equipos de salvamento de Skraivok habían cortado el cadáver del 'Nycton' como si fueran carroñeros marinos devorando una ballena. Allí, Kellendvar captó el olor de la sangre fresca.

No mucho tiempo después, escucho gritos.

-Kellenkir...- suspiro. Cogió con más firmeza su hacha y tras esto avanzo con mayor cuidado.

El siervo no le había mentido. Kellenkir había establecido su guarida en el corazón de la gran bóveda.

Las reliquias de dos siglos de guerras al servicio del Emperador habían sido destrozadas y derribadas de sus soportes. Enmohecidos trapos era todo lo que quedaba de las banderas de, los una vez, honrados enemigos. Armas y esqueletos xenos se amontonaban por los rincones. Los artefactos de docenas de civilizaciones humanas yacían dispersos por el suelo. Si esto era un vandalismo deliberado o simplemente producto del castigo que había sufrido la nave a manos de los Ángeles Oscuros era algo desconocido. Toda noción de la bóveda como lugar de recuerdo había sido destrozado de alguna manera por la traición.

En su lugar se había convertido en un templo del horror.

Cuerpos encadenados, todos con marcas de crueles torturas, colgaban de cada pilar y puntal. La nave central de la sala estaba llena de cabezas humanas sin ojos. El aire olía a excrementos, sangre, carne quemada y podrida. Cuencos ardientes, antorchas y velas de grasa humana daban a la habitación una luz infernal. Las pocas ventanas que no estaban rotas no tenían las protecciones bajadas, la vista de la misteriosa pesadilla sin estrellas de más allá, solo aumentaba el amenazante aire de la cámara.

Seis vulgares jaulas se alineaban contra la pared. La mayoría de ellas estaban vacías, pero había dos ocupadas por sucios y demacrados cuerpos. El brillo de sus ojos delataba que aún continuaban con vida. Estaban completamente inmóviles, mirando hacia al centro de la habitación, hacia una mesa de hierro allí colocada.

Encadenada a ella había un siervo en las últimas fases de su muerte. No pudo discernir si se trataba de un hombre o una mujer, el aliento aún burbujeaba desde una cara sin labios ni ojos. La piel que anteriormente le había revestido estaba doblada con obscena corrección sobre una percha.

Kellendvar reconoció en ese trabajo a su Hermano Kellenkir. Él era tan culpable como el ‘Señor de la Noche’ de aquellas atrocidades, pero también era cierto que lo disfrutaba. Siempre había sido por un fin u otro, no un placer en sí mismo. Ese era el funcionamiento de su retorcida moral.

Lo que vio en la bóveda era algo totalmente gratuito.

-Hermano- llamo, en voz baja.

Kellenkir respondió sin levantar la vista de su trabajo. Estaba desnudo, con sangre hasta los codos, la sangre derramada por su última víctima, el limpio

metal de sus puertos de interfaz brillaba a la luz del fuego.

-Te he oído llegar. Siempre fuiste bastante torpe al andar, Kellendvar.

-He venido a llevarte de vuelta. El 'Príncipe Sombrío' está finalmente listo para partir. Es hora de dejar a un lado estas ociosas torturas, de que cargues nuevamente con tus armas.

-No hay nada de ocioso en esto. Enseño una valiosa lección a esta gente- Se inclino y hundió los dedos entre las costillas de su víctima. Se formo una grieta sorprendentemente grande y el inconsciente juguete de Kellenkir dio respiraciones irregulares. Luego, con una larga exhalación, que llevaba la fragancia del alivio, la torturada alma se escabulló hacia el olvido.

-Skraivok se va a llevar a tus juguetes, independientemente de lo que hagas, Hermano. Vuelve conmigo.

Kellenkir miro hacia arriba. **-¿Por qué? ¿Ha matado a los suyos?**

-Andamos bajos de suministros. No estábamos seguros de si podríamos escapar. Ahora, necesitamos a la tripulación. Dejarlos aquí, luchando para sobrevivir, sólo significa que tendremos a los más fuertes y que van a estar patéticamente agradecidos de ser rescatados.

-Algo muy noble.

-Algo muy práctico, Hermano mío- respondió Kellendvar. **-A medida de la Decimotercera diría-** Él caminó hacia la tabla, con el hacha aun de la mano.

-Ya no somos Hermanos- dijo Kellenkir. **-Esta parodia de flota se ha venido abajo.**

-Siempre serás mi Hermano. Tú eres mi Hermano. Hemos nacido de la misma madre, del mismo padre. "Hermano" es una palabra que significa para nosotros más que para el resto.

-¿Lo hace? ¿Qué significa en realidad ese vinculo de sangre? Nada. No vale nada, no asegura la lealtad, ni desde luego salvaguardar la sangre. Todo es inútil ante el rostro de la noche- Kellenvir agarró la cabeza colgando del siervo muerto y de un fuerte tirón la arranco del cuerpo.

-Padre estaría muy orgulloso- dijo sarcásticamente Kellendvar.

-¿Cúal?

-Lord Curze, por supuesto. Tú mataste a nuestro padre carnal.

-Lo hice ¿no?- Kellenkir sonrió ante aquello. **-Recuerdo muy poco de mi tiempo como debilucho. Pero recuerdo eso.**

-Vuelve conmigo ¡Volvamos a volar juntos por las estrellas! ¡Deberíamos estar fuera de aquí, llevando el terror a mil mundos!

-¿Oh, Sí? ¿Y cuánto tiempo durará ese sueño bajo un perro traidor como Skraivok? Nuestra Legión ya no existe. Del muerto Nostramo sólo quedan las renacidas bandas de asesinos. No somos un ejército. Estamos volviendo a lo de antes, escondiéndonos en las sombras. Pronto estaremos acechando las gargantas de los demás. Un hombre solo puede ser lo que es, transhumano o no. Éramos unos tontos al creer que podría ser diferente. Las otras Legiones tienen razón al odiarnos.

Kellenkir lanzó la cabeza del siervo hacia un lado. Aterrizó con un golpe húmedo.

-No hay civilización, no hay justicia. Sólo el dolor y las privaciones. El sufrimiento y el bendito fin del sufrimiento. Sin duda, este lugar es una prueba de ello, si es que alguna vez se necesitara una prueba ¿Por qué luchar contra ello? Me quedaré aquí y pondré fin al sufrimiento y al pecado.

Kellendvar negó con la cabeza.

-No toda la Legión lo justifica. Podemos reunirnos con los otros y luchar- bajó ligeramente su guardia para demostrar su sinceridad, pero sólo un poco. Sabía que Kellenkir era uno de los pocos que podían vencerlo en combate singular. **-Por favor, Hermano.**

-¿Quién es Skraivok para pensar que será mejor que el resto de la Legión? El ‘Cazador de la Noche’ está muerto, no hay posibilidad alguna de que allá sobrevivido al León.

-Eso no lo sabemos, Hermano.

-Casi lo mata la primera vez. El León no es alguien al que le guste dejar un trabajo sin terminar.

El rostro de Kellendvar estaba fruncido. Esto no iba según lo planeado. Su Hermano había sido siempre su opuesto, pero nunca había sido tan difícil. **-Somos todo lo que tenemos, tú y yo. Esto ha sido siempre diferente para nosotros. No somos como los demás. Incluso en medio de todo esto, tenemos este lazo.**

-Nadie tiene nada. Nada tiene valor- Kellenkir levantó un colgante agarrándolo por la cadena. **-¿Habías visto antes uno de estos?**

-No- dijo Kellendvar. **-¿Debería haberlo visto?**

Kellenkir rió entre dientes, los siervos de la jaula farfullaron de puro terror ante ese sonido. **-No, creo que nuestros gustos no van por ese camino-** tiró la cadena a su Hermano, que la cogió al vuelo.

La cadena estaba pegajosa de sangre. Kellendvar la sostuvo en alto. **-¿Un Aquila?**

-Encontré a algunos de ellos llevándolos como si fueran amuletos- explicó Kellenkir. **-Y en la cubierta cincuenta y dos, encontré a un montón de ellos juntos. Se habían suicidado. Había una de estas, mucho más grande, colocada en la pared.**

-¿Y?

-¿Y...? siempre fuiste un estúpido, Kellendvar. Era una congregación, un templo. Están adorando al Emperador. Tienen la esperanza de que vendrá a rescatarlos. ¡Imagínate! Imagínate que se mete en sus pequeños y frágiles cráneos que no habrá colonizaciones para ellos, ni rotaciones de servicios, ni obligaciones alternativas, ni recompensas como parte de su trabajo en las Legiones. Sólo una interminable servidumbre en el vientre de una nave de la Octava Legión y muy probablemente una muy dolorosa muerte al final. Esta es nuestra guerra, no la de ellos. Por eso recurren al Emperador como a un Dios. ¡La Verdad Imperial!- se mofó**. -Con qué rapidez nos abandonan por un poco de esperanza.**

Kellenkir se volvió hacia los encerrados siervos.

-¡La esperanza es una ilusión, la vida es dolor!- les gritó. -**Y tengo la intención de perfeccionar ese arte-** se acerco a las jaulas y señaló a uno de esos desgraciados encogidos en las jaulas. El hombre cayó de rodillas suplicando, no por su vida, sino por un final rápido y limpio. Kellenkir negó con la cabeza y giro su mano para indicar a otro. **-Tú.**

Metió la mano en la jaula y agarró al segundo siervo con un salvaje apretón. El hombre gritó como un niño atrapado por un monstruo. Los otros no hicieron nada para ayudarle, pero se apartaron de ese ángel que se había convertido en un ogro.

-Tenía miedo de que dijeras eso, Hermano- Kellendvar suspiró. **-Pero te**

equivocas- sin previo aviso corrió hacia su Hermano, abalanzándose contra él. Kellenkir soltó al siervo, que se arrastro sobre el vientre mientras sollozaba. La cara del legionario estaba crispada por la furia. Luchó contra su Hermano y ambos cayeron al suelo.

-¡Cómo te atreves!- Kellenkir se puso a horcajadas sobre el pecho de Kellendvar, sujetando sus brazos en el suelo con las rodillas. Golpeó cuatro veces la cara de su Hermano, cada impacto era como si un yunque cayera sobre la cara del otro. **-¡Estás equivocado! ¡Estás equivocado! ¡Nadie vendrá! ¡Todo terminará en la oscuridad! ¡Es la única manera en la que todo puede terminar!**

Kellendvar se resistió bajo su Hermano. Kellenkir era el más fuerte, siempre lo había sido, pero no tenía la fuerza añadida de su armadura. Kellendvar se giro, tirando a su Hermano al suelo, antes de rodar suavemente y ponerse en pie con la pistola bolter dirigida contra Kellenkir.

Algo llamó su atención en ese momento. A través de las ventanas, en el vacío.

El resplandeciente precursor de una traslación saliendo de la disformidad.

Kellendvar escupió sangre por la boca. **-Entonces, Hermano, mira y veras que no me equivoco.**

Los ojos de Kellenkir se estrecharon con cautela ante la visión. Un desgarró apareció en la realidad, vomitando brillantes colores en la sombra de Sotha. Tentáculos de una luz semi-consciente se retorcieron cuando una flota de combate surgió del empíreo, con turbulencias psíquicas bullendo en sus campos Geller.

Una flota de los Amos de la Noche.

El 'Nycton' se meció en la estela de la disformidad creada por los navíos recién llegados, lanzando a ambos Hermanos al suelo. Kellendvar fue el primero en recuperarse. Se lanzo contra su Hermano con un 'Pico de Dolor' en su mano. Lo introdujo en el puerto del interfaz en el pecho de su Hermano. Ideado para inmovilizar a un marine espacial, su descarga anulo completamente el sistema nervioso de Kellenkir.

-Un día, te mataré, Hermano pequeño- logró insultarle Kellenkir antes de derrumbarse con un estrépito atronador.

Kellendvar enfundó su pistola y volvió a colocar su hacha en la mochila. **-Tal vez. Pero primero, te salvare-** murmuro.

Cogió a Kellenkir por debajo de los brazos y comenzó el largo proceso de arrastrarle hacia la zona de rescate.

En las jaulas, los siervos sollozaron.



Krukesh el 'Palido', Capitán de la 103ª Compañía, señor de la nueva Kyroptera (consejo de altos oficiales asesores de Curze, señor de la Legión de los Amos de la Noche, n.t), entro a grandes zancadas en el puente de mando del 'Príncipe Sombrío', veinte de sus guerreros le rodeaban en una estrecha formación. Sólo cuando llego ante Skraivok y Kellendvar salió de entre sus guardaespaldas y dio un paso hacia adelante. Llevaba su casco bajo el brazo, dejando al descubierto su pálido y cadavérico rostro.

Miró el puente a su alrededor con unos ojos más negros que el azabache, con una leve expresión de diversión en su rostro. **-Bueno, Skraivok, parece que ha armado un buen follón con esta nave ¿no le parece?**

-Solamente porque no corrimos tan rápido como usted- dijo Skraivok, que era dolorosamente consciente del gran número de naves operativas que se agrupaban en su limitada visión exterior.

-¡Ah, ah, ah!- Krukesh movió un dedo. **-¡Yo formo parte de la Kyroptera! He recogido a gran parte de nuestras dispersas fuerzas y las he agrupado, convirtiéndolas en algo parecido a una Legión, para poder luchar nuevamente y por lo que parece, estoy aquí, para rescatarte de este pequeño agujero en el que te encuentras. Me debes algo más de respeto, Señor de la Garra.**

-Sólo eres de la Kyroptera por la palabra de Sevatar. Eso no te hace miembro del consejo de ninguna manera- dijo Kellendvar.

-Y estoy en pie, delante de ti, con una flota a mi espalda- respondió Krukesh. **-Según mis cálculos, esto me hace mejor que la mayoría.**

-¿No mató el Primer Capitán a todos los demás?- preguntó Kellendvar. **-Tú no eres nada más que un simple perro con correa.**

-Tal vez tengas un punto- dijo Krukesh con un simulacro de ecuanimidad. Levantó un dedo, como si acabara de tener una idea maravillosa. **-Te diré ¿qué tal si ofrezco un lugar en mi flota a cualquiera de tus guerreros que lo deseen y luego te dejo aquí para que mueras solo en la oscuridad? Incluso, si me siento deportivo, podía ingeniármelas para hacer saber de tu presencia a la Decimotercera de Guilliman. Al menos tendrás una muerte gloriosa. ¿No es la gloria lo que deseas?**

Skraivok dirigió a Kellendvar una mirada de advertencia.

-Arrodillaros- dijo Krukesh.

Kellendver desenganchó su hacha y planto su extremo en la cubierta. Juntos, Skraivok y él, se pusieron de rodillas.

-Bienvenido al 'Príncipe Sombrío' mi señor- dijo Skraivok con los dientes apretados.

Krukesh aceptó su homenaje con una mueca de satisfacción. **-Mejor. Ahora, si lo deseas, puedes levantarte ¿Quién es este perro insolente?**

-Kellendvar. Es mi Verdugo.

-¿Y quién es ese, el de las cadenas?

Skraivok miró hacia el rincón donde Kellenkir estaba firmemente encadenado a un poste de castigo, son sus furiosos ojos mirando por encima de un resistente bozal.

-Ese es Kellenkir. Fue un vexillary (portaestandarte del capítulo, nt) del Cuarto Capítulo- dijo Skraivok con una dolorosa sonrisa. **-Pero se ha ido... bueno, está loco.**

Krukesh le miró con incredulidad. **-Entonces mátalo.**

-Ah, a Kellendvar no le gustaría nada eso ¿Lo harías Kellendvar?

-No- dijo el Verdugo, levantando su hacha.

-Son Hermanos- explicó Skraivok. **-Hermanos de verdad, reales, reclutados al mismo tiempo. Y Kellenkir es todo un guerrero.**

-Podría mataros a los tres- dijo Krukesh. Sus escoltas levantaron sus bolters.

-No es prudente burlarse de él, Krukesh. Kellendvar está invicto en las jaulas de práctica con la excepción de su Hermano. Por eso lo elegí como mi

Verdugo- luego añadió -así que ya ves, posiblemente te mate antes de que muera.

Krukesh resopló y dejó ir la amenaza.

-Ese fenómeno que me dijiste ¿Está la Decimotercera construyendo una especie de súper-arma en Sotha?

Skraivok se rascó la nuca, inquieto por el cable que allí entraba en el puerto neural. **-Eso es lo que pensaban algunos de los otros, por eso se escabulleron lejos con todo el sigilo posible. Pero yo no estoy tan seguro de que sea un arma. Tiene cierto efecto en nuestros sistemas, pero no demasiado. Es más... Es como un poderoso conjunto transmisor. O un faro.**

-¿Un faro?

-Ya lo veras por ti mismo... mi señor...- dijo Skraivok con una total falta de sinceridad. Por un breve momento, se le paso por la cabeza como debía sentirse el Capitán Hrantax. **-No tendrás que esperar demasiado tiempo. Los Ultramarines son terriblemente meticulosos. Han disparado esa cosa tres veces al día, todos los días, desde hace dos semanas.**

-¿Siempre son los mismos intervalos de tiempo?

-¿Qué te piensas? Es la Decimotercera.

-Es verdad- dijo Krukesh.

Hrantax lanzó una cuenta atrás a una de las pantallas hololíticas del puente mando. Una versión en miniatura del sistema Sothan surgió bajo ella.

-Anomalía de Sotha en treinta segundos- hablo un servidor. **-Veintinueve, veintiocho.**

Skraivok observaba de reojo a Krukesh. Un bucle de imágenes holográficas de las victimas favoritas del Capitán se representaba en varias de las placas de su armadura, entremezcladas con los habituales relámpagos de la Legión, en una exposición sin fin de sus pasadas atrocidades. Sus insignias y heráldica personal habían sido aplicadas nuevamente con extensa generosidad. Recientes exquisiteces colgaban de su armadura, no sólo trofeos, también representaciones iconográficas de su capítulo, Compañías y escuadras veteranas favoritas.

Tenía un nuevo casco, adornado con la representación de un ala de murciélago, una flagrante copia del casco del Primer Capitán Sevatar. Tan

seguro de sí mismo. Tan henchido por haber sobrevivido. A Skraivok nunca le había caído bien, pero el nuevo Krukesh era sencillamente detestable.

La cuenta atrás del servidor terminó. **-Tres. Dos. Uno. Ya.**

Skraivok esperó expectante. Todos lo hicieron.

-No está ocurriendo nada- dijo Krukesh. -Después de todo, parece que voy a dejarte aquí, Skraivok.

-¡No lo entiendo!- bramó Skraivok. **-¡Es la Decimotercera! Debe haber algo más. ¡Espera, espera un momento más!**

-No, creo que no...

Krukesh se detuvo. Un gesto ceñudo arrojo tenues sombras a sus pálidas facciones.

Un extraño presentimiento se apoderó de cada uno de ellos, incluso los siervos de la tripulación miraron alarmados a sus pantallas y a la intacta portilla de cristal blindado. La aprensión se acumulo en sus corazones, presagiando algo terrible.

Skraivok sintió un cosquilleo detrás de sus glóbulos oculares. Un instante después, Sotha estalló en una brillantísima luz, mucho más penetrante que los rayos del sol del sistema. El pulso electromagnético acompañante abrumó los sistemas de la dañada nave, estallaron cogitadores, se fundieron las pantallas, dejando caer los servidores y envolvió la cubierta de mando en una oscuridad estriada por la terrible y abrasadora luz que invadía la sala a través de la portilla de observación.

Los Amos de la Noche bajaron las protecciones de sus ojos e hicieron muecas de dolor. Los hombres y mujeres mortales del puente se derrumbaron por la cubierta gritando y agarrándose los rostros.

Skraivok esperó a que la noche volviera a caer. No sucedió.

Bajó ligeramente su mano, atreviéndose a mirar la luz.

A diferencia de otras ocasiones, el resplandor de Sotha no disminuyo, ardía constantemente. Segundos más tarde, demasiado rápido para una luz que hubiera viajado a través de los medios físicos normales, otra luz pareció responder desde lejos, una solitaria estrella real ardiendo contra el resplandor enfermizo de la tormenta de la disformidad.

-Bueno, bueno, bueno- dijo Krukesh. **-Eso, si no me equivoco, debería ser Macragge-** su mano abierta, levantada anteriormente, lanzaba una dura sombra negra en su cara. **-¡Qué interesante!**

Macragge. Sotha ¿Cuál era la conexión?

Entonces Krukesh activó su vox. **-¡Preparad la flota!-** ordenó. -**Y reunid a mis Comandantes. Creo que ya es hora de que investiguemos este sistema, un poco más de cerca.**

FIN

IMPERFECTO

(Imperfect)

NICK KYME
TRADUCCION
CORRECCIÓN ICEMAN



Dos aguerridos ejércitos con sus fuerzas dispersas, mirándose sin pestañear el uno al otro a través de un campo de marfil y ébano. Habían empezado dispuestos en perfecta formación, con sus ordenadas filas y rígidos gallardetes, de pie contra una brisa poco profunda, los rostros de sus combatientes afilados, tan duros como la roca. Levantados sobre sus basamentos circulares, sus señores y líderes espirituales habían mirado imperiosamente, el Emperador y la Emperatriz de pie, uno al lado del otro, mostrando toda la fuerza de su gobierno y su compromiso con la victoria.

Pero como pasaba tan a menudo en la guerra, incluso con la más elevada de las mentes estrategas, el orden se rompió y el caos tomó las riendas. Porque si de una cosa se podía estar seguro sobre los conflictos, era que siempre terminaban en el reino del caos.

La guerra era ahora opaca, dura, lisa e inflexible. Sólo podía terminar en derrota para un lado u otro. Con los clarines de batalla aún desvaneciéndose en el aire, mucha sangre se derramó antes de que uno de sus generales hablara.

-¿Te imaginas a ti mismo como el Emperador o el Tetrarca, hermano?- preguntó Fulgrim.

El fenicio se reclinó, mirando fijamente a Ferrus y desviando su mirada de las piezas del juego finamente talladas. Entrecerró sus penetrantes ojos y volvió a inclinarse hacia delante de modo que estuviera al nivel de su hermano, este se había hundido entre las piezas para contemplar su próximo movimiento.

A diferencia de su hermano más escueto y formal, Fulgrim llevaba una túnica suelta de perlado violeta, su plateado cabello caía suelto sobre su cuello y hombros. Una copa de marfil inscrita con curiosos sigilos reposaba cerca de sus afilados dedos de la mano derecha, al lado de la mesa de juego. Fulgrim tomó un sorbo de dicha copa, pareció vigorizarlo, antes de decir **-Creo que te ves como el Tetrarca. ¿Estoy en lo cierto?**

Ferrus jugueteó con la pieza que representaba la 'Gran divinidad' (Divinitarch). Era un vidente ciego con túnica agarrando su bastón de mando, el bastón era una representación icónica de un iris dentro de la letra "I". En el antiguo Grekan, el ápice.

Concentrado en sus piezas de juego, Ferrus no levantó la mirada. **-¿Estás**

tratando de distraerme, hermano?- preguntó, de buen humor.

Su tono, no combinaba con su apariencia. Ferrus estaba vestido con su servoarmadura de Medusa. Negra como mortaja funeraria, parecía densa e inflexible. Tenía el pelo rapado cerca del cuero cabelludo y la cara bien podría haber estado tallada en piedra, toda emoción traicionada.

Fulgrim se echó hacia atrás, la luz del único globo de fósforo que los iluminaba desde arriba capturó el fundido de porcelana de su piel en la cara y el cuello. Su largo pelo, brilló intensamente en un resplandor ondulante.

Más allá de la luz, sólo había oscuridad. Hizo difícil discernir el autentico tamaño de la cámara en la que estaban jugando. Un siseo bajo tuvo eco en el aire fresco, lo que sugería al menos, una sala importante o galería.

-No, en absoluto-dijo, la leve curvatura de su labio lo traicionó, mostrando tanto una sonrisa incipiente como la mentira en sus palabras. **-Yo simplemente planteo la pregunta. ¿Emperador o Tetrarca?**

-¿Por qué no Primarca?- contestó Ferrus, levantando la vista de sus deliberaciones con el fin de fijar con sus duros ojos, los afilados de Fulgrim.

-Pedernal u obsidiana, fuego o hielo. Por qué eso es lo que somos, ¿no?

Ferrus hizo su movimiento, un astuto flanqueó con su último Eclesiarca restante. Se echó hacia atrás, con los brazos cruzados, mirando, satisfecho de sí mismo.

Fulgrim se rió, una genuina y cálida expresión de cordialidad que rara vez sentía, a excepción de cuando estaba con su hermano.

-Realmente debes enmascarar mejor tus intenciones, Ferrus.

-¿Debería?- El destello de una manifiesta sonrisa fue enterrado rápidamente bajo los riscos de los severos rasgos de Ferrus. **-¿Quién tiene una máscara mejor que la Gorgona, hermano?-** preguntó. **-Dímelo.**

-¿Ahora quién está distrayendo a quién?

Ferrus no respondió, simplemente hizo un gesto vago con una mano enguantada.

El rostro de Fulgrim se oscureció un poco cuando notó el guante blindado, pero se recuperó rápidamente. ¿Quién llevaría puesta una armadura para un juego suave de estrategia? pensó, aunque las sombras a su alrededor

parecían cambiar incómodamente con la ira implícita y el tono tácito de Fulgrim. ¿Y los guantes? Amateur.

-¿No te molesta?- dijo en voz alta, dirigiéndose a Ferrus **-¿qué te llamen así? Gorgona. Era una fea criatura, un repugnante monstruo del mito Grekan, podía petrificar a un hombre con sólo mirarlo.**

Ferrus soltó una breve carcajada.

-Yo lo veo como un cumplido. Además, yo soy feo.

Se rieron juntos por el leve auto desprecio de Ferrus. Él sólo lo hizo en presencia de Fulgrim, la cercanía de su fraternal vínculo evidenciaba su aparente facilidad.

Aun así, Ferrus todavía tenía que racionalizar el comentario. Tal era su naturaleza.

-Mis enemigos nada más ver mi severo rostro, lo celebran rígidos de miedo- dijo suspirando. **-Ojalá que todas las batallas se libraran y ganaran tan fácilmente.**

-Si…- respondió Fulgrim con nostalgia, con solo la mitad de su atención en el tablero. **-Ojalá lo fueran.**

Se inclinó hacia adelante de nuevo, a tomar un sorbo de su copa, pero encontró con descontento que ya la había drenado.

-¿Somos amigos, tú y yo?- preguntó.

Ferrus frunció el ceño, un poco incrédulo ante el comentario de Fulgrim. **-¿Acaso no forjé tu espada para ti, hermano?**

-¿Eso es lo que es la amistad, forjar espadas?

-No puedo pensar en ningún vínculo más tangible de confianza que eso- respondió Ferrus, su cruda honestidad fue difícil de eludir para Fulgrim. **-Como guerreros, tenemos que estar seguros de nuestras armas en la batalla. Yo no dejaría que cualquiera forjara algo de lo que tan afiladamente dependo.**

-¿Significa eso entonces, que confiarías en mí?

La frente de Ferrus se frunció, evidenciando su confusión. **-¿Confiar?**

-Confianza Ferrus. Si confías en mí.

-Tú eres mi hermano, Fulgrim. Por supuesto que confío en ti.

-¿Y confías en todos tus hermanos?

Ahora la Gorgona mostró su verdadero rostro, una losa de pura roca que parecía oscurecer la luz con la repentina gravedad de su expresión. **-Bien sabes que no lo hago.**

Fulgrim recordó los nombres. Curze, Magnus, Jaghatai…

-Entonces el nuestro es un vínculo más profundo-dijo relajándose.

-Raro, como el mineral de Medusa.

Fulgrim sonrió cálidamente, olvidando por un momento dónde estaba.

-¿Cómo crees que dos hombres como nosotros nos hicimos tan buenos amigos cuando nuestro carácter es tan diferente?

-Estamos muy lejos de los hombres mortales, Fulgrim.

Ferrus siempre se había deleitado con eso. La idea de ser más grande, más que un ser ordinario. *Tal vez mi propia conducta no es tan diferente*, pensó Fulgrim.

-Bueno, ya sabes lo que quiero decir.

Ferrus inclinó la cabeza en tono de disculpa. **-¿Es nuestro carácter tan diferente?**

-Tienes razón, no lo es. Yo soy el dueño del mío y tú… bueno…

-¿Y realmente crees que la semejanza promueve un lazo tan fuerte? Tanto Vulkan como yo somos herreros, de un credo u otro. Respeto su artesanía, pero no me gustaría que él estuviera sentado aquí en tu lugar.

Fulgrim se recostó de nuevo, aparentemente satisfecho. **-Eres noble Ferrus. Quiero que lo sepas.**

Ferrus sonrió, desvaneciendo su sombrío humor.

-Te toca jugar, lo estás postergando, hermano.

-Sólo jugando con tu orgullo.

Fulgrim hizo su siguiente movimiento, optando por colocar a uno de sus Ciudadanos en una posición vulnerable. Era una estrategia obvia, una que Ferrus debería ver venir. Pero había en ella una segunda amenaza velada, oculta por la pieza con capucha.

Su campo de batalla era circular, no siendo esta una configuración poco común, dividido en segmentos, cada uno de los cuales se componía de nexos unidos por las líneas curvas que definían su forma. Seis radios sobresalían del nexo principal, el núcleo. Donde las piezas estaban dispuestas alrededor del Primarca, aunque no todas eran visibles. Las piezas 'encapuchadas' eran varias, predeterminadamente antes del comienzo del juego, se mantenían en reserva. Cuando se desplegaban, tales piezas permanecerían ocultas, representadas como humildes Ciudadanos, hasta el momento en que se descubrían o mataban a otra pieza.

La única otra manera de revelar la identidad de las piezas encapuchadas era utilizar la 'Gran Divinidad' (Divinitarch). Ferrus la había sacrificado al principio, considerando que era tácticamente más valioso poder maniobrar su Tetrarca a una posición favorable.

La pieza del acorazado guerrero, tenía su espada levantada en señal de saludo frente a la placa frontal de la visera, tenían mucho en esencia con el comportamiento de su portador.

Cuando Fulgrim lanzó el Ciudadano, Ferrus dio un resoplido de advertencia.

-No picare tan fácilmente.

Con sus finos y serpentinos labios fruncidos, Fulgrim consideró las palabras de su hermano, pero eludió la obvia réplica. En su lugar, regresó a la pregunta. -**Todavía no has contestado. ¿Emperador o Tetrarca?**

Ferrus sonrió, absorto en el tablero y el juego.

Era bueno verle sonreír con tal facilidad.

Fulgrim lo estudió.

Los angulosos pómulos. El amplio movimiento de su pesada frente, cada línea por encima de ella, una fisura en los afilados riscos de su rostro. La musculosa línea de la mandíbula, salpicada de incipiente y oscura barba. El cuello como un tronco. Las orejas de un pugilista, feas, pequeñas, deformes. La leve decoloración de la piel, debida en su mayor parte a las horas que pasó trabajando duro en la fragua. Sus penetrantes ojos, alguna vez juzgando. Cada pelo, cada diente totalmente leal, cada arruga y cicatriz…

-El destino del hombre ciego es una estrategia para usar contra los novatos, hermano- dijo Ferrus en su familiar barítono retumbante. Una vez más, él movió su Tetrarca.

-Novato o pedagogo arrogante…- murmuro Fulgrim.

-¿Y que soy yo?

-Ambos. Ninguno.

-Veámoslo, ¿de acuerdo?– replico Fulgrim.

Fulgrim movió su Gran Divinidad, poniéndolo en contacto con un Ciudadano con capucha y Ferrus se vio obligado a revelar su verdadera identidad.

-¿Una Fortaleza, hermano? Qué intrigante.

-¿Lo es?

-Es sólo que, siempre que hemos jugado a este juego, siempre estás a favor de una estrategia de ataque.

Sin prestar atención y absorto en el juego, Ferrus tomó su Fortaleza y la desplazo abajo en el tablero hacia el nexo central.

-Agresivo…- asintió Fulgrim con la cabeza, luego hizo su propio movimiento.

Tomando cada vez menos tiempo para deliberar cada movimiento, Ferrus barrió la Gran Divinidad que Fulgrim le había ofrecido, en un movimiento de matanza que envió un destello de anticipado triunfo en el rostro de la Gorgona.

Fulgrim tocó el borde de la mesa con sus delgados y sinuosos dedos. Su caído Eclesiarca aparentemente había hecho mella en su estrategia preferida. Los segundos transcurrieron y él no hizo nada.

-¿Sabes por qué llaman al juego regicidio?- preguntó, acariciando la blanca talla de marfil de su Emperatriz, ella con toda su potencia, pero con nada de poder verdadero.

-No importa- espetó Ferrus. **-Cesa este estancamiento patético y haz tu movimiento.**

-Paciencia, hermano- le reprendió Fulgrim. -**Fue en Narodnya ¿realmente a pasado tanto tiempo que se le te ha olvidado cómo ser paciente?**

Ferrus parecía a punto de estallar de nuevo cuando se relajó, lastimeramente sosteniendo ambas manos enguantadas. Una vez más, Fulgrim lo notó y tuvo que reprimir un estremecimiento de rabia por debajo de su ojo derecho. Un tono sibilante cortó el aire gélido.

-¿Qué fue eso?- preguntó Ferrus, reaccionando al sonido.

-Nada. Sólo los protocolos de recirculación atmosféricos.

Por primera vez desde que comenzó el juego, Fulgrim levantó la vista de la mesa y la fijo en la oscuridad más allá. Lo prefería de esta manera, especialmente cuando jugaba, ya que le ayudaba a enfocar la mente. Un centro de atención nebuloso caía sobre el tablero y sus jugadores, tiñéndolos de un enfermizo amarillo. Poco más allá de esta débil corona de iluminación, una figura podría morar en la penumbra sin ser vista, una silueta mirando el concurso que se desarrollaba. Todavía estaba embelesada, con la atención puesta en la prueba mientras llegaba a su fase más crucial.

-La muerte de un monarca- contestó Ferrus, su voz llamó la atención de Fulgrim de nuevo a él. **-Eso es lo que significa.**

-También se refiere a la muerte de un Emperador- le contesto el fenicio, en la búsqueda de confianza movió la Emperatriz a otra posición. **-No sólo eso, hermano, la ejecución justa y legal de dicho monarca o Emperador, tras un juicio.-** Se lamió los labios y el susurro de la recirculación atmosférica se intensificó brevemente. **-Me parece una idea intrigante.**

-De hecho- dijo Ferrus, fijando su atención de nuevo en el tablero.

Una trampa se estaba formando, lo evidenció su tensa expresión facial. También reveló que no podía discernir la naturaleza de la trampa, sólo que existía una.

Todavía tan ciego…

Moviendo su Emperatriz, Fulgrim había dejado a su Emperador expuesto a los ataques.

-Sí- continuó. **-Intrigante que un Emperador puede ser considerado sujeto a las mismas leyes y restricciones que unen a los hombres ordinarios. Que cualquier acto de daño impuesto a un ser así, se puede considerar legítimo y justo.**

-¿Crees que no debería ser así?

-Creo que sugiere que un líder, o incluso un padre, puede ser defectuoso.

-Todos los hombres tienen defectos, es lo que les hace hombres. La capacidad de ver y mitigar los propios defectos es una medida de la grandeza de un hombre. Sólo los buenos líderes poseen tal conciencia de sí mismo.

Qué irónico, quiso decir Fulgrim, pero en lugar de eso, dijo **-ahora ¿quién esta eludiendo el asunto, hermano?-** convirtiendo deliberadamente las anteriores palabras de Ferrus contra él, con la esperanza de obtener una ventaja psicológica.

-No estoy haciendo tiempo.- Parte de la ira volvió, visible en los puños de la Gorgona al cerrarlos y apretarlos.

-Entonces, juega.

-Estás tratando de meterme prisa, para que cometa un error.

No necesitas ningún acicate, querido hermano.

La enguantada mano de Ferrus quedo suspendida sobre el Tetrarca. Un movimiento angular y podría matar a la pieza idéntica en el ejército de Fulgrim. Era un movimiento llamado el 'Rompe Espadas' (Swordbreaker) y en esta versión de regicidio convertiría el conquistador Tetrarca de Ferrus en un Primarca, una pieza de mucha mayor capacidad de maniobra y por lo tanto, poder.

-Estás ocultando algo- dijo, todavía vacilante.

-Y te comportas claramente fuera de lugar, hermano- gruño Fulgrim, mostrando los dientes.

Ferrus parecía no darse cuenta. En cambio, se quedó mirando el tablero, azotada por la indecisión.

-¿Lo mato?

¿Cuántas veces me hice yo esa misma pregunta?

Después de hacer su jugada, Ferrus tendría que soportar cualquier ataque que Fulgrim hubiera elaborado en el siguiente movimiento, pero con otro Primarca a su lado. Examinó el tablero, pero no vio ningún potencial peligro.

-No tienes nada…- murmuró, sonriendo. **-Como siempre, optas por la**

ofuscación en lugar de una sólida estrategia.

-Entonces enséñame la tuya- invitó Fulgrim. **-Pero antes de hacerlo, responde a mi pregunta. ¿Eres el Tetrarca o el Emperador?**

Ferrus levantó la vista, su rostro era una máscara de desafiante beligerancia.

-Nadie puede ser Emperador, salvar el propio Emperador- declaró y empujó adelantando su Tetrarca, matando a la pieza oponente y sustituyéndola por su nuevo Primarca. **-Como en una obra dramática, me imagino a mí mismo como el Tetrarca.**

Y ahí está el hermano que conozco.

-Sin pretensión de gobernar, sólo para servir- dijo Fulgrim.

-Eso mismo.

-Y ahora Primarca.

-Una vez más, sí. Es tu turno, hermano- replico Ferrus.

-Convertirse en lo que pareces ser.

-¿No hay honor en eso?- preguntó Ferrus, pero su orgullo sangraba a través de las palabras.

-Mucho. El disimulo es para mentes menos evidentes que la tuya, querido hermano.

Eso fue un error. Fulgrim no había querido decir eso en voz alta. Tal vez no tenía tan controlada la situación ¿o inconscientemente sí, tal como pensaba?

Ferrus frunció el ceño, molesto. **-¿Qué se supone que significa eso?**

Las palabras no podrían ser omitidas, así que Fulgrim siguió. Con la mano abierta, hizo un gesto al tablero y al juego en curso. Había un trasfondo de leve tristeza a tono con el fenicio, cuando hizo su movimiento final.

-Que no puedes ver lo que está delante de ti.

El Ciudadano que había colocado anteriormente llegó junto al nuevo Primarca de Ferrus y se reveló como un Eclesiarca. Ambos, la Gran Divinidad y el segundo Eclesiarca de Fulgrim estaban adyacentes. Ninguno podía ser tomado por el Primarca, los movimientos específicos permitidos a través del tablero combinado con sus posiciones relativas no ofrecían esa oportunidad.

Ellos juntos, sin embargo, permitían otra cosa.

Los ojos de Ferrus se abrieron en demasía cuando finalmente vio la trampa. **-Demasiado tarde-** murmuró **-demasiado tarde…**

Lo era, para él. Y demasiado débil…

Fulgrim se sorprendió por un momento, sin saber de dónde había venido la idea, pero se recuperó rápidamente.

-Esto- dijo, tocando el lugar del pecho debajo del cual su corazón latía rápido, **-fue tu perdición. Demasiado imprudente, demasiado ansioso-** deshecho por la ira y en su arrogancia continuo **-¿Eres tan impaciente, Ferrus? Hablas de los defectos, de los rasgos de los grandes hombres. ¿No somos grandes hombres? Así pues, ¿somos conscientes de nuestros propios e inherentes defectos? ¿Lo eres tú?**

Ferrus no tenía respuesta. Sólo podía mirar en silencio, aferrándose lentamente a la comprensión.

Ese fue su segundo fallo.

Fulgrim hervía a fuego lento con desagrado, pero tuvo que reprimirse.

-¿Por qué no me prestas atención, hermano?- preguntó. **-Estábamos tú y yo bajo las laderas del Monte Narodnya. Tú con ‘Filo de Fuego’ (Fire-blade) y yo con ‘Rompe Forjas’ (Forgebreaker). ¿Qué ha sido ahora de esas nobles armas y de los modelos de perfección que ansiábamos cuando las forjamos?**

Ferrus levantó la vista de la mesa, con un puño congelado alrededor de su corazón.

-¿El Gambito del Traidor?- preguntó él, no por haber reconocido la estrategia, sino por la incredulidad de que Fulgrim la hubiera usado en su contra.

Cólera. Eso era algo que Ferrus, antes que Fulgrim, podía entender.

-Suenas molesto, hermano- silbó el fenicio.

-¡Porque tratas de torcerme!

-Yo no trato de torcerte, Ferrus. Has luchado y sangrado, forjando una pieza de un peso significativo por sus esfuerzos y ahora yo he tomado lo que es

mío.

Ferrus empujó la mesa hacia atrás, presionando con ella así en el estomago de Fulgrim y poniéndose en pie.

-¡Hermano!- Fulgrim se movió hacia atrás y trató de parecer sorprendido.

Él se estaba desenredándose de nuevo, al igual que antes.

-¿Te atreves…?- dijo acusador Ferrus. Él dio un puñetazo en la mesa, esparciendo las piezas.

-¿Me atrevo a qué? Sólo estamos jugando una amistosa partida.

-¿Te atreves a esto?- Ferrus apretó la mandíbula. Fulgrim podía oír los dientes de su hermano moliendo con odio, pero por ahora se quedó donde estaba.

-¿Cómo te he insultado? Por favor, siéntate.- Hizo un gesto al taburete de Ferrus, que había rodado y quedado boca abajo, lejos del tablero. **-Volvamos al juego.**

-Tu juego- gruñó Ferrus. **-Uno en el que intentas darme la vuelta. Soy un leal hijo del Emperador. Como eras tú.**

Intento tomar un arma, pero no había funda en su cadera, ni martillo en su espalda.

-Perturabo tiene ahora a 'Rompe Forjas'- dijo Fulgrim con resignación. **-Su ira hacia mí eclipsa incluso la tuya hermano, tan seguro estoy de ello como tú de no creerme.**

Grietas sísmicas aparecieron en el impasible rostro de la Gorgona mientras trataba de comprender todo lo que Fulgrim le estaba diciendo.

-¿Dónde está Perturabo?- exigió Ferrus. **-¿Dónde está mi martillo? ¡Dime!**

+La artimaña ha terminado+ dijo la voz en la cabeza de Fulgrim que había secuestrado sus más recientes pensamientos. **-Estoy de acuerdo…-** murmuró tristemente Fulgrim.

-¿Con qué?- espetó Ferrus.

-Con qué esto ha acabado.- Fulgrim miró a las sombras y la silueta de pie allí. **-Estoy muy decepcionado contigo-** murmuró, luego volvió su ofidia mirada hacia Ferrus, **-Y en cuanto a ti…**

Ferrus parecía no entender. **-Explícate.**

Fulgrim hizo lo que Ferrus le pidió, cinco palabras que drenaron la ira de la Gorgona y lo dejó aturdido.

-Tú no eres mi hermano.

Salvajemente, Fulgrim se apoderó de la mesa de regicidio con ambas manos y la arrojó a un lado. Las piezas resonaron ruidosamente en el suelo, Emperadores y Ciudadanos por igual, derrocados y asesinados en cuestión de segundos. El juego había terminado y Fulgrim se reveló en toda su infernal belleza.

Ferrus retrocedió mientras el otro Primarca se levantó en toda su estatura, haciéndolo empequeñecer.

Se quedó sin aliento. **-Monstruo…**

La respuesta de Fulgrim fue sibilante e insidiosa. **-Prefiero exaltado.**

Dónde Ferrus le había conocido como un ser de perfección inmortal, un bello rey guerrero de Chemos, la criatura en la que Fulgrim se había convertido apenas era un eco de ese modelo de perfección.

Un tono púrpura afectaba ahora la palidez de su piel, había lomos escalados en el serpentino cuerpo de Fulgrim. En la parte superior de su torso y el rostro todavía permanecía mucho de lo que había sido una vez, aunque los ojos se veían claramente de reptil y agudos colmillos como agujas llenaban una boca que parecía, a veces, curiosamente distendida. Sus piernas ya no estaban, su baile del espadachín se rindió con preferencia a la agilidad en espiral de la cola de una serpiente, los dos miembros unidos por una terrible alquimia.

Fulgrim sabía que su apariencia había cambiado. Se había estudiado narcisistamente a menudo en uno de sus muchos espejos. Se había contemplado en la brillante sangre de sus enemigos. Reflejado en los ojos de aquellos a los que iba a matar.

Era un asesino. Era hermoso.

Era la perfección.

A diferencia de este horrible espécimen.

Ferrus estaba superando su repugnancia y apretó los puños.

-Eso no será necesario…- pronunciado Fulgrim rotundamente y saltó hacia él.

Ferrus rugió cuando Fulgrim apretó sus fauces alrededor del cuello de la Gorgona y mordió profundamente. Presa del pánico, las fuertes manos enguantadas asieron las mandíbulas superior e inferior, tratando de tirar de ellas y abrirlas.

Fulgrim estaba escupiendo sangre mientras de la arteria carótida de Ferrus brotaba aún más vigorosamente. El agarre de la Gorgona era firme, su rostro era una máscara de dolido odio. Fulgrim lo araño con sus garras, arrancando trozos de armadura y profundizando en ella, pero Ferrus se aferró con desesperación.

Al igual que un domador de bestias, Ferrus utilizo el poder en sus caderas para lanzar a Fulgrim sobre su espalda, donde el monstruo se retorció y silbó.

-Ahora lo recuerdo…- gruñó él, sonó con la ira de Medusa, ardiendo al encuentro del frío, el odio del hierro. **-Tu traición.**

Poco a poco, se apreciaba en las abiertas mandíbulas de Fulgrim una viciosa mueca.

-¡Eres un cobarde!

Fulgrim se retorció, incapaz de hablar, presa de la posibilidad muy real de que aún podría infringirle un daño significativo. Se retorció, tratando de liberarse, pero Ferrus no lo dejaría ir.

-Debería haberte matado en Isstvan- dijo Ferrus **-debí hacerlo.**

Lo recordó. Todo, tal como Fabio había prometido que haría.

-Yo…- Ferrus tropezó, perdiendo su agarre mientras miraba en silencio en lo que su hermano se había convertido de buen grado.

Recordaba demasiado.

-Lo intentaste- dijo Fulgrim, desconsolado y arrastrando las palabras.

Con una feroz torsión de su serpentino cuerpo, Fulgrim se libró de Ferrus. Que se tambaleó, cayendo sobre una rodilla, pero no se movió mucho. Su mano atrasada al apoyar su cuerpo, raspó contra una bota blindada. En la confusión, Ferrus miró detrás de él, a las sombras.

Vio una figura allí. Reconociendo su fisonomía, volvió a mirar a su hermano.

-¿Qué es esto?- preguntó, luchando con sus ambivalentes emociones.

Fulgrim se enderezó y apuñaló a su hermano sin hablar a través del corazón con la cola de púas, atravesando el punto débil que había rastrillado antes con sus garras.

-Creo que es el fin- contestó con tranquila resignación Fulgrim. **-O, a veces la tortura.**

Y así Ferrus Manus, la Gorgona y Primarca de los Manos de Hierro, murió.

Una vez más.

Fulgrim miró al cadáver, incapaz de ocultar su disgusto.

-Él era imperfecto. ¿Cuántas veces me has fallado, Fabius?

La silueta mirando desde las sombras se movió incómoda.

-Mi señor- comenzó una áspera voz obsequiosa.

-No respondas, puedo verlo por mí mismo.

Globos Lumen fijados en las alcobas y el abovedado techo, se encendieron, volviendo a la vida en perfecta armonía. Descubiertos por el resplandor aparecieron cuerpos, acorazados, enormes cuerpos de Primarca. Cadáveres. El hedor a cobre de la sangre derramada y la refrigeración era casi abrumadora. Fulgrim había ordenado que se inyectaran agentes en la cámara para enmascarar el olor, pero al parecer, algo lo traía de vuelta.

Ferrus Manus yacía muerto. Sus clones imperfectos cubrían el suelo de la cámara en docenas, un público silencioso y roto. Fulgrim los miró decepcionado.

La imagen hololitica del apotecario Fabius parpadeaba cerca, sin arrojar ninguna luz que pudiera molestar a su Primarca. Incluso con indiferencia, intentando disfrazar gran parte de emoción en su arrugada cara, Fabius pareció aliviado de no estar realmente en presencia de Fulgrim.

Las decisiones de la carne. Estaba con su atuendo habitual, un chal de áspera piel, de cuero cubierto de púrpura y una armadura de oro, una armadura de aspecto necrótico brotaba de su espalda. Los miembros del cirujano estaban doblados, aunque los muchos instrumentos quirúrgicos, difusores, piltres e

inyectores aún eran visibles.

-No es fácil, mi señor- lo intentó de nuevo, mirando a través de una maraña de pelo blanco sucio, aprovechando la distracción del Primarca. **-Y las muestras corruptas dan resultados imperfectos.-** Se detuvo para lamerse los cadavéricos labios resecos. **-Como puede ver, la clonación de un ser como un buen Primarca, es un proceso que limita con el propio genio científico del Emperador, roza la perfección.**

Una mesa de mármol, con un tablero de regicidio cuidadosamente dispuesto sobre ella, estaba sola, sin ser molestada a algunos metros de distancia. La última de ellas. Fulgrim alivió su inmenso cuerpo de serpiente a su lado, ocupando su posición como lo había hecho muchas veces antes.

La repetición era importante, le había informado Fabius. Era la única manera de controlar las numerosas variables. Los cambios sutiles, obtendrían resultados más concluyentes.

-Puedo oír tú orgullo a varios sistemas de distancia, Fabius.

Fabius hizo una reverencia. **-Es complejo, pero no imposible.**

-Entonces ¿qué pasa con las manos?- Fulgrim espetó. **-Eran como el mercurio que fluye, cuando no las tuvo enguantadas. ¡Él debe ser perfecto! Necesito eso Fabius. Lo necesito. Cuando Ferrus murió yo era un prisionero en mi propia carne. Tengo que hablar con él. Tengo que decirle…-** y calló.

-La replicación no es fácil- dijo el apotecario, llenando el breve silencio con sus retorcidas excusas. -**Como ya he dicho, una muestra corrupta…**

-¡La sangre de mi espada tendrá que ser suficiente!

-Claro, mi señor, pero el problema aquí es que estoy tratando de…

-Cállate. Estoy aburrido.- Fulgrim se burló de la imagen hololitica. **-Tú eres una criatura desagradable, Fabius. Tan lleno de bilis.**

-Como queráis, mi señor. ¿Está listo para intentarlo de nuevo?

Fulgrim asintió secamente y las luces se apagaron una vez más, un solo mundo permaneció iluminado sobre la mesa regicidio mientras el resto de la cámara se ahogó en la oscuridad. Desde abajo se oyó el sonido de los engranajes y los servos, un gran mecanismo trabajando. Una escotilla se abrió, lo suficientemente grande como para admitir una descomunal figura con la armadura en negro sentado sobre un sencillo taburete.

Como el clon llegó a la cámara, la plataforma lleno la escotilla y Ferrus abrió los ojos.

-Hermano- dijo cálidamente, con la conciencia iluminando su rostro. **-¿Estás listo para jugar?**

+Lo estoy…+ siseó la voz en la cabeza de Fulgrim.

Flave, ¿No te silenció?

+No me pudo silenciar más de lo que puede silenciarte a ti mismo, querido huésped.

Estás subordinado a mí.

+Por ahora…

Fulgrim apretó un puño, pero el demonio tendría que esperar. No le sorprendió que hubiera resurgido. Esto tenía tanto que ver con él, como Fulgrim con su hermano.

Ferrus parecía no darse cuenta de la demora, su conciencia perdida en un perfecto éxtasis mental, hasta que Fulgrim hizo un gesto hacia el tablero. El fenicio sonrió mientras Ferrus miraba considerando su movimiento.

-¿Te considerarías el Tetrarca o el Emperador?- preguntó Fulgrim, comenzando el juego.

Una vez más.



A diferencia de la mayoría de sus hermanos, Fabius prefería el aislamiento a la compañía de los demás. Siempre había considerado su patología como única entre los Hijos del Emperador, cada vez que desolló un cuerpo o abría de nuevo su carne para revelar la compleja anatomía de sus órganos internos, tenía un fin en mente. El conocimiento, la razón. Es lo que lo separaba de sus hermanos, más… autocomplacientes.

Fabius deseada esa sensación. Quería experimentar todo eso, pero lo quería hacer para siempre. También sabía que su gran obra tomaría tiempo. Milenios, tal vez, a pesar de que ya había logrado significativos avances.

Al regresar al 'Orgullo del Emperador', tuvo que sacrificar ciertas "libertades" al experimentar, proscripciones que no había sido obligadas en el 'Andronius', pero esta era una gran nave y se había instalado ya. Esta última fascinación por la Gorgona no era nada preocupante, mientras pudiera satisfacer a Fulgrim, Fabius podría operar más o menos con total impunidad.

Si tenía cuidado.

En la antecámara donde actualmente trabajaba, reposaba un secreto de primordial importancia. Se necesita una clave de genes codificados para acceder a ella, algo que Fabius alterada cada pocos ciclos. También estaba escondido en las entrañas de la nave y tampoco aparecería en ningún esquema o exploraciones Auspex. Era, a todos los efectos, una zona muerta.

La ironía de la particular nomenclatura, divirtió al apotecario. Sonrió, viéndose reflejado con gravedad en el vidrio exterior de los ataúdes que tenía bajo observación.

En uno, un monstruo mutado con diminutos apéndices alados de cartílago y carne desperdiciada. Maulló en la solución salobre del ataúd, ciego y ahogándose. Otro llevaban sus órganos en el exterior, una escoria rojiza resaltaba sobre el verdín de la parte inferior de su ataúd, rabiando impotente con sus arrugados puños contra el cristal. Las muestras se contaban por docenas, cada una en diferentes etapas de evolución y éxito genético.

Ferrus no había sido el primero, a pesar de que se adelantó. Tampoco iba a ser el último.

Paseando en la longitud del Laboratorium, los ataúdes recordaron a Fabius alguna insidiosa procesión. Se detuvo en el último en la línea.

Dentro había un niño infantil, acurrucado, durmiendo cálido y seguro dentro de su guiso amniótico. Una marca de nacimiento Cthoniana era visible en la parte baja de la espalda del pequeño niño.

-Duerme- susurró Fabius, como una sombría niñera al dormido lactante -para cuando despiertes, la galaxia será un lugar muy diferente.

FIN

CIRUJANO

(Chirurgeon)

NICK KYME
TRADUCCION
CORRECCIÓN ICEMAN



El aire es frío y huele a antiséptico. Muy poca luz penetra el lúgubre Apothecarion y es porque tengo las luces a baja intensidad, mantengo a mis sujetos quiescentes mientras realizo mi investigación. La penumbra me permite centrarme sólo en lo que la luz ilumina y me pone a punto quirúrgicamente, como un bisturí.

Tengo muchas hojas, muchos tipos de cuchillas y cizallas, ganchos, sierras y jeringas. Cada instrumento es una herramienta vital en el arsenal de mi cirujano. Cada miembro del armazón que llevo es tan esencial como mis apéndices físicos reales. Mis herramientas no sólo cortan carne, exploran la verdad. Secretos que residen en la carne, secretos que pienso escindir y luego estudiar. Sólo aquí, en este Apothecarion, puedo ser quien realmente soy.

Dentro de estas salas de clausura, estoy desapegado de toda emoción y sólo veo los cadáveres que terminan en mi losa, como nada más que un cuerpo. Aliados, adversarios, son lo mismo cuando todo se reduce a sus partes constituyentes por cuchillas y productos químicos. Me convierto en el inducido. Sus cortes son mis cortes, sus viales y piltres son parte constitutiva de mi propia fisiología. Cuando realizo mi trabajo, no soy la esencia transhumana que mis Hermanos han llegado a conocer, soy una cosa aparte, soy uno con el cirujano.

Varios de mis pacientes me llegan como cadáveres. Cuerpos rotos, sin embargo, incluso los muertos e inertes, pueden proporcionarme conocimiento. Otros llevan lesiones de las que no hay recuperación, o al menos, si se adapta a mi propósito, me aseguro de que no tengan ninguna. Los menos, los que aún puedo salvar realmente, esa carne en cuestión, no me interesa lo más mínimo.

Apotecario es mi vocación, pero no mi pasión.

Mi interés se centra en lo que comprende la esencia de un sujeto, adentrarme en el código genético de cada uno es el medio para desbloquear la divinidad o alguna facultad semejante, creación y fusión, expresado en las entregas de retazos de los cuerpos, tratando de alcanzar el apogeo del logro científico, la búsqueda de la panacea universal de la vida. Nada menos que la perfección. Yo no creo en ella con arrogancia, ni considero que me extralimite. Sé lo que soy y lo que hago.

Soy Fabius y soy un heraldo de la evolución.

Mi tema más reciente se encuentra en la losa médica, con vida, pero anestesiado desde el cuello hacia abajo. La cirugía que he planeado es tanto invasiva como extrema. Concedo un temblor de emoción ante la perspectiva de la misma. El cuerpo de un contagiado por la plaga que nos afecta, esta tendido bajo las cuchillas de mi cirujano, pretendo encontrar la misma y diseccionarla.

-Comenzar registro de audio: A461 / 03: 16.

Mi voz es un chirrido saliendo de una garganta, la grabadora analógica comienza a buscar un sitio libre donde situar la grabación con aburridos medios clics, me hace darme cuenta de cuánto tiempo ha pasado desde que he hablado a otra alma viviente.

Esta sería mi padre, atrapada en su propio juego, esclavizado... ¿Por qué? ¿Por la culpa? Tal vez.

Le he dejado con su Hermano o algo que se asemeja mucho a él, parece que se ha encariñado mucho con esto. Es divertido, pero no satisfactorio y no responde a la pregunta que el cuerpo de mi losa plantea.

¿Existe una cura?

Hasta el momento, no tengo aún una respuesta y esto me disgusta. Dejado a solas, con orden expresa de Fulgrim de que no se me moleste, al menos, puedo continuar mi investigación en relativa paz.

El Laboratorium es un anexo separado del Apothecarion, uno conocido sólo por mí. Es un refugio para mi mente tanto como lo es para mis instrumentos y muestras. Lo más preciado son los ataúdes amnióticos y el engendro imperfecto de dentro. Sigo cada experimento fallido, sabiendo que voy a aprender de la iteración anterior y adaptarme. Cada pedazo de carne tiene su utilidad. Nada se desperdicia en la lucha por la búsqueda de la perfecta expresión de la humanidad.

Pierdo la noción del tiempo en este lugar, enterrado en la investigación y la experimentación, casi, obsesivamente. Sé que he estado aquí durante horas, posiblemente días, pero mi preparación es exigente y completa. No puedo desatender este trabajo en particular, es demasiado importante.

Empiezo a catalogarlo, como siempre hago.

Altura, masa y algunos notables datos visuales son registrados. Esto es en gran parte superficial y no es crucial para mi examen. Comenzará en serio cuando corté.

-Empezare primero con una incisión media en forma de Y lateral y luego seguiré a lo largo del plano sagital medio anterior, próximo a la yugular y bajando hacia el abdomen.

El cirujano reacciona instantáneamente. Mientras los otros miembros de metal merodean con un arácnido aplomo sobre la gélida carne del sujeto, un solo apéndice con múltiples púas desciende para hacer el primer corte. Hace un corte profundo, trazando su camino hasta el caparazón negro que reside debajo de la epidermis y la dermis, enterrado en el tejido subcutáneo. La hoja describe la incisión en forma de Y como le indique, saliendo muy poca sangre. A medida que el primer brazo va terminando, dos más descienden, cada uno terminado en un par de fórceps que pelan suavemente la piel y la carne para exponer su interior.

Una membrana de color negro brillante se revela, equipada con puntos de transfusión circulares y sensores neuronales.

La extracción es difícil pero no imposible.

Mientras el cirujano extrae una sección de caparazón negro, una pictopantalla situado por encima de la losa médica me informa de más datos, relativos a la presión sanguínea y el estado de la placa de costillas unidas por debajo.

-El examen visual de toxicidad de la sangre sugiere un empeoramiento de la condición desde el examen anterior. Acceder al registro V460 / 04: 18.

Un breve interludio de estática oscurece la imagen de la grabación mientras el cogitador inicia la búsqueda del archivo solicitado. Una captura de silenciosas imágenes retransmitidas confirma mi análisis inicial.

Parpadeo haciendo clic en más instrucciones y las extremidades de mi cirujano hacen el resto, insertan una cánula en la carne pálida del hombro del sujeto para extraer una muestra para un examen más detallado posterior. A medida que la grabación del procedimiento actual se reanuda, veo que el fluido extirpado en el receptáculo de cristal de la cánula es fino y distorsionado por diminutos depósitos céreos.

El hedor metálico de la sangre siempre en guerra con el olor del antiséptico,

reduzco aún más la temperatura para mantener las condiciones ambientales óptimas.

-Apéndice para el examen visual superficial. Crecimientos osificados infectan la placa de costillas, lo que sugiere que toda la estructura ósea del sujeto está en riesgo de deformación. Corrupción ossmodula potencial.

Las mutaciones son pequeñas pero visibles sin la necesidad de un examen microscópico. Me recuerdan ganchos o pequeñas garras que salen de las costillas.

La sierra de cortar hueso se activa con un ruidoso zumbido. Centro la vista en ella descendiendo en mi visión periférica, la luz se refleja de la hoja que gira rápidamente. Acero monomolecular afeita fácilmente la masa ósea transhumana, las astillas son capturadas por un canal y depositadas en un recipiente en forma de rombo para su posterior análisis.

-Inicio la exploración invasiva en los estratos óseos con un solo corte sagital a través del esternón.

Empleo abrazaderas para sostener el sobre que es ahora la piel, en el lugar, antes de usar una sierra con el esternón para cortar la médula central de una costilla por la mitad. Se tarda varios minutos. La masa ósea transhumana es dura y gruesa. Miro en silencio y con paciencia hasta que se hace. Un olor rancio a quemado asalta mis fosas nasales. Jirones a la deriva de hueso en polvo flotan a través de los ejes de cruda luz que iluminan la losa médica como fantasmales motas de polvo.

-Realizar cortes secundaros laterales anteriores para liberar la placa ósea de su alojamiento con el fin de exponer los órganos y comenzar un análisis biológico más detallado.

Documento y superviso el proceso, con mi voz y mis ojos.

Después de romper el esternón, la sierra continúa y comienza a cortar dos cuadrados perfectamente idénticos de hueso de la placa de las costillas del sujeto. A diferencia de la cirugía de la autopsia o invasiva humana, un esparcidor de costillas es de poco o ningún uso en el caso de la anatomía transhumana. El caparazón osificado es simplemente demasiado duro e inflexible. Se debe realizar una abertura en la sólida jaula de hueso que recubre los órganos vulnerables de un legionario. La placa entera de hueso en sí debe ser retirada de la zona costillar de manera que se arquee alrededor de la columna vertebral y dejarla como una espeluznante escotilla de acceso. Estoy muy familiarizado con este procedimiento y lo suelo llevar a

cabo casi sin pensamiento consciente.

Aún así, esto toma su tiempo, mientras los afilados dientes metálicos van profundizando en el hueso, el gemido de los mismo se desvanece en un murmullo sordo, decido volver a un análisis mucho más temprano, uno de los que realicé al principio, al poco de aceptar la doble hélice, el símbolo de mi orden.

-Parar grabación. Acceder a Archivo.

Parpadeo hacia el archivo apropiado, con un clic, una gran selección de datos son transmitidos a una segunda pictopantalla.

Pierdo unos segundos mientras el cogitador encuentra y reproduce el registro de audio solicitado.

Reconozco mi voz, su tono burlón, juvenil y la ignorancia de la misma.

-Registro de personal de la III Legión. Fabius, Apotecario jefe.

-Una terrible calamidad nos ha ocurrido. Nosotros, los que, en nuestra arrogancia, creíamos éramos perfectos nos estamos diluyendo por un sistema imperfecto...

Las palabras estimulan mi mente hacia el pasado y pronto son usurpadas por la memoria.



Limpió la hoja de mi gladius en el trozo de manto que todavía llevo colgando de mis hombreras.

Otra batalla, otra orden cumplida. Una sociedad yace aplastada bajo el talón de la bota de la Cruzada. Por Terra, por el Emperador y la promulgación de la Verdad Imperial.

El derramamiento de sangre y la muerte, se desvanece lentamente. Acechando a través de polvorientas ruinas, zumbando en los oídos, el bramido de los percutores de los bólters... Algunos de mis parientes no quieren nada más que revivir este día, una y otra vez. Porque ansían algo más.

-Una guerra bien ganada, Fabius- dice una voz familiar detrás de mí.

Yo estaba de pie, sobre una cresta donde una vez hubo una ciudad, los restos destrozados de una gran estatua de su potentado estaban bajo mis calzados pies, ahora, únicamente servía como punto de vista para orientarse.

A partir de aquí, veo los tanques y las numerosas genocohortes del Ejército Imperial. A los maestros de disciplina gritando órdenes, pero sus palabras son tragadas por la agonía de una ciudad haciéndose pedazos.

-Sí, Lycaeon. Tal vez.

Mientras observó las secuelas, veo suficiente humo como para borrar los soles del mediodía y fuego suficiente para quemar un mundo. En esencia, eso era precisamente lo que habíamos hecho.

-Así que estas melancólico, Hermano- dice Lycaeon jovial mientras golpeaba mi brazo con su puño enguantado.

Me había salvado la vida hoy. Una vez más. Pocos blandían una espada tan bien como mi Hermano y vasallo.

Envainé mi gladius, mientras Lycaeon lo levantó, tratando de atrapar un rayo de sol contra su hoja dorada.

Lo consiguió, a través de un breve descanso en la nube de humo y lo disfrutó, como siempre hacía con la gloria.

-Se podría pensar que el estado de ánimo de un guerrero mejoraría en el ápice de la victoria.

Se volvió hacia mí, deslizó la espada en su vaina y me miró a los ojos.

Lycaeon era la séptima generación de Loculus, descendiente de las antiguas casas de Terra, antes de que se vieran obligadas a la súplica. Al igual que yo, sus ojos eran de color violeta y su cabello era un amarillo dorado como el sol, del mismo sol que se había esforzado en captar en el plastiacero de su espada.

Como guerreros de la III Legión, conocidos por algunos como sus heraldos, llevábamos la servoarmadura adornada con el rayo y el sol rayado.

A diferencia de mí, Lycaeon tenía un anhelo de mando y mostraba todos los rasgos de la aristocracia militarista a la que se remontaba su linaje.

-Mi actitud mejoraría si nuestros números pudieran hincharse. Desde Proxima...

Lycaeon siseó, volviéndose a un lado por lo que veo sólo su perfil.

-Para ya con eso, Fabius. Regocíjate con el triunfo, como hago yo- hizo un gesto hacia fuera, más allá de las ruinas, hacia el campo de batalla por debajo de nosotros, donde las genocohortes todavía vitoreaban. -**Como hacen ellos.**

Mortales normales, levas militares y ejércitos de 'hombres' de Terra, aullaban y gritaban en la cuenca artificial que habíamos hecho con nuestro bombardeo preliminar. No tuve el valor de decirle a Lycaeon la razón de que hubiera tantos, era porque nuestras filas habían adelgazado notoriamente desde la conspiración Selenita. Los cultistas odiaban al Emperador y sus guerreros. Vieron en Él la tiranía, no la unidad, cuando fueron asimilados de las tribus tecnobárbaras de la Vieja Terra.

-Recuerda Proxima- dijo Lycaeon, inflando su pecho con orgullo ante el lejano recuerdo de la lucha junto con el Emperador**. -Tales glorias... las veremos de nuevo, Hermano.**

-No veo la gloria en esto, Lycaeon. Sólo veo más desgaste.

Lycaeon frunció el ceño. **-Ves Selenitas a cada paso. Hay bóvedas en Terra donde podremos ser renovados. Por el Trono de Terra, somos la prueba viviente de ello.**

Era cierto. Parte de la Legión que estaba aquí, había sido repuesta de esas mismas reservas. Implantación y despliegue rápido. Sin embargo, había sido algo apresurado y desesperado.

Lycaeon podía ver claramente que no me había convencido. **-Habla con Thrallas, Maestro de la Legión-** dijo. **-Pídale que te tranquilice, si quieres. Vendrán más, ya lo veras. Nuestras pérdidas serán restituidas.**

Saludó, golpeando con su puño derecho el pectoral izquierdo de su servoarmadura.

-Espero que tengas razón- le dije devolviendo su saludo, antes de descender a las ruinas para buscar entre los muertos.



Los dientes de la sierra de hueso, chillan con avidez, devolviendo mis sentidos al ahora. Una vez retiro la zumbante hoja, proporcionó una visión de lo que hay debajo de la placa de costillas del sujeto. Corazones, pulmones, riñones, hígado, intestino, estómago, todo se retransmite a la pictopantalla. Una leve arritmia en el corazón primario es desconcertante, así como la manifestación de un débil moquillo en los pulmones. Mientras me comprometo con mis observaciones eidéticamente, el audio continúa. Ahora, no puedo distinguir la grabación de las voces de la memoria y los dos comienzan a mezclarse.

-...Perversamente, nuestra gloria se ve disminuida por la guerra y la cruda incapacidad de la Legión para capear el desgaste. En solo un año solar después de Proxima, nos hemos convertido en una especie en peligro de extinción.

-Todos los esfuerzos, incluido el mío, para detener la rápida entropía de la Legión, hasta ahora, han resultado inútiles. Mi única obra significativa es continuar con la compilación del léxico de los infectados. Es un pequeño consuelo y confieso que ahora, temo por los hijos de la tan cacareada Europa.

Terminé de oír la grabación, al mismo tiempo que vi la silueta de una figura de pie en la entrada de mi Apothecarion.



Tenían un gran nombre para esto. 'Tienda de campaña' (Field tent) sería más apropiado, pero bastaba para mis necesidades, sobre todo, me ha permitido recoger el material genético directamente desde el campo de batalla. Yo era como una corneja negra, extrayendo lo que necesitaba de entre los muertos. La preciosa semilla genética. Por ahora, era nuestro único medio de reponer las perdidas.

-Entre entonces, si quiere- dije, a modo de invitación.

Lycaeon entró en el resplandor de una lámpara de sodio que colgaba del techo. No me sorprendió. Habían pasado varios meses desde que nos vimos

el uno al otro por última vez, desde que había ocupado mi nuevo puesto.

Golpeó la lámpara de sodio suavemente con la punta de uno de sus dedos.

-Necesita más sol, Hermano- dijo, sonriendo de esa manera suya que sugería que se estaba burlando de mí cortésmente. **-Tiene el rostro cetrino, esta flaco... esto no le conviene, Fabius.**

-Es únicamente, lo que ahora me conviene y que yo sepa, están de acuerdo. Aunque, tal vez usted debería ser el Apotecario- murmuré, volviendo a mi investigación.

-Hermano...- dijo.

Mis ojos se quedaron en mi trabajo.

-¡Fabius!.

Miré hacia arriba y vi el dolor en sus ojos.

Tenía una mano en el pomo de su gladius, llevaba el yelmo en el hueco del brazo opuesto. Mi viejo camarada frunció el ceño. Sería la última vez que sentí algún remordimiento.

Cayo el silencio por un momento, Lycaeon paseó por entre las sombras como si tratara de encontrar algo en que fijar su atención.

Después de un breve rato, me puse otra vez con mis archivos.

-¿Necesitas algo?

-Un poco de cortesía de un viejo amigo- lo dijo a la ligera, sin mirarme.

Bajé la cabeza, me disculpé y caminé alrededor de mi escritorio para abrazarlo.

-Soy un esclavo de mi trabajo, Lycaeon. Apenas reconozco ya a mis Hermanos. Son ya sólo nombres que catálogo, biomateria que debe ser procesada. Confieso que me ha deshumanizado.

Lycaeon me dio una palmada en el hombro, mostrándome su cálida sonrisa, pero sus ojos celebrando una pregunta no formulada. Vio los cadáveres todavía en su servoarmadura en la parte trasera de la tienda y se acercó a ellos.

-¿Fuiste capaz de extraer su semilla genética?

Incluso Lycaeon, el ciego optimista, mostraba ahora su preocupación por nuestra situación.

-No intacta- le contesté y me uní a él ante los supinos cuerpos. **-A excepción de una.**

Su estado de ánimo se iluminó, lo vi en la mirada que me dio por el rabillo del ojo, hasta que poco a poco negué con la cabeza.

-¿La plaga?- preguntó.

-La plaga.

Esto es por lo qué había venido. Lycaeon se preocupaba por nuestra amistad, pero se preocupaba aún más por la continuación de la existencia de la Legión.

De pie junto a él, vi cómo estaba de maltratada su armadura. Yo ya sabía cómo le estaba yendo la campaña en curso a nuestra Legión. Cada vez menos guerreros de la III llegaban al campo de batalla en cada posterior compromiso. Como resultado, se ampliaba el impacto con cada baja sostenida.

-Nadie sabe de dónde viene, ni cuántos de nosotros se verán afectados. Hasta el momento, la mayoría de las semillas genéticas afectadas proviene de la inmadura reserva que se había conservado en Terra, pero ha habido otros casos.

Tanto él como yo podríamos proceder de esas existencias de reserva, con la semilla genética contaminada. Los registros de todo ello, se perdieron misteriosamente.

La voz de Lycaeon salió un poco más fuerte que un susurro.

-¿Cuáles son sus efectos, Fabius?

-Degenerativos. Algunas cepas del contagio viral han encontrado su camino en los genes de la III Legión. No se sabe lo profundamente que han penetrando.

Hizo un gesto a los archivos en mi escritorio.

-¿Un registro de los infectados?

-Sí. Estoy cerca de encontrar una manera de hacer pruebas con ella.

Su estado de ánimo se iluminó de nuevo. **-¿Una cura?**

Por segunda vez, negué con la cabeza y por segunda vez, sentí el dolor de decepcionar a mi Hermano.

-Todavía no.

-¿Pero hay esperanza?- insistió.

-**Salvo si sucede un milagro, la desaparición de nuestra Legión no sólo parece inexorable, también es inevitable. Cualquier otra conclusión es poco probable, cualquier esperanza es remota en este momento.**



Suenan más palabras de mi antiguo yo, apenas más alentadoras que lo que mis ojos observan de los deteriorados órganos que ahora se catalogan.

-Varias lesiones y tumores están presentes a través de todos los órganos principales. Corazón primario, corazón secundario, multipulmón riñón olítico se ven afectados en diversos grados. Procedo a la extracción de muestras para realizar la biopsia de cada una...

Una cureta raspa una pequeña muestra de la materia de cada órgano, cosechando el suficiente material para su posterior análisis, el continuar del audio hace que descienda de nuevo a los recuerdos.

-En un intento de purgar la plaga de la Legión, ahora que ha llegado a ser conocida, toda semilla genética infectada ha de ser destruida con efecto inmediato. Este edicto de purga se extiende a todos los Hermanos jurados de la Legión que muestren cualquier evidencia de malformación genética o mancha.



Había tres asignados ante mí, todos vivos, todos sin su servoarmadura.

También estaban esposados y custodiados por legionarios con servoarmadura, permanecían atentos y al acecho en la entrada de la tienda.

Yo ya conocía su destino, pero había decidido por cortesía decírselo a la cara.

-Gayo, Etiad, Vortexese- dije, mi voz distorsionada por el reciclador**. -Sois impuros. Tenéis la plaga.**

Etiad trató de levantarse, pero unas veloces manos enguantadas lo sujetaron. Cerré los ojos, mientras fueron llevados al exterior, mis oídos sordos a la diatriba de Etiad.

-Voy a necesitar sus cuerpos después de que hayan terminado con ellos- les dije a los guardias, inscribiendo cada uno de sus contaminados nombres en el léxico.

Ninguno de los guardias me respondió mientras marchaban fuera con los condenados, pero sabía que me habían oído.

Mis instrucciones habían sido precisas. Nada de bólters, sólo una afilada hoja. Un solo proyectil de masa reactiva, reduciría los órganos a pulpa y jirones de tejido. Necesitaba su carne intacta si iba a fabricar una cura. Un empujón de la hoja al corazón, destruyendo el órgano principal sería suficiente. La muerte de estos guerreros era casi silenciosa, pero morían de rodillas, como traidores.

El pensamiento era desagradable.

Como guardián del léxico, me había convertido efectivamente en un verdugo. Siguiendo el método científico, determinaba si la mancha estaba presente. Yo, no podría haber empuñado el gladius que había matado a Gayo, Etiad y Vortexese, pero, de todos modos, había autorizado sus ejecuciones con igual eficacia.

Creía firmemente que eran necesarios nuevos estudios para comprender la naturaleza de la mancha. Así que secuestre a varios Hermanos de batalla, sacrificándolos para el ensayo y la experimentación. Razoné que si pudiera de alguna manera desbloquear el gen corruptor que provocaba la plaga, todavía podría ser capaz de revertir sus efectos. Por supuesto, que con los genes de mis Hermanos actualmente en proceso de purga total, cualquier descubrimiento en este punto podría ser discutible, pero estaba contento,

me conformaba con un diagnóstico correcto y un tratamiento teórico eficaz.

Las pisadas de las pesabas botas de los guardias que volvían, anunciaban otra ingesta de materia, de carne para mis experimentos.

No levante los ojos cuando trajeron el primero de los cuerpos.

-Dejadlo ahí- les dije, señalando las losas vacías.

Sólo levanté los ojos, después de que los guerreros se hubieran ido. Uno refunfuñaba y escupió mientras salía. Lo ignoré.

Miré a los ojos de Etiad, pero no pude encontrar ninguna compasión o culpa en su tibio cadáver. En lugar de continuar con las observaciones, dejé mi autopluma y fui a un banco de instrumentos al lado de un bastidor repleto de órganos.

Fresadoras, sierras, fórceps, taladros… tenía una extensa gama de herramientas a mi disposición, pero era un dispositivo de mi propio diseño el que requería mi atención.

Un armazón, tenía cuatro extremidades mecánicas, multiarticuladas que se extendían desde su batería de alimentación. Me lo puse como un caparazón, sobre mis espaldas, los cuatro brazos articulados se extendían sobre mis hombros y estaban esclavizados a respuestas automnemotécnicas, como mi servoarmadura.

Era pesado, pero tolerable sobre mi estructura transhumana. El peso extra valía la pena, mi eficacia como cirujano aumentó exponencialmente con su uso.

-A continuación, vamos a ver...- anuncié al cadáver de Etiad, oigo el chasquido y el cantar de las extremidades como si sintiesen. **-Lo que hay debajo de la carne.**



Revoloteo entre el pasado y el presente. El audio draga mi memoria, pero me permite resurgir al presente entre la conclusión de cada sesión y el inicio de la siguiente.

Por ahora, estoy de vuelta a bordo de la nave, en el Apothecarion, un sistema

parcialmente expuesto de órganos aún espera mi atención.

Ahondando más en el cuerpo del sujeto, extraigo material de muestra de la biscopea, hemastamen, preomnor y órgano de Larraman. Crecimientos menores y otras alteraciones están presentes en cada uno de ellos. Un temblor de consternación arruga el sudor de mi frente. Tenía la esperanza de obtener mejores resultados.

En las actuales circunstancias, no puedo analizar la omofágea, ocuglobo, oído de Lyman, membrana 'sus-an', nodo catalepsiano, neuroglotis o la glándula de Betcher.

Soy capaz de examinar el nexo potencial de esta mancha, sin embargo, la glándula progenoides ya madura, se ha embebido de ella dentro de la cavidad torácica del sujeto.

También tiene signos de mutación, una lenta degradación del tejido y la forma, con la que estoy tristemente, demasiado familiarizado. El registro de audio me trae más recuerdos, mientras trato de apreciar la magnitud de lo que está delante de mí en la losa medica.

No estoy atendiendo a un guerrero caído, es uno enfermo, afectado, un remanente que debería haber muerto hace siglos pero que ha perdurado a través de la ciencia y el ingenio. Es, con mucho, mi tema más importante.

-Las muestras aleatorias de tejido de una sección transversal de varios legionarios ha revelado el fin de la corrupción, aunque ya quedamos tan pocos como para ser considerados casi extintos. A fin de que la catalogación genética sea considerada exhaustiva, he añadido mis propias muestras a los datos. El análisis inicial no es tranquilizador. Se necesitarán más estudios. Si voy a mantener mi investigación, he de ofuscar mis resultados personales para evitar mi propia purga.



Recuerdo muy bien lo que hice, como se rompieron los lazos de Hermandad a causa de mi deseo y mi fría mente analítica.

Sentaron a Lycaeon delante de mí. Fue despojado de su armadura, bajo una intensa luz homicida. Yo estaba tratando de ignorar el vínculo que estaba a punto de romperse, mi mano sobre el léxico donde su nombre ya estaba escrito.

-¿Cuál es su veredicto entonces, Hermano?- preguntó y vi morir nuestra amistad en sus ojos.

Pronto no importaría. En cualquier caso, la amistad se había convertido en un concepto anticuado, se imponía el valor de mi investigación.

El cirujano hizo clic y zumbó detrás de mí. Yo rara vez me lo quitaba ya, cada vez buscaba más formas en las que pudiera vincularme más íntimamente con el dispositivo.

-Lycaeon- dije **-Eres impuro. Tienes que…**

Lycaeon se puso de pie, dándome el viejo saludo de la Legión. No devolví el gesto, no reconocí desprecio alguno en su gesto, pero para mí tal gesto, ya no tenía significado ni propósito. Entonces él se puso entre sus verdugos y los acompañó sin decir nada más.

Lo vi salir, un leve temblor nervioso pasó por debajo de mi ojo derecho, antes de regresar a mi investigación.

En el último momento, llamé a los guardias que salían.

-Voy a necesitar su cuerpo. Volver una vez que hayáis terminado.



El cirujano extirpa las últimas muestras de tejido para biopsia, con ello, mi análisis esta completo. Sin necesidad de ver los resultados, calculo que el pronóstico será sombrío. Hay degeneración del material biológico en todos los órganos. La esperanza de vida proyectada será menor de un año solar.

Las extremidades arácnidas se ciernen, en espera de más instrucciones.

Se las doy amargamente.

-Sutúrame.

A través de una serie de cables, he vinculado el armazón a mis implantes neurales. Me ofrece un control total, mientras que el cuerpo resiste al dolor de la operación gracias a un fuerte anestésico.

Dicho esto, la cirugía ha durado demasiado tiempo, empiezo a sentir pequeños pinchazos y una sensación de quemazón a través de mi cuerpo.

Afortunadamente, el armazón trabaja rápidamente. Huelo la fusión de los huesos y luego el bioadhesivo utilizado para volver a montar mi caparazón negro. Ambos se curarán con el tiempo, lo haría más rápidamente si mis capacidades regenerativas no estuvieran ya tan comprometidas.

Se tarda varias horas y para el momento en que acaba, estoy apretando los dientes y casi gritando de agonía.

-Todo en vano- suelto con un áspero tono mientras me incorporo a una posición sentada.

Mientras columpio mis piernas en el borde de la losa médica, oigo los últimos segundos del registro de audio llegar a su conclusión.

-La Cruzada nos ha llevado a Chemos, un reencuentro con nuestro antepasado genético, nuestro padre, Fulgrim. Dentro de nuestro Primarca reside el medio para poder renovar la síntesis de la semilla genética en la III Legión. En Chemos también hay resistentes sujetos, dignos de ser implantados. La salvación parece ahora más probable. Mi propia situación, de momento, es ocultada con éxito. La etapa de degeneración es menor, aunque en base a toda evidencia empírica, es poco probable que pueda ser evitada. Sigo inves…

La apago, cansado de ella y los recuerdos del sonido de lo que mi yo más joven ha descubierto.

Deslizándose hacia el suelo desde la losa médica, siento el dolor de mis nuevas cirugías autoinfligidas, hago una mueca mientras camino silenciosamente a través del frío suelo del Apothecarion hacia al espejo.

Lo uso para hacerme un examen visual de cuerpo entero. La superficie es una aburrida losa hasta que se activa, como una pizarra en blanco sobre una pared gris. Cuando hago un parpadeo, hace un clic en respuesta, reflejando mi desnuda figura de nuevo hacia mí.

Grandes costuras encorsetan la delgada y pálida piel de mi torso. Mi cara se ve peor, esquelética y pálida como los cadáveres que disecciono. Mis ojos se han vuelto enfermizos, rodeados de abismos de piel oscura. Cansado, me inclino con fuerza contra el marco del espejo y paso una temblorosa mano por mi pelo. Unos canosos mechones caen enroscados entre mis dedos.

El elixir está preparado. Restaurará una medida de mi vitalidad y mantendrá mi estado oculto a los demás.

-Lycaeon- pronuncio a la oscuridad. **-Tu sacrificio no ha sido en vano.**

No hay ninguna respuesta, salvo el eco de mi propia y debilitada voz.

Tengo que encontrar otra manera. Considero la difícil situación de mi padre y lo que comparte su cuerpo.

Cuando la ciencia ha fracasado, debo recurrir a los arcanos en busca de respuestas.

Alcanzo el elixir, una mezcla destilada de enzimas reparadoras y proteínas prestadas de donantes transhumanos. Sus muertes tienen un propósito. Mi necesidad es mayor, mi trabajo más importante.

Mientras lo inyecto en mi torrente sanguíneo, me deleito con su repentina potencia. Cada terminación nerviosa grita de un dolor como afiladas dagas, las sinapsis se encienden como una erupción solar en mi cerebro. Me tambaleo, los efectos son casi abrumadores. Pronto el efecto decrece, dejando mi esencia vital renovada. Cognición, fuerza física, resistencia, vigor y agudeza háptica (relación que hay entre la percepción y la manipulación de objetos usando los sentidos, nt) están mejoradas. Es una mentira, sin embargo. Un bálsamo, para una incurable enfermedad que acabara superando con creces las medidas de retraso empleadas.

Sé que el elixir no durará mucho y pronto no funcionará en absoluto, decido que tendré que abordar al demonio. Eso también implica confesárselo a mi padre. Sin embargo, no lo hare de ese modo.

-Mi servoarmadura- pronuncio a las sombras.

Una figura arrastrando los pies, responde lentamente, aún vivo y obediente.

Muestra una greba púrpura que coincide con el color de los ojos del autómata. Mi 'retenedor de vida', otro secreto de la Legión. Su servoarmadura es más vieja en comparación, el icono del rayo esta desgastado, casi desvanecido. Una rendija provocada por una hoja sobre el corazón, aún perdura en la servoarmadura, una herida que no se puede curar. Las costuras en su cuello y cara son el espejo de las mías. También lo es su fisonomía.

Saluda, golpeando con el puño derecho el pectoral izquierdo. Es inoportuno,

pero todavía obediente.

No le correspondo.

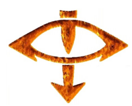
-Gracias, Lycaeon- le digo a mi Hermano vasallo y ya empiezo a sentirme mejor.

FIN

RETORCIDO

(Twisted)

GUY HALEY
TRADUCCION
CORRECCIÓN ICEMAN



El Espíritu Vengativo había cambiado. Horus había cambiado. Pero las tediosas complejidades del funcionamiento de una flota de guerra, no. La guerra era la guerra, tanto si se llevaba a cabo a instancias del Consejo de Terra o bajo la insistencia de aullantes dioses. Siempre se reducía a números.

El quincuagésimo octavo peticionario que el Señor de la Guerra recibiría ese día era un recientemente ascendido encargado de la logística, principalmente compuesto de grasa y miedo. Parpadeó y masculló su solicitud mientras caminaba para acercarse al trono, los ojos deslizándose de lado a lado cada pocos segundos, más a menudo hacia el par de Exterminadores Justaerin que flanquean el trono de basalto, en el corazón de la corte de Lupercal.

Nadie estaba sentado en el trono. Era el trono del primarca, nadie más podría ocuparlo.

Horus estaba ausente. El Señor de la Guerra no tenía tiempo para pequeñas preocupaciones.

Maloghurst, el Palafrenero del Señor de la Guerra, presidiría los juicios y peticiones en su lugar, sentado en un taburete en la tarima del trono. Si no fuera por su gran presencia personal, podría haber parecido ridículo. El trono fue dimensionado para un semidiós, la tarima era elevada, el tribunal que lo rodeaba vertiginosamente alto y adornado. Honores de batalla se agitaron por el sistema de reciclaje de aire. Las estrellas les observaban sin piedad desde el vacío a través de los ventanales de cristal blindado. Sombras azules protegían celosamente las estatuas y armas incrustadas en las paredes.

Horus no estaba allí, pero su presencia llenaba la amplia sala.

Maloghurst era insignificante en comparación, aún peor, estaba lejos de ser el más perfecto de los Hijos de Horus. Su espalda estaba perpetuamente inclinada, un bastón siempre cerca de la mano, era un ángel caído cuyas imperfecciones se hacían aún más evidente a la sombra de su maestro.

Su espalda estaba rota, pero su intelecto no. Tenía una mente retorcida, a juego con su cuerpo. El nombre de Maloghurst se había convertido en un sinónimo de miedo.

Los labios del hombre gordo tropezaron y quedaron en silencio.

-En tres días, debemos participar en el asalto a Lamrys- dijo Maloghurst. **-¿Y elige éste momento para traer ante mi atención tan trivial asunto?-** gruño su voz amenazadoramente detrás de su respirador. Llevaba su servoarmadura y su boquilla constantemente, más o menos. Su servoarmadura se había convertido en una muleta.

El logista palideció.

-Lo siento, Señor, pero la programación correcta de la distribución de combustible antes del ataque es de gran importancia. Debe ser realizada antes de que nos acerquemos a la imaginaria línea que divide en dos el sistema. No puedo cumplir con mi papel si...

Maloghurst lo interrumpió golpeando el bastón con fuerza contra el suelo de mármol. El golpe hizo eco y se multiplicó por las paredes.

-Todos estamos agobiados. Quién se cree que es, ¿acaso considera que su carga es mayor que la del Señor de la Guerra?

-¡No, mi señor!

-Esto es la corte de Lupercal- Maloghurst señaló un amplio arco. **-Tras esa puerta el Señor de la Guerra tiene su camarote. Soy el Palafrenero del Señor de la Guerra. Aquí está a apenas unos pocos pasos del oído de nuestro mismísimo Señor Horus. Debe ser consciente de lo que elija decirle.**

-Mi señor, perdóneme. Voy a hacer un mayor esfuerzo. Requiero sólo un poco de ayuda- el gordo tragó saliva. Su atención se había quedada fija por completo en los Justaerin.

Maloghurst agarró el cráneo que coronaba su bastón. **-No los mires así. Podría matarte yo mismo sin dificultad.**

Cargando su peso sobre el delgado bastón de ébano, exhaló y se puso en pie, salió cojeando de su asiento hacia el logista. El gordo se echó sobre sus manos y rodillas, pero Maloghurst se inclinó. Agarrando un puñado de pelo suelto y zarcillos de interfaz augmeticos, tiró de ellos izando al adepto en el aire, los músculos transhumanos cargaron con el peso con facilidad, aunque sus huesos protestaron por la carga. El logista se quedó boquiabierto, la boca abriéndose y cerrándose mientras trataba desesperadamente de no gritar. Las lágrimas brotaron de sus ojos cayendo en un reguero por las mejillas.

Maloghurst miró de lleno su cara. **-¿Qué es lo que haría el Señor de la Guerra, en caso de encontrarse él mismo en una situación así?**

El hombre olía agrio. El sudor rancio y la desesperación se mezclaron desmesuradamente. Maloghurst sospechaba que no respondería por temor a dar la respuesta equivocada y terminar así con su vida. Estaría en lo cierto en éste caso.

Pero el logista era más inteligente de lo que parecía.

-El Señor de la Guerra, en cualquier situación, encontraría la manera de lograr el resultado deseado- jadeó.

Maloghurst admiró la tranquilidad con la que el hombre espetó la frase frente a la muerte. Eso, más que su respuesta, le salvó la vida.

-¡Sí, ya sea rebatiendo las mentiras del falso Emperador o entregando la cantidad necesaria de suministros a cuatro escuadrones de insignificantes cruceros!- soltó el hombre. **-Salga de aquí. Y cumpla con su deber sin quejarse. Si le veo de nuevo por aquí, voy a arrancarle el corazón del pecho.**

Maloghurst se dio la vuelta y regresó al taburete junto al trono. Pequeñas chispas de dolor le hicieron cosquillas en su columna vertebral y pelvis fusionada. Apretó los dientes mientras retomó su asiento.

El dolor había sido una de las dos constantes en la vida de Maloghurst durante algún tiempo. La otra era la responsabilidad.

Una tercera e inoportuna se había dado a conocer recientemente.

Vulnerabilidad.

Era vulnerable, más con cada día que pasaba. Aunque siempre había sido respetado, nunca había sido muy querido. Había un humor salvaje sobre la Legión últimamente. Viejas prácticas largamente reprimidas, ahora resurgían, la cara más salvaje de Cthonia se revelaba, la fachada de calma impuesta por el Emperador fue erosionada por la guerra. Las rivalidades se habían vuelto más pronunciadas, más violentas.

Su cercanía a Horus provocó celos. En una sociedad de guerreros, su atención a los asuntos que requerían más cerebro lo marcó con escarnios.

Y la distancia entre él y sus Hermanos bostezó, haciéndose más amplia. Sin embargo, esto no fue un gran problema, si no fuera porque del otro lado, el abismo entre Horus y él mismo también creció. Ningún ser humano o transhumano podría jamás esperar engatusar a sabiendas a un primarca,

pero durante doscientos años de amistad, al menos, habían tendido un puente fundamental entre ellos.

Recientemente, Horus había crecido mucho más allá de las preocupaciones mortales. Desde Molech.

Nadie osaría desafiar la autoridad de Horus, pero se atreverían a desafiar a Maloghurst por el favor del primarca y la oportunidad de influir en el Señor de la Guerra. Había una sensación de quedar expuesto cada vez mayor, una que nunca había sentido antes. Maloghurst se había convertido en un objetivo.

Pero el peligro no le eximiría de su deber.

-Siguiente- dijo, con una pesada respiración.

No hubo anuncios. Sin pompa. Otro mortal fue enviado sin ninguna ceremonia desde la antecámara donde los peticionarios esperaban.

Rakshel, representante de los Davinitas, se había instalado a bordo del Espíritu Vengativo. Caminó suavemente a lo largo del pasillo que conducía al trono, inclinándose profundamente a diez metros de Maloghurst.

La expresión del Palafrenero se endureció. La estrella de los Davinitas había caído mucho.

Antes de que el patético hombre pudiera comenzar su habitual y larga letanía, obsequiosa en alabanzas, Maloghurst habló. **-Voy a ahorraros algo de tiempo. Si su solicitud es la misma que en las últimas cuatro ocasiones que ha venido ante mí, Rakshel, entonces la respuesta sigue siendo no.**

Rakshel mostró una mirada de comprensión. El pelaje sobre su ancha cara era cómico. Una vez, Maloghurst había sentido desprecio por las formas degeneradas de los Davinitas. Pero cuando Horus declaró su independencia, se había visto obligado a acallar sus groseras observaciones, había aprendido que detrás de una fea máscara había a menudo poder oculto.

Ahora, despreciaba a los Davinitas, principalmente por su debilidad. Eran cobardes, maquinando, siempre susurrando a los que eran más fuertes que ellos mismos, buscando alguna ventaja. En Erebus encontraron un alma gemela.

-Era de esperar- dijo Rakshel arrastrando las palabras. **-Me veo obligado a decirle una vez más el sinsentido del triste rechazo del sacerdocio.**

-Tu pueblo guió y enseñó al desgraciado de Erebus- dijo Maloghurst fríamente. **-Tienes suerte de estar vivo.**

-Curamos al Señor de la Guerra. Le guiamos a la verdad que el falso Emperador escondió de todos ustedes. No nos despida sin más. Podrá apreciar la importancia que concedo a éste problema, sabiendo que, aunque vengo aquí casi seguro seré recibido con rechazo. Hay poderes que conocemos, poderes que enseñamos a Erebus. Podemos compartirlos con el Señor de la Guerra. Tenemos una gran influencia con los Señores de la creación.

Maloghurst respondió lacónicamente. **-¿Poderes? ¿Influencia?-** se burló. **-El Señor de la Guerra está mucho más allá de sus mezquinas hechicerías.**

-Poderes, sí. Influencia, sí. Algunos poderes son malignos. Algunas influencias pueden ser dobladas para fines enfermizos. La disformidad baila agitada. Grandes fuerzas se están moviendo.

-Nada es mayor que el poderoso Lupercal.

-No importa cuán poderoso sea, siempre hay alguien más poderoso- respondió Rakshel. **-Podemos ayudar a nuestro amo a protegerse contra estos poderes. Permítanos nuestra audiencia con Horus. No se arrepentirá.**

Maloghurst se inclinó hacia delante, entrelazando los dedos de ambas manos sobre la cabeza de su bastón. **-¿Es una amenaza, Rakshel? Con tantos grupos de la Legión sobresaliendo, compitiendo por la atención del primarca... No se convierta en un ser irritante para el Señor de la Guerra. No se convierta en un problema para mí. Váyase.**

Rakshel obedeció sin reparos. Hizo una reverencia. **-Usted tiene su deber, yo tengo el mío. Lamento que estemos en un callejón sin salida.**

-Largo.

El Davinita se inclinó de nuevo y se fue.

-Selle las puertas- dijo Maloghurst a un Justaerin. **-Es suficiente por hoy. Díganle al resto que consideren cuidadosamente sus peticiones antes de que vuelvan mañana. Tal vez un par de ejecuciones alentarán a mantener sus patéticos problemas para sí mismos.**

-Sí, mi señor- gruñó el Justaerin. El guerrero no hizo nada para ocultar su

desdén. Maloghurst era poderoso, pero no de una manera que los hombres de Falkus Kibre apreciaran.

El Palafrenero ya no era un guerrero, los más nuevos reclutas de la Legión ni siquiera podrían recordar los días en los que lo había sido. Los Hijos de Horus tenían poco respeto por la política. Y sólo un poco más para los comandantes que no acudían ya al campo de batalla.

Maloghurst se dirigió hacia las puertas que daban directamente a la cubierta de mando, evitando así a los peticionarios en la antecámara. Lejos de su taburete, no había luz, únicamente la iluminación de las estrellas. Eliminada toda influencia de Erebus, la corte parecía un lugar más sano, más apropiado para un líder de la talla de Horus.

La impresión era engañosa. Las sombras de la Espíritu Vengativo albergaban cosas ocultas. La animosidad del lugar era cualquier cosa menos algo inocente. Los susurros estaban en su peor momento en los espacios tranquilos. Desde Davin habían estado allí, escondidos, fuera del camino. Ahora azotaban toda la nave. Recientemente, Maloghurst los había escuchado, incluso en el santuario de Horus. A pesar de su creciente dominio de los misterios primordiales, Maloghurst se apresuró a través de la corte, esperando con impaciencia la apertura de las puertas al bullicio del puente.

Maloghurst... Retorcido...

No podía parar de mirar por encima de su hombro. No había nada, al menos nada que pudiera ver, por supuesto, pero sintió algo. Estaba bastante seguro de eso. Una emoción tomó sus corazones.

No era miedo, eso nunca, pero sí una inquietud, ciertamente.

Murmuró un sortilegio que había arrancado de los labios de un hechicero moribundo. El sentido de la presencia disminuyó ligeramente en respuesta.

La luz y el ruido disiparon los susurros completamente. Maloghurst entró, caminando mucho más aliviado entre la tripulación de mando. El golpeteo de su bastón, rematado por un cráneo, anunciaba su presencia. Oficiales, esclavos y legionarios por igual se pusieron firmes mientras pasaba por sus estaciones.

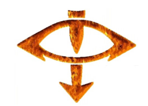
Dio la bienvenida a las charlas por el canal vox, órdenes, interminables rondas de informes, el tonto parloteo sin sentido de los servidores. Los cuerpos humanos calentaban el aire. Olía a gente, sudor y desinfectante el polvoriento calor ventilado por las máquinas. La mente máquina del Espíritu

Vengativo pertenecía todavía al reino mundano, incluso si su alma no lo hacía.

Maloghurst...

Apretó los dientes detrás de su máscara de respiración. Oyó la voz por primera vez hacia ya seis semanas. Siempre detrás de su hombro izquierdo. Fijó en su cara una mirada imperiosa. Que nadie supiera de su inquietud. Una muestra de debilidad le podría condenar.

Sin embargo, caminó más rápidamente.



Al día siguiente, Maloghurst tomó la Avenida de la Gloria y el Lamento desde sus habitaciones en las torres de mando. Sus guardaespaldas andaban con pesados pasos detrás de él, destacándose por encima de los siervos que pululaban por el camino. En ciertos corredores, unos trenes pasaban zumbando, facilitando la movilidad del personal de un extremo al otro de la masiva nave. La avenida exhibió pocos signos de cambios provocados por la guerra. Todo era bullicio y eficiencia apresurada, como siempre lo había sido.

La distancia entre las torres y la puerta que buscaba era corta, pero ya el paseo en si mismo le preocupaba, con las articulaciones destrozadas, sus huesos se molían uno contra el otro. Cerró su dolor en una mueca escondida detrás de su respirador, evitando que aflorara en sus ojos.

La mayoría de la gente se apartaba rápidamente fuera de su camino, tanto si eran Marines Espaciales como esclavos. Su discapacidad significaba que él pasaría lentamente a lo largo de la gran avenida de la nave, pero lo hizo sin trabas.

La irritación lo roía. Tratar con la gestión del día a día de la flota era tedioso. Anhelaba la siguiente batalla. Cada vez más, Horus prefería dirigir la guerra desde la línea del frente, dejando a Maloghurst al mando de la nave insignia. Pero las batallas siempre fueron decepcionantemente breves. Una semana, quizá dos y otro mundo acababa quemado.

No. Fue honrado, se reprendió a sí mismo. ¿En quién más podría confiar el Señor de la Guerra? Cuantos simpatizantes imperiales aún se encontraban en las filas de la vieja 63ª Expedición. No había nadie tan astuto como él.

Cualquier otra persona, dado su papel, fracasaría en detectar aquellos que eran menos leales. Se fijó en la gente mientras los pasaba. Pocos eran lo suficientemente audaces para mirarlo a los ojos, apresurándose más por concentrarse en sus propias tareas. Un puñado tenía menos miedo. Algunos oficiales y sus Hermanos legionarios le saludaron con diferente entusiasmo.

Hermanos. ¡Qué poco significaba esa palabra ahora para él! Salvo por Horus, estaba solo.

Mejor así, quizás. Un depredador solitario, consciente de su entorno, comete menos errores.

Oyó los susurros bajo el clamor de la avenida. El derramamiento psíquico, huellas de palabras muertas y traicionadas. Y cada vez más, las melosas palabras de los habitantes de la disformidad. Sus interminables tentaciones aterrorizando a criados y siervos. El fervor de muchos para su nuevo credo vacilaba. Cuando un criado sucumbía a las promesas susurradas y se volvía contra sus compañeros, era invariablemente con el sonido de una risa malvada.

Siempre estaban allí. En el borde de la audición, acompañados a menudo por un olor a sangre caliente y leche en mal estado, tan fuerte, que recubría la parte posterior de la garganta.

Tuvo un destello de sí mismo desencadenado.

¿No sería glorioso?

Se vio a sí mismo con el pecho desnudo, con las manos cubiertas de la sangre de otros.

¿No sería sublime?

Se vio sacando su pistola y colocándola contra la lente del ojo de los Justaerin que lo flanquean.

Dame la bienvenida, Único Retorcido (Twisted One en el original). Sé como Tormaggedon. Conoce el verdadero poder. En parte lo has hecho. Ves el poder del Luperci como ningún otro. Tómalo para ti mismo. (El Luperci, "Hermanos del Lobo" en Cthoniano, fue una formación especial de los Hijos de Horus durante la Herejía de Horus. Formados con la ayuda de los Portadores de la Palabra, los Luperci fueron esencialmente la versión en los Hijos de Horus de los Marines Espaciales del Caos 'Gal Vorbak Poseídos'. Los Luperci fueron formados por Maloghurst después de la 'masacre del sitio de

aterrizaje' y se emplearon por primera vez durante la Batalla de Molech.)

Maloghurst empujó la desagradable imagen lejos. Sé encontró mirando al operario de un puesto de artillería a la cara. Por encima de su alto cuello blindado, su cara era de una palidez poco saludable. El blanco de sus ojos era de un color rosa acuoso con anillos negros debajo de ellos. El octeto sagrado, tatuado en su mejilla se había quedado lívido, parecía más una cicatriz.

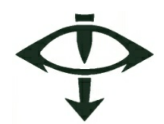
El cambio estaba sobre ellos, impulsado por la oscura majestad de Horus.

¿Por qué no cambiar tú también? Preguntó la voz.

Todavía no, pensó Maloghurst. *Todavía no.*

Si decía que no había considerado la posibilidad de seguir la misma ruta que el Luperci, estaría mintiendo. Había tanto poder allí, en ese hermanamiento de almas. Pero el coste para él era demasiado alto como para contemplar el pago.

Él era un titiritero, no un títere.



Bajaron una amplia escalera de caracol, languideciendo bajo un calor infernal y una aplastante sensación de claustrofobia. El hueco eje en el centro se extendía a un negro infinito, tanto arriba como abajo, los escalones lo envolvían, pasando alrededor del hueco con una forma de acerada hélice de ADN. Suspiros mecánicos, jadearon desde las profundidades portados por los vientos calientes, sonidos de ausentes máquinas fueron empujados ante ellos. Las débiles cepas de las canciones de devoción se dividieron por un grito.

Y las voces... Cada sonido realizado aquí, era un susurro parasitario.

Se hizo el silencio.

En lo profundo, tenues huellas repiqueteaban. Se detuvieron. Una puerta se cerró con un siseo. Entonces nada. Los susurros murieron. Sólo quedó el metálico gemido de la nave. Maloghurst se quedó con el sonido de su sibilante respiración en el respirador, sus vacilantes pasos, con ese gemido en su servoarmadura quejándose de su asimétrico andar y el estruendo constante de los pies de los Justaerin que le seguían.

Llegaron a su destino. El gemido metálico huyó por el pozo mientras Maloghurst abrió la puerta con su bastón llave.

Entraron en un largo y amplio pasillo, el centro estaba ocupado por profusas tuberías como si de un órgano devocional se tratase. Veinte camas individuales estaban fijas a cada pared de las celdas. Una puerta a un lado daba a las toscas instalaciones, a un desorden de cosas desechadas y al bloque de letrinas.

Los que vivían allí los estaban esperando. Estaban reunidos delante de la puerta, con sus uniformes de un color gris pálido, sucios y desgarrados. Desde hacía algún tiempo los Hijos de Horus habían añadido fetiches a sus armaduras y Maloghurst los vio, mostrados por los esclavos, como algo más que una imitación. Una bolsa de medicina, un crudo octeto rayado en un pedazo de chatarra y usado como un medallón. Símbolos pintados con oscuros fluidos en sucios paños. Una vez, el Espíritu Vengativo había sido una nave limpia. Ahora habían perdido algunas cosas en la elección del camino que siempre había sido inevitable.

El poder siempre tenía un precio. Maloghurst era prudente.

Los esclavos eran mensajeros. Ellos estaban entre los más bajos en la escala social, pero su función era vital. En el tumulto de la batalla, los sistemas vox fallaban. Chorros de datos podrían no llegar a su destino, unidades de cogitadores quemadas por sobretensiones electromagnéticas. Un corredor con un mensaje era más lento, pero más fiable. Un valioso respaldo. Unas cuencas de datos les fueron realizadas para que pudieran cargar en sus mentes los mensajes, en partes aisladas quirúrgicamente de sus cerebros. Ellos sabían sin saber.

Maloghurst había elegido éste problema para hacerle frente por sí mismo. Sería edificante y útil para los demás. Eran humildes, sí, pero los hombres que llevaban la palabra del Señor de la Guerra debían saber que su ojo estaba siempre sobre ellos. Maloghurst debía recordarles lo cerca que estaban a Lupercal. Y ellos humillarse cuando recordaran el honor que les hacía.

Uno de ellos estaba encadenado, de rodillas y muy magullado. Sus compañeros y captores se arrodillaron junto a él cuando los legionarios entraron en su pequeño mundo. Pero había un hombre en la vanguardia del grupo de los que no se arrodillan. Sus ojos eran brillantes y duros en purpúreos zócalos por falta de sueño.

Él debía ser el cabecilla, el acusador. Maloghurst preguntó qué cálculo había hecho para llamar directamente a los señores de la nave. Atraer la atención de la Legión podría haber hecho que las cosas fueran mal para él. Todavía podría. El hombre de ojos duros bajó los ojos y señaló a su cautivo sin palabras.

-Tú desafías al Señor de la Guerra- dijo Maloghurst al hombre encadenado.

El cautivo no lo miró, pero habló**. -No lo desafío, es una solicitud. No tenemos suficiente agua. Nos estamos muriendo-** los hombros del hombre mostraban los galones del rango. Un oficial recién ascendido. Éste debía ser su primer mando.

Maloghurst conocía la historia. La flota siguió adelante y con pocas pausas, con Terra firmemente en la mira. No había tiempo para reabastecerse, ni tiempo para reparaciones. Muchas partes de la nave se quedaron sin los requisitos básicos. El líder de los mensajeros, destinado a aliviar su sufrimiento. Tal vez había estado allí, esperando fuera de la corte de Lupercal, ayer, cuando Maloghurst había declarado el fin de las audiencias. Sus hombres, entrarían en pánico y se habían lanzado a pedir misericordia a la Legión. Prefiriendo arriesgarse a la ira de sus amos que a la lenta muerte por la sed. Sintió lástima por él.

Detrás de su respirador, Maloghurst sonrió. El verdadero poder se invirtió por el miedo. Aquí estaba, tan claro como las mentiras del Emperador. El hombre había llegado hasta él, podría haber sido diferente. Pero los mensajeros habían actuado y Maloghurst no estaba de humor para misericordias.

Maloghurst sacó su sagrado puñal y lo barrió a través de la garganta del hombre. Dejando que se alimentara, el puñal no había probado la sangre caliente hacía ya algún tiempo. Sangre brillante se extendió en un arco carmesí a través de la cubierta.

-Su petición ha sido escuchada. Hay uno menos de ustedes. El resto puede beber más profundamente.

Una sinuosa risa retorció el aire. Maloghurst se volvió rápidamente hasta su fuente. Una gran forma se situó en el más lejano de los mensajeros, como una columna compuesta de oscuro humo y de una malevolencia palpable.

-Vamos. Muéstrame el camino- dijo Maloghurst.

La forma no tenía órganos sensoriales visibles, pero sin duda le devolvió la mirada a Maloghurst, porque él podía sentirlo escarbando en su misma alma.

Una mano se formó por un momento en el humo. Un largo dedo siguió la mandíbula de un mensajero cercano. Se estremeció, pero el temor del hombre a los legionarios le impedía levantar la vista.

Una mano le tocó el codo. Maloghurst se crispó.

-¿Mi señor?

Su mirada cayó sobre la cubierta. La sangre se había ido, como si hubiera sido absorbida con avidez por la propia nave.

Los hombres, subordinados del mensajero, mantenían los ojos fijos en el suelo. Maloghurst buscó en los límites de la cámara, pero la sombra no estaba por ningún lado.

-Mi Señor- dijo el Justaerin. Las críticas a la falta de control de Maloghurst estaban implícitas en su tono.

-Hemos terminado aquí- murmuró. Su puñal se deslizó en la vaina con un clic, señaló al hombre de dura mirada. **-Tú. Ahora te encuentras al cargo de éste grupo.**

-Sí, mi señor- susurró el hombre.

Dejó que los mensajeros se deshicieran de su antiguo comandante. La necesidad de mirar por encima de su hombro mientras salía era casi imposible de desafiar, pero lo hizo.



Un Marine Espacial no estaba destinado a soñar a la manera de los mortales. Los sueños de los hombres normales eran una manera torpe de gestionar la memoria y el aprendizaje. Un legionario no tenía necesidad de gestionar su memoria, la suya estaba tan ordenada como una biblioteca bien cuidada. Por lo tanto, sus sueños no tenían el carácter alegórico de los sueños mortales, tendiendo a lo cotidiano, si no al dominio de nuevas habilidades, acelerado el aprendizaje por la conformación hipnótica cuidadosamente diseñada.

Pero esa noche, Maloghurst soñó como sueñan los mortales.

Estaba en una estancia de fuego y lo consumía. El Señor de la Guerra estaba en compañía de imposibles. Un hechicero, en una parodia azul del atuendo del Rey Carmesí se hizo a un lado. Fulgrim estaba detrás de su hermano, sin cambios, aún con su forma original, mientras que diversos degenerados y bestias de la disformidad clamaban por todas partes. Erebus había regresado a ellos, aunque su rostro era ahora una máscara de sombrío pesar. Un orbe holográfico de Terra flotaba en el aire delante de Horus.

Maloghurst estaba también allí. Se vio a sí mismo desde fuera, como si viera la escena a través de los ojos de otro. Qué viejo y descompuesto parecía, su arruinado rostro oculto detrás de su siempre presente respirador. Los ojos le brillaban con un toque de locura. Éste otro Maloghurst llevaba un tabardo de retazos de piel humana desollada sobre su servoarmadura.

Todo estaba mal. Y el fuego, ardiendo tan caliente, apretaba a su alrededor por todos lados. Sólo él, el Maloghurst observador, parecía consciente de ello. Su doble, clon o duplicado, ¿o era el verdadero Maloghurst y él era algún otro? Parecía ignorar totalmente el calor.

Los demás continuaron su despreocupado debate. Horus expuso sus planes para la conquista de Terra. Sus subordinados, asistentes y ayudantes dieron sus opiniones. Sus palabras fueron breves y directas, yendo al grano. Los comentarios de Horus a sus palabras fueron elaborados, con todo lujo de detalles. Nada pudo contradecir la perfecta estrategia del Señor de la Guerra. Ninguno pudo.

Horus miró directamente al Maloghurst observador. Su rostro era majestuoso, rebosante de una feroz inteligencia y el gran poder de la disformidad.

-¡Maloghurst! Se nos ha unido- se dirigió a él como si fuera perfectamente normal que hubiera dos encarnaciones de su ayuda de cámara presentes.

-Mi Señor...- dijo Maloghurst. La confusión enturbió sus pensamientos. Un sueño. Se aferró a la certeza de ello lo más fuerte que pudo. **-Lo siento.**

Su doble chilló un canto idiota en un idioma olvidado. Sus ojos inyectados en sangre rodaron de nuevo en su cabeza. Un líquido negro se desarrolló entre los bordes de su respirador.

Sobre el hombro de Horus, la presencia se alzaba.

Ésta vez no fue un pilar de humo, pero Maloghurst sabía lo que había visto en las barracas de los mensajeros. Múltiples, largos y articulados dedos

acariciaron la piel de la capa de Horus. Le cantó una canción apta para las cunas de los bebés muertos. Maloghurst dio un paso atrás.

El Señor de la Guerra fijó su atención en él. El peso de la mirada era insoportable.

-¿Hay algo mal, Mal?

-Mi señor, yo...

La criatura lo miró fijamente. Su forma era de un negro aceitoso, un líquido nacido de humo congelado. Cien ojos lo miraron sin pestañear en una larga cara de equino. Armas que sólo se insinuaban en las pesadillas de los insectos se deslizaron unas sobre otras en una innumerable profusión.

Horus puso su mano sobre el hombro de Maloghurst. **-Esto no es propio de mi Palafrenero.**

-No, señor.

-Ésta guerra nos pone a prueba a todos, Mal- el rostro de Horus era neutral, el resplandor de la energía de otro mundo que él poseía ardía detrás de unos ojos ilegibles. Miró el bastón de Maloghurst. **-Quizás deberías descansar.**

-Yo estoy bien, mi señor- dijo Maloghurst. Se irguió, desafiando sus heridas. Su mirada resbalaba de la cara de Horus al horror de la disformidad detrás de él. *¿Por qué Lupercal no lo ve?* Una imagen de un logista gordo se proyectó en su mente, mirando con temor al Justaerin. Se quedó sin aliento ante la invasión.

-Y yo digo que no está bien. Retírese, Palafrenero. Vaya a ver un apotecario y que lo examine. A continuación, regrese a su camarote y descanse.

-Mi señor, estoy en forma para mis deberes- protestó Maloghurst. **-¿Cuándo le he fallado?**

Horus apretó el hombro de Maloghurst, las garras de su guantelete rasparon ligeramente contra el pectoral de la armadura del Palafrenero.

-Nunca, amigo mío. Pero recuerda que nada falla, hasta el momento en que lo hace. Su tiempo se acerca.

-Mi Señor…

-¡Haz lo que te mando!- dijo Horus. El cambio en su expresión proporcionó a Maloghurst un vistazo de lo que se escondía detrás de sus ojos. Dio un paso vacilante hacia atrás.

El demonio se rió con voz sedosa. Extendió sus largos y negros brazos alrededor del cuello de Horus en un abrazo amoroso.

Maloghurst miró a la cara a todo el mundo. La indiferencia o el odio lo saludaron en algunos lugares. Se retiró antes.

Corrió, lo único que su cuerpo le permitiría era un galope ridículo. El gemido de su servoarmadura, tratando de igualar y amplificar ese movimiento sonó como una risa burlona.

Se encontró en un pasillo al que posiblemente no podría llegar desde la corte de Lupercal. Gritos de caras formadas en un metal que se habían vuelto tan fluido como el agua hirviendo. El corredor se convulsionó, deformado fuera de forma por completo. Las tullidas piernas de Maloghurst cedieron bajo él y cayó. No hubo ni una palabra para detenerlo. Él se desplomó en un infierno de colores poco naturales. Un remolino de hilos oscuros se reunió en una aceitosa espuma sobre el cambiante océano.

A partir de ello, el demonio se levantó, absorbiendo la oscuridad en sí mismo. El aceite era alimentado por un millar de venas oscuras que enhebraba la disformidad, y por lo tanto se redujo sólo lentamente.

En el momento en que el demonio hubo absorbido toda la oscuridad, era tan grande como un Titán. Por algún extraño truco, de repente estaba debajo de Maloghurst.

¡Ven a mí, Maloghurst! Sé mío... Seamos uno...

Maloghurst cayó sin remedio en sus bostezantes fauces…

Se sentó de golpe en su camastro, olvidando la ruina de su cuerpo por un momento. El movimiento envió una punta de dolor hasta sus nervios que salió de su boca como un gruñido áspero. El sudor brotó de su piel. Sus músculos y cicatrices fueron recogidos por las curvas de la poca luz emitida por el lumen indicador del bloqueo de la puerta. Miró su brazo, lo vio como un miembro aceitoso del demonio. Retrocedió, parpadeó, y luego sólo vio su mano.

De los miles de artículos recopilados ciegamente como trofeos de guerra a bordo del Espíritu Vengativo, pocos habían demostrado ser artefactos de la

verdadera fe. Entre ellos se encontraban algunos objetos de poder. Maloghurst cogió uno de ellos ahora.

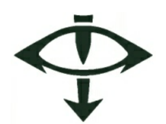
Frío y como a metal grasiento reconoció su toque. Su mano se cerró alrededor de él, y se lo llevó a su rostro. Una pequeña gárgola tomada de un mundo humano degenerado. Los habitantes salvajes no habían poseído la tecnología para fabricar incluso ésta fea cosa de plomo, por lo que su procedencia era desconocida. Cualesquiera que fuesen sus verdaderos orígenes, había encontrado que era una tutela de demonio eficaz. Deslizó hacia atrás las tapas abisagradas que cubrían el vidrio de color de sus ojos.

Brillaban con un rojo de advertencia.

-Nonato- susurró Maloghurst.

Un olor nauseabundo llenó la habitación. Se atragantó, la saliva se derramó de sus labios torcidos.

Tragó el sazonado aire por nada más que los sistemas de reciclaje y metal caliente.



La guarida de Rakshel era profunda dentro de la nave, no lejos del gran cañón de tránsito que corría a lo largo de la quilla de la nave. Era el espacio de los esclavos, y muchos fueron abandonados hacía ya largo tiempo. Maloghurst pasó dormitorios vacíos, comedores llenos de platos de estaño derramados y cubiertos de en materia orgánica en descomposición. Espacios donde los siervos de la tripulación ya no vivían, sus salas vacías por la guerra. El manifiesto de personal sobre mortales del Espíritu Vengativo tenía decenas de miles. Pululaban por los interminables corredores arteriales de su interior, tan numerosos como las células sanguíneas. Y al igual que las células sanguíneas, sangraban libremente en el vacío cada vez que se rompía el casco del buque insignia.

Los susurros eran más fuertes, hasta muy por debajo de la cubierta de mando. Cosas parpadeaban por el rabillo del ojo. Era mejor mantenerse al margen de los lugares oscuros, incluso para alguien tan fuerte como Maloghurst.

Pero hoy no tenía otra opción.

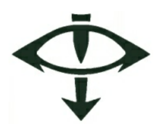
Extraños olores flotaban en los conductos de ventilación, dulces y feculentos, demasiado fuertes para ser reales y demasiado reales como para descartarlos. El daño sufrido en las interminables batallas del Espíritu Vengativo era evidente en su totalidad. Se sellaron secciones enteras, puertas de mamparos soldadas para permanecer cerradas. Planchas de cubierta dobladas o combadas. Paredes arrugadas habían derramado olas, ahora congeladas, de espuma sellante como lava de grietas volcánicas. Había zonas donde la gravedad o la iluminación era inconstante.

Maloghurst llegó a una cavidad hueca en el costado de la nave por el impacto de un cañón nova. Hojas de metal liso del tamaño de las puertas de una fortaleza sellaban la brecha. Una oscilante pasarela colgaba de cables anclados al desorden de tuberías rotas y hielo por encima. El tirón de la gravedad artificial aquí era caprichoso, viniendo primero de una dirección y luego de otra. Maloghurst agarró la barandilla de la pasarela para apoyarse y se arrastró a través de ella. La cavidad brillaba con luces de advertencia. Bajo sus pies, enormes servidores arrastraban fuera toneladas de enredados escombros fusionados. Se escuchaba los arcos eléctricos de soldadura, saltaban chispas como chorros de lluvias amarillas. Sin una larga estancia en un dique seco, daños como estos nunca podría ser reparados, sólo contenidos. Había muchas de esas heridas a lo largo de los flancos del Espíritu Vengativo.

Salió de la desvencijada cámara, pasando por una puerta hacia un corredor que perversamente mostraba pocos signos de daño. Un equipo de reparación le adelantó de camino a su lugar de trabajo. Estaban armados, blindados y en gran número. Una tríada de sacerdotes del Mechanicum los guiaba, ojos rojos augmeticos parpadearon bajo sus negras capuchas. El último de ellos dirigía una unidad Thallax con cadenas de protección sobre cuyos enlaces brillaban runas de contención. Luminosos corposantos destellaban en los escapes de las máquinas. Un quejumbroso gruñido brotó de la lisa placa frontal de Maloghurst mientras pasaba. Los componentes orgánicos de esas cosas no eran de origen mundano.

Con estos monstruos del Mechanicum Oscuro en medio de ellos, el equipo de reparación miró a su alrededor con cautela. Los hombres de armas que les escoltaban miraron con temor desde detrás de su visera de cristal.

Su miedo no era debido a él. Observaban las sombras.



Entre cubiertas rotas y almacenes agotados moraban los Davinitas. Maloghurst olió su hedor cien metros antes de llegar a su dominio. Un aroma a moho, algo animal, transmitía suspiros de brisa al aire de la nave. El olor a orina, a comida cocinada, el humo y las heces, asociado a cualquier áspero campamento humano, surgió desde el comienzo de los tiempos.

Los Davinitas se escindieron desde el principio, moviéndose periódicamente por la nave. Su morada actual era un almacén ya vacío de cualquier suministro, uno de muchos. Descartado su cometido original por las exigencias de la guerra, atraían nuevos ocupantes, raramente benignos.

Las amplias puertas blindadas estaban abiertas. Maloghurst entró. Los Davinitas se sentaban en cuclillas alrededor de fuegos abiertos que ardían directamente en la cubierta. Sus refugios eran de tela o planchas de acero reciclado. Había ciudades en Davin con casas de adobe bien ordenadas, pero la Verdad Primordial provenía de las tribus de las llanuras, y Maloghurst se encontró entre una banda nómada acampada en una cueva de metal.

Sus ojos mejorados se ajustaron rápidamente a la penumbra. Había treinta y uno de ellos, lo que quedaba del grupo que había subido a bordo invitados por Erebus. Con su patrón desterrado, había menos de los que había habido, pero los que se quedaron no cambiaron por la lenta alteración del Espíritu Vengativo. Mostraron pocos signos de privación como la exhibida por los siervos, se comportaban como si la nave estuviera alterándose para adaptarse a ellos.

Los Davinitas no le hicieron caso. Miraron sus fuegos tan silenciosamente como cazadores de la edad de piedra, esa antiquísima época de la antigua Terra, en una noche embrujada acechados por monstruos. Se dirigió a la tienda más grande, esperando encontrar a Rakshel en su interior. No quedó decepcionado.

El embajador estaba durmiendo, una hembra Davinita acomodada junto a él encima de un montón de pieles y sabanas desordenadas. El embajador siempre le había parecido una persona que cuidaba poco de su aspecto, pero en comparación con tal morada, su alojamiento en la corte de Lupercal era principesco.

Maloghurst pinchó en la improvisada cama con su bastón. Rakshel abrió un ojo y luego el otro. En la penumbra, sus pupilas eran incluso más grande de lo

normal.

-Ha venido.

-¿Acaso me estaba esperando?- preguntó Maloghurst. No mostró ninguna sorpresa. Los últimos años le habían acostumbrado a las sorpresas.

-El más insignificante de los que estamos aquí puede oler la mancha de la disformidad sobre usted. Sí, le esperaba.

Rakshel se incorporó. La mujer se despertó y sonrió a Rakshel, asintió al legionario junto a la cama. Su somnolencia la dejó rápidamente y se levantó de un salto, envolviéndose en una sucia manta mientras corría.

Maloghurst la observó marcharse. **-Una buena casa, la que te has hecho aquí.**

Rakshel se encogió de hombros, el gesto se convirtió en un desperezarse un tanto extravagante y un bostezo. **-He conocido privaciones y dificultades, éste es un lugar tan cómodo como cualquier otro. Las condiciones aquí son mejores que la de muchos de sus siervos, Único Retorcido. Los dioses proporcionan con facilidad su generosidad, a nosotros, los verdaderos seguidores.**

Maloghurst se rió. Su respirador lo hizo sonar como un ladrido. **-Una buena recompensa.**

Rakshel apoyó sus peludos brazos en las rodillas. **-Usted es el único perseguido por nonatos, yo estoy a salvo. Usted no.**

-Podría negarlo- dijo Maloghurst. **-Pero tienes razón. Lo veo en mis sueños. Oigo su voz cuando estoy despierto. Un demonio de aceite y humo.**

-Está cerca entonces. Mejor hacer las paces con él, su tormento en la vida venidera podría ser menor.

-Eso no es satisfactorio.

-¿No?- Rakshel se estaba divirtiendo, no hizo ningún intento por ocultarlo.

-Me dice a menudo lo mucho que domina lo relacionado con la disformidad. Ahora es el momento para que cese, o demuestre, ese fanfarroneo. Necesito hechos. Va a deshacerse del nonato.

Rakshel frunció los labios, inmerso en sus pensamientos. **-Muy bien. Tendrá hechos, aunque no míos.**

Maloghurst se apoyó en su bastón intrigado.

-Necesitará a alguien más fuerte que yo. Le llevaré a Tsepha. Era un acólito de Akshub, y es el más importante de nosotros que aún sigue vivo.

Rakshel se levantó de su cama, sin vergüenza por su desnudez. Levantó la solapa de su tienda y señaló un incendio que, de alguna manera, permanecía alejado de los demás.

-Lo encontrará allí.

-¿No me va a acompañar?

Rakshel le dio a Maloghurst una amplia sonrisa, negó con la cabeza y dejó caer la cortina de la tienda entre ellos.

Maloghurst se abrió paso alrededor de montones de basura y cajas reutilizadas como muebles. El resto de los Davinitas no le hicieron el mínino caso, concentrados en lo que fuera que vieran danzando en las llamas.

Había una figura solitaria junto al fuego más lejano. Un niño humano usual, mugroso y casi desnudo. Estaba cubierto de pies a cabeza con marcas arcanas talladas en su carne. Su cabello se había desprendido en grupos.

Ojos rojos inyectados en sangre y una voz ronca revelaron la verdadera naturaleza del niño. **-El Único Retorcido viene en busca de ayuda. Me siento honrado.**

-¿Tsepha? ¿Acólito de Akshub?

-Soy yo- dijo el niño.

-No eres un Davinita.

-Davinita, Terrano, Cthoniano... ¿Qué importa? Todas las almas son iguales a los ojos de los dioses. Acepté su verdad y ahora soy inmortal, me fui, pero he vuelvo. Antes era Davinita, ahora soy Cthoniano. ¿Qué, te gusta mi cuerpo?- levantó los brazos cubiertos de llagas. Cuando sonrió, se vieron sus sangrientas encías.

-¿Fue traído de vuelta?

-Si quiere llamarlo así- continuó el niño poseído, mirando el fuego. Metió en él un fémur humano. La azulada llama lamió alrededor del bulbo de la cabeza femoral. Había formas que se movían bajo su piel, imitando el juego de las llamas. **-Piensa en sus conjuros. Pero no soy lo mismo que su Luperci. Yo soy sólo yo.**

Alrededor de los otros fuegos había figuras silenciosas en cuclillas. Maloghurst buscó entre ellas. **-¿Dónde está tu maestra?**

-Se fue.

-Tráigala de vuelta. Quiero hablar con ella.

-No puedo. Ella no existe ya. Fue consumida. Erebus la destruyó. Si quiere ayuda, debe pedírmela a mí.

-Soy perseguido.

-Los nonatos se fijan en aquellos que se muestran prometedores. Usted muestra talento, pero es inexperto. Su maestro le da más poder del que usted puede manejar con seguridad. Al crear a sus Luperci se ha abierto al riesgo. La esencia que lo persigue intuye una manera de llegar a usted a través de su mente. Va a pasar y le destruirá.

-Me va a ayudar- dijo Maloghurst. No fue una pregunta.

El muchacho se levantó bruscamente, con el cuello torcido en un ángulo antinatural. **-¿Lo haré? ¿Y qué va a hacer el gran Maloghurst por mí? Es el siervo del elegido, pero aún no le llegan las demandas de Tsepha.**

Maloghurst fulminó al chico con la mirada. **-Perderá la vida si no lo hace.**

El chico rió húmedamente. **-Y si la pierdo, ¿qué? ¿Acaso no ha oído mis palabras anteriores, noble guerrero? Usted no me puede matar.**

El guante de Maloghurst apretó con fuerza su bastón. Su otra mano se cernía sobre la daga.

El muchacho lo miró. **-Un cuchillo santo. Has aprendido mucho, pero no lo suficiente.**

-Me va a ayudar- repitió con voz áspera Maloghurst. **-O voy a poner su naturaleza eterna a prueba.**

-Entonces no obtendrá ayuda alguna, y como bien sabe, no moriré. Una triste manera de poner fin a una vida tan llena de promesas, por un experimento fallido. Una pérdida de tiempo para todo el mundo.

-¿Hay un precio, entonces?

El muchacho apartó el fémur y atizó el fuego con la mano, sin protección alguna. Grueso humo se acurrucó en ella, ennegreciendo la carne. Mostró sólo fascinación, ninguna molestia.

-Vamos a tener lo que hemos estado pidiendo estos últimos meses. Acceso al Señor de la Guerra.

-¿Por qué debería tenerlo?

-Porque que, si no, como ya sabe, va a morir.

-Yo soy prescindible- replicó con desdén Maloghurst. **-Un mero peón en el gran juego. Necesito una razón de más peso que mi propio destino.**

-Condenación entonces. Bien sabe lo que le espera. ¿No es eso suficientemente convincente? Discute cosas desde un punto de vista falso. ¿Por qué está aquí si no le importa su propio destino?

-No he dicho que no me importe. Respóndeme.

El muchacho se puso de pie y elevó sus ojos ensangrentados. Maloghurst no tenía talento para calcular la edad de los no mejorados (unenhanced en el original). El anfitrión de Tsepha era pre-adolescente, aunque probablemente no por mucho. ¿Tal vez, apenas más joven que los chicos reclutados por la Legión? Con la cabeza levantada, le llegaba a la altura del cinturón a Maloghurst.

-Somos el pueblo de la única fe verdadera- dijo Tsepha. **-Fuimos nosotros quienes abrimos los ojos del Señor de la Guerra a las mentiras del Emperador. ¡Qué estúpido debéis sentiros, ahora que también lo veis! Las mentiras eran evidentes, y la verdad estaba a la vista. Todo a su alrededor era la prueba de su falsedad, y lo ignoró, aferrándose a un credo con cada pedacito tan dogmático como los que denunció. ¿Cuántas veces se enfrentó a él? Y ahora se han convertido, con el celo de aquellos cuyos ojos están al descubierto. Pero nosotros somos siervos de los dioses de la antigüedad. Podríamos enseñarle mucho más.**

-He oído esa oferta antes, no menos importante, de la serpiente de Erebus. Piden influencia. Buscan el poder a través del acceso a Horus Lupercal. Eso no lo puedo permitir. Ésta guerra no se libra para que obtenga ventaja uno de los cultos de Davin.

El muchacho se encogió de hombros. **-Entonces va a morir y arderá para siempre, y aún así lo obtendremos de todos modos.**

La ennegrecida mano de Tsepha se puso borrosa, convirtiéndose en un parpadeo en piel pálida y sin daño de nuevo, excepto los cortes rituales que supuraron desde las incisiones en la piel. Tsepha lo levantó para que lo viera y le ofreció una sonrisa ensangrentada.

Maloghurst permaneció en silencio. El murmullo de los Davinitas era curiosamente tranquilo en la oscuridad. Allí, en esa cueva de metal, era fácil por un momento olvidar exactamente dónde estaba. Con los susurros ausentes. La presencia de los millones de toneladas del Espíritu Vengativo a su alrededor se desvaneció.

-¿Qué debo hacer?- dijo finalmente.

El niño sonrió en señal de silencioso triunfo. **-Cumpla su promesa. A cambio hay un ritual que se puede realizar. Blindará su alma contra el nonato. Aumentará su propio poder. Un trato justo, creo.**

-¿Cuándo?

-Pronto. O estará perdido. ¿Hoy mismo?

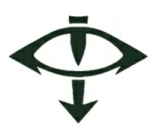
Maloghurst gruñó. **-¡Que así sea!**

-Luego, a la medianoche. Hay un lugar que podemos utilizar.

El destino fue introducido en la mente de Maloghurst. Una cavidad de embarque, un punto de atraque para repostar cazas ligeros, a unos pocos cientos de metros de su posición actual.

-Estaré allí.

-Sé que lo hará- dijo el muchacho.



En un círculo marcado cuidadosamente con sangre y médula en polvo, Maloghurst concluyó su ritual. Se inclinó ocho veces ante el santo octeto grande de la pared. En su mano sostenía un casquillo de bólter en una cadena. Estaba taponado con cera negra, sellando su propia sangre en el interior. Murmuró las palabras que el mismo Horus le había enseñado. La cáscara emitió una extraña radiación no nativa del reino material, cuando abrió los ojos, ya no pudo verlo. Su arruinado rostro hizo un intento de sonrisa, tanto como fue capaz.

El círculo estaba en completo silencio. Ni los ruidos de la nave o los susurros de los parientes de demonios lo turbaron dentro de su circunferencia. El leve temblor de las placas de cubierta era el único recuerdo de que estaba a bordo de una nave espacial.

La apertura de la puerta rompió su concentración. Las llamas de las velas negras vacilaron.

-Aximand. ¿Quién te dejó entrar?

-Soy del Mournival, Mal. Puedo ir a donde quiera. ¿Dónde has estado? Lupercal quiere verte.

-No puedo. Tengo asuntos que atender, como puedes ver.

Las cejas de Aximand subieron en su rostro de manera desigual. Sus rasgos estaban desproporcionados y eran algo grotescos bajo ciertas condiciones. Una vez fue la viva imagen de su padre genético, su mutilación debería haber destruido cualquier semejanza. De alguna manera, su aspecto se había vuelto aún más parecido a Horus. Era una caricatura de un semidiós.

Ambos legionarios eran seres retorcidos ahora, aunque cada uno a su manera.

-¿Estás rechazando una citación de Horus? Que audaz- dijo Aximand. **-¿O hay algo más en juego en esa mente laberíntica tuya?**

Maloghurst se volvió hacia él. **-¿Y qué te hace decir eso?**

Aximand hizo una mueca de sorpresa. **-Tal vez no sea nada. Aunque, por otro lado, te oigo murmurar a los dioses. Temo que te estés volviendo tan**

desquiciado como la Decimoséptima de Lorgar.

-Has sido testigo del poder que poseo y está a mis órdenes.

-Sí. Los Luperci son impresionantes, Mal. Pero para haber logrado tanto...- Aximand miró la parafernalia del ritual de Maloghurst con un absoluto desdén. **-Somos guerreros, no sacerdotes.**

-No soy un sacerdote, Pequeño Horus. El Luperci es un arma. Ésta es otra- y levantó la cadena donde colgaba el hechizado casquillo de bólter.

Aximand frunció el ceño. **-Ahí no hay nada.**

-Lo hay. Yo tampoco puedo verlo, pero sé que está ahí. El poder de la disformidad actúa más eficazmente que cualquier dispositivo de camuflaje. Tú también podrías ejercer ese poder, si no fueras tan estrecho de miras.

-Puede que sea de mente estrecha, Mal, pero no soy tan estúpido como para desobedecer una citación directa de Horus.

Maloghurst agarró su bastón. **-Dile que asistiré más tarde.**

-No lo haré. Díselo tú mismo.

-Estoy ocupado, Aximand. Lupercal lo entenderá.

-¿No es un poco presuntuoso, incluso para ti?

-Nuestro señor sabe todo lo que ocurre a bordo de ésta nave, Pequeño Horus. Él lo entenderá- Maloghurst tomó un tubo de mensajes y deslizó la cadena, con el casquillo de bólter, en el pergamino enrollado que ya había dentro. Enroscó la tapa, activó el sello de genes y se lo tendió a Aximand**. -Dale éstas órdenes al sargento Gryben de la 43ª.**

-No soy tu chico de los recados.

-Va a hacer lo que le pido, capitán- dijo Maloghurst. **-No es una petición. Dígale que ha de abrirlo con cuidado, debe inclinarlo para sacar lo que cuelga de la cadena que hay dentro y ponérsela alrededor del cuello.**

-No vi nada- reafirmó Aximand.

-Ese es el punto. No creo que nadie vaya a ser capaz de verlo. Pero debes instarle a no perderlo...

Aximand tendió la mano y tomó el mensaje. **-¿Qué hay realmente aquí?-** volteó el tubo. No había ninguna marca sobre él.

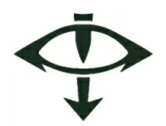
-Una especie de garantía. No te preocupes por eso. Sólo entrégalo, vamos, hazlo ahora.

-Ah, y no se lo digas a nadie.

-¿Qué estás maquinando, Mal?- murmuró Aximand. Su curiosidad se despertó.

-Podrás verlo. O tal vez no. Es irrelevante. Todo lo que importa es que voy a tener éxito.

Maloghurst salió de su círculo. El gruñido incesante del Espíritu Vengativo retumbó en sus oídos, junto a los susurros que comenzaron de nuevo.



Abajo, en las cubiertas inferiores, los susurros no eran susurros en absoluto, eran mucho más. Había muchas voces perversas en el aire, sus palabras desconcertantemente claras. La voz que Maloghurst se esforzó por discernir no estaba entre ellas. Saber dónde está tu enemigo, siempre es mucho mejor que no saberlo. Cada nueva voz le hizo detenerse.

Un puñado de esclavos y servidores hacían sus tareas. Lo miraron de reojo, preguntándose por qué un legionario quería merodear por tal lugar tan a menudo. Cada vez era más fácil distinguir a los fieles de potenciales traidores, porque, aunque muchos llevaban marcas de devoción a los antiguos dioses, unos pocos, tenían maneras de actuar que traicionaban su miedo a los susurros. Los verdaderos fieles podían estar perturbados, pero ciertamente, también encantados. Sólo los servidores parecían inmunes, pisando fuerte sobre sus descuidados pies, de la misma manera que habían hecho desde siempre.

Poco importaba si eran fieles a la causa del Señor de la Guerra o no. Mientras trabajaran. Los sirvientes eran material. Nadie se preocupaba por las opiniones de una bala de bólter o del filo de una espada.

Maloghurst giró por un camino de acceso, se utilizaba muy pocas veces.

Algunos de los lúmenes instalados en el techo había explotado, otros parpadeaban a una frecuencia que era molesta a los ojos. Aquí, las voces se mezclaban a la perfección, en sintonía con los estruendos y el traqueteo de una nave viviente. *El Espíritu Vengativo* había encontrado su voz.

Una escotilla siseó hacia arriba frente a él. Más aire frío le esperaba. Tenía por delante una secuencia de siete pequeños hangares de transportes, encadenados entre sí por tramos cortos de corredor. Las paredes posteriores de los hangares podrían ser retraídas, abriendo el camino a las grandes puertas de carga que sellaban las rutas de suministro al interior del *Espíritu Vengativo*. Todas estaban cerradas. Había galerías alrededor de las bahías, túneles de mantenimiento con sus vías y grúas corrían alrededor de las galerías. Por lo demás, los hangares no tenían rasgos característicos, eran simplemente funcionales.

Maloghurst pasó por cuatro bahías de camino a su destino. Cada una estaba desierta, todas menos una vacía hasta de naves. Dos, de los largos tubos de lanzamiento, mostraban signos de daño. Hojas de Plastek, hechas jirones por un uso excesivo y desfiguradas por el polvo, flotaban en la brisa de ventilación.

La puerta de la quinta bahía se abrió, revelando un canto acompañado de una música áspera. La pared del hangar estaba bajada y la bahía estaba llena de Davinitas. Casi toda su gente, pensó Maloghurst. Bien. El grueso pelo, que cubría la piel de sus cuerpos, estaba espeso por los símbolos pintados con sangre. Se detuvieron a mitad de sus movimientos, congelando cualquier baile que habían estado llevando a cabo, en una especie de ’tableau vivant’ espeluznante. Todos los ojos se volvieron hacia el Marine Espacial. (‘Tableau vivant’, literalmente ‘pintura viviente’, es una expresión francesa para definir la representación por un grupo de actores, o modelos, de una obra pictórica preexistente o inédita, nt.)

Rakshel se le acercó. El sentido del olfato mejorado, de Maloghurst, detectó agentes químicos significativos de dulces narcóticos en su respiración y sudor.

-Ha venido, noble guerrero.

-¿Por qué no lo haría?

Rakshel se encogió de hombros. **-Bueno, lleva su servoarmadura.**

-Siempre la llevo. No puedo moverme bien sin ella.

-No importa- dijo Rakshel. **-Vamos a quitársela.**

Un áspero octeto se había fijado contra una pared. De latón batido con sinuosos grabados de platino, cobre verde con dibujos y aburrido hierro formaban las flechas que salían de su centro. Sólidas cadenas y grilletes colgaban de él.

-¿Me va a encadenar? No es necesario- dijo Maloghurst.

-Oh, pero es necesario- respondió Rakshel.

-No voy a permitir que se me encadene.

-Se dice que los de su clase no conocen el miedo. ¿Por qué está tan asustado? O permite ser encadenado, o ya puede irse.

Maloghurst hizo un ruido profundo en su pecho. **-Muy bien.**

Rakshel hizo un gesto a sus compañeros, se adelantaron con herramientas de desarme y torpemente despojaron a Maloghurst de su servoarmadura. El legionario señaló con un desigual jadeo sibilante cuando se le quitó el respirador. Su respiración se hizo dificultosa sin él.

El Davinita apoyó su enorme volumen y lo guió al octeto.

-Maloghurst. Ven a mí.

Todos en la sala escucharon las palabras. Los Davinitas miraron hacia arriba buscando la voz.

-Tenemos que trabajar con rapidez- dijo Rakshel. **-¡El nonato ya está aquí!**

Esposas y grilletes fueron puestos, y cerrados, apresuradamente. Cuando los Davinitas estuvieron satisfechos con la sujeción de Maloghurst, dieron un paso atrás y lo miraron de reojo. Maloghurst tiró de las cadenas con inquietud.

Sirenas de advertencia sonaron. La luz giratoria, que había encima de la puerta de carga de la izquierda, se puso a dar vueltas y la puerta se abrió, su plastiacero pintado con rayas de peligro dio paso a la oscuridad que había más allá.

El renacido chamán Tsepha entró, el cuerpo del niño estaba cubierto de reluciente cal blanca. Las sangrientas huellas de los cortes y sus inhumanos ojos resaltando en un brillante carmesí. Sólo llevaba un taparrabos. En su

mano, llevaba un cristalino cuchillo negro que exudaba zarcillos de oscuro humo.

-Has venido. Eres un necio, eso hace que Tsepha se enorgullezca. Retorcido, así te llaman los Hijos de Horus. Retorcido por su mano, no por la mía. Una raza de gigantes, criados para la guerra. Tú no eres una cuchilla sutil.

El muchacho se puso delante de Maloghurst. Con un rápido corte, abrió un corte sobre el torso lleno de cicatrices del Marine Espacial. Maloghurst reprimió un grito. La herida ardía como el frío del vacío.

-Horus se ha convertido en un dios. Todos los ojos del empíreo se vuelven hacia su progreso. La sangre de alguien, tan valorado por el Señor de la Guerra, será un sacrificio digno.

-¡Él va a mataros a todos!- gruñó Maloghurst. Tiró de sus cadenas con repentina e impotente ira.

Desde detrás de Tsepha, Rakshel sonrió.

-No, no lo hará. Eres un mero peón, eso dijiste, ¿recuerdas? Todos lo somos. Y para el peón, todo poder exige un pago. Erebus lo sabía. Pero no quisisteis escuchar. Ahora vas a pagar por tus mezquinos hechizos y tu Luperci. Tu tiempo ha llegado. Horus requiere una mano firme para guiarlo. Se la daremos.

Con una sonrisa sangrienta, Tsepha comenzó un canto gutural. La temperatura cayó en picado. Detrás de él los Davinitas comenzaron nuevamente su vil danza. Un toque de tambor lento establecía su ritmo, creciendo más rápido en incrementos constantes.

Tsepha pasó el cuchillo frente a Maloghurst, golpeando hacia abajo con él, cortándolo, siguiendo el ritmo cuando llegaba el momento del canto. Maloghurst arqueó su espalda y rugió de dolor ante cada insulto. Una red de frio se extendió sobre su piel, profundizando hasta los huesos, unos repugnantes espasmos lo acompañaban.

-¡MALOGHURST! ¡YA LLEGÓ!- gritó La voz. Y ya no era insustancial. Ésta voz agitaba el aire, no sólo el alma.

Una forma oscura apareció en el hombro de Tsepha.

-¡Tome éste sacrificio digno, oh Qwiltzuk-Ikar! Separe el velo del mundo y traspáselo. ¡Asuma la forma y carne de Maloghurst el Retorcido!

La forma oscura se fue solidificando, convirtiéndose en una columna de humo que se retorcía, a continuación, un vórtice de líquido negro brillante. Sugerencias de extremidades aparecieron dentro, sólo para ser arrebatadas por la rotación sin fin. Largos seudópodos alcanzaron la cara de Maloghurst.

El legionario encadenado rompió a reír. Rakshel estaba asombrado. Tsepha vaciló.

-Mi turno- dijo Maloghurst. **-Les agradezco que me hayan facilitado el nombre del demonio-** empezó a cantar, en voz baja al principio, luego más y más fuerte. Un conjuro fresco mezclado con el golpear de los tambores Davinitas y la invocación de Tsepha, amenazando con deshacerlo desde dentro. La lengua era difícil y vieja.

-¡Conoce el idioma de los nonatos!- silbó Tsepha. El muchacho se defendió, gritando más fuerte, antes de apretar los dientes. La sangre corría por sus ojos.

-¡Qwiltzuk-Ikar! ¡Qwiltzuk-Ikar! ¡Qwiltzuk-Ikar!- gritó Maloghurst y prosiguió con su conjuro. Antiguas palabras compitieron con las del niño, conduciendo de vuelta los inquisitivos tentáculos del demonio que se manifestaba.

Qwiltzuk-Ikar centró su atención en Tsepha. El chamán hizo un gesto muy amenazador con el cuchillo, aullando y ladrando palabras que no debería poder emitir ninguna garganta humana.

-¡Amordazadlo!- gritó Rakshel, señalando a Maloghurst.

Los Davinitas acometieron con ímpetu. Dos sujetaron con sus manos la cabeza de Maloghurst, pero corcoveó y se los sacudió ferozmente. Un tercero llevaba un bozal de pinchos.

Maloghurst hizo una pausa en su encantamiento, puso a trabajar su mandíbula y escupió en la cara del cultista. El Davinita gritó y cayó hacia atrás, con las manos en sus destrozados ojos. Humo agrio brotaba de su rostro, mientras era consumido por el acido, ya con espasmos en el suelo. Otro se acercó, pero Maloghurst lo detuvo con una mirada.

-¡No!- gritó Rakshel.

Las últimas sílabas del encantamiento de Maloghurst se deslizaron libres de su torcida boca.

Tsepha cayó hacia atrás como fulminado. Se encogió en la cubierta ante la columna de aceite.

-Llévatelo- ordenó Maloghurst.

-Sí- dijo el demonio.

El líquido voló hacia Tsepha, forzando su camino a través de sus ojos, boca, orejas y nariz. El muchacho poseído se convulsionó con tanta fuerza que su cabeza golpeó la cubierta, dejando una impresión sangrienta sobre ella.

Entonces el cuerpo robado explotó. Carne mojada, despidiendo vapor ante el frío de la bahía de atraque, abofeteó las paredes.

Algo tomó su lugar. El Nonato.

Qwiltzuk-Ikar se desdobló sobre sí mismo, una monstruosidad desgarbada dos veces la altura de un Marine Espacial. Brotaron múltiples brazos. Las puntas de los dedos eran afiladas garras flexionadas. Se agitó a sí mismo para librarse de la sangre como un perro que sale de un río.

-Libre. Soy libre- silbó. **-Y tú no eres mi amo.**

-¿Qué has hecho?- gritó Rakshel. **-¡Así es incontrolable!**

-No pretendía que pudieras controlarlo- dijo Maloghurst. Tiró con fuerza de sus ataduras, separando los eslabones de las cadenas con desdeñosa facilidad. Dio un paso adelante liberándose del octeto. El demonio gruñó, lanzándose hacia delante con media docena de brazos. Maloghurst pronunció el nombre de la criatura, escupió cinco sílabas que le dolió pronunciar y levantó las manos.

Qwiltzuk-Ikar se detuvo en seco, rugiendo con furia.

Los Davinitas farfullaban con terror, escarbando en puertas de salida que no se abrían.

Rakshel retrocedió. Sin mover una de las alzadas manos, para mantener sujeto al demonio, Maloghurst atrapó con la otra el cuello del embajador y lo levanto en el aire.

-Fuiste un tonto al subestimarme, Davinita- gruñó. **-¡Escuadrón Gryben! Muéstrense.**

Por todos lados en la galería, la realidad se combó. Quince Hijos de Horus estaban con sus bólters apuntando al demonio y los cultistas en pánico.

-¿Cómo pudiste pensar que éste ridículo plan funcionaría, Rakshel?- dijo Maloghurst. **-¿Convocar un demonio para molestarme día y la noche, y luego pretender que me reclame con el pretexto de su ayuda? ¿Cómo podía un mortal degenerado como tú burlar a un Hijo de Horus? Su plan dependía del miedo, Rakshel-** Maloghurst atrajo al embajador más cerca. **-Y nosotros no sabemos que es el miedo.**

Rakshel respiró dificultosamente entre aspirados silbidos, incapaz de responder.

-Un venido a menos que pensó estaba a mi altura, pero te superé en todos los aspectos- dijo Maloghurst.

Qwiltzuk-Ikar gritó, escupiendo terribles amenazas en cada idioma que alguna vez fue hablado. Maloghurst se arañó la mano derecha y apretó el aire, el demonio gritó de agonía. El Marine volvió su atención a Rakshel.

-Niego tu solicitud de una audiencia con el Señor de la Guerra por última vez. Y la rubrico con tu muerte.

Poco a poco, Maloghurst apretó la mano con la que sujetaba a Rakshel por la garganta. El Davinita se retorció locamente en el brazo que lo sujetaba, sus piernas pateando patéticamente los flancos de su torturador. Maloghurst hizo una mueca de placer cuando el último aliento de Rakshel se convirtió en un estertor.

-¡Gryben, fuego!- gritó.

Todo sonido quedó barrido, abrumado por el tronar de quince bólters disparando simultáneamente.

Los Davinitas explotaron. Sus miembros se deslizaron a través del metal ahora cubierto de hielo. Vísceras, carne y sangre los salpicaron, empapando a Maloghurst y Rakshel. El demonio gritó, furioso al negársele su participación en la masacre.

El escuadrón Gryben volvió sus armas contra Qwiltzuk-Ikar. Se retorció, mientras proyectil tras proyectil desaparecía dentro de él. Las explosiones enviaban ráfagas de negro icor hacia fuera, mezclándose con el ahora abundante rojo. Se tambaleó hacia adelante y atrás. Sus miembros fueron separados de su cuerpo, aterrizando en el suelo donde se sublimaban en un

maloliente vapor.

El aluvión fue demasiado y cayó. El cuerpo moldeado por la disformidad con la forma de Qwiltzuk-Ikar se rompió y retorció sobre las planchas de la resbaladiza cubierta por la sangre congelada. La mitad de la escuadra de Gryben había descendido de la galería de mantenimiento y fueron avanzando sobre el demonio, sin dejar de disparar rondas de masa reactiva, deteniéndose sólo para cambiar sus cargadores vacíos.

El demonio trató de levantarse, la antinatural vitalidad de la disformidad tirando de su cuerpo fracturado e intentando recomponerlo, pero apenas se reformaban sus extremidades eran acribilladas de debajo de la criatura una y otra vez. Se derrumbó y no se volvió a levantar.

Maloghurst arrojó el cadáver de Rakshel. **-¡Basta!-** gritó.

El estruendo de fuego bólter cesó. Las reverberaciones tardarían años en morir. No había ni un alma viviente en la habitación que no fuera un legionario. Maloghurst se acercó cojeando al demonio, y cubrió su cuello con un pie. Unos ojos nadaban bajo la superficie, oscura como la noche, de su piel, abriéndose al azar a través de su largo rostro. Zarcillos sombríos ondeaban a lo largo de cada herida, buscando a sus compañeros en un intento de sujetarlos y tirar, retejiendo las heridas para volverse a unir. Los zarcillos estaban creciendo cada vez más y más débilmente.

-No me tengo a mí mismo como un gran hechicero, nonato. Pero tengo la suerte de tener un maestro que está dispuesto a compartir una parte de su conocimiento- Maloghurst tendió la mano. Una pistola bólter fue puesta en ella**. -En varias fuentes que he leído, muy diversas, por cierto, está escrito que cada vez que un demonio es enviado de vuelta desde el reino material, luego pasan cien años y un día bajo tormento antes de que puedan avanzar e intentar volver de nuevo.**

Maloghurst pasó un proyectil a la cámara de la pistola. Una diversión fría entró en sus ojos mientras apuntaba con el arma a la criatura. Qwiltzuk-Ikar estaba disminuyendo, reduciendo su tamaño y potencia, su cuerpo diluyéndose en humo. Ahora era del tamaño de un hombre, en unos segundos apenas del tamaño de un niño. Sólo la cabeza permaneció sin disminuir, grande y monstruosa en el meollo de su cuerpo.

-¡Vamos a negociar!- siseó El demonio. **-Tendrás poderes increíbles. ¡Ya no serás conocido como el Retorcido, si no por el Poderoso! Puedo curarte. Puedo sanarte del todo.**

-¿No te das cuenta?- dijo Maloghurst. **-Valoro el sobrenombre y el estado de mi cuerpo por igual. ¿Por qué iba a querer esclavizarme a cambio de más? En cambio, tú estarías cerca de Horus, que era tu objetivo. No soy como esos simplones que creen las promesas del género de los demonios. Pasa los próximos cien años y un día considerando esto, por mucho que deseéis dominarnos somos nosotros los que os dominan.**

Un proyectil del arma de Maloghurst redujo a pulpa su cabeza, un icor negro comenzó a extenderse alrededor. El hedor de barro arrastrado desde aguas malolientes lo envolvió, luego se fue.

Los cadáveres Davinitas fueron pasados todos por cuchillas de combate, algunos mutilados, otros triturados al ser pisados por las botas descuidadamente.

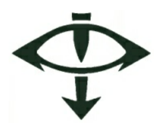
-Están todos muertos, mi señor- dijo Gryben.

Maloghurst asintió con la cabeza. Vacilante recuperó su bastón, luego con mejor apoyo, se dirigió rápidamente hacia las puertas de carga. Eligió la misma por la cual Tsepha había entrado. Era adecuada. Había poder, incluso en el más pequeño detalle.

-Enviad todo esto de nuevo a la disformidad- ordenó.

Un legionario con un lanzallamas dio un paso adelante, los demás se retiraron hacia atrás llevando consigo las piezas de servoarmadura del despojado Maloghurst. El guerrero esperó a que sus compañeros salieran, luego llenó la sala de fuego. Se retiró de la bahía, entonces Maloghurst cerró y hojeó a través del visor de la puerta.

Después de dejar que ardiera durante un minuto entero, abrió las puertas del tubo de lanzamiento y ventiló el hangar al espacio.



Maloghurst tiró un bulto de tela sobre la mesa. El golpe la abrió, esparciendo varias dagas por toda su superficie. No había dos iguales: alguna eran poco más que piedra golpeada, otras burdamente afiladas y unas pocas eran antigüedades finamente forjadas. Cada una brillaba con poder prohibido.

-Las hojas de los traidores, señor.

-¿Está hecho?

-Lo está.

Horus se quedó mirándolas. Siempre impresionante, el poder que el Señor de la Guerra esgrimía lo rodeaba de un aura de poder divino. Fue hecho para ser un ejemplo de la humanidad, pero había trascendido el estado del hombre completamente. Él excedería las ambiciones del Emperador mil veces. Por un largo momento, Maloghurst fue presa de la certeza inquebrantable de que, si los dos se reunían de nuevo, padre e hijo, el Emperador doblaría la rodilla ante Horus y pediría perdón.

La sensación duró tanto como Maloghurst podía soportar mirar a la cara a su primarca. Desde que Horus siguió la Ruta de Fulgurine, que no fue hace mucho. Durante décadas Maloghurst había sido uno de los pocos que podían tratar con Lupercal en algo parecido a igualdad de condiciones. Esos días habían pasado.

-¿Cuál era su nombre?- preguntó Horus.

-El Davinita lo llamó Qwiltzuk-Ikar. Con toda probabilidad, éste no era su nombre principal, posiblemente un nombre de esencia. Aunque suficiente, una vez que lo supe, para doblegarlo a mi voluntad. Era una cosa pequeña, sus planes para poder influenciarle estaban mucho más allá de su capacidad.

-Las amenazas de los nonatos deben ser tratadas con tanta firmeza como las planteadas por los mortales, insignificantes o no- Horus cogió un cuchillo pequeño en una mano y le dio la vuelta. **-Empleó un ritual de ocultamiento.**

-Bueno contra mortales e inmortales por igual, señor.

-Eres un rápido estudiante.

-Mi capacidad no es nada comparada con la suya, señor.

-Por Supuesto que no, Mal- dijo Horus. Sonrió. -**Pero es suficiente. Ten el nombre grabado. Que todos los que trasteen con la disformidad a nuestro servicio lo conozcan, desde éste momento queda prohibido tratar con Qwiltzuk-Ikar.**

-Los habitantes del empíreo aprenderán a respetarle, señor.

-Los Cicatrices Blancas. El Sigilita. Garviel Loken... y ahora esto. Los intentos realizados para acabar con mi vida, por los lacayos de mi padre, son bastante tediosos. No voy a tener nonatos actuando contra mí también. Yo soy mi propio amo.

-Sí, señor.

Horus depositó el cuchillo y cogió otro. Hizo un ruido desdeñoso sobre su calidad. **-Siento la humillación que tuvo que soportar, Mal.**

Las palabras de Maloghurst quedaron atascadas en su garganta. Se requirieron dos intentos más antes de que pudiera expresarlas. El resplandor de Horus lo acobardó.

-No hubo ninguna humillación. Nunca mientras le sirvo.

-Eso es lo que espero que digas, Mal, pero no me hace ningún daño hacerte saber que tu servicio es valorado.

Maloghurst se apoyó en su bastón y se inclinó ligeramente. El orgullo al oír las palabras de su maestro casi fue suficiente para superar el dolor por la creciente distancia entre ellos.

Pero no del todo.

-Gracias, Señor.

La atención de Horus se desvió de la hoja en su mano. **-¿Algo va mal, Mal?**

-No, mi señor. Con su permiso, regresaré a mis deberes.

-Lo tiene, Mal, como siempre.

Maloghurst se volvió dolorosamente y partió del camarote, el golpeteo de su bastón sobre la piedra resonando, adelantándolo por el corredor.

FIN

MADRE LOBA

(Wolf mother)

GRAHAM MCNEILL
TRADUCCION RODINA
CORRECCIÓN ICEMAN



Una cruel sonrisa se dibujó en los labios teñidos de morado de Xisan cuando la mujer tropezó. Ella se levantó mirándole aterrorizada.

-Por favor, mi hija, ella…

Xisan la golpeo en la cara con su puño

-No debes hablar.

Ella escupió sangre y elevó sus ojos de la cubierta, mirándole llena de odio.

Xisan rió. La había descubierto en una oscura sub estación de la nave '*Iluminación de Molech'*, gritando el nombre de la niña y frenética por el miedo.

Era una oportunidad demasiado buena como para ignorarla.

Había corrido hacia él, con los ojos llenos de lágrimas. Con la esperanza de encontrar ayuda.

Xisan se había encargado de los niños que se encontraba, pero con la nave de guerra sobrecargada de refugiados que huían de la victoria del Señor de la Guerra en Molech, encontrar a una sola persona era un milagro.

Él la había golpeado contra el suelo, la ató las muñecas con cuerda de embalar antes de administrarla una inyección con una dosis de un somnífero. No tanto como para dormirla completamente, pero sí lo suficiente como para obligarla a obedecer sus órdenes.

Ella rogó con balbuceos entrecortados, pero no por su propia vida, sino por la de su hija. Tal vez ella sabía, por ese lazo psíquico que tienen las madres, que había sido él quien se la había llevado.

Su miedo le excitaba. Le hacía sentirse poderoso.

Recordó a la niña. Vivyen, había dicho que se llamaba.

Los Dioses Serpiente preferían la inocencia en aquellos que les eran ofrecidos, pero en estos tiempos convulsos todas las ofrendas de carne eran bienvenidas.

Shargali-Shi estaría contento por tener a una madre y una hija para ofrecer a los Dioses Serpiente. Los sacrificios con vínculos de sangre entre ellos, eran

un premio mayor que los extraños.

Hizo caso omiso de las protestas de la mujer mientras la arrastraba a través de los caminos ocultos de la nave. Abajo, hacia la oscuridad, a las ocultas cubiertas de mantenimiento. Hasta donde Shargali-Shi esperaba.

El Ophiolater escucho las silbantes voces de los Dioses Serpiente y el goteo de su veneno mientras difundían su sabiduría entre los Vril-Yaal. Sólo unos pocos de los elegidos habían escapado a bordo del '*Iluminación de Molech'* y utilizaban la oscuridad para reconstruir y renovar su fe.

La casa Devine había caído en Molech, pero suficientes Vril-Yaal habían logrado salir para llevar su fe a las estrellas. Tales momentos de pruebas e incertidumbres eran necesarios, afirmo Shargali-Shi, pues sólo a través de estas pruebas recogerían la fuerza para emerger nuevamente.

El miedo de la mujer aumentaba según seguían profundizando entre crujidos en las oscuras sentinas del '*Iluminación de Molech'*. Conductos oxidados gorgoteaban y gemían, mientras exhalaban vapor y fétidos líquidos, ellos seguían adentrándose en las entrañas de la nave.

Algunos de los Vril-Yaal habían afirmado que se oían murmullos en la oscuridad o que sombras inhumanas se movían entre los silencios de las respiraciones. Xisan pensó que una vez había alcanzado a ver un gigante gris con ojos de un color azul escarcha. Nunca supo si eso había sido algo real o el resultado de los muchos alucinógenos que había ingerido.

De repente, la mujer se detuvo, con los ojos muy abiertos y frunciendo el ceño.

-No- dijo. **-No te atrevas…**

-No hables- dijo nuevamente Xisan.

Algo se estrelló tras él contra las placas de la cubierta. Algo con la masa y densidad suficiente como para doblar el metal de la misma.

Se dio la vuelta a tiempo para contemplar una gran forma llenar el pasillo. Breves destellos luminosos eran reflejados por una placa bruñida que emitía un zumbido sub acústico que le hizo rechinar los dientes. Xisan olio a polvos cáusticos de esmerilar y a sudor aceitoso.

Oyó una respiración, un bramido similar al de un toro hipermusculado por hormonas.

-Tú no debes vivir- gruño el gigante.

Una hoja resplandeciente se estrelló contra el estómago de Xisan, perforando su columna vertebral. El gigante giro la espada, desgarrando las entrañas de

Xisan. Sus intestinos se desparramaron, salpicando la cubierta como deshechos mortuorios.

Xisan cayó de rodillas, horrorizado por la tremenda pérdida de sangre que le indicaba el final de su existencia. La mujer se puso sobre él, de su rostro había desaparecido todo rasgo de miedo. Inexplicablemente, ella tenía una pistola apuntando a su cabeza, un arma de acero cromado con incrustaciones en forma de una serpiente blanca enrollada alrededor del cañón.

-No te me mueras todavía, maldito seas- dijo ella, cualquier rastro de sus anteriores balbuceos suplicantes había desaparecido de su voz. Sus ojos eran claros, afilados como navajas.

Ella sostuvo erguido el cuerpo moribundo, el anodizado acero caliente del cañón apretando su cuello.

-¿Dónde está Vivyen?- exigió la mujer**. -¿Dónde está mi hija? Dímelo y morirás rápidamente.**

Xisan sonrió con la boca llena de sangre.

Alivia Sureka pateó el cadáver sobre la cubierta y volvió su arma hacia el acorazado marine espacial que lo había destripado. Ella apretó el gatillo cuando él dio un paso hacia adelante. No hizo ningún sonido, seguramente algo imposible para uno de su especie.

-¿Por qué demonios tenias que matarlo?- dijo ella, manteniendo la mira de la pistola centrada en su descubierta cabeza. Marine espacial o no, una bala le haría un agujero a través de su cráneo.

-De nada- dijo.

-Lo necesitaba vivo.

Él sonrió. **-¿Quieres decir que no eras una indefensa prisionera?**

Alivia suspiró y agitó el cañón de la pistola. **-Casi.**

-Parecía que lo estabas.

-Eso es lo que yo quería que pensara.

-¿Por qué?

-Él rapto a mi hija- dijo Alivia, su voz resquebrajada ante la idea del aquelarre al que el depredador pudiera haber arrojado a Vivyen. **-Me llevaba a su guarida.**

-Ah, entonces te dejaste capturar.

-Lo has captado a la primera- dijo Alivia cuando el guerrero se inclinó para

limpiar su espada en la ropa del hombre muerto. Un gladius de empuñadura dorada, realizado por manos transhumanas, parecía un arma pequeña para alguien tan poderoso. Alivia había visto un montón de marines espaciales en el curso de su existencia, pero su escala inhumana nunca había dejado de repugnarla.

De todas Sus creaciones, ellos eran quienes menos la gustaban.

Este tenía barba, con un cuero cabelludo con un pelo castaño muy corto. Su piel era como cuero desgastado y tenía grandes rastros de combates recientes. Tatuajes oscuros de hojas curvas y gotas de sangre decoraban sus mejillas. Marcas de pandillas, serpenteando alrededor de sus ojos y la frente. Indistinto en la sombra, pero escalofriantemente familiar.

Llevaba una pistola bólter de un color apagado bloqueada magnéticamente sobre su muslo y atada al lado opuesto portaba una espada sierra y un arnés de granadas. Alivia vio tres de ellas colocadas en él.

-Una interesante arma la que llevas- dijo, irguiéndose en toda su estatura y envainando su gladius en una vaina de color azul cobalto que llevaba en su cinturón.

-Yo podría decir lo mismo- respondió Alivia, sintiendo involuntariamente el poder unido a la hoja. **-Esa no es un arma reglamentaría ordinaria. Se nota que ha derramado sangre poderosa.**

-Y esa tampoco es un arma ordinaria.

-Es una 'Serpenta Ferlach'- le informo Alivia.

Él marine espacial asintió. **-Es bonita.**

-Hecha a mano por la propia Señora, según mis precisas especificaciones.

-Improbable.

-¿Cómo es eso?- pregunto Alivia.

-Yo encendí el fuego que quemo su forja de armas.

Alivia aumento la presión sobre el gatillo.

-¿Quién eres tú?- pregunto. **-¿Y por qué hay un Marine Espacial a bordo de esta nave?**

-Soy Severian- dijo con una sonrisa salvaje, las cuchillas tatuadas se retorcieron en su nudosa piel. Y Alivia finalmente recordó donde había visto antes esas marcas de pandillas, la última vez que realmente había temido por su vida.

-Cthonia…- dijo. **-Eres un Hijo de Horus.**

Y Alivia apretó el gatillo.



La habitación estaba helada, había líquidos goteando de ganchos oxidados que colgaban del techo. La humedad y la corrosión embadurnaba sus paredes, con floraciones de moho coagulado de color verde amarillento.

Vivyen había pensado que el lugar que le había correspondido a su familia, debajo de la salida de aire en la radial de estribor era muy desagradable, pero este lugar era realmente horrible. Se sentó contra la pared frente a la puerta de barrotes apretando sus rodillas recogidas. Temblaba, estaba asustada y su aliento se helaba nada más salir de sus azulados labios.

Contándola a ella, había siete desconcertados niños encerrados en la sala, que iban desde Ivalee y Oskar, con once, a Urías, que dijo que tenía diecisiete años. Vivyen pensó que probablemente sólo tuviera catorce años, pero le parecía que a él le gustaba ser el mayor, por eso no discutió.

Hace un tiempo había habido diez niños, pero luego vinieron dos mujeres, una de ellas con los ojos quemados, otra con los labios teñidos de morado y se los llevaron. Vivyen quería preguntar para qué querían a los niños, pero ellas nunca regresaron. Sólo podía adivinar y todas esas conjeturas la habían hecho querer cerrar los ojos y llorar.

Los gemelos, Challis y Vesper, estaban llorando y recitando oraciones al Dios Emperador desde que llegaron. Urías paseaba arriba y abajo, agitando los brazos para mantener el calor. Iba murmurando algo en voz baja, pero Vivyen no podía oír lo que decía. Algo furioso, probablemente. Al igual que el misionero que había sido nombrado después, Urías siempre estaba enojado.

Vivyen extrañaba a su papá y a Miska. Extrañaba a Alivia. Y a pesar de que no eran de la familia, echaba de menos a Noama y Kjell. Se habían mantenido con vida en el camino de Larsa a Lupercalia y estaba de acuerdo con Alivia, se habían comportado mejor que muchas familias de verdad.

Cuando el transbordador orbital dejó Molech sin Alivia, Vivyen lloro silenciosamente, era su madre, en todos los sentidos menos el biológico, cuando volvió con ellos, se sintió más feliz de lo que nunca recordaba haber estado. Alivia había dicho que las cosas saldrían bien y por un tiempo así fue.

Hasta que el hombre de los labios morados se había llevado a Vivyen.

Oskar estaba acurrucado junto a ella, con los ojos retorciéndose bajo los párpados. Vivyen le tendió la mano. Oskar era más joven que ella, lo cual le

convertía prácticamente en un bebé a sus terrenales doce años.

-¿Tiene otra pesadilla?- pregunto Lalique, mientras apoyaba la cabeza en el otro hombro de Vivyen.

-Sí, creo que sí- respondió Vivyen.

El aliento de Lalique calentaba agradablemente el cuello de Vivyen. Era el turno de Vivyen de estar en el medio y odiaba lo feliz que se sentía porqué Oskar aún durmiera. Tan pronto como se despertará sería el turno de Lalique de disfrutar el escaso calor entre ellos.

-Espero que se despierte pronto- dijo Lalique. **-Tengo frío.**

Vivyen suspiró, deseando tener el talento de Miska para anteponer su propia comodidad. **-No te preocupes, sé cómo moverlo sin que se despierte.**

-¿Puedes hacer eso?

-Mi hermana siempre se queda dormida encima de mí- explico Vivyen, alejando ligeramente a Oskar y usando su mano libre para mantenerlo en posición vertical. Lalique se deslizó agradecida en el medio cuando intercambiaron las posiciones.

-Eres la mejor, Vivyen- dijo Lalique con una frágil sonrisa. Su amiga, si es que podía llamar así a alguien que acababa de conocer en el compartimiento de la carne de un refrigerador, era la hija de un soplador de vidrio que una vez había elaborado fantásticas colecciones de algodón de azúcar para las casas nobles de Molech. Ella le había contado que varias de sus creaciones tenían un lugar de honor en las torres de casa Devine.

A juzgar por sus ropas, su padre había sido rico, pero Vivyen adivino que esas riquezas habían sido utilizadas para comprar su pasaje en el '*Iluminación de Molech'.* Todo lo que hubieran sido antes había quedado atrás, ahora Lalique estaba sola y asustada, al igual que el resto de ellos.

-Me gustaría que se callaran- dijo Lalique, lanzando una mirada venenosa hacia los gemelos que seguían rezando. **-Yo deje atrás esas oraciones cuando tenía siete años.**

Vivyen se encogió de hombros**. -Me gustan-** dijo ella. **-Es el único consuelo que nos han dejado.**

-¿Qué pasa con el libro que te vi mirando?- dijo Lalique. **-Si es un libro de cuentos, ¿tal vez podrías contarnos uno?**

Vivyen sintió una punzada de protección hacia el libro que llevaba escondido en el interior de su vestido. Se lo había dado Alivia y le había dicho que era un libro muy especial. No era nuevo, ni siquiera valioso, pero era suyo. Las

historias estaban escritas en una lengua muerta, pero eso no importaba. Vivyen los conocía todos de memoria y podía recitar cualquiera de ellos a voluntad.

La idea de compartir le pareció peligrosa hasta que se dio cuenta de que quería leer una historia. ¿O era que el libro, el que quería ser leído? Esas historias siempre la habían ayudado a sentirse menos asustada y si la compartiera con los demás, la haría sentirse mejor. Eso es lo que haría.

-¿Alguien quiere escuchar una historia?- preguntó.

Urías la fulmino con la mirada. **-¿No crees que tenemos los suficientes quebraderos de cabeza sin escuchar tus historias para bebes?**

-Cállate Urías- dijo Lalique. **-¿Qué otra cosa podemos hacer?**

-Buscar una salida- dijo el chico a través de sus dientes al descubierto.

Lalique señaló la puerta. **-Ahí está la salida. ¿Crees que podrás salir a través de ella en un plazo razonable?**

-Me gustaría escuchar uno- dijo Ivalee con una tímida sonrisa.

-Yo también- murmuro Oskar, claramente más despierto de lo que anteriormente había parecido.

-Bien- dijo Urías. **-Cuenta tu sangrienta historia.**

Los niños se reunieron a su alrededor. Lalique todavía en el medio de todos con Oskar a su lado. Challis y Vesper se colocaron enfrente con Ivalee entre ellas.

Vivyen metió la mano dentro de su vestido y sacó el libro. Estaba más arrugado que antes, sus hojas estaban viejas y amarillentas. No tenía ni idea de cuantos años podía tener el libro, Alivia le había guiñado un ojo cuando le pregunto por ello.

-¿Cómo se llama la historia?- pregunto Challis.

-Sí, ¿cuál es el título de la historia?- se hizo eco su gemelo.

-No sé- dijo Vivyen, hojeando las páginas. **-Nunca escojo una historia por el título, sólo busco una que quiera ser leída.**

-No seas estúpida- dijo Urías. **-Las historias no quieres ser leídas. No son más que palabras en una página.**

-Por supuesto que quieren ser leídas- dijo Vivyen. **-¿Cuál es el propósito de una historia si nadie la lee?**

Urías no respondió y siguió paseándose con los brazos apretados contra su

pecho, pero Vivyen vio que él estaba esperando que ella empezara. Recorrió rápidamente las páginas hasta que el libro se abrió por la imagen de un hombre barrigudo. No tenía ropa y todo el mundo se reía de él.

-Esta es muy buena- dijo Vivyen y les conto toda la historia, iba sobre un emperador bobalicón, al que convencieron dos estafadores de que habían creado una prenda mágica, que solo las personas de aguda inteligencia podían ver. Los estúpidos y los carentes de imaginación serían incapaces de apreciar su belleza y majestad, por asociación, tampoco la del propio emperador. Por supuesto, todos los cortesanos del emperador, que no deseaban pasar por estúpidos, afirmaron que la nueva ropa de su amo era de una belleza más allá de lo imaginable.

Por lo tanto, el emperador se exhibió ante sus súbditos, luciendo su nueva ropa. El pueblo, que ya se había escuchado el reclamo de los estafadores, también aplaudió al emperador desnudo y le aclamaron por su elegancia.

Todo iba bien hasta que un niño pequeño reunió el valor suficiente para hablar y gritó que el emperador no llevaba nada de ropa encima. Y el hechizo, pues eso es lo que era, se rompió y la multitud aulló de risa mientras el emperador huía a su castillo con la cara enrojecida por la vergüenza.

Vivyen terminó la historia, los ojos reenfocándose cuando los levantó de la página. Sintió como si las palabras se reorganizaran así mismas en la página. A veces lo hacían.

Los rostros que la rodeaban sonreían ahora con más fuerza y Vivyen les sonrío, contenta de haberles dado algo de esperanza y de coraje. Incluso Urías parecía menos enojado, más desafiante. **-Otra-** dijo Verper, aplaudiendo.

-Sí, lee una más- añadió Challis.

-Okey- dijo Vivyen.

-¿Qué es 'Okey'?- preguntó Lalique.

-Es una palabra antigua que Alivia solía decirme - dijo Vivyen. **-De alguna manera significa sí, pero a veces puede significar que las cosas no están tan mal o que van a mejorar.**

Oskar se puso en pie cuando la puerta se abrió, los puños apretados a su lado. El corazón de Vivyen saltó, imaginando a Alivia apareciendo allí con su pistola de plata con esa serpiente blanca grabada en el metal.

El humo se rizaría en el cañón y ella lo amartillaría diciendo a Vivyen que, okey, que las cosas iban a salir bien.

Pero no era Alivia, era un hombre con una larga túnica blanca. Como las

mujeres que habían venido antes, él había sido mutilado. Su piel estaba llena de cicatrices, tenía un ojo quemado y sus labios eran de un malsano púrpura. Llevaba un sucio cuchillo que goteaba algo amarillento.

Los niños gritaron y se amontonaron en un rincón de la habitación. Gemían y lloraban mientras el hombre paseaba su único ojo sobre ellos, como un comprador en un mercado de carne. Incluso la ira de Urías se desvaneció en una cara de tremendo terror.

-Tu- dijo señalando a Vivyen. **-Ven ahora.**

Vivyen negó con la cabeza, demasiado asustada para hablar.

-Ahora.

-No- dijo Vivyen, recordando la valentía del niño pequeño de la historia que acababa de leer.

-Voy a hacerte daño- prometió, levantando el cuchillo.

-Vas a hacerte daño nuevamente- dijo Vivyen. **-Tú me cortaras con el cuchillo, lo sé, pero antes te clavare mis uñas en tu último ojo.**

El hombre consideró sus palabras, luego sonrió.

-Me sorprendería que no lo hicieras- dijo.

Vivyen quiso sacar todo el aire de sus pulmones en un solo aliento explosivo. El alivio se convirtió en horror cuando vio que el hombre no estaba admitiendo su derrota, que sólo iba a coger a otro. Dio tres zancadas y agarró el escuálido brazo de Challis, sacándola del acurrucado grupo de niños.

-¡No!- gritó Urías. **-¡No!**

El muchacho se arrojo contra el hombre. Urías era grande para su edad, pero todavía era un niño contra un hombre adulto. El cuchillo cortó la carne y Urías cayó aullando de dolor.

La sangre manaba de su hombro y los niños gritaron al verlo.

-¿Tu no quiere ir? Muy bien, me quedare con ésta en tu lugar.

Arrastró a Challis fuera de la habitación y cerró la puerta tras él, dejando a los seis niños restantes hundidos en su desgracia. Vesper cayó al suelo, llorando y gritando por la pérdida de su hermana gemela. Oskar y Lalique se arrodillaron con Urías con sus rostros llenos de lágrimas. Ivalee se quedó en silencio, como si no comprendiera lo que sucedía.

Vivyen se sintió como si el cuchillo del hombre la hubiera apuñalado a ella en el estomago. Miro la forma en la que lloraba Vesper y la culpa cayó sobre ella

con el peso del plomo.

Miró el libro, pero las palabras no tenían ningún sentido.

No tenían ningún consuelo que ofrecerle, no ahora.

-Por favor, Alivia-, sollozó Vivyen. **-Por favor, ayúdanos.**



Los pies de Alivia colgaban un metro sobre la cubierta. El marine espacial había agarrado su cuello con un puño y la muñeca de la mano que empuñaba la pistola con el otro. Podía romper cualquiera de los dos en un instante.

-Esto duele- dijo, mientras sangraba por el costado del cráneo que la bala había arañado.

-Se suponía que debía matarte- jadeó Alivia.

-Eres rápida, te concedo eso, pero Yasu ha sido el sido el único mortal que tiene el crédito de haber visto mi sangre. Incluso Loken falló el tiro.

-¿Quien?

-Otro hijo de Cthonia.

-Otro traidor.

Severian suspiró como si estuviera decepcionado.

-En otra vida, te habría matado y estaría ya a medio kilómetro de distancia- dijo. **-Pero ahora lucho al lado de los Ángeles y un comportamiento, que era tan natural en mí como el respirar, estaría mal visto.**

Severian aumento ligeramente la presión. **-Así que dime ¿quién eres tú? ¿Quién eres realmente?**

Los ojos de Alivia se hincharon por la presión.

-Alivia- dijo entre jadeos. **-Alivia Sureka, estoy buscando a mi hija.**

Ella sintió su incredulidad, tan palpable como el frío o el dolor. Al igual que sentía la verdad y un nuevo propósito en sus huesos, con un nuevo ajuste rozando contra los viejos instintos.

Severian se inclinó, su barbuda cara tatuada se acerco a milímetros de la de

ella y la olfateó como si se tratara de un animal. Sacudió la cabeza y sus fríos ojos se movieron hasta su plano vientre.

-Tú no eres madre- dijo. **-Esa matriz es tan estéril como la superficie de Cthonia.**

Alivia parpadeó sorprendida, ahora podía ver que había algo más allá del salvajismo que los tatuajes de pandillero asesino sugerían, una mente ágil, la paciencia del depredador y el instinto integral de un cazador. Aleado con una presencia psíquica completamente diferente a las mentes embotadas a martillazos que poseían algunas de las legiones.

-Mi hija adoptiva- dijo ella, resistiendo la tentación de dar a sus palabras un empujón psíquico. El interior de la mente de Severian era una trampa de acero, con irregulares bordes a la espera de cerrarse.

Alivia bajo el cañón del 'Serpenta' y relajó su agarre, dejando que la pistola colgara de su dedo índice por la guarda del gatillo.

-Buena chica- dijo Severian, mientras la bajaba y arrancaba el arma de su mano.

-Quiero que me la devuelvas- dijo Alivia, masajeando su magullado cuello.

-¿Para que puedas dispararme otra vez?

-No voy a dispararte, Severian- dijo.

-Tienes razón, no lo harás.

-No te voy a disparar porque vas a ayudarme.

Severian se rió. **-Algo me dice que no eres el tipo de persona que normalmente necesita ayuda.**

-Es cierto, pero ahora quiero que me ayudes.

-¿Por qué?

-Porque los dos respondemos ante el mismo Señor.

Los ojos de Severian se estrecharon y ella sintió como la reevaluaba. Sus instintos le decían que había en ella mucho más de lo que apreciaba a simple vista. Y que era peligrosa. Había pensado que simplemente era rápida, pero ahora sabía que había algo más. No sabía lo que era. ¿Cómo podría? Pero tenía curiosidad.

Y para alguien como Severian, eso era suficiente. **-¿Así que vamos a buscar a tu hija?-** dijo.

Alivia asintió.

-¿Cómo sabes que, simplemente, no se ha perdido?

-Porque él me lo dijo- dijo Alivia. **-Él la rapto anoche y creo que no fuera la primera. Si encontramos donde se esconden esos monstruos, seguro que hay más niños.**

Se arrodilló sobre el cadáver y le escupió en la cara**. -Me habría llevado directamente hasta ellos si no lo hubieses matado.**

Severian se encogió de hombros y se arrodillo junto al cadáver. Giró en su mano la cabeza del muerto. Los rasgos flojos ya no estaban curvados en un rictus similar a una sonrisa burlona. La sangre aún goteaba por sus morados labios.

-¿Qué es?- dijo Alivia. **-¿Alguna forma de hipoxia crónica?**

-Tal vez, pero lo dudo- dijo Severian, inclinándose sobre el hombre, como si estuviera a punto de besarle. Alivia hizo una mueca cuando la lengua del legionario lamio los labios del hombre muerto. Severian lo degusto en su boca antes de escupir contra la pared la saliva contaminada. Humeaba mientras se deslizaba hacia abajo por el panel de acero.

-¿Qué es?- pregunto Alivia. **-¿Un narcótico?**

-Sí y uno muy potente. Una mezcla de ciertos hongos del centeno con veneno destilado de serpiente- dijo Severian.

-¿Eso ayudará a rastrear de dónde venía?

-Podría- dijo Severian. **-Hay una manera más rápida, pero no te gustará.**

-Si me ayuda a encontrar a Vivyen, me gustara.

-De acuerdo, pero te advierto que es desagradable.

El puño de Severian se clavo hacía abajo, los dedos extendidos como una cuchilla. Golpeó el costado de la cabeza del muerto, dividiendo el hueso con precisión milimétrica. Severian abrió sus dedos, haciendo palanca para abrir la bóveda del cráneo y exponer el tejido rosa grisáceo del interior. Arrojó a un lado el hueso cubierto de pelo y hundió sus dedos en la carne húmeda y flexible del cerebro.

Alivia sabía lo que vendría a continuación, se trataba de una costumbre bárbara, con milenios de antigüedad, resucitada por la ciencia y que ahora funcionaba como los guerreros antiguos creían que funcionaría. Ese había sido siempre su don, injertar un nuevo propósito a las costumbres marciales doblegándolas a su voluntad.

Ella se obligó a no mirar hacia otro lado cuando Severian recogió un puñado de la gelatinosa materia cerebral. Él la olió, reacio ante el olor y la textura.

-¿Qué?- dijo, al ver su sorpresa. **-Es algo que podemos hacer, pero ¿de verdad crees que nos gusta? Las cosas que vemos, nunca desaparecen. Jamás.**

-Por favor- dijo Alivia. **-Si existiera alguna otra manera…**

Severian suspiró y cerró los ojos, empujando la carne del cerebro dentro de su boca. La mastico durante un minuto antes de tragarla finalmente.

Sus ojos se abrieron de golpe, pero estaban vidriosos y desenfocados, como un opiáceo demoniaco o un falso profeta en estado de trance. Tenía la boca floja y Alivia sintió que una nausea subía por su garganta al ver bocados ensangrentados clavados entre sus dientes.

-¿Severian?

Se dobló y vomitó sobre la cubierta. Alivia se tapó la boca y la nariz ante el intenso olor a amoniaco que escupió Severian y se limpió la boca con el dorso de su mano.

-¿Has visto dónde están?- pregunto.

Severian asintió y agarró su gladius con empuñadura dorada. Alivia vio su empuñadura de marfil trabajada con el número de compañía en azul cobalto rodeado por una corona de flores. Una hoja de la XIII Legión.

-Sí, los vi.

Alivia noto un nudo en su garganta. **-¿Está viva Vivyen?**

-Sí.

El alivio la inundo, seguido rápidamente por más angustia, debido a la brevedad de la respuesta de Severian.

-¿Está sufriendo? ¿Está muy mal?

-Es peor de lo que te imaginas- dijo Severian. **-Es la disformidad.**



Hasta la revelación del 'Naga Blanco', Shargali-Shi había visto el sufrimiento como algo que lo sufrían otros. Había evitado el dolor, disponiendo siempre de los compuestos más exóticos para embotar sus sentidos con su bálsamo de fuego.

Las revelaciones de los dioses serpiente le habían cambiado de muchas maneras diferentes y profundas, pero la principal de ellas era un apetito por sensaciones cada vez más extremas. No había degradación que pudiera ser demasiado degradante, no había dolor lo suficientemente sublime, ni violación lo suficientemente grosera, ni nada más allá de todas las costumbres civilizadas a lo que renunciar. Había transcendido todas las limitaciones de la carne mortal, mezclando la tecnología de los sacristanes con la alquimia de la carne de las serpientes.

En su secreta sabiduría, las serpientes poseían las llaves de la inmortalidad. ¿Qué otras especies podrían mudar la piel y seguir viviendo?

Sus venenos era fluidos sagrados, que abrían la mente a reinos de la percepción que sólo los locos conocían, cada gota de veneno arrancada impartía brochazos de conocimiento sobre el reino de la muerte.

Su amada Lyx lo había sabido.

Sus traiciones habían mutilado a su primer marido, un hombre cuya sangre estaba llena de odio, forjando venenos de una letalidad y belleza aterradoras. Su lujuria, le había conseguido a su último marido, a un sinfín de Caballeros de Batalla y los recursos de todo un planeta.

Pero Lyx estaba muerta y el Señor de la Guerra se había quedado con Molech como premio. Había maldecido a Horus Lupercal hasta que el '*Iluminación de Molech'* se sumergió en el empíreo y el plan de los dioses serpiente se hizo evidente.

Shargali-Shi iba a ser su profeta de la destrucción, la espada que llevaría la venenosa semilla a Terra y envenenaría la fuente del corazón del Imperio.

Caliente y húmeda como una selva tropical, la humedad llenaba la arqueada cámara en la que había establecido su 'Casa de las Serpientes'. Caía de las reticuladas vigas del techo y brillaba sobre los corroídos pilares. Exudaba de los cientos de cuerpos retorciéndose ante ella con extremidades entrelazadas.

Vigilando los deleites lujuriosos de la carne, había media docena de Thallaxii, blindados guardias cibernéticos con cabezas sin rasgos, acero bruñido que encerraba los restos agonizantes de sistemas nerviosos extirpados. Una vez fueron unidos a la casa Devine, ahora servían a los dioses serpiente, arcos eléctricos de color esmeralda jugaban a través de los colmillos de sus armas de energía. Si escuchaba lo suficiente, podía oír los gritos lunáticos de los Thallaxii dentro de sus prisiones blindadas.

Shargali-shi colgaba suspendido por encima de todo, sus esqueléticos miembros extendidos como los de un dios antiguo crucificado. Su carne era del matiz de la vitela descompuesta, adhiriéndose a sus gastados miembros y

a huesos reducidos a una viscosa gelatina. Alzado en lo alto como un grotesco títere, colgaba sobre cables conectados a ruidosas poleas y a ganchos de púas que extendían su pálida piel en aletas hechas jirones. La bolsa de una matriz sin salida traslúcida extraída de su abdomen hinchado cuyo contenido se movía nerviosamente con ondulados movimientos.

Su rostro era una cúpula ovoide con mandíbulas distendidas y dientes torcidos de los que goteaban venenos. Cegado por cataratas lechosas, su prodigiosamente mente veía todo y lo mantuvo cuando las leyes de la naturaleza intentaron reclamar su atormentada carne.

Conocía la agonía con cada silbante respiración, pero aceptaba el dolor, lo transformaba en un acto de devoción hacia los poderes que habitaban en la noche. El 'Naga Blanco' le había enseñado como utilizar ese dolor, interiorizándolo para llegar más allá del velo, al reino donde habitaban los dioses serpiente.

Introducido por hombres influyente esclavizados por su culto, de forma clandestina en la nave de guerra durante los últimos días de la batalla por Molech, Shargali-Shi se había acercado cada vez más a sus dioses. A medida que la nave surcaba las mareas del océano inmaterial, escuchó sus secretos silbantes con cada suspiro de sumisión, cada grito de felicidad, cada estertor ahogado en sangre.

El momento propicio se acercaba. El movimiento en el tenso vientre sin salida creció frenéticamente cuando la vida de su interior percibió la inminencia de su nacimiento.

-Sí, hijo mío- siseó Shargali-Shi. **-Los 'Seis Elegidos' serán tuyos y el 'Naga Blanco' reclamará su envenenada carne. Tendría que esculpir nuevamente sus formas para que pudiera soportar el resplandor de su divina forma.**



Severian la condujo más profundamente en su pesadilla, hacia las entrañas de la nave de guerra, mientras seguía los astillados recuerdos arrancados del cráneo de un hombre muerto. Un mapa inexacto, que les hizo tomar muchos desvíos equivocados y que les hizo volver hacia atrás con frecuencia. Alivia trataba de no mostrar su frustración, sabiendo lo que le había costado comer la carne de un alma corrompida.

Las profundas cubiertas de mantenimiento eran un lugar a temer, incluso en

una nave tan ilustre como la '*Iluminación de Molech*'.

En este lugar es donde se había hundido toda la escoria.

Bandas de mugrientos 'Scav-tech' (jerga que define tanto a vagabundos de lo más miserable como a acosadores escolares, nt) y de ratas de sentina acechaban todos sus pasos, pero el miedo a Severian mantenía a raya incluso a los posibles atacantes más desesperados.

Sólo por eso, ya se alegraba Alivia de su presencia.

Profundizaron más y más, cruzando en silencio cubiertas por donde merodeaban servidores estropeados, repetían mecánicamente funciones rituales que ya no podían llevar a cabo. Circunvalaron bóvedas selladas, donde la letal radiación desgastaba lenta e infatigablemente las protecciones. Cubrieron sus oídos mientras atravesaban templos máquina abandonados, donde el corrupto código aún burbujeaba herejías de la Vieja Noche.

Alivia mantenía el control de la 'Serpenta Ferlach', su dedo acariciando el gatillo y con el seguro quitado.

-¿Realmente fue Theresia Ferlach quien fabrico la pistola?- pregunto Severian.

-Sí, lo hizo- dijo Alivia, decidida a cortar con lo que sabía que se avecinaba. **-Y sí, eso fue hace ciento ochenta y siete años.**

Severian se lo tomó con calma. **-Así pues, tienes más de doscientos años.**

-Efectivamente- respondió Alivia.

-Pero supongo, que eso, ni siquiera se acerca a la verdad.

-No lo hace, pero ¿realmente quiere saberlo?

-No, mantén tus secretos- dijo Severian. **-La galaxia es más interesante de esta manera.**

A pesar de lo extraño de la situación, Alivia se vio alentando a Severian.

-Entonces… ¿Qué hace que uno de los hijos del Señor de la Guerra termine… Cómo dijiste… ¿Del lado de los Ángeles? ¿Y en una armadura sin marca alguna?

Severian no respondió, cuando Alivia pensaba que ya no iba a hacerlo lo hizo. **-Había un eclesiarca en la vieja Terra, una vez dijo "La traición, es sólo cuestión de fechas".**

-¿Qué significa eso?

-Cuando los Lobos Lunares debían decidir algo, era costumbre que lo

echáramos a suertes- dijo Severian. **-Para el mando de una punta de lanza, la composición de una guardia de honor y cosas por el estilo. Cuando llego el momento de que Horus Lupercal enviara a un guerrero de la Cruzada a unirse al contingente de Terra, salió mi nombre.**

-¿No querías ir?

-¿Tú qué piensas?- dijo Severian. **-¿Salirme de la Gran Cruzada? ¿A sentarme en algún palacio dorado durante la toma de decisiones de la mayor guerra que la humanidad ha librado jamás? Por supuesto que no quería ir, pero ¿qué otra opción tenía? Mi Primarca me había dado una orden, tenía que obedecer.**

Alivia sintió el temor creciendo dentro de ella, la relevancia de la cita del eclesiarca muerto, tanto tiempo atrás, se le hizo evidente.

-**Dime-** dijo Severian. **-¿Has visto alguna vez a Horus Lupercal?**

Alivia asintió con rigidez. **-Lo conocí una vez-** dijo ella, mientras un tembloroso suspiro escapaba de su memoria.

Las cuchillas malditas del Señor de la Guerra cizallando su columna y destrozando sus costillas. La sangre fluyendo hacia afuera sobre la puerta negra. Sus últimas palabras a su…

-No deberías poner tu fe en los santos…

-Entonces sabrás que es casi imposible rechazarlo- continuó Severian. **-El Pequeño Horus Aximand dijo una vez "La única manera de acordarse de lo que uno iba a decir, era mirar fijamente los pies de Lupercal. Pues mirar a sus ojos, significaba quedarse totalmente en blanco."**

Severian hizo una pausa antes de continuar, como si evaluara el coste de la trayectoria de la vida que había llevado.

-Yo no estaba allí cuando mis hermanos de la decimosexta se rebelaron, pero siempre he pensado que hubiera pasado, si hubiera estado allí…

-¿Qué?- pregunto Alivia, cuando no continuó. **-Qué serias ¿uno de ellos?**

-No, que tal vez, hubiera podido detenerlo- dijo Severian. **-Entonces veo a Loken y creo que probablemente no fuera ese el caso.**

Severian gruñó, un sonido que era mitad angustia, mitad diversión sobre la broma cósmica que él universo le había jugado.

-Me preguntas que cómo llegué a estar del lado de los Ángeles. Pura suerte.

-Eso no es cierto Severian- dijo Alivia con una clarividencia que no procedía de sus habilidades, venia del dolor de las palabras de Severian. **-Y tú lo sabes.**

Viniste a Molech para detener al Señor de la Guerra. ¿No?

-Yo nunca puse un pie en Molech- dijo Severian.

-¿Entonces por qué estás aquí?

El Lobo Lunar sacudió la cabeza. **-Como he dicho, la galaxia es un lugar más interesante si se conserva alguno de los secretos que hay en la misma.**



Acurrucados en la esquina más alejada de la puerta de la cámara frigorífica, los seis asustados niños se aferraban a los últimos jirones de la historia de coraje que Vivyen les había narrado.

Vivyen creía que Urías aún vivía, aunque no lo sabía a ciencia cierta. Había notado que sus parpados no se movían desde hace mucho tiempo, a pesar de haber oído de gente muerta, que a veces, se movía e incluso eructaba tiempo después de haber muerto, así que tal vez, esto no significara nada.

Oskar y Lalique habían atado un trozo de tela alrededor de los hombros del niño. Estaba empapada en sangre y su piel era blanca, como la de un fantasma.

-¿Por qué nos hacen esto?- dijo Ivalee por centésima vez. **-¿Qué hicimos mal?**

-Nada- dijo Lalique. **-Nosotros no hicimos nada.**

-Entonces… ¿Por qué nos están haciendo daño? Debemos haber hecho algo.

Lalique no tenía respuesta para la joven y Vivyen odiaba más que nunca a los hombres que les habían raptado. Incluso, si conseguían de alguna manera, lograr escapar de esta celda, el daño ya estaba hecho. La inocencia de Ivalee había sido arrancada y reemplazada por un retorcido sentido de culpabilidad por lo que les estaba sucediendo.

-Esto no es por tu culpa- dijo Vivyen, tratando de imitar el mismo tono que Alivia utilizaba cuando quería que algo la quedara muy claro. **-No es por ninguna falta que hayamos cometido. Mamá me dijo que algunas personas se rompen por dentro y que eso les hace hacer cosas malas. Es como una enfermedad, o algo así. Cuando la gente mala hace cosas que nos dañan, les tenemos que culpar a ellos. Incluso si ellos no empezaron mal, lo que**

nos están haciendo está mal, así que quiero que recuerdes que nada de esto es culpa nuestra.

-Entonces ¿por qué nos hacen esto?- dijo Vesper con la cara hinchada por las lágrimas. **-¿Por qué se llevaron a mi hermana? Ellos la están haciendo daño ahora mismo, puedo sentirlo.**

-No lo sé- dijo Vivyen, sacando el libro de su vestido. **-Aquí hay una historia sobre un espejo malvado que fue roto en pequeños fragmentos y cuando alguien se ponía un trocito de ese vidrio en su ojo o en el corazón, sólo podía ver las cosas malas y sentir cosas malas.**

-¿Crees que esos hombres tienen vidrio en sus ojos y corazones?

Vivyen sintió que las lágrimas luchaban por salir de sus ojos.

-Creo que así es.

Lalique se mordió el labio inferior y le dijo. **-¿Hay alguna anécdota sobre la gente mala que obtiene lo que se merece?**

-En realidad no es esa clase de libro- dijo Vivyen, hojeando sus arrugadas páginas.

-¿Qué es eso?- pregunto Oskar. **-Se ve muy feroz.**

Vivyen miró el libro, abriendo mucho los ojos ante el grabado en xilografía. Leyó el nombre debajo de la imagen y frunció las cejas con asombro. **-No he visto eso antes, pero parece como…**

Antes de que pudiera decir nada más, la puerta de la celda se abrió de golpe y entraron seis figuras con túnicas blancas. Una para cada niño. Al igual que él que había cogido a Challis, su piel estaba quemada y sus labios estaban teñidos en purpura.

Vesper e Ivalee les gritaron. Oskar puso sus brazos alrededor de Urías mientras que Lalique se puso en pie a su lado con los puños cerrados. Vivyen gritó cuando el primer hombre en entrar en la cámara frigorífica se echo rápidamente a Lalique sobre sus hombros con la facilidad de alguien acostumbrado a soportar pesos muertos. Un segundo hombre agarró a Oskar, que aullaba y arañaba como un derviche. Un tercero arrastro el cuerpo herido de Urías y una mujer de ojos penetrantes e inyectados en sangre cogió a Ivalee de la mano. La chica no hizo ningún sonido cuando se la llevaban.

Vesper grito cuando un hombre la levanto, mientras que el que había cogido a Challis avanzó sobre Vivyen.

Retrocedió al rincón de la sala, sosteniendo el libro contra su pecho. Antes había tenido miedo a ese hombre, pero ya no. Lo odiaba, pero su miedo

había desaparecido, desplazado por la fe ciega de que alguien que ella conocía, iba a arriesgarlo todo para salvarla.

-¿Vas a tratar de hacerme daño, muchacha?- preguntó. La saliva se escurría por las comisuras de sus labios y tenía los ojos veteados por hilos de color rosa.

-No- dijo Vivyen. **-Yo no, pero sé quién te lo hará.**

-¿Ah, sí?- dijo el hombre. **-¿Quién va a ser?**

-Ella lo hará- dijo Vivyen, extendiendo su libro y dejándole ver la imagen de una mujer con una enorme pistola con una serpiente blanca encrespada alrededor del cañón.

-¿'Madame Serpiente Fantasma'?- dijo el hombre, leyendo el titulo.

-Mi mama- dijo Vivyen.



En lo más profundo de la nave, el aire tenía una textura química gruesa y pesada, con el olor de cuerpos sin lavar, aceites sucios y metal caliente. Alivia se sentía asfixiada ante el hedor, pero Severian no parecía afectado.

La temperatura había disminuido notablemente durante los últimos treinta minutos más o menos.

-Estamos cerca de las planchas del casco ventral, dañado durante la guerra en el vacío por Molech- dijo Severian, como si se arrancara los pensamientos superficiales de su mente. Tal vez era eso.

-Un buen lugar para esconderse- dijo Alivia.

-No lo suficiente- dijo Severian.

-¿Estamos cerca?

-Mejor que cerca- dijo Severian, llevándose un dedo a los labios. **-Ya estamos aquí.**

Él la empujó contra la pared, en un hueco que ni siquiera había visto que estuviera allí y se puso delante de ella. Dos hombres se acercaron a través de las sombras, cada una con el cañón perforado de un Stubber (Ametralladora, nt) sujeto ligeramente sobre el pecho.

Ordinario, sucio, un arma de proyectiles sólidos, algo simple y ruidoso.

Tanto un medio de advertencia como un arma. Al igual que el hombre al que Severian había matado anteriormente, tenían los labios teñidos de purpura y Alivia capto el astringente olor a potentes narcóticos.

Los hombres llegaron a su altura. Se giraron hacia el Lobo Lunar, mirándolo directamente, pero, de alguna manera, no lo vieron.

-Aquí mismo- susurró Severian.

La boca del hombre se abrió por la sorpresa.

La espada de Severian le atravesó. Giró la hoja hacia arriba y convirtió el cerebro de su víctima en papilla. Con el cuerpo colgando como si fuera un pez, salió de las sombras y envolvió sus dedos alrededor del cuello del otro hombre.

Un apretón demoledor y un crujido de huesos. Cabeza y cuerpo se separaron. El segundo hombre cayó como un bulto chorreante cuando Severian utilizo la hoja incrustada para lanzar al primer muerto fuera del pasillo, dejándolo caer fuera de la vista.

-Esconde a ese- dijo Severian, señalando con la cabeza hacia los restos del segundo hombre.

-¿En serio?- dijo Alivia. **-Hay sangre por todas partes. No creo que importe mucho que lo escondamos o no.**

Severian levanto la vista mientras limpiaba la hoja en las ropas del muerto. Grandes chorretones de sangre en forma de arco pintaban las paredes, goteando también del curvo techo.

-Es la fuerza de la costumbre, no ir dejando cadáveres a la vista tras mi paso- dijo de pie envainando su espada. **-En pocos minutos dará lo mismo.**

-¿Cómo pudo no verte?- pregunto Alivia, siguiendo a Severian a lo largo de numerosos giros y vueltas del corredor. Próximos al final de su viaje, el mapa del difunto estaba creciendo y haciéndose más preciso.

-¿Severian?- dijo. **-¿Cómo es que no te vio?**

Él se encogió de hombros y ella noto su falta de voluntad para entrar en detalles más precisos.

-Es un talento que tengo- dijo Severian, haciendo una pausa al pie de una escalera de acceso parcialmente bloqueada por escombros y retorcidas estructuras metálicas. **-Probablemente fue la única razón por la que Malcador logro impedir que Dorn me matara.**

-¿Dorn, Rogal Dorn?

-¿Conoces a alguna otra persona con ese nombre?

-No.

-Pues ahí lo tienes- dijo Severian, subiendo la escalera con una agilidad sobrenatural. Una niebla caliente se derramaba desde arriba, húmeda y cargada con un extraño perfume que dio a Alivia ganas de vomitar. Parecido al jarabe y la miel, pero endulzada hasta un punto empalagoso y enfermizo.

Severian tenía tres veces su volumen, sin embargo, subió la telaraña de barras de refuerzo y vidrios rotos con una facilidad que escapaba al entendimiento de Alivia. Sus respuestas transversales simplemente generaron un centenar de preguntas más, pero este no era el momento de hacerlas. En cambio, ella siguió al Lobo Lunar, tratando de pisar donde él pisaba, moviéndose como él se movía. Levanto una barra de refuerzo acabada en un gancho, probando su peso como un garrote. Lo suficiente ligero para girarlo, lo suficientemente pesado como para matar cualquier cosa que golpeara.

El hueco de la escalera los llevó a una gran pasarela de paso, un entresuelo lleno de cajas de embalaje rotas y trozos sueltos de tela. Por la escala de las estructuras metálicas superiores, eso era, claramente, una cámara de cierto tamaño. Gigantescas tuberías siseantes se entrelazaban en el techo como enredaderas selváticas. Lluvia caliente rociaba cada superficie y Alivia escupió una bocanada de agua salobre, agua con sabor a hierro.

Columnas de brillante humedad se elevaban como gigantescos troncos de árboles, muros de refuerzo angulados hacia el interior formaban la parte inferior de una bóveda escalonada. Alivia no era carpintera y no tenía ni idea del propósito al que pudiera estar destinado semejante espacio.

-Es una cámara de ventilación para el sistema de refrigeración del plasma- dijo Severian.

-Deja de hacer eso- le espetó Alivia.

-¿Hacer qué?

-Leer los pensamientos de mi mente.

-Es difícil no hacerlo- dijo.

Alivia tragó una bocanada de aire caliente y metálico, tratando de calmarse. Su miedo por el estado de Vivyen llameaba dentro de ella como un faro. No era de extrañar que Severian estuviera oyendo sus pensamientos.

Paneles de ondulada chapa, ancladas a las barandillas del entresuelo,

mantenían la cámara oculta a la vista. Voces silbantes flotaban en el aire, un mantra seductor que ocultaba el tipo de corrupción que ofrece la ruta más fácil a la condenación.

-Tenías razón- susurró. **-Es la disformidad.**

Se arrastro hacia la barandilla y Alivia apretó la cara contra las placas de acero caliente y húmedo. A través de un hueco en el metal corrugado, vio una cámara que justificaba más que de sobra las dos primeras palabras que saltaron en su mente.

Un templo.

Varios cientos de personas llenaban el espacio inferior, algunos con ropajes blancos, otros desnudos. Varios fuegos ardían en amplias vasijas colocadas en lo alto y sujetas con cadenas, el humo dibujaba serpentinos patrones en el aire. Una explanada frente a una no muy alta plataforma había sido despejada, la plataforma con forma hexagonal estaba compuesta de cajas metálicas, se parecía demasiado a un altar para el gusto de Alivia y estaba fijado en el centro.

Barrió la multitud con su mirada, en busca de alguna señal de Vivyen.

-¿La ves?- preguntó Severian.

Ella negó con la cabeza. **-No y no sé si eso es bueno o no.**

-Sólo hay una manera de averiguarlo.

-¿Bajar ahí?

Él asintió con la cabeza

-Ahí abajo hay cientos de personas- dijo Alivia.

-Nada que no pueda manejar.

-¿Qué pasa con ellos?- dijo Alivia, señalando los servidores cibernéticos que vigilaban desde el borde de la cámara. Tan altos como Severian, todos ellos estaban bien armados y blindados.

-Thallaxii- dijo Severian. **-¿Por qué tenían que ser Thallaxii?**

Alivia dejo de mirar a los cantantes suplicantes y a los asesinos cibernéticos cuando vio movimiento en el extremo de la cámara. El aliento de Alivia quedo atrapado en su garganta y ella ahogó un grito cuando vio emerger a seis figuras de la oscuridad, cada uno llevaba un niño que se revolvía.

-Vivyen- dijo.

-¿Cual?

-La chica de atrás.

-Uno de ellos está herido- dijo Severian.

Un niño, de no más de catorce años, con un vendaje empapado atado alrededor de su hombro. Alivia deseó tener más balas. Cada hombre y mujer de esta cámara merecían morir por lo que estaban haciendo allí.

Los niños lloraban cuando sus captores les colocaron sobre las cajas y los ataron con cadenas alrededor del cuello. Vivyen no estaba luchando, pero Alivia vio su postura desafiante, una fuerza que ni siquiera había comenzado a sospechar que la chica pudiera poseer.

-¿Qué diablos es eso?- pregunto Severian, entrecerrando los ojos cuando algo suspendido por una horrible disposición de cables y cadenas se sacudió en el aire.

-¡Trono!- silbó el Lobo Lunar cuando, para su asombro, la figura esquelética salió a la luz. Como la hambrienta víctima del experimento de un loco, el cuerpo desnudo se crispaba como la marioneta de un titiritero paralítico. Su cuerpo suspendido estaba demacrado y devastado por las toxinas, el cráneo era una cúpula casi descarnada. Ojos ciegos por las cataratas y una estirada sonrisa, una amplia boca pintada de morado como la de un teatral payaso de pesadilla.

Los niños gritaron cuando lo vieron, tirando frenéticamente de las cadenas que los amarraban al altar. A pesar de la atrofiada y ruinosa forma de la figura, claramente era un hombre. La mirada de Alivia se dirigió hacia los movimientos ondulantes del vientre sin salida que se extendía desde su abdomen. Una bolsa de carne traslucida en la que se retorcía alguna abominación nonata. Se separó de su esquelético anfitrión y aterrizó en el centro del altar entre los horrorizados gritos de los niños.

Alivia apretó aun más la empuñadura de su pistola y la barra de hierro.

Los dedos de Severian se flexionaron sobre la empuñadura de su gladius mientras captaba el miedo de ella. Se volvió para mirarla directamente a los ojos.

-No digas eso- dijo ella. **-No te atrevas a decirlo.**

-Si eso es lo que tú piensas que es- dijo, sin disculparse por leer el pensamiento de ella. **-No podemos dejar que suceda.**

-Lo sé- dijo Alivia con un sollozo ahogado. **-Pero…**

-Pero nada. Si no podemos salvarla, la mataremos. Pero lo haremos nosotros, no ellos.

Alivia encontró la mirada de Severian y el hielo en sus ojos era un espejo de su propia mirada.

-Vamos a rescatar a esos niños- dijo Alivia. **-Y si dañas un solo pelo de la cabeza de mi hija, te mato.**

-Ella no es tu hija- dijo Severian. **-Nunca lo fue.**

-Sí que lo es- dijo Alivia**. -Todos lo son ¿No lo entiendes? Todos son mis hijos.**

La ira de Vivyen había mantenido lo peor de su miedo a raya, pero la vista del monstruo encima de ellos había destruido los últimos jirones de su valentía. La bolsa de piel había caído, se había retorcido, subido y bajado sobre las cajas apiladas, un animal chillaba dentro del goteante saco amniótico.

Ivalee chilló y tiro de la su cadena, hiriendo su cuello contra los ásperos bordes de la misma. Oskar se arrodilló sobre Urías, con las manos cruzadas delante de él, repitiendo la misma frase una y otra vez: **-¡El Emperador protege! ¡El Emperador protege!**

Lalique estaba acurrucada formando un lloroso ovillo. Vesper simplemente se quedo mirando a la palpitante y chillante cosa con una mirada de resignación.

La cosa se retorció, dio un salto y se convulsionó, deseoso de rasgar su camino hacia el mundo. El colgante cadáver de carne miro con sus blancos ojos muertos y una sonrisa lasciva en su boca manchada de purpura.

Un par de colmillos con forma de aguja, perforó desde dentro el saco amniótico, rasgándolo.

-¡Por favor, mama!- exclamó Vivyen. **-¡Por favor, ayúdanos!**

Finalmente, el saco se abrió cuando la cosa de dentro forzó su salida. Un chorro de líquido amniótico sangriento brotó violentamente de su interior, cayendo en medio de ellos.

Los primeros disparos de Severian hicieron estallar la cabeza de uno de los Thallaxii. Dos proyectiles impactaron a través de la articulación del cuello y la cabeza. Una ráfaga de tres disparos rompió por la articulación de la cadera a otro y lanzo a uno más contra el suelo.

Alivia no tenía la suficiente confianza en su habilidad con el 'Serpenta' como para arriesgarse a disparar a esa distancia. Ella saltó por encima de la barandilla y cayó sobre la multitud entre el pánico de los participantes.

Ella aterrizó y rodo sobre el suelo, golpeando las piernas de los participantes mientras procuraba tirarles al suelo bajo ella. Pateó y se abrió camino a base

de codazos mientras golpeaba con el cañón de su pistola las caras sin protección y golpeaba con la barra de hierro el hueso blando sobre las orejas.

Alivia escucho el estruendo de las explosiones apagadas de la pistola bolter de Severian. El impacto de los proyectiles explosivos contra el blindaje. Chirriantes voces en binario y los chasquidos parpadeantes de las armas de energía.

Ella no podía perder el tiempo mirando a Severian.

Lunáticos vestidos con túnicas se lanzaron contra ella, pero no desperdicio las balas con ellos. Se abrió paso con la barra de hierro que había cogido en la escalera, huesos de cráneos, brazos y piernas se astillaban con cada golpe.

Dejó tras de sí un reguero de cuerpos aullantes. Con su arma extendida delante de ella y con la barra de hierro en alto, la gente luchaba por apartarse de su camino en lugar de intentar detenerla.

Ella vio el altar y la sangre, el caos que el nacimiento había creado sobre él.

-Trono, no...- dijo.

Severian no tenía reparos en utilizar escudos humanos. Estas personas habían perdido su derecho a vivir al formar parte de todo esto, así que sí morían a sus manos o por las explosiones de las armas de energía de los Thallaxii, era algo completamente irrelevante.

Se abrió paso entre la multitud, matando a cualquiera que fuera lo suficientemente estúpido como para no salir de su camino. Algunos hombres lo atacaron, como si realmente creyeran que podían hacerle daño. Estaba haciendo un favor al universo matándolos antes de que por su estupidez muriera cualquier otra persona.

El gladius de dorado brillo que pertenecía a Proximo Tarchon, tenía un filo como de un arma fotónica, más agudo y afilado de lo que cualquier armero vivo que él conociera pudiera conseguir.

Lástima que tuviera que devolverlo.

La afirmación de Severian de que cientos de personas no eran una amenaza para él, no era simple jactancia. Encerrado en su servoarmadura y forjado con los genes mejorados del Emperador para ser la cumbre de los asesinos, se trataba simplemente de un hecho.

La sangre le salpicaba hasta la cintura.

Perdió la cuenta de cuántos había matado. Docenas. Posiblemente muchos más. No era suficiente.

Cogió a tres hombres y los lanzó contra el Thallaxii más cercano. Chocaron

contra su armadura de acero, pero él esperaba otra cosa. El chasquido de un rayo convirtió sus cuerpos en llamas y cenizas.

Severian se dejó caer y se deslizo por el suelo, chocando contra el cibernético. Un transhumano blindado era más que suficiente para ponerlo de espaldas. El hibrido de máquina y carne cayó al suelo, pero un Thallaxii no era un simple robot con una serie de lentos comandos y paquetes de doctrinas. Tenía una mente viva en su corazón, reflejos activos unidos a sus grupos musculares.

Rodó con rapidez sobre una rodilla, elevando su arma. Severian incrusto el gladius a través de la crepitante recámara y metió su pistola entre los anillos entrelazados de su gola.

Tres disparos estallaron dentro del caparazón blindado en rápida sucesión. El resto de vida dentro del mismo murió un momento más tarde. Salto en torno a su cuerpo cuando un relámpago de luz explotó en el lugar que antes ocupaba.

El Thallaxii cayó a su lado y Severian vio inmediatamente a los tres cibernéticos restantes.

Acercándose. Pero demasiado lejos para luchar juntos.

-Tú eres más inteligente de lo que pareces- dijo Severian.

El Thallaxii se abrió paso a golpes entre la aterrorizada multitud, los que eran demasiado lentos para salir de su camino eran aplastados por sus pies.

-Pero no lo suficientemente inteligente.

Las tres granadas que él había plantado a su paso explotaron.

Vivyen gritó cuando el retorcido desastre resbaladizo estalló en medio de ellos. Rojo por la sangre y mucosidad pegajosa, silbó y se retorció con el dolor del nacimiento. Una serpiente rugosa con escamas iridiscentes, un cráneo alargado que era una vil mezcla de anatomía zorruna y reptil.

Su cabeza se dividió en cuatro segmentos en forma de cuña, cada uno lleno de largos colmillos retorcidos que brillaban por el veneno. Sus llorosos ojos parecían ampollas, con vetas color rojo y amarillo.

Vivyen y los otros se alejaron de él cuanto les permitieron sus ataduras. Gritaron y tiraron de sus cadenas, hiriendo sus palmas contra el metal. La cabeza de la serpiente se lanzó hacia abajo y mordió el hombro herido de Urías. Glándulas de su cuello se hincharon y el niño medio muerto se convulsiono cuando el veneno fue bombeado en su carne. Manchas púrpuras se extendieron como tinta en el agua a través de su piel y espumarajos de una bilis apestosa salieron de su boca. Azotando a su alrededor, los colmillos

de la serpiente se cerraron sobre la pierna de Oskar y el niño aulló de dolor mientras la mordedura lo envenenaba.

A su alrededor oía el griterío de la gente y ensordecedoras explosiones.

Pero la serpiente ignoró el alboroto soltando a Oskar, convirtió su cráneo otra vez en cuatro trozos y se lanzó hacia Vesper, mordiéndola dos veces, una en el brazo y otra en el cuello.

Lalique murió a su lado, intentando proteger a Ivalee del ataque del monstruo. Ella aulló mientras el veneno se la llevaba y la bestia serpiente descendía sobre Ivalee.

Vivyen cerró los ojos, pero no oyó los gritos lastimeros de la niña acallados por los gritos de la multitud…

Los ojos de Vivyen se abrieron de golpe.

Aquellos aterrorizados gritos, eran los suyos.

La gente corría mientras crepitantes relámpagos estallaban por toda la cámara formando arcos entre las gigantescas columnas y vigas. Ella alcanzó a ver a un gigante gris con la armadura chamuscada cuando arrojaba hacía lo alto a un robot con un solo brazo. Ella lo perdió de vista cuando la serpiente letal se encabrito delante de ella con su sangrienta garganta abierta.

-¡Por favor, no!- exclamo, cuando la tenía delante.

Una mano se movió y agarro a la serpiente alrededor de su cuello, sus colmillos se cerraron a un pelo de distancia de la niña.

Furiosa, se retorció y mordió el brazo de la salvadora de Vivyen.

Alivia estrelló su cabeza contra una de las cajas que formaban el altar.

El monstruo se retorció, azotando su cola como un látigo.

Alivia apretó el cañón de su ‘Serpenta Ferlach’ contra el cráneo de la serpiente y apretó el gatillo.

Su cabeza explotó en un mar de sangre y huesos.

-Tú no vas a hacer daño mi hija- dijo.

El dolor era increíble, nada que Alivia hubiera sentido en toda su larga vida. Recorrió todo su cuerpo como una descarga eléctrica al rojo vivo, quemando su sistema nervioso a su paso. Su inhumano metabolismo, numinoso y casi inmortal, lucho contra el beso de la serpiente, un veneno nacido del fuego cósmico.

Los sonidos de los gritos y los disparos se desvanecieron.

Todo se volvió gris y los músculos de sus piernas se convulsionaron mientras su sinapsis se disparaba locamente. Ella se aferro a las cajas, arcadas de ardiente bilis brotaban de sus intestinos.

-¡Mama!- gritó una voz a su lado.

Ella levantó la vista, pero sólo atino a ver una sombra borrosa. Ella conocía la voz, pero no podía ubicarla.

-¿Rebekah? ¿Eres tú?- jadeó, tenía la sensación de que su garganta estaba cerrada. **-¿Milcah?**

-Soy yo, mama. Vivyen.

Alivia asintió y un chorro de vómito negro púrpura brotó de ella. Su pecho se movía como el fuelle de una forja, sin embargo, más veneno fue expulsado, una avalancha de arcadas y vómitos que se derramó sobre las cajas.

Alivia parpadeó con lagrimas en los ojos cuando escucho formarse repugnantes fisuras y el sonido de la carne húmeda al separarse de los huesos. Ella dejó escapar el aliento, rancio por la necrosis. Estaba más débil de lo que jamás recordara, apenas podía mantener el control sobre el 'Serpenta'.

Alivia pasó un brazo alrededor de Vivyen, su carne envenenada era una abigarrada e hinchada masa de color púrpura y amarillo. Mantuvo a su hija firmemente segura contra su pecho, dándole la espalda al horror desplegado sobre el altar.

Los niños envenenados estaban cambiando.

Rehechos por un escultor invisible.

Transformados.

Hinchados por toxinas inmateriales, sus cuerpos se dividieron y agrietaron, sacudidos con un vigor nada natural hacia un diseño invisible. El empíreo impartiendo su renovada ambición de carne, de carne fluyendo, derretida hasta el hueso, fusionada en una nueva y profana unión.

Una segunda venida, un nacimiento inmaculado de pesadilla.

Creció rápidamente, la escultura en carne muerta era a la vez maravillosa y repulsiva; miembros gráciles que llevan suave carne en tonos marfil y malva. Brillante y suave, con garras y ojos felinos, con cuernos, pero hermoso. Su lengua húmeda prometía alturas de placer y tormentos insospechados en la misma medida, un súcubo criado en el seno de una raza moribunda, engendrada por prohibidos deseos.

Un demonio.

Y, sin embargo, estaba sin acabar, un trabajo en progreso, su metamorfosis incompleta. Se dirigió cojeando hacia Alivia, una pierna demasiado delgada, su carne y hueso sólo rehecha y formada a medias. Se acerco a ella con garras quitinosas de ébano enrojecido.

Alivia levantó el 'Serpenta' y apretó el gatillo.

Sus balas atravesaron al demonio recién nacido, tallando radiantes surcos a través de su cuerpo. Gritó, tanto de placer como de dolor. Un icor fosforescente y brillante se derramo de las heridas, sin embargo, seguía acercándose, moviéndose de manera balbuceante, con dolor, aún sin terminar.

Sus ojos negros prometían una muerte de éxtasis.

-Su carne me fue prometida- dijo. **-Dámela.**

El percutor del 'Serpenta' golpeo contra una recamara vacía.

-¿La quieres?- dijo Alivia. **-Toma la mía. Es tuya.**



Severian retorció el ardiente brazo del Thallaxii alrededor de su peto segmentado. El fuego crepitaba a lo largo del mismo. La cosa de dentro estaba luchando duro, incluso con un solo brazo no se daba por vencido.

La cosa estrelló un hombro contra Severian y él aprovecho el golpe, cayendo y rodando, tirando del cibernético hacia atrás. El Thallaxii cayó y Severian retorció su brazo hacia atrás. El metal se dobló y se partió cayendo al suelo.

Severian se levantó sobre una rodilla y metió el extremo acampanado del cañón en el casco del Thallaxii. Una columna ardiente de luz engulló el casco cónico. Se deshizo como cera caliente e hirvientes y apestosos líquidos amnióticos brotaron a chorros.

Bajo la agrietada visera, un descarnado cráneo gritó.

Encerrado en un casco de bronce, con los cables fundidos y picos neuronales invasivos taladrando sus huesos, el Thallaxii sufrió un espasmo final cuando su vida terminó.

Severian se aparto, repugnado ante tal visión.

Sus sentidos sobre posibles amenazas le decían que ya no quedaba nada con

vida que pudiera perjudicarle.

Los Thallaxii habían sido destruidos, al igual que los pocos mortales que habían sido lo suficientemente estúpidos como para enfrentarse a él. Severian se volvió hacia el lugar donde se había dirigido Alivia.

Y vio que estaba equivocado.

Aun había algo que todavía podría hacerle daño.

El demonio había reclamado a Alivia.

Las garras se habían clavado profundamente y ella sintió el material forjado por la disformidad sangrando cosas dentro de ella.

Su unión fue una con el dolor, pero también había una promesa.

Los poderes de los poseídos eran innumerables y la tentación de ejercerlos quemaba en el pecho de Alivia. Pese a toda la astucia utilizada en la creación de los de su clase, ninguno de ellos estaba por encima de esos tratos, ni por encima de la ambición mortal o de los deseos físicos.

Pese a todo lo dicho y hecho, ellos seguían siendo humanos.

Pero Alivia se había convertido en mucho más que eso.

Ella era una madre.

Alivia dejo entrar al demonio, dejo que su esencia la consumiera.

Luego cerró la puerta tras él.

-No hay salida- dijo.

Severian caminó lentamente hacia el improvisado altar, una espada en cada mano. Alivia flotó junto al condenado arquitecto de esta matanza, pero allí donde las cadenas sujetaban a la blanca y blanda forma, Alivia no necesitaba nada tan prosaico para permanecer en el aire.

Su contorno vacilo en el aire, como los negativos de dos pictografías idénticas ligeramente desincronizadas que trataran de realinearse. Dos seres luchaban por ocupar un solo cuerpo.

Al igual que el cadáver de Seghar Targost a bordo del 'Espíritu Vengativo', Alivia Sureka era ahora el anfitrión de una bestia de la disformidad.

Pero estaba luchando contra ella.

Severian vio una súplica tras sus ojos, una inquietud bajo su piel numinosa que amenazaba con estallar en cualquier momento.

-Aléjate. De. Ella.

Las palabras fueron forzadas a salir tras los apretados dientes.

En ese instante, Severian entendió realmente lo que estaba viendo. La batalla dentro de Alivia no era porque ella se aferrará a su humanidad.

Era la cosa que luchaba por salir.

Ella vio su comprensión y asintió con la cabeza.

Severian inclinó su espalda y se dio un cuarto de vuelta.

Su brazo derecho se movió bruscamente hacia adelante y el gladius de Proximo Tarchon giró por el aire, enterrándose en el corazón de Alivia.

La joven a la que había venido a salvar gritó, llamándola por su nombre, como si eso pudiera de alguna manera traerla de vuelta.

Alivia cayó sobre el altar con un cuerpo de humo oscuro pariendo desde su carne. Su conexión con la disformidad estaba rota, los restos del demonio reclamaron el alma viva más cercana para soportar su forma.

Pero el alma putrefacta era singularmente incapaz de recibirlo.

El cuerpo de Shargali-Shi se hincho cuando el demonio excavo cada vez más profundamente dentro de él, arrastrando su carne por la fuerza para que coincidiera con su necesidad.

Lo único que encontró fue una cáscara hueca, vacía e inútil.

Él sintió su dolor cuando el universo material se preparo para expulsar al demonio.

Shargali-Shi sólo podía llorar su desesperación mientras se convulsionaba en sus cadenas, sacudiéndose como una cosa hecha enteramente de huesos rotos. Las agonizantes geometrías del demonio le estaban tirando en un centenar de direcciones a la vez.

Tenía la piel como la de un ajustador tambor, extendida hasta los límites de su tolerancia, su boca se convirtió en un hueco distendido cuando cartílago y tendones se rasgaron bruscamente por el gladius de Severian.

Luego su cuerpo se rompió, liberando a su cautivo interior y sus fragmentos dispersos fueron incinerados por el fuego de la disformidad que su muerte había desatado.

Alivia abrió los ojos, la mirada fija en una serie de cadenas colgadas del alto techo abovedado que oscilaban suavemente. Motas de luz mortecina se aferraban a ellas, derivando lentamente hacia el suelo, como las brasas de un fuego moribundo.

Ella gimió de dolor. Le dolía el pecho.

Le dolía todo su maltrecho y herido cuerpo.

La cabeza de Vivyen fue a hundirse en el hueco de su clavícula y Alivia sintió la humedad de lágrimas calientes sobre su piel. Vivyen estaba viva.

Y eso hizo que todo el dolor del mundo valiera la pena.

-¿Vivyen?- pregunto Alivia.

-Mama- fue la única respuesta de Vivyen. **-Sabía que vendrías. El relato del libro me lo dijo, pero yo ya lo sabía.**

-¿El relato?

-'Madame Serpiente Fantasma'- dijo Vivyen.

-¿Quién?

-Un nombre tan bueno como cualquier otro, para alguien que debería estar muerta- dijo Severian.

Alivia se obligó a incorporarse sobre un codo.

El Lobo Lunar se sentó en el borde de las cajas, limpiando la sangre del gladius que había lanzado. Alivia se estremeció al revivir el dolor que la produjo cuando se clavo a través de su esternón hasta su corazón. Ella miró por encima de su hombro. Aparte de ellos tres, la cámara estaba vacía.

-Fue un buen lanzamiento- dijo.

-¿Por qué no estás muerta?- pregunto Severian. **-La serpiente te mordió y sé que te partí el corazón.**

-Pensé que habías dicho que el mundo era más interesante si algunos secretos continuaban en él- dijo Alivia.

Severian sonrió y la ofreció una mano. **-Es cierto. Muy bien, Alivia Sureka, conserva tus secretos por ahora, pero Malcador va a querer escucharte.**

Alivia tomó la mano de Severian, no quería amargar el momento con lo poco que la importaban las necesidades del Sigilita. Se obligo a sentarse en el suelo. Su cuerpo había sido traumatizado y dañado a todos los niveles, física, mental y espiritualmente. Había abusado de él, más allá, de lo jamás hubiera pensado que pudiera y había conseguido sobrevivir.

Su mano se deslizó sobre su pecho, sintiendo el corte limpio en el tejido donde el gladius de Severian había penetrado. Allí había una cicatriz que anteriormente no estaba, pero eso no era nada comparado con las cicatrices en su psique. Durante años, ella se despertaría gritando, tal vez fuera para siempre, pero, por ahora, mantuvo ese horror a raya. Vivyen la necesitaba fuerte.

Las pesadillas podían esperar.

-Ya te dije que esa arma había derramado sangre potente- dijo ella.

-Sí, lo hizo.

Alivia barrió la cámara con su mirada.

-¿Están todos muertos?

-Lo estarán- prometió Severian.

-Entonces, nos vamos a casa Vivyen- dijo Alivia.

FIN

DESPUES DE LA PALABRA

Vale, sé lo que probablemente estás pensando Guerra sin Fin es un título ligeramente simplista, cuando consideras que la serie Herejía de Horus ha estado ardiendo durante más de diez años. Es importante recordar que antes de que se publicara el primer puñado de novelas, todo lo que realmente teníamos eran unos pocos miles de palabras de un texto de fondo muy querido y muy citado de Warhammer 40.000 loremaster de Alan Merrett. Cubría las batallas principales, las grandes líneas, las cosas que había que saber para darle sentido a todo el asunto.

Pero esa no era la historia completa. Fue el comienzo de algo mucho más grande.

La Herejía de Horus es la guerra más grande en la historia de la humanidad, y cada una de las Legiones de los Marines Espaciales tiene un papel que desempeñar en ella. Aunque no todos estuvieron activos desde el principio, después de Isstvan V y la Masacre de Dropsite el número de hilos argumentales y arcos de la historia explotó, extendiéndose desde el único nexo que comenzó los siete años de la Era de las Tinieblas. Sin embargo, como todo en este universo material nuestro, lo que tiene un principio también debe, lógicamente, tener un final. Llegaremos a eso en breve, al menos en el contexto de este epílogo...

Las historias en esta antología cubren una serie de eventos aparentemente dispares e inconexos, pero si se mira un poco más de cerca, hay muchos vínculos sutiles entre ellos, e indicios de lo que vendrá después. Puedo, por ejemplo, confirmar que los principales villanos y el improbable héroe de la próxima novela de Herejía de Horus han aparecido en los últimos cientos de páginas.

Y tampoco es casualidad que empezáramos y termináramos con losDioses Serpiente de Molech....

Todos estos cuentos se publicaron originalmente en exclusiva para el evento, The Imperial Truth and Sedition's Gate (La verdad imperial y la puerta de la sedición), o en las colecciones de cortometrajes Death and Defiance and Blades of the Traitor (Muerte y desafío y espadas del traidor). Sin embargo, una de las diferencias más obvias es el orden en el que se presentan aquí, entre lo cronológico y lo temático, para resaltar los cruces y la interconectividad, y dar más contexto del que quizás tenían antes. Allegiance' seguido de `Daemonology', por ejemplo, da dos continuaciones muy diferentes pero directas de la novela Scars. Del mismo modo, los

acontecimientos de'By the Lion's Command' se adelantan ligeramente a las historias ambientadas en y alrededor del Imperium Secundus, mientras que'Black Oculus' se desliza casi enigmáticamente en el espacio onírico entre Angel Exterminatus y la Batalla de Tallarn.

He hablado muchas veces antes sobre las razones por las que este tipo de historias son tan importantes para la serie de novelas de Herejía de Horus, y por qué son tan gratificantes para que los autores las escriban, para que nosotros las editemos y para que todos las lean. Aparte de todo el espacio de tirar-muerte-matar-matar-en-el-espacio que puedas desear y de personajes más increíbles de los que puedes sacudir un puñado de dados, se trata de la continuidad. Un drama de sentimientos auténtico y bien hecho no sólo surge completamente formado de las páginas de un libro de consulta.

Además, una buena parte del trabajo de los editores no sólo consiste en identificar lo que debe incluirse en una historia específica, sino también lo que no debe incluirse. Como un corte al negro bien programado en su película o serie de televisión favorita, los espacios en blanco y las incógnitas que deja la prosa son a menudo tan conmovedores y emocionantes como cualquier cosa escrita en la página, y por el poder de su omisión conseguimos una sensación de un universo mucho más grande que podemos burlarnos de antemano o volver a visitar después.

¿Por qué los eventos de'Sermón del Éxodo' no entraron en el comienzo de La Condenación de Pitón? Porque no era estrictamente relevante desde el punto de vista de los Marines Espaciales, pero ciertamente añade mucho sabor a los cultos de Davin que tanto destacan en los actos finales. ¿Por qué Horus no corrompió a Eristede Kell al final de Némesis? Porque el tiempo tenía que pasar para que se sintiera su ausencia, para que el misterio se marinara en nuestro subconsciente colectivo y para que la recompensa fuera mucho más emocionante.

¿Por qué 'Aullido del Mundo del Corazón' no llegó a ningún tipo de conclusión final? ¿Qué pasó con el arsenal de Vulkan después de "Artefactos"? ¿Cuándo se puso'Manos del Emperador'? ¿Cuánto tiempo le queda a Fabius, incluso con su'Cirujano'?

Bueno, no quiero arruinarte todas las sorpresas.

Una de las preguntas que la gente hace todo el tiempo es: "¿Cuándo terminará la Herejía de Horus? en un evento en vivo de la Biblioteca Negra, alguien incluso me pidió que dijera, en el micrófono, en el registro, cuántos libros habría en total. Creo que murmuré algo sobre algunas fechas del universo en la línea de tiempo, antes de llegar a la conclusión aproximada de que Mark of Calth estaba aproximadamente a mitad de la serie.

En mis conversaciones regulares con Alan Bligh de Forge World, a menudo sacamos nuestra lista de "Cosas que deben suceder antes de que Horus llegue a Terra", y es una lista a la que añadiremos siempre que sea necesario. Tanto Black Library como Forge World están trabajando duro para progresar a través de la línea de tiempo: mientras contamos historias de poderosos campeones, bestias infernales y sombrías batallas, ellos proporcionan muchos más detalles sobre la guerra y los ejércitos que la combatieron. Somos dos lados de la misma brillante medalla de la logia.

Habiendo tenido más tiempo para pensarlo, la respuesta práctica a la pregunta es que la Herejía de Horus terminará cuando cada punto de esa lista haya sido tachado. Los relatos de esta antología cubrieron unos nueve directamente, y allanaron el camino para muchos más.

Pero una respuesta más críptica lo es: Ten cuidado con lo que deseas.

¿Está el final a la vista? Por supuesto que lo es. Ustedes saben cómo resulta todo esto, y detrás de la cortina ahora sabemos exactamente cuántos libros habrá.

¿Va a haber más sorpresas en el camino? Oh, más vale que lo creas. El objetivo original de esta serie era darle la vuelta a la idea popular errónea de los "hechos", y no tenemos ninguna intención de hacer nada menos.

Sólo tienes que esperar. La luz del Imperium Secundus se está desvaneciendo, y la noche pronto caerá.

Y entonces las cosas se van a poner feas.

Laurie Goulding
Septiembre de 2015